

Cuando el terrateniente Washington Faulconer libera al joven Nate Starbuck (hijo de un predicador antiesclavista) de las garras de una iracunda multitud hostil a los yanquis, Nate se siente lleno de gratitud y respeto por el idealista que le ha rescatado. Decide dejar atrás para siempre la vida que llevó en Boston y enrolarse en la recién formada Legión Faulconer, aunque eso signifique luchar contra el Norte que le vio nacer.

Sin embargo, el dilema de Nate no es sino uno más de los muchos dilemas presentes en esa variopinta Legión. El hijo de Faulconer no puede decidirse a luchar, mientras que el prometido de su hija intriga para hacerse con el control de la fortuna familiar. Cuando se reúnen para marchar a la batalla, esos hombres están dispuestos a empezar una guerra..., pero no preparados para los cambios que van a afectar para siempre en primer lugar a ellos mismos, y después también a toda la nación, merced al solemne juramento que han hecho a su amado Sur.

Sirviéndose de unos personajes y unas tramas secundarias arrebatadoras, Bernard Cornwell, convierte la primera batalla de la guerra civil americana en una espléndida novela de acción.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Rebelde

Crónicas de Starbuck I

ePub r1.0
MadU 18.01.14

Título original: *Rebel. The Starbuck Chronicles (volume 1)*

Bernard Cornwell, 2011

Traducción: Francisco Rodríguez De Lecea

Ilustraciones: Enrique Iborra

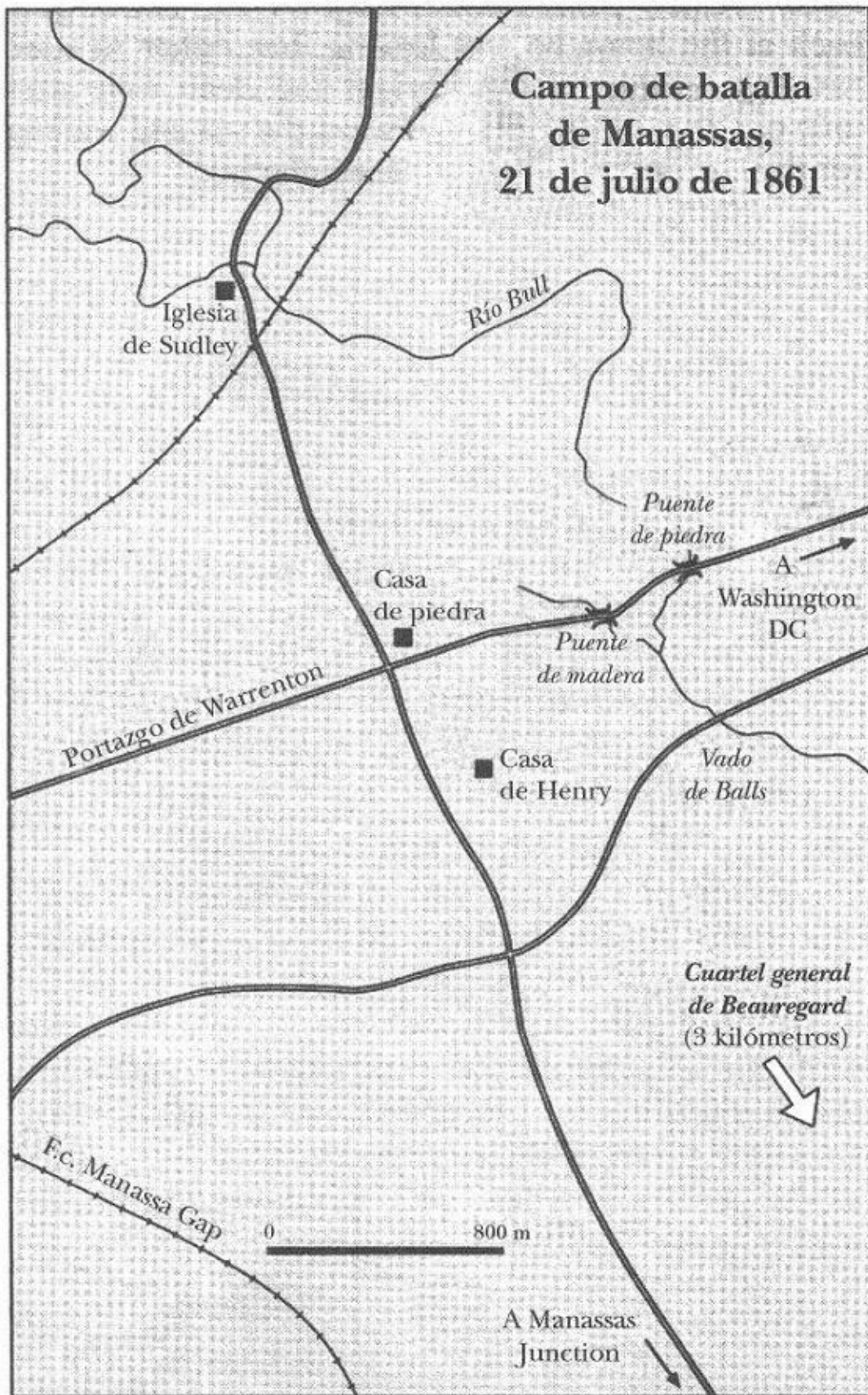
Retoque de portada: MadU

Editor digital: MadU

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedico Rebelde a Alex y Kathy de Jonge, que me abrieron
las puertas de Virginia, el «Old Dominion».



PRIMERA PARTE

Capítulo 1

El joven quedó bloqueado en el extremo de Shockoe Slip por el gentío que se había reunido en Cary Street. Había intuido que habría problemas e intentó evitarlos metiéndose en un callejón detrás del Almacén de Tabaco Kerr, pero un perro guardián encadenado se abalanzó sobre él y le obligó a volver a la empinada cuesta adoquinada. Allí lo rodeó la multitud.

—¿Va usted a alguna parte, señor? —le abordó de pronto un hombre.

El joven asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Era alto y delgado, con largos cabellos negros y rostro bien afeitado, de planos lisos y ángulos agudos, aunque en el momento presente su buen aspecto se veía algo ajado por la falta de sueño. Su tez era aceitunada, lo que acentuaba el color de sus ojos, del mismo tono gris del mar neblinoso de Nantucket, de donde procedían sus antepasados. En una mano llevaba un paquete de libros atado con una cuerda de cáñamo, y en la otra un maletín con un asa rota. Vestía ropas de buena calidad, pero desgastadas y sucias como las de un hombre en horas bajas en cuanto a suerte. No mostró aprensión delante de la multitud que lo rodeaba, sino que pareció resignarse a su hostilidad, como a otra cruz que se veía obligado a soportar.

—¿Se ha enterado de la noticia, señor?

El portavoz del gentío era un hombre calvo con un delantal manchado que olía a curtiduría.

Una vez más, el joven hizo un gesto de asentimiento. No era necesario preguntar a qué noticia se refería, porque sólo había un acontecimiento capaz de crear tanta efervescencia en las calles de Richmond. Fort Sumter había caído, y la noticia, la esperanza y el temor de una guerra civil electrizaraban a todos los Estados de América.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el hombre calvo, que agarró de la manga al joven como para forzar la respuesta.

—¡Quíteme las manos de encima!

El joven alto tenía mal genio.

—Le he hecho una pregunta con educación —dijo el hombre calvo, pero de todos modos soltó la manga.

El joven intentó dar media vuelta, pero la multitud le cerró el paso con tanta determinación que se vio forzado a volver a cruzar la calle en dirección al Columbian Hotel, donde un hombre mayor, vestido con ropas respetables aunque desordenadas, había sido atado a la reja de hierro forjado que protegía las ventanas de la planta baja del hotel. El joven no era aún prisionero de la multitud, pero mientras no pudiera satisfacer de alguna manera su curiosidad, no podía sentirse libre.

—¿Tiene papeles? —gritó otro hombre tan cerca de su cara que pudo oler su aliento.

—¿Te has quedado mudo, hijo?

Todos aquellos hombres parecían apestar a whisky y a tabaco. El joven hizo otro esfuerzo por abrirse paso entre sus perseguidores e impedir que lo bloquearan contra una de las columnas del porche del hotel. Era media mañana de un día cálido de primavera. El cielo estaba despejado, a pesar de que el humo negro de la fundición de Tredegar, de los molinos de Gallegoe y de la fábrica de estufas de Asa Snyder, más el de las factorías de tabaco, la Fundición Talbott y la Compañía de Gas de la ciudad, formara un espeso velo que dibujaba un halo alrededor del sol. Un carretero negro que conducía su vehículo vacío desde los muelles de la Fundición Samson and Pae observaba sin ninguna expresión la escena desde lo alto del pescante. El gentío le impedía dar la vuelta con sus caballos a la salida de Shockoe Slip, pero el hombre era demasiado prudente para protestar.

—¿De dónde eres, chico? —El curtidor calvo plantó su cara delante de la del joven—. ¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo.

El tono era desafiante.

—¡Lo vamos a averiguar!

El calvo echó mano al paquete de libros y tiró de él para quedárselo. Durante un momento hubo un forcejeo de resultado indeciso, luego la cuerda que sujetaba los libros se rompió y los volúmenes rodaron por los adoquines. El calvo se echó a reír al ver lo ocurrido, y el joven le golpeó. Fue un buen golpe, duro, que hizo perder el equilibrio al calvo: se tambaleó hacia atrás y a punto estuvo de caer al suelo.

Alguien aplaudió al joven, admirando su ánimo. Había unas doscientas personas en el grupo que se había formado, más unos Cincuenta mirones a los que aquel acoso desagradaba en parte, pero que, en parte también, lo aprobaban. La multitud se mostraba más traviesa que hostil, como unos niños a los que se les hubiera dado un recreo inesperado en la escuela. Muchos de ellos vestían sus ropas de trabajo, lo que indicaba que habían utilizado la noticia de la caída de Fort Sumter como excusa para abandonar sus banquetas, sus tornos o sus prensas. Querían un poco de diversión, y los nortños de paso atrapados en las calles de la ciudad eran quienes mejor podían proporcionarles esa diversión.

El hombre calvo se frotó la cara. Había perdido dignidad ante sus amigos y quería vengarse.

—Te he hecho una pregunta, chico.

—Y yo le he contestado que no es asunto suyo.

El joven intentaba recoger sus libros, pero dos o tres ya le habían sido arrebatados. El hombre atado a los barrotes de la ventana del hotel observaba en silencio la escena.

—De modo que, ¿de dónde vienes, muchacho? —preguntó un hombre alto, pero

en tono conciliador, como si ofreciera al joven la oportunidad de una salida digna.

—De Faulconer Court House.

El joven percibió y aceptó la nota conciliadora. Supuso que otros forasteros habían sido antes abordados por aquella multitud, interrogados y luego dejados marchar, y que si no perdía la cabeza podría evitar el destino, fuera cual fuese, que aguardaba al hombre de mediana edad atado ya a los barrotes.

—¿Faulconer Court House? —preguntó el hombre alto.

—Sí.

—¿Tu nombre?

—Baskerville. —Acababa de leer el nombre en la muestra de una tienda al otro lado de la calle: «Bacon y Baskerville», se leía en la muestra, y el joven se aferró aliviado a aquel nombre—: Nathaniel Baskerville.

Embellació la mentira con su nombre de pila real.

—No pareces virginiano, Baskerville —dijo el hombre alto.

—Sólo lo soy de adopción.

Su vocabulario, como los libros que cargaba, indicaban que el joven era una persona educada.

—¿Y qué es lo que haces en Faulconer County, chico? —preguntó otro hombre.

—Trabajo para Washington Faulconer.

De nuevo el joven habló en tono desafiante, esperando que el nombre serviría de talismán para protegerle.

—¡Será mejor dejarlo marchar, Don! —gritó un hombre.

—¡Dejadlo en paz! —intervino una mujer. No le importaba que el chico reclamara la protección de uno de los terratenientes más ricos de Virginia; más bien se sintió conmovida por la angustia que leyó en sus ojos y por el hecho innegable de que el cautivo de la multitud era muy guapo. Las mujeres siempre se fijaban de inmediato en Nathaniel, pero él era demasiado inexperto para darse cuenta del interés que despertaba.

—Eres un yanqui, muchacho, ¿a que sí? —le provocó el hombre alto.

—Ya no.

—¿Desde hace cuánto tiempo estás en Faulconer County? —Era otra vez el curtidor.

—Desde hace mucho.

La mentira empezaba a perder coherencia. Nathaniel nunca había visitado Faulconer County, aunque sí conocía al habitante más rico del condado, Washington Faulconer, cuyo hijo era su amigo más íntimo.

—Dime entonces qué población queda a medio camino de aquí a Faulconer Court House —le preguntó el curtidor, ansioso aún de venganza.

—¡Contéstale! —aulló el hombre alto.

El silencio de Nathaniel reveló su ignorancia.

—¡Es un espía! —gritó una mujer.

—¡Bastardo!

El curtidor se movió de prisa e intentó golpear a Nathaniel, pero el joven vio el amago y se echó a un lado. Luego plantó su puño en la oreja del hombre calvo, y enterró el otro puño en sus costillas. Fue como golpear a un puerco destazado, para el efecto que hizo. Inmediatamente después, una docena de hombres se abalanzaron sobre Nathaniel y lo golpearon; un puño impactó en su ojo y otro le hizo sangrar por la nariz y lo lanzó contra la pared del hotel. Le arrebataron el maletín, los libros desaparecieron, y un hombre le desgarró de un tirón la levita y dejó a la vista su cartera. Nathaniel intentó evitar el robo, pero se vio acogotado e impotente. La nariz le sangraba y el ojo empezó a hincharse. El carretero negro lo observaba todo sin expresión, y tampoco mostró la menor reacción cuando una docena de hombres se dirigieron a su carromato y le obligaron a apearse del pescante. Los hombres saltaron luego al interior del carro y gritaron que iban a Franklin Street, donde una cuadrilla estaba reparando la carretera. La multitud se apartó y dejó que el carromato girase mientras el carretero negro, procurando pasar inadvertido, se abría paso hacia el exterior del grupo para desaparecer luego a paso ligero.

Nathaniel había sido empujado contra la ventana. Le retorcieron las manos para pasarlas por entre los barrotes rematados en punta y las ataron con cuerdas a aquella jaula de hierro. Vio cómo uno de sus libros desaparecía por el sumidero, con el lomo roto y las páginas que revoloteaban sueltas. La multitud abrió por la fuerza el maletín, pero dentro no había nada de valor, sólo una navaja de afeitar y dos libros más.

—¿De dónde es usted?

El hombre de mediana edad atado al lado de Nathaniel debió de ofrecer un aspecto muy digno antes de que la ruidosa multitud lo atara a los barrotes. Era un hombre grueso y bastante calvo, y vestía una levita de paño caro.

—Vengo de Boston. —Nathaniel procuró ignorar a una mujer borracha que hacía gestos burlones delante de él, blandiendo una botella—. ¿Y usted, señor?

—Filadelfia. Sólo pensaba pasar aquí unas horas. Dejé mis cosas en la consigna del ferrocarril porque quería echar una ojeada a la ciudad. Me interesa la arquitectura religiosa, ya ve, y deseaba ver la iglesia episcopaliana de Saint Paul. —El hombre sacudió la cabeza pesaroso, y luego miró de nuevo a Nathaniel con un titubeo—. ¿Tiene rota la nariz?

—Creo que no.

La sangre que le brotaba de las ventanas de la nariz tenía un gusto salado en los labios de Nathaniel.

—Le va a quedar un ojo negro bastante llamativo, hijo. Pero he disfrutado al verle pelear. ¿Puedo preguntarle su profesión?

—Soy estudiante, señor. En el Yale College... O lo era.

—Yo soy el doctor Morley Burroughs. Dentista.

—Starbuck, Nathaniel Starbuck.

Nathaniel Starbuck no vio ninguna necesidad de ocultar su nombre al hombre atado a su lado.

—¡Starbuck! —El dentista repitió el nombre en un tono que implicaba que lo reconocía—. ¿Es usted pariente...?

—Sí.

—Entonces espero que no lo descubran —dijo el dentista, ceñudo.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

Starbuck no podía creer que se encontrara realmente en peligro. ¡Estaba en el centro mismo de una ciudad americana, en plena luz del día! Cerca de allí había alguaciles, magistrados, iglesias, escuelas. Esto era América, no México ni Cathay.

El dentista tiró de sus ataduras, se relajó, tiró de nuevo.

—Por lo que decían de la reparación de carreteras, hijo, apuesto por el alquitrán y las plumas, pero ¿y si averiguan que es usted un Starbuck?

El dentista parecía esperanzado a medias, como si en ese caso la animosidad de la multitud fuera a volcarse por entero en Starbuck y él pudiera salir bien librado.

La botella de la mujer borracha se estrelló en el suelo de la calle. Otras dos mujeres se repartían entre ellas las camisas sucias de Starbuck, mientras un hombre bajito con gafas curioseaba los papeles de la cartera de bolsillo que le había arrebatado. Había poco dinero en ella, sólo cuatro dólares, pero Starbuck no tenía miedo de perderlos. Lo que sí temía era que descubriesen su nombre, escrito en la docena de cartas que guardaba en la cartera. El hombre bajito había encontrado una de las cartas, y ahora la desplegó, la leyó, le dio la vuelta, volvió a leer. No había nada privado en la carta, sólo confirmaba la hora de salida de un tren en Penn Central Road, pero el nombre de Starbuck estaba escrito en el sobre, y el hombrecillo lo había visto. Dirigió la vista hacia Starbuck, luego a la carta, luego de nuevo hacia el joven.

—¿Se llama usted Starbuck? —preguntó en voz alta.

Starbuck no contestó.

La multitud olió la diversión y volvió su atención a los prisioneros. Un hombre barbudo de cara colorada, forzudo y más alto incluso que Starbuck, se hizo cargo del interrogatorio.

—¿Te llamas Starbuck?

Starbuck miró a su alrededor, pero no había ayuda a la vista. Los alguaciles dejaban a la multitud a su albedrío, y aunque varias personas de aspecto respetable se habían asomado a las ventanas de sus casas en el lado más alejado de Cary Street, ninguna hizo nada para detener el acoso. Algunas mujeres parecían compadecerse de su situación, pero se veían impotentes para prestarle alguna ayuda. Un eclesiástico

con sotana y alzacuello gravitaba por los alrededores del gentío; aun así, en la calle el ardor del whisky y de la pasión política era demasiado fuerte para que un hombre de Dios pudiera hacer algún bien, y en consecuencia el clérigo se limitó a emitir pequeños e ineficaces gritos de protesta fácilmente ahogados por los roncós alaridos de los participantes.

—¿Te han hecho una pregunta, chico!

El hombre de la cara colorada agarró la corbata de Starbuck y tironeó de tal forma que la doble lazada que rodeaba el cuello de Starbuck se apretó de una forma horrible.

—¿Te llamas Starbuck? —aulló, y salpicó la cara del joven de saliva que apestaba a alcohol y tabaco.

—Sí.

No tenía sentido negarlo. La carta iba dirigida a él, y una veintena más de papeles de su equipaje mencionaban su nombre, como también sus camisas llevaban cosido en la parte interior del cuello el nombre fatal.

—¿Y tienes algún parentesco con...?

La cara del hombre tenía muchas venillas rotas. Los ojos eran lechosos y le faltaban los dientes delanteros. Un hilillo de jugo de tabaco resbalaba por su barbilla y su barba castaña. Apretó más aún su presa sobre el cuello de Starbuck.

—¿Algún parentesco, menda?

Tampoco era posible negar aquello. Había una carta de su padre en la cartera de bolsillo que muy pronto iba a ser encontrada, de modo que Starbuck no esperó a la revelación y se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Soy su hijo.

El hombre soltó la corbata de Starbuck y aulló como un piel roja de teatro.

—¡Es el hijo de Starbuck! —comunicó triunfal a la multitud—. ¡Hemos pillado al hijo de Starbuck!

Y Starbuck se encontró en un aprieto, porque existían pocos nombres más a propósito para enfurecer a una multitud sureña. El nombre de Abraham Lincoln lo habría conseguido de sobra, y los de John Brown y Harriet Beecher Stowe bastarían para inflamar a aquel gentío; pero, excluidas esas luminarias, el nombre del reverendo Elial Joseph Starbuck era el siguiente mejor situado para hacer estallar la furia de una multitud sureña.

Porque el reverendo Elial Starbuck era un afamado enemigo de las aspiraciones del Sur. Había consagrado su vida a la abolición de la esclavitud, y tanto en sus sermones como en sus artículos de prensa atacaba sin piedad al régimen esclavista sureño: se burlaba de sus pretensiones, fustigaba su moral e ironizaba sobre sus argumentos. La elocuencia del reverendo Elial sobre la causa de la libertad de los negros había hecho famoso su nombre, no sólo en América, sino en cualquier lugar

donde personas cristianas leyeron sus periódicos y rezaran a su Dios, y ahora, en el día en que la noticia de la caída de Fort Sumter traía revolucionado al Sur, una multitud se había apoderado, en Richmond, Virginia, de uno de los hijos del reverendo Elial Starbuck.

Bien es cierto que Nathaniel detestaba a su padre. No quería tener nada que ver con su progenitor nunca más, pero la multitud no podía saberlo, y nadie habría creído a Starbuck de habérselo dicho. El humor de aquel gentío se agrió, y empezaron a oírse voces que pedían venganza contra el reverendo Starbuck y sus descendientes. Clamaban venganza, la exigían con aullidos. La multitud también iba aumentando a medida que más personas de la ciudad se enteraban de la noticia de la caída de Fort Sumter y se unían a la conmoción que celebraba la libertad y el triunfo del Sur.

—¡Colgadlo! —gritó un hombre.

—¡Es un espía!

—¡Un amante de los negros!

Una boñiga de caballo salió volando hacia los presos, aunque quien recibió el impacto fue el dentista.

—¿Por qué no se habrá quedado usted en Boston? —se lamentó el dentista.

La multitud se abalanzó hacia los prisioneros, y luego se detuvo, como incierta de lo que quería exactamente de sus cautivos. Pronto destacó un puñado de cabecillas entre el anonimato del gentío, y esos cabecillas pidieron a gritos a la gente que tuviera un poco de paciencia. El carro prestado había ido a buscar alquitrán de la cuadrilla que reparaba la carretera, se aseguró a la multitud, y mientras tanto se había conseguido un saco de plumas de una fábrica de colchones de la vecina Virginia Street.

—¡Vamos a dar a estos «caballeros» una lección! —aulló el hombre gordo de la barba a los dos prisioneros—. Los yanquis os creéis mejores que nosotros los sureños, ¡eso os creéis! —Cogió un puñado de plumas y las dejó caer sobre la cabeza del dentista—. Más altos y más fuertes, ¿a que sí?

—Sólo soy un dentista, señor, y he estado practicando mi oficio en Petersburg.

Burroughs intentaba abogar por su causa con dignidad.

—¡Es un dentista! —gritó el hombre gordo, jubiloso.

—¡Arráncale los dientes!

Otra ovación anunció el regreso del carromato prestado, cargado ahora con una gran tina negra llena de alquitrán humeante. El carro se detuvo con estrépito junto a los dos prisioneros, y el hedor del alquitrán se sobrepuso incluso al olor de tabaco que impregnaba toda la ciudad.

—¡El cachorro de Starbuck primero! —gritó alguien, pero o bien se impuso la idea de que la ceremonia había de seguir el orden de las capturas, o bien los cabecillas deseaban reservar lo mejor para el final, porque Morley Burroughs, el

dentista de Filadelfia, fue el primero en ser desatado de los barrotes y empujado hacia el carronato. Se resistió, pero no era rival para aquellos hombres forzudos y fue izado a la caja del vehículo, que ahora iba a servir de escenario improvisado.

—Luego te tocará a ti, yanqui. —El hombre pequeño con gafas que fue el primero en descubrir la identidad de Starbuck había ido a colocarse al lado del bostoniano—. ¿Y qué es lo que estás haciendo aquí?

El tono del hombre había sido casi amistoso, y Starbuck, pensando que quizás había encontrado un aliado, le contestó la verdad.

—He escoltado a una dama hasta esta ciudad.

—¿Una dama? ¡Vaya! ¿Qué clase de dama? —preguntó el hombre pequeño. Una puta, pensó Starbuck con amargura, una tramposa, una mentirosa y una perra, pero ¡Dios!, lo enamorado que había estado de ella, cómo la había adorado y cómo había permitido que ella lo despidiera con un simple gesto del dedo meñique, y arruinara su vida dejándolo ahora compuesto, sin dinero y sin hogar en Richmond.

—Le he hecho una pregunta —insistió el hombre.

—Una dama de Luisiana —contestó Starbuck en tono suave—, que me pidió que la escoltara desde el Norte.

—¡Será mejor que reces para que venga deprisa y te salve, antes de que Sam Pearce te ponga las manos encima! —rio el hombrecillo de las gafas.

Estaba claro que Sam Pearce, el hombretón de la cara roja y la barba, se había convertido en el maestro de ceremonias; ahora supervisaba el proceso de desnudar al dentista de su levita, chaleco, pantalones, camisa y camiseta, dejando a Morley Burroughs humillado a la luz del día, sólo con los calcetines y unos calzoncillos largos que se le dejó conservar puestos por deferencia al pudor de las damas espectadoras. Sam Pearce hundió ahora un cucharón de mango largo en la tina y lo sacó goteando un alquitrán caliente y espeso. La multitud le ovacionó.

—¡Duro con él, Sam!

—¡Úntalo bien!

—¡Dale a ese yanqui una lección, Sam!

Pearce volvió a sumergir el cucharón en la tina, y revolvió despacio el alquitrán antes de levantar de nuevo el cazo bien cargado de aquella sustancia humeante, negra y espesa. El dentista forcejeó, pero dos hombres lo empujaron hacia la tina y le obligaron a inclinarse sobre la boca humeante, de modo que su espalda rolliza, blanca, desnuda, quedó expuesta al rostro sonriente de Pearce, que hizo gravitar la ardiente masa de alquitrán sobre su víctima.

Hubo un silencio expectante en la multitud. El alquitrán pareció dudar un instante, y luego goteó sobre la nuca calva del dentista. El dentista gritó al sentirse escaldado por aquella sustancia hirviente. Dio un tirón para zafarse, pero lo sujetaron con más fuerza y la multitud, liberada de la tensión por su grito, lo ovacionó.

Starbuck miraba, y olía el hedor acre y punzante del líquido viscoso que resbaló más allá de las orejas del dentista hasta sus rollizos hombros blancos. La brea humeaba en el cálido aire primaveral. El dentista lloraba, imposible decir si por la ignominia o por el dolor, pero a la multitud le importaba muy poco; todo lo que sabían era que un noruego sufría, y eso les bastaba para disfrutar.

Pearce sacó otra gran cucharada de la tina. El gentío gritó para que lo vertiese, las rodillas del dentista se doblaron y Starbuck se estremeció.

—Tú eres el siguiente, chico. —El curtidor se había acercado y ahora se colocó al lado de Starbuck—. Tú eres el siguiente...

De pronto, levantó el puño y lo lanzó contra el estómago de Starbuck, provocando la salida explosiva del aire de los pulmones del joven, que dio un salto espasmódico contra sus ataduras. El curtidor se echó a reír.

—Vas a sufrir, menda, vas a sufrir.

El dentista gritó otra vez. Un segundo hombre había saltado a lo alto del carretón para ayudar a Pearce a extender el alquitrán. El segundo hombre usaba una pala de mango corto con la que levantó una masa de brea espesa y negra de la tina.

—¡Guarda un poco para Starbuck! —gritó el curtidor.

—¡Aquí hay de sobra para los dos, chicos!

El nuevo verdugo esparció la palada de alquitrán por la espalda del dentista. El dentista, todavía de rodillas, se encogió y aulló; luego lo incorporaron y vertieron más alquitrán sobre su pecho, de modo que goteara sobre su vientre y sus calzoncillos blancos. Hilillos de aquella sustancia viscosa recorrían sus sienes, resbalaban por la cara y bajaban por la espalda y los muslos. Tenía la boca abierta y torcida, pero aunque lloraba, ahora no emitía ningún sonido. La multitud se burlaba al verlo así. Una mujer estaba doblada sobre sí misma, incapaz de contener las carcajadas.

—¿Dónde están las plumas? —gritó otra mujer.

—¡Conviértelo en un pollo, Sam!

Vertieron más alquitrán hasta que toda la parte superior del cuerpo del dentista quedó cubierta de aquella sustancia negra y reluciente. Sus verdugos lo habían soltado, pero estaba demasiado agobiado para intentar escapar ahora. Además, sus pies calzados con calcetines habían quedado adheridos a sendos charcos de alquitrán, y todo lo que podía hacer por sí mismo era tratar de apartar la asquerosa pringue de los ojos y la boca, mientras sus atormentadores acababan su tarea. Una mujer se llenó el delantal de plumas y subió al carretón, y allí, en medio de grandes ovaciones, las plumas fueron esparcidas sobre el humillado dentista. Estaba allí, embadurnado de negro, emplumado, humeante, boquiabierto, patético, y a su alrededor la multitud aullaba, se burlaba, abucheaba. Algunos negros que miraban desde la acera del otro lado de la calle se retorcían de risa, mientras que el clérigo que había protestado con tanto patetismo al principio se esforzaba ahora en no sonreír ante lo ridículo del

espectáculo. Sam Pearce, el maestro de ceremonias, arrojó un último puñado de plumas que se adhirieron a la brea que empezaba a enfriarse y solidificarse, y luego dio un paso atrás y presentó con un floreo orgulloso de la mano al dentista. La multitud le ovacionó de nuevo.

—¡Sam! ¡Vamos, Sam, hazle cacarear! ¡Hazle cacarear como una gallina!

El dentista fue empujado repetidamente con la pala de mango corto hasta que emitió una imitación patética del cloqueo de una gallina.

—¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

De nuevo agujonearon al doctor Burroughs, y esta vez consiguió emitir aquel mísero sonido con la potencia suficiente para satisfacer a la multitud. Los ecos de las risas de las casas vecinas llegaron hasta el río cercano, donde los costados de las gabarras se entrechocaban en el muelle.

—¡Trae al espía, Sam!

—¡Dale una buena!

—¡Enséñanos al bastardo de Starbuck!

Los hombres se apoderaron de Starbuck, lo desataron y lo arrastraron hacia el carretón. El curtidor les ayudó, mientras seguía dando puñadas y puntapiés al indefenso Starbuck, le escupía todo su odio y se burlaba de él, anticipando la humillación que iba a recibir el cachorro de Elial Starbuck. Pearce había encajado el sombrero de copa del dentista en la cabeza grotesca, embadurnada de alquitrán y emplumada, de su propietario. El dentista temblaba y sollozaba en silencio.

Starbuck recibió un fuerte empujón y fue a chocar contra la rueda del carromato. Varias manos lo agarraron desde arriba, lo cogieron del cuello y lo izaron. La gente también lo aupaba desde abajo, y su rodilla tropezó con la tabla del costado; por fin quedó tendido sobre la caja del carromato, con la mano metida en un charco de brea caliente derramada. Sam Pearce ayudó al joven a ponerse de pie, y mostró su cara ensangrentada a la multitud.

—¡Aquí lo tenemos! ¡El bastardo de Starbuck!

—¡Despelléjalo, Sam!

—¡Dale duro, Sam!

Pearce obligó a Starbuck a agachar la cabeza sobre la tina, hasta quedar a escasos centímetros de la superficie del líquido apestoso. La tina no tenía ya debajo los carbones que calentaban la brea, pero era lo bastante grande y estaba lo bastante llena para retener casi todo su calor. Starbuck intentó apartarse cuando se formó una burbuja justo debajo de su nariz ensangrentada. La burbuja se deshizo con un gorgoteo perezoso, y Pearce tiró de nuevo del pelo del joven hasta dejarlo erguido.

—Fuera esas ropas, menda.

Muchas manos tironearon de la levita de Starbuck, desgarraron las mangas y rasgaron la espalda de arriba abajo.

—¡Déjalo en pelota brava, Sam! —gritó una mujer, excitada.

—¡Dale a su padre un tema para predicar!

Un hombre daba saltos al lado del carromato. Junto a él había un niño con las manos en la boca y los ojos brillantes, sin perder detalle. El dentista, sin que nadie le prestara atención ahora, se había sentado en la caja del carretón y patética e inútilmente intentaba rascar el alquitrán caliente de su piel despellejada.

Sam Pearce revolvió el contenido de la tina. El curtidor escupía una y otra vez a Starbuck mientras un hombre de pelo gris hurgaba en la cintura de Starbuck para desabrocharle los pantalones.

—No te atrevas a mearme encima, chico, o te dejo sin nada con lo que poder mear.

Bajó los pantalones de Starbuck hasta las rodillas, lo que provocó un agudo alarido de aprobación en la multitud.

También sonó un disparo.

El disparo hizo vibrar el aire quieto de aquel cruce de calles, y asustó a una veintena de pájaros, que emprendieron el vuelo desde los techos de los almacenes que flanqueaban Shockoe Slip. La multitud se giró. Pearce hizo gesto de desgarrar la camisa de Starbuck, pero sonó un segundo disparo que pareció más fuerte, despertó ecos en los edificios más alejados e hizo que la multitud guardara silencio.

—Vuelve a tocar al chico —dijo una voz lenta, llena de confianza—, y eres hombre muerto.

—¡Es un espía! —intentó defenderse Pearce.

—Es mi invitado.

Quien hablaba iba montado en un caballo negro de buena alzada, y llevaba un sombrero de ala flexible, un chaquetón largo de color gris y botas altas. Empuñaba un revólver de cañón largo, que ahora colocó en una funda sujeta a su silla de montar. Fue un gesto maravillosamente despreocupado, que sugería que no tenía nada que temer de aquel gentío. El ala del sombrero dejaba en sombra la cara del hombre, pero era evidente que había sido reconocido, porque cuando espoleó a su caballo y avanzó por entre la multitud, ésta se apartó para dejarle paso. Le seguía un segundo jinete, que llevaba de las riendas a un caballo sin jinete.

El del caballo negro se detuvo junto al carretón. Se alzó el sombrero unos centímetros con la punta de una fusta de montar, y se quedó mirando con incredulidad a Starbuck.

—¿Eres Nate Starbuck, no?

—Sí, señor. —Starbuck temblaba.

—¿Te acuerdas de mí, Nate? Nos vimos en New Haven el año pasado.

—Claro que me acuerdo, señor.

Starbuck temblaba, pero más de alivio que de miedo. Su rescatador era

Washington Faulconer, padre del mejor amigo de Starbuck y la persona cuyo nombre había citado antes para librarse de las iras de la multitud.

—Me parece que te estás llevando una impresión equivocada de la hospitalidad virginiana —dijo con voz tranquila Washington Faulconer—. ¡Vergüenza debería daros! —Estas últimas palabras las dirigió a la multitud—. ¡No estamos en guerra con los forasteros en nuestra ciudad! ¿Qué es lo que sois? ¿Salvajes?

—¡Es un espía! —El curtidor hizo un último esfuerzo por restablecer la supremacía de la multitud.

Washington Faulconer se volvió despectivo al hombre.

—¡Y tú un tonto del culo! ¡Os estáis comportando como yanquis, todos vosotros! Puede que en el Norte quieran una populachocracia, pero nosotros no. ¿Quién es ese hombre?

Señaló con la fusta al dentista.

El dentista era incapaz de hablar, de modo que Starbuck, libre de las garras de sus enemigos y con los pantalones felizmente abotonados de nuevo a su cintura, respondió por su compañero de desdicha.

—Se llama Burroughs, señor. Es un dentista que estaba de paso en la ciudad.

Washington Faulconer miró a su alrededor hasta que vio a dos caras conocidas en el gentío.

—Llevad al señor Burroughs a mi casa. Haremos lo que podamos para desagraviarlo.

Y después de esa reprimenda indirecta a la multitud abochornada, se volvió de nuevo a Starbuck y le presentó a su compañero, un hombre de cabellos oscuros y pocos años mayor que el propio Starbuck:

—Este es Ethan Ridley.

Ridley llevaba de la brida al caballo sin jinete, y ahora lo arrimó a la caja del carromato.

—¡Monta, Nate! —urgió Washington Faulconer a Starbuck.

—Sí, señor.

Starbuck se agachó para recoger su levita, se dio cuenta de que no tenía remedio posible, y se irguió de nuevo con las manos vacías. Miró a Sam Pearce, que se encogió ligeramente de hombros como para indicar que no había rencor; pero sí lo había, y Starbuck, que nunca había sabido controlar su genio, dio un rápido paso hacia el hombrón y le asestó un puñetazo. Sam Pearce quiso esquivarlo, pero no fue lo bastante rápido y el golpe de Starbuck le alcanzó en la oreja. Pearce se tambaleó, extendió un brazo para agarrarse a algo y lo único que consiguió fue meter la mano en la tina de alquitrán. Dio un grito, sacó la mano con un gesto espasmódico, y aquello le hizo perder el equilibrio y caer sin remedio por la trasera del carromato, de modo que su cráneo fue a chocar ruidosamente con los adoquines de la calle. A

Starbuck le dolía la mano después de aquel golpe salvaje y desmañado, pero la multitud, impredecible como todo gentío apasionado, de pronto empezó a reír y a aplaudirle.

—¡Vamos, Nate! —Washington Faulconer contemplaba sonriente la caída de Pierce.

Starbuck pasó directamente del carro a los lomos del caballo. Buscó los estribos con los pies, tomó las riendas y hundió los talones manchados de alquitrán en los flancos de su montura. Dio por perdidos sus libros y su ropa, pero en aquel momento aquello le parecía una nimiedad. Los libros eran textos exegéticos que guardaba de sus estudios en el Seminario Teológico de Yale, y su venta podía haberle reportado como mucho un dólar con cincuenta centavos; y la ropa aún tenía menos valor. Así pues, dio por perdidas sus pertenencias y siguió a sus rescatadores más allá del gentío reunido, hacia Pearl Street. Starbuck todavía temblaba, y no se atrevía a creer que había escapado del tormento de la multitud.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí, señor? —preguntó a Washington Faulconer.

—No sabía que eras tú, Nate. Sólo me han dicho que un joven que decía conocerme estaba a punto de ser colgado por el crimen de ser un yanqui, de modo que he pensado que tenía que echar un vistazo. Ha sido un carretero el que me lo ha dicho, un fulano negro. Te oyó decir mi nombre y conocía mi casa, de modo que vino y se lo contó a mi mayordomo. Que me lo contó a mí, claro está.

—He contraído una deuda extraordinaria con usted, señor.

—Lo que no cabe duda es que tienes una deuda con aquel negro. O mejor dicho, no, porque yo le he dado las gracias por ti, acompañadas por un dólar de plata. —Washington Faulconer se volvió a mirar a su magullado acompañante—. ¿Duele esa nariz?

—No más de lo que acostumbra a doler una nariz que sangra, señor.

—¿Puedo preguntarte qué es exactamente lo que haces aquí, Nate? Virginia no parece el lugar más adecuado para el esparcimiento de un joven de Massachusetts.

—Le estaba buscando a usted, señor. Tenía intención de hacer una visita a Faulconer Court House.

—¡Eso está a cien kilómetros, Nate! —Washington Faulconer se echó a reír—. ¿No te dijo Adam que tenemos unas habitaciones en la ciudad? Mi padre era senador del Estado, de modo que le gustaba tener en Richmond un sitio donde poder colgar el sombrero. Pero ¿por qué me estabas buscando? ¿O es a Adam a quien buscas? Está en el Norte, me temo. Intenta evitar la guerra, pero me parece un poco tarde para eso. Lincoln no quiere la paz, así que me temo que tendremos que obligarle a desearla con un poco de guerra.

Faulconer hablaba en tono alegre al ofrecer esa mezcla de preguntas y respuestas. Era un hombre de aspecto impresionante, de edad mediana y estatura también

mediana, con una espalda recta y hombros cuadrados. Llevaba corto el cabello rubio, barba espesa pero bien recortada, un rostro que parecía irradiar franqueza y amabilidad, y unos ojos azules que chispeaban con una expresión de diversión bonachona. A Starbuck le pareció exacto a su hijo Adam, al que Starbuck había conocido en Yale y del que siempre pensaba que era el hombre más decente que nunca había conocido.

—Pero ¿por qué estás aquí, Nate? —repitió Faulconer su primera pregunta.

—Es una larga historia, señor.

Starbuck había montado muy poco a caballo y lo hacía mal. Se inclinaba en la silla y se tambaleaba de un lado a otro, en un horrible contraste con sus dos elegantes acompañantes, que cabalgaban con despreocupada destreza.

—Me gustan las historias largas —dijo Washington Faulconer en tono alegre—, pero guárdala para cuando te hayas aseado. Aquí estamos. —Señaló con su fusta una lujosa casa de cuatro pisos y fachada de piedra, con toda evidencia el lugar donde su padre había «colgado» su sombrero—. No se aloja ninguna dama aquí esta semana, de manera que tendremos más libertad y comodidad. Ethan te pasará algo de ropa. Le acompañarás a la habitación de Adam, ¿verdad, Ethan?

Criados negros salieron corriendo al patio desde los establos para hacerse cargo de los caballos y de pronto, después de semanas de incertidumbre, peligro y humillaciones.

Starbuck se sintió rodeado de seguridad, confort y libertad. Poco faltó para que rompiera a llorar de alivio. América se hundía en el caos, los tumultos se apoderaban de la calle, pero Starbuck estaba a salvo.

* * *

—¡Ahora tienes un aspecto bastante más humano, Nate! —saludó Washington Faulconer a Starbuck en su estudio—. Y esa ropa parece casi hecha a medida. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor. Gracias, señor.

—¿Estaba lo bastante caliente el agua del baño?

—Perfecta, señor.

—Ese ojo tiene que dolerte. ¿Tal vez te vendría bien un emplasto antes de acostarte? Hemos tenido que llamar a un médico para atender a tu amigo de Filadelfia. Están intentando limpiar al pobre tipo en el patio de los establos. Mientras tanto, mi problema es si debo o no comprar mil rifles a doce pavos la pieza.

—¿Por qué no? —Ethan Ridley, que había instalado a Starbuck en la habitación de Adam y luego dispuesto su baño y una muda de ropa limpia, estaba ahora sentado en un sofá junto a la ventana del estudio de Washington Faulconer, y allí jugueteaba

con un revólver de cañón largo con el que, de cuando en cuando, apuntaba a los peatones que pasaban por la calle.

—Porque no quiero quedarme con la primera cosa que encuentre, Ethan —dijo Washington Faulconer—. Puede aparecer algo mejor dentro de uno o dos meses.

—No hay nada que sea mucho mejor que el rifle de Misisipí. —Ridley apuntó en silencio al conductor de una calesa tapizada de escarlata—. Y los precios no van a bajar, señor. Con el debido respeto, no van a bajar. Los precios nunca bajan.

—Supongo que es cierto.

Faulconer calló, pero aún parecía albergar ciertas dudas.

En un rincón de la habitación, sonaba pesadamente el tictac de un reloj. El eje de una carreta chirrió en la calle. Ridley encendió un cigarro largo y delgado y aspiró el humo, glotón. Un cenicero de bronce, a su lado, estaba alfombrado de ceniza y colillas. Chupó de nuevo su cigarro, avivando el brillo de la punta encendida, y miró a Starbuck.

—¿Crees que el Norte luchará? —preguntó, dando por descontado que un yanqui como Starbuck debía conocer la respuesta.

Pero Starbuck no tenía idea de lo que pretendía hacer el Norte después de la caída de Fort Sumter. En las últimas semanas, Nathaniel Starbuck había estado demasiado distraído para pensar en la política, y ahora, enfrentado a la pregunta que estaba polarizando las energías de todo el país en el Sur, no supo qué responder.

—En cierto modo no importa si luchan o no —dijo Faulconer antes de que a Starbuck se le ocurriera alguna res— puesta—. Si les parece que nosotros no estamos preparados para combatir, Ethan, es seguro que el Norte nos invadirá. Pero si nos mantenemos firmes..., bueno, puede que se echen atrás.

—En ese caso, compre los rifles, señor —le apremió Ridley, y reforzó su consejo apretando el gatillo de su revólver descargado. Era un hombre alto, delgado, elegante con sus botas negras de montar, sus pantalones negros y una levita negra salpicada de ceniza de cigarro. Llevaba los cabellos oscuros largos y aceitados, estirados sobre el cráneo, y la barba recortada con cierto amaneramiento. En el dormitorio de Adam, mientras Starbuck se lavaba y acicalaba, Ridley recorría a grandes zancadas la habitación explicando a Starbuck que tenía intención de casarse con la hija de Washington Faulconer, Anna, y que la perspectiva de la guerra había hecho que se aplazaran los planes de boda. Ridley hablaba de la posible guerra como algo irritante más que calamitoso, y su lento y atractivo acento sureño añadía más convicción aún al tono confiado de sus palabras.

—¡Doce mil dólares que se van! —dijo ahora Washington Faulconer, mientras estampaba su firma en una letra de cambio—. Compra esos rifles para mí, Ethan, y se acabó la cuestión.

Starbuck se preguntó por qué Washington Faulconer compraba tantas armas, pero

no le produjo ningún asombro que pudiera permitirse comprarlas porque sabía que el padre de su amigo era uno de los hombres más acaudalados de Virginia, o mejor dicho, de todos los Estados precariamente unidos. Faulconer alardeaba de que la medición más reciente de las tierras de su familia en Faulconer County la había llevado a cabo un joven y algo inexperto agrimensor llamado George Washington, y que desde aquel día la familia no había perdido un solo acre censado, y había añadido a sus propiedades bastantes más. Entre esos nuevos acres, se contaba el solar sobre el que se alzaba ahora la casa de Faulconer en Richmond, una de las más grandes de Cary Street, que tenía en la parte trasera un gran patio de cuadras con una cochera para los carruajes, alojamiento para una docena de mozos de cuadra y establos para treinta caballos. La casa contaba con salón de baile, sala de música y la que pasaba por ser la mejor escalera de Richmond, una magnífica escalinata circular que ascendía alrededor de una caja de paredes doradas de las que colgaban los retratos de la familia, los más antiguos de ellos venidos de Inglaterra en el siglo XVII. Los libros del estudio de Washington Faulconer llevaban impreso en oro en las cubiertas de piel el blasón de la familia, y los escritorios, las sillas y las mesas eran obra de los mejores artesanos de Europa, porque para un hombre tan rico como Washington Faulconer sólo valía lo mejor. Había flores colocadas sobre todas las mesas, no sólo como decoración, sino como un intento de contrarrestar el olor procedente de las factorías de tabaco de la ciudad.

—¡Vamos, Nate! —dijo de buen humor Washington Faulconer después de decidirse a comprar los rifles de doce dólares—. Nos habías prometido una historia. ¿Quieres café, o algo más fuerte? ¿Bebes? ¿Sí? Pero no con la bendición de tu padre, seguro. Tu padre no aprobará las bebidas espirituosas, ¿o sí? ¿Es prohibicionista el reverendo Elial, además de abolicionista? ¡Lo es! ¡Qué hombre tan implacable debe de ser, a buen seguro! Siéntate.

Washington Faulconer rebosaba energía y felicidad mientras mantenía aquella conversación consigo mismo, y, aunque él seguía de pie, acercó a Starbuck una silla colocada junto a la pared, le sirvió café, y por fin tomó asiento ante su escritorio.

—¡Adelante, pues! ¡Cuéntame! ¿No se supone que habías de estar en el seminario?

—Sí, señor, lo estaba. —Starbuck se sintió de pronto inhibido, avergonzado de su aventura y de su patética situación—. Es una historia muy larga —protestó a Washington Faulconer.

—Cuanto más larga, mejor. ¡De modo que adelante, cuenta!

Así pues, Starbuck no tuvo más opción que contar su patética historia de obsesión, amor y crimen; la vergonzosa historia de cómo *Mademoiselle* Dominique Demarest, de Nueva Orleans, había convencido a Nathaniel Starbuck, de Yale, de que la vida podía ofrecerle más cosas que lecciones de teología didáctica, literatura sacra

o artes oratorias.

—¡Una mala mujer! —exclamó Washington Faulconer cuando Starbuck la mencionó por primera vez—. Cualquiera buena historia tiene que incluir a una mala mujer.

Starbuck había visto por primera vez a *Mademoiselle* Dominique Demarest en el Lyceum Hall de New Haven, donde la compañía artística del mayor Ferdinand Trabell, en gira por la región, presentaba la *Única Auténtica y Autorizada Versión para la Escena de La Cabaña del Tío Tom, Completa y con Mastines Auténticos*. La de Trabell había sido la tercera compañía de gira que había visitado New Haven con el *Tío Tom* aquel invierno, y todas aseguraban que la suya era la única versión dramática auténtica y autorizada de la gran obra, pero la producción del mayor Trabell fue la primera a la que se atrevió a asistir Starbuck. Había habido un debate apasionado en el seminario sobre la conveniencia de asistir a una representación teatral, por más que fuera moralmente educativa y propugnara la abolición de la esclavitud, pero Starbuck quiso ir porque los mastines mencionados en el cartel despertaron su curiosidad. No había mastines en la excelente novela de la señora Beecher Stowe, pero a Starbuck le pareció que los animales podían añadir dramatismo a la historia, de modo que acudió al Lyceum y, allí, sobrecogido, vio cómo un verdadero ángel, en el papel de la esclava fugitiva Eliza, cruzaba de puntillas sobre unos bloques de cartón piedra que simulaban ser témpanos de hielo, perseguida por un par de perros letárgicos y babeantes que tanto podían ser mastines como no serlo.

Pero a Starbuck no le importó en absoluto el pedigrí de los perros, y sí se interesó en cambio por el ángel, que tenía el rostro ovalado, los ojos tristes, las mejillas sonrosadas, la boca grande, los cabellos negros como la noche y una voz agradable. Se enamoró instantáneamente, con furia arrebatadora y, hasta donde podía afirmar, eternamente. Volvió al Lyceum la noche siguiente, y también la otra, que fue la de la última representación de la gran obra, y el día después se ofreció a ayudar al mayor Trabell a desmontar y embalar la tramoya del escenario, y el mayor, al que había abandonado recientemente su único hijo y que en consecuencia necesitaba un sustituto para representar los papeles de Augustine St. Clair y Simón Legree, y que apreció en alto grado el atractivo aspecto y las dotes innatas de actor de Starbuck, lo contrató por cuatro dólares a la semana más pensión completa, sin contar la valiosa tutela del propio mayor Trabell en el aprendizaje de las artes de Tespis. Ni siquiera esos alicientes habrían convencido a Starbuck de abandonar su formación en el seminario, de no ser porque *Mademoiselle* Dominique Demarest sumó sus súplicas a las de su empresario. Y así fue como, por un impulso repentino y por su adoración a Dominique, Starbuck se convirtió en cómico itinerante.

—¿Aceptó el envite y se largó? ¿Así por las buenas? —preguntó Washington

Faulconer, visiblemente divertido e incluso con cierta admiración.

—Sí, señor.

Sin embargo, Starbuck no confesó toda la extensión de su humillante rendición a Dominique. Admitió haber acudido al teatro noche tras noche, pero no describió sus largos paseos por las calles con la esperanza de ver por un instante a su ángel, ni cómo había escrito su nombre una y otra vez en sus cuadernos de notas, ni sus intentos de captar a lápiz la delicadeza de aquel rostro alargado y engañosamente etéreo, ni cómo ansiaba mitigar el daño que la vida había infligido a Dominique Demarest.

La historia de la joven había sido publicada en el periódico de New Haven que anunciaba la representación del *Tío Tom* por la compañía, y en dicho anuncio afirmaba que, pese a que *Mademoiselle* Demarest era tan blanca de piel como cualquier dama respetable, lo cierto es que era una ochavona de diecinueve años que había sido esclava de un propietario rural de Nueva Orleans de conducta comparable a la de Simón Legree. El pudor impedía al periódico dar detalles precisos de esa conducta, pero no a afirmar que el propietario de Dominique había amenazado la virtud de su hermosa esclava de piel blanca y que ello forzó a Dominique, en una fuga equiparable a la de la Eliza de la novela, a huir al Norte en busca de la libertad y la salvaguarda de su virtud. Starbuck intentó imaginar a su encantadora Dominique corriendo desesperada en la noche de Luisiana perseguida por negreros que aullaban, perros que ladraban y un propietario esclavista.

—¡Y un cuerno me escapé! ¡Nunca he sido una esclava, nunca! —dijo Dominique a Starbuck al día siguiente en uno de los carromatos de la compañía, camino de Hartford, donde la obra había de representarse durante seis noches en el Touro Hall—. No tengo ni gota de sangre negra, ni gota. Es un reclamo para vender entradas, eso es lo que es, y más entradas significa más dinero, y por eso Trabell dice a los periódicos que soy negra en parte.

—¿Quieres decir que es mentira? —Starbuck estaba horrorizado.

—¡Pues claro que es mentira! —se indignó Dominique—. Ya te lo he dicho, vende entradas, y las entradas son dinero.

Dijo que lo único cierto de la historia es que tenía diecinueve años y se había educado en Nueva Orleans, pero en una familia blanca que ella aseguraba ser de irreprochable ascendencia francesa. Su padre era un hombre acomodado, aunque ella sólo se refirió con vaguedades al proceso exacto por el que la hija de un rico comerciante de Luisiana había llegado a representar el papel de Eliza en el *Tío Tom* de la compañía itinerante del mayor Ferdinand Trabell.

—No es que Trabell sea militar en realidad —dijo Dominique en tono de confianza a Starbuck—, pero pretende haber combatido en México. Dice que se quedó cojo allí por una herida de bayoneta, pero para mí que es más probable que lo

apuñalara una puta en Filadelfia.

Soltó una carcajada. Era dos años más joven que Starbuck, pero parecía inconmensurablemente mayor y mucho más experimentada. También parecía que le gustaba Starbuck, el cual correspondía a ese gusto con una adoración ciega, hasta el punto de que no le importó que no fuera una esclava huida.

—¿Cuánto te paga? —preguntó Dominique a Starbuck.

—Cuatro dólares a la semana.

Ella rio con desdén.

—¡Te está robando!

Durante los dos meses siguientes, Starbuck se dedicó al feliz aprendizaje del oficio de actor y a la adoración perpetua en el santuario de la virtud de la señorita Demarest. Le divertía subir al escenario, y el hecho de que fuera el hijo del reverendo Elial Starbuck, el famoso abolicionista, sirvió para engrosar tanto el público de Trabell como las recaudaciones. También consiguió que la nueva profesión de Nathaniel llegara a oídos de su padre que, presa de una furia terrible, envió al hermano mayor de Starbuck, James, para llevar al pecador al arrepentimiento y regresar con él al redil.

La misión de James fracasó en toda línea, y dos semanas después Dominique, que hasta entonces no había permitido a Starbuck la menor libertad más allá de tomarla de la mano, le prometió por fin la recompensa que ansiaba su corazón ardiente si la ayudaba a robar al mayor Trabell la recaudación de la semana.

—Me debe dinero —dijo Dominique, y explicó que su padre la había escrito para decirle que la esperaba en Richmond, Virginia, y que ella sabía que el mayor Trabell no tenía intención de pagarle los seis meses de salario que le adeudaba, por lo que necesitaba la ayuda de Starbuck para robar lo que en justicia ya le pertenecía. A cambio de la recompensa que le ofreció, Starbuck habría ayudado a Dominique a robar la luna, pero se conformó con los ochocientos sesenta y cuatro dólares que encontró en el baúl del mayor Trabell y se los quedó, mientras en la habitación vecina el mayor disfrutaba de un baño de asiento en la compañía de una dama joven que deseaba triunfar en la escena y, en consecuencia, se había ofrecido al mayor para su inspección y dictamen profesional.

Starbuck y Dominique huyeron aquella misma noche, y llegaron a Richmond dos días más tarde. Se suponía que el padre de Dominique la estaba esperando en el Spotswood House Hotel de Main Street, pero en su lugar apareció un joven alto, apenas un año mayor que el propio Starbuck, que esperaba en el salón del hotel y se echó a reír alegremente cuando apareció Dominique. El joven era el hijo del mayor Trabell, Jefferson, peleado con su padre y que ahora despidió a Starbuck con una condescendiente propina de diez dólares.

—Será mejor que te hagas humo, tío —le dijo—, antes de que te cuelguen para

pasto de los cuervos. La gente del Norte no es muy popular por aquí en estos tiempos.

Jefferson Trabell vestía pantalones de piel, botas altas, chaleco de raso y levita escarlata. Tenía ojos oscuros y astutos, y llevaba patillas estrechas que, como su largo cabello negro, estaban aceitadas y relucientes como el azabache. Su corbata de lazo iba prendida con una aguja adornada con una gran perla, y la culata del revólver de su pistolera era de plata bruñida. Fue ese revólver, y no el aire de dandi de aquel joven alto, lo que convenció a Starbuck de que no valía la pena reclamar la recompensa prometida por *Mademoiselle* Dominique Demarest.

—¿Quieres decir que te dijo adiós por las buenas? —preguntó incrédulo Washington Faulconer.

—Sí, señor.

El vergonzoso recuerdo hizo estremecerse de angustia a Starbuck.

—¿Sin un revolcón siquiera?

Ethan Ridley dejó a un lado el revólver descargado mientras hacía la pregunta, y aunque la inconveniencia le valió una mirada de reprobación de Washington Faulconer, estaba claro que también éste deseaba conocer la respuesta. Starbuck no contestó, pero tampoco hacía falta. Dominique lo había embobado, y era evidente que se comportó como un bobo hasta el final.

—¡Pobre Nate! —dijo Washington Faulconer, divertido—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volver a casa? ¡Tu padre no debe de estar muy contento! ¿Y qué me dices del mayor Trabell? Estará deseando colgar tu piel en la pared de su sala, ¿no? ¡Eso y que le devuelvas su dinero! ¿Es un sureño?

—De Pennsylvania, señor. Pero su hijo pretende ser del Sur.

—¿Dónde está el hijo? ¿Sigue en el Spotswood?

—No lo creo, señor.

Starbuck había pasado la noche en una pensión de Canal Street y a la mañana siguiente, todavía hirviendo de indignación, había ido al Spotswood House Hotel para enfrentarse a Dominique y su amante, pero el empleado de recepción le dijo que el señor Jefferson Trabell y esposa acababan de salir hacia la estación de ferrocarril de Richmond y Danville. Starbuck les siguió, sólo para descubrir que los pájaros habían volado; desde la estación aún pudo ver su tren en marcha alejándose en dirección sur, y la locomotora expulsaba un humo amargo al aire primaveral por el que se extendían con rapidez las noticias de la capitulación de Fort Sumter.

—¡Oh, es una historia curiosa, Nate! ¡Una historia curiosa! —rio Washington Faulconer—. Pero no deberías sentirte tan abatido. No eres el primer joven embobado por unas enaguas, y no serás el último, y no me cabe duda de que el mayor Trabell es un bribón como no hay dos. Entonces, ¿qué vamos a hacer contigo? —El regocijo con el que hizo la pregunta pareció implicar que, fuera cual fuese la respuesta de Starbuck, sus deseos podrían ser cumplidos con toda facilidad—. ¿Quieres volver a

Yale?

—No, señor —dijo Starbuck en tono desolado.

—¿No?

Starbuck se encogió de hombros.

—No estoy seguro de que deba seguir en el seminario, señor. Ni siquiera lo estoy de que debiera haber ido nunca a ese lugar. —Se contempló los nudillos magullados y despellejados, y se mordió el labio inferior mientras meditaba su respuesta—. No puedo ser ministro de la Iglesia ya, señor, no ahora que soy un ladrón.

Peor aún, pensó Starbuck. Recordó el capítulo cuarto de la primera Epístola a Timoteo, en la que san Pablo profetizaba que, en tiempos venideros, los hombres se apartarían de la fe, prestando oídos a espíritus seductores y a doctrinas diabólicas, y Starbuck sabía que en él se había cumplido aquella profecía, y la constatación tiñó su voz de una angustia terrible.

—Sencillamente, no soy digno de ser ministro de la Iglesia, señor.

—¿Digno? —exclamó Washington Faulconer—. ¡Digno! ¡Por Dios bendito, Nate, si vieras los botarates que se asoman a nuestros púlpitos no dirías eso! Dios mío, tenemos en la iglesia de Rosskill a un tipo que predica borracho perdido la mayoría de las mañanas de domingo. ¿Digo bien, Ethan?

—El pobre viejo se cayó a una tumba el año pasado —intervino Ridley, risueño—. Se suponía que había de enterrar a alguien, y por poco se entierra a sí mismo.

—De modo que no ha de preocuparte si eres o no digno —dijo Faulconer, mordaz—. Pero supongo que en Yale no se sentirán muy felices de tenerte de vuelta, Nate, después de haberte ido de allí del bracete de una suripanta emperifollada. Y supongo también que te andarán buscando, ¿no? ¡Un ladrón, nada menos! —Era evidente que Faulconer encontraba muy divertida la situación—. Si vuelves al Norte te meterán en el trullo, ¿no es así?

—Me temo que sí, señor.

Washington Faulconer soltó una risotada gozosa.

—Por Dios, Nate, que te has pringado bien en esa mancha de alquitrán. ¡Los pies, las manos, el culo, la boca y las partes íntimas! ¿Y qué hará tu santo padre si vuelves a casa? ¿Te dará unos azotes y te entregará luego a los alguaciles?

—Ni más ni menos exactamente eso, señor.

—De modo que el reverendo Elial es de los que azotan, ¿eh? ¿Le gusta dar caña?

—Sí, señor, le gusta.

—No puedo permitir eso. —Washington Faulconer se puso en pie y se acercó a una de las ventanas que daban a la calle. En el estrecho jardín delantero se alzaba un magnolio en flor, y su suave perfume entraba por la ventana abierta—. Nunca he creído en el castigo corporal. Mi padre jamás me pegó, y yo nunca he pegado a mis hijos. La pura verdad, Nate, es que nunca he sentado la mano a un hijo ni a un criado;

sólo a mis enemigos.

Habló en tono sentencioso, como si estuviera acostumbrado a defender ese extraño comportamiento, y en realidad era así porque, aún no hacía diez años, Washington Faulconer se había hecho famoso por el gesto de liberar a todos sus esclavos. Durante algún tiempo, los periódicos del Norte alabaron a Faulconer como el precursor de un progreso ilustrado en el Sur, reputación que le hizo rabiosamente impopular en su Virginia natal; pero la animosidad de sus vecinos desapareció cuando Faulconer se negó a convocar a otros sureños a seguir su ejemplo. Declaró que su decisión había sido puramente personal. Ahora que aquella tormenta había quedado ya sepultada en el pasado, Faulconer sonrió a Starbuck.

—¿Qué podemos hacer contigo entonces, Nate?

—Ya ha hecho usted bastante, señor —dijo Starbuck, aunque lo cierto es que tenía la esperanza de que pudiera hacer bastante más todavía—. Lo que yo debo hacer por mi parte, señor, es encontrar trabajo. He de devolver su dinero al mayor Trabell.

Faulconer sonrió ante el candor de Starbuck.

—El único trabajo que hay por aquí, Nate, es de soldado raso, y no creo que dé como para pagar deudas urgentes. No, creo que será mejor que piques un poco más alto. —Era evidente que Faulconer disfrutaba al proponer soluciones para el problema de Starbuck. Sonrió, y luego indicó con un gesto la habitación lujosamente amueblada—. ¿Y si consideras la posibilidad de quedarte aquí, Nate? ¿Conmigo? Necesito a alguien que pueda ser mi secretario particular y también hacer algunas compras para mí.

—¡Señor!

Ethan Ridley se había incorporado en el sofá, y su tono irritado daba a entender que el trabajo ofrecido a Starbuck era algo que Ridley consideraba como propio.

—¡Oh, vamos, Ethan! ¡Si tú detestas hacerme de secretario! ¡Y ni siquiera sabes escribir correctamente! —Faulconer reprendía a su futuro yerno en tono cariñoso—. Además, ahora que las armas ya están compradas, tu trabajo principal se ha acabado. Al menos por el momento. —Pensó durante unos segundos y luego chascó los dedos—. Ya sé, Ethan, vuélvete a Faulconer County y empieza a reclutar gente en serio. Toca el tambor para mí. Si no trabajamos el condado a fondo, algún otro lo hará, y no quiero que los hombres de Faulconer County se enrolen en otros regimientos de Virginia. Además, ¿no deseabas estar al lado de Anna?

—Por supuesto que sí, señor.

Pero Ridley no parecía demasiado entusiasmado ante la perspectiva que se le ofrecía de estar cerca de su prometida.

Washington Faulconer se volvió de nuevo a Starbuck.

—Estoy reclutando un regimiento, Nate. Una legión, la Legión Faulconer. Esperaba que no fuera necesario, esperaba que prevaleciera el sentido común, pero

parece que el Norte quiere luchar, y por Dios que tendremos que darles una lección si insisten. ¿Ofendería a tu sentido de la lealtad ayudarme en esa tarea?

—No, señor. —Parecía una respuesta tan inadecuada, que Starbuck procuró imprimir un poco más de entusiasmo a su voz—. Me sentiré orgulloso de ayudarle, señor.

—No hemos hecho más que empezar —dijo Faulconer en tono modesto—. Ethan ha estado comprando equipo y ahora hemos encontrado armas, como has podido comprobar, pero aún nos queda una cantidad de trabajo abrumadora. ¿Crees que podrás ayudarme a manejar mi correspondencia?

¿Podía Starbuck manejar correspondencia? Nathaniel Starbuck habría despachado toda la correspondencia de Washington Faulconer desde aquel momento hasta que los océanos se secaran. Nathaniel Starbuck habría hecho cualquier cosa que le pidiera aquel hombre maravilloso, amable, decente y desinteresadamente generoso.

—Por supuesto que puedo ayudarle, señor. Será un privilegio.

—¡Pero, señor! —Ethan Ridley intentó una última protesta patriótica—. No puede confiar asuntos militares a un norteamericano...

—¡Bobadas, Ethan! ¡Nate no pertenece a ningún Estado! ¡Es un fuera de la ley! No puede volver a casa, a riesgo de ir a parar a la cárcel, de modo que tendrá que quedarse aquí. Yo haré de él un virginiano honorario. —Faulconer esbozó una reverencia ante Starbuck como reconocimiento a su elevada posición—. ¡Bienvenido al Sur, Nate!

Ethan Ridley parecía atónito ante la quijotesca amabilidad de su futuro suegro, pero a Nathaniel Starbuck no le importó. Había caído de pie, su suerte no le había abandonado y se encontraba sano y salvo en la tierra de los enemigos de su padre. Starbuck había llegado al Sur.

Capítulo 2

Starbuck pasó sus primeros días en Richmond visitando en compañía de Ethan Ridley almacenes donde adquirir los suministros que habían de equipar a la Legión Faulconer. Ridley había apalabrado la compra de todo el equipo y ahora, antes de marcharse para empezar el grueso del trabajo de reclutamiento en Faulconer County, quería asegurarse de que Starbuck era capaz de asumir sus responsabilidades.

—No habrá necesidad de que te preocupes por las finanzas, Reverendo —dijo Ridley a Starbuck, llamándole por el apodo a medias burlón y a medias insultante que había adoptado para dirigirse al norteño—, sólo tendrás que encargarte del transporte.

Luego dejaba que Ridley paseara ocioso de un lado a otro en enormes almacenes llenos de ecos o en polvorientas oficinas, mientras el propio Ridley hablaba de negocios en el interior de un despacho privado para reaparecer finalmente con algún nuevo encargo del que informaba con displicencia a Starbuck.

—El señor Williams tendrá seis cajones listos para la entrega la semana próxima. ¿El jueves, Johnny?

—Estarán listos el jueves, señor Ridley.

El almacén de Williams vendía a la Legión Faulconer mil pares de botas, y otros comerciantes le suministraban los rifles del regimiento, uniformes, fulminantes, botones, bayonetas, pólvora, cartuchos y revólveres, tiendas de campaña, sartenes, mochilas y cantimploras, cazos de estaño, sogas de cáñamo y correajes: todo lo necesario en el mundo de la parafernalia militar, y todo ello procedente de almacenes privados porque Washington Faulconer se negaba a tratar con el gobierno de Virginia.

—Has de comprender, Reverendo —dijo Ridley a Starbuck—, que Faulconer no es demasiado amigo del nuevo gobernador, y el nuevo gobernador tampoco lo es de Faulconer. Faulconer piensa que el gobernador le dejará costear todos los gastos de la Legión y luego se la quitará de las manos, de modo que tenemos prohibida cualquier relación con el gobierno del Estado. No hemos de darles alas, ¿entiendes? Así que no podemos comprar material de los arsenales del Estado, cosa que nos complica mucho la vida.

A pesar de lo cual, estaba claro que Ethan Ridley había superado muchas de esas complicaciones, porque el cuaderno de notas de Starbuck se iba llenando de listados de cajones, cajas, barriles y sacos que habían de ser recogidos y luego entregados en Faulconer Court House.

—Dinero —le dijo Ridley—, ésa es la clave, Reverendo. Hay un millar de tipos intentando comprar equipo militar y todo escasea, de modo que has de tener los bolsillos bien llenos. Vamos a beber un trago.

Ethan Ridley sentía un placer perverso cuando hacía entrar a Starbuck en las tabernas de la ciudad, en particular en las casas de bebidas oscuras y malolientes de la

orilla norte del río James.

—Esto no se parece a la iglesia de tu padre, ¿verdad, Reverendo? —le preguntaba Ridley en algún tugurio podrido e infestado de ratas, y Starbuck coincidía en que aquel cubil alcohólico estaba en efecto muy lejos de lo que había conocido en el curso de su bien ordenada educación bostoniana, cuando la limpieza había sido una señal de la gracia de Dios y la abstinencia una garantía de salvación eterna.

Era evidente que Ridley quería darse el placer de escandalizar al hijo de Elial Starbuck, pero incluso la más inmunda de las tabernas de Richmond agradaba a Nate precisamente por la enorme distancia que podía constatar entre aquellos lugares y la rigidez calvinista de su padre. No era tanto que en Boston no hubiera establecimientos de bebidas tan machacados por la miseria y la desesperación como el peor de Richmond, sino que Starbuck nunca había frecuentado los tugurios de Boston, y por esa razón le producían una extraña satisfacción las excursiones de mediodía con Ridley por los callejones malolientes de Richmond. Aquellas aventuras le parecían la prueba de que realmente había escapado de las garras heladas y desaprobadoras de su familia, pero el hecho de que Starbuck disfrutara de esas expediciones sólo conseguía que Ridley se esforzara aún más en escandalizarlo.

—Si te dejara solo en este lugar, Reverendo —amenazó Ridley a Starbuck en una taberna de marineros que apestaba a las aguas fecales vertidas al río por una herrumbrosa tubería de desagüe situada a menos de diez metros del establecimiento —, te rebanarían el pescuezo en menos de cinco minutos.

—¿Porque soy un norteno?

—Porque llevas zapatos.

—No me pasaría nada —fanfarroneó Starbuck. No iba armado, y la docena de hombres presentes en la taberna parecían capaces de rebanar toda una congregación de pescuezos respetables sin el menor remordimiento de conciencia, pero Starbuck no quiso aparentar miedo delante de Ethan Ridley—. Vete si quieres.

—No te atreverías a quedarte solo aquí —dijo Ridley.

—Adelante. Mira lo que me importa. —Starbuck se volvió hacia el patrón y chascó los dedos—. Pon otro vaso aquí. ¡Sólo uno!

Era pura bravuconada, porque Starbuck apenas bebía alcohol. Daba algún que otro sorbo de whisky, pero siempre era Ridley quien se acababa el vaso. El terror del pecado perseguía a Starbuck, y era precisamente ese terror el que daba aliciente a las excursiones por las tabernas, porque el licor era uno de los mayores pecados, y Starbuck había flirteado a medias y a medias resistido a su tentación.

Ridley se echó a reír ante el desafío de Starbuck.

—Tienes pelotas, Starbuck, al menos eso hay que reconocerlo.

—Pues déjame solo aquí.

—Faulconer no me perdonará si dejas que te maten. Eres su nuevo juguete

favorito, Reverendo.

—¿Juguete favorito? —se picó Starbuck por el calificativo.

—No lo tomes a ofensa, Reverendo. —Ridley pisoteó con el tacón la colilla de su cigarro y encendió otro de inmediato. Era un hombre de apetitos impacientes—. Faulconer es un hombre solitario, y a los hombres solitarios les gustan los juguetes. Por eso está tan encariñado con la secesión.

—¿Porque se siente solo? —Starbuck no lo entendía.

Ridley sacudió la cabeza. Estaba recostado dando la espalda al mostrador, y miraba por el cristal sucio y roto de una ventana un barco de dos palos que atracaba con fuertes crujidos junto al desvencijado muelle del río.

—Faulconer presta apoyo a la rebelión porque piensa que eso le dará popularidad entre los viejos amigos de su padre. Se demostrará a sí mismo que es un sudista más fervoroso que cualquiera de ellos, y es que en cierto modo él no es sudista en absoluto, ¿sabes lo que quiero decir?

—No.

Ridley hizo una mueca, como si no deseara explicarse con más claridad, pero lo intentó de todos modos:

—Posee tierras, Reverendo, pero no les saca provecho. No las trabaja, no planta, ni siquiera las utiliza como pastos. Sólo las posee y las mira. No tiene negros, por lo menos no esclavos. Su dinero le viene de los ferrocarriles y las acciones, y las acciones dependen de Nueva York o de Londres. Probablemente se siente más en casa en Europa que aquí en Richmond, pero no por eso desea menos pertenecer a esta tierra. Quiere a toda costa ser un sureño, pero no lo es. —Ridley lanzó una voluta de humo de cigarro al aire, y luego volvió su mirada oscura y sardónica a Starbuck—. ¿Puedo darte un pequeño consejo?

—Por favor.

—Dale la razón en todo —dijo Ridley muy serio—. La familia puede llevar la contraria a Washington, y ésa es la razón por la que no pasa mucho tiempo con la familia, pero a los secretarios privados como tú y como yo no se les permite discrepar en nada. Nuestro trabajo consiste en admirarlo. ¿Me has entendido?

—Él es admirable, en cualquier caso —afirmó Starbuck, leal.

—Supongo que todos somos admirables —dijo Ridley, divertido—, en la medida en que podemos encontrar un pedestal lo bastante alto para encaramarnos encima. El pedestal de Washington es su dinero, Reverendo.

—¿Y el tuyo también? —preguntó Starbuck, beligerante.

—El mío no, Reverendo. Mi padre perdió todo el dinero de la familia. Mi pedestal, Reverendo, son los caballos. Soy el mejor condenado jinete que encontrarás a este lado del Atlántico. O en los dos lados, para el caso. —Ridley sonrió a su propia falta de modestia y se echó al colete el vaso de whisky—. Vamos a ver si esos

bastardos de Boyle and Gamble han conseguido encontrar los anteojos de campaña que me prometieron la semana pasada.

Por las noches, Ridley se eclipsaba en dirección a las habitaciones de su hermanastro en Grace Street, y dejaba que Starbuck volviera solo a la casa de Washington Faulconer por calles abarrotadas de criaturas de aspecto extraño venidas de los rincones más profundos y más alejados del Sur. Había hombres de piernas flacas y rostros chupados de Alabama, jinetes melenudos y curtidos de Texas y voluntarios barbudos de Misisipí vestidos con ropas cortadas en casa, todos ellos armados como bucaneros y dispuestos a beberse a sí mismos en un acceso de furia repentina. Las putas y los vendedores de bebidas alcohólicas ganaban pequeñas fortunas, los alquileres de la ciudad se doblaban y se cuadruplicaban, y el ferrocarril seguía vomitando nuevos voluntarios sobre Richmond. Habían venido, todos y cada uno de ellos, para proteger a la nueva Confederación de los yanquis, aunque a primera vista uno tenía la sensación de que la nueva Confederación obraría con sensatez si se protegía de sus propios protectores; pero luego, obedientes a los insistentes llamamientos del recién nombrado comandante militar del Estado, todos aquellos voluntarios andrajosos fueron trasladados a los terrenos del Ferial central, donde los cadetes del Instituto Militar de Virginia empezaron a impartirles la instrucción militar básica.

Ese nuevo comandante de las milicias de Virginia, el mayor general Robert Lee, insistió también en hacer una visita de cortesía a Washington Faulconer. Faulconer sospechaba que la visita propuesta era un pretexto del nuevo gobernador de Virginia para hacerse con el control de la Legión, pero, a pesar de sus recelos, mal podía negarse a recibir a un hombre que provenía de una familia virginiana tan antigua y prominente como la suya propia. Ethan Ridley se había ido de Richmond el día anterior a la visita de Lee, de modo que Faulconer solicitó la presencia de Starbuck en la reunión.

—Quiero que tomes nota de todo lo que se diga —le advirtió Faulconer, sombrío—. Letcher no es la clase de hombre que permite que un compatriota reclute un regimiento por su cuenta. Recuerda lo que te digo, Nate, ha enviado a Lee para que me quite la Legión de las manos.

Starbuck se sentó en un rincón del estudio con un cuaderno de notas abierto sobre las rodillas, aunque lo cierto es que no se discutió nada de gran importancia. Lee, un hombre de edad mediana vestido con ropas de civil y acompañado por un joven capitán de uniforme de la milicia del Estado, intercambió primero cumplidos con Faulconer y luego señaló, casi en tono de disculpa, que el gobernador Letcher le había dado el mando de las fuerzas de la milicia del Estado, y que su primera tarea consistía en alistar, equipar y entrenar a dichas fuerzas, a propósito de lo cual tenía entendido que el señor Faulconer estaba reclutando un regimiento en Faulconer

County.

—Una legión —le corrigió Faulconer.

—Ah sí, en efecto, una legión.

La palabra pareció desconcertar a Lee.

—Y ni una sola de sus armas, ni un cañón, ni una silla de montar, ni tan siquiera un botón ni una cantimplora, es decir ni un solo artículo del equipo, correrá a cuenta del Estado —declaró orgulloso Faulconer—. Todo lo he pagado y pagaré yo, hasta el último cordón de las botas.

—Una empresa costosa, Faulconer, estoy seguro.

Lee le observaba ceñudo, como si le asombrara la generosidad de Faulconer. El general gozaba de gran prestigio, y en Richmond muchas personas habían sentido un gran alivio al saber que regresaba a su Estado natal en lugar de aceptar el mando que le había ofrecido Abraham Lincoln en el ejército del Norte; pero Starbuck, al observar a aquel hombre silencioso y pulido de barba gris, vio pocos indicios del supuesto genio del general. Lee se mostraba reticente hasta parecer tímido, y quedaba empequeñecido en comparación con la energía y el entusiasmo de Washington Faulconer.

—Ha mencionado usted cañones y caballería —dijo Lee, en tono dubitativo—. ¿Quiere eso decir que su regimiento, su legión quiero decir, contará con todas las armas?

—¿Todas las armas?

A Washington Faulconer no le resultaba familiar la expresión.

—¿La Legión no se compondrá únicamente de infantería? —explicó Lee en tono amable.

—En efecto, en efecto. Mi intención es ofrecer a la Confederación una unidad bien entrenada y equipada, lista para el combate. —Faulconer hizo una pausa para sopesar si era prudente lo que iba a decir a continuación, pero finalmente decidió que no vendría mal para la ocasión fanfarronear un poco—. Mi ilusión es que la Legión sea algo parecido a las tropas de élite de Bonaparte. Una guardia imperial para la Confederación.

—Ah, por supuesto.

Era difícil decir si a Lee aquella visión le había impresionado o espantado. Guardó silencio durante unos segundos, y luego señaló en tono tranquilo que aguardaba esperanzado el día en que aquella legión quedara plenamente asimilada a las fuerzas del Estado. Eso era precisamente lo que más temía Faulconer, que el gobernador John Letcher le arrebatara por las buenas el mando de su legión y la redujera de ese modo a uno más de los componentes de su mediocre milicia gubernamental. La visión de Faulconer era mucho más amplia que las tibias ambiciones del gobernador, y para defender esa visión no quiso responder a las

palabras de Lee. El general frunció el entrecejo.

—¿Comprende usted, señor Faulconer, que necesitamos orden y jerarquía?

—¿Disciplina, quiere decir?

—Es la palabra exacta. Hemos de tener disciplina.

Washington Faulconer asintió cortésmente, y luego preguntó a Lee si el Estado querría asumir el coste de formar y equipar a la Legión Faulconer. Dejó en el aire durante unos segundos aquella pregunta peligrosa, y luego sonrió.

—Como he querido dejarle claro, Lee, mi ambición es proporcionar a la Confederación un producto acabado, una legión bien entrenada. Pero si el Estado va a intervenir —estuvo a punto de decir «interferir», pero tenía demasiado tacto para utilizar esa palabra—, en ese caso me parece justo que sea el Estado el que corra con los gastos necesarios, y en consecuencia me reembolse las cantidades que ya he adelantado. Mi secretario, el señor Starbuck, le proporcionará un listado exhaustivo.

Lee encajó la amenaza sin cambiar su plácida expresión, aunque con una ligera sombra de inquietud. Miró a Starbuck y pareció sentir cierta curiosidad por el ojo amoratado, ya bastante restablecido, del joven, pero no hizo ningún comentario. Volvió su mirada a Washington Faulconer:

—Pero ¿su intención es colocar la Legión a las órdenes de la autoridad constituida?

—En efecto, cuando esté adecuadamente entrenada. —Faulconer soltó una risita—. No tengo la menor intención de financiar una guerra privada contra los Estados Unidos.

Lee no sonrió al oír aquella pequeña broma; en vez de eso, hizo un pequeño gesto de abatimiento. Sin embargo, a Starbuck le pareció triunfalmente claro que Washington Faulconer había obtenido la victoria sobre el representante del gobernador Letcher y que la Legión Faulconer no sería asimilada a los nuevos regimientos que estaban siendo alistados precipitadamente por todo el territorio del Estado.

—¿Marcha bien su reclutamiento? —preguntó Lee.

—Tengo a uno de mis mejores oficiales supervisando el proceso. Sólo reclutamos hombres en el condado, y no fuera de él.

Eso no era del todo cierto, pero Faulconer pensaba que el gobierno respetaría sus derechos de propiedad en Faulconer County, mientras que si reclutaba demasiado abiertamente gente en otros lugares, el Estado podría quejarse de su intromisión.

Lee pareció satisfecho con aquella declaración.

—¿Y la instrucción? —preguntó—. ¿Estará en manos competentes?

—¡En extremo competentes! —dijo Faulconer con entusiasmo, pero sin dar los detalles que Lee manifiestamente deseaba oír. En ausencia de Faulconer, la instrucción de la Legión sería supervisada por el segundo en el mando, el mayor

Alexander Pelham, un vecino de Faulconer veterano de la guerra de 1812. Pelham tenía ahora más de setenta años, pero Faulconer sostenía que era tan capaz y vigoroso como un hombre de la mitad de su edad. Por otra parte, Pelham era el único oficial relacionado con la Legión que tenía alguna experiencia directa de la guerra, aunque, como Ethan Ridley señaló con malicia a Starbuck, esa experiencia se limitaba a un solo día de acción, y esa única acción había sido la derrota de Bladensburg.

La visita de Lee concluyó con un intercambio intrascendente de puntos de vista acerca de la forma de dirigir la guerra. Faulconer sostuvo con vigor la necesidad de capturar la ciudad de Washington, mientras que Lee habló de la urgencia de reforzar la defensa de Virginia, y finalmente los dos hombres se separaron con protestas mutuas de buenos deseos. Washington Faulconer esperó hasta que el general hubo bajado por la famosa escalinata curva, y luego explotó delante de Starbuck:

—¿Qué posibilidades tenemos si se pone al mando a bobos como ése? Buen Dios, Nate, nosotros necesitamos hombres más jóvenes, hombres enérgicos que dirijan las operaciones con puño de hierro, ¡y no bufones descoloridos y cautelosos! —Recorrió la habitación con zancadas vigorosas, impotente para expresar todo el alcance de su frustración—. ¡Sabía que el gobernador intentaría secuestrar la Legión! ¡Pero tenía que haber enviado a alguien con las garras más afiladas! —Hizo un gesto despectivo en dirección a la puerta por la que había salido Lee.

—Los periódicos dicen que es el militar más admirado de América. —Starbuck no pudo resistir la tentación de subrayar sus palabras.

—¿Admirado por qué? ¿Por mantener limpios sus pantalones en México? Si va a haber una guerra, Nate, no se tratará de una gira campestre contra una panda de mexicanos mal armados. ¡No tienes más que escucharle, Nate! «La importancia esencial de impedir que las fuerzas del Norte ataquen Richmond». —Faulconer hizo una imitación bastante buena del tono bajo y tranquilo de Lee, y luego se lanzó a criticarlo con dureza—. ¡Defender Richmond no es en ningún modo esencial! Lo esencial es ganar la guerra, y eso significa golpear fuerte y rápido. ¡Significa atacar, atacar y atacar! —Miró la mesa colocada a un lado, sobre la que había desplegado mapas de la parte occidental de Virginia junto a una tabla de horarios del ferrocarril de Baltimore-Ohio. A pesar de haber negado tener la intención de lanzarse a una guerra privada contra el Norte, Washington Faulconer tramaba un ataque contra la línea del ferrocarril que proveía a la ciudad de Washington de suministros y reclutas procedentes de los Estados del oeste. Sus ideas sobre ese golpe de mano aún estaban en germen, pero partían de la concepción de una fuerza poco numerosa y rápida de soldados montados que incendiarían puentes, descarrilarían locomotoras y levantarían los raíles de la línea—. Espero que ese bobo no haya visto los mapas —dijo, repentinamente preocupado.

—Los tapé con mapas de Europa antes de que entrara el general Lee, señor —dijo

Starbuck.

—¡Eres listo, Nate! ¡Bien hecho! Gracias a Dios tengo a mi lado a jóvenes como tú, y no a los zoquetes de Lee venidos de West Point. ¿Es ésa la razón por la que tenemos que admirarle? ¿Porque fue un buen superintendente de West Point? ¿Y qué es lo que significa eso? ¡Significa que es un maestro de escuela! —El desprecio de Faulconer era palpable—. Yo conozco bien a los maestros de escuela, Nate. Mi cuñado es un maestro de escuela, y ni siquiera sirve como cabo de cocina, pero el hombre insiste en que lo nombre oficial de la Legión. ¡Nunca! ¡Pecker es un bobo! ¡Un cretino! ¡Un zopenco! ¡Un lunático! Un monigote. Eso es lo que es mi cuñado, Nate, ¡un monigote!

Algo en la enérgica retahíla de Washington Faulconer trajo a la memoria de Starbuck el recuerdo de las divertidas historias que solía contarle Adam sobre su excéntrico tío, el maestro de escuela.

—Era el tutor de Adam, señor, ¿verdad?

—Fue el tutor tanto de Adam como de Anna. Ahora es el director de la escuela del condado, y Miriam está empeñada en que le nombre mayor.

Miriam era la esposa de Washington Faulconer, una mujer que vivía encerrada en el campo y sufría una increíble variedad de enfermedades misteriosas.

—¡Nombrar mayor a Pecker! —Faulconer rechazó con una carcajada burlona la simple idea—. Dios mío, no pondría a ese tonto peripatético ni siquiera al frente de un gallinero, ¡imagínatelo dirigiendo un regimiento de soldados! Es un pariente pobre, Nate. Eso es Pecker, un simple pariente pobre. ¡Bueno, a trabajar!

Había mucho trabajo por hacer. La casa se veía asediada por los solicitantes: unos pedían ayuda financiera para desarrollar un arma secreta que juraban que traería la victoria instantánea del Sur; otros pedían un nombramiento de oficial en la Legión. Muchos de estos últimos eran soldados profesionales europeos, a media paga en sus propios ejércitos, y a todos ellos se les dijo que la Legión Faulconer sólo elegiría a nativos del condado como oficiales de sus compañías, y que los ayudantes de Faulconer serían también todos virginianos.

—Tú serás la excepción, Nate —dijo Washington Faulconer a Starbuck—, en el caso de que te agrade continuar sirviendo a mi lado.

—Me sentiré honrado, señor.

Y Starbuck sintió una cálida corriente de gratitud por la amabilidad y la confianza que le demostraba Faulconer.

—¿No te resultará duro luchar contra los tuyos, Nate? —preguntó Faulconer solícito.

—Siento que ésta es mi casa, señor.

—Y así debe ser. El Sur es la América real, Nate, no el Norte.

Menos de diez minutos más tarde, Starbuck hubo de denegar su solicitud a un

oficial de caballería austríaco cubierto de cicatrices que aseguraba haber participado en media docena de batallas encarnizadas en el norte de Italia. El hombre, al oír que únicamente los virginianos tendrían acceso a los puestos de mando de la Legión, preguntó con sarcasmo cómo podía llegar lo antes posible a Washington.

—¡Porque si aquí no me quiere nadie, entonces, *by Gott*, me iré a luchar al Norte!

A comienzos de mayo, corrió la noticia de que buques de guerra nordistas habían empezado a bloquear las costas de la Confederación. Jefferson Davis, el nuevo presidente del gobierno provisional de los Estados Confederados de América, replicó con la firma de una declaración de guerra a los Estados Unidos, aunque el Estado de Virginia parecía dubitativo en cuanto a su implicación en la guerra. Las tropas estatales se retiraron de Alexandría, una ciudad separada de Washington únicamente por el río Potomac, un acto que Washington Faulconer criticó con dureza como típico de la timidez escrupulosa de Letcher.

—¿Sabes lo que quiere el gobernador? —preguntó a Nate.

—¿Quitarle la Legión de las manos, señor?

—Quiere que el Norte invada Virginia, porque eso le permitirá escabullirse del compromiso sin tener que mojarse el culo. Nunca ha sido un partidario ferviente de la secesión. Es un rastrero, Nate, ése es su problema, un rastrero.

Pero el día siguiente trajo la noticia de que Letcher, lejos de esperar de brazos cruzados que el Norte restableciese la Unión, había ordenado a tropas de Virginia ocupar la ciudad de Harper's Ferry, ochenta kilómetros río arriba de Washington. El Norte abandonó la ciudad sin lucha, dejando atrás toneladas de material para la fabricación de armas en el arsenal federal. Richmond celebró la noticia, que en cambio entristeció a Washington Faulconer. Había estado acariciando la idea de un ataque al ferrocarril de Baltimore and Ohio, cuyo trazado cruzaba el Potomac por Harper's Ferry, pero ahora, con la ciudad y su puente a salvo en manos sudistas, no parecía haber ninguna necesidad de una incursión más al oeste en la línea. La noticia de la ocupación de la ciudad ribereña también originó una oleada de especulaciones acerca de la inminencia de un ataque preventivo de la Confederación al otro lado del Potomac, y Faulconer, temiendo que se negase a su Legión, en rápido crecimiento, el lugar que le correspondía en esa invasión victoriosa, decidió que su lugar se encontraba en Faulconer Court House, donde podría acelerar la instrucción de la Legión.

—Te llamaré a Faulconer County tan pronto como sea posible —prometió Faulconer a Starbuck, montado ya a caballo para el viaje de cien kilómetros hasta su hacienda rural—. Escribe a Adam de mi parte, ¿lo harás?

—Desde luego que lo haré, señor.

—Dile que vuelva a casa en cuanto pueda. —Faulconer alzó una mano enguantada en señal de despedida, y luego hizo avanzar a su alto caballo negro—.

¡Dile que vuelva a casa! —gritó ya en marcha.

Starbuck escribió, obedeciendo aquella orden, y dirigió la carta a la iglesia de Chicago que guardaba el correo de Adam. Igual que Starbuck, Adam había abandonado sus estudios en Yale, pero en tanto que Starbuck lo había hecho obsesionado por una mujer, Adam había viajado a Chicago para unirse a la Comisión para la Paz Cristiana, que mediante oraciones, diálogo y testimonios estaba intentando promover la convivencia pacífica de las dos partes de América.

No hubo respuesta de Chicago; en vez de eso, cada correo traía a Starbuck nuevas y urgentes peticiones de Washington Faulconer. «¿Cuánto tiempo tardará Shaffer's en tener listos los uniformes de los oficiales?»; «¿Tenemos ya una decisión sobre las insignias de los oficiales? ¡Esto es importante, Nate! Infórmate en Mitchell and Tylers»; «Visita a Boyle and Gambles y pregunta por modelos de sable»; «En mi buró, tercer cajón desde abajo, hay un revólver fabricado por Le Mat, envíamelo con Nelson». Nelson era uno de los dos criados negros que llevaban los mensajes cruzados entre Richmond y Faulconer Court House.

—El coronel está impaciente por recoger sus uniformes —confió Nelson a Starbuck. El «coronel» era Washington Faulconer, que había empezado a firmar sus cartas como «Coronel Faulconer», y Starbuck tuvo buen cuidado de dirigirse a Faulconer mencionando el cargo que se había atribuido. El coronel había encargado papel de cartas con el siguiente emblema impreso: «Legión Faulconer, Cuartel General de Campaña, Coronel Washington Faulconer, Estado de Virginia, Alto Mando», y Starbuck utilizó la hoja de la prueba de impresión para escribir al coronel la feliz noticia de que se esperaba que sus nuevos uniformes estuvieran listos el viernes, con la promesa de enviarlos de inmediato a Faulconer County.

Aquel viernes por la mañana, Starbuck estaba sentado en su escritorio poniendo al día los libros de cuentas, cuando la puerta de la sala de música se abrió de golpe y un extraño de elevada estatura le dirigió una mirada ceñuda e irritada desde el umbral. Era un hombre tan flaco como alto, de codos huesudos, piernas largas y rodillas abultadas. Parecía recién entrado en la edad mediana, con una poblada barba negra veteadas de gris, nariz afilada, mejillas chupadas y cabello negro revuelto, y vestía un sobretodo negro raído y unas botas marrones de trabajo muy desgastadas; en conjunto, una figura de espantapájaros cuya aparición repentina hizo que Starbuck se sobresaltara.

—Usted debe de ser Starbuck, ¿ajá?

—Yo mismo, señor.

—Oí predicar a su padre en una ocasión. —Aquel hombre extraño irrumpió en la habitación y buscó algún lugar donde dejar su bolsa y su paraguas, más el bastón, el sobretodo, el sombrero y el maletín de los libros; al no encontrar ningún sitio adecuado, siguió aferrado a todo ello—. Derrochaba pasión, sí, pero torturaba la

lógica. ¿Lo hace siempre?

—No estoy seguro de lo que quiere decir, señor. ¿Quién es usted?

—Fue en Cincinatti. En el antiguo Salón Presbiteriano, en la Cuarta Avenida, ¿o era la Quinta? Corría el año cincuenta y seis, en todo caso, o quizás el cincuenta y cinco. El salón se quemó más tarde, pero eso no significó ninguna pérdida para el patrimonio arquitectónico de la República. No era un edificio valioso, en mi opinión. Desde luego ninguno de los simples que formaban el auditorio se dio cuenta de la falta de lógica de su padre. Sólo querían aplaudir cada palabra suya. ¡Abajo la esclavocracia! ¡Vivan nuestros hermanos de piel oscura! ¡Aleluya! ¡El Mal está entre nosotros! ¡Una mácula que desacredita a una gran nación! ¡Bah!

A pesar de que su padre le disgustaba, Starbuck se sintió obligado a defenderle.

—¿Expresó usted su oposición a mi padre, señor? ¿O calló y viene ahora a discutir con el hijo?

—¿Discutir? ¿Oposición? ¡No me opongo a los puntos de vista de su padre! Coincido con ellos, con todos y cada uno. La esclavitud, Starbuck, es una amenaza para nuestra sociedad. ¡Con lo único que estoy en desacuerdo es con la despreciable retórica de su padre! No basta con rezar para hacer desaparecer la «institución peculiar», hemos de proponer medidas prácticas para su abolición. ¿Han de ser indemnizados los propietarios de esclavos por su pérdida pecuniaria? Y de ser así, ¿por quién? ¿Por el gobierno federal? ¿Mediante una emisión de bonos? ¿Y qué ocurrirá después con los negros? ¿Deberemos repatriarlos a África? ¿Instalarlos en Sudamérica? ¿O tenemos que eliminar el color de su piel mediante un proceso de mestizaje forzoso, un proceso, debo señalarlo, que ya ha sido iniciado por nuestros propietarios de esclavos? Su padre no hizo ninguna mención a estas cuestiones, sino que se limitó a recurrir a la indignación y a la oración, ¡como si la oración hubiera arreglado algo alguna vez!

—¿No cree en la oración, señor?

—¡Creer en la oración! —El hombre flaco pareció escandalizado ante la simple idea—. Si la oración solucionara algo, no habría infelicidad en este mundo, ¿no es cierto? ¡Todas las mujeres que lloran sonreirían! No habría enfermedades, no se conocería el hambre, no habría niños horriblemente desnutridos con los mocos colgando de las narices en nuestras escuelas, nadie vendría a enseñarme infantes que berrean con todas sus fuerzas para que les exprese mi admiración. ¿Por qué tendría que admirar los lloriqueos, pucheros, gimoteos y las caras sucias de sus vástagos? ¡A mí no me gustan los niños! ¡Llevo catorce años ya diciéndole esa sencilla verdad a Washington Faulconer! ¡Catorce años! Pero mi cuñado parece incapaz de entender la frase más sencilla expresada en un inglés normal, e insiste en que dirija su escuela. ¡Pero es que a mí no me gustan los niños, nunca me han gustado los niños y espero que nunca lleguen a gustarme los niños! ¿Es tan difícil de entender?

El hombre seguía cargado con todo su equipaje, mientras esperaba la respuesta de Starbuck. Este comprendió de pronto quién era aquel tipo malhumorado y desorganizado. Era el monigote, el pariente pobre, el cuñado de Faulconer.

—Usted es el señor Thaddeus Bird —dijo.

—¡Pues claro que soy Thaddeus Bird! —Bird pareció indignado por el hecho de que su identidad precisara una confirmación. Sus ojillos brillantes fulminaron a Starbuck—. ¿Ha oído usted una sola palabra de lo que he dicho?

—Me estaba diciendo usted que no le gustan los niños.

—Sucias bestezuelas. En el Norte, escuche bien lo que le digo, educan ustedes a los niños de manera diferente. No les da miedo castigarles. ¡Pegarles, incluso! Pero aquí, en el Sur, tenemos que diferenciar a nuestros hijos de nuestros esclavos, de manera que pegamos a los segundos y destruimos a los primeros con nuestra complacencia.

—Tengo entendido que el señor Faulconer no pega ni a unos ni a otros.

Bird se encogió y miró a Starbuck como si el joven acabara de proferir una herejía descomunal.

—Mi cuñado, por lo que veo, ha estado alardeando de sus buenas cualidades delante de usted. Sus únicas buenas cualidades, joven Starbuck, son los dólares. Compra afecto, adulación y admiración. Sin dinero se quedaría tan vacío como un púlpito un martes por la noche. Además, no necesita pegar a sus criados ni a sus hijos porque mi hermana es capaz de pegar por veinte.

Starbuck se sintió ofendido por aquel ingrato ataque a su patrón.

—El señor Starbuck liberó a sus esclavos, ¿no es cierto?

—Liberó a veinte esclavos domésticos, a seis jardineros y a los caballeros. Nunca tuvo esclavos para trabajar el campo porque no los necesitaba. La fortuna de Faulconer no está basada en el algodón ni el tabaco, sino en la herencia, los ferrocarriles y las inversiones, de modo que se trató de un gesto indoloro, Starbuck, y sospecho que lo hizo sobre todo para fastidiar a mi hermana. Es tal vez la única buena acción que Faulconer ha realizado nunca, y tengo para mí que predominó más el acto de malevolencia que el de manumisión. —Bird renunció a encontrar algún lugar adecuado donde depositar sus pertenencias, y sencillamente abrió los brazos y las dejó caer en desorden sobre el suelo de parqué de la sala de música—. Faulconer quiere que le lleve usted en persona los uniformes.

Starbuck se quedó desconcertado al pronto, pero luego se dio cuenta de que el tema de la conversación había cambiado de forma brusca, para centrarse ahora en los encargos recientes del coronel.

—¿Quiere que se los lleve yo mismo a Faulconer Court House?

—¡Pues claro que lo quiere! —casi gritó Bird a Starbuck—. ¿Acaso no acabo de decirlo? ¿Debo insistir en lo obvio? Si digo que Faulconer quiere que le lleve sus

uniformes en persona, ¿tengo que definir primero lo que es un uniforme? ¿Y después identificar a Washington Faulconer? ¿O al coronel, como todos hemos de llamarle ahora? Buen Dios, Starbuck; ¿acaso no sabe qué significa «en persona»? ¿No había estado usted en Yale?

—En el seminario.

—¡Ah! Eso lo explica todo. No se puede esperar que una mente capaz de dar crédito a los balidos de los profesores de teología entienda un inglés sencillo. —Fue evidente que Thaddeus Bird empezaba a encontrar divertida aquella ofensiva línea de disertación, porque empezó a reír y, al mismo tiempo, a mover la cabeza adelante y atrás con un movimiento tan parecido al de un pájaro carpintero que Starbuck comprendió al instante de dónde le venía el apodo. Sin embargo, si le hubieran pedido a él un mote para aquel individuo flaco, anguloso y desagradable, no habría elegido el de Pecker, pájaro carpintero, sino el de Spider, araña, porque había algo en Thaddeus Bird que recordaba irremisiblemente a una araña de patas largas, peluda, impredecible y malévola.

—El coronel me ha encargado que haga varios recados en Richmond, y mientras tanto usted ha de ir a Faulconer Court House —siguió diciendo Pecker Bird, pero con una voz impostada y burlona como la que podría emplear con un niño pequeño y no demasiado listo—. Indíquemelo si su mente educada en Yale encuentra mis instrucciones difíciles de comprender. Irá usted a Faulconer Court House, porque el coronel. —Bird hizo una pausa para inclinarse en una reverencia burlona— desea disfrutar de su compañía, pero sólo cuando los sastres hayan terminado de coser sus uniformes. Usted ha de ser el portador oficial de esos uniformes, y de las numerosas enaguas encargadas por su hija. Sus responsabilidades son de máxima importancia, como puede comprobar.

—¿Enaguas? —preguntó Starbuck.

—Prendas interiores femeninas —dijo Bird con malicia, y luego tomó asiento ante el gran piano de Washington Faulconer y ejecutó un veloz y notablemente bien resuelto arpegio antes de pasar a la música de la canción «El cuerpo de John Brown», al tiempo que, sin relación con el ritmo ni la melodía, continuaba diciendo en tono de conversación—: ¿Por qué quiere Anna tantas enaguas? Sobre todo habida cuenta de que mi sobrina posee ya más enaguas de las que un hombre razonable consideraría necesarias para la comodidad de una mujer, aunque la razón y las damas jóvenes no suelen ir en buena compañía. Pero ¿por qué quiere Anna a Ridley? Tampoco me veo capaz de responder a esa pregunta. —Paró de tocar y frunció el entrecejo—. Aunque es un artista de notable talento.

—¿Ethan Ridley? —preguntó sorprendido Starbuck, en un esfuerzo por seguir los tortuosos cambios de tema de la conversación de Bird.

—Un notable talento —confirmó Bird en tono triste, como si envidiara las dotes

de Ridley—, pero perezoso, desde luego. Un talento natural desperdiciado, Starbuck. ¡Desperdiciado! No trabaja el talento que posee. Prefiere casarse con el dinero a ganarlo. —Subrayó su juicio tocando una melodía fúnebre en Re menor, y volvió a fruncir el ceño—. Es un esclavo de la naturaleza —dijo, y miró expectante a Starbuck.

—¿Y un hijo del Averno? —La segunda parte del insulto shakespeariano acudió de forma rápida y gratificante a la mente de Starbuck.

—Veo que ha leído algo más que sus textos sagrados. —Bird parecía decepcionado, pero de inmediato recuperó su malevolencia y bajó la voz para añadir en un susurro confidencial—: Pero le diré, Starbuck, que el esclavo de la naturaleza se casará con la hija del coronel. ¿Por qué esa familia aprueba un matrimonio así? Dios lo sabe, y El no va a decírnoslo, pero de momento, escuche bien lo que le digo, el joven Ridley pasa por horas bajas en el favor del coronel. ¡No ha conseguido reclutar a Truslow! ¡Ajá! —Bird lo celebró golpeando el piano para hacer brotar una disonancia demoníaca—. ¡No hay Truslow! Ridley tendrá que procurar no dormirse en los laureles, ¿no le parece? Al coronel no le ha gustado nada ese fracaso.

—¿Quién es Truslow? —preguntó Starbuck, con cierta desesperación.

—¡Truslow! —exclamó Bird ampuloso, e hizo una pausa para teclear un par de notas bajas al piano—. ¡Truslow, Starbuck, es nuestro asesino del condado! ¡Nuestro forajido! ¡Nuestro diablo que acecha en las montañas! ¡Nuestra bestia negra, nuestra criatura oscura, nuestro demonio! —Bird cacareó unas risas después de ese catálogo de diabluras, y luego se giró en la banqueta del piano hasta quedar frente a Starbuck—. Thomas Truslow es un canalla, y mi cuñado el coronel, que carece de sentido común, desea reclutarlo para la Legión Faulconer porque, según dice, Truslow sirvió como soldado en México. Y es cierto que aquel tipo lo hizo, pero el motivo real, escuche lo que le digo, es que mi cuñado cree que al reclutarle podrá hacer valer la reputación de Truslow para mayor gloria de su ridícula Legión. En pocas palabras, Starbuck, el gran Washington Faulconer busca la aprobación del asesino. Desde luego, este mundo es un lugar extraño. ¿Vamos ahora a comprar esas enaguas?

—¿Dice usted que Truslow es un asesino?

—Eso he dicho, en efecto. Raptó a la esposa de otro hombre, y mató a ese hombre para conseguirla. Luego se fue voluntario a la guerra de México para escapar de los alguaciles gubernamentales, pero después de la guerra volvió a sus actividades en el mismo punto en que las había dejado. Truslow no es hombre que oculte discretamente sus talentos, ¿me entiende? Mató a un hombre que insultó a su mujer, y cortó el cuello a otro que intentó robar su caballo, lo cual es un chiste curioso, créame, porque Truslow debe de ser el mayor ladrón de caballos a este lado del Misisipí. —Bird extrajo un cigarro delgado y muy oscuro de uno de sus raídos bolsillos. Hizo una pausa para morder la punta del cigarro, y luego escupió las

briznas de tabaco en dirección aproximada a una escupidera de porcelana—. Y odia a los yanquis. ¡Los detesta! ¡Si le encuentra a usted en la Legión, Starbuck, es posible que saque a relucir de nuevo su talento para las muertes violentas! —Bird encendió el cigarro, lanzó una bocanada de humo y cacareó echando la cabeza atrás y adelante—. ¿Ha quedado satisfecha su curiosidad, Starbuck? ¿Hemos cotilleado lo suficiente? Bien, en ese caso tenemos que ir a ver si los uniformes del coronel están ya listos, y luego a comprar las enaguas de Anna. ¡En marcha, Starbuck, en marcha!

* * *

Thaddeus Bird cruzó primero la ciudad hasta los grandes almacenes de Boyle and Gamble, donde hizo un pedido de munición.

—Balas minié. La Legión naciente las dispara a un ritmo más rápido de lo que tardan en fabricarlas las factorías. Necesitamos más, siempre más. ¿Pueden proporcionarnos balas minié?

—Por supuesto que podemos, señor Bird.

—¡No soy el señor Bird! —anunció Bird en tono solemne—, sino el mayor Bird de la Legión Faulconer.

Juntó los talones con un chasquido seco y dedicó al anciano vendedor una reverencia.

Starbuck miró boquiabierto a Bird. ¿Ese hombre ridículo al que Washington Faulconer había declarado que jamás alistaría? ¿Un hombre, había declarado Faulconer, que no servía ni para cabo de cocina? ¿Un hombre, si la memoria de Starbuck no fallaba, que sólo sería admitido en la Legión por encima del cadáver de Faulconer? ¿Y Bird iba a desempeñar el empleo de mayor mientras soldados profesionales europeos, veteranos de guerras reales, eran rechazados de puestos de simples tenientes?

—Y necesitamos más cápsulas de fulminantes. —Bird hizo caso omiso del asombro de Starbuck—, miles de esos pequeños diablos. Envíelos al Campamento de la Legión Faulconer en Faulconer County.

Firmó el pedido con un florido Mayor Thaddeus Caractacus Evillard Bird.

—Dos de mis abuelos —explicó con brevedad a Starbuck— eran galeses, y los otros dos franceses, todos muertos. Vámonos de aquí.

Abrió la marcha colina abajo, desde los almacenes hacia Exchange Alley. Starbuck intentó adecuar su paso a las largas zancadas de Bird, y abordó la delicada cuestión.

—¿Me permite que le felicite por su nombramiento, mayor Bird?

—De modo que sus oídos funcionan, ¿eh? Es una buena noticia, Starbuck. Un joven debe poseer todas sus facultades antes de que la edad, el alcohol y la estupidez

las erosionen. Sí, en efecto. Mi hermana se alzó de su lecho del dolor e impuso al coronel mi nombramiento como mayor de su Legión. Ignoro bajo qué autoridad exacta ha hecho ese nombramiento el coronel brigadier general capitán teniente y almirante lord alto ejecutivo Faulconer, pero es posible que no necesitemos ninguna autoridad en estos días de rebelión. Somos, después de todo, como Robinsones Crusoe, náufragos en una isla sin autoridad, y en consecuencia nos vemos obligados a manipular como podamos lo que encontremos allí, y mi cuñado ha descubierto en su interior el poder de nombrarme mayor, de modo que eso es lo que soy ahora.

—¿Deseaba usted ese nombramiento? —preguntó Starbuck con la mayor cortesía, porque no podía concebir que aquel hombre extraordinario quisiera ser un soldado.

—¿Lo deseaba? —Pecker Bird se detuvo bruscamente en mitad de la calle, lo que obligó a una dama a dar un rodeo exagerado para evitar el obstáculo que él acababa de crear—. ¿Lo deseaba? Es una pregunta pertinente, Starbuck, tal como era de esperar de un joven de Boston. ¿Lo deseaba? —Bird se acarició la hirsuta barba mientras meditaba la respuesta—. Mi hermana lo deseaba, eso es seguro, porque es lo bastante estúpida para creer que el rango militar confiere de manera automática respetabilidad, que es la cualidad que ella piensa que me falta... Pero ¿deseaba yo el nombramiento? Sí, lo deseaba. Debo confesar que sí. ¿Y por qué?, me preguntará. En primer lugar, Starbuck, porque habitualmente somos dirigidos por estúpidos, y en consecuencia me incumbe la responsabilidad de ofrecermelo a mí mismo como antídoto de esa triste realidad. —El maestro de escuela hizo esa estremecedora exhibición de inmodestia con aparente sinceridad, y en un tono de voz que atrajo la atención divertida de varios paseantes—. Y en segundo lugar, porque me sacará de la escuela. ¿Le he dicho ya cómo desprecio a los niños? ¿Hasta qué punto me repugnan? ¿Cómo sus meras vocecitas me dan ganas de protestar a gritos? Sus diabluras son crueles, su presencia degradante y su conversación tediosa. Ésas son mis razones principales.

De pronto, y de forma tan brusca como se había detenido, el mayor Thaddeus Caractacus Evillard Bird volvió a ponerse en marcha colina abajo con rabiosas zancadas.

—No me faltaban argumentos para rechazar el nombramiento —siguió diciendo Bird mientras Starbuck se esforzaba en mantener su ritmo—. El primero, la obligación de una convivencia continuada con mi cuñado, pero puesto todo en la balanza resulta preferible a la compañía de los niños; y el segundo, el deseo expreso de mi prometida, que teme que pueda caer en el campo del batalla. ¡Eso sería trágico, Starbuck, trágico! —Bird subrayó la enormidad de la tragedia con una violenta manotada que casi hizo salir volando el sombrero de un caballero que pasaba por su lado—. Pero mi querida Priscilla comprende que en estos momentos un hombre no

debe rehuir su deber patriótico, y por ese motivo ha consentido, aun con dulces reservas, en que me aliste para combatir.

—¿Está usted comprometido en matrimonio, señor?

—¿Le parece extraordinaria esa circunstancia por alguna razón? —preguntó Bird en tono vehemente.

—Me parece un motivo añadido para felicitarle, señor.

—Su tacto excede en mucho a su sinceridad —cacareó Bird, y giró bruscamente para entrar en Shaffer's, la sastrería, donde los tres uniformes idénticos encargados por el coronel Faulconer estaban en efecto listos según lo prometido, como también el traje mucho más barato que Faulconer había encargado para Starbuck. Pecker Bird insistió en examinar el uniforme del coronel, y luego pidió uno exactamente igual para él, a excepción del cuello de la guerrera, que había de lucir el galón único, distintivo del rango de mayor, en lugar de los tres galones dorados que decoraban la guerrera del coronel.

—Cargue el uniforme a la cuenta de mi cuñado —dijo Bird magnánimo mientras dos sastres tomaban medidas de su cuerpo desgarbado y huesudo. Discutió cada detalle del uniforme, cada borla, cada pluma y cada adorno bordado imaginable.

—Iré bien lucido a la batalla —dijo Bird, que se volvió cuando la campanilla colgada sobre la puerta del establecimiento sonó para anunciar la entrada de un nuevo cliente.

—¡Delaney! —saludó con afecto Bird a un hombre bajo y grueso, con cara de mochuelo, que intentaba descubrir con su mirada miope la fuente de aquel recibimiento entusiasta.

—¿Bird? ¿Eres tú? ¿Te han abierto la jaula? ¡Bird! ¡Eres tú! ¡Bird!

Los dos hombres, el uno larguirucho y desaliñado y el otro rechoncho y acicalado, se saludaron con un placer no disimulado. Quedó claro de inmediato que, aunque no se habían visto en muchos meses, reanudaban al verse una conversación rica en jugosos insultos dirigidos a sus mutuos conocidos, de los que los mejor parados eran calificados de tontos de capirote, mientras que los peores eran locos de atar. Starbuck, olvidado, seguía de pie y acariciaba los paquetes que contenían los tres uniformes del coronel, hasta que Thaddeus Bird se acordó de pronto de él y le indicó que se acercara.

—Quiero que conozca a Belvedere Delaney, Starbuck. El señor Delaney es el hermanastro de Ethan, pero no permita que esa circunstancia desafortunada condicione su juicio.

—Starbuck —dijo Delaney, con una breve inclinación. Era por lo menos treinta centímetros más bajo que Starbuck y mucho más elegante. La levita negra de Delaney, sus pantalones y su sombrero de copa eran de seda, sus botas altas relucían, su camisa con adornos calados era de un blanco deslumbrante, y su corbata de lazo

estaba sujeta con una aguja de oro que llevaba montada una perla. Tenía una cara redonda y miope, y una expresión a un tiempo taimada y guasona.

—Está usted pensando que no me parezco en nada al querido Ethan —dijo en tono malicioso a Starbuck—. Se preguntaba usted, ¿no es así?, cómo pueden salir del mismo huevo un cisne y una lechuza.

—No se me ha pasado por la cabeza tal cosa, señor —mintió Starbuck.

—Llámeme Delaney. Tenemos que ser amigos. Me ha dicho Ethan que estuvo usted en Yale.

Starbuck se preguntó qué más cosas le habría contado Ethan.

—Sí, estuve en el seminario.

—No utilizaré esa circunstancia contra usted, si a cambio me perdona que yo sea abogado. No, me apresuro a decirlo, un abogado exitoso, porque prefiero pensar en la ley como un entretenimiento más que una profesión. Con ello quiero decir que sólo acepto algún trabajo cuando me resulta sencillamente inevitable.

Delaney era deliberadamente modesto; lo cierto es que dedicaba todos sus esfuerzos a su floreciente bufete, en el que desplegaba una sensibilidad política aguda y una discreción casi jesuítica. Belvedere Delaney no creía en la bondad de airear los trapos sucios de sus clientes en público delante del tribunal, y en consecuencia su sutil actividad tenía como escenario las silenciosas habitaciones traseras del edificio del Capitolio, o los apartados de los clubes de la ciudad, o los elegantes salones de las mansiones de Grace Street y Clay Street. Conocía los secretos de la mitad de los legisladores del Estado, y era reconocido como un valor en alza en la capital de Virginia. Dijo a Starbuck que había conocido a Thaddeus Bird en la Universidad virginiana, y que los dos eran amigos desde entonces.

—Tienen que venir los dos a almorzar conmigo —insistió Delaney.

—Al contrario —dijo Bird—, serás tú quien venga a almorzar conmigo.

—¡Mi querido Bird! —Delaney simuló sentirse horro— rizado—. ¡No puedo consentir el comer a costa del salario de un maestro de escuela! Los horrores de la secesión me han abierto el apetito, y mi frágil constitución sólo acepta los manjares más delicados y los mejores vinos. ¡No, no! Comerás conmigo, y usted también, señor Starbuck, porque tengo intención de enterarme de todos los pecados secretos de su padre. ¿Bebe? ¿Recibe a mujeres malas en la sacristía? Tranquilíceme sobre esas cuestiones, se lo ruego.

—Comerás tú conmigo —insistió Bird—, y beberás el mejor vino de las bodegas de Spotswood, porque, mi querido Delaney, no seré yo quien pague, sino Washington Faulconer.

—¿Vamos a comer por cuenta de Faulconer? —preguntó Delaney entusiasmado.

—En efecto —respondió Bird relamiéndose.

—En ese caso, mi asunto en Shaffer's puede esperar a mañana. ¡Llévame al

pesebre! ¡Llévame, querido Bird, llévame ya! Seamos glotones, ávidos de golosinas, consumamos comestibles que nunca nadie ha consumido antes, zambullámonos en los vinos de Francia, y chismorreemos. Por encima de todo, chismorreemos.

—Se supone que tengo que comprar enaguas —objetó Starbuck.

—Sospecho que tiene mejor aspecto en pantalones —dijo Delaney con firmeza—, y además, las enaguas, como el deber, pueden esperar a mañana. El placer nos convoca, Starbuck, el placer nos convoca, ¡obedezcamos a su llamada!

Capítulo 3

Seven Springs, la casa de Washington Faulconer en Faulconer County, era todo lo que había soñado Starbuck que sería, todo lo que Adam le había contado que era, y todo lo que Starbuck pensaba que desearía que fuera una casa. Era, decidió desde el primer momento en que la vio aquella mañana de domingo de finales de mayo, sencillamente perfecta.

Seven Springs era un extenso edificio blanco de dos pisos, excepto por la torre blanca del reloj que coronaba una de las puertas de los establos y por una modesta cúpula, con una veleta, que adornaba la techumbre del cuerpo principal. Starbuck había imaginado algo mucho más pretencioso, algo con altos pilares y elegantes pilastras, pórticos con arcadas y frontones imponentes, y en cambio aquella gran mansión se parecía más a una granja próspera que con el paso de los años se hubiera extendido sin pretenderlo, y multiplicado y reproducido a sí misma hasta convertirse en un conjunto de tejados empinados, ángulos en sombra y muros cubiertos de enredaderas. El cuerpo principal estaba construido con grandes sillares de piedra, las galerías exteriores eran de madera, y las ventanas de postigos negros y barandillas de hierro forjado se abrían a la sombra de unos árboles de gran tamaño, bajo los que había instalados bancos pintados de blanco, columpios sujetos por largas cuerdas y mesas amplias. Otros árboles más pequeños resplandecían de flores rojas y blancas que ponían una nota alegre de color en contraste con el césped bien recortado. La casa y el jardín desprendían un maravilloso aroma de calidez hogareña y confort sin pretensiones.

Starbuck fue recibido en el vestíbulo por un criado negro que se hizo cargo de los paquetes envueltos en papel con los nuevos uniformes de Washington Faulconer; después, un segundo criado tomó el maletín que contenía el uniforme del propio Nate, y por fin una doncella tocada con un turbante se llevó los dos pesados paquetes de enaguas que tan molestos habían resultado colgados del pomo de la silla de montar de Starbuck.

Esperó. Un reloj de pared colocado en un rincón del vestíbulo dejaba oír un sonoro tictac; pintadas en su esfera había lunas, estrellas y cometas con sus órbitas. Las paredes estaban empapeladas con un dibujo floral, y en ellas colgaban retratos enmarcados de George Washington, Thomas Jefferson, James Madison y Washington Faulconer. El retrato de Faulconer lo mostraba montado en su magnífico caballo negro *Saratoga*, y señalando lo que Starbuck supuso que serían los campos que rodeaban Seven Springs. En la chimenea del vestíbulo permanecían las cenizas de un fuego, lo que sugería que las noches aún eran frías en aquellas tierras altas. Había flores frescas en un jarrón de cristal sobre una mesa, junto a dos periódicos plegados en cuyos titulares se celebraba la secesión formal de Carolina del Norte en favor de la

causa confederada. La casa olía a almidón, a jabón de lejía y a manzanas. Starbuck paseaba inquieto mientras esperaba. No sabía muy bien qué es lo que se esperaba de él. El coronel Faulconer había insistido en que trajera los tres uniformes recién hechos directamente a Faulconer Court House, pero ignoraba todavía si venía a esta casa como invitado o si le asignarían un catre de campaña en el campamento de la Legión, y esa incertidumbre le ponía nervioso.

Un ruido de pasos en la escalera le hizo volverse. Una mujer joven de cabellos rubios, vestida de blanco y excitada, bajó a la carrera el tramo final y se detuvo de pronto en el primer escalón con la mano posada en el remate de la balaustrada pintada de blanco. Examinó solemnemente a Starbuck.

—¿Es usted Nate Starbuck? —preguntó por fin.

—En efecto, señora —contestó al tiempo que esbozaba una pequeña reverencia algo torpe.

—No me trate de señora, soy sólo Anna.

Bajó el último escalón. Era pequeña, no mediría mucho más de metro cincuenta de estatura, y su cara pálida y como desamparada mostraba tanta ansiedad que Starbuck, de no haber sabido que era una de las herederas más ricas de Virginia, la habría tomado por una huérfana.

El rostro de Anna le resultaba familiar por el retrato colgado en la casa de Richmond, pero a pesar de que la pintura reflejaba con precisión la cabeza estrecha y la sonrisa desconfiada, en cierta forma el artista no había conseguido mostrar la esencia de la muchacha, y esa esencia, decidió Starbuck, incitaba curiosamente a la compasión. Anna, pese a ser bonita, parecía infantilmente nerviosa, casi aterrada, como si esperara que el mundo se mofara de ella, la maltratara y la rechazara como algo sin valor. La extraordinaria timidez de su mirada era acentuada por una leve insinuación de estrabismo en el ojo izquierdo, aunque la desviación, si existía, era muy pequeña.

—Estoy muy contenta de que haya venido —dijo—, porque buscaba una excusa para no ir a la iglesia, y ahora puedo decir que tenía que ocuparme de recibirlo a usted.

—¿Le han entregado las enaguas? —preguntó Starbuck.

—¿Enaguas?

Anna se detuvo y frunció el ceño, como si la palabra no le resultara conocida.

—He traído las enaguas que pidió —explicó Starbuck, con la sensación de que hablaba con una niña un poco retrasada. Anna sacudió la cabeza.

—Las enaguas eran para padre, señor Starbuck, no para mí, aunque ignoro por completo para qué las quiere. ¿Puede que considere que el suministro se interrumpirá debido a la guerra? Madre dice que hemos de tener un buen repuesto de medicinas por la guerra. Ha encargado un quintal de alcanfor, y sólo el Señor sabe cuánto papel

de nitrato potásico y amoníaco. ¿Calienta mucho el sol?

—No.

—No puedo exponerme mucho al sol, ya ve, porque me quema la piel. Pero ¿dice usted que no es muy fuerte?

Hizo la pregunta con mucha amabilidad.

—No, no lo es.

—Entonces, ¿podemos salir a dar un paseo? ¿Le gustaría?

Cruzó el vestíbulo, deslizó una mano bajo el antebrazo de Starbuck y tiró de él hacia la amplia puerta principal. Aquel gesto impetuoso resultaba extrañamente íntimo para una muchacha tan tímida, pero Starbuck sospechó que sólo revelaba una búsqueda patética de compañía.

—Tenía tantos deseos de conocerle —dijo Anna—. ¿No estaba previsto que llegara ayer?

—Los uniformes se retrasaron un día —mintió Starbuck. Lo cierto es que su comida con Thaddeus Bird y con el persuasivo Belvedere Delaney se había alargado desde poco después del mediodía hasta bastante más allá de la hora de la cena, de modo que no pudo comprar las enaguas hasta bien entrada la mañana del sábado; pero prefirió no hablar de aquella larga juerga.

—Bueno, ahora ya lo tenemos aquí —dijo Anna mientras llevaba a Starbuck hacia la luz del sol—, y yo me alegro mucho. Adam me ha hablado tanto de usted.

—También muchas veces me contaba cosas de usted —dijo Starbuck más galante que sincero, porque lo cierto es que Adam hablaba muy poco de su hermana, y nunca con un cariño auténtico.

—Me sorprende. Adam acostumbra a pasar tanto tiempo examinando su propia conciencia que apenas se da cuenta de la existencia de otras personas. —Con esas palabras reveló Anna una mentalidad bastante más escéptica de lo que había creído Starbuck, pero a pesar de ello se ruborizó, como si se disculpara por la dureza de su juicio—. Mi hermano es un Faulconer hasta el tuétano —explicó—. No es una persona muy práctica.

—Su padre sí es práctico, ¿no cree?

—Es un soñador —dijo Anna—, un romántico. Cree que todas las cosas buenas se materializarán si tenemos suficiente fe en ellas.

—Pero sin duda no fue tan sólo la fe lo que construyó esta casa.

Starbuck señaló con un amplio gesto la generosa fachada de Seven Springs.

—¿Le gusta la casa? —Ana pareció sorprenderse—. Madre y yo intentamos convencer a padre de que la derribe y edifique algo mucho más grande. ¿Algo italiano quizá, con columnas y una cúpula? Me gustaría tener un templo con columnas sobre una colina, en el jardín. Rodeado de flores, y muy grande.

—La casa me parece preciosa tal como está —dijo Starbuck.

Anna hizo una mueca para mostrar que desaprobaba el gusto de Starbuck.

—Fue nuestro tatarabuelo Adam quien la construyó, por lo menos la mayor parte. Era un hombre muy práctico, pero su hijo se casó con una dama francesa y la sangre de la familia se volvió etérea. Es lo que dice madre. Y ella tampoco es fuerte, de modo que su sangre no ha ayudado a remediar las cosas.

—Adam no me parece etéreo, y menos aún Washington Faulconer.

—Oh, sí que lo es —dijo Anna, y sonrió a Starbuck—. Me gustan las voces norteñas. Suenan mucho más inteligentes que nuestros acentos del país. ¿Me permitirá que le haga un retrato? No soy tan buena pintora como Ethan, pero me esfuerzo mucho. Podría sentarse a orillas del río Faulconer en una actitud melancólica, como un exiliado junto a las aguas de Babilonia.

—¿Quiere que cuelgue mi arpa de los sauces? —bromeó Starbuck algo inhibido.

Anna retiró su brazo y palmoteo encantada.

—Va a ser usted una compañía maravillosa. Todos son tan aburridos. Adam se ha ido a rezar al Norte, padre está atontado con la guerra, y madre se pasa todo el día envuelta en hielo.

—¿En hielo?

—Hielo de Wenham, de su Estado natal de Massachusetts. Supongo que si hay guerra ya no habrá hielo de Wenham y tendremos que contentarnos con la producción local. Pero el doctor Danson dice que el hielo podría curar la neuralgia de madre. La cura del hielo viene de Europa, de modo que tiene que ser buena.

Starbuck no había oído hablar nunca de la neuralgia, y no quiso preguntar por su naturaleza por si acaso resultaba ser una de las vagas e indescriptibles enfermedades femeninas que con tanta frecuencia tenían postradas a su propia madre y a su hermana mayor, pero Anna añadió por su cuenta que aquel mal era muy moderno y se caracterizaba por lo que ella describió como «jaquecas faciales». Starbuck murmuró unas palabras de condolencia.

—Pero padre cree que ella lo hace sólo para fastidiarle —concluyó Anna bajando un poco más su voz tímida.

—Estoy seguro de que no puede ser verdad —dijo Starbuck.

—Yo creo que sí es posible —dijo Anna con voz muy triste—. A veces me pregunto si los hombres y las mujeres siempre han de fastidiarse recíprocamente.

—No podría responder a eso.

—No tenemos una conversación muy alegre, ¿verdad? —preguntó Anna con cierto abatimiento, y en un tono que sugería que todas sus conversaciones acababan en parecidos accesos de melancolía. Parecía hundirse más y más en la desesperación a cada segundo que pasaba, y Starbuck recordó las maliciosas historias de Belvedere Delaney sobre la intensa repugnancia que producía la muchacha a su hermanastro, contrarrestada por la urgente necesidad que tenía Ridley de su dote. Starbuck

confiaba en que esas historias no fueran más que un chismorreo malicioso, porque el mundo sería muy cruel, pensó, si convirtiera en una víctima a una muchacha tan espiritual y trémula como Anna Faulconer.

—¿De verdad dijo padre que las enaguas eran para mí? —preguntó ella de pronto.

—Lo dijo su tío.

—Oh, Pecker —exclamó Anna, como si eso lo explicara todo.

—Me pareció un encargo muy extraño —dijo Starbuck, galante.

—Pasan tantas cosas extrañas en estos días —dijo Anna abatida—, que no me atrevo a pedir a padre una explicación. No es feliz, ya ve.

—¿No?

—La culpa la tiene el pobre Ethan. No ha podido encontrar a Truslow, ya ve, y padre está empeñado en reclutar a Truslow. ¿Ha oído usted hablar de Thomas Truslow?

—Su tío me habló de él, sí. Lo describió como un hombre temible.

—Es que es temible. ¡Es horrible! —Anna se detuvo y miró a Starbuck a los ojos—. ¿Puedo confiar en usted?

Starbuck se preguntó qué nueva historia de horror iba a oír del siniestro Truslow.

—Me sentiré honrado por su confianza, señorita Faulconer —dijo en un tono muy formal.

—Lámeme Anna, por favor. Quiero que seamos amigos. Y le diré, en secreto por supuesto, que no creo que el pobre Ethan se acercara siquiera a la guarida de Truslow. Creo que a Ethan le aterra ese hombre. Todos temen a Truslow, incluso padre, por más que diga lo contrario. —La voz suave de Anna estaba cargada de misterio—. Ethan dice que subió hasta donde se supone que está su guarida, pero no creo que sea cierto.

—Estoy seguro de que lo es.

—Yo no. —Volvió a pasar su brazo por el de Starbuck y reanudó el paseo—. ¿Podría usted ir a buscar a Truslow, señor Starbuck?

—¿Yo? —preguntó Starbuck horrorizado.

La voz de Anna se animó de pronto.

—Considérelo una prueba. Todos los jóvenes caballeros de mi padre deben subir a las montañas y enfrentarse al monstruo, y aquel que lo traiga de vuelta demostrará ser el mejor, el más noble y más valiente de todos. ¿Qué le parece la idea, señor Starbuck? ¿Se sometería a esa prueba?

—Me suena a algo aterrador.

—Padre valoraría en mucho que fuera usted, estoy segura —dijo Anna, pero como Starbuck no contestó, se limitó a suspirar y tiró de él hacia la casa—. Quiero enseñarle a mis tres perros. Tiene que decirme que son los más bonitos de todo el mundo, y después iremos a recoger el cesto de mis pinturas y bajaremos al río para

que cuelgue usted ese sombrero polvoriento de un sauce. Sólo que aquí no hay sauces, por lo menos me parece que no. No soy experta en árboles.

Pero no iba a haber reunión con los tres perros ni excursión para pintar, porque la puerta principal de Seven Springs se abrió de pronto y el coronel Faulconer salió a la luz del sol.

Anna tragó saliva, admirada. Su padre se había puesto uno de sus nuevos uniformes y su aspecto era sencillamente grandioso. Parecía, de hecho, que hubiera nacido para llevar aquel uniforme y conducir a hombres libres a través de verdes campos hacia la victoria. Su guerrera gris lucía un grueso brocado de cintas doradas y amarillas entrelazadas en un dibujo intrincado que ascendía desde los amplios puños hasta más arriba de los codos. Un par de guantes amarillos de cabritilla aparecían prendidos del reluciente cinturón negro, bajo el que resplandecía un fajín de seda roja con flecos. Las botas, negras y de caña alta, brillaban al sol, la vaina del sable había sido pulida hasta reflejar la luz como un espejo y la pluma amarilla del sombrero de ala ancha ondeaba al impulso de la brisa templada. Washington Faulconer estaba obviamente encantado consigo mismo mientras examinaba su imagen reflejada en el cristal de una de las ventanas altas.

—¿Y bien, Anna? —preguntó.

—¡Estás espléndido, padre! —dijo Anna con mucho más entusiasmo del que Starbuck la habría creído capaz. Dos criados negros salieron de la casa y expresaron su acuerdo con gestos.

—Esperaba los uniformes ayer, Nate. —Faulconer a medias preguntó y a medias acusó a Starbuck con aquella frase.

—En Shaffer's se retrasaron un día, señor —la mentira surgió espontánea—, pero se deshicieron en disculpas.

—Les perdono, a la vista de su excelente trabajo.

Washington Faulconer apenas podía apartar los ojos de su reflejo en el cristal de la ventana. El uniforme se completaba con espuelas de oro, cadenillas doradas para las espuelas, y tahalí también dorado para el sable. Incluía un revólver en una funda de cuero blando, y la culata del arma iba sujeta al cinturón con otra cadena de oro. Unos galones blancos y amarillos trenzados decoraban las costuras exteriores de los pantalones de montar, y las charreteras de la guerrera iban ribeteadas de amarillo con flecos de oro. Desenvainó el sable de empuñadura de marfil, quebrando el silencio de la mañana con el áspero roce del acero en la boca de la vaina. La luz del sol arrancó reflejos de la curva y pulida hoja.

—Es francés —dijo a Starbuck—, un regalo de Lafayette a mi abuelo. Ahora será empuñado en una nueva cruzada por la libertad.

—Es realmente impresionante, señor —dijo Starbuck.

—En la medida en que un hombre necesita vestir un uniforme para luchar, sin

duda estos trapos valen tanto como cualquier otra cosa —dijo el coronel con falsa modestia, y luego azotó el aire con el sable—. ¿No estás cansado del viaje, Nate?

—No, señor.

—Entonces deja de dar el brazo a mi hija, y te encontraremos algún trabajo.

Pero Anna se resistió a dejar marchar a Starbuck.

—¿Trabajo, padre? Pero si es domingo.

—Y tú deberías estar en la iglesia, querida.

—Hace demasiado calor. Además, Nate me ha dado permiso para que le haga un retrato, y tú no irás a negarme ese pequeño placer.

—Sí que lo voy a hacer, querida. Nate se ha retrasado un día entero en venir aquí, y tenemos mucho trabajo por delante. ¿Por qué no vas a leerle un poco a tu madre?

—Porque está sentada a oscuras soportando la cura de hielo del doctor Danson.

—Danson es un idiota.

—Pero es el único idiota con título de doctor en medicina que tenemos —dijo Anna, mostrando un nuevo destello de vivacidad en su actitud por lo común lánguida—. ¿De verdad vas a llevarte a Nate, padre?

—De verdad voy a hacerlo, querida.

Anna se soltó del brazo de Starbuck y le dirigió una sonrisa de despedida.

—Está aburrida —dijo el coronel cuando Starbuck y él se encontraron de nuevo en el interior de la casa—. Puede pasarse el día entero charlando, casi siempre sobre nada. —Sacudió la cabeza con desaprobación mientras guiaba a Starbuck por un pasillo de cuyas paredes colgaban diversos arreos: bridas y bridones, riendas y bocados, baticolas y muserolas.

—¿Tuviste algún problema para encontrar donde dormir anoche?

—No, señor.

Starbuck había parado en una taberna de Scottsville, y nadie mostró curiosidad por su acento norteno ni le había pedido el pase que le proporcionó el coronel Faulconer.

—¿No hay noticias de Adam, supongo? —preguntó melancólico el coronel.

—Me temo que no, señor. Pero le escribí.

—Ah, bueno. Deben de haberse retrasado los correos del Norte. Es un milagro que aún sigan llegando. Ven. —Empujó la puerta de su estudio y la sostuvo abierta para que pasara—. Tenemos que encontrar un arma para ti.

El estudio era una habitación amplia y hermosa, que ocupaba el extremo occidental de la casa. Tenía ventanas enmarcadas por enredaderas en tres de sus cuatro paredes, y una gran chimenea en la cuarta. De las grandes vigas del techo colgaban fusiles antiguos de chispa, bayonetas y mosquetes; decoraban las paredes grabados de batallas, y sobre la repisa de la chimenea descansaban viejos pistolones y espadas con empuñaduras de piel de serpiente. Un perro labrador negro movió la cola

como bienvenida cuando entró Faulconer, pero estaba demasiado viejo y enfermo para ponerse de pie. Faulconer se agachó y le rascó las orejas.

—Buen chico. Este es *Joshua*, Nate. En tiempos fue el mejor perro cazador de este lado del Atlántico. Fue el padre de Ethan quien lo crió. Pobre tipo. —Starbuck no estaba seguro de si el comentario se refería al perro o al padre de Ethan, pero las siguientes palabras del coronel revelaron que no era a *Joshua* a quien compadecía—. Mala cosa, la bebida —sentenció el coronel al tiempo que abría un amplio cajón del buró, que resultó estar lleno de pistolas—. El padre de Ethan se bebió las tierras de la familia. Su madre murió de fiebres cuando él nació, y tiene un hermanastro que se quedó con todo el dinero de la madre. Tiene un bufete de abogado en Richmond.

—Le conozco —dijo Starbuck.

Washington Faulconer se volvió a mirar ceñudo a Starbuck.

—¿Conoces a Delaney?

—El señor Bird me lo presentó en Shaffer's.

Starbuck no tenía intención de revelar que aquella presentación había tenido como secuela diez horas pasadas consumiendo los mejores platos y vinos de la carta del Spotswood House Hotel, todo ello cargado en la cuenta de Faulconer, ni cómo había despertado la mañana del sábado con una monumental jaqueca, la boca seca, ardor de estómago y un vago recuerdo de haber jurado amistad eterna al divertido y maligno Belvedere Delaney.

—Un mal tipo, ese Delaney. —El coronel parecía sentirse decepcionado con Starbuck—. Demasiado listo para su propio bien.

—Apenas llegué a conocerle, señor.

—Demasiado listo. Sé de abogados que estarían encantados si tuvieran una sogá, un árbol lo bastante alto y al señor Delaney, las tres cosas bien atadas la una a la otra. Se quedó con todo el dinero de su madre y al pobre Ethan no le dejó ni un centavo. No es trigo limpio, Nate, no es trigo limpio en absoluto. Si Delaney tuviera una pizca de decencia, cuidaría de Ethan.

—Mencionó que Ethan es un gran artista —dijo Starbuck, con la esperanza de que el cumplido a su futuro yerno haría que el coronel recuperara su buen humor.

—Sí que lo es, pero con eso no se llena la despensa, ¿no te parece? Lo mismo le pasa a Pecker, que toca magníficamente el piano. Yo voy a decirte para lo que vale de verdad Ethan, Nate. Es uno de los mejores cazadores que nunca he visto, y probablemente el mejor jinete de la región. Y es un granjero condenadamente bueno. Se ha hecho cargo de lo que queda de las tierras de su padre en estos últimos cinco años, y dudo de que nadie se hubiera desenvuelto ni la mitad de bien que él.

Después de aquel generoso cumplido a Ridley, el coronel sacó del cajón un revólver de cañón largo e hizo girar durante unos momentos el tambor, antes de decidir que no era el arma adecuada.

—Ethan vale mucho, Nate, y será un buen soldado, un magnífico soldado, pero tengo que confesar que como oficial de reclutamiento deja mucho que desear. —Faulconer se dio la vuelta y dirigió a Starbuck una mirada sagaz—. ¿Has oído hablar de Truslow?

—Anna lo mencionó, señor. Y también lo hizo el señor Bird.

—Quiero a Truslow, Nate. Lo necesito. Si Truslow se alista, traerá con él a cincuenta montañeses. Hombres válidos, luchadores por naturaleza. Unos perfectos bribones, por supuesto, del primero al último de todos ellos, pero si Truslow les lee la cartilla, harán lo que él les diga. ¿Y si él no quiere alistarse? Entonces, la mitad de los hombres del condado tampoco lo harán, por miedo a que les robe el ganado. De modo que ya ves por qué resulta imprescindible para mi Legión.

Starbuck se dio cuenta de lo que vendría después, y sintió disiparse su confianza. Truslow era el enemigo jurado de los yanquis, el asesino, el diablo que acechaba en las montañas.

El coronel hizo girar el tambor de otro revólver.

—Ethan dice que Truslow ha salido a robar caballos, y que no volverá a su casa en varios días, tal vez semanas, pero yo tengo la sensación de que lo que hizo Truslow fue evitar a Ethan. Le vio llegar, supo lo que iba a pedirle, y se esfumó. Necesito que vaya alguien a quien Truslow no conozca. Alguien que pueda conversar con ese individuo y averiguar cuál es su precio. Todo hombre tiene un precio, Nate, y en especial un facineroso como Truslow.

Guardó el segundo revólver y sacó otro de aspecto todavía más letal.

—De modo que, ¿qué te parecería ocuparte de ese asunto, Nate? No voy a pretender que sea un trabajo fácil, porque Truslow no es el más amable de los hombres, y si me dices que no quieres ir no volveré a hablar de la cuestión. Pero, en caso contrario...

El coronel dejó la frase en el aire. Y Starbuck, forzado de ese modo a decidir, se dio cuenta de pronto de que deseaba ir. Quería demostrar que podía sacar al monstruo de su cubil y conducirlo hasta allí.

—Iré con mucho gusto, señor.

—¿De verdad? —El coronel pareció algo sorprendido.

—Por supuesto.

—Magnífico, Nate. —Faulconer empujó hacia atrás el martillo del revólver de aspecto letal, apretó el gatillo y decidió que tampoco era el arma adecuada—. Necesitarás una pistola, desde luego. A muchos de esos bandidos de las montañas no les gustan los yanquis. Llevarás tu pase, por supuesto, pero es raro que alguien sepa leer por aquí. Te aconsejaría llevar el uniforme, pero la gente como Truslow asocia los uniformes a los hombres del fisco y los recaudadores de impuestos, de modo que irás mucho más seguro con tu ropa de siempre. Todo lo que tendrás que hacer con esa

gente es tranquilizarles con patrañas si se te enfrentan, y si eso no funciona, disparar contra ellos.

Soltó una risita, y Starbuck se estremeció al pensar en el encargo que acababa de aceptar. Aún no hacía seis meses, era un estudiante del Colegio Teológico de Yale, inmerso en el complejo estudio de la doctrina paulina de la expiación, ¿y ahora se suponía que tenía que abrirse paso a tiro limpio en una región de analfabetos que odiaban a los yanquis, para ir a buscar al ladrón de caballos y asesino más temido del distrito? Faulconer debió de darse cuenta de su aprensión, porque sonrió.

—No te preocupes, no te matará, a menos que intentes robarle a su hija o, peor aún, su caballo.

—Me alegra mucho saberlo, señor —dijo Starbuck en tono seco.

—Te escribiré una carta para ese bruto, aunque sólo Dios sabe si es capaz de leer. Le explicaré que eres un sudista honorario, y le haré una oferta. ¿Digamos cincuenta dólares, en concepto de prima de enganche? No le ofrezcas nada más, y por el amor de Dios no dejes que piense que quiero nombrarle oficial. Truslow será un buen sargento, pero nadie querría compartir con él la mesa a la hora de la cena. Su mujer ha muerto, de modo que eso no será un problema, pero tiene una hija que podría darnos quebraderos de cabeza. Dile que le encontraré trabajo en Richmond si quiere tenerla colocada. Probablemente será un adefesio, pero supongo que podrá coser o trabajar de dependienta en una tienda. —Faulconer dejó una caja de madera de nogal sobre la mesa y le dio la vuelta, de modo que Starbuck pudiera ver el interior al levantar la tapa—. No creo que sea apropiada para ti, Nate, pero échale un vistazo. Es preciosa.

Starbuck levantó la tapa de nogal y vio una hermosa pistola con una culata de cachas de marfil, que reposaba en un compartimiento de forma especial, forrado de terciopelo azul. En otros huecos también forrados de azul estaban el cuerno de la pólvora de la pistola, con reborde de plata; un molde para balas, y una escobilla. La leyenda en letras de oro grabada en el interior de la caja rezaba: «R. Adams, revólver patentado, 79 King William Street, Londres EC».

—La compré en Inglaterra hace dos años. —El coronel levantó el arma y acarició su cañón—. Es una hermosura, ¿verdad?

—Sí, señor, lo es.

Y en efecto, aquel arma le pareció hermosa a la suave luz de la mañana que se filtraba por entre las largas cortinas blancas. La forma del arma se adaptaba maravillosamente a su función, en un maridaje de técnica y diseño tan conseguido que, por unos segundos, Starbuck olvidó cuál era exactamente la función de la pistola.

—Muy hermosa —dijo reverente Washington Faulconer—. Me la llevaré al Baltimore and Ohio dentro de un par de semanas.

—Al Baltimore... —empezó a decir Starbuck, pero se calló bruscamente al darse cuenta de que no había oído mal. ¿De modo que el coronel todavía seguía con la idea de asaltar la línea del ferrocarril?

—Pero yo tenía entendido que nuestras tropas tenían bloqueada la línea en Harper's Ferry, señor.

—Yeso han hecho, Nate, pero he descubierto que los trenes siguen circulando hasta Cumberland, y desde allí los suministros continúan su viaje por carretera y por el canal. —Faulconer dejó en su caja la hermosa pistola Adams—. Ya mí me sigue pareciendo que la Confederación está demasiado quieta, demasiado temerosa. Tenemos que atacar, Nate, en lugar de quedarnos sentados esperando que sea el Norte quien nos golpee. ¡Necesitamos una victoria que ilumine al Sur! Hemos de demostrar al Norte que somos hombres, y no pasmarotes cobardes. ¡Necesitamos una victoria rápida, contundente, que aparezca en las portadas de todos los periódicos de América! ¡Algo que inscriba nuestros nombres en todos los libros de historia! Una victoria para empezar la historia de la Legión. —Sonrió—. ¿Cómo suena?

—Suena maravillosamente, señor.

—Y tú vas a venir con nosotros, Nate, te lo prometo. Tráeme a Truslow, y tú y yo cabalgaremos hasta la línea del ferrocarril y romperemos unas cuantas cabezas. Pero antes necesitas un arma, de modo que ¿qué te parece esta bestia?

El coronel ofreció a Nate un revólver tosco, de cañón largo, feo, con una culata en forma de gancho pasada de moda, un martillo incómodo de cuello de cisne y doble gatillo. El coronel le explicó que el gatillo colocado más abajo hacía girar el tambor y montaba el martillo, mientras que el gatillo superior disparaba el arma.

—Es un poco complicado de disparar —admitió Faulconer—, hasta que captas el truco de soltar el gatillo inferior antes de apretar el superior. Pero es robusto. Puede recibir unos cuantos golpes y seguir matando. Es pesado y eso hace que la puntería resulte difícil, pero te acostumbrarás a usarlo. Y asustarás a cualquiera cuando lo encañones con esto.

La pistola era un modelo Savage, americano, de un peso de kilo y trescientos gramos aproximadamente, y unos treinta centímetros de longitud. La preciosa Adams, con su cañón de un azul pavonado y su suave culata blanca, era más pequeña y más ligera, y disparaba las mismas seis balas, pero su aspecto no asustaba ni de lejos tanto como el de la Savage.

El coronel volvió a guardar la Adams en el cajón, y luego dio media vuelta y se puso la llave en el bolsillo.

—Ahora veamos..., es ya mediodía. Te encontraré un caballo fresco, te daré la carta y algunos víveres, y ya puedes marcharte. No es un viaje largo. Tendrías que estar allí a las seis, antes incluso. Voy a escribir esa carta, y te envío a la caza de Truslow. ¡A trabajar, Nate!

El coronel acompañó a Starbuck en la primera parte de su viaje, con indicaciones continuas para que se sentara mejor en la silla de montar.

—¡Talones abajo, Nate! ¡Talones abajo y espalda recta! —Al coronel le divertía la forma de montar de Starbuck, atroz según reconocía él mismo, en tanto que el coronel era un jinete magnífico. Montaba su garañón favorito, y con su nuevo uniforme y a lomos de aquel animal reluciente, su aspecto era majestuoso mientras cruzaba junto a Starbuck la ciudad de Faulconer Court House, pasaba frente al molino de agua y los establos, la posada y los juzgados, las iglesias baptista y episcopaliana, la taberna de Greeley y la herrería, el banco y la cárcel de la ciudad. Una muchacha con un bonete descolorido sonrió al coronel desde el porche de la escuela. El coronel la saludó con la mano, pero no se detuvo a conversar.

—Priscilla Bowen —informó a Starbuck, que no tenía idea de cómo se suponía que había de acordarse de la catarata de nombres con que lo abrumaban—. Es bastante bonita si las prefieres gorditas, pero sólo tiene diecinueve años y la muy tonta pretende casarse con Pecker. ¡Dios mío, no le costaría nada encontrar algo mejor! Se lo dije así mismo. No quise callarme, pero no le hizo el menor efecto. ¡Pecker le dobla la edad, se la dobla! A mí me parece que una cosa es llevarlas a la cama, Nate, y otra muy distinta casarse con ellas. ¿Te he ofendido?

—No, señor.

—Siempre me olvido de tus creencias, tan estrictas.

El coronel rio feliz. Habían cruzado la ciudad, que a Starbuck le pareció una comunidad próspera, confortable y mucho mayor de lo que había imaginado. La Legión, por su parte, estaba acampada al oeste del núcleo urbano, mientras que la casa de Faulconer quedaba hacia el norte.

—El doctor Danson consideró que los ruidos de la actividad militar serían nocivos para Miriam —explicó Faulconer—. Está delicada, ¿comprendes?

—Eso me dijo Anna, señor.

—Estoy pensando en mandarla a Alemania cuando Anna se case. Dicen que allí hay médicos maravillosos.

—Eso he oído, señor.

—Anna podría acompañarla. También está delicada, ¿sabes? Danson dice que necesita hierro. Dios sabe lo que quiere decir con eso. Pero podrán ir las dos si la guerra se ha acabado para el otoño. ¡Aquí es, Nate!

El coronel señaló un prado con cuatro hileras de tiendas plantadas en una suave pendiente, junto a un arroyo. Era el campamento de la Legión, coronado por la bandera de las tres bandas y las siete estrellas de la nueva Confederación. En la otra orilla del arroyo se alzaba un bosque espeso, y la ciudad quedaba oculta detrás. Por lo demás, el campamento tenía en cierto modo la alegre apariencia de un circo itinerante. En la parte más llana del prado, habían dibujado las líneas de un campo de

béisbol, y algunos oficiales disputaban una carrera de campo a través a lo largo de la orilla del arroyo. Había chicas de la ciudad asomadas al escalón abrupto que formaba el límite oriental de la pradera, y la presencia de carruajes aparcados a lo largo del camino indicaba que la gente de las proximidades había convertido el campamento en el punto de destino de sus excursiones. Los hombres que corrían, jugaban o paseaban por los terrenos del campamento no mostraban una gran determinación, pero su indolencia, como Starbuck sabía bien, se debía a la filosofía militar del coronel Faulconer, que sostenía que con demasiada instrucción lo único que se conseguía era echar a perder el apetito de un hombre para la batalla. Ahora, a la vista de sus buenos sueños, el coronel se animó visiblemente.

—Sólo necesitamos doscientos o trescientos hombres más, Nate, y la Legión será invencible. Conseguir a Truslow será un buen comienzo.

—Haré todo lo posible, señor —dijo Starbuck, y se preguntó por qué demonios había accedido a enfrentarse al demonio de Truslow. Sus aprensiones se agravaron cuando Ethan Ridley, montado en un nervioso caballo de color avellana, apareció en la entrada principal del campamento. Starbuck se acordó de la afirmación confidencial de Anna Faulconer de que Ridley no se había atrevido a enfrentarse a Truslow, y aquello hizo crecer su inquietud. Ridley iba de uniforme, pero su capote gris de lana tenía un aspecto tristón al lado del resplandeciente nuevo uniforme del coronel.

—¿Qué piensas del trabajo de Shaffer's, Ethan? —preguntó el coronel a su futuro yerno.

—Está usted soberbio, señor —respondió Ridley con docilidad, y luego hizo un gesto de saludo en dirección a Starbuck, cuya yegua se apartó a un lado del camino y bajó la cabeza para ramonear la hierba mientras Washington Faulconer y Ridley hablaban. El coronel le decía que había descubierto dos cañones que podían intentar comprar, y preguntó si a Ridley le importaría ir a Richmond para cerrar la transacción y procurarse algo de munición. La visita a Richmond significaría que Ridley no podría tomar parte en la incursión contra el ferrocarril de Baltimore and Ohio, y el coronel se disculpó por negar a su futuro yerno la diversión que supondría la expedición, pero a Ridley no pareció importarle. De hecho, su rostro moreno de barba bien recortada resplandeció de alegría ante la idea de volver a Richmond.

—Mientras tanto, Nate irá a buscar a Truslow —dijo el coronel, para incluir a Starbuck en la conversación.

La expresión de Ridley se transformó al instante y expresó un visible recelo.

—Pierdes el tiempo, Reverendo. Ese hombre está fuera, robando caballos.

—Puede que sólo se haya escondido de ti, Ethan —sugirió Faulconer.

—Puede —gruñó Ridley—, pero sigo pensando que Starbuck perderá el tiempo. Truslow no puede soportar a los yanquis. Culpa a un yanqui de la muerte de su

esposa. Te va a hacer pedazos, Starbuck.

Faulconer, evidentemente afectado por el pesimismo de Ridley, miró a Starbuck, ceñudo.

—Tú decides, Nate.

—Por supuesto que voy, señor.

Ridley frunció el entrecejo.

—Te digo que perderás tu tiempo, Reverendo —repitió, con una ligera insinuación de amenaza.

—Van veinte pavos a que no —se oyó decir Starbuck a sí mismo, y de inmediato lamentó su estúpida bravata. Era peor que estúpida, pensó, porque además era pecado. A Starbuck le habían enseñado que toda apuesta era pecaminosa a los ojos de Dios, pero no se le ocurrió ninguna manera airosa de retirar su impulsivo desafío.

Y tampoco estaba seguro de querer retirarlo porque Ridley dudó, y esa duda pareció confirmar la sospecha de Anna de que su prometido había evitado ir en busca del temible Truslow.

—A mí me parece una apuesta honesta —intervino el coronel, feliz.

Ridley clavó los ojos en Starbuck, y éste detectó una sombra de temor en su mirada. ¿Le asustaba que Starbuck dejara al descubierto su mentira? ¿O sólo tenía miedo de perder veinte dólares?

—Te va a matar, Reverendo.

—Van veinte dólares a que vuelvo con él antes de que acabe el mes —dijo Starbuck.

—Antes del fin de semana —replicó Ridley, como si buscara una forma de eludir el compromiso.

—¿Cincuenta pavos? —subió Starbuck la apuesta, implacable.

Washington Faulconer se echó a reír. Cincuenta dólares no significaban nada para él, pero eran una fortuna para jóvenes sin dinero como Ridley y Starbuck. Cincuenta dólares eran el salario de un mes de un buen trabajador, el precio de una calesa decente, el coste de un buen revólver.

Cincuenta dólares convertían la prueba quijotesca de Anna en una ordalía seria. Ethan Ridley vaciló, y luego pareció sentirse a sí mismo disminuido por esa duda, y tendió su mano enguantada.

—Tienes de plazo hasta el sábado, Reverendo, ni un minuto más.

—Trato hecho —dijo Starbuck, y estrechó la mano de Ridley.

—¡Cincuenta pavos! —exclamó Faulconer encantado, cuando Ridley se hubo alejado a caballo—. Veo que te sientes optimista, Nate.

—Haré todo lo posible, señor.

—No permitas que Truslow te intimide. Plántale cara, ¿me oyes?

—Lo haré, señor.

—Buena suerte, Nate. ¡Y talones abajo! ¡Talones abajo!

Starbuck cabalgó hacia las sombras de las montañas azules que se alzaban al oeste. Hacía un buen día, bajo un cielo casi sin nubes. La montura de Starbuck, una yegua resistente llamada *Pocahontas*, trotaba incansable a lo largo del borde herboso del camino polvoriento, que se empinaba a partir de la pequeña ciudad, bordeando huertos y prados vallados, hasta llegar a una región de colinas en la que predominaban las granjas de pequeño tamaño, con hierba abundante y arroyos de aguas rápidas. Aquel piedemonte de Virginia no era bueno para el tabaco, y menos aún para los cultivos más famosos del Sur, el añil, el arroz y el algodón, pero daba buenas nueces y excelentes manzanas, y mantenía una cabaña vacuna de calidad, además de producir grandes cantidades de maíz. Las granjas, aunque pequeñas, tenían un aspecto floreciente. Había grandes pajares, mullidos prados y rebaños de vacas gordas cuyas esquilas tenían un son lánguido muy agradable en el calor de las primeras horas de la tarde. A medida que el camino seguía trepando, las granjas se hicieron más pequeñas, hasta que fueron poco más que maizales rodeados por un bosque cada vez más espeso. Los perros de las granjas dormitaban junto al camino, y se despertaban apenas para saludar con un ladrido los cascos del caballo, al pasar Starbuck.

La aprensión del joven Nate aumentó a medida que subía hacia las montañas. Tenía la despreocupación y el engreimiento de los jóvenes, y se creía capaz de cualquier hazaña que se propusiera, pero a medida que el sol descendía empezó a percibir a Thomas Truslow como una gran barrera que iba a marcar todo su futuro. Si cruzaba esa barrera, la vida volvería a ser sencilla; si fracasaba, nunca podría volver a mirarse en un espejo y sentir respeto por sí mismo. Intentó prepararse para cualquier recibimiento hostil que le deparara Truslow, si en efecto Truslow estaba en las montañas, y luego trató de imaginar su regreso triunfal si el hosco demonio acudía dócil a alistarse en las filas de la Legión. Pensó en la alegría de Faulconer y en la desesperación de Ridley, y luego se preguntó cómo podría pagar la apuesta si perdía. Starbuck no tenía dinero, y aunque el coronel le había ofrecido pagarle un sueldo de veintiséis dólares al mes, Starbuck aún no había visto un solo centavo.

Mediada la tarde, el camino de tierra apisonada se había estrechado y era sólo una senda abrupta que bordeaba un río de montaña cuyas aguas se precipitaban coronando de espuma las rocas y sorteando los árboles caídos. Los bosques estaban cuajados de bayas de un rojo brillante, la ladera era empinada, las vistas espectaculares. Starbuck pasó delante de dos cabañas deshabitadas, y en una ocasión se sobresaltó al oír ruido de cascos y buscó precipitadamente su revólver, sólo para ver luego un ciervo de cola blanca que cruzaba veloz por entre los árboles. Había empezado a disfrutar del paisaje, y ese gozo le llevó a preguntarse si su destino no se encontraría en las tierras salvajes del oeste, en donde los americanos luchaban por

arrancar un país nuevo de las garras de salvajes paganos. ¡Dios mío, pensó, nunca debería haberse dedicado a estudiar para ejercer el ministerio sagrado! Por las noches le asaltaba con frecuencia un sentimiento de culpa por la carrera que había abandonado, pero aquí, a la luz del día, con un arma en la cadera y una aventura por delante, Starbuck estaba dispuesto a enfrentarse al mismo diablo, y de pronto las palabras «rebelde» y «traición» no le parecieron tan malas después de todo. Se dijo a sí mismo que quería ser un rebelde. Quería probar el sabor del fruto prohibido contra el que predicaba su padre. Quería intimar con el pecado y asomarse al valle de sombras de la muerte, porque allí era donde conducían los sueños de un hombre joven.

Llegó a un aserradero en ruinas, y allí tomó un sendero en dirección sur. La cuesta era tan dura que Starbuck hubo de apearse del lomo de *Pocahontas*. Faulconer le había dicho que había otro camino, más fácil, pero que aquel sendero abrupto era un atajo que le llevaría directo a las tierras de Truslow. El calor se había hecho más intenso, y el sudor impregnaba la piel de Starbuck. Los pájaros chillaban entre las hojas nuevas de color verde pálido.

Ya avanzada la tarde llegó a la línea de cumbres, y allí volvió a montar a caballo y contempló el valle punteado de bayas rojas donde vivía Truslow. En aquel valle, le dijo el coronel, habían encontrado refugio a lo largo de los años fugitivos y maleantes de todo tipo; era un lugar sin ley en el que hombres vigorosos y sus toscas mujeres vivían de lo que daba un suelo poco productivo, pero felizmente situado lejos del alcance del largo brazo del Gobierno. Un valle alto frecuentado por los ladrones de caballos, que encerraban en corrales a los animales robados en las ricas tierras bajas de Virginia para llevarlos a vender más tarde al norte y al oeste. En este lugar sin nombre, Starbuck habría de enfrentarse al diablo que acechaba en las montañas, cuyo concurso era tan importante para el altanero Washington Faulconer. Se volvió a mirar atrás, contempló la gran extensión de tierras verdes que alcanzaban hasta el horizonte nebuloso, y luego miró de nuevo hacia el oeste, donde unas pocas columnas delgadas de humo delataban la posición de pequeñas granjas ocultas entre la espesura.

Guió a *Pocahontas* por la senda borrosa que descendía serpenteando entre los árboles. Starbuck se preguntó qué clase de árboles serían. Era un chico de ciudad y no distinguía un ciclamor de un olmo, o un roble de un cornejo blanco. No era capaz de matar un puerco, de cazar un ciervo, ni siquiera de ordeñar una vaca. En esta región de gente experta se sentía inútil, un hombre sin talento ni demasiada educación. Se preguntó si una infancia en la ciudad no incapacitaba a un hombre para hacer la guerra, mientras que por el contrario las gentes del campo eran, por su familiaridad con la muerte y por su conocimiento del paisaje, soldados natos. Y luego, como le sucedía a menudo, Starbuck se precipitó desde sus ideales románticos sobre la guerra a una súbita sensación de horror ante el conflicto inminente. ¿Cómo podía haber

guerra en aquella tierra tan buena? Aquello eran los Estados Unidos de América, la culminación de los afanes del hombre por tener un gobierno perfecto y una sociedad regida por Dios. Los únicos enemigos que había visto aquella tierra feliz eran los ingleses y los indios, y tanto los unos como los otros, merced a la providencia divina y a la fortaleza americana, habían sido vencidos.

No, pensó, todas esas amenazas de guerra no podían ser reales. Eran simples exabruptos, política agriada, fiebre primaveral que desaparecería con la llegada del otoño. Los americanos podían luchar contra salvajes sin Dios en los desiertos incultos, y sentirse felices al dar muerte a los mercenarios de un nefasto rey extranjero, ¡pero nunca se volverían los unos contra los otros! El sentido común se impondría, se llegaría a un compromiso, Dios tendería sin duda su mano para proteger a su tierra prometida y a los hombres buenos que la habitaban. Aunque tal vez, y Starbuck sintió remordimientos por aquel resquicio de esperanza, habría tiempo primero para una aventura: una relampagueante incursión con banderas desplegadas y sables reluciendo al sol y al eco atronador de los cascos de los caballos, para hacer descarrilar trenes e incendiar puentes.

—Un paso más, chico, y te vuelo los condenados sesos como hay Dios —gritó de pronto una voz oculta.

—¡Oh, Cristo! —Starbuck se sorprendió tanto que no pudo reprimir aquella interjección blasfema, pero sí tuvo la presencia de ánimo suficiente para tirar de las riendas, y la yegua, bien enseñada, se detuvo.

—Aunque puede que te vuele los sesos de todas formas.

La voz era tan profunda y ronca como el ruido de las púas de un cepillo al rascar un hierro herrumbroso, y aunque Starbuck todavía no había visto al que le hablaba, sospechó que acababa de tropezar con su asesino. Había dado con Truslow.

Capítulo 4

El reverendo Elial Starbuck se echó adelante en su púlpito y aferró el atril con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Algunas personas de su congregación, sentadas cerca del gran hombre, pensaron que el atril se iba a romper. Los ojos del reverendo estaban cerrados y su rostro alargado, huesudo, de barba blanca, aparecía contraído por la pasión con la que buscaba la palabra exacta que inflamaría a sus oyentes de virtud vengadora hasta hacer vibrar la iglesia entera.

El silencio reinaba en el alto edificio. Todos los asientos estaban ocupados, y llenos los bancos de la galería superior. La iglesia era de planta cuadrada, desnuda de decoración, tan sencilla y funcional como el evangelio que se rezaba desde el púlpito pintado de blanco. Había un coro que vestía ropajes negros, un armonio moderno y ventanales altos de cristales transparentes. La iluminación procedía de unas lámparas de gas, y una gran estufa negra y panzuda podía proporcionar un calor ruidoso, aunque esa mínima comodidad no iba a ser necesaria todavía durante bastantes meses. Dentro de la iglesia el ambiente era ahora caluroso; no tanto como en pleno verano, cuando la atmósfera llegaba a resultar asfixiante, pero en aquel día templado de primavera el calor era suficiente para que las devotas se abanicaran, aunque el dramático silencio del reverendo Elial se alargó tanto que, uno tras otro, los abanicos de papel se posaron en los regazos, de modo que pareció que todas las personas presentes en el severo interior de aquella iglesia mantenían una inmovilidad de estatuas.

Todos esperaban, atreviéndose apenas a respirar. El reverendo Elial, cabellos blancos, barba blanca, ojos llameantes, severo, alargó el silencio mientras saboreaba la palabra en su interior. Había encontrado la palabra precisa decidió, una buena palabra, una palabra oportuna, una palabra extraída del texto sagrado, de modo que con una profunda aspiración alzó despacio la mano hasta que pareció que todos los corazones presentes entre los altos muros de aquel edificio retenían sus latidos.

—¡Vómito! —aulló el reverendo Elial, y un niño de la galería rompió a llorar en voz alta, asustado por el poder explosivo de aquella palabra. Algunas mujeres tragaron saliva.

El reverendo Elial golpeó con su puño derecho la barandilla del púlpito, con tanta fuerza que el ruido levantó ecos en toda la iglesia como si fuera un disparo. Al terminar un sermón, era frecuente que tuviera las manos magulladas, y el poder de su predicación rompía cada año los lomos de media docena de Biblias por lo menos.

—¡La esclavocracia no tiene más derecho a llamarse cristiana que un perro a llamarse a sí mismo caballo! ¡O un mono a llamarse hombre! ¡Pecado y perdición! ¡Pecado y perdición! ¡La esclavocracia está enferma de pecado, contaminada de perdición!

El sermón había alcanzado ese punto en que ya no necesitaba resultar coherente, porque ahora la lógica de su exposición podía dar paso a una serie de evocaciones emocionales que remacharían con fuerza el mensaje en los corazones de los oyentes y les fortalecería contra una semana más de tentaciones mundanas. El reverendo Elial había estado predicando durante hora y cuarto, y aún seguiría durante al menos media hora más, pero en los siguientes diez minutos su intención era arrastrar a la congregación a un frenesí de indignación.

La esclavocracia, les dijo, estaba condenada a los abismos más profundos del infierno, a ser arrojada al lago de azufre hirviente en el que los condenados sufren tormentos de dolor indescriptible para toda la eternidad. El reverendo Elial Starbuck solía adornar sus sermones con descripciones del infierno que hacían rechinar los dientes, y ahora ofreció un repaso en cinco minutos de aquel lugar de horrores, provocando en su auditorio una repugnancia tal que algunos de los hermanos más débiles de la congregación llegaron al borde del desmayo. En una parte de la galería superior, se sentaban esclavos del Sur liberados, todos ellos protegidos de alguna manera por la iglesia, y aquellos hombres repitieron como un eco las palabras del reverendo, formando un contrapunto que las engalanó y enriqueció de tal modo que la iglesia pareció henchida del Espíritu.

Y a pesar de todo, el reverendo Elial aún consiguió elevar más y más la emoción. Dijo a sus oyentes cómo había sido ofrecida a la esclavocracia la mano tendida de la amistad del Norte, y extendió su propia mano magullada como para ilustrar la bondad pura de aquella oferta.

—¡Les fue ofrecida libremente! ¡Les fue ofrecida justamente! ¡Les fue ofrecida honestamente! ¡Les fue ofrecida amorosamente! —Su mano se tendió más y más hacia la congregación, mientras detallaba la generosidad de los estados del Norte—. ¿Y qué hicieron ellos con nuestra oferta? ¿Qué hicieron? ¿Acaso sabéis qué hicieron? —La última repetición de la pregunta se convirtió en un grito agudo que inmovilizó al auditorio. El reverendo Elial paseó su mirada por la iglesia, desde los bancos de los ricos en las primeras filas hasta los de los pobres en la parte trasera de las galerías, y luego descendió hasta el banco de su propia familia en el que se sentaba su hijo mayor, James, rígido en su nuevo uniforme azul—. ¿Qué hicieron ellos? —La mano del reverendo Elial tajó el aire al responder a su pregunta—. ¡Volvieron a su insensatez! «Porque como el perro vuelve a su vómito, vuelve el necio a su insensatez». —Aquel era el texto escogido por el reverendo Elial Starbuck, tomado del versículo once del capítulo veintiséis del Libro de los Proverbios. Sacudió la cabeza con tristeza, alzó de nuevo la mano y repitió la horrenda palabra en un tono de resignación y perplejidad—. Vómito, vómito, vómito.

La esclavocracia, dijo, se enfangaba en su propio vómito. Se revolcaba en él. Se deleitaba en él. Un cristiano, declaró el reverendo Elial Starbuck, sólo tenía una

elección posible en estos días de pesadumbre. Un cristiano debía acorazarse a sí mismo con el escudo de la fe, armarse con las armas de la virtud, y marchar al sur para liberar aquella tierra de los perros sureños que se tragaban su propio vómito. Y los miembros de la esclavocracia son perros, recalcó a sus oyentes, y deben ser azotados igual que perros, castigados como perros hasta oírles proferir sus gañidos de perros.

—¡Aleluya! —se oyó gritar a alguien en la galería, mientras en el banco de los Starbuck, justo debajo del púlpito, James Starbuck sintió un hormigueo de satisfacción piadosa porque se disponía a llevar a cabo la obra de Dios en el ejército de su país, y a continuación se sintió acometido por un acceso contrapuesto de miedo, ante el temor de que la esclavocracia no encajara los azotes con la docilidad de un perro asustado. James Elial MacPhail Starbuck tenía veinticinco años, pero lo escaso de sus cabellos negros y su perpetua expresión de preocupación dolorida le hacían parecer diez años mayor. Podía consolarse de su calvicie con el espesor frondoso de su barba, que casaba bien con su considerable estatura y su corpulencia. Más parecido a la familia de su madre que a la del padre, sin embargo estaba dotado de la constancia paterna en el trabajo y, a pesar de que sólo hacía cuatro años que se había graduado en leyes en la Dane Law School de Harvard, se hablaba ya de él como futuro miembro de la Comunidad de Massachusetts, y su reputación, sumada a las solicitudes de su famoso padre, le había valido un puesto en el Estado Mayor del general Irvin McDowell. Aquel sermón iba a ser el último que James oiría de su padre en muchos meses, porque a la mañana siguiente viajaba en diligencia a Washington para hacerse cargo de sus nuevas tareas.

—¡Debemos obligar al Sur a gañir como el perro que vuelve sobre su propio vómito!

El reverendo Elial empezó la recapitulación que, a su vez, había de dar paso a la conclusión vibrante y emotiva del sermón, pero uno de los fieles no esperó a los consabidos fuegos artificiales del final. En la galería baja del fondo de la iglesia, la puerta de uno de los bancos cerrados se abrió, y un hombre joven se levantó, recorrió de puntillas los pocos pasos que le separaban de la puerta, y salió por ella al vestíbulo. Las pocas personas que se dieron cuenta de su marcha supusieron que se encontraba mal, aunque lo cierto era que Adam Faulconer no estaba físicamente enfermo, sino apenado. Se detuvo en los escalones que daban a la calle para respirar a fondo, mientras a su espalda la voz del predicador se alzaba y descendía, amortiguada ahora por los muros de granito de la iglesia.

Adam se parecía a su padre hasta un punto asombroso. Tenía los mismos hombros anchos, su corpulencia y la expresión resuelta de su rostro, el mismo cabello rubio, ojos azules y barba cuadrada bien recortada. Su rostro era serio e inspiraba confianza, aunque en ese momento era también un rostro lleno de confusión.

Adam había venido a Boston después de recibir una carta de su padre en la que le describía la llegada de Starbuck a Richmond. Washington Faulconer aludía de pasada a los problemas de Nate, y continuaba así su carta: «En tu honor, voy a ofrecerle refugio y todo cuanto necesite. Doy por supuesto que se quedará aquí todo el tiempo que juzgue oportuno, e incluso deseo que sea para siempre, pero sospecho que lo único que le retiene en Virginia es el miedo a su familia. Tal vez, si consigues distraer un poco de tiempo a tus empeños», Adam advirtió el rencor latente de su padre en la elección de esa última palabra, «podrías informar a la familia de Nate de que su hijo se encuentra arrepentido, humillado y depende de la caridad ajena, para ver si de ese modo consigues su perdón».

Adam había querido visitar Boston. Sabía que era la ciudad más influyente del Norte, un lugar donde brillaban la ciencia y la piedad, y donde esperaba encontrar a hombres capaces de darle alguna esperanza de paz; pero también esperaba encontrar allí algo de paz para Nate Starbuck, y con esa finalidad se había dirigido a la casa del reverendo Elial Starbuck, pero el reverendo, advertido del objetivo de Adam, se negó a recibirlo. Ahora que Adam había oído predicar al padre de su amigo, se convenció de que había tan pocas esperanzas de paz para América como para Nate. A medida que el veneno iba desparramándose desde lo alto de aquel púlpito, Adam comprendió que, en tanto que ese encono no encontrara un exutorio, no habría ningún acuerdo de compromiso. La Comisión para la Paz Cristiana no servía de nada, porque las distintas iglesias de América eran tan impotentes para traer la paz como la llama de una vela para fundir el lago Wenham en mitad del invierno. América, la tierra sagrada de Adam, debía ir a la guerra. Aquello carecía de sentido para él, porque no entendía cómo podían unos hombres decentes llegar a pensar que la guerra era capaz de resolver los problemas mejor que la razón y la buena voluntad; pero poco a poco y a regañadientes, Adam empezó a comprender que los principales estímulos de la Humanidad no eran la buena voluntad y la razón, y que la pasión, el amor y el odio eran los deleznable combustibles que impulsaban ciegamente la historia hacia delante.

Adam paseó por las prósperas y bien ordenadas calles del Boston residencial, bajo los árboles engalanados con un follaje renovado y junto a las altas y limpias casas alegremente decoradas con banderas y gallardetes patrióticos. Incluso los carruajes que esperaban para devolver a los fieles a sus cómodos hogares lucían banderas americanas. Adam amaba aquella bandera, y sentía que se le humedecían los ojos al pensar en todo lo que representaba, pero ahora reconocía en sus estrellas brillantes y sus anchas barras un emblema tribal que se enarbolaba con odio, y supo que todo aquello por lo que había trabajado estaba a punto de verse fundido en el crisol. Iba a haber guerra.

* * *

Thomas Truslow era un hombre robusto de pelambrera oscura, rostro afilado de pedernal y mirada hostil, con la piel mugrienta y las ropas relucientes de grasa. Llevaba el pelo negro largo y revuelto, igual que la espesa barba, que sobresalía pugnaz de su rostro curtido. Calzaba unas botas claveteadas de suela gruesa, iba tocado con un sombrero de ala ancha y vestía unos pantalones vaqueros de Kentucky muy sucios y una camisa de confección casera, arremangada, que mostraba los fibrosos músculos de sus brazos. En el antebrazo derecho llevaba tatuado un corazón con la extraña leyenda «Emly» en su interior, y a Starbuck le costó unos segundos darse cuenta de que debía de tratarse de un «Emily» mal escrito.

—¿Te has perdido, chico?

Aquella criatura de aspecto tan rudo y poco atractivo se dirigía ahora a Starbuck. Truslow tenía en las manos un antiguo mosquete de chispa con una boca amenazadoramente oscurecida que apuntaba sin temblar a la cabeza de Starbuck.

—Busco al señor Thomas Truslow —dijo Starbuck.

—Yo soy Truslow.

La boca del mosquete no se apartó, y tampoco aquellos ojos de un tono extrañamente claro. Cuando todo quedó dicho y hecho, Starbuck pensó que aquellos ojos fueron lo que más le desconcertó. Podías lavar a aquel bruto, recortarle la barba, frotarle la cara y vestirlo con un traje de domingo, y aquellos ojos salvajes seguirían irradiando el mensaje estremecedor de que Thomas Truslow no tenía nada que perder.

—Le traigo una carta de Washington Faulconer.

—¡Faulconer! —La repetición del nombre fue acompañada por una carcajada desprovista de alegría—. Quiere que me aliste en su legión, ¿no es así?

—Así es, señor Truslow, sí.

Starbuck se esforzaba en hablar en tono normal y disimular el miedo que le producían aquellos ojos y la violencia latente que emanaba de Truslow, tan espesa como el humo de una hoguera de leña verde. Tenía la sensación de que en cualquier momento algún mecanismo mal ajustado podía activar, en el cerebro oscuro que había detrás de aquellos ojos pálidos, la chispa que desencadenaría una explosión de violencia destructiva y arrasadora. Era una amenaza muy próxima a la de la locura, y muy alejada del mundo razonable de Yale y de Boston, y de la agradable mansión de Washington Faulconer.

—Se ha tomado su tiempo antes de venir a buscarme, ¿eh? —dijo Truslow en tono suspicaz.

—Ha estado en Richmond. Pero envió en su busca a un hombre llamado Ethan Ridley la semana pasada.

El nombre de Ridley hizo que Truslow saltara como una serpiente hambrienta. Agarró la chaqueta de Starbuck con la mano izquierda, y dio un tirón tal que Starbuck apenas pudo mantener un equilibrio precario en la silla. Notó el olor a tabaco rancio del aliento de Truslow, y vio las migajas de comida prendidas de los rizos de su barba de alambre. Los ojos enloquecidos traspasaron el rostro de Starbuck.

—¿Ridley estuvo aquí?

—Tengo entendido que le visitó, sí.

Starbuck trataba de mostrarse cortés e incluso digno, pero se acordó de una ocasión en que su padre intentó predicar a unos estibadores inmigrantes medio borrachos que trabajaban en los muelles de la bahía de Boston, y cómo incluso el impresionante reverendo Elial apenas pudo mantener la compostura delante de aquellos brutos maníacos. La buena crianza y la educación, reflexionó Starbuck, son de muy poca ayuda cuando uno ha de enfrentarse a la naturaleza en bruto.

—Dijo que usted no estaba.

Truslow soltó la chaqueta de Starbuck con la misma brusquedad con la que la había agarrado, y al mismo tiempo hizo un ruido gutural, a medias de amenaza y de desconcierto.

—Yo no estaba —dijo, pero en un tono distante, como si intentara asimilar una información nueva e importante—, pero tampoco me ha dicho nadie que él viniera aquí. Vamos, chico.

Starbuck se colocó bien su chaqueta, y al hacerlo removi6 ligeramente su rev6lver Savage en la funda.

—Como le decía, señor Truslow, le he traído una carta del coronel Faulconer...

—¿Ahora es coronel? —rio Truslow. Había empezado a caminar delante de Starbuck, obligando al norteño a seguirle a un claro del bosque bastante amplio en el que se alzaba su casa. En una parcela de cultivo, las hortalizas bien regadas se alineaban en largas hileras, y había también un pequeño huerto con frutales en flor de un blanco luminoso. La casa era una simple cabaña de troncos, de una sola planta, coronada por una robusta chimenea de piedra, de la que ascendía un hilo de humo. La cabaña tenía un aspecto destartalado y la rodeaban pilas desordenadas de leña, carretas rotas, caballetes para serrar y barriles. Un perro manchado, al ver a Starbuck, se puso a ladrar y a tirar con furia de la cadena que lo sujetaba, dispersando a una bandada de gallinas asustadas que picoteaban en el polvo.

—Bájate del caballo, chico —ordenó Truslow a Starbuck.

—No quiero entretenerle, señor Truslow. Aquí tengo la carta del señor Faulconer. Starbuck buscó en el interior de su chaqueta.

—¡He dicho que te bajes del maldito caballo! —Truslow repitió la orden con tal aullido de furia que incluso el perro, que parecía más salvaje que su propio amo, calló de repente y volvió con el rabo entre las piernas a la sombra del porche desvencijado

—. Tengo trabajo para ti, chico —añadió Truslow.

—¿Trabajo?

Starbuck se apeó de la silla preguntándose a qué clase de infierno había ido a parar. Truslow se apoderó de las riendas del caballo y las ató a un poste.

—Estoy esperando a Roper —dijo por toda explicación—, pero mientras llega, tú mismo servirás. Es ahí, chico.

Señaló un pozo profundo abierto más allá de las carretas rotas. Era un pozo de serrar, de unos dos metros y medio de hondo, y atravesado por un tronco de árbol en el que estaba profundamente hundida una sierra de doble mango.

—¡Salta, chico! Tú serás el hombre de abajo —ordenó Truslow.

—¡Señor Truslow! —Starbuck hizo un intento de conjurar aquella locura apelando a la razón.

—¡Salta de una vez, chico!

El tono de voz habría hecho obedecer al mismo diablo, y Starbuck dio un paso involuntario hacia el borde del pozo, pero luego se impuso su tozudez innata.

—No he venido aquí para trabajar.

Truslow sonrió.

—Tienes un arma, chico. Será mejor que te prepares para utilizarla.

—Sólo he venido a traerle esta carta.

Starbuck extrajo el sobre del bolsillo interior.

—Podrías matar un búfalo con esa pistola, chico. ¿Quieres usarla contra mí? ¿O prefieres trabajar para mí?

—Quiero que lea esta carta...

—O trabajas o luchas, chico. —Truslow se acercó un par de pasos a Starbuck—. Me importa un saco de mierda lo que quieres, pero no voy a esperar todo el día a que te decidas por una cosa u otra.

Había un tiempo para luchar, pensó Starbuck, y un tiempo para decidir que iba a ser el hombre de abajo en un pozo para serrar. Saltó, y aterrizó en una mezcla de barro, serrín y virutas.

—Quítate la chaqueta, chico, y dame también esa cochina pistola.

—¡Señor Truslow! —Starbuck hizo un último esfuerzo para mantener siquiera un atisbo de control sobre aquella entrevista—. ¿Querrá usted leer esta carta?

—Escucha, chico, esa carta no es más que palabras, y las palabras aún no han llenado la tripa de nadie. Tu coronel de opereta me está pidiendo un favor, y tendrás que trabajar para merecer una respuesta. ¿Me has entendido? De haber venido el mismísimo Washington Faulconer, también le habría hecho bajar al fondo de este pozo, de modo que deja de gimotear, quítate la chaqueta, agarra el mango y trabaja.

De modo que Starbuck dejó de gimotear, agarró el mango de la sierra y trabajó.

* * *

A Starbuck le pareció estar hundido en el fango debajo de un demonio maldiciente y vengativo. La gran sierra, al morder el tronco, arrojaba continuamente sobre él una ducha de polvo y virutas que se metían en sus ojos e inundaban su boca y sus narices, pero cada vez que apartaba una mano del mango de la sierra para limpiarse la cara, Truslow lanzaba un reniego.

—¿Qué te pasa, chico? ¿Me estás vacilando? ¡Trabaja!

El tronco de pino atravesado sobre el pozo debía de ser, a juzgar por su tamaño, más viejo que la República. Truslow informó refunfuñando a Starbuck de que tenía intención de cortarlo en planchas destinadas al suelo nuevo que estaban instalando en los grandes almacenes de Hankey's Ford, y no pensaba retrasarse en la entrega.

—Con éste y dos troncos más será suficiente —anunció Truslow, antes incluso de que llegaran a la mitad del primer corte, en cuyo momento a Starbuck le dolían los músculos y las manos como si les hubieran prendido fuego.

—¡Tira, chico, tira! —gritó Truslow—. ¡No puedo cortar recto si tú estás pensando en las musarañas!

La hoja de la sierra tenía tres metros de largo y se suponía que debía ser impulsada por igual por el hombre de arriba y el de abajo, pero era Thomas Truslow, plantado encima del tronco con sus botas de clavos, quien hacía la mayor parte del trabajo. Starbuck intentaba ayudar. Comprendió que su papel consistía en tirar fuerte hacia abajo, porque ése era el movimiento con mayor poder de corte, y si intentaba empujar demasiado hacia arriba corría el peligro de mellar la sierra, de modo que era preferible dejar que fuera Truslow quien tirara de la gran hoja de acero en esa dirección; pero aunque el movimiento de ascenso daba a Starbuck un instante de alivio agradecido, de inmediato daba paso al decisivo y brutal tirón hacia abajo. Starbuck estaba ya empapado de sudor.

Pudo haber parado. Pudo negarse a trabajar un solo instante más, y soltar el gran mango de madera para gritar a aquel loco que, aunque de forma inexplicable, el coronel Faulconer le ofrecía una prima de cincuenta dólares por enrolarse como soldado, pero se dio cuenta de que Truslow le estaba poniendo a prueba, y de pronto se sintió molesto por esa actitud típicamente sureña que daba por supuesto que él era un debilucho de Nueva Inglaterra, demasiado educado para resultar fiable en un trabajo para hombres de verdad. Había sido engañado por Dominique, condenado como beato por Ethan Ridley, y ahora se veía ridiculizado por aquel bandido mugriento que apestaba a tabaco, barbudo y andrajoso, y la rabia de Starbuck le hizo tirar hacia abajo de la sierra una y otra y otra vez, de modo que la gran hoja metálica cantaba al cortar el corazón del tronco como la campana de una iglesia.

—¡Ahora lo has cogido! —gruñó Truslow.

—Y maldito, maldito, maldito seas —decía Starbuck entre dientes, jadeante. Se sintió enormemente osado al perjurar de esa manera, aunque fuera entre dientes, porque aunque el diablo situado encima de él no podía oír sus insultos, su ángel de la guarda sí podía hacerlo desde el cielo, y Starbuck era consciente de estar añadiendo otro pecado a la enorme lista de los que figuraban ya a su cargo. Y perjurar era uno de los pecados más graves, casi tan malo como robar. A Starbuck le habían enseñado a odiar la blasfemia y a despreciar a los maldicientes, e incluso las semanas de profanidad transcurridas junto a la deslenguada compañía teatral del mayor Trabell no habían acallado su mala conciencia en relación con los juramentos; pero de alguna forma necesitaba desafiar a Dios tanto como a Truslow en aquel momento, y por eso siguió escupiendo el insulto para darse ánimos.

—¡Para! —gritó de pronto Truslow, y Starbuck temió por un instante que hubiera oído los insultos que murmuraba, pero el alto sólo se debía a la necesidad de ajustar la posición del tronco. La sierra había cortado hasta llegar a escasos centímetros del borde del pozo, de modo que ahora había que desplazar el tronco.

—¡Sujeta ahí, chico! —Truslow señaló una rama gruesa que acababa en una horcajadura—. Agarra fuerte el extremo, y álzalo cuando yo te diga.

Starbuck lo levantó, y el enorme tronco se movió penosamente pulgada a pulgada hasta su nueva posición. Luego hubo un respiro mientras Truslow clavaba cuñas con un mazo en el corte de la sierra.

—¿Y qué es lo que me ofrece Faulconer? —preguntó Truslow.

—Cincuenta dólares. —Starbuck habló desde el fondo del pozo y se preguntó cómo habría adivinado Truslow que le ofrecían algo más que al resto de los mortales—. ¿Quiere que le lea yo la carta?

—¿Estás sugiriendo que no sé leer, chico?

—Pues deje al menos que le dé la carta.

—Cincuenta, ¿eh? Cree que puede comprarme, ¿verdad? Faulconer piensa que puede comprar lo que se le antoje, ya sea un caballo, un hombre o una puta. Pero al final se cansa de todo lo que compra, y tú y yo no seremos diferentes.

—A mí no me ha comprado —dijo Starbuck, y su mentira fue recibida con un silencio burlón por Truslow—. El coronel Faulconer es un buen hombre —insistió Starbuck.

—¿Sabes por qué razón liberó a sus negros? —preguntó Truslow.

Pecker Bird le había dicho que el motivo de la manumisión fue enfurecer a la esposa de Faulconer, pero Starbuck no había dado crédito a esa historia, y no tenía intención alguna de repetirla.

—Porque era lo correcto —dijo, desafiante.

—Pudo haber sido por eso —admitió Truslow—, pero lo hizo por otra mujer.

Roper te lo contará. Ella era un pimpollito de iglesia de Filadelfia que vino a decirnos a los del Sur cómo debíamos organizar nuestras vidas, y Faulconer se dejó engatusar por ella. Lo convenció de que tenía que liberar a sus negros antes de acostarse con ella, y él cumplió su parte del trato, pero ella no. —Truslow soltó una gran carcajada, como mofándose de esa prueba de tontería supina—. Ella se rio de él delante de toda Virginia, y por eso se ha puesto a montar su Legión, para restablecer su orgullo. Se imagina como un héroe de guerra virginiano... Ahora sujeta, chico.

Starbuck sintió que tenía que defender a su héroe.

—¡Es un buen hombre!

—Puede permitirse ser bueno. Es más rico que listo... sujeta ahora, chico. ¿O te asusta trabajar duro, es eso? Te digo una cosa, chico, el trabajo tiene que ser duro. No hay pan que sepa bien si se gana con facilidad. De modo que sujeta. Roper llegará enseguida. Me dio su palabra, y Roper no falta a su palabra. Pero has de seguir con esto hasta que llegue.

Starbuck sujetó, tensó, empujó, y recommenzó de nuevo el mismo ritmo infernal. No se atrevió a pensar en las ampollas que se estaban formando en sus manos, ni en los músculos de la espalda, los brazos y las piernas, que le ardían. Se concentró sólo, ciegamente, en tirar hacia abajo de la sierra, romper con los dientes de acero la madera amarilla y cerrar los ojos ante la lluvia continua de serrín. En Boston, pensó, tenían grandes sierras circulares movidas a vapor que podían partir una docena de troncos y convertirlos en planchas en el mismo tiempo que costaba un solo corte con aquella sierra de mango, de modo que ¿por qué, en nombre de Dios, todavía había hombres que seguían utilizando los pozos de serrar?

Hicieron una nueva pausa mientras Truslow clavaba más cuñas en el tronco cortado.

—¿Y para qué se hace esta guerra, chico?

—Por los derechos de los Estados —fue todo lo que pudo contestar Starbuck.

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—Quiere decir, señor Truslow, que en América no hay consenso sobre cómo debe ser gobernada América.

—Podrías llenar un tonel con todas esas palabras, chico, y ni siquiera tendríamos un dedal de sustancia. Creía que ya teníamos una Constitución que nos decía cómo gobernarnos a nosotros mismos.

—La Constitución nos ha fallado, señor Truslow.

—¿Quieres decir que no vamos a luchar para quedarnos con nuestros negros?

—Oh, Dios bendito —suspiró Starbuck. En una ocasión había prometido solemnemente a su padre que jamás permitiría que se pronunciara esa palabra en su presencia, pero desde que conoció a Dominique Demarest había ignorado su promesa. Starbuck sintió que toda su rectitud, todo su honor, se le escurrían como

arena entre los dedos.

—Bueno, chico, ¿vamos a luchar por nuestros negros, o no?

Starbuck se recostó exhausto en la pared de tierra del pozo. Se obligó a sí mismo a responder.

—Una facción del Norte desea con ardor la abolición de la esclavitud, sí. Otros sólo desean impedir que se extienda hacia el oeste, pero lo único que pretende la mayoría es que los Estados esclavistas no dirijan la política del resto de América.

—¿Qué les importan los negros a los yanquis? Ellos no tienen.

—Es una cuestión de moralidad, señor Truslow —dijo Starbuck, mientras intentaba enjugar el sudor mezclado con serrín de sus ojos con una manga cubierta también de serrín.

—¿Dice la Constitución algo que valga una cagada de castor sobre moralidad? —preguntó Truslow con aire de hablar en serio.

—No, señor. No, señor, no lo dice.

—Siempre que un hombre me habla de moral, acabo por comprobar que no sabe de lo que está hablando. A menos que sea un predicador. De modo que ¿qué piensas que tendríamos que hacer con los negros, chico? —preguntó Truslow.

—Pienso, señor... —Starbuck pensaba más que en ninguna otra cosa que desearía estar en cualquier otra parte antes que en aquel pozo de barro y serrín, contestando las preguntas de aquel blasfemo—, pienso, señor... —repitió mientras buscaba con desesperación algún argumento que tuviera sentido— que todos los hombres, de cualquier color, tienen los mismos derechos ante Dios y ante los hombres, y merecen la misma proporción de dignidad y de felicidad.

Starbuck se dio cuenta de que estaba hablando como su hermano mayor, James, que podía hacer que cualquier frase en sus labios sonara pomposa y carente de vida. Su hermano habría hablado sobre los derechos de las personas de color con una voz apta para suscitar ecos en los coros angélicos, pero a Starbuck le faltaba la energía necesaria para ese género de desafío.

—En resumen, ¿a ti te gustan los negros?

—Creo que son criaturas de Dios como nosotros, señor Truslow.

—Los puercos también son criaturas de Dios, pero no por eso dejo de matarlos cuando llega la época de las bayas. ¿Apruebas la esclavitud, chico?

—No, señor Truslow.

—¿Por qué no, chico?

La voz rasposa y burlona le llegaba de lo alto, del cielo luminoso. Starbuck intentó recordar los argumentos de su padre, no sólo el fácil de que ningún hombre tiene derecho de propiedad sobre otro, sino los más complejos, como que la esclavitud esclaviza al propietario tanto como a la víctima, y lo degrada, y niega la dignidad divina de hombres que son la imagen en ébano de Dios; o que la economía

esclavista se empobrece al obligar a los artesanos blancos a emigrar hacia el norte y el oeste. Pero ninguna de esas respuestas complejas y convincentes le pareció adecuada para la ocasión, y se limitó a una simple condena:

—Porque está mal.

—Hablas como una mujer, chico —rio Truslow—. Así que Faulconer cree que yo debería luchar por sus amigos esclavistas, cuando en estas montañas nadie puede permitirse alimentar y dar de beber a un negro. Dime, ¿por qué he de luchar yo para ellos que sí que pueden hacerlo?

—No lo sé, señor, de verdad que no lo sé. —Starbuck estaba demasiado cansado para discutir.

—Entonces se supone que he de luchar por cincuenta pavos, ¿no es eso? —La voz de Truslow era mordaz—. Sujeta fuerte, chico.

—Oh, Dios.

Las ampollas de las manos de Starbuck se habían reventado dejando tiras de piel desgarrada y de carne viva que rezumaba sangre, pero no le quedó más opción que aferrar el mango de la sierra y tirar hacia abajo. El dolor del primer tirón le hizo gemir en voz alta, pero aquel sonido lo avergonzó y le ayudó a soportar la agonía, mientras los dientes de acero mordían con rabia la madera.

—¡Eso es, chico! ¡Vas aprendiendo!

Starbuck se sintió morir, como si todo su cuerpo se hubiera convertido en un tallo dolorido que se agachaba y empujaba, se agachaba y empujaba, y perdida la vergüenza dejó descansar el peso de su cuerpo contra el mango de la sierra después de cada tirón hacia abajo, de forma que Truslow captara su cansancio y le concediera un respiro de unos instantes antes de empujar de nuevo hacia abajo la sierra. El mango estaba empapado de sangre, el aliento le quemaba en la garganta, las piernas apenas le sostenían, y sin embargo el acero dentado seguía mordiendo arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo sin compasión.

—¿No estarás cansado ya, chico?

—No.

—Apenas hemos empezado. Ve a ver la iglesia del pastor Mitchell en Nellysford, chico, y allí verás el suelo de pino que mi papi y yo serramos en un solo día. ¡Tira, chico, tira!

Starbuck nunca había trabajado de ese modo. A veces, en invierno, había ido a la casa de su tío Matthew en Lowell a serrar hielo del lago helado para llenar de hielo la casa de la familia, pero esas excursiones habían sido una ocasión para divertirse, hacer batallas de nieve o patinar por las orillas del lago bajo los carámbanos que colgaban de las ramas de los árboles. Esta forma de serrar la madera era implacable, cruel, despiadada, pero no quería darse por vencido porque era consciente de que todo su ser, su futuro, su carácter, su alma misma estaban siendo pesados en la furiosa

balanza del desprecio de Thomas Truslow.

—Sujeta ahí, chico, es el momento para otra cuña.

Starbuck soltó el mango de la sierra, se tambaleó, tropezó y medio se cayó contra la pared del pozo. Las manos le dolían demasiado para doblarlas. Le faltaba el aliento. Se dio cuenta a medias de que había otro hombre de pie junto al pozo y de que había estado charlando con Truslow a lo largo de los últimos penosos minutos, pero no quiso mirar arriba ni ver a quien estaba siendo testigo de su humillación.

—¿Has visto alguna vez algo parecido, Roper? —sonó la voz de Truslow, burlona.

Starbuck siguió sin alzar la vista.

—Éste es Roper, chico —dijo Truslow—. Salúdale.

—Buenos días, señor Roper —consiguió decir Starbuck.

—¡Te ha llamado señor! —Truslow lo encontró divertido—. Dice que vosotros los negros sois criaturas de Dios, Roper. Dice que tenéis los mismos derechos que él mismo ante Dios. ¿Crees que es así como lo ve Dios, Roper?

Roper examinó al agotado Starbuck unos instantes, antes de contestar.

—Creo que Dios me acogerá en su seno mucho antes de que él haya acabado de serrar ese tronco —dijo por fin, y Starbuck levantó por fin de mala gana la vista y vio que Roper era un hombre negro y alto que parecía de lo más divertido con la declaración de derechos de Starbuck—. No parece servir para gran cosa, ¿verdad? —añadió Roper.

—No es mal trabajador —dijo Truslow, saliendo de forma asombrosa en defensa de Starbuck; y éste, al oírlo, se sintió como si nunca en la vida hubiese recibido un cumplido la mitad de valioso. Truslow, una vez pronunciado el elogio, saltó al fondo del pozo—. Ahora te enseñaré cómo se hace, chico.

Truslow aferró el mango lleno de sangre de la sierra, hizo una seña a Roper y de pronto la gran hoja de acero empezó a subir y bajar velozmente al imprimirle los dos hombres un ritmo ya muy practicado.

—¡Así es como se hace! —gritó Truslow por encima del chirrido de la sierra al embobado Starbuck—. ¡Deja que sea el acero el que trabaje! No te pelees con él, deja que se deslice por la madera. Roper y yo podemos cortar la mitad de los bosques de América sin perder el resuello.

Truslow utilizaba sólo una mano y se había colocado a un lado del tronco, de modo que la lluvia de polvo y virutas no le caía en la cara.

—¿Y qué es lo que te ha traído aquí, chico?

—Ya se lo he dicho, una carta de...

—Quiero decir, ¿qué hace un yanqui en Virginia? Tú eres un yanqui, ¿verdad?

Starbuck se acordó del comentario de Washington Faulconer de que ese hombre odiaba a los yanquis, pero decidió desafiarlo.

—Y estoy orgulloso de serlo.

Truslow escupió jugo de tabaco hacia un rincón del pozo.

—¿Y qué has venido a hacer aquí?

Starbuck decidió que no era el momento de hablar de *Mademoiselle Demarest* ni de la compañía del *Tío Tom*, y ofreció una versión abreviada y menos patética de su historia:

—He roto con mi familia, y el señor Faulconer me ha acogido en su casa.

—¿Por qué él?

—Soy buen amigo de Adam Faulconer.

—¿De verdad? —Truslow pareció aprobar aquello—. ¿Y dónde está Adam ahora?

—Lo último que hemos sabido de él es que estaba en Chicago.

—¿Qué hacía allí?

—Trabaja con la Comisión para la Paz Cristiana. Se reúnen para rezar y para intentar llegar a acuerdos.

Truslow se echó a reír.

—Ni los acuerdos ni los rezos servirán de nada, porque América no quiere la paz, chico. Vosotros los yanquis queréis decirnos cómo hemos de vivir nuestras vidas, igual que hicieron los ingleses el siglo pasado, y nosotros no estamos dispuestos a escuchar, ni ahora ni entonces. Y tampoco es asunto vuestro. El dueño de la casa usa siempre la mejor escoba, chico. Te voy a decir lo que quiere el Norte. —Mientras hablaba, Truslow seguía empujando la sierra arriba y abajo con el mismo ritmo incansable—. El Norte quiere darnos más gobierno, eso quiere. Son esos prusianos, les tengo calados. Se empeñan en explicar a los yanquis cómo se puede mejorar el gobierno, y vosotros los yanquis sois tan tontos como para escucharles, pero te digo que ahora ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—No puedes recomponer un huevo roto, chico. América se ha partido en dos, y el Norte va a venderse a los prusianos, mientras que nosotros seguiremos haciendo lo que nos dé la gana, igual que ahora.

Starbuck estaba demasiado cansado para profundizar en las extraordinarias teorías de Truslow sobre Prusia.

—¿Y la guerra?

—Tenemos que ganarla. Echar a los yanquis. Yo no les digo a ellos cómo deben vivir, de modo que tampoco quiero que ellos intenten siquiera decírmelo a mí.

—Entonces, ¿luchará? —preguntó Starbuck, que empezó a abrigar una débil esperanza de que su misión tuviera éxito.

—Pues claro que lucharé. Pero no por cincuenta dólares.

Truslow se tomó un descanso mientras Roper clavaba una cuña en el nuevo corte.

Starbuck, que poco a poco iba recuperando el aliento, frunció el ceño.

—No estoy autorizado para subir la oferta, señor Truslow.

—No quiero más dinero. Lucharé porque quiero luchar, y si no quisiera luchar no me comprarían con cincuenta veces cincuenta dólares, pero Faulconer nunca entenderá eso. —Truslow se detuvo un instante para lanzar un nuevo salivazo viscoso de jugo de tabaco al rincón del pozo—. Su padre sí, su padre sabía que un mastín bien cebado no caza, pero ¿Washington? Es un tiquismiquis y está acostumbrado a pagar por todo lo que quiere, pero yo no estoy en venta. Lucharé para que América siga siendo como es, chico, porque tal como es ahora es el mejor condenado país de todo el condenado mundo, y si eso significa matar a un montón de nortños de mierda de pollo, pues adelante. ¿Estás listo, Roper?

La sierra volvió a chirriar, y Starbuck se preguntó por qué Washington Faulconer estaba dispuesto a pagar tanto dinero para alistar a Truslow. ¿Era sólo porque aquel hombre podía traer consigo a otros hombres duros de las montañas? Si ése era el caso, pensó Starbuck, sería dinero bien empleado, porque un regimiento de diablos muertos de hambre como Truslow sin duda sería invencible.

—Y tú, ¿para qué estás estudiando, chico? —Truslow siguió serrando mientras preguntaba.

Starbuck tuvo la tentación de mentir, pero no tenía ni energía ni ganas de inventar una historia falsa.

—Para predicador —dijo en tono cansado.

La sierra se detuvo bruscamente, y Roper empezó a protestar de que le había roto el ritmo. Truslow ignoró la protesta.

—¿Tú eres un predicador?

—Estaba estudiando para ser ministro de la Iglesia. —Starbuck utilizó ahora una definición más precisa.

—¿Un hombre de Dios?

—Supongo que sí... Sí, exactamente.

Salvo que ahora sabía que no era digno, y la conciencia de su degradación le amargaba.

Truslow miraba incrédulo a Starbuck y de pronto, en un gesto asombroso, se limpió las manos en la ropa mugrienta como si intentara adecentarse en honor de su visitante.

—Tengo trabajo para ti —anunció, decidido.

Starbuck echó una ojeada a la odiosa sierra dentada.

—Pero...

—Trabajo de predicador —dijo Truslow, en tono seco—. ¡Roper! La escalera.

Roper dejó caer al fondo del pozo una tosca escalera y Starbuck, vacilante por el dolor de sus manos, subió tanteando con cautela los travesaños sin pulir.

—¿Has traído tu libro? —preguntó Truslow mientras subía la escalera detrás de Starbuck.

—¿Qué libro?

—Todos los predicadores tienen libros. No importa, hay uno en casa. ¡Roper! ¿Puedes acercarte a caballo a casa de Decker? Di a Sally y a Robert que vengan enseguida. Coge el caballo de este hombre. ¿Cómo se llama usted, señor?

—Starbuck. Nathaniel Starbuck.

Era evidente que aquel nombre no significaba nada para Truslow.

—Llévate la yegua del señor Starbuck —gritó a Roper—, ¡y dile a Sally que no admito un «no» por respuesta! —Todas esas instrucciones fueron voceadas por Truslow por encima del hombro, mientras corría hacia su cabaña de troncos. El perro se apresuró a hacerse a un lado cuando pasó su amo, y luego clavó una mirada malévolamente en Starbuck, sin dejar de gruñir en tono bajo.

—¿No le importa que me lleve el caballo? —preguntó Roper—. No se preocupe. Lo conozco. Yo solía trabajar para el señor Faulconer. Conozco a esta yegua, se llama *Pocahontas*, ¿verdad?

Starbuck agitó débilmente una mano para indicar que estaba de acuerdo.

—¿Quién es Sally?

—La hija de Truslow. —Roper soltó una risita mientras desataba las riendas de la yegua y ajustaba la silla—. Es una salvaje, pero ya sabe lo que dicen de las mujeres. Son el anzuelo del diablo, y la joven Sally hará que se condenen unas cuantas almas antes de abandonar este mundo. Ahora no vive aquí. Cuando su madre agonizaba, se largó a la casa de la señora Decker, que no puede soportar a Truslow. —Roper parecía divertirse con los enredos de los humanos. Montó de un salto en la silla de *Pocahontas*—, ¡Me voy, señor Truslow! —gritó en dirección a la cabaña.

—¡Vete, Roper! ¡Aún estás aquí! —Truslow salió de la casa cargado con una enorme Biblia que había perdido la tapa de atrás y el lomo—. Tenga esto, señor.

Pasó la Biblia desvencijada a Starbuck, se agachó delante de un cubo de agua y se echó con las manos agua de lluvia por la cabeza. Luego procuró alisarse el pelo sucio y enredado para darle cierta apariencia de orden, y se encasquetó el sombrero grasiento antes de hacer una seña a Starbuck.

—Vamos, señor.

Starbuck siguió a Truslow a través del claro. Zumbaban las moscas en el aire caluroso de la tarde. El joven Nathaniel, con la Biblia reposando contra su antebrazo para no castigar más sus manos despellejadas, intentó explicar el malentendido a Thomas Truslow.

—No he sido aún ordenado ministro, señor Truslow.

—¿Qué quiere decir «ordenar»? —Truslow se había detenido en el borde del claro y se estaba desabrochando sus mugrientos pantalones. Miró a Starbuck,

evidentemente a la espera de su respuesta, y empezó a orinar—. Mantiene a los ciervos fuera de los sembrados —explicó—. Y bien, ¿qué quiere decir «ordenar»?

—Quiere decir que no he sido llamado por una congregación para ser su pastor.

—Pero ¿te has estudiado el libro?

—Sí, la mayor parte.

—¿Y podrías ser ordenado?

Starbuck se sintió de inmediato asaltado por el sentimiento de culpa en relación con *Mademoiselle Demarest*.

—Ya no estoy seguro de querer serlo.

—¿Pero podrías? —insistió Truslow.

—Supongo que sí.

—Entonces eres lo bastante bueno para mí. Vamos.

Se abotonó los pantalones y señaló a Starbuck el lugar bajo los árboles donde, en un cuadrado de hierba bien cuidado y vallado, al pie de un árbol reluciente de capullos rojos, había una sencilla tumba. La lápida era una gruesa pieza de madera clavada en la tierra, y en ella había grabada una sola palabra, «Emly». La tumba no parecía antigua, porque en el pequeño túmulo de tierra apenas empezaba a crecer la hierba.

—Era mi mujer —dijo Truslow en un tono de voz sorprendentemente suave, casi tímido.

—Lo siento.

—Murió el día de Navidad.

Truslow parpadeó, y de pronto Starbuck sintió la oleada de pena que emanaba aquel hombre pequeño e imperioso, una oleada tan poderosa y abrumadora como la violencia habitual en Truslow. Éste parecía incapaz de hablar, como si no hubiera palabras para expresar lo que sentía.

—Emily fue una buena esposa —dijo por fin—, y yo fui un buen marido para ella. Ella me hizo bueno. Una buena mujer puede hacerlo con un hombre. Puede conseguir que sea un hombre bueno.

—¿Enfermó? —preguntó Starbuck, incómodo.

Truslow asintió. Se había quitado el sombrero grasiento, y ahora lo sostenía torpemente entre sus fuertes manos.

—Congestión cerebral. No fue una muerte fácil.

—Lo siento —dijo Starbuck incómodo.

—Había un hombre que podía haberla salvado. Un yanqui. —Truslow pronunció la última palabra con un odio concentrado que hizo estremecerse a Starbuck—. Era un doctor de moda, del Norte. Estaba visitando a unos parientes en el valle, el pasado día de Acción de Gracias. —Meneó la cabeza en dirección hacia el oeste para indicar el valle de Shenandoah, más allá de la cadena de montañas—. El doctor Danson me

habló de él, dijo que era capaz de hacer milagros, de modo que fui a verle y le supliqué que subiera a ver a mi Emily. Ella no podía moverse, ya ves. Llegué incluso a ponerme de rodillas. —Truslow calló, al recordar la humillación, y luego sacudió la cabeza—. El hombre se negó a venir. Dijo que no podía hacer nada, pero la verdad es que no quiso despegar del sillón su culo gordo y montar a caballo en medio de la lluvia. Me echaron de su casa.

Starbuck no sabía de nadie que hubiera superado una congestión cerebral, y supuso que el doctor yanqui era muy consciente de que cualquier cosa que intentara sería una pérdida de tiempo, pero ¿cómo iba alguien a convencer a un hombre como Thomas Truslow de esa verdad?

—Murió el día de Navidad —siguió diciendo Truslow en voz baja—. La nieve lo cubría todo aquel día, como una alfombra. Estábamos solos ella y yo, la chica se había escapado, maldita sea su piel.

—¿Sally?

—Diablos, sí. —Truslow estaba ahora rígido y con las manos torpemente cruzadas sobre el pecho, casi como si imitara la posición de su querida Emily en la muerte—. Emily y yo no estábamos casados como es debido —confesó a Starbuck—. Se fugó conmigo el año antes de que me alistara como soldado. Yo tenía sólo dieciséis años y ella no era ni un día mayor que yo, pero ya estaba casada. Hicimos mal, y los dos lo sabíamos, pero fue como si no pudiéramos refrenarnos. —Había lágrimas en sus ojos, y a Starbuck le gustó saber que aquel hombre tosco y aparentemente indómito se había comportado en una ocasión de forma tan loca y estúpida como el propio Starbuck—. Yo la amaba —continuó Truslow—, y ésa es la verdad de todo el asunto, por más que el pastor Mitchell no quisiera casarnos porque éramos pecadores.

—Sé de cierto que él nunca debió juzgarles de esa mane: a —dijo Starbuck con voz grave.

—Me temo que sí. Era su deber juzgarnos. ¿Qué otra cosa ha de hacer un predicador, si no es enseñarnos a comportarnos? No me quejo, pero Dios nos castigó, señor Starbuck. Tuvimos muchos hijos, pero sólo una sobrevivió; nos rompió el corazón, y ahora Emily está muerta y yo me he quedado solo. De Dios no se burla nadie, señor Starbuck.

De pronto, inesperadamente, Starbuck sintió una inmensa corriente de simpatía hacia aquel hombre torpe, duro, de carácter difícil, plantado delante de la tumba que hubo de cavar él mismo. O tal vez le ayudó Roper, o uno de los otros fugitivos que vivían en ese valle fuera del alcance de los magistrados y de los recaudadores de impuestos que infestaban las llanuras. En Navidad además, en pleno invierno; Starbuck los imaginó llevando el cuerpo inerte a través de la nieve y sepultándolo en la tierra helada.

—No estábamos casados como es debido, y ella tampoco fue enterrada como es debido, con un hombre de Dios que la visitara en su casa, y eso es lo que quiero que haga por ella. Diga las palabras adecuadas, señor Starbuck. Dígalas por Emily, porque si dice las palabras justas, entonces Dios la tendrá a su lado.

—Estoy seguro de que Él lo hará.

Starbuck se sentía del todo indigno en aquella situación.

—Pues dígalas.

No había violencia ahora en Truslow, sólo una terrible vulnerabilidad.

Se hizo el silencio en el pequeño claro. Las sombras del atardecer se alargaban. Oh, Dios querido, pensó Starbuck, pero si no soy digno, no lo soy ni de lejos. Dios no me escuchará a mí, a un pecador, pero ¿no somos todos pecadores? Y lo cierto, seguramente, era que Dios había oído ya las plegarias de Thomas Truslow, porque la angustia de Truslow era más elocuente que cualquier letanía recitada por Starbuck con todos sus estudios. Pero Thomas Truslow necesitaba el consuelo del ritual, de las viejas palabras expresadas con amor, y Starbuck sujetó con fuerza el libro, cerró los ojos y alzó el rostro hacia las ramas en flor ensombrecidas por el crepúsculo; pero se sintió de pronto como un loco y un impostor, y las palabras no quisieron fluir. Abrió la boca, pero no pudo hablar.

—Está bien —dijo Truslow—, tómese su tiempo.

Starbuck intentó pensar en un pasaje de la Escritura que le diera pie. Tenía la garganta seca. Abrió los ojos y un versículo acudió a su mente.

—El hombre nacido de mujer —oyó su voz rasposa e incierta, de modo que volvió a empezar—: El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos.

—Amén —dijo Thomas Truslow—, amén a eso.

—Como la flor, brota...

—Lo era, lo era, Dios sea loado, lo era.

—Y se marchita.

—El Señor se la llevó, el Señor se la llevó.

Truslow cerró los ojos y se balanceó a un lado y otro en un esfuerzo por concentrar toda su intensidad.

—Y huye como la sombra, sin detenerse.

—Dios nos ayude a los pecadores —dijo Truslow—. Dios nos ayude.

Starbuck se quedó de pronto en blanco. Había citado los dos primeros versículos del capítulo catorce del Libro de Job, y sólo se acordaba del cuarto versículo, que preguntaba quién podría sacar lo puro de lo impuro. Y la tajante respuesta: nadie. ¿No había sido impuro el hogar nunca bendecido de Truslow?

—Rece, señor, rece —le rogó Truslow.

—Oh, Señor Dios. —Starbuck entornó los ojos frente a la luz postrera del día moribundo—, recuerda a Emily, que fue tu servidora, que fue diligente, y a la que

arrebataste de este mundo para conducirla a una gloria más grande.

—¡Así fue, así fue! —afirmó Truslow, casi entre gemidos.

—Recuerda a Emily Truslow... —siguió diciendo Starbuck, inseguro.

—Mallory —le interrumpió Truslow—, ése era su nombre auténtico, Emily Marjory Mallory. ¿Y no deberíamos arrodillarnos?

Se quitó el sombrero y se dejó caer de rodillas sobre el césped mullido.

Starbuck también se puso de rodillas.

—Oh, Señor —empezó de nuevo, y por un momento se quedó sin saber cómo continuar, pero entonces las palabras empezaron a fluir, de ninguna parte al parecer. Se sintió henchido de la pena de Truslow, y a su vez intentó trasladar esa pena al Señor. Truslow murmuraba mientras escuchaba la plegaria, y Starbuck alzaba la mirada hacia las hojas verdes como si pudiera proyectar sus palabras, provistas de unas fuertes alas, más arriba de los árboles, hacia el cielo que oscurecía, más allá de las primeras pálidas estrellas, hasta donde reinaba Dios en toda su terrible majestad. Fue una buena oración, Starbuck sintió su poder y se preguntó por qué no era capaz de rezar por sí mismo como lo hacía por aquella mujer desconocida.

—Oh, Dios —concluyó, y había lágrimas en su rostro al pronunciar las últimas palabras de su oración—, oh, Dios, escucha nuestra plegaria, escúchanos, escúchanos.

Y de nuevo se hizo el silencio, salvo por el viento entre las hojas y el aleteo de los pájaros, al que se sumó el ladrido de un perro solitario en algún lugar del valle. Starbuck abrió los ojos y vio que la cara sucia de Truslow estaba surcada de lágrimas, pero el hombrecillo parecía extrañamente feliz. Se inclinó y hundió sus cortos y fuertes dedos en la tierra suelta del túmulo como si, al tener en su mano la tierra que cubría el cadáver de Emily, pudiera comunicarse con ella.

—Me voy a la guerra, Emily —dijo, sin la menor incomodidad por el hecho de hablar a su mujer muerta en presencia de Starbuck—. Faulconer es un boceras y no es por él por quien voy; pero tenemos parientes en sus filas, y voy por ellos. Tu hermano se ha alistado en esa llamada Legión, y el primo Tom también está allí, y tú querrías que cuidara de ellos, muchacha, de modo que voy a hacerlo. No te preocupes por Sally, estará perfectamente. Ahora tiene un hombre que cuidará de ella, y tú podrás esperarme, querida, y yo iré contigo cuando Dios lo disponga. Éste es el señor Starbuck, que ha rezado por ti. Lo ha hecho bien, ¿verdad? —Truslow lloraba; sacó los dedos de la tierra donde los había enterrado y se limpió en los pantalones antes de enjugarse las mejillas—. Reza usted bien —dijo a Starbuck.

—Estoy convencido de que sus plegarias habrían sido escuchadas sin mí —dijo Starbuck, modesto.

—Un hombre nunca puede estar seguro del todo, ¿no es así? Y Dios va a quedarse sordo muy pronto de tantos rezos. Habrá guerra, y me alegra que hayamos

podido hacer oír nuestra voz antes de que empiecen las batallas y sus oídos se taponen con tantas súplicas. Emily habría disfrutado con su oración. Siempre le gustaba una buena oración. Ahora quiero que rece por Sally.

Oh, Dios, pensó Starbuck, ¡eso ya era ir demasiado lejos!

—¿Quiere usted que haga qué, señor Truslow?

—Rezar por Sally. Ha sido una decepción para nosotros. —Truslow se puso de pie y se encasquetó el sombrero de ala ancha sobre los cabellos. Con la vista clavada en la tumba, siguió con su historia:

—No es como su madre, ni como yo. No sé qué mal viento nos la trajo, pero el caso es que vino, y prometí a Emily que cuidaría de ella, y voy a hacerlo. Apenas tiene quince años ahora y ya está preñada, ya ve.

—Oh.

Starbuck no supo qué otra cosa decir. ¡Quince años! La misma edad de su hermana menor, Martha, y Starbuck aún pensaba en Martha como si fuera una niña. A los quince años, pensó Starbuck, él todavía no sabía de dónde venían los niños, y creía que los traían las autoridades después de una ceremonia secreta en la que participaban las mujeres, la Iglesia y los doctores.

—Ella dice que el niño es del joven Decker, y puede que sea así. También puede que no. Usted me ha dicho que Ridley estuvo aquí la semana pasada. Eso me preocupa. Ha estado husmeando alrededor de Sally como si ella estuviera en celo y él fuera un perro. Yo bajé al valle la semana pasada por negocios, de modo que ¿quién sabe dónde estuvo ella?

El primer impulso de Starbuck fue aclarar que Ridley estaba prometido a Anna Faulconer, de modo que no podía ser el responsable del embarazo de Sally Truslow, pero de inmediato se le ocurrió que un argumento tan ingenuo sería acogido con alguna burla rabiosa, de modo que, como no supo qué otra cosa decir, prefirió no decir nada.

—No es como su madre —siguió diciendo Truslow, más para sí mismo que para Starbuck—. Hay algo salvaje en ella, ¿sabe? Puede que le venga de mí, no de Emily. Pero si ella dice que el niño es de Robert Decker, así será. Además, él la cree y dice que se casará con ella, de modo que también eso será así. —Truslow se agachó y arrancó un hierbajo del túmulo—. Allí es donde está Sally ahora —explicó a Starbuck—, con los Decker. Dijo que no podía soportarme, pero fue el dolor de su madre y su agonía lo que no pudo soportar. Y ahora está preñada, de modo que necesita casarse y tener una casa propia, no vivir de la caridad. Prometí a Emily que cuidaría de Sally, y eso es lo que voy a hacer. Les ofreceré esta casa a Sally y al chico, para que puedan criar aquí a su hijo. Ellos no me quieren a mí. Sally y yo nunca nos hemos entendido, de modo que ella y el joven Decker pueden quedarse en este lugar y vivir juntos como es debido. Y eso es lo que quiero que haga, señor

Starbuck. Quiero que les case como es debido para que vivan con Dios. Ahora vienen hacia aquí.

—¡Pero yo no puedo casarles! —protestó Starbuck.

—Si ha podido enviar al cielo el alma de mi Emily, puede casar a mi hija con Robert Decker.

Starbuck se preguntó cómo, en el nombre de Dios, podía corregir el enorme desconocimiento de Thomas Truslow, tanto de la teología como de los poderes civiles.

—Si quiere casarse —insistió—, tiene que presentarse primero delante de un magistrado y...

—Dios puede más que un magistrado. —Truslow dio media vuelta y se alejó de la tumba—. Sally será casada por un hombre de Dios, y eso es más importante que ser casada por un picapleitos inútil al que lo único que le importa son sus honorarios.

—¡Pero no he sido ordenado!

—No empiece otra vez con esa excusa. Lo hará por mí. Le he escuchado rezar, señor Starbuck, y si Dios no atiende sus palabras no atenderá las de ningún hombre. Y si mi Sally ha de casarse, quiero que se case como es debido según la ley de Dios. No quiero verla zascandilear otra vez. Sé que ha sido una salvaje, pero es hora de que siente la cabeza. De modo que rece usted por ella.

Starbuck no estaba en absoluto seguro de que una oración fuera capaz de hacer que una muchacha dejara de «zascandilear», pero prefirió no decírselo así a Thomas Truslow.

—¿Por qué no la lleva abajo, al valle? Allí hay ministros de verdad que la casarán.

—Los ministros del valle, señor. —Truslow se había vuelto y golpeaba el pecho de Starbuck con el dedo extendido para dar más énfasis a sus palabras—, fueron demasiado elevados y condenadamente importantes para enterrar a mi Emily, de modo que créame, señor, serán también demasiado elevados y condenadamente importantes para casar a mi hija con su chico. ¿Y ahora va a decirme que también usted es demasiado bueno para gente como nosotros?

El dedo golpeó una última vez el pecho de Starbuck, y se quedó allí.

—Será un privilegio para mí celebrar esa ceremonia para su hija, señor —se apresuró a decir Starbuck.

Sally Truslow y su chico aparecieron justo después de oscurecer. Los trajo Roper, que llevaba a Sally en su caballo. Ella desmontó delante del porche de su padre, donde ardía la vela de una linterna. Mantuvo la cabeza gacha, sin atreverse a mirar a su Truslow a la cara. Iba tocada con un bonete negro y vestía un traje azul. Su cintura era esbelta y no mostraba ninguna señal del embarazo.

La acompañaba un joven de cara redonda e inocente. Iba bien rasurado, pero daba

la impresión de que si no lo hacía, la barba tampoco le crecería. Podía tener dieciséis años, pero a Starbuck le pareció más joven incluso. Robert Decker tenía el cabello áspero de color de arena, unos ojos azules sinceros y una sonrisa fácil que se esforzaba en reprimir, mientras saludaba con cautela a su futuro suegro.

—Señor Truslow —dijo receloso.

—Robert Decker —dijo Truslow—, te presento a Nathaniel Starbuck. Es un hombre de Dios y ha accedido a casaros a ti y a Sally.

Robert Decker se inclinó alegre ante Starbuck, al tiempo que daba vueltas al sombrero redondo que sostenía frente a él con ambas manos.

—Encantado de conocerle, señor.

—¡Mírame, Sally! —gruñó Truslow.

—No estoy segura de querer casarme —protestó ella en tono quejicoso.

—Harás lo que te digan que hagas —gruñó su padre.

—¡Quiero casarme en la iglesia! —insistió la muchacha—. ¡Como Laura Taylor, con un predicador de verdad!

Starbuck apenas oyó lo que decía, ni le importó, porque miraba a Sally Truslow y se preguntaba por qué Dios había dispuesto semejante misterio. ¿Por qué una chica de campo, parida por una adúltera para un hombre duro de roer, resplandecía de tal forma que oscurecía al sol mismo? Porque Sally Truslow era hermosa. Sus ojos eran azules como el cielo sobre el mar de Nantucket, su rostro dulce como la miel, sus labios tan plenos e invitadores como podría desearlos un hombre en sus sueños. El cabello era castaño oscuro, con vetas más claras que relucían a la luz de la linterna.

—Una boda ha de hacerse como es debido —se quejaba ella—, y no saltando por encima del palo de una escoba.

Saltar por encima del palo de una escoba era la forma ceremonial de casarse en las zonas rurales, o el símbolo del matrimonio entre los esclavos.

—¿Tienes intención de criar el niño tú sola, Sally? —preguntó Truslow—. ¿Sin casarte?

—No puedes hacer eso, Sally —dijo Robert Decker con una ansiedad patética—. Necesitas a un hombre que trabaje para ti, que cuide de ti.

—A lo mejor no hay niño —dijo ella en tono petulante.

La mano de Truslow se movió con la velocidad del relámpago y golpeó con fuerza, abierta, la mejilla de su hija. El golpe sonó como el chasquido de una tralla.

—Mata a ese niño —amenazó—, y te arranco el pellejo de tal modo que tus huesos parecerán los listones de una cama. ¿Me oyes?

—No voy a hacer nada. —Lloraba, y se retorció de dolor por el golpe. La cara se le había enrojecido, pero en sus ojos había aún una rebeldía obstinada.

—¿Sabes lo que hago con las vacas que no quieren llevar a sus crías? —le gritó Truslow—. Las mato. ¿Crees que le importará a alguien que sepulte bajo tierra a otra

perra que abortó?

—¡No voy a hacer nada, te digo! ¡Seré una buena chica!

—Lo será, señor Truslow —dijo Robert Decker—. No va a hacer nada.

Roper, impertérrito, seguía colocado detrás de la pareja. Truslow fulminó a Robert Decker con la mirada.

—¿Por qué quieres casarte con ella, Robert?

—La quiero de verdad, señor Truslow. —Se sentía incómodo al admitir aquello, pero sonrió y miró de reojo a Sally—. Y el niño es mío. Lo sé de cierto.

—Voy a hacer que os caséis como es debido. —Truslow había vuelto la mirada hacia su hija—; lo hará el señor Starbuck, que sabe cómo hablar con Dios, y si rompes tu promesa, Sally, Dios te azotará hasta desollarte y dejarte seca de tanto sangrar. De Dios no se burla nadie, niña. Si le ofendes, acabarás como tu madre, muerta antes de que llegue tu hora y pasto para los gusanos.

—Seré una buena chica —protestó Sally, y miró de frente a Starbuck por primera vez, y Starbuck sintió que se le atragantaba la saliva al devolverle la mirada. En una ocasión, cuando Starbuck era aún un niño, su tío Matthew le llevó a Faneuil Hall para presenciar una demostración de la fuerza de la electricidad, y Starbuck juntó las manos con otros hombres en una cadena de espectadores, mientras el conferenciante hacía pasar la corriente a través de sus cuerpos en contacto. Sintió entonces algo parecido a lo que experimentaba ahora, un cosquilleo veloz que durante un instante hizo que el resto del mundo perdiera toda importancia. Luego, al darse cuenta de su excitación, cayó en una especie de desesperación. Aquel sentimiento era pecado. Era obra del demonio. ¿Acaso su alma estaba realmente enferma? Porque sin duda ningún hombre común, decente, entraría en trance delante de cada muchacha con una cara bonita. Luego se preguntó, envidioso, si serían ciertas las sospechas de Thomas Truslow de que Ethan Ridley había conseguido los favores de la muchacha, y una punzada corrosiva de celos lo penetró, aguda como la hoja de un puñal, seguida por la rabia de que Ridley fuera capaz de engañar tanto a Washington como a Anna Faulconer.

—¿Es usted un predicador de verdad? —preguntó Sally a Starbuck, arrugando la nariz.

—Si no lo fuera, yo no le habría pedido que te casara —insistió su padre.

—Se lo he preguntado a él —dijo ella desafiante, con la mirada clavada en Starbuck, y él supo que ella estaba leyendo en su alma como en un libro abierto. Ella veía su lujuria y su debilidad, su deseo pecaminoso y su miedo. Su padre le había advertido muchas veces sobre los poderes de las mujeres, y Starbuck creía haber padecido esos poderes en su forma más diabólica al conocer a *Mademoiselle* Dominique Demarest, pero Dominique no poseía nada comparable a la intensidad de aquella muchacha—. Si una chica no puede preguntarle al predicador que va a casarla

qué clase de predicador es —insistió Sally—, entonces, ¿qué otra cosa le puede preguntar? —Su voz tenía un tono bajo, como la de su padre, pero mientras la de él generaba miedo, la de ella sugería algo infinitamente más peligroso—. De modo que ¿es usted un predicador como es debido, señor? —preguntó de nuevo a Starbuck.

—Sí.

Starbuck soltó aquella mentira para contentar a Thomas Truslow, pero también porque no quiso permitir que la verdad le esclavizara ante aquella muchacha.

—Supongo que entonces todos estamos dispuestos —dijo Sally, desafiante. No quería que la casaran, pero tampoco parecer intimidada—. ¿Tienes un anillo para nosotros, Pa?

La pregunta parecía casual, pero Starbuck se dio cuenta de inmediato de que llevaba implícita una intensa carga emotiva. Truslow miró desafiante a su hija, en cuya mejilla era visible aún la huella de su mano, pero ella no se plegó a su desafío. La mirada de Robert Decker iba de la hija al padre y del padre a la hija, pero tuvo el buen sentido de mantener la boca cerrada.

—Es un anillo especial —dijo Truslow.

—Lo guardabas para otra mujer, ¿verdad? —Sally hizo la pregunta en tono burlón, y por un segundo Starbuck pensó que Truslow iba a hacer algo más que abofetearla, pero lo que hizo en cambio fue meter la mano en un bolsillo de su chaqueta y sacar una bolsa pequeña de piel. Desató las cuerdas que la cerraban y sacó un bulto envuelto con paño azul, que retiró para mostrar un anillo. Brillaba en la oscuridad: era un anillo de plata, con algo grabado que Starbuck no pudo descifrar.

—Este era el anillo de tu madre —dijo Truslow.

—Y Ma siempre me dijo que sería para mí —insistió Sally.

—Debería haberlo enterrado con ella. —Truslow bajó la mirada para examinar el anillo, que sin duda era una reliquia de un significado muy hondo para él, pero de pronto, impulsivamente y como si pensara que más tarde lamentaría su decisión, tendió el anillo a Starbuck—. Diga las palabras —espetó Truslow en tono brusco.

Roper se quitó el sombrero, y el joven Decker procuró poner cara seria. Sally se mordió los labios y sonrió a Starbuck, que clavó la mirada en el anillo de plata colocado sobre la Biblia rota. Vio que en el anillo había grabadas algunas palabras, pero no pudo leerlas a la luz vacilante de la linterna. Dios mío, pensó, pero ¿qué sermón iba a pronunciar en ese simulacro de boda? Era una prueba más difícil que el pozo de serrar.

—Adelante, señor —gruñó Truslow.

—Dios ha dispuesto el matrimonio —se oyó decir Starbuck a sí mismo mientras intentaba desesperadamente acordarse de las ceremonias de boda a las que había asistido en Boston—, para que fuera un instrumento de su amor, y una institución en la que podemos traer a nuestros hijos al mundo para que le sirvan. Los mandamientos

del matrimonio son sencillos: el primero, que os améis el uno al otro. —Había estado mirando a Robert Decker mientras hablaba, y el joven se apresuró a asentir, como si Starbuck necesitara asegurarse de su buena disposición; y Starbuck sintió una terrible ola de compasión por aquel bobo honesto que iba a unirse a una tentadora. Luego miró a Sally—: Y el segundo, que os seáis recíprocamente fieles hasta que la muerte os separe.

Ella sonrió a Starbuck, y fueran las que fuesen las palabras que él se disponía a decir, se desvanecieron como la niebla al sol del mediodía. Abrió la boca para hablar, pero no encontró nada que decir, y volvió a cerrarla.

—¿Has oído lo que ha dicho, Sally Truslow? —preguntó su padre.

—Diablo, sí, no soy sorda.

—Toma el anillo, Robert —ordenó Starbuck, y se asombró de su temeridad. Le habían enseñado en el seminario que los sacramentos son rituales solemnes ofrecidos a Dios por hombres especiales, los más cercanos a Dios de entre los hombres, y aquí estaba él, un pecador, inventándose una ceremonia indigna a la luz parpadeante de una linterna asediada por las falenas, bajo la luna en creciente de Virginia.

—Pon tu mano derecha sobre la Biblia —dijo a Robert, que plantó su mano sucia por las faenas de la granja en la Biblia familiar de lomo roto que Starbuck sostenía—. Repite conmigo —dijo Starbuck, y sin saber cómo improvisó un juramento de matrimonio que hizo repetir por turno a cada uno de ellos, y después dijo a Robert que pusiera el anillo en el dedo de Sally, y les declaró marido y mujer, cerró los ojos y alzó los párpados cerrados al cielo estrellado.

—Que la bendición de Dios Todopoderoso —dijo Starbuck—, y su amor, y su protección, os acompañen y os libren de todo mal desde este momento hasta el fin del mundo. Así lo pedimos en nombre de quien nos amó tanto que nos entregó a su único Hijo para nuestra redención. Amén.

—Amén a eso —dijo Thomas Truslow—, y amén.

—Así sea, amén —dijo Roper desde detrás de la pareja.

—Amén y amén. —El rostro de Robert Decker estaba bañado de felicidad.

—¿Eso es todo? —preguntó Sally Decker.

—Eso es todo lo que va a ser el resto de tu vida —estalló su padre—, y has prometido ser fiel, y vas a mantener esa promesa, chica, o sufrirás. —La agarró de la mano izquierda y, aunque Sally intentó soltarse, la atrajo hacia él. Miró el anillo de plata que llevaba puesto en el dedo—. Y cuida bien de ese anillo, chica, cuida bien de él.

Sally no contestó, y Starbuck tuvo la impresión de que, al quedarse el anillo de su padre, había conseguido una victoria sobre él, y que esa victoria tenía para ella mucha más importancia que la boda en sí. Truslow soltó la mano.

—¿Escribirá sus nombres en la Biblia? —preguntó a Starbuck—. ¿Para hacer las

cosas como es debido?

—Desde luego —contestó Starbuck.

—Hay una mesa en la casa —dijo Truslow—, y un lápiz en el jarrón que está sobre el mantel. Dele una patada al perro si le molesta.

Starbuck entró con la linterna y la Biblia en la casa, que constaba de una sola habitación someramente amueblada. Había una cama-arcón, una mesa, una silla, dos baúles, un hogar con un caldero, un banco, una polea y un tamiz para grano, un armero con escopetas, una guadaña y un retrato enmarcado de Andrew Jackson. Starbuck se sentó a la mesa, abrió la Biblia y buscó el registro de la familia. Deseó disponer de tinta para escribir la entrada, pero el lápiz de Thomas Truslow bastaría. Miró los nombres del registro, que se remontaban a la época en que los primeros Truslow llegaron al Nuevo Mundo, en 1710, y vio que alguien había anotado el dato de la muerte de Emily Truslow en la última línea escrita del registro. El nombre estaba escrito en torpes mayúsculas, y se había añadido después Mallory entre corchetes, por si el buen Dios no sabía quién era en realidad Emily Truslow. Encima había una sencilla anotación que registraba el nacimiento de Sally Emily Truslow en mayo de 1846, y Starbuck se dio cuenta de que la muchacha había cumplido los quince años tan sólo dos días antes.

«Domingo, 26 de Mayo de 1861», escribió con dificultad, por el dolor que sentía en las manos llagadas. «Sally Truslow y Robert Decker, unidos en santo matrimonio». Había una columna en la que se suponía que debía inscribir su nombre el ministro que ofició la ceremonia. Starbuck vaciló, y luego puso allí su nombre: Nathaniel Joseph Starbuck.

—No eres un predicador auténtico, ¿verdad? —Sally había entrado en la casa y le desafiaba con la mirada.

—Dios hace de nosotros lo que somos, y lo que Dios ha hecho de mí no te incumbe —dijo Starbuck en tono tan seco como pudo, y se sintió horriblemente pomposo; pero temía el efecto que tendría sobre él aquella muchacha, y por eso buscaba refugio en la altivez.

Ella se echó a reír, segura de que él mentía.

—Tienes una voz muy bonita, eso he de reconocerlo. —Se acercó a la mesa y miró la Biblia abierta—. No sé leer. Un hombre me prometió que me enseñaría, pero aún no ha tenido tiempo de hacerlo.

Starbuck temió saber de qué hombre se trataba, pero aunque una parte de él no quería la confirmación, otra parte sí deseaba concretar lo que hasta entonces eran sólo sospechas.

—¿Fue Ethan Ridley quien te prometió eso? —le preguntó.

—¿Conoces a Ethan? —Sally pareció sorprendida, y luego asintió—. Ethan me prometió que me enseñaría a leer —dijo—, me prometió un montón de cosas pero no

ha cumplido ninguna de sus promesas. Todavía no, en cualquier caso, pero aún hay tiempo, ¿no es cierto?

—¿Lo hay? —preguntó Starbuck. Se dijo a sí mismo que estaba indignado por la traición de Ridley a la gentil Anna Faulconer, pero también sabía que estaba horriblemente celoso de Ethan Ridley.

—Me gusta Ethan. —Ahora Sally estaba provocando a Starbuck—. El hizo mi retrato. Un retrato realmente bueno.

—Dicen que es un buen artista —dijo Starbuck, procurando no dar ninguna inflexión a su voz.

Sally estaba de pie, encima de él.

—Ethan dijo que algún día me llevará con él. Que me convertirá en una auténtica dama. Dijo que me regalará perlas, y un anillo... De oro. Un anillo de verdad, no como éste. —Extendió su dedo recién anillado y acarició con él la mano de Starbuck, lo que le provocó un escalofrío como un relámpago, directo a su corazón. Bajó la voz hasta un tono apenas más alto que un susurro entre conspiradores—. ¿Harías tú eso por mí, predicador?

—Estaré encantado de enseñarle a leer, señora Decker.

Starbuck sentía que la cabeza le daba vueltas. Sabía que debía apartar la mano de debajo de aquel dedo acariciador, pero no quería hacerlo, no podía. Estaba hechizado por ella. Miró el anillo. Las letras grabadas en la plata estaban desgastadas, pero aún eran legibles. «*Je t'aime*», decían. Era un anillo francés barato para enamorados, de poco valor excepto para el hombre cuyo amor lo había desgastado.

—¿Sabes lo que dice el anillo, predicador? —le preguntó Sally.

—Sí.

—Dímelo.

Él alzó los ojos para mirarla, e inmediatamente hubo de bajarlos otra vez. La lujuria era como una llaga que supuraba en su interior.

—¿Qué es lo que dice, señor?

—Está en francés.

—Pero ¿qué dice? —El dedo seguía ejerciendo una ligera presión sobre la mano.

—Dice «Te amo».

No pudo mirarla. Ella rio en tono muy bajo y acentuó la presión sobre su mano, resiguiendo la línea del dedo mayor de Starbuck.

—¿Me regalarías perlas? ¿Como dice Ethan que hará? —Se estaba burlando de él.

—Lo intentaría.

No debería haberlo dicho, ni siquiera estaba seguro de lo que había querido decir, tan sólo se oyó hablar a sí mismo, y en su voz había una gran tristeza.

—¿Sabes una cosa, predicador?

—¿Qué? —La miró, ahora.

—Tus ojos son iguales a los de Pa.

—¿De verdad?

El dedo seguía acariciando su mano.

—No estoy casada de verdad, ¿no es cierto? —Ahora ya no lo provocaba, sino que de pronto se había quedado pensativa. Starbuck no contestó y ella pareció dolida.

—¿Me ayudarás de verdad? —preguntó, y había una nota de auténtica desesperación en su voz. Había abandonado el flirteo y hablaba como una niña infeliz.

—Sí —dijo Starbuck, y supo que prometía más de lo que podía cumplir, y que su promesa era sólo un producto de la locura, pero aun así quería que ella confiara en él —. Te prometo que te ayudaré —dijo, y movió la mano para apoderarse de la de ella, pero ella apartó los dedos, justo en el momento en que la puerta de la cabaña se abrió.

—Ya que estás aquí, chica —dijo Truslow—, prepáranos algo de cena. Hay una gallina en el caldero.

—Yo no soy tu cocinera —se quejó Sally, y se echó a un lado cuando su padre levantó la mano. Starbuck cerró la Biblia y se preguntó si Truslow adivinaría su traición. La muchacha se puso a guisar, y Starbuck contempló el fuego, soñador.

A la mañana siguiente, Truslow entregó su casa y sus tierras y su mejor cinturón de cuero a Robert Decker. Lo único que encargó al muchacho fue que cuidara de la tumba de Emily.

—Roper te ayudará con la tierra. Sabe qué es lo que crece más deprisa y cómo, y conoce a las bestias que te dejo. Es tu aparcerero, pero también es un buen vecino y te ayudará. Buenos vecinos hacen buena vida.

—Sí, señor.

—El cinturón es para que lo uses con Sally. No dejes que ella te domine. Unos azotes y aprenderá enseguida cuál es su lugar.

—Sí..., señor —repitió Robert Decker, pero sin convicción.

—Me voy a la guerra, chico —dijo Truslow—, y sólo el Señor sabe cuándo estaré de vuelta. Ni si volveré.

—Yo debería ir a luchar, señor. No es verdad que no pueda ir a la guerra.

—No puedes. —Truslow habló con brusquedad—. Tienes una esposa y un hijo que cuidar. Yo no. Ya he vivido mi vida, de modo que puedo emplear lo que me queda en enseñar a los yanquis a quitarnos de encima sus zarpas ladronas. —Hizo con el tabaco de masticar una bola en la mejilla, lo escupió a un lado y volvió a mirar a Decker—. Asegúrate de que cuida de ese anillo, chico. Perteneció a Emily, y no estoy seguro de que tenga que dárselo a ella, si no fuera por el hecho de que es lo que Emily deseaba.

Sally estaba dentro de la cabaña. Starbuck deseó que saliera. Quería compartir

aún unos instantes con ella. Quería mirarla, decirle que entendía su infelicidad y la compartía, pero Sally no apareció y Truslow no pidió verla. Hasta donde Starbuck podía saberlo, Truslow ni siquiera se había despedido de su hija. En cambio, eligió un cuchillo de caza, un rifle largo y una pistola, y dejó el resto de las armas al cuidado de su yerno. Luego ensilló un caballo de aspecto hosco, pasó unos instantes de intimidad solo junto a la tumba de su Emily, y por fin encabezó la marcha hacia lo alto de la cadena montañosa, delante de Starbuck.

El sol brillaba y cuajaba de luz las hojas de los árboles. Truslow hizo una pausa en lo alto de la cadena, no para volverse hacia el hogar que abandonaba, sino para mirar hacia el este, donde la tierra aparecía luminosa y nítida, milla tras milla de América desplegándose hasta el mar, a la espera de que vinieran los carniceros a despiezarla.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 5

El polvo flotaba en el aire por encima de los terrenos del Ferial central de Richmond. Era un polvo levantado por los once regimientos que desfilaban en marchas y contramarchas por el enorme recinto, que había perdido primero hasta la última brizna de hierba y luego había generado aquella fina capa de polvo, pisoteado por los interminables ejercicios de instrucción que el mayor general Robert Lee insistía en infligir a los reclutas venidos a defender la Confederación. Aquel polvo rojizo había sido esparcido por el viento para ir a posarse sobre todas las paredes, los techos y las vallas situados dentro de un radio de medio kilómetro alrededor del Ferial central, de modo que incluso los capullos de las magnolias que rodeaban el lugar parecían teñidos de un curioso color ladrillo. El uniforme de Ethan Ridley también estaba cubierto de polvo, que daba al paño gris un tinte de color carne. Ridley había acudido al Ferial central para encontrarse con su rechoncho y miope hermanastro, Belvedere Delaney, que montaba un caballo pío de lomos cóncavos con la elegancia de un costal caído en un rincón, y observaba atentamente el desfile marcial de los regimientos. Delaney, aunque vestía ropas de paisano, saludaba el paso de las tropas con el aplomo de un general.

—Estoy practicando para cuando llegue el momento de alistarme en el ejército, Ethan —saludó a su hermanastro, sin mostrar sorpresa por la repentina aparición de Ridley en la ciudad.

—No te alistarás en el ejército, Bev, eres demasiado perezoso.

—Te equivocas, Ethan, voy a ser oficial jurídico. Me he inventado el cargo yo mismo, y se lo sugerí al gobernador, que fue tan amable que me comisionó en el acto. De momento seré capitán, pero me ascenderé a mí mismo si encuentro ese rango demasiado bajo para un hombre de mis gustos y distinción. ¡Bien hecho, muchachos! ¡Bien hecho! ¡Muy aguerridos!

Delaney dedicaba esas palabras de ánimo a una compañía de infantería de Alabama que desfilaba aturdida por los aplausos de los espectadores. La visita al Ferial era una excursión popular para los ciudadanos de Richmond, que ahora vivían nada menos que en la nueva capital de los Estados Confederados de América, un hecho que producía particular placer a Belvedere Delaney.

—Cuanto mayor sea el número de políticos presentes en Richmond, mayor será la corrupción —explicó a Ridley—, y cuanto mayor sea la corrupción, mayores también los beneficios. Dudo que alguna vez lleguemos a hacer la competencia a Washington en estas materias, pero hemos de hacer lo que podamos en el corto plazo que Dios nos otorga. —Delaney sonrió con beatitud a su ceñudo hermanastro—. Así pues, ¿cuánto tiempo vas a estar en Richmond esta vez? Supongo que seguirás alojándote en Grace Street. ¿Te ha dicho George que me encontrarías aquí?

George era el sirviente de Delaney, un esclavo, pero con las maneras y la actitud de un aristócrata. A Ridley no le gustaba nada aquel hombre, con sus sempiternas cejas alzadas, pero tenía que convivir con el esclavo si quería alojarse en la casa de su hermano de Grace Street.

—¿Qué es exactamente lo que te trae a nuestra hermosa ciudad? —preguntó Delaney—. Además del placer de mi compañía, por supuesto.

—Cañones. Dos de seis libras que descubrió Faulconer en la Fundición Bowers. Se suponía que iban a ser fundidos, pero Faulconer los compró.

—Entonces no hay beneficio para nosotros —dijo Delaney.

—Necesitan munición. —Ridley hizo una pausa para encender un cigarro—. Y cureñas. Y trenes de munición.

—¡Ah! Ya puedo oír el suave tintineo de dólares que cambian de manos —dijo Belvedere Delaney con delicia, y se volvió a observar a un regimiento de la milicia de Virginia que desfilaba con la precisión de las lanzaderas de los telares mecánicos—. Si todas las tropas fueran tan buenas como ésta —dijo a su hermanastro—, sería posible ganar la guerra, pero Dios mío, tendrías que ver la chusma que aparece por aquí dispuesta a combatir. Ayer vi a una compañía que se llamaba a sí misma «Asesinos de Lincoln Montados de McGarrity». McGarrity era su autoproclamado coronel, como comprenderás, y en total eran catorce palurdos que se repartían entre todos diez caballos, dos espadas, cuatro mosquetes y una soga de ahorcar. La soga tenía unos siete metros de largo, nudo corredizo incluido, y era más que adecuada para Abe, según me dijeron.

Ethan Ridley no estaba interesado en las especies más extravagantes del soldado sudista; sólo le importaban los beneficios que podía sacar con la ayuda de su hermano.

—¿Tienes munición de seis libras?

—En profusas cantidades, me temo —confesó Delaney—. Prácticamente hemos desechado el proyectil de tipo macizo. Pero seguro que podemos conseguir unas ganancias indecentes con los de carga hueca y las granadas. —Hizo una pausa para llevarse la mano al ala del sombrero al pasar junto a un senador del Estado que se había mostrado ansioso por ir a la guerra antes de que se cruzaran los primeros disparos, pero luego había resultado ser cojo, tenía una hernia en la espalda y problemas de hígado. El político inválido, recostado en lujosos almohadones en su carruaje, alzó débilmente su bastón de puño dorado en respuesta al saludo de Delaney—. Y seguro que puedo encontrar algunas cureñas y trenes de munición a un precio endiablado —siguió diciendo Delaney, feliz.

Su felicidad se debía a los beneficios derivados de la insistencia de Washington Faulconer en no comprar al Estado ni una sola bota ni un botón para su Legión, con una obstinación en la que Delaney vio su oportunidad. Delaney había utilizado su

extensa red de amistades para comprar él mismo el material de los arsenales del Estado y venderlo a continuación a su hermanastro, que actuaba como agente de compras de Washington Faulconer. El precio de los artículos se duplicaba o incluso se cuadruplicaba invariablemente en la transacción, y los hermanos se repartían las ganancias a partes iguales. Era un plan perfecto que, entre otras cosas, había hecho desembolsar a Washington Faulconer doce mil dólares por unos rifles de Misisipí que Belvedere Delaney había adquirido por sólo seis mil dólares, cuarenta dólares por tiendas de campaña de dieciséis, y mil pares de botas a dos dólares el par que los hermanos habían comprado por ochenta centavos.

—Me imagino que una cureña de cañón debe de costar por lo menos cuatrocientos dólares —especuló ahora Delaney en voz alta—. ¿Le pedimos ochocientos a Faulconer?

—Por lo menos.

Ridley necesitaba esas ganancias mucho más que su hermano mayor, y por eso se había alegrado tanto de volver a Richmond, donde no sólo podía ganar dinero, sino además librarse del empalagoso afecto de Anna. Se decía a sí mismo que el matrimonio facilitaría las cosas entre la hija de Faulconer y él, y que una vez contara con la seguridad de las propiedades de la familia respaldándole, no le molestarían tanto las petulantes exigencias de Anna. En la riqueza, pensaba Ridley, residía la solución de todos los problemas.

También a Belvedere Delaney le agradaba la riqueza, pero sólo si arrastraba el poder en su estela. Se agarró a su caballo para observar el desfile de una compañía de Misisipí; hombres barbudos de buena planta, delgados y curtidos, pero todos armados con anticuados fusiles de chispa como los que empuñaban sus abuelos contra los casacas rojas. La guerra inminente, pensaba Delaney, sería breve, porque el Norte iba a barrer sin la menor duda a estos aficionados entusiastas con sus armas caseras y su paso desgarrado; y cuando tal cosa ocurriera, Delaney tenía intención de conseguir unos beneficios mucho más sustanciosos que los miserables dólares que sacaba ahora de equipar a la Legión Faulconer. Y es que Belvedere Delaney, aunque sureño por su nacimiento y educación, era partidario del Norte por cálculo, y aunque todavía no se había convertido en un espía, sí había hecho comprender con discreción a sus amigos de los estados del Norte que podía servir a su causa desde la capital de Virginia. Y cuando llegara la victoria del Norte, como a buen seguro iba a suceder, Delaney pensaba que los sureños que hubiesen apoyado al legítimo gobierno federal podrían esperar una sustanciosa recompensa. Eso, Delaney lo sabía, era una apuesta a largo plazo, pero pensar en el largo plazo mientras todos los bobos que le rodeaban se jugaban sus vidas y sus propiedades en el presente, era para Belvedere Delaney una inmensa fuente de satisfacción.

—Háblame de Starbuck —preguntó de pronto a su hermano mientras paseaban a

caballo por el perímetro del Ferial.

—¿Por qué? —se sorprendió Ridley ante lo inesperado de la petición.

—Porque me interesa el hijo de Elial Starbuck. —En realidad fue la idea de sureños que apoyaban al Norte y norteños que luchaban por el Sur lo que había llevado a Delaney a pensar en Starbuck—. Lo conocí, ¿lo sabías?

—No me dijo nada —dijo Ridley con aire ofendido.

—Me gustó bastante. Tiene una mente ágil. Demasiado voluble para triunfar, me temo, pero no es un joven del montón.

Ethan Ridley resopló al oír un juicio tan benévolo.

—Es un maldito hijo de predicador. El hijo beato de un hijo de perra de Boston.

Delaney, que presumía de conocer mejor el mundo que su hermanastro, sospechaba que un hombre dispuesto a jugarse todo su futuro por una cómica de la legua era probablemente mucho menos virtuoso y bastante más interesante de lo que pensaba Ridley, y en el curso de su larga bacanal etílica con Starbuck, había advertido algo complejo e interesante en aquel joven. Starbuck, reflexionó Delaney, se había encerrado a sí mismo en un laberinto oscuro en el que criaturas como Dominique Demarest se debatían contra las virtudes inoculadas por una educación calvinista, y esa batalla podía ser un asunto raro y virulento. Delaney suponía por instinto que el calvinismo acabaría por ser derrotado, pero también comprendía que las apariencias virtuosas del carácter de Starbuck enervasen hasta el extremo a su hermanastro.

—¿Por qué encontramos tan aburrida la virtud? —se preguntó Delaney en voz alta.

—Porque es la más alta aspiración del estúpido —respondió Ridley, grosero.

—¿No será que admiramos la virtud en los demás porque sabemos que no podemos alcanzarla nosotros? —Delaney aún sentía curiosidad.

—Puede que tú quieras alcanzarla; yo no.

—No seas absurdo, Ethan. Y dime por qué te desagrada tanto Starbuck.

—Porque ese bastardo me ha soplado cincuenta pavos.

—¡Ah! Entonces te ha tocado donde más te duele. —Delaney, que conocía la enorme codicia de su hermanastro, se echó a reír—. ¿Y cómo consiguió el hijo del predicador apoderarse de esa cantidad?

—Aposté con él a que no podría traerse a un hombre llamado Truslow de las montañas, y maldito sea, lo hizo.

—Pecker me habló de Truslow —dijo Delaney—. Pero ¿por qué no lo reclutaste tú?

—Porque si Truslow me ve rondar cerca de su hija, me mata.

—¡Ah! —Delaney sonrió y reflexionó acerca de cómo todas las personas acaban por caer en las trampas que ellas mismas han creado. Starbuck atrapado entre el pecado y el placer, él mismo cogido entre el Norte y el Sur, y su hermanastro

desplumado por culpa de la lujuria—. ¿Tiene motivos ese asesino para matarte? —preguntó Delaney, y luego sacó un cigarrillo de la petaca y pidió prestado a su hermanastro su cigarro para encenderlo. El cigarrillo iba liado en papel amarillo, y el tabaco desprendía un aroma a limón—. ¿Y bien? —urgió Delaney a Ridley.

—Tiene motivos —admitió Ridley, y no pudo reprimir una carcajada llena de jactancia—. Va a tener un nieto bastardo muy pronto.

—¿Tuyo?

Ridley asintió.

—Truslow no sabe que el niño es mío, y la chica se ha casado o algo parecido, de modo que a fin de cuentas me he ido de rositas. Aun así, tengo que pagar el silencio de esa perra.

—¿Mucho?

—Bastante. —Ridley inhaló el humo amargo de su cigarro, y sacudió la cabeza—. Es una perra codiciosa, pero Dios mío, Bev, tendrías que ver a esa chica.

—¿La hija del asesino es guapa? —A Delaney le divertía la idea.

—Es extraordinaria —dijo Ridley en un tono de auténtico respeto—. Aquí la tienes, mírala.

Sacó un portafolios de piel del bolsillo superior de su uniforme y se lo tendió a su hermano mayor. Delaney lo abrió y apareció un dibujo de unos doce centímetros por ocho, que mostraba a una muchacha desnuda sentada bajo los árboles en la orilla de un arroyo. Delaney se asombró una vez más del talento de su hermanastro que, a pesar de su pereza y de que apenas se ejercitaba, seguía siendo sobrecogedoramente bueno. Dios, pensó, siembra los talentos en los terrenos más improbables.

—¿Has exagerado su buena presencia?

—No. De verdad que no.

—En ese caso, es ciertamente preciosa. Una ninfa.

—Pero una ninfa con una lengua que parece la de un carretero negro, y con su mismo mal genio.

—Y has acabado con ella, ¿sí? —preguntó Delaney.

—Del todo. Punto final.

Ridley, mientras volvía a guardar el retrato, esperó que fuera cierto. Había pagado a Sally cien dólares de plata para que tuviera la boca callada, pero seguía inquieto por la posibilidad de que ella no respetara su parte del pacto. Sally era una chica impredecible que había heredado en más de un aspecto el salvajismo de su padre, y a Ethan Ridley le aterraba que se presentara en Faulconer Court House y aireara su embarazo delante de Anna. No es que a Washington Faulconer le importara probablemente que un hombre engendrara bastardos, pero una cosa era preñar a las esclavas, y otra muy distinta que una muchacha tan salvaje como la hija de Truslow fuera voceando su agravio de una punta a otra de la calle mayor de Faulconer Court

House.

Pero ahora, a Dios gracias, Ridley había sabido que Sally estaba casada con su enamorado de pelo de paja. Ridley no conocía ningún detalle de la boda, ni el dónde ni el cómo ni el cuándo, sólo que Truslow le había traspasado su hija a Decker y había regalado a la pareja su parcela de tierra pedregosa, sus bestias y su bendición, y al actuar así había hecho que Ridley se sintiera mucho más a salvo.

—Todo ha acabado bien —gruñó a Delaney, pero no sin cierta pena, porque Ethan Ridley temía que nunca en la vida conocería a otra muchacha tan hermosa como Sally Truslow. Aun así, trajinarla había sido jugar con fuego, y podía considerarse afortunado de no haber salido escaldado.

Belvedere Delaney observó a un grupo de reclutas que intentaban marcar el paso. Un cadete del Instituto Militar de Virginia que posiblemente tenía apenas la mitad de la edad de los hombres a los que entrenaba, les gritaba que marcharan con la espalda recta, la cabeza alta, y dejaran de mirar alrededor como un grupo de colegialas de excursión.

—¿Entrena así a sus hombres el coronel Faulconer? —preguntó Delaney.

—Cree que con la instrucción sólo conseguiría apagar el entusiasmo de sus hombres.

—¡Qué interesante! Puede que tu Faulconer sea más listo de lo que yo creía. Estos pobres diablos empiezan la instrucción a las seis de la mañana, y no paran hasta que sale la luna.

Delaney se llevó la mano al ala del sombrero para saludar a un juez con el que solía coincidir en el burdel de Marshall Street, conocido como la casa de la señora Richardson, aunque de hecho el propietario principal de la casa era el propio Belvedere Delaney. En época de guerra, pensaba Delaney, un hombre puede hacer cosas bastante peores que invertir su dinero en armas y mujeres, y hasta el momento las inversiones de Delaney le estaban proporcionando pingües beneficios.

—Faulconer cree que la guerra es para disfrutarla —dijo Ridley en tono cáustico—, y por eso prepara una incursión de la caballería.

—¿Una incursión de la caballería? —dijo Delaney, sor— prendido—. Cuéntame.

—No hay nada que contar.

—Entonces, descríbeme esa nada —dijo Delaney en un tono petulante muy poco natural.

—¿Por qué?

—Por el amor de Dios, Ethan, soy amigo de la mitad de los parlamentarios del Estado, y si los ciudadanos de Virginia tienen que costear una guerra privada contra el Norte, se supone que el gobierno debe saberlo. O Robert Lee, por lo menos. Se supone que Lee tiene que dar el visto bueno a cualquier movimiento de tropas, incluidas las de tu futuro suegro. De modo que cuéntame.

—Faulconer se prepara para efectuar una incursión, o puede que ya la haya puesto en marcha, no estoy seguro. ¿Tiene alguna importancia?

—¿Dónde? ¿Por qué?

—Está enfadado porque dejamos que los yanquis ocuparan Alejandría. Cree que Richmond no se toma en serio la guerra. Dice que Letcher siempre ha sido blando con el Norte y que probablemente está en connivencia con la Unión, en secreto. Cree que Lee es demasiado prudente, y lo mismo todos los demás, y que si nadie va y les atiza a los yanquis donde duele, la Confederación se derrumbará.

—¿Me estás diciendo que ese idiota va a atacar Alejandría? —preguntó Delaney desconcertado. Alejandría era la ciudad de Virginia más próxima a Washington en la otra orilla del Potomac, y desde su abandono por las tropas su— distas había sido masivamente fortificada.

—Sabe que no puede atacar Alejandría —dijo Ridley—, de modo que su plan es cortar la línea del ferrocarril Baltimore and Ohio.

—¿En qué punto?

—No me lo ha dicho —el tono de Ridley era amargo—, pero no puede ser al este de Cumberland porque ya no circulan trenes entre esa ciudad y Harper's Ferry. —Ridley se sintió alarmado de pronto—. Por el amor de Dios, Bev, no irás a detenerle, ¿verdad? ¡Me matará si lo haces!

—No —dijo Delaney, tranquilizador—, no, le dejaré que se divierta. ¿Cuántos hombres se lleva? ¿Toda la Legión?

—Sólo treinta hombres. Pero prométeme que no dirás nada.

A Ridley le aterraba la idea de haber sido indiscreto. Delaney vio en ese momento a Robert Lee pasando revista a unos reclutas en el extremo más alejado del Ferial. Había prestado deliberadamente algún servicio útil en la oficina de Lee, y, aunque de mala gana, se había sentido impresionado por la combinación de inteligencia y honestidad del general. Delaney intentó imaginar la furia de Lee si descubría que Faulconer realizaba por cuenta propia una incursión contra el ferrocarril Baltimore and Ohio, pero por tentadora que fuera la idea, decidió no decir nada a sus amigos del gobierno de Virginia. En su lugar avisaría al Norte, para que frustraran el ataque.

Porque todavía estaba a tiempo de escribir una última carta a un amigo de Washington que, según le constaba, era a su vez amigo íntimo del secretario nordista de la Guerra. Delaney especulaba con que, si demostraba al Norte que él podía ser una fuente de información militar fiable, conseguiría ganarse su plena confianza.

—Por supuesto que no voy a decir nada al gobernador —tranquilizó a su aterrorizado hermanastro, y luego tiró de las riendas para detener a su caballo—. ¿Te importa que nos vayamos ya? El polvo me irrita la garganta.

—Yo esperaba... —empezó a decir Ridley.

—Esperabas visitar la casa de la señora Richardson. —Aquel incentivo era la

principal atracción de Richmond para su hermanastro, y Delaney lo sabía muy bien —. Y lo harás, mi querido Ethan, lo harás.

Delaney espoleó su caballo hacia la ciudad, con la sensación de haber tenido un buen día de trabajo.

* * *

El grupo asaltante llegó a la línea del ferrocarril Baltimore and Ohio antes del amanecer del sexto día de un viaje que Washington Faulconer había previsto, en un exceso de confianza, que no duraría más de tres. La cabalgada habría durado siete días de no haber insistido tozudamente Faulconer en marchar durante toda la última noche. Starbuck, tambaleante por el cansancio y dolorido por el roce de la silla de montar, tardó en tomar conciencia de que el viaje casi había terminado. Estaba derrumbado en la silla, soñoliento, temiendo irse al suelo en cualquier momento, cuando le sobresaltó de pronto una luz deslumbrante que brillaba muy abajo, en un valle profundo al que no llegaba la luz de la luna. Por un instante pensó que soñaba, y luego tuvo miedo de no estar soñando en absoluto, sino de haber llegado al límite tembloroso del valle de la Gehenna, el infierno de la Biblia, y estar a punto de ser arrojado al pozo llameante en el que los demonios reían mientras atormentaban a los pecadores. Llegó incluso a gritar de terror.

Luego despertó del todo y se dio cuenta de que la derrengada banda de asaltantes de Faulconer se había detenido en la cresta de una línea de lomas altas, y miraba hacia un valle oscuro por el que corría un tren en dirección al oeste. La puerta de la caldera de la locomotora estaba abierta, y el resplandor brillante del fuego se reflejaba en la base de la columna hirviente de humo que parecía, pensó Starbuck, el aliento espeluznante de un gran dragón. La columna de humo avanzaba compacta hacia el oeste, precedida por el débil resplandor de la linterna de aceite de la locomotora. No se veían más luces, lo que indicaba que la locomotora tiraba de un convoy de mercancías. El ruido del tren en marcha cambió a un estruendo cavernoso al cruzar el puente tendido sobre pilares en el cruce de un río, que corría a la izquierda del lugar desde donde observaba Starbuck, y éste sintió un escalofrío de excitación al darse cuenta de pronto de lo cerca que se encontraban de su objetivo.

Porque aquel borbotón de humo furioso que cruzaba a través de la noche señalaba el lugar en que el ferrocarril Baltimore and Ohio corría a lo largo del ramal Norte del río Potomac. Hasta que Thomas Jackson ocupó Harper's Ferry, y cortó de ese modo el paso de la línea que llevaba a Washington y Baltimore, ese ferrocarril había sido la mayor vía de comunicación entre los Estados del oeste y la capital americana, e incluso después de la ocupación de Jackson la línea férrea había seguido activa porque traía suministros, reclutas, armas y víveres de Missouri, Illinois, Indiana y

Ohio, y todo ello era descargado en Cumberland y vuelto a cargar en barcazas que seguían el canal, o bien en gabarras tiradas por caballos, hasta la estación de Hagerston de la línea de ferrocarril de Cumberland Valley. El coronel Faulconer aseguraba que, si se podía cortar la línea del Baltimore and Ohio en los montes Allegheny, al oeste de Cumberland, se tardarían meses en normalizar el tráfico de los suministros por ferrocarril.

Ésa era, por lo menos, la justificación militar para la incursión, pero Starbuck sabía que el coronel esperaba ganar mucho más en el lance. Faulconer creía que un ataque victorioso reforzaría la beligerancia del Sur y heriría el orgullo del Norte. Y mejor aún era la perspectiva de empezar la historia de la Legión Faulconer con una victoria, lo cual era la auténtica razón por la que el coronel encabezaba a un grupo de treinta jinetes escogidos acompañados por cuatro acémilas cargadas con cuatro barriles de pólvora negra, seis hachas, cuatro palancas, dos almádenas y dos rollos de mecha rápida: el material necesario para destruir los pilares de madera de los puentes por los que pasaba la línea férrea del Baltimore and Ohio, a través del rápido curso de los ríos y arroyos que bajan de los montes Allegheny.

Tres de los oficiales de la Legión acompañaban a su coronel en la incursión. El capitán Paul Hinton era un hombre indolente que poseía ochocientos acres de tierras de cultivo en la parte este de Faulconer County, y era además amigo de cacerías de Faulconer. Luego estaba el capitán Anthony Murphy, un irlandés alto de pelo negro que había emigrado a América diez años antes, plantó un campo de algodón en Luisiana, vendió el terreno antes de la cosecha, embarcó río arriba hacia el norte, jugó al póquer de veinte cartas durante tres días y tres noches sin interrupción, y salió del barco con una preciosa muchacha italiana del brazo y suficiente dinero para vivir cómodamente el resto de sus días. Se llevó a su esposa italiana a Virginia, depositó su dinero en el banco de Faulconer County y se compró cuatro granjas situadas al norte de Seven Springs. Tenía tres esclavos en la granja mayor, alquilaba las restantes, se emborrachaba con sus aparceros un día de cada cuatro, y en ocasiones conseguía encontrar a algún jugador temerario dispuesto a enfrentársele con las cartas en la mano. El otro oficial que participaba en la expedición era el subteniente Starbuck, que jamás en su vida había jugado al póquer.

Entre los veintiséis hombres que acompañaban a los cuatro oficiales estaban el sargento Thomas Truslow y media docena de montañeses que habían bajado de las alturas detrás de él. Los hombres del grupo de Truslow cabalgaban juntos, comían juntos y trataban a los tres oficiales con un desdén tolerante aunque, para sorpresa de todos los que sabían cuánto odiaba Truslow a los yanquis, el rudo sargento sentía predilección por Starbuck, y su aceptación convirtió al joven norteño en miembro honorario de la banda de Truslow. Nadie entendía aquella amistad improbable, pero tampoco nadie, ni siquiera el coronel Faulconer, había escuchado la oración

pronunciada por Starbuck ante la tumba de Emily ni la ceremonia de boda improvisada por el mismo joven bajo la luna creciente en la noche de Virginia.

Pero Faulconer no habría estado de humor para escuchar esas historias porque, mientras los jinetes marchaban hacia el norte y el oeste a través de los Allegheny, sus sueños de una victoria rápida y electrizante se habían visto ahogados por la lluvia y la niebla. El viaje había empezado bastante bien. Cruzaron las montañas Blue Ridge hacia el amplio y rico valle del Shenandoah, y desde ahí treparon a los montes Allegheny, y fue entonces cuando apareció la lluvia, no esa lluvia suave que hace crecer los tallos de las gramíneas plantadas en los valles, sino una sucesión de tormentas feroces que habían desgarrado y atronado el cielo mientras los jinetes se esforzaban en avanzar por aquellas montañas inhóspitas. Faulconer insistió en que debían evitar todos los núcleos de población porque las regiones al oeste del Shenandoah eran hostiles a la Confederación, e incluso se rumoreaba que toda esa parte occidental de Virginia se escindiría para formar un nuevo Estado; de modo que los hombres de Faulconer se escurrieron como ladrones de caballos a través de las montañas inundadas por las lluvias, sin siquiera vestir sus uniformes. No valía la pena, señaló el coronel, asumir riesgos innecesarios con los traicioneros palurdos de los Allegheny.

Pero el tiempo resultó ser mucho más hostil que los habitantes. Faulconer se extravió en aquellas sierras abruptas envueltas en la niebla, y perdió un día entero buscando una salida hacia el oeste en un valle ciego. Sólo el experto sentido de la orientación de Truslow consiguió devolver a la partida al buen camino, y desde ese momento a muchos hombres del grupo les pareció que Thomas Truslow se había convertido en el auténtico jefe de la expedición. No daba órdenes, pero todos los jinetes le buscaban a él, y no al coronel, como guía. Fueron los celos de Washington Faulconer por esa usurpación de su autoridad los que provocaron su insistencia en que la partida continuara la marcha sin detenerse durante la quinta noche. Fue una orden impopular, pero con su testarudez el coronel consiguió por lo menos demostrar quién estaba al mando.

Ahora, desde las alturas que dominaban la línea férrea, los jinetes esperaron el amanecer. Las nubes de los últimos días empezaban a rasgarse y a dejar claros, y unas pocas estrellas titilaban en torno a una luna semioculta. Lejos, hacia el norte, parpadeaba un tenue punto de luz en unas colinas, y Starbuck supuso que aquello podía ser Pennsylvania. Desde la cresta donde se encontraban el paisaje abarcaba, más allá del río envuelto en niebla, una franja de Maryland y una amplia extensión de terreno que se adentraba en el Norte hostil. Al joven norteño le pareció increíble estar situado en la frontera entre dos Estados en guerra; de hecho, que América pudiera encontrarse en guerra era algo enteramente irreal, una negación de todas las certezas de su infancia. Otros países menos importantes iban a la guerra, pero los hombres

habían venido a América para evitar las guerras y, sin embargo, ahora Starbuck tiritaba en la cima de una montaña con el revólver Savage colgando al costado y rodeado de hombres armados. No pasaron más trenes. La mayor parte de los hombres dormían mientras unos pocos, entre ellos Truslow, habían tomado posiciones en el borde de la cresta y vigilaban mirando al norte.

La luz que empezó a difundirse poco a poco desde el este reveló a los jinetes que habían ido a parar a un lugar casi perfecto para cortar la línea del ferrocarril. A su izquierda, un arroyo de montaña saltaba entre las rocas para unirse al ramal norte del Potomac, y un puente salvaba el curso de aquel afluente con un entramado de pilotes de cerca de veinte metros de altura. No había vigilancia en el puente, ni ninguna casamata. Tampoco había granjas ni asentamientos humanos a la vista; de no ser por el brillo apagado de los raíles de acero y la compleja estructura arriestrada que sostenía el puente, aquel lugar podía haber sido un territorio virgen e inexplorado.

Faulconer dio las últimas órdenes mientras el cielo se iluminaba poco a poco. Los jinetes se dividirían en tres grupos. El capitán Murphy iría con una docena de hombres a levantar los raíles en dirección este, el capitán Hinton se llevaría otra docena al oeste, y los seis restantes, dirigidos por el coronel, bajarían a la garganta del afluente y destruirían el entramado de la estructura de pilotes del puente.

—Nada puede fallar ahora —dijo Faulconer, en un intento de dar ánimos a sus tropas empapadas y algo deprimidas—. Todo ha sido previsto al detalle.

Lo cierto es que incluso los más optimistas del grupo de asaltantes se daban cuenta de que la planificación del coronel había sido bastante negligente. Faulconer no había previsto la posibilidad de una lluvia torrencial, y los barriles de pólvora y las mechas no iban protegidos con lonas impermeables. No disponían de mapas adecuados, de modo que ni siquiera Truslow, que había cruzado las montañas una veintena de veces, estaba del todo seguro de cuál era el puente frente al que se encontraban. Pero pese a todas las dudas y las dificultades, habían conseguido llegar a la vía férrea, que además no estaba vigilada; de modo que, a la primera débil luz del nuevo día, bajaron por la abrupta ladera hacia el ramal norte.

Ataron los caballos junto a la vía del tren y al lado del puente. Starbuck, tiritando en aquel amanecer gris, se acercó al borde de la garganta para examinar los pilotes, que, aunque desde lo alto de la cresta parecían frágiles, eran en realidad gruesos troncos desprovistos de corteza, recubiertos de brea y hundidos en el suelo o bien arriestrados contra los enormes peñascos que sobresalían de las laderas casi verticales de la garganta. Los pilotes estaban sujetos unos a otros con fajas metálicas, y de ese modo formaban un denso entramado que se elevaba una veintena de metros por encima del curso del río y sostenía unos sesenta metros de puente sobre el precipicio. Los troncos, a pesar de la capa de brea, estaban húmedos al tacto, tan húmedos como el viento helado que ascendía del río. Las nubes se amontonaban de nuevo y

presagiaban más lluvia.

Los hombres del capitán Hinton cruzaron el puente, los de Murphy marcharon hacia el este y el grupo del coronel, Starbuck incluido, bajó penosamente hasta el fondo de la garganta. La ladera estaba resbaladiza, y la maleza mojada aún de la lluvia del día anterior, de modo que, cuando los seis hombres llegaron a la orilla de la rápida corriente, sus ropas ya húmedas habían quedado ahora completamente empapadas. Starbuck ayudó al sargento Daniel Medlicott, un hombre moroso y poco comunicativo, molinero de oficio, a bajar un barril de pólvora negra por la abrupta pendiente. Washington Faulconer, al verles forcejear con el barril, gritó a Starbuck para advertirle de que no tropezara con unas enredaderas. La advertencia pareció disgustar a Medlicott. Los tres barriles de pólvora restantes estaban ya en el fondo de la garganta. El coronel había pensado utilizar sólo dos barriles, pero prefirió asegurarse de la destrucción de aquel puente antes que buscar otro entramado de pilotes ese mismo día. Medlicott colocó el cuarto barril junto a los otros y luego retiró el tapón para introducir un palmo de mecha rápida.

—Creo que esta pólvora está demasiado húmeda, coronel.

—¡Señor! —ladró Faulconer la palabra. Estaba intentando enseñar a sus antiguos vecinos a utilizar el lenguaje protocolario militar correctamente.

—Me sigue pareciendo húmeda —insistió Medlicott, negándose a seguir la corriente a Faulconer.

—Probaremos con la mecha, y también prenderemos fuego a esos troncos —dijo Faulconer—, y si una cosa no funciona, lo hará la otra. ¡De modo que adelante con ello! —Dio unos pasos por la orilla con Starbuck—. Son buenos chicos —explicó malhumorado—, pero no tienen la menor idea de la disciplina militar.

—Es una transición difícil, señor —dijo Starbuck con tacto. Sentía algo de pena por Faulconer, cuyas expectativas de una incursión gallarda y desafiante habían degenerado en aquella pesadilla húmeda, llena de retrasos y dificultades.

—Tu amigo Truslow es el peor —gruñó el coronel—. No tiene el menor respeto por nada.

Parecía decepcionado. Tanto como había deseado contar con Truslow en la Legión, pensando que el carácter de aquel hombre daría al regimiento una reputación terrible, y ahora era él mismo quien estaba descontento con las maneras truculentas e independientes de Truslow.

Washington Faulconer había conseguido enjaular a un tigre, pero ahora no sabía cómo manejar a la fiera.

—Y tú no eres de mucha ayuda con eso, Nate —dijo de pronto el coronel.

—¿Yo, señor? —Starbuck, que simpatizaba con los apuros del coronel, se sintió sorprendido por aquella inesperada acusación.

El coronel no respondió de inmediato. Estaba de pie en la orilla del río y

observaba a los hombres de Medlicott, que utilizaban cuchillos de caza para cortar las ramas que servirían de combustible para el fuego que iban a encender alrededor de los barriles de pólvora.

—No has de tomarte tantas confianzas con esos tipos —dijo por fin el coronel—. Un día habrás de mandarles en la batalla, y no te respetarán si no guardas las distancias.

Washington Faulconer no miraba a Starbuck mientras le hablaba, sino que observaba a través de la estructura del puente el fluir rápido de la corriente, que ahora arrastraba una rama negra y torcida de un árbol. Faulconer tenía un aspecto lamentable. Su barba no estaba recortada, sus ropas aparecían mojadas y sucias, y su habitual energía había desaparecido. Las incursiones duras, pensó Starbuck sorprendido, no parecían sentarle bien al coronel.

—Los oficiales han de buscar la compañía de otros oficiales. —El coronel prosiguió su crítica en tono petulante—. Si estás a todas horas con Truslow, ¿cómo podrás darle órdenes?

Era injusto, pensó Starbuck, porque a lo largo del viaje él había pasado mucho más tiempo en compañía de Washington Faulconer que de Truslow; pero Starbuck se dio cuenta vagamente de que el coronel sentía celos porque era Starbuck, y no él mismo, quien se había ganado el respeto de Truslow. Los demás hombres deseaban que Truslow tuviera una buena opinión de ellos, y estaba claro que el coronel pensaba que él lo merecía más que un estudiante descarriado de Massachusetts; de modo que Starbuck no dijo nada y el coronel, una vez expuestas sus quejas, se volvió hacia Medlicott.

—¿Falta mucho, sargento?

Medlicott levantó la cabeza. Había atado los barriles de pólvora a uno de los pilotes más altos del puente, y luego los había rodeado con una gruesa capa de leña y maleza.

—Todo está terriblemente húmedo —observó ceñudo.

—¿Has puesto leña menuda ahí?

—Un montón, coronel.

—¿Papel? ¿Cartuchos?

—Todo lo que hace falta para un buen fuego —aseguró Medlicott.

—Entonces, ¿cuándo estará listo?

—Está ya todo lo listo que puede estar, diría yo. —Medlicott se rascó la cabeza mientras sopesaba la respuesta que acababa de dar, y asintió—. Tendría que funcionar, coronel.

—Ve a buscar a Hinton. —Faulconer se había vuelto hacia Starbuck—. Dile que se retire a este lado del puente. ¡Y avisa al capitán Murphy que tenga listos los caballos! ¡Dile a todo el mundo que espabile ahora, Nate!

Starbuck se preguntó por qué no se había establecido ninguna señal para indicar a todo el mundo que debía retirarse. Una serie de disparos habría sido un método mucho más rápido de pasar el mensaje que escalar la ladera húmeda de la garganta, pero sabía que no era el momento de hacer al coronel una pregunta que sin duda se tomaría como una crítica personal. De modo que se limitó a trepar por la ladera este de la garganta, cruzó el puente y descubrió que el sargento Truslow había preparado una gran barricada amontonando sobre la vía troncos de pinos para bloquear los trenes que se acercaran por el oeste. El capitán Hinton, un hombre de corta estatura y buen humor, había dejado que fuera Truslow quien manejara el asunto.

—Sospecho que ya ha parado trenes antes —explicó a Starbuck, y luego le enseñó con orgullo cómo, del otro lado de la barricada, los raíles habían sido arrancados y arrojados al ramal norte.

—¿Ha terminado ya el coronel?

—Sí, señor.

—Lástima. Me habría gustado asaltar un tren. Habría sido una nueva experiencia para mí, aunque parece un asunto bastante complicado.

Hinton explicó que el método de Truslow para robar trenes consistía en que los ladrones esperaban a alguna distancia de la barricada, y saltaban a bordo de la locomotora y los vagones aún en marcha.

—Si esperas a que el tren se pare antes de subirte, lo más probable es que te encuentres con pasajeros furiosos que te esperan con las armas desenfundadas, y entonces las cosas se ponen demasiado movidas. También tienes que tener hombres en todos los vagones para echar el freno si quieres que el tren se quede parado como es debido. Al parecer, hacer ese tipo de cosas es todo un arte. Vaya, ¿quieres ir tú y convencer a ese tío bruto de que se venga, Nate? —Truslow, con el resto de la cuadrilla de Hinton, estaba apostado junto a la vía a unos cuatrocientos metros de distancia, dispuesto según todos los indicios a ejercer el complejo arte de parar un tren—. Anda, Nate, deprisa —dijo Hinton para dar ánimos a Starbuck.

Pero Starbuck no se movió. En su lugar se quedó mirando el lugar, más allá de una loma próxima, por donde de pronto había aparecido una columna de humo blanco.

—Un tren —dijo con desánimo, aunque lo cierto es que no acababa de dar crédito a sus propios ojos.

Hinton giró en redondo.

—Buen Dios, de modo que está ahí. —Hizo bocina con las manos—. ¡Truslow! ¡Vuelve! —Pero Truslow, o bien no lo oyó, o bien decidió ignorar la orden, porque empezó a correr hacia el oeste en dirección al tren, alejándose de la barricada—. El coronel tendrá que esperar —dijo Hinton con una sonrisa tímida.

Starbuck podía oír ya el tren. Se acercaba muy despacio, tocando la campana y

con los pistones trabajando mientras ascendía por la ligera pendiente que conducía a la curva donde esperaban los hombres emboscados. Una voz llamó a Starbuck a espaldas suyas, desde el puente, urgiéndole a que apresurara la retirada, pero era demasiado tarde para que ningún apresuramiento sirviera de nada.

Thomas Truslow quería asaltar un tren.

* * *

Thaddeus Bird y Priscilla Bowen se casaron a las once en punto de la mañana en la iglesia episcopaliana situada frente al banco de Faulconer County, en la calle principal de Faulconer Court House. Desde primera hora amenazaba lluvia, pero el tiempo se mantuvo seco durante buena parte de la mañana, y Priscilla alimentó esperanzas de que siguiera así hasta el final. Pero media hora antes de la ceremonia estalló la tormenta. El aguacero descargó sobre el techo de la iglesia, inundó el cementerio, convirtió la calle principal en un torrente y dejó empapados a los escolares a los que, en honor a la boda de sus maestros, se concedió fiesta toda la mañana para asistir a la ceremonia.

Priscilla Bowen, de diecinueve años y huérfana, fue conducida al altar por su tío, jefe de correos de la vecina localidad de Rosskill. Priscilla tenía la cara redonda, la sonrisa fácil y un carácter paciente. Nadie la tildaría de hermosa, pero después de pasar algunos momentos en su compañía, tampoco nadie la consideraría insignificante. Tenía cabellos de color castaño claro, que llevaba recogidos en un moño apretado; ojos almendrados ocultos a medias por unas gafas con montura de acero, y manos ásperas por el trabajo. Para casarse, llevaba un ramillete de capullos de ciclamor y su mejor vestido de fiesta, de batista teñida de azul y en el que, para celebrar el día, había cosido una guirnalda de pañuelos blancos. Thaddeus Bird, que era veinte años mayor que su consorte, lucía su mejor traje negro, cuidadosamente remendado por él mismo, y una gran sonrisa de satisfacción. Estaba presente su sobrina Anna Faulconer; su hermana, en cambio, no se movió de su dormitorio de Seven Springs. Miriam Faulconer había hecho grandes esfuerzos para asistir a la boda, pero la amenaza de la lluvia y las embestidas de un viento helado le provocaron un repentino ataque de neuralgia complicada por el asma, y hubo de quedarse en la gran casa, en la que los criados atizaron el fuego de las chimeneas y quemaron papeles de nitrato para aliviar sus ahogos. Su marido estaba en algún punto del valle del Shenandoah, al frente de su incursión de caballería, y aquella ausencia, si ha de decirse toda la verdad, fue la razón por la que Pecker Bird eligió esa fecha precisa para su boda.

El reverendo Ernest Moss ofició la ceremonia y declaró a Thaddeus y Priscilla marido y mujer en el mismo momento en que un trueno provocaba un

estremecimiento en la techumbre de vigas de la iglesia; el grupo de escolares se estremeció al unísono. Después de la boda, los invitados cruzaron chapoteando la calle mayor hasta el aula de la escuela, donde se habían instalado dos mesas con pastel de maíz, mantequilla de cacahuete, tarros de miel y fiambre de buey, tarta de manzana, jamón ahumado, pepinillos en vinagre, ostras en escabeche y pan de alforfón. Miriam Faulconer envió seis botellas de vino para la fiesta de la boda de su hermano, y también había dos cazuelas de tisana, y un barril de cerveza y otro de agua. Blanche Sparrow, cuyo marido era el propietario de la abacería, preparó una gran olla de café en la estufa de la iglesia y encargó a dos soldados de la Legión que la llevaran a la escuela, donde el mayor Pelham, vestido con su antiguo uniforme de los Estados Unidos, pronunció un sentido discurso. Luego el doctor Danson pronunció unas palabras llenas de humor, en el curso de las cuales Thaddeus Bird consiguió sonreír con benevolencia a todos los invitados; sonrió incluso cuando seis alumnos de la escuela, dirigidos por Caleb Tennant, que era el director del coro episcopaliano, cantaron «Flora's Holiday» con voces temblorosas y poco convincentes.

Las clases de la tarde fueron necesariamente menos exigentes de lo habitual, pero de una u otra forma Thaddeus y Priscilla Bird consiguieron controlar a los alborotados escolares e incluso convencerse a sí mismos de que habían cumplido dignamente con su tarea. Priscilla había sido nombrada ayudante de Bird, un nombramiento dirigido a dejar a Pecker Bird más tiempo para dedicarse a sus obligaciones en la Legión Faulconer, pero en la práctica Bird seguía asistiendo a la escuela porque sus tareas militares resultaron ser escasamente exigentes. El mayor Thaddeus Bird llevaba los libros del regimiento. Registraba los listados de las pagas, anotaba los castigos y los turnos de guardia, y archivaba las facturas. Un trabajo que, según aseguraba, podría haber realizado sin problemas un niño de seis años un poco espabilado, pero Bird se sentía feliz al realizarlo porque, como parte integrante de sus obligaciones, esperaba pagarse a sí mismo la soldada de mayor, con cargo a la cuenta bancaria de su cuñado. La mayoría de los oficiales no percibían ninguna paga porque tenían medios de vida privados, y los soldados recibían once dólares mensuales en billetes de dólar recién impresos por el Banco de Faulconer County, que mostraban por una cara el edificio del juzgado de la ciudad, y por la otra un retrato de George Washington y una bala de algodón. Una leyenda impresa sobre la bala de algodón rezaba así: «Derechos para los Estados y Libertad para el Sur. El Banco se compromete a pagar Un Dólar al portador». Los billetes no estaban muy bien impresos, y Bird sospechaba que sería fácil falsificarlos, y por esa razón tenía buen cuidado de cobrar su soldada mensual de treinta y ocho dólares en buenas y anticuadas monedas de plata.

La noche de su boda, cuando la escuela estaba ya barrida, bombeada el agua para

la mañana siguiente y apilada la leña junto a la estufa negra recién repintada, Bird pudo por fin cerrar la puerta principal, rodear las pilas de libros amontonadas en el pasillo y dedicar una tímida sonrisa a su flamante esposa. Sobre la mesa de la cocina había una botella de vino sobrante del festín de la boda.

—¡Vamos a bebérsela entera! —se frotó Bird las manos con júbilo anticipado. Lo cierto es que se sentía extraordinariamente tímido, hasta el punto de demorarse más de la cuenta en sus tareas del final de la jornada.

—¿Crees que podríamos comernos las sobras de la fiesta? —sugirió Priscilla, también tímida.

—¡Una idea genial! ¡Genial!

Thaddeus Bird se lanzó a la búsqueda de un sacacorchos. No ocurría a menudo que bebiera una botella de vino en su propia casa, de hecho apenas recordaba la última ocasión en que había disfrutado de tal lujo, pero estaba seguro de que en alguna parte guardaba un sacacorchos.

—Y me parece que podría ordenar también los cajones. —Priscilla observaba los intentos frenéticos de su marido por encontrar el sacacorchos en medio de un caos de cazuelas sin asas, sartenes agujereadas y bandejas abolladas que Bird había heredado del anterior maestro de escuela—. Si no te importa —añadió.

—¡Puedes hacer todo lo que quieras! Esta es tu casa, querida mía.

Priscilla ya había intentado alegrar aquella cocina desastrosa. Puso su ramillete de capullos de ciclamor en un jarrón y sujetó con agujas unas tiras de tela a cada lado de la ventana para improvisar unas cortinas, pero en cualquier caso los retoques apenas consiguieron aliviar la tristeza de aquella oscura habitación, baja de techo y sucia de humo, que contenía una estufa, una mesa, un hogar abierto con un horno de hierro para cocer pan, dos sillas y dos viejas cómodas en cuyos cajones se amontonaban platos desportillados, tazones, boles, jarras y los inevitables libros e instrumentos musicales rotos que Thaddeus Bird había ido acumulando. La iluminación de la cocina, como la del resto de la pequeña casa, consistía únicamente en velas, y Priscilla, consciente del coste de unas buenas velas de cera, sólo encendió dos al caer la noche. Seguía lloviendo con fuerza.

Por fin fue encontrado el sacacorchos y abierta la botella de vino, pero de inmediato Bird se declaró insatisfecho con los vasos.

—En alguna parte hay un par de copas decentes. Copas con tallo y pie. Como las que se usan en Richmond.

Priscilla no había estado nunca en Richmond, y se disponía ya a decir que dudaba de que las copas de Richmond mejoraran el sabor del vino, pero antes de que pudiera abrir la boca alguien llamó repetidamente a la puerta.

—¡Oh, no! ¡Es demasiado! ¡He dicho expresamente que no me molestaran hoy! —Bird se apartó con torpeza de la alacena en la que estaba inmerso en busca de las

copas de vino—. Davies no es capaz de encontrar los listados para la revista. ¡O ha perdido los libros de las pagas! ¡O es incapaz de multiplicar veinte centavos por ocho! No pienso abrir.

Davies era un joven teniente asignado como asistente a Bird para el papeleo relacionado con la Legión.

—Está lloviendo mucho —intercedió Priscilla por el desconocido que llamaba a la puerta.

—No me importa que llueva hasta inundar el planeta. No me importa que los animales se coloquen en fila de a dos para embarcar. Si no se puede dejar en paz a un hombre en el día de su boda, ¿qué esperanza nos queda de poder descansar? ¿Soy tan indispensable que me arrancan de tu compañía cada vez que el teniente Davies descubre que su educación es totalmente insuficiente para las exigencias de la vida moderna? Se educó en el Centre College de Kentucky. ¿Has oído hablar alguna vez de ese lugar? ¡Pues Davies presume de haber estudiado allí! ¡Presume! La razón por la que deba yo confiarle los libros del regimiento es algo que ignoro. Lo mismo podría confiarlos a un babuino. Deja que ese bobo se moje. Puede que su cerebro de Kentucky mejore pasado por agua...

Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes.

—Realmente me pregunto, querido... —murmuró Priscilla en tono de suave reproche.

—Si insistes... Eres demasiado amable, Priscilla, demasiado amable en realidad. Es un defecto femenino y por eso lo excuso, pero lo es. Demasiado amable.

Thaddeus Bird se adentró en el pasillo con una vela en la mano y, gruñendo aún, fue hasta la puerta principal.

—¡Davies! —gritó al tiempo que abría la puerta, y se interrumpió de pronto porque quien llamaba no era en absoluto el teniente Davies.

Era una joven pareja la que estaba delante de la puerta de la calle de Thaddeus Bird. Bird se fijó primero en la muchacha porque, incluso en la penumbra húmeda y ventosa que amenazaba con apagar la llama de la vela, su rostro era notable. Más que notable incluso, porque era, según constató Bird, realmente bella. Detrás de ella, un joven robusto sujetaba las riendas de un caballo cansado. El joven, poco más que un niño y todavía con la inocencia infantil impresa en el rostro, le pareció conocido.

—¿Se acuerda de mí, señor Bird? —preguntó esperanzado, pero por si acaso suministró la respuesta—: Soy Robert Decker.

—En efecto, en efecto.

Bird protegía la llama de la vela con la mano derecha, y observaba a sus visitantes.

—Nos gustaría hablar un momento con usted, señor Bird —dijo Robert, cortés.

—Ah —dijo Bird mientras buscaba una excusa para despedirles, pero no se le

ocurrió ninguna, de modo que se hizo a un lado y gruñó:

—Será mejor que entréis.

—¿Y el caballo, señor Bird? —preguntó Robert Decker.

—¡No podéis meterlo dentro! No seas bobo. ¡Oh, ya veo! Átalo a la anilla. Hay una anilla en alguna parte. Allí, al lado del escalón.

Por fin los dos jóvenes pasaron a la sala. La casa constaba de dos habitaciones en la planta baja, la cocina y la sala, y un dormitorio en el piso alto, al que se llegaba por una escalera situada en la escuela contigua. La sala tenía una chimenea, un sillón roto, un banco de madera procedente de la iglesia y una mesa abarrotada de libros escolares y partituras musicales.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos —comentó Bird a Robert Decker.

—Seis años, señor Bird.

—¿Tanto? —Bird recordó que la familia Decker se fue de Faulconer Court House después de que el padre participara en un intento de robo en Rosskill Road. Se habían refugiado en las montañas, y allí, a juzgar por las ropas de Robert, no habían prosperado—. ¿Cómo está tu padre? —preguntó Bird a Robert.

Decker dijo que su padre había muerto tras caer de un caballo desbocado.

—Y ahora estoy casado. —Decker, de pie y chorreante delante de la chimenea apagada, presentó con un gesto a Sally, que se había acomodado cautelosamente entre los mechones de crin que asomaban del sillón desvencijado de Bird—. Ésta es Sally —dijo Decker con orgullo—, mi esposa.

—Claro, claro.

Bird se sentía extrañamente incómodo, quizá por el extraordinario físico de Sally Decker. Sus ropas eran andrajos, la cara y el pelo estaban sucios, y los zapatos rotos estaban remendados con cordel, pero aun así su belleza quitaba la respiración como si se tratara de una de las muchachas que desfilaban en sus carruajes por la plaza del Capitolio de Richmond.

—No soy su esposa de verdad —dijo Sally rencorosa, intentando ocultar el anillo que lucía en el dedo.

—Sí que lo eres —insistió Decker—. Nos casó un ministro de la Iglesia, señor Bird.

—Bien, bien, lo que tú digas.

Bird, pensando en su propia esposa bendecida por un clérigo que le esperaba en la cocina, se preguntó qué sería lo que querían de él aquellos dos. ¿Educación? A veces un antiguo alumno venía a ver a Bird y le pedía unas clases para reparar los años de desatención o de pura y simple ausencia.

—He venido a verle, señor Bird, porque me han dicho que usted puede alistarme en la Legión —explicó Decker.

—¡Ah! —Bird, aliviado por lo común de aquella explicación, miró sucesivamente

la cara sincera del muchacho y la de la bella, ceñuda. Eran, pensó, una pareja disparatada, y se preguntó si la gente diría lo mismo de Priscilla y él mismo—. ¿Quieres alistarte en la Legión Faulconer, entonces?

—Eso quiero —dijo Decker, y la mirada que dirigió a Sally sugería que había sido ella, más que él, la inductora de ese deseo.

—¿Es por la enagua? —preguntó de pronto Bird, al ocurrírsele una idea repentina y desagradable.

—¿La enagua, señor Bird? —Decker parecía desconcertado.

—¿No has recibido una enagua? —preguntó Bird con énfasis, mientras se rascaba con la mano izquierda la barba hirsuta—. ¿No te la dejaron en la puerta?

—No, señor Bird.

Estaba claro que Decker pensaba que la pregunta del maestro de escuela demostraba en el mejor de los casos que era un excéntrico, y en el peor que estaba loco.

—Bien, bien.

Bird no dio más explicaciones. Durante las pasadas dos semanas, muchos hombres habían encontrado enaguas depositadas en los porches de sus casas o en sus carruajes. Todos eran hombres que no se habían presentado voluntarios a la Legión. Algunos estaban enfermos, otros eran el sostén de sus familias, y otros aún muchachos de futuro brillante, que estudiaban en colegios universitarios. Sólo unos pocos, muy pocos, podían ser considerados «tímidos», pero el regalo burlón de las enaguas los colocó a todos juntos en la categoría de los cobardes. El incidente dejó mal sabor de boca en la comunidad, dividida ahora entre los entusiastas de la guerra inminente y quienes creían que la fiebre bélica pasaría. Bird, que sabía muy bien de dónde habían salido las enaguas, guardó un silencio político.

—Sally dice que yo debería alistarme —explicó Decker.

—Si quiere ser un marido como es debido —dijo Sally—, ha de ponerse a prueba. Todos los demás hombres van a la guerra. O por lo menos, todos los hombres que son como es debido.

—Yo también quiero ir —siguió diciendo Robert Decker—, como ha hecho el padre de Sally. Sólo que él se pondrá furioso de verdad si se entera de que estoy aquí, y por eso quiero alistarme antes de ir al campamento. Entonces no podrá echarme, ¿verdad? No, si he firmado como es debido. Y quiero arreglar las cosas de forma que Sally pueda cobrar mi paga. Me han dicho que puede hacerse, ¿es así, señor Bird?

—Muchas esposas reciben la paga de sus maridos, sí. —Bird miró a la muchacha y se asombró otra vez de que tanta belleza hubiera florecido oculta en las montañas inhóspitas—. ¿Su padre está en la Legión? —preguntó.

—Thomas Truslow. —Pronunció el nombre con rabia.

—¡Buen Dios...! —Bird no pudo ocultar su sorpresa de que Truslow hubiese

engendrado a aquella muchacha—. Y su madre —añadió a modo de tanteo—, no estoy seguro de conocer a su madre, ¿es así?

—Ha muerto —dijo Sally desafiante, dando a entender que en cualquier caso no era un asunto de la incumbencia de Bird.

Y no lo era, concedió Bird, de modo que se dedicó a explicar a Decker que tendría que presentarse en el campamento de la Legión y buscar allí al teniente Davies. Estuvo a punto de añadir que dudaba de que pudiese hacerse alguna cosa antes de la mañana, pero se contuvo al pensar que la observación podría ser interpretada como una oferta de refugio a la pareja por esa noche.

—Davies, ése es tu hombre —dijo, y se levantó dando a entender que el asunto estaba concluido.

Decker vaciló.

—Pero si el padre de Sally me ve, señor Bird, antes de que haya firmado, ¡me matará!

—No está aquí. Se ha ido con el coronel. —Bird invitó a sus visitantes a dirigirse a la puerta—. Estás enteramente a salvo, Decker.

Sally se puso en pie.

—Sal a buscar el caballo, Robert.

—Pero...

—¡He dicho que salgas a buscar el caballo!

Escupió la orden de tal forma que el desventurado Decker se apresuró a afrontar otra vez la lluvia. Cuando estuvo segura de no ser oída, Sally cerró la puerta de la sala y se volvió de nuevo hacia Thaddeus Bird.

—¿Está aquí Ethan Ridley? —preguntó.

La mano de Thaddeus Bird se aferró nerviosa a su barba.

—No.

—¿Dónde está, entonces?

No había cortesía en su voz, sólo era una mera pregunta que insinuaba que podía dar rienda suelta a su mal humor si no tenía la respuesta adecuada.

Bird se sintió abrumado por aquella muchacha. Tenía una fuerza de carácter parecida a la de su padre, pero si la presencia de Truslow llevaba implícita una amenaza de violencia unida a una fuerza muscular considerable, la hija parecía poseer una fuerza de un carácter más sinuoso, aunque capaz de doblegar, retorcer y manipular a las personas en función de sus deseos.

—Ethan está en Richmond —respondió por fin Bird.

—Pero ¿dónde? —insistió ella.

Bird se sintió desconcertado por la intensidad de la pregunta, y aterrado por lo que implicaba. No tenía duda sobre el asunto que llevaba a la muchacha a buscar a Ethan, y lo desaprobaba con toda energía, pero se sintió incapaz de resistirse a sus

peticiones.

—Siempre se hospeda en la casa de su hermano. De su hermanastro, mejor dicho, en Grace Street. ¿Le escribo la dirección? Sabe leer, ¿no?

—No, pero otras personas lo harán si yo se lo pido.

Bird, con la sensación de estar haciendo algo malo, o por lo menos algo terriblemente falto de tacto, escribió la dirección de su amigo Belvedere Delaney en un pedazo de papel, y luego intentó aplacar su conciencia con una pregunta hecha en tono severo:

—¿Puedo preguntarle por qué motivo anda buscando a Ethan?

—Puede preguntarlo, pero poco que tendrá respuesta —dijo Sally, con una voz más parecida que nunca a la de su padre, y luego arrebató el papel de manos de Bird y lo guardó en algún lugar oculto de sus ropas empapadas. Llevaba dos vestidos raídos de confección casera teñidos de color caqui, dos delantales deshilachados, un chal descolorido, un gorro negro comido de polillas, y una tela impermeable a modo de capa. También llevaba una bolsa pesada de tela, lo que hizo pensar a Bird que se había presentado en su sala acompañada por todos sus bienes terrenales. Su único adorno era el anillo de plata de su mano izquierda, que a Bird le pareció antiguo y bastante fino. Sally respondió a la inspección de Bird con una mirada de desprecio de sus ojos azules; era evidente que consideraba insignificante al maestro de escuela. Se volvió para seguir a Decker a la calle, pero de pronto se detuvo y volvió atrás.

—¿Está aquí un tal señor Starbuck?

—¿Nate? Sí. Bueno, no exactamente aquí. Se fue con el coronel. Y con tu padre.

—¿Lejos?

—Bastante. —Bird intentó satisfacer su curiosidad con todo el tacto que le fue posible—. ¿Conoce al señor Starbuck, entonces?

—Qué diablos, sí. —Rio brevemente, pero no aclaró qué le había hecho gracia—. Es simpático —añadió como única explicación, y Thaddeus Bird, a pesar de estar tan recién casado como podía estarlo un hombre, sintió un repentino ataque de celos respecto de Starbuck. De inmediato se reprendió a sí mismo por una envidia tan indigna, y luego se maravilló de que fuera una hija de Truslow quien la provocaba—. ¿Es el señor Starbuck un predicador de verdad?

Sally frunció la frente mientras hacía a Bird aquella extraña pregunta.

—¡Un predicador! —exclamó Bird—. Es un teólogo, sin la menor duda. No le he oído predicar, pero no está ordenado, si es eso lo que quiere decir.

—¿Qué es estar ordenado?

—Se trata de una ceremonia supersticiosa que habilita a un hombre para administrar los sacramentos cristianos. —Bird se detuvo, preguntándose si no la habría escandalizado con su impiedad—. ¿Es algo importante?

—Para mí, sí lo es. ¿De modo que no es un ministro? ¿Es eso lo que ha querido

decirme?

—No, no lo es.

Sally sonrió, no a Bird sino a algún regocijo interior, y luego recorrió el pasillo y salió a la calle lluviosa. Bird vio subir a la muchacha a lomos del caballo, y se sintió como si le hubiera abrasado una llamarada feroz y repentina.

—¿Quién era? —llamó Priscilla desde la cocina, cuando oyó cerrarse la puerta principal.

—Problemas. —Thaddeus Bird pasó el cerrojo de la puerta—. Doble trabajo y problemas, pero no para nosotros, no para nosotros.

Llevó de nuevo la vela a la pequeña cocina, donde Priscilla disponía sobre una bandeja las sobras del festín de boda. Thaddeus Bird la interrumpió en su tarea, la estrechó entre sus flacos brazos y la abrazó mientras se preguntaba por qué había de abandonar aquella pequeña casa y a aquella buena mujer.

—No sé si debería ir a la guerra —dijo en voz baja.

—Debes hacer lo que desees —dijo Priscilla, y sintió que el corazón le daba un vuelco ante la idea de que tal vez su hombre no iría a ponerse delante de los cañones. Amaba y admiraba a aquel hombre torpe, difícil, inteligente, pero no lo veía como un soldado. Podía imaginar al guapo Washington Faulconer en el combate, o incluso al rutinario mayor Pelham, o a casi todos los jóvenes robustos que llevaban al hombro el fusil con el mismo aplomo con el que antes habían llevado una pala o un rastrillo, pero era incapaz de visualizar a su irascible Thaddeus en el campo de batalla—. No sé por qué se te ha ocurrido alguna vez ser militar —dijo, pero en un tono muy suave, para que él no considerara sus palabras como una crítica.

—¿No sabes por qué? —preguntó Thaddeus, y luego respondió a su propia pregunta—. Porque tengo la sensación de que puedo ser un buen militar.

Priscilla casi se echó a reír, pero vio que su flamante marido hablaba en serio.

—¿De verdad?

—La milicia consiste sencillamente en aplicar la fuerza con inteligencia, y yo, pese a todos mis defectos, soy inteligente. También creo que todo hombre necesita descubrir una actividad en la que sea capaz de destacar, y yo he de lamentarme continuamente de no haber encontrado nunca la mía. Puedo escribir una prosa elegante, es verdad, y no soy un mal flautista, pero esas son virtudes bastante corrientes. No, tengo que descubrir una tarea en la que pueda demostrar maestría. Hasta ahora he sido un timorato demasiado prudente.

—Deseo con todas mis fuerzas que sigas siendo prudente —dijo Priscilla con firmeza.

—No tengo intención de convertirte en una viuda —son— rió Bird. Se dio cuenta de que su esposa se sentía desgraciada, de modo que tomó asiento y le sirvió un poco de vino en una copa inadecuada, sin tallo—. Pero no has de preocuparte —le dijo—,

porque apuesto a que todo se quedará en agua de borrajas. No puedo imaginarme que haya ninguna batalla seria. Todo se reducirá a unos cuantos desfiles y fanfarronadas para la galería, mucho ruido y pocas nueces, y al final del verano todos volveremos a casa a presumir de nuestro valor, y las cosas no serán muy diferentes a como son ahora. Pero, querida, para quienes de entre nosotros no se suban al carro de esa farsa, el futuro será muy negro.

—¿Por qué?

—Porque nuestros vecinos nos considerarán cobardes si nos negamos a sumarnos a ellos. Somos como hombres obligados a bailar en una fiesta por mucho que aborrezcan el baile y ni siquiera les guste demasiado la música, pero que han de esforzarse en hacer unas cuantas cabriolas si quieren asegurarse un asiento para la cena que vendrá después.

—¿Te da miedo que Washington te envíe unas enaguas? —Priscilla hizo la pregunta en un tono de voz humilde.

—Me asusta —contestó Bird con sinceridad— no ser lo bastante bueno para ti.

—No me hace falta una guerra para que me demuestres lo bueno que eres.

—Pero parece que de todos modos va a haber una, y tu viejo marido va a asombrarte con sus hazañas. ¡Demostraré ser un Galaad, un Roldán, un George Washington! No, ¿por qué tanta modestia? ¡Seré un Alejandro!

Bird había hecho reír a su esposa con su bravuconada, y luego la besó, y después le puso en la mano la copa de vino y la hizo beber.

—Seré tu héroe —dijo.

—Estoy asustada —dijo Priscilla Bird, y su marido no supo si se refería a la noche próxima o a lo que les reservaba el verano en su conjunto, de modo que le tomó la mano, la besó, y le prometió que todo iba a ir bien. Mientras, la lluvia seguía cayendo en la oscuridad.

Capítulo 6

Empezó a llover en el momento en que el tren se detenía rechinando en medio de fuertes pitidos, con el gran rastrillo delantero en forma de falda de la locomotora apenas a veinte pasos del lugar en que Truslow había levantado los raíles. El humo que brotaba de la alta y bulbosa chimenea era arrastrado hacia el río por el viento cargado de lluvia. Silbó un instante el vapor en una válvula, y luego los dos maquinistas fueron obligados a salir de su cabina por uno de los hombres de Truslow.

Starbuck había vuelto ya al puente para dar la noticia de la llegada del tren al coronel que, de pie al lado del río que corría veinte metros más abajo, quiso saber por qué razón la aparición de un tren había de retrasar la destrucción del puente. Starbuck no supo qué responder.

—¡Dile a Hinton que vuelva a cruzar el puente ahora mismo! —Faulconer hizo bocina con las manos para gritar la orden a Starbuck. Parecía furioso—. ¿Me oyes, Nate? ¡Quiero a todo el mundo aquí ahora mismo!

Starbuck rodeó la barricada y vio a los maquinistas en tierra, de espaldas a las grandes ruedas tractoras de la locomotora. El capitán Hinton hablaba con ellos, pero se volvió al oír acercarse a Starbuck.

—¿Por qué no vas a ayudar a Truslow, Nate? Está tratando de que le abran el furgón.

—El coronel quiere a todo el mundo al otro lado del puente, señor. Parece cosa urgente.

—Ve y dile eso a Truslow —sugirió Hinton—. Yo te esperaré aquí.

La locomotora siseante olía a humo de leña, hollín y grasa. Tenía un letrero enmarcado en bronce encima de la rueda tractora delantera, con el nombre *Swiftsure* en metal incrustado. Detrás de la locomotora estaba el ténlder, repleto de leña cortada, y a continuación cuatro vagones de pasajeros, un furgón cerrado y el vagón de servicio. Los guardias se habían encerrado en este último, y mientras Starbuck caminaba a lo largo de un costado del tren detenido, Truslow empezó a disparar contra ese vagón.

Varias mujeres chillaron al oír los disparos.

—Usa la pistola si alguien crea problemas —gritó Hinton a Starbuck.

Starbuck casi se había olvidado del enorme revólver Savage de doble gatillo que había llevado encima desde el día en que partió a caballo para traerse a Truslow de las montañas. Ahora desenfundó el largo cañón. Pasó bajo los vagones, cuyas pequeñas chimeneas de la calefacción exhalaban delgados hilos de humo que el viento húmedo y frío desvanecía. Algunas de las cajas de los ejes de los vagones estaban tan calientes que el agua de la lluvia, al caer sobre el metal, se evaporaba al instante despidiendo un chisporroteo. Los pasajeros miraban a Starbuck desde detrás

de los vidrios surcados de gotas de lluvia y hollín, y sus miradas hicieron que Nathaniel Starbuck se sintiera extrañamente heroico. Estaba sucio, despeinado y sin afeitarse, pero bajo la mirada de los pasajeros se transformó en un gallardo proscrito como los jinetes que galopaban por los brezales en los libros de sir Walter Scott. Detrás de los cristales sucios de las ventanillas del tren, quedaba el mundo respetable, civilizado, que aún no hacía seis meses habitaba Starbuck, mientras que allí fuera estaban las incomodidades y los peligros, el riesgo y la tentación, y por eso pasó delante de los asustados pasajeros con todo el orgullo que puede mostrar un joven. Una mujer se tapó la boca con la mano, como espantada al ver su rostro, y un niño frotó el cristal para eliminar el vaho y poder ver mejor a Starbuck. Starbuck le saludó con la mano y el niño se echó atrás, asustado.

—¡Te colgarán por esto! —gritó un hombre de patillas de hacha desde una ventanilla abierta, y aquella furiosa amenaza hizo que Starbuck se diera cuenta de que los pasteros habían tomado a los asaltantes de Faulconer por vulgares ladrones de trenes. Encontró la idea absurdamente halagadora, y soltó una carcajada.

—¡Te colgarán! —gritó de nuevo el hombre, y uno de los asaltantes que habían entrado en el tren le dijo que se sentara y cerrara el pico.

Starbuck llegó al vagón de cola en el momento en que uno de los hombres encerrados dentro le gritaba a Truslow que dejara de disparar. Truslow, armado con un revólver, había estado trabajando el costado del vagón con toda tranquilidad, colocando una bala en uno de cada tres tablones y obligando de ese modo a retroceder a los guardias hacia la parte trasera del vagón, pero ahora, al ver que la siguiente bala iba a alcanzar sin la menor duda a uno de ellos, los hombres del interior gritaron que se rendían. La puerta se abrió con mucha cautela, y dos hombres de edad mediana, uno flaco y el otro gordo, aparecieron en la plataforma del vagón.

—Ni siquiera tenía por qué estar en este tren —gimió el hombre gordo a Truslow—. Sólo había venido a acompañar aquí a Jim. ¡No me dispare, señor, tengo mujer e hijos!

—¿La llave del furgón? —preguntó Truslow al hombre flaco en tono aburrido.

—Aquí la tiene, señor.

El hombre flaco, que llevaba el uniforme de guardia, sostuvo en alto un pesado manojo de llaves, y luego, a una seña de Truslow, lo dejó caer al suelo. El guardia, igual que Truslow, daba la impresión de haber pasado por el mismo trance en otras ocasiones.

—¿Qué hay en este vagón? —preguntó Truslow.

—No gran cosa, en realidad. Herramientas sobre todo. Algo de plomo.

El guardia se encogió de hombros.

—Echaré un vistazo de todos modos —dijo Truslow—, así que fuera vosotros dos. —Truslow estaba muy tranquilo. Incluso se enfundó el revólver descargado en el

cinto mientras los dos hombres saltaban a las piedras del tendido férreo—. Las manos arriba. Bien alto —ordenó Truslow, y luego hizo una seña a Starbuck—. Regístrales. Estás buscando armas.

—¡He dejado la mía dentro! —dijo el guardia.

—Busca, chico.

Starbuck se sintió incómodo porque, tan de cerca, podía incluso oler el terror del hombre gordo. Aquel hombre llevaba cruzado sobre el vientre un reloj de cadena barato, chapado en oro y con varios cierres.

—Llévese el reloj, señor —dijo cuando la mano de Starbuck tropezó con los cierres—, adelante señor, lléveselo, por favor.

Starbuck apartó la mano del reloj. El cuello del hombre gordo empezó a temblar de forma incontrolable cuando Starbuck le vació los bolsillos. Había una petaca de licor, cigarros, dos pañuelos, una caja con yesca, un puñado de monedas y un libro de bolsillo.

—No hay armas —dijo Starbuck cuando acabó de registrar a los dos hombres.

Truslow asintió.

—¿Algún soldado de donde venís, chicos?

Los dos hombres tardaron unos instantes en contestar, como si se prepararan para mentir, y luego el guardia asintió.

—Hay un buen montón de ellos diez millas más abajo. Puede que sean cien soldados de caballería, de Ohio. Dijeron que esperaban un ataque de los rebeldes. —Hizo una pausa y frunció la frente—. ¿Son ustedes rebeldes?

—Sólo ladrones de trenes —dijo Truslow, e hizo una pausa para escupir un chorro de jugo de tabaco—. Ahora empezad a caminar hacia esos soldados, chicos.

—¿Caminar? —preguntó el hombre gordo, horrorizado.

—Caminar —insistió Truslow—, y sin mirar atrás, o empiezo a disparar. Caminad entre los raíles, muy despacio y sin pararos. Os estoy vigilando. ¡Empezad ya!

Los dos hombres empezaron a caminar. Truslow esperó a que estuvieran fuera del alcance de la voz, y volvió a escupir.

—Parece que alguien estaba enterado de que veníamos.

—Yo no se lo he contado a nadie —dijo Starbuck a la defensiva.

—No he dicho que lo hayas contado tú, y tampoco lo pienso. ¡Diablos, el coronel lleva días hablando de esta incursión! Lo raro es que no esté la mitad del ejército de los Estados Unidos esperándonos. —Truslow trepó al vagón de servicio y desapareció en el interior en penumbra—. ¿Sabes? —siguió diciendo, ya dentro del vagón—, hay gente que cree que eres un espía. Sólo porque eres yanqui.

—¿Quién dice eso?

—Sólo gente. No tienes por qué preocuparte. No tienen otra cosa de que hablar, y

por eso se preguntan qué diablos está haciendo un yanqui en un regimiento de Virginia. ¿Quieres café de la estufa de aquí dentro? Está templado. Caliente no, sólo templado.

—No.

Starbuck se sintió ofendido de que se dudase de su lealtad. Truslow reapareció en la plataforma trasera con la pistola del guardia y una taza de latón con café. Comprobó que la pistola estaba cargada y vació la taza de un trago antes de saltar de nuevo a la vía.

—Bien. Ahora vamos a registrar los vagones de los pasajeros.

—¿No deberíamos marcharnos? —sugirió Starbuck.

—¿Marcharnos? —Truslow frunció el entrecejo—. ¿Por qué diablos íbamos a marcharnos? Acabamos de parar este hijoputa de tren.

—El coronel quiere que crucemos el puente ya. Está a punto de volarlo.

—El coronel puede esperar —dijo Truslow, y señaló a Starbuck los vagones de pasajeros—. Empezaremos por el último vagón. Si algún bastardo nos da problemas, dispárale. Si una mujer o un niño se pone a gritar, dale una bofetada para que se calle. Los pasajeros son como las gallinas. Si les dejas alborotarse arman un jaleo del infierno, pero con un poco de mano dura se están quietecitos y callados. Y no cojas nada muy pesado porque tendremos que cabalgar deprisa. Dinero, joyas y relojes, eso es lo que buscamos.

Starbuck se quedó petrificado.

—¡No irás a robar a los pasajeros!

Aquella idea le produjo una auténtica conmoción. Una cosa era pasear delante del tren como un filibustero bajo la mirada de los asustados pasajeros, y otra muy distinta quebrantar el sexto mandamiento. Las peores palizas que había recibido Starbuck en su vida fueron castigos por robar. Cuando tenía cuatro años, se comió las almendras de un pote de la cocina, y dos años después se llevó un barco de madera del baúl de los juguetes de su hermano mayor, y en las dos ocasiones el reverendo Elial le había azotado hasta hacer brotar la sangre. Desde entonces hasta que Dominique le convenció de que robara el dinero del mayor Trabell, Starbuck había sentido terror por el robo, y las consecuencias de haber ayudado a Dominique sólo contribuyeron a reforzar las lecciones de la infancia de que robar era un crimen terrible que Dios castigaba con severidad.

—No puedes robar —dijo a Truslow—. No puedes...

—¿Esperas que les compre sus pertenencias? —preguntó Truslow burlón—. Vamos, no te entretengas.

—¡No voy a ayudarte a robar! —Starbuck se mantuvo firme. Había pecado mucho en las últimas semanas. Había cometido el pecado de desear a la mujer del prójimo, había consumido bebidas alcohólicas, había hecho una apuesta, había

faltado al honor de su padre y su madre, y no había guardado la fiesta del día del Señor, pero no iba a convertirse en un ladrón. Sólo había ayudado a Dominique a robar porque ella le convenció de que era dinero que le debían, pero no iba a ayudar a Truslow a robar a los inocentes pasajeros del tren. Muchos de sus pecados le parecían dudosos y difíciles de evitar, pero un atraco como aquél era un pecado absoluto e innegable, y Starbuck no tenía intención de dar un paso más por el resbaladizo camino del infierno al añadir aquella transgresión a la funesta y larga lista de sus pecados.

Truslow se echó a reír.

—Siempre se me olvida que eres un predicador. O medio predicador. —Pasó a Starbuck el mazo de llaves—. Una de éstas abre el furgón. Entra y busca. No tienes que robar nada —el sarcasmo era muy acentuado—, pero puedes mirar si hay suministros militares y si ves alguna otra cosa que valga la pena «confiscar», y también puedes decirme lo que has encontrado. Y toma esto.

Truslow sacó de la vaina su enorme cuchillo de caza y se lo tendió a Starbuck. Starbuck no acertó a tomarlo, pero se inclinó a recogerlo del suelo donde había caído.

—¿Para qué es?

—Para rebanar pescuezos, chico, pero puedes utilizarlo para abrir las cajas. A menos que tengas intención de desclavarlas con los dientes.

El pesado cerrojo de bronce de la puerta corredera del furgón estaba a más de dos metros de altura sobre la vía, pero un estribo herrumbroso de hierro indicó a Starbuck cómo podía llegar hasta él. Se subió al estribo y se agarró como pudo al asa mientras probaba las llaves. Cuando por fin encontró la correcta, abrió el cerrojo, empujó a un lado la pesada puerta y entró.

El vagón estaba lleno de cajones de madera y sacos. Los sacos podían abrirse con más facilidad que los cajones, y resultó que contenían grano, aunque Starbuck no tenía ni idea de qué género. Hizo correr el grano entre los dedos y luego examinó los cajones apilados y se preguntó cómo podría registrarlos todos. Lo más fácil sería tirarlos al suelo, pero probablemente eran de propiedad privada y no quería correr el riesgo de romper nada. La mayor parte de los cajones tenían impreso como destino un almacén de Baltimore o de Washington, prueba de que la ocupación de Harper's Ferry no había puesto fin del todo al tráfico federal a través de las montañas. Uno de los cajones destinados a Washington estaba pintado de negro y llevaba a un lado una leyenda torpemente escrita: «1.000 cartuchos rifle mosquete 69IN».

Eso por lo menos tenía que ser material bélico, y por tanto una presa legítima. Utilizó el cuchillo mellado para cortar las cuerdas que sujetaban la pila de cajones, y luego empezó a volcar los colocados más arriba sobre los sacos de grano. Le llevó sus buenos cinco minutos llegar a la caja pintada de negro, y más tiempo aún levantar la tapa bien claveteada, para descubrir finalmente que en efecto guardaba cartuchos

de papel, cada uno de los cuales contenía una bala y una medida de pólvora. Starbuck hizo lo que pudo para clavar de nuevo la tapa, y luego arrojó la caja a la vía desde el furgón. Todavía llovía, de modo que remachó la tapa de la caja con el tacón de su bota derecha, para no dejar resquicios por los que se colara la humedad.

Había otro cajón pintado de negro debajo de otra pila, de modo que volvió a subir al furgón y movió aún más cajones, hasta que pudo extraer el segundo, que, como el anterior, llevaba un rótulo pintado indicando que también contenía cartuchos. Colocó el cajón sobre el primero, y volvió a subir al furgón para continuar su laboriosa búsqueda.

—¿Qué demonio estás haciendo, chico?

Truslow había aparecido en la puerta del furgón. Llevaba una gran bolsa de piel en la mano derecha y la pistola del guardia en la izquierda.

—Son cartuchos. —Starbuck señaló los dos cajones colocados al lado de Truslow—, y creo que por aquí debe de haber más.

Truslow levantó la tapa del cajón más próximo, miró el interior y escupió jugo de tabaco sobre los cartuchos.

—No sirven para nada más que las ubres a un toro.

—¿Cómo?

—Son punto seis nueve como los que utilicé en México. Los rifles que compró el coronel en Richmond son cinco ocho.

—Ah.

Starbuck sintió que se ruborizaba de vergüenza.

—¿Puedes prenderles fuego? —sugirió Truslow.

—¿No es posible aprovecharlos?

—Nosotros no, chico. —Truslow se encajó el revólver en el cinto, sacó uno de los cartuchos y mordió la bala—. Es grande la hija de puta, ¿verdad? —Mostró la bala a Starbuck—. ¿No hay nada de valor por ahí?

—Hasta ahora sólo he encontrado las balas.

—También Jesús lloró, chico. —Truslow dejó caer la pesada bolsa de piel, que resonó ominosamente al dar en el suelo, y luego trepó al furgón y quitó a Starbuck el cuchillo de caza de las manos.

—He tenido que sacar a nuestros muchachos de los coches antes de que a los pasajeros empezaran a ocurrírseles ideas. Les quité tantas pistolas como pude, pero algunos de esos hijos de puta las tienen bien escondidas. Siempre aparece algún bastardo que quiere hacerse el héroe. Recuerdo a un tipo joven en el Orange and Alexandría, hará un par de años. Creyó que me iba a capturar.

Escupió despectivo.

—¿Qué ocurrió?

—Acabó el viaje en el vagón de servicio, chico. Tendido boca arriba y cubierto

con una lona.

Mientras hablaba, Truslow iba arrancando las tablas de las tapas de los cajones, echaba una ojeada maldiciente al interior y lo tiraba todo fuera del tren. Una caja de platos de porcelana con lirios pintados fue a estrellarse contra los raíles. Le siguió un revoltijo de ropas, luego un cajón con cacerolas de aluminio y un envío de delicados chales de muselina. Había empezado a llover con más intensidad, y las gotas tamborileaban en el techo de madera del furgón.

—¿No deberíamos irnos? —preguntó Starbuck nervioso.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. El coronel Faulconer está esperando a volar el puente.

—¿A quién le importa el puente? ¿Cuánto crees que tardarán en reconstruirlo?

—El coronel dice que varios meses.

—¡Meses! —Truslow revolvía una caja de ropa en busca de alguna prenda que le gustara. Decidió que no había nada que valiera la pena, y arrojó el cajón al exterior—. Yo podría reconstruir esos pilotes en una semana. Dame a diez hombres y acabaré el trabajo en dos días. Faulconer no distingue una cagada de pato del polvo de oro, chico. —Arrojó fuera un barril de soda y otro de almidón—. Aquí no hay nada —gruñó, y saltó al suelo. Miró al oeste, pero el paisaje estaba desierto—. Ve al vagón de servicio, chico —ordenó a Starbuck—, y tráeme brasas de carbón.

—¿Qué vas a hacer?

—Si vuelves a hacerme otra maldita pregunta, creo que te pegaré un tiro. Ve de una vez y tráeme esas malditas brasas. —Truslow subió los dos cajones de cartuchos del calibre 69 al furgón, mientras Starbuck trepaba al interior del vagón, donde todavía ardía una pequeña estufa panzuda. Había un cubo de cinc lleno de carbón junto a la estufa. Tiró el carbón, y utilizó un hurgón para abrir primero la portezuela de la estufa y luego para meter un puñado de carbones al rojo en el cubo vacío.

—Bien —dijo Truslow cuando volvió Starbuck—. Echa esas brasas sobre los cartuchos.

—¿Vas a incendiar el vagón?

La lluvia producía un silbido agudo al caer sobre las brasas.

—¡Por el amor de Dios! —Truslow se apoderó del cubo y desparramó el carbón sobre los cartuchos. Durante un segundo, los carbones brillaron en medio de los tubos de papel, luego explotó el primer cartucho con un estampido sordo y de pronto toda la pila de munición se convirtió en una cegadora, explosiva y temblorosa masa de fuego.

Truslow recogió su bolsa de piel, y luego hizo seña a Starbuck de que se alejase.

—¡Vámonos! —gritó Truslow a los dos hombres que había dejado en el último vagón de pasajeros.

A medida que los hombres de guardia en cada vagón se unían al grupo, advertían

a los pasajeros que dispararían sobre cualquiera que saliera del tren e intentara seguir a los asaltantes. La mayoría de éstos iban cargados con bolsas o sacos, y todos tenían el aspecto de hombres satisfechos con el trabajo hecho. Algunos caminaban hacia atrás con las pistolas desenfundadas para asegurarse de que ninguno de los pasajeros intentaba hacerse el héroe.

—El problema será cuando pasemos al otro lado de la barricada —advirtió Truslow—. ¿Tom? ¿Micky? Quedaos atrás conmigo. ¡Capitán Hinton! ¡Haga subir a los maquinistas!

Hinton indicó a los maquinistas que subieran a la cabina de la locomotora, y luego siguió al grupo con el revólver desenfundado. Un segundo después la gran máquina soltó un gran chorro de vapor, hubo un gigantesco estruendo metálico y de pronto todo el tren saltó adelante. El furgón estaba ahora envuelto en llamas, y despedía una humareda negra que se deshilachaba entre las ráfagas de lluvia.

—¡Vamos! —gritó Truslow al capitán Hinton.

La locomotora dio otro brusco salto adelante, y de la chimenea brotaron pequeñas nubecillas de humo grisáceo. Una pavesa de hollín caliente fue a aterrizar de pronto en la mejilla de Starbuck. Hinton, sonriente, gritó algo al maquinista, que debió de empujar a fondo la palanca de la marcha porque el tren avanzó por la vía y hundió el rastrillo delantero en la barricada. Saltaron por el aire piedras y astillas de troncos. Las cuatro ruedas tractoras, cada una de ellas de un diámetro de metro ochenta, resbalaban y chirriaban, pero encontraron suficiente tracción para, pulgada a pulgada, hacer avanzar la monstruosa máquina con agonizantes temblores a medida que las pequeñas ruedas delanteras pasaban por encima de los restos de la barricada. El rastrillo se hizo pedazos entre crujidos de metal roto.

Hinton hizo un gesto con el revólver, y el maquinista tiró de la palanca a fondo; la locomotora de treinta toneladas se encabritó como un gran animal herido y se escoró hacia un lado. Starbuck tuvo miedo de que cayera garganta abajo hasta el río, arrastrando tras de sí todos los vagones, pero en ese momento, para su alivio, la enorme máquina descarriló y quedó clavada. Empezó a brotar vapor por el costado más alejado. Una de las pequeñas ruedas delanteras giró en el aire, por encima de la tierra removida, mientras las ruedas tractoras del otro lado de la máquina abrían un surco de un pie de hondo en el lecho de la vía antes de que el maquinista desconectara los pistones y más vapor aún brotara al aire lluvioso.

—¡Pegad fuego al tender! —aulló Truslow, y Hinton ordenó a uno de los maquinistas que sacara una palada de leños al rojo de la caldera y los arrojara sobre el combustible del tender—. ¡Más! —insistió Truslow—, ¡más!

Truslow había encontrado el grifo de salida del tanque de agua y lo abrió. El agua empezó a salir por un extremo del tender, mientras el otro empezaba a arder con tanta fiereza como el furgón.

—¡Vámonos! —gritó Truslow—. ¡Vámonos!

Los asaltantes pasaron al otro lado de la barricada y corrieron hacia el puente. Truslow se quedó atrás con dos hombres para impedir cualquier intento de persecución, mientras el capitán Hinton iba a la cabeza de los demás por los estrechos tablones tendidos junto a los raíles sobre los pilotes del puente. El coronel Faulconer esperaba en el otro lado y gritó a los hombres de Hinton que se dieran prisa.

—¡Encienda el fuego, Medlicott! —gritó Faulconer en dirección a la garganta—. ¡Deprisa! —llamó a Hinton—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué os ha entretenido tanto tiempo?

—¡Teníamos que asegurarnos de que el tren no volvía atrás a buscar ayuda! —dijo el capitán Hinton.

—¡Nadie obedece las órdenes aquí! —El coronel había dado la orden de retirada por lo menos un cuarto de hora antes, y cada segundo de retraso había sido un insulto a su ya frágil autoridad—. ¡Starbuck! —gritó—. ¿No te ordené que trajeras de regreso a los hombres?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué diablos no lo has hecho?

—Ha sido culpa mía, Faulconer —intervino Hinton.

—¡Te di una orden, Nate! —gritó el coronel. Los demás hombres ya habían montado a caballo, todos excepto Medlicott, que había prendido fuego a la masa de combustible amontonado junto al pilote del puente—. ¡Ahora la mecha! —gritó el coronel.

—¡Truslow! —rugió el capitán Hinton a los tres hombres que aún estaban al otro lado de la garganta.

Truslow, con la bolsa de piel en la mano, fue el último hombre en apartarse de la barricada. Al cruzar el puente, fue arrojando a patadas los tablones laterales para dificultar la persecución. Sonó un disparo al otro lado de la barricada, y el humo de la pólvora se desvaneció al instante, empujado por la brisa. La bala chocó con un raíl del puente y silbó al cruzar de rebote el río. Sobre el ramal norte flotaban a baja altura dos densas columnas de humo negro y acre que provenían de lo que quedaba del furgón y el tender.

—¡Mecha encendida! —gritó Medlicott, y empezó a trepar por la ladera de la garganta. Detrás de él se formó una nubecilla de humo que seguía el curso serpenteante de la mecha por la ladera, en dirección al enorme montón de troncos y ramas apilado en torno a los barriles de pólvora.

—¡Deprisa! —gritó el coronel. Un caballo relinchó y retrocedió un par de pasos. Más hombres disparaban desde la barricada, pero Truslow ya había cruzado el puente y estaba fuera del alcance eficaz de los revólveres.

—¡Vamos, hombre! —gritó Washington Faulconer. Truslow seguía cargado con

su bolsa de piel, y todos los demás hombres de Hinton tenían bolsas parecidas. Faulconer debió de comprender al ver aquellas bolsas pesadas la razón por la que su orden de retirada había sido ignorada durante tanto tiempo, pero no dijo nada. El sargento Medlicott, cubierto de barro y empapado, emergió en el borde de la garganta y puso el pie en el estribo en el momento en que la mecha humeante se internaba en el montón de maleza. Truslow se instaló también en su silla de montar, y Faulconer dio media vuelta.

—¡Adelante!

El grupo se apartó del puente del ferrocarril. El fuego encendido en la garganta debía de haber prendido, porque un humo denso ascendía por la estructura del puente, pero la pólvora no había explotado aún.

—¡Vamos! —urgió Faulconer, y tras él los caballos treparon trabajosamente por la resbaladiza ladera embarrada, hasta que finalmente los árboles les dejaron fuera de la vista del tren; aunque algunas balas perdidas seguían silbando entre las hojas y las ramas, ningún hombre de la Legión resultó herido.

Faulconer se detuvo en la cresta y se volvió a mirar hacia el tren descarrilado. Las llamas del furgón y el tender se habían extendido al resto de los vagones, y los pasajeros, mojados y cariacontecidos, subían ahora por la ladera embarrada para alejarse del peligro. Los largos vagones de pasteros sirvieron de efecto chimenea, y el fuego se extendió a todo el convoy, hasta que las ventanillas se rompieron, dejando asomar lenguas de fuego que lamían ansiosas la lluvia que continuaba cayendo.

El tren era una ruina ardiente, con la locomotora descarrilada y los vagones destruidos, pero el puente, que había sido el objetivo de la incursión, seguía en pie. La mecha no había hecho detonar la pólvora, probablemente porque estaba demasiado húmeda, y el fuego que se suponía que había de secar la pólvora y hacerla explotar si la mecha fallaba, ahora sucumbía ante la lluvia y el empuje del viento húmedo.

—Si hubieras obedecido mis órdenes —riñó con amargura el coronel a Starbuck—, habríamos tenido tiempo de volver a cebar las cargas.

—¿Yo, señor? —Starbuck estaba atónito ante lo injusto de la acusación. También el capitán Hinton se sorprendió al oír las palabras del coronel.

—Ya te he dicho, Faulconer, que ha sido culpa mía.

—No te di la orden a ti, Hinton. Se la di a Starbuck, y la orden fue desobedecida.

Faulconer hablaba con una furia fría, contenida. Luego hizo girar de nuevo a su caballo y le clavó las espuelas. El caballo relinchó y dio un brusco salto adelante.

—Maldito yanqui —dijo en voz baja el sargento Medlicott, y siguió a Faulconer.

—Olvídalo, Nate —dijo Hinton—. No ha sido culpa tuya. Yo hablaré al coronel en tu favor.

Starbuck todavía no podía creer que le echaran la culpa del fracaso del ataque.

Cabalgaba aturdido, pensando en las injustas acusaciones del coronel. Abajo, en la línea férrea, inconscientes de que un puñado de los asaltantes todavía les estaban viendo, algunos de los pasajeros del tren examinaban los pilotes del puente intacto mientras otros habían empezado a retirar la barricada de la vía levantada. El fuego de la garganta parecía haberse extinguido por completo.

—Está acostumbrado a hacer su voluntad. —Truslow había colocado su caballo junto al de Starbuck—. Cree que puede comprar todo lo que desea y tenerlo en perfecto estado desde el principio.

—¡Pero yo no he hecho nada incorrecto!

—No hacía falta que lo hicieras. Quiere a alguien a quien poder echar la culpa. Y sabe que por mucho que te abronque, no vas a contestarle. Por eso te ha elegido a ti. No iba a echarme la bronca a mí, ¿no te parece?

Truslow espoleó a su montura y se adelantó. Starbuck volvió a mirar en dirección al río. El puente estaba intacto y la incursión de la caballería, que pretendía ser una victoria gloriosa para dar comienzo a la cruzada triunfante de la Legión, se había convertido en una farsa sucia de barro y calada por la lluvia. Y las culpas recaían sobre Starbuck.

—Al infierno —juró en voz alta, desafiando a su Dios, y luego dio media vuelta y siguió a Truslow hacia el sur.

* * *

—¿De verdad es posible? —Belvedere Delaney tenía un ejemplar de cuatro días atrás del *Wheeler Intelligencer*, traído a Richmond desde Harper's Ferry. Aunque el *Intelligencer* era un periódico virginiano, estaba manifiestamente a favor de la Unión.

—¿Qué? —Ethan Ridley estaba distraído, y no le interesaba lo más mínimo cualquier información que pudiera traer el periódico.

—Ladrones detuvieron tren de pasajeros miércoles pasado, un hombre herido, locomotora temporalmente descarrilada. —Delaney resumía la historia mientras ojeaba la columna escrita—. Cuatro vagones incendiados, robo de furgón y pasajeros, raíles arrancados y vueltos a colocar día siguiente. —Miró a Ridley a través de las medias lunas de sus gafas de leer con montura de oro—. ¿De verdad no te parece que esto puede ser la primera gran victoria de tu Legión Faulconer?

—No me suena a cosa de Faulconer. Escúchame, Bev...

—No, escúchame tú a mí. —Los hermanastros estaban en los aposentos de Delaney en Grace Street. Las ventanas de la sala se abrían, a través de las cortinas de terciopelo, a la graciosa aguja de la torre de Saint Paul y, más allá, al elegante edificio blanco del Capitolio, ahora sede del gobierno provisional confederado—. Escucha, porque voy a leerte la mejor parte —dijo Delaney con una fruición exagerada—.

«Podría pensarse, a la vista de su despreciable comportamiento, que los patanes que asaltaron el tren el miércoles eran simples ladrones vagabundos, pero los ladrones no intentan destruir los puentes del ferrocarril, y ha sido ese torpe intento vandálico lo que ha convencido a las autoridades de que los bandidos eran agentes sudistas y no criminales comunes, aunque no acabamos de percibir cabalmente la diferencia entre unos y otros». ¿No es delicioso, Ethan? «El mundo entero ha podido tomar buena nota, ahora, de cuáles son las maneras de los sudistas, por la bravura con la que los rebeldes han perpetrado el robo a mujeres, han asustado a niños y han fracasado abyectamente en su intento de destruir el puente de Anakansett, el cual, aunque ligeramente ahumado, estaba en perfectas condiciones para ser usado el mismo día siguiente». ¡Ligeramente ahumado! ¿No es divertido, Ethan?

—¡No, maldita sea, no!

—Pues a mí me parece muy divertido. Veamos la continuación: audaz persecución por parte de la caballería de Ohio, obstaculizada por las lluvias y ríos desbordados. Los villanos se esfumaron, de modo que está claro que la persecución no fue lo bastante audaz. Se cree que los asaltantes se retiraron en dirección este, hacia el valle del Shenandoah. «Nuestros hermanos de la Virginia oriental, a los que tanto gusta presumir de su superior grado de civilización, parecen haber enviado a esos hombres como emisarios de su tan pregonada superioridad. Si eso es lo mejor que cabe esperar de sus técnicas de combate, entonces podemos estar seguros de que la crisis de la nación será breve y en pocas semanas habrá quedado restaurada la gloriosa Unión». ¡Oh, espléndido! —Delaney se quitó las gafas de leer y sonrió a Ridley—. No ha sido una exhibición muy convincente, si se trataba de tu futuro suegro. ¿Un puente ahumado? ¿Creía que conseguiría algo mejor!

—¡Por el amor de Dios, Bev! —suplicó Ridley.

Delaney dobló el periódico con parsimonia, y lo deslizó junto a los otros periódicos y publicaciones que descansaban en el revistero de palisandro colocado junto a su sillón. La sala era bonita y cómoda, con sillones de cuero, una gran mesa redonda y pulida, libros en todas las paredes, bustos de yeso de grandes virginianos y, sobre la repisa de la chimenea, un enorme espejo de marco dorado con querubines y ángeles en escorzo. Una parte de la preciosa colección de porcelanas de Delaney estaba desplegada sobre la repisa, y otras piezas se exhibían en los estantes entre los libros encuadernados en piel. Delaney hizo esperar todavía un poco más a su hermano mientras limpiaba las lentes en forma de media luna de sus gafas, y las guardaba cuidadosamente en un estuche forrado de terciopelo.

—¿Qué demonio esperas que haga yo con esa condenada chica? —preguntó por fin.

—Quiero que me ayudes —dijo Ridley en tono patético.

—¿Por qué he de hacerlo? La chica es una de tus putas, no de las mías. Te

buscaba a ti, no a mí. Está preñada de ti, no de mí, y la venganza de su padre hace que corra peligro tu vida, desde luego no la mía. ¿Hace falta que siga? —Delaney se puso en pie, fue hasta la repisa de la chimenea y tomó uno de sus cigarrillos envueltos en papel amarillo, que solía importar de Francia pero que ahora, suponía, se harían más raros que el polvo de oro. Encendió el cigarrillo con una brasa que atrapó con las tenazas del fuego de la chimenea. Era sorprendente que se necesitara encender un fuego en una época tan calurosa del año, pero del este habían venido tormentas y fuertes lluvias acompañadas por vientos fríos impropios de la estación—. Además, ¿qué puedo hacer yo? —siguió diciendo en tono confiado—. Ya has intentado comprar su silencio, y no ha funcionado. De modo que está claro que has de pagarle más.

—Y volverá a pedir más —dijo Ridley—. Y más.

—Pero ¿qué es exactamente lo que quiere?

Delaney sabía que tenía que ayudar a su hermanastro, por lo menos si quería seguir aprovechándose de las compras de la Legión Faulconer, pero no tenía intención de dejar de presionar un poco a Ethan antes de acceder a buscar una solución al problema.

—Quiere que le encuentre un lugar donde vivir. Espera que se lo pague yo, y que luego siga dándole dinero todos los meses. Naturalmente, también tendré que hacerme cargo de su bastardo. ¡Cristo! —juró en vano Ridley al pensar en las desorbitadas exigencias de Sally.

—No es sólo su bastardo, también es tuyo —señaló Delaney implacable—. ¡Nada menos que mi propio sobrino! O sobrina. Creo que prefiero una sobrina, Ethan. Será una sobrinastra, ¿no te parece? Puede que me anime a ser su padrastro.

—No seas tan condenadamente poco servicial —dijo Ridley, y atisbo por la ventana una ciudad anegada por la lluvia. Grace Street estaba casi vacía. Sólo pasaba un carruaje en dirección a la plaza del Capitolio, y dos negros se habían refugiado bajo el porche de la iglesia metodista.

—¿Conoce la señora Richardson a alguien que pueda librarnos del bebé? —se volvió a preguntar Ridley. La señora Richardson regentaba el burdel en el que su hermanastro tenía una participación sustanciosa.

Delaney se encogió delicadamente de hombros, lo que podía significar casi cualquier cosa.

—Ya ves —siguió diciendo Ridley—. Sally quiere tener el bastardo y dice que, si no la ayudo, le hablará de mí a Washington Faulconer. Y dice que también se lo contará a su padre. ¿Sabes de lo que es capaz ese hombre?

—Supongo que te llamará para que recéis juntos —cloqueó Delaney—. ¿Por qué no te llevas a esa perra indecente a la fundición de Tredegar y la entierras en un montón de escoria?

La Tredegar Iron Works, junto al río James, era el lugar más sucio, oscuro y siniestro de Richmond, y no se investigaban demasiado las tragedias ocurridas en las cercanías de sus satánicas tapias. Morían hombres en peleas, en sus callejones aparecían ramerac acuchilladas, y niños muertos o agonizantes eran abandonados en sus apestosos canales. Era un rincón del infierno situado en los bajos fondos de Richmond.

—No soy un asesino —dijo Ridley hosco, aunque lo cierto era que había meditado bastante sobre la conveniencia de aquel extraordinario acto de violencia redentora, pero le daba demasiado miedo Sally Truslow, que, sospechaba, ocultaba una pistola en alguna parte, entre sus pertenencias. Había ido a verle tres noches antes, y apareció en la casa de Delaney al anochecer. Delaney había viajado ese día a Williamsburg para ejercer de testigo de un testamento, de modo que Ridley estaba solo cuando Sally tiró de la campanilla de la entrada. El oyó ruidos en la puerta y, al bajar la escalera, se encontró con George, el esclavo doméstico de su hermano, enfrentado a una harapienta, empapada y furiosa Sally. Ella se abrió paso a pesar de la oposición de George, que, con su acostumbrada y digna cortesía, había intentado impedir que entrara en la casa.

—Dile a este negro que me quite las manos de encima —le gritó a Ridley.

—Está bien, George. Es mi prima —había dicho Ridley, y luego cuidó de que llevaran a los establos el caballo empapado de Sally, y subió con ella las escaleras hasta la sala de su hermano—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le había preguntado, horrorizado.

—He venido a ti —anunció ella—, como me pediste que hiciera.

Sus ropas harapientas goteaban en la magnífica alfombra persa de Belvedere Delaney, colocada delante de la chimenea de mármol rojo. El viento y la lluvia rugían tras las ventanas, pero en aquella habitación cálida y confortable, aislada por las gruesas cortinas de terciopelo bajo las cenefas con sus largos flecos, ardía un fuego discreto y las llamas de las velas apenas parpadeaban. Sally giró en redondo sobre la alfombra para admirar los libros, el mobiliario, los sillones de piel. Aturrida por el reflejo de la luz de las velas en los jarrones, el relumbre de los marcos dorados y las preciosas piezas de porcelana europea alineadas en la repisa de la chimenea, exclamó:

—Esto es precioso, Ethan. No sabía que tenías un hermano... rico.

Ridley cruzó la estancia hacia el aparador, abrió un humidificador y sacó uno de los cigarros que su hermano reservaba para las visitas. Necesitaba fumar para recuperar su aplomo.

—Tengo entendido que te has casado.

—Dame uno de esos cigarros —dijo Sally.

El encendió el cigarro, se lo dio a ella y luego tomó otro para sí mismo.

—Llevas un anillo de boda —dijo—, luego estás casada. ¿Por qué no vuelves con

tu marido?

Ella ignoró deliberadamente la pregunta, y acercó el dedo extendido con el anillo a la luz de un candelabro.

—El anillo pertenecía a Ma, y ella lo tenía de su Ma. Pa quería quedárselo él, pero conseguí que me lo diese. Ma siempre quiso que fuera mío.

—Déjame verlo. —Ridley tomó su dedo, y fue incapaz de reprimir el estremecimiento que siempre sentía cuando tocaba a Sally; se preguntó de nuevo a qué accidente de huesos, piel, labios y ojos se debía la terrible belleza de aquella deslenguada e irascible hija de las montañas—. Es bonito. —Hizo girar el anillo en el dedo y sintió la suavidad seca de su tacto—. Es muy antiguo, también.

Sospechaba que era muy antiguo y tal vez especial, e intentó sacarlo del dedo de ella, pero Sally retiró la mano.

—Pa quería guardarlo —dijo mirando el anillo—, y tuve que quitárselo. —Rio y dio una chupada al cigarro—. Además, no estoy casada de verdad. Igual que si hubiera saltado encima de una escoba.

Eso era precisamente lo que Ridley temía, pero intentó no dejar adivinar su aprensión.

—Tu marido debe de estar buscándote, ¿no crees?

—¿Robert? —rio ella—. Poco que hará nada. Un puerco capón tiene más pelotas que Robert. Pero ¿y esa dama amiga tuya? ¿Qué va a decir tu Anna cuando se entere de que estoy aquí?

—¿Se va a enterar?

—Sí, querido, porque se lo voy a decir yo. A menos que cumplas tu palabra. Y eso significa cuidar de mí como es debido. Quiero vivir en un sitio como éste. —Dio una vuelta alrededor de la habitación para admirar su confort, y luego se volvió a mirar a Ridley—. ¿Conoces a un hombre llamado Starbuck?

—Conozco a un muchacho llamado Starbuck —dijo Ridley.

—Un muchacho atractivo —dijo Sally, coqueta. De su cigarro se desprendió una punta de ceniza, que fue a caer sobre la alfombra—. Fue el que me casó con Robert. Pa le obligó a hacerlo. Hizo que todo pareciera como es debido, con libro y todo, incluso lo puso por escrito para hacerlo legal, pero yo sé que no fue de verdad.

—¿Starbuck te casó? —Ridley parecía divertido.

—Fue muy amable. Amable de verdad. —Sally miró a Ridley inclinando la cabeza, con la intención de darle celos—. Y luego le dije a Robert que tenía que irse de soldado, se alistó y me vine aquí. Para estar contigo.

—Pero si yo no voy a estar aquí —dijo Ridley. Sally lo observaba con sus ojos de gata—. Me voy a la Legión —explicó Ridley—. Sólo me quedaré el tiempo necesario para solucionar los asuntos pendientes, y luego volveré allí.

—En ese caso, voy a decirte qué otros asuntos pendientes tienes, cariño. —Sally

se acercó caminando con una gracia inconsciente sobre la preciada alfombra y entre los muebles brillantados con cera—. Vas a buscarme un sitio donde vivir, Ethan. Un sitio bonito, con alfombras como éstas y sillones de verdad y una cama decente. Y podrás visitarme allí, como dijiste que harías. ¿No es eso lo que dijiste? ¿Que me encontrarías un sitio donde vivir? ¿Dónde me protegerías? ¿Y me amarías? —Las tres últimas palabras fueron dichas en voz muy baja, y tan cerca que Ridley pudo oler el humo del cigarro en su aliento.

—Eso dije, sí.

Y sabía que no podría resistirse a ella, pero también que tan pronto como hubiesen hecho el amor odiaría a Sally por su vulgaridad y su zafiedad. Era una niña de apenas quince años, pero consciente de su poder, y Ridley también lo era. El sabía que Sally lucharía por abrirse paso, y que no le importaría el desastre que pudiera causar al luchar así; por eso decidió sacarla de la casa de su hermano en Grace Street cuanto antes. Si al volver Delaney se encontraba rota alguna de sus preciosas porcelanas, nunca se prestaría a ayudar a Ethan, de modo que Ridley alquiló una habitación con vistas a la calle en una pensión de Monroe Street, en la que se inscribió a sí mismo y a Sally como matrimonio. Y ahora imploraba la ayuda de su hermano.

—¡Por el amor de Dios, Bev! ¡Es una bruja! ¡Lo destruirá todo!

—Una súcuba, ¿eh? Me gustaría conocerla. ¿Es tan hermosa en la realidad como en tu dibujo?

—Es extraordinaria. ¡Por eso, por el amor de Dios, llévatela lejos de mí! ¿La quieres? Es tuya.

Ridley ya había intentado ese ardid al presentarla a sus amigos, que se reunían a beber en el Spotswood House Saloon, pero Sally, a pesar de ir elegantemente vestida con ropa recién comprada y de haber sido rendidamente admirada por todos los presentes en el hotel, se negó a apartarse del lado de Ridley. Había clavado sus garras profundamente en aquel hombre, y no iba a soltarlo a cambio de las hipotéticas posibilidades de otro.

—¡Por favor, Bev! —suplicó Ridley.

Belvedere Delaney meditó acerca de lo mucho que le molestaba que lo llamaran «Bev» mientras se calentaba junto al pequeño y resplandeciente fuego.

—¿No estás dispuesto a matarla? —preguntó en un tono de voz peligroso.

Ridley lo pensó, y sacudió la cabeza.

—No.

—¿Y no vas a darle lo que te pide?

—No puedo. No dispongo de recursos y es demasiado peligroso.

—¿Y tampoco puedes echarla de tu lado?

—No, maldita sea.

—¿Y ella no te dejará por su propia voluntad?

—Nunca.

Delaney hizo una larga calada de su cigarrillo, y luego exhaló el humo hacia el techo mientras reflexionaba.

—¡Un puente ahumado! Lo encuentro divertido.

—¡Por favor, Bev, por favor!

—Le enseñé el periódico a Lee esta tarde —dijo Delaney—, pero rechazó la información. No es ninguno de nuestros hombres, me aseguró. Está convencido de que los ahumadores de puentes tienen que ser simples bandidos. Creo que deberías encontrar la manera de que Faulconer se entere de ese veredicto. ¡Bandidos! Esa palabra abochornará a Faulconer.

—¡Por favor, Bev! Por el amor de Dios.

—Oh, por el amor de Dios no, Ethan. A Dios no le gustaría lo que voy a hacer con Sally. No le gustaría ni una pizca. Pero sí, puedo ayudarte.

Ridley miró a su hermano con un alivio palpable.

—¿Qué vas a hacer?

—Tráemela mañana. Llévala a la esquina de, digamos, Cary con la Veinticuatro, eso queda bastante a trasmano. A las cuatro en punto. Allí habrá un carruaje cerrado. Puede que dentro esté yo, y puede que no. Inventa alguna historia para que ella entre en el carruaje, y luego olvídate de ella. Olvídala por completo.

Ridley miró boquiabierto a su hermano.

—¿Vas a matarla?

Delaney frunció el entrecejo ante la pregunta.

—Por favor, no pienses que soy tan despiadado. Voy a alejarla de tu vida, y a cambio tú me estarás eternamente agradecido.

—Así será. ¡Lo prometo!

La gratitud de Ridley era patética.

—Mañana entonces, a las cuatro, en Cary esquina Veinticuatro. Ahora ve y sé amable con ella, Ethan, sé muy amable para que no sospeche nada.

* * *

El coronel Washington Faulconer ignoró a Starbuck durante casi todo el viaje de vuelta. Faulconer cabalgaba junto al capitán Hinton, y a veces con Murphy, y en ocasiones solo, pero siempre a paso vivo, como si quisiera alejarse lo más posible del escenario del fracaso de su incursión. Cuando dirigía la palabra a Starbuck, lo hacía en tono seco y resentido, pero apenas era más amable con nadie más. Aun así, Starbuck se sintió herido, en tanto que a Truslow le divertía el enfurruñamiento del coronel.

—Tienes que aprender a alejarte de la estupidez —le dijo Truslow.

—¿Es lo que haces tú?

—No, pero ¿quién dice que yo soy un buen ejemplo para nadie? —Se echó a reír—. Tendrías que haber seguido mi consejo y coger el dinero. —Truslow se había hecho con una bonita suma en el asalto, y también los hombres que entraron con él en el tren.

—Prefiero ser un tonto que un ladrón —dijo Starbuck en tono sentencioso.

—Pues no deberías. Ningún hombre sensato lo haría.

Además, la guerra está ahí, y la única forma de poder sobrevivir a la guerra es robando y asaltando. Todos los soldados son ladrones. Roba lo que quieras, pero no de tus amigos, sino de todos los demás. El ejército no te lo tendrá en cuenta. El ejército te grita, se caga en ti y hace todo lo posible para que te mueras de hambre, de modo que has de arreglártelas lo mejor que puedas, y los que mejor se las arreglan son los que más roban. —Truslow cabalgó un rato en silencio—. Te estoy agradecido por haber sido tan amable de rezar por mi Emily, y eso me obliga a cuidar de ti.

Starbuck no dijo nada. Se avergonzaba de la oración que pronunció delante de aquella tumba. Nunca debería haberlo hecho, porque no era digno.

—Y nunca te he dado las gracias por no haber hablado a nadie de mi Sally, además. Me refiero a cómo se casó, y por qué.

Truslow cortó una tira de tabaco de mascar de la trenza que guardaba en una bolsa sujeta a su cinturón, y se la metió en la boca. Starbuck y él cabalgaban solos, separados unos pasos de los hombres de delante y de los que les seguían.

—Siempre esperas que tus hijos serán tu orgullo —si— guió diciendo Truslow en voz baja—, pero reconozco que Sally salió mal. Aun así, ahora se ha casado, y eso es el final de todo.

¿Lo es?, se preguntó Starbuck, pero no cometió la imprudencia de decirlo en voz alta. El matrimonio no fue el final para la madre de Sally, que más tarde se fugó con el pequeño y pendenciero Truslow. Starbuck intentó recordar los rasgos del rostro de Sally, pero no consiguió evocar su imagen. Sólo recordaba que se trataba de una muchacha muy hermosa, y que le había prometido ayudarla si alguna vez se lo pedía. ¿Qué haría si Sally iba a verle? ¿Huiría con ella como había hecho con Dominique? ¿Se atrevería a desafiar así a Truslow? De noche, tendido e insomne, Starbuck tejía fantasías sobre Sally Truslow. Sabía que esos sueños eran tan estúpidos como impracticables, pero era un hombre joven y deseaba estar enamorado, y por eso se entregaba a sueños estúpidos e impracticables.

—Te estoy muy agradecido por no haber dicho nada de Sally.

Truslow parecía buscar alguna respuesta, tal vez la confirmación de que Starbuck había mantenido en secreto la noche de la boda, en vez de burlarse de la desgracia de la familia.

—Nunca se me ocurriría contárselo a nadie —dijo Starbuck—. No es un asunto que le importe a nadie más.

Era agradable sentirse otra vez virtuoso, aunque Starbuck sospechaba que su silencio sobre aquella boda se debía más a su miedo instintivo al rencor de Truslow que a la virtud de la discreción.

—¿Y qué opinión tienes de Sally? —preguntó Truslow completamente en serio.

—Es una muchacha muy bonita.

Starbuck respondió también en serio, como si no hubiera fantaseado con fugarse con ella a uña de caballo a las nuevas tierras del oeste, o bien otras veces en navegar hasta Europa para allí, pensaba en sus sueños diurnos, deslumbrarla con su sofisticación en hoteles palatinos y brillantes salones de baile.

Truslow aceptó el cumplido de Starbuck.

—Se parece a su madre. El joven Decker es un hombre de suerte, supongo, pero puede que no lo sea. La belleza no siempre es un don en una mujer, sobre todo si tiene un espejo. Emily nunca pensó dos veces en eso, pero Sally...

Pronunció el nombre en tono triste, y luego cabalgó largo rato en silencio, evidentemente pensando en su familia. Starbuck, por haber compartido durante unos momentos la intimidad de aquella familia, se había convertido de forma involuntaria en el confidente de Truslow que, después de aquel silencio, sacudió la cabeza, escupió un salivazo de tabaco y dio su veredicto:

—Algunos hombres no sienten apego por la familia, pero el joven Decker sí. Le habría gustado reunirse con su primo en la Legión, pero no es un luchador. No es como tú.

—¿Yo? —se sorprendió Starbuck.

—Tú eres un luchador, chico, te lo digo yo. No mojarás los pantalones cuando veas el elefante.

—¿Ver el elefante? —preguntó Starbuck, divertido.

Truslow puso cara de estar harto de tener que ocuparse continuamente de la educación de Starbuck, pero de todos modos se dignó explicarlo:

—Si te crías en el campo, continuamente te hablan del circo. De todas las maravillas, los payasos y los números con animales, y del elefante, y todos los niños preguntan qué es el elefante, y no puedes explicárselo, de modo que un día llevas a los niños para que lo vean por sí mismos. La primera batalla es algo así para un hombre. Como ver al elefante. Hay hombres que se mean en los pantalones, otros echan a correr, algunos hacen correr al enemigo. Tú cumplirás bien, pero Faulconer no. —Truslow señaló con un cabeceo despectivo al coronel, que cabalgaba solo al frente de la pequeña columna—. Tú sacarás una buena nota, chico, pero te digo que Faulconer no durará una batalla.

La idea de la batalla hizo estremecerse de pronto a Starbuck. A veces esa

anticipación le excitaba, otras le aterraba, y en esta ocasión la idea de ver al elefante le dio miedo, tal vez porque el fracaso de la incursión le había enseñado todas las cosas que podían salir mal. No quería pensar en las consecuencias de que las cosas se torcieran en una batalla, de modo que cambió de tema y soltó la primera pregunta que le vino a la cabeza:

—¿De verdad has matado a tres hombres?

Truslow le dirigió una mirada extraña, como si no entendiera que alguien pudiera hacer semejante pregunta.

—Por lo menos —dijo Truslow, desdeñoso—. ¿Por qué?

—¿Qué se siente cuando matas a alguien? —preguntó Starbuck. Lo que realmente había querido preguntar era por qué había matado a esas personas, y cómo, y si alguien había intentado entregar a Truslow a la justicia, y en cambio hizo esa pregunta estúpida sobre la sensación. Truslow se burló de él.

—¿Qué se siente? Jesús, chico, hay veces que haces más ruido que una olla rajada. ¡Qué se siente! Descúbrelo tú mismo, chico. Ve y mata a alguien, y luego me lo cuentas.

Truslow espoleó a su caballo y se adelantó, disgustado por la indecente pregunta de Starbuck.

Acamparon esa noche en un risco húmedo que dominaba desde la altura una pequeña factoría, en la que un horno de fundición relucía como las entrañas del infierno y enviaba el hedor acre del humo del carbón hacia lo alto del risco, de modo que Starbuck no pudo dormir. Tomó asiento junto a los centinelas, tiritando, deseando que dejara de caer la lluvia. Había comido su cena consistente en fiambre frío de buey y pan húmedo con los otros tres oficiales, y Faulconer había estado más animado que en las anteriores noches, e incluso había buscado algún consuelo para el fracaso de la incursión.

—Puede que nuestra pólvora nos haya fallado —dijo—, pero demostramos que podemos ser una amenaza.

—Eso es muy cierto, coronel —dijo Hinton, leal.

—Tendrán que apostar centinelas en todos los puentes —declaró el coronel—, y los hombres que estén vigilando esos puentes no podrán invadir el Sur.

—También eso es verdad —dijo Hinton, alegre—. Y tardarán días en sacar esa locomotora de la vía. Se hundió una barbaridad en la tierra.

—De modo que no ha sido un fracaso —dijo el coronel.

—¡Al contrario! —El capitán Hinton se mostró resueltamente optimista.

—Y ha sido un buen entrenamiento para nuestra caballería —dijo el coronel.

—Lo ha sido, en efecto. —Hinton sonrió a Starbuck, intentando incluirle en aquella atmósfera más amistosa, pero el coronel frunció el entrecejo.

Ahora, mientras la noche avanzaba paso a paso, Starbuck se sintió invadido por

una desesperación juvenil. No era sólo la hostilidad de Washington Faulconer lo que le oprimía, sino la conciencia de que su vida se había ido al garete. Había excusas, buenas excusas tal vez, pero en el fondo sabía que él mismo se había echado a perder. Había abandonado a su familia y a su iglesia, a su propio país incluso, para vivir entre extraños, y los lazos del afecto de éstos no parecían ser lo bastante profundos ni consistentes para ofrecerle ninguna esperanza. Washington Faulconer era un hombre cuya decepción le resultaba tan amarga como el hedor que ascendía del horno de fundición. Truslow era su aliado, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y qué demonios tenía él en común con Truslow? Truslow y sus secuaces robaban y mataban, y Starbuck no se consideraba capaz de comportarse así, y en cuanto a los otros, como Medlicott, odiaban a Starbuck porque lo veían como un intruso yanqui, un marginal, un extranjero, un favorito del coronel convertido en chivo expiatorio del coronel.

Starbuck tiritaba bajo la lluvia, con las rodillas apretadas contra el pecho. Se sintió completamente solo. ¿Qué iba a hacer? La lluvia caía monótona, y a su espalda un caballo atado pateaba el suelo embarrado. Soplaban un viento húmedo que venía de la factoría, con su siniestro horno encendido y las hileras de casas sombrías. El horno iluminaba los edificios con un resplandor sucio, contra el que se recortaban las intrincadas siluetas de los árboles de la ladera, formando un entramado impenetrable de ramas negras y torcidas y troncos aserrados. Era un erial, pensó Starbuck, y al final del mismo no había otra cosa que el fuego del infierno, y el horror oscuro del descenso por la ladera le pareció una profecía de toda su vida futura.

Volveré a casa, se dijo a sí mismo. Era hora de admitir que se había equivocado. La aventura acabó y él tenía que volver a casa. Le habían hecho comportarse como un tonto, primero Dominique y luego aquellos virginianos a los que disgustaba por el hecho de ser un norteamericano. De modo que volvería. Aún podría ser un soldado, de hecho se vería obligado a serlo, pero lucharía por el Norte. Lucharía por la gloria antigua, por la continuación de un siglo glorioso de progreso americano y de decencia. Renunciaría a los argumentos discutibles que pretendían que la esclavitud no era el problema, y se uniría a la cruzada de la virtud, y de pronto se imaginó a sí mismo como un cruzado con una cruz roja bordada en la sobreveste blanca galopando por las soleadas llanuras de la historia para derrotar a los siervos del Maligno.

Volvería a casa. Tenía que regresar por la salud de su alma, porque de otra forma se quedaría atrapado en el laberinto oscuro del desierto. Todavía no estaba seguro de cómo conseguiría llegar a su casa, y durante unos instantes de locura acarició la idea de montar a caballo por las buenas y marcharse libre, al galope, de la cima de aquel risco, pero los caballos estaban atados todos juntos y el coronel Faulconer, temeroso de que la caballería norteamericana les persiguiese, había insistido en poner centinelas, que sin la menor duda darían el alto a Starbuck. Mejor sería, decidió, esperar a estar de vuelta en Faulconer Court House, y allí pedir una sincera entrevista con Washington

Faulconer y confesarle su fracaso y su decepción. Luego le pediría ayuda para volver a su casa. Había oído que algunos barcos neutrales remontaban el río James, y muy probablemente Faulconer le ayudaría a encontrar pasaje en uno de esos barcos.

Sintió que esa decisión se afirmaba en su mente, y también la satisfacción de una opción bien tomada. Incluso durmió un poco, y despertó con la mente más clara y el corazón más feliz. Se sintió como el Cristiano del *Pilgrim's Progress*, como si hubiera escapado tanto de la Feria de las Vanidades como del Abismo del Desaliento, y de nuevo se encaminara a la Ciudad Celestial.

Al día siguiente, la partida cruzó el valle del Shenandoah, y a la mañana siguiente descendió de las montañas Blue Ridge bajo un cielo más despejado y con una temperatura más templada. Jirones de nubes blancas se desplazaban hacia el norte, y sus sombras volaban sobre la hermosa tierra verde. La decepción por la incursión parecía olvidada porque los caballos olían ya el establo y aceleraban su trote. Ante ellos se desplegaba la ciudad de Faulconer Court House, con la cúpula forrada de cobre de su palacio de justicia reluciente al sol, y las agujas de sus iglesias alzándose sobre los árboles en flor. Más cerca, en la orilla del río, las tiendas de campaña blancas de la Legión se extendían por el prado.

Mañana, pensó Starbuck, tendría una larga charla con Washington Faulconer. Mañana se enfrentaría al error cometido y rectificaría. Mañana empezaría a rendir cuentas delante del hombre y de Dios. Mañana nacería de nuevo, y esa idea le alegró e incluso le hizo sonreír; y de pronto la olvidó por completo y dejó incluso que se desvaneciera de su pensamiento todo el plan de volver al Norte, porque allí, saliendo a su encuentro del campamento de la Legión y montado en un caballo de pelaje claro, apareció un joven robusto con una barba cuadrada y una sonrisa de bienvenida, y Starbuck, que se había sentido tan solitario y maltratado, galopó como un loco a su encuentro para abrazarlo.

Porque era Adam, no él, quien había vuelto a casa.

Capítulo 7

Los amigos se encontraron, refrenaron sus monturas, hablaron los dos a la vez, se dieron las manos, rieron, volvieron a hablar, pero cada uno de ellos estaba demasiado repleto de noticias y del placer del reencuentro para hacer mucho caso de lo que decía el otro. Adam consiguió por fin hacer una observación inteligible:

—Pareces cansado.

—Lo estoy.

—Debo saludar a padre. Luego hablamos.

Adam picó espuelas para dirigirse hacia Washington Faulconer que, olvidado al parecer el fracaso de su incursión, irradiaba felicidad ante el regreso de su hijo.

—¿Cómo has vuelto? —gritó Faulconer mientras su hijo cabalgaba hacia él.

—No me dejaban embarcar en el Long Bridge de Washington, de modo que fui río arriba y pagué a un barquero cerca de Leesburg.

—¿Cuándo llegaste a casa?

—Ayer mismo.

Adam tiró de las riendas para recibir el abrazo de su padre. Fue evidente para todos que la felicidad de Washington Faulconer era completa. Su hijo había vuelto a casa, y en consecuencia la incertidumbre acerca de la lealtad de Adam quedaba resuelta. El buen humor del coronel incluyó a Starbuck y llegó hasta el extremo de pedirle perdón.

—Me ofusqué, Nate, tienes que perdonarme —dijo en voz baja a Nate cuando Adam fue a saludar a Murphy, Hinton y Truslow. Starbuck, demasiado incómodo por las disculpas del hombre mayor, no dijo nada.

—¿Vendrás a comer con nosotros en Seven Springs, Nate? —Faulconer malinterpretó el silencio de Starbuck y pensó que estaba molesto—. Me ofenderé si rehúsas.

—Por supuesto, señor. —Starbuck hizo una pausa, y por fin se tragó el sapo—. Y lamento haberle fallado, señor.

—No lo hiciste, no, de ninguna manera —se precipitó Faulconer a cortar las disculpas de Starbuck—. Me ofusqué, Nate. Nada más. Había puesto demasiadas esperanzas en esa incursión, y no fui capaz de prever que el mal tiempo podía dar al traste con todo. Ése fue todo el fallo, Nate, el tiempo. ¡Adam, ven aquí!

Adam había pasado buena parte de la mañana saludando a sus viejos amigos de la Legión, pero su padre insistió ahora en enseñar a su hijo otra vez todo el campamento, y Adam expresó de buen humor su admiración por las tiendas de campaña y las caballerizas alineadas, y por la cocina, el parque de carruajes y la tienda comunitaria para las reuniones.

Había ahora seiscientos setenta y ocho voluntarios en el campamento, casi todos

procedentes de lugares situados en un radio que no excedía de media mañana a caballo desde Faulconer Court House. Habían sido distribuidos en diez compañías que eligieron a sus propios oficiales, aunque, como admitió Faulconer alegremente, había tenido que recurrir al soborno para asegurarse de que se elegía a los hombres más adecuados.

—Creo que utilicé cuatro barriles del mejor whisky montañés —confió Faulconer a su hijo—, para asegurarme de que no salieran elegidos Miller ni Patterson.

Cada compañía había elegido a un capitán y dos tenientes, y algunas también a un subteniente. Faulconer había nombrado a su propia plana mayor, con el veterano mayor Pelham como segundo en el mando y el egregio mayor Bird como su supervalorado escribiente.

—Intenté librarme de Bird, pero tu madre insistió tanto que no me dejó otra opción —confesó el coronel a Adam—. ¿Has visto a tu madre?

—Esta mañana, señor, sí.

—¿Y está bien?

—Ella dice que no.

—Por lo general, su salud mejora cuando yo estoy fuera... —dijo el coronel con un regocijo ácido—. Y éstas son las tiendas de la plana mayor. —A diferencia de las tiendas en forma de campana de las compañías de infantería, las cuatro tiendas de la plana mayor eran amplias y con paredes laterales de obra, y cada una de ellas estaba equipada con suelo de tela impermeable, catres de campaña, sillas plegables, palangana, jofaina y una mesa plegable que podía guardarse en una bolsa de tela.

—Es la mía —señaló Faulconer con la mano la tienda más limpia—. La del mayor Pelham es la que está al lado. Pondré a Ethan y Pecker en esa otra, y Nate y tú podéis compartir la cuarta tienda. Supongo que es eso lo que deseáis...

Adam y Ridley habían sido nombrados capitanes, en tanto que Starbuck tenía el rango menor entre los oficiales, subteniente, y los tres jóvenes constituían lo que el coronel llamaba su «corps de aides». Su tarea, dijo a Adam, sería la de ser sus mensajeros, así como la de servirle de ojos y oídos en el campo de batalla. Su modo de explicarlo resultó bastante ominoso.

La Legión no sólo constaba de la plana mayor y las diez compañías de infantería. Había una banda de música, una escuadra de abanderados, una unidad médica y una fuerza de caballería compuesta por cincuenta jinetes al mando de un capitán, que conformarían el cuerpo de exploradores de la Legión; además de la batería de dos cañones de bronce del calibre seis, ambos de veinte años de antigüedad y con el ánima lisa, que Faulconer había comprado a la Fundición Bowers de Richmond, donde las dos piezas habían ido a parar para ser fundidas y convertirse en armas nuevas. Faulconer mostró orgulloso a su hijo el par de cañones:

—¿No son maravillosos?

Las dos piezas eran realmente preciosas. Sus bocas de fuego de bronce habían sido bruñidas de tal modo que resplandecían al sol; los radios y las llantas de las ruedas estaban recién barnizados, y todos los accesorios, las cadenas, los cubos, los escobillones y los pernos habían sido o bien pulidos o repintados; pero incluso así, había aún algo inquietante en las dos armas. Su aspecto era demasiado sombrío para aquella mañana de verano, demasiado cargado de amenazas de muerte.

—No son la última palabra en cañones. —Faulconer tomó el silencio de su hijo como una crítica inexpresada—. Sólo son Parrotts, y ni siquiera de ánima rayada, pero apuesto a que podemos alfombrar el campo con unos cuantos cadáveres yanquis con estas preciosidades. ¿No es así, Pelham?

—Si podemos conseguir munición para ellos, coronel.

El mayor Pelham, que acompañaba al coronel en su inspección, parecía bastante reticente.

—¡Conseguiremos munición! —Ahora que su hijo estaba de regreso del Norte, el coronel había recuperado todo su bullicioso optimismo—. Ethan nos encontrará munición.

—Todavía no nos ha enviado nada —respondió Pelham, lúgubre. El mayor Alexander Pelham era un hombre alto, flaco y canoso; a Starbuck, en los días anteriores a la incursión a caballo al noroeste, le había parecido continuamente malhumorado. Ahora Pelham esperó a que el coronel y su hijo se alejaran hasta donde no podían oírle, y volvió hacia Starbuck sus ojos legñosos.

—Lo mejor que puede ocurrir, teniente Starbuck, es que no encontremos nunca munición para esos cañones. Probablemente se partirán en dos si los disparamos. La artillería no es una ciencia para aficionados. —Resopló—. ¿De modo que la incursión salió mal?

—Fue decepcionante, señor.

—Sí, eso me ha contado Murphy.

El mayor Pelham sacudió la cabeza, como si desde el principio hubiera sabido que aquella aventura estaba condenada. Vestía su viejo uniforme de los Estados Unidos, que lució por última vez en la guerra de 1812: una guerrera de un azul desvaído con galones gastados, botones dorados sin brillo y correajes de cuero agrietados como el barro secado al sol. El sable era enorme, enfundado en una vaina negra. Hizo una mueca cuando la banda, que había estado practicando a la sombra de la tienda comunitaria de la Legión, empezó a tocar «My Mary-Anne».

—Llevan tocando eso toda la semana —gruñó—. Mary-Anne, Mary-Anne, Mary-Anne. Puede que consigamos hacer huir a los yanquis con esa pesadilla.

—A mí me gusta la melodía.

—Dejará de gustarle cuando la haya oído cincuenta veces. Tendrían que tocar marchas militares. Buenas y sólidas marchas, eso es lo que necesitamos. Pero ¿qué

instrucción hacemos ahora? ¿Cuatro horas al día? Tendrían que ser doce, sin embargo el coronel no lo permite. Puede estar seguro de que los yanquis no vendrán a jugar al béisbol con nosotros. —Pelham hizo una pausa para escupir jugo de tabaco. Tenía una fe casi mística en la necesidad de una instrucción inacabable, y compartía ese credo con todos los veteranos de la Legión, en contra de la opinión del coronel, convencido aún de que un exceso de instrucción de orden cerrado mataría el entusiasmo de sus voluntarios—. Espere a ver el elefante —dijo Pelham—, y entonces sabrá el porqué de tanta instrucción.

Starbuck sintió su reacción acostumbrada a la idea de ver el elefante. Primero una pulsión de puro miedo, tan palpable como un escalofrío líquido que brotara del corazón; luego una sensación de euforia que parecía venir de la cabeza más que del corazón, como si la simple resolución fuera capaz de superar el terror y crear a partir de la batalla un éxtasis vigoroso. Después, venía el conocimiento inquietante de que nada podía darse por descontado, ni el terror ni el éxtasis, hasta haber experimentado el misterio de la batalla. La impaciencia de Starbuck por comprender ese misterio se mezclaba con el deseo de retrasar la confrontación, y su afán con un ferviente deseo de que esa batalla nunca tuviera lugar. Todo resultaba muy confuso.

Adam, liberado de la compañía de su padre, volvió a caballo a donde le esperaba Starbuck.

—Vamos al río y nadaremos un poco.

—¿Nadar? —Starbuck temió que esa actividad representara una nueva afición en la vida de Adam.

—¡Nadar es saludable! —La impaciencia de Adam confirmó los temores de Starbuck—. ¡He hablado con un doctor que asegura que zambullirse en el agua prolonga la vida!

—Tonterías.

—¡Te desafío a una carrera!

Adam picó espuelas y se alejó al galope. Starbuck le siguió más despacio en su yegua fatigada, y Adam rodeó la ciudad por senderos conocidos desde la infancia que acabaron por llevarlos a una zona ajardinada que Starbuck supuso que formaba parte de la finca de Seven Springs. Cuando Starbuck llegó a la orilla del río, Adam ya se estaba desvistiendo. El agua estaba límpida, flanqueada por árboles y reluciente al sol primaveral.

—¿Qué doctor? —preguntó Starbuck a su amigo.

—Se llama Wesselhoeft. Fui a visitarlo en Vermont, por cuenta de mi madre, por supuesto. Recomienda una dieta de pan moreno y leche, e inmersiones frecuentes en lo que llama un *sitz-bad*.

—¿Un baño de asiento?

—*Sitz-bad*, por favor, querido Nate. Suena mejor en alemán, como todos los

tratamientos. Hablé a madre del doctor Wesselhoeft, y me ha prometido que seguirá todas sus instrucciones. ¿Vienes?

Adam no esperó la respuesta y se zambulló desnudo en el río. Reapareció gritando, sin duda como reacción a la temperatura del agua.

—¡No se calienta de verdad hasta entrado el mes de julio! —explicó.

—Creo que me conformo con mirarte.

—No seas absurdo, Nate. Yo creía que los de Nueva Inglaterra erais personas audaces.

—Pero no temerarias —matizó Starbuck, y pensó en lo bueno que era estar de nuevo en compañía de Adam. Habían estado separados varios meses, pero desde el mismo momento en que volvieron a verse fue como si no hubiera pasado el tiempo.

—¡Entra de una vez, cobarde! —gritó Adam.

—Dios mío. —Starbuck se sumergió en aquella limpidez gélida y emergió gritando como antes lo había hecho Adam—. ¡Está helada!

—¡Pero es saludable! Wesselhoeft recomienda un baño de impresión todas las mañanas.

—¿No hay en Vermont manicomios para locos así?

—Probablemente —rio Adam—, pero Wesselhoeft está muy sano y tiene mucho éxito.

—Prefiero morir joven antes que pasar tanto frío todos los días.

Starbuck salió a la orilla y se tendió en la hierba bajo la caricia templada del sol. Adam se colocó a su lado, animado.

—¿Y qué pasó en la incursión?

Starbuck lo contó, pero se ahorró los detalles del mal humor de Faulconer en el viaje de vuelta. En cambio convirtió la aventura en un episodio cómico, una retahíla de errores de la que nadie salió herido ni se perjudicó a nadie. Acabó diciendo que no creía que la guerra resultase mucho más seria de lo que había sido la incursión.

—Nadie quiere una guerra de verdad, Adam. ¡Esto es América!

Adam se encogió de hombros.

—El Norte no va a dejarnos sueltos, Nate. La Unión es demasiado importante para ellos. —Hizo una pausa—. Y para mí.

Starbuck no contestó. En la otra orilla del río pastaba un rebaño de vacas, y en el silencio reinante el ruido de sus dientes al ramonear la hierba sonaba sorprendentemente alto. Las esquilas emitían un son plañidero, que se amoldaba bien al humor melancólico de Adam.

—Lincoln ha reunido a setenta y cinco mil voluntarios —dijo.

—Eso he oído.

—Y los periódicos del Norte dicen que en junio estarán dispuestos tres veces más hombres.

—¿Te asustan los números? —preguntó Starbuck injustamente.

—No, me asusta lo que los números significan, Nate. Me asusta ver a América hundirse en la barbarie. Me asusta ver a locos correr aullando a la batalla sólo por el gusto de pelear. Me asusta ver a nuestros compatriotas convertirse en los cerdos de Gerasa del siglo XIX. —Adam dirigió la mirada al otro lado del río, a las colinas lejanas repletas de hojas nuevas y de flores—. ¡La vida es tan buena! —dijo al cabo de un rato, con una intensa tristeza.

—La gente lucha para hacerla mejor —dijo Starbuck. Adam se echó a reír.

—No seas absurdo, Nate.

—¿Para qué luchan, si no?

Adam extendió las manos, como para sugerir que había mil respuestas, y ninguna de ellas significativa.

—Los hombres luchan porque son demasiado orgullosos y demasiado estúpidos para admitir que están equivocados —dijo finalmente—. No me preocupa lo que cueste, Nate, pero tenemos que sentarnos, convocar una convención y hablar de todo esto sin restricciones. ¡No importa que nos lleve un año, dos años, cinco años! Hablar tiene que ser mejor que pelear. ¿Y qué va a pensar Europa de nosotros? Llevamos años diciendo que América es el más noble, el mejor experimento de la historia, ¡y ahora vamos a partirla en dos! ¿Por qué? ¿Por los derechos de los Estados? ¿Para preservar la esclavitud?

—Tu padre no ve las cosas igual que tú —dijo Starbuck.

—Ya conoces a padre —dijo Adam con cariño—. Siempre ha visto la vida como un juego, madre dice que nunca ha crecido.

—¿Y en cambio tú has crecido antes de tiempo? —sugirió Starbuck.

Adam se encogió de hombros.

—No puedo tomarme las cosas a la ligera. Desearía poder hacerlo, pero no puedo. Y no puedo tomarme con tranquilidad una tragedia, por lo menos no esta tragedia. —Señaló con un gesto las vacas, como si quisiera poner por testigos a aquellos animales inocentes y pacíficos del espectáculo de América precipitándose de cabeza a la guerra—. Pero ¿qué me cuentas de ti? —Se volvió a Starbuck—. Me han dicho que tienes problemas.

—¿Quién te lo ha dicho? —Starbuck se sintió incómodo de inmediato. Alzó la cabeza hacia las nubes, incapaz de sostener la mirada de su amigo.

—Mi padre, por supuesto. Me escribió para que fuera a Boston e intentara congraciarte con tu padre.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—Pues sí que lo hice. Pero tu padre no quiso recibirme. Sin embargo, sí le oí predicar. Fue terrible.

—Lo es, por lo general —dijo Starbuck, mientras en su interior se preguntaba por

qué razón había querido Washington Faulconer que Adam fuera a mediar con el reverendo Elial. ¿Sería que Faulconer quería librarse de él?

Adam arrancó una hoja de hierba y la hizo pedazos entre sus dedos cuadrados y eficientes.

—¿Por qué lo hiciste?

Starbuck, que había estado tendido boca arriba, se avergonzó de pronto de su desnudez, de modo que se dio la vuelta y se quedó mirando los tréboles y la hierba.

—¿Lo de Dominique? Por lujuria, supongo.

Adam frunció el ceño, como si la palabra le resultara desconocida.

—¿Lujuria?

—Me gustaría poder describirlo. Resulta abrumador. En un momento dado todo es normal, como un barco en un mar en calma, y de pronto sopla un viento enorme venido de ninguna parte, un viento enorme, excitante y estruendoso, que no puedes evitar, has de dejarte arrastrar por él. —Se detuvo, insatisfecho de la metáfora—. Es el canto de las sirenas, Adam. Sé que no está bien, pero no puedo luchar contra él.

Starbuck se acordó de pronto de Sally Truslow, y el recuerdo de su belleza le dolió tanto que se estremeció. Adam interpretó ese temblor como una prueba de arrepentimiento.

—Tienes que pagar a ese hombre... Trabell, ¿no es eso?

—Oh sí. Por supuesto que he de hacerlo. —Esa necesidad gravitaba pesadamente sobre la conciencia de Starbuck, por lo menos cuando se permitía a sí mismo recordar el robo del dinero del mayor Trabell. Hasta hacía pocas horas, cuando todavía hacía planes para regresar al Norte, había llegado a convencerse a sí mismo de que lo que más deseaba era devolver a Trabell su dinero, pero ahora, con Adam en casa, lo que más deseaba Starbuck era quedarse en Virginia—. Me gustaría saber cómo —dijo con aire vago.

—Creo que tendrías que volver a tu casa —sugirió Adam con firmeza—, y arreglar las cosas con tu familia.

Starbuck se había pasado los dos últimos días dándole vueltas precisamente a esa misma idea, pero ahora se apresuró a poner reparos.

—No conoces a mi padre.

—¿Cómo puede un hombre tener miedo de su propio padre, y en cambio disponerse a ir a la batalla sin ningún temor?

Starbuck sonrió en reconocimiento de lo justo de aquel razonamiento, pero sacudió la cabeza.

—No quiero volver a casa.

—¿Siempre hemos de hacer lo que queremos? También existen el deber y las obligaciones.

—Puede que las cosas no se torcieran cuando conocí a Dominique —dijo

Starbuck, soslayando las firmes palabras de su amigo—. Puede que se torcieran cuando fui a Yale. O cuando accedí a ser bautizado. Nunca me he sentido cristiano, Adam. No debí dejar que mi padre me bautizara. Nunca debí dejar que me enviara al seminario. He estado viviendo una mentira. —Recordó sus oraciones delante de la tumba de una mujer muerta, y enrojeció—. No creo haberme convertido nunca. No soy un auténtico cristiano.

—¡Claro que lo eres! —Adam se sentía desconcertado por la apostasía de su amigo.

—No —insistió Starbuck—. Deseaba serlo. He visto a otros hombres convertidos. He visto su felicidad, y el poder del Espíritu Santo que irradiaba de ellos, pero nunca he experimentado la misma cosa. Quería, siempre lo he querido... —Hizo una pausa. No podía pensar en otra persona a la que hablar así, sólo Adam. El buen y honesto Adam, que era como Leal para el Cristiano de Bunyan—. Dios mío, Adam —siguió diciendo Starbuck—, ¡cuánto he rezado para obtener la conversión! ¡La he suplicado! Pero nunca la he sentido. Pienso que tal vez si me salvara, si renaciera, tendría fuerzas para resistirme a la lujuria, pero no las tengo y no sé dónde encontrarlas.

Era una confesión sincera, patética. Había sido educado para creer que nada en su vida entera, ni siquiera la misma vida, era tan importante como la necesidad de la conversión. La conversión, le habían inculcado a Starbuck, era el momento de nacer de nuevo en Cristo, el instante milagroso en el que un hombre recibía a Jesucristo en su corazón como su Señor y su Salvador, y si un hombre permitía que ocurriera esa maravillosa presencia, nada sería lo mismo a partir de entonces porque toda la vida y toda la eternidad posterior se transmutarían en una existencia dorada. Sin salvación, la vida no era nada más que pecado, infierno y remordimiento; con ella era alegría, amor y el cielo para la eternidad.

Pero Starbuck nunca había encontrado ese momento de conversión mística. Nunca había experimentado esa alegría. Había simulado sentirla, porque esa simulación era el único modo de satisfacer la insistencia de su padre en la salvación, pero toda su vida había sido una mentira desde aquel disimulo.

—Hay algo peor aún —confesó ahora a Adam—. Empiezo a sospechar que la salvación real, la felicidad real, no reside en la experiencia de la conversión, sino, muy al contrario, en abandonar esa idea. Puede que sólo consiga ser feliz si rechazo toda esa parafernalia.

—Dios mío —dijo Adam, horrorizado ante la mera idea de tanta impiedad. Pensó durante unos segundos—. No creo —añadió, hablando muy despacio— que la conversión dependa de una influencia exterior. No puedes esperar un cambio mágico, Nate. La verdadera conversión surge de una decisión interior.

—¿Quieres decir que Cristo no tiene nada que ver con ella?

—Por supuesto que sí que tiene que ver, pero no puede hacer nada a menos que tú le invites. Tienes que liberar su poder.

—¡No puedo!

La protesta fue casi un lamento, el grito de angustia de un joven desesperado por librarse de las tensiones de la lucha religiosa, una lucha que enfrentaba a Cristo y a su propia salvación con la tentación de Sally Truslow y de Dominique, y de todas las demás delicias prohibidas y maravillosas que parecían desgarrar en dos el alma de Starbuck.

—Tendrías que empezar por volver a casa —dijo Adam—. Es tu deber.

—No voy a volver a casa —dijo Starbuck, ignorando por completo su reciente decisión de hacer precisamente eso—. No encontraré a Dios en casa, Adam. Necesito ser yo mismo.

Eso no era cierto. Starbuck, ahora que su amigo había vuelto a Faulconer Court House, quería quedarse en Virginia porque el verano, que le había parecido tan amenazador cuando hubo de soportar el disgusto de Washington Faulconer, de pronto le traía de nuevo promesas de felicidad dorada.

—Y tú —volvió Starbuck a preguntar a su amigo—, ¿por qué estás aquí? ¿Por deber?

—Supongo que sí. —La pregunta pareció incomodar a Adam—. Supongo que todos buscamos el hogar cuando las cosas van mal. Y van mal, Nate. El Norte va a invadirnos.

Starbuck sonrió.

—Entonces les echaremos, Adam, y así se acabará todo. ¡Una batalla! Una batalla corta y dulce. Una victoria, y luego la paz. Tendrás tu convención entonces, tendrás probablemente todo lo que desees, pero antes has de librar una batalla.

Adam sonrió. Le pareció que para su amigo Nate sólo existían las sensaciones, no el pensamiento que Adam consideraba su propia piedra de toque. Adam creía que la verdad de todas las cosas, desde la esclavitud hasta la salvación, podía deducirse a partir de la razón, mientras que a Starbuck, ahora se daba cuenta, sólo lo movían las emociones. En algunos aspectos, pensó Adam sorprendido, Starbuck se parecía a su padre, el coronel.

—Yo no voy a librar esa batalla —dijo Adam después de una larga pausa—. No voy a luchar.

Fue el turno de Starbuck de escandalizarse.

—¿Lo sabe tu padre?

Adam sacudió la cabeza, sin decir nada. Al parecer también él temía la desaprobación de su padre.

—Entonces, ¿por qué has vuelto? —preguntó Starbuck.

Adam calló durante largo rato.

—Creo —dijo por fin— que porque sabía que nada de lo que pudiera decir servía ya de nada. Nadie prestaba oídos a la razón, sólo a la pasión. La gente que yo creí que deseaba la paz resultó desear aún más la victoria. Fort Sumter les hizo cambiar, ya ves. No importó que nadie muriera allí, el bombardeo les demostró que los Estados esclavistas nunca se avendrían a razones, y exigieron que yo sumara mi voz a sus peticiones, y esas peticiones ya no apuntaban a la moderación, sino a la destrucción de todo esto. —Señaló con un amplio gesto la hacienda de Faulconer, los dulces campos con árboles cargados de frutos—. Querían que yo atacara a padre y a sus amigos, y yo me negué a hacerlo. De modo que me volví a mi casa.

—¿Y no lucharás?

—No pienso hacerlo.

Starbuck frunció el ceño.

—Eres más valiente que yo, Adam, por Dios que lo eres.

—¿Lo soy? Yo nunca me habría atrevido a fugarme con una, con una... —Adam calló, incapaz de encontrar una palabra delicada para describir a la muy indelicada Dominique—. No me habría atrevido a arriesgar toda mi vida por un antojo.

Consiguió que aquello pareciera admirable, en lugar de vergonzoso.

—No fue más que una estupidez —confesó Starbuck.

—¿Y nunca volverás a cometerla? —preguntó Adam con una sonrisa, y Starbuck pensó en Sally Truslow y no dijo nada. Adam arrancó una hoja de hierba y la retorció entre sus dedos—. ¿Y qué piensas que debería hacer yo?

¿De modo que, después de todo, Adam aún no había tomado una decisión? Starbuck sonrió.

—Te diré exactamente lo que tienes que hacer. Tan sólo seguir a tu padre. Juega a los soldados, disfruta del campamento, pasa un verano maravilloso. La paz llegará, Adam, puede que después de una batalla, pero la paz llegará, y llegará pronto. ¿Por qué arruinar la felicidad de tu padre? ¿Qué ganarás haciéndolo?

—¿Sinceramente? —sugirió Adam—. He de vivir conmigo mismo, Nate.

A Adam le resultaba difícil vivir consigo mismo, como Nate sabía muy bien. Adam era un joven de carácter firme y muy exigente, sobre todo consigo mismo. Podía perdonar las debilidades de otros, pero no las consentía en su propio carácter.

—¿Por qué has vuelto entonces? —siguió atacando Starbuck—. ¿Sólo para alimentar las esperanzas de tu padre y luego decepcionarle? Dios mío, Adam, hablas de mi deber para con mi padre, ¿y el tuyo? ¿Vas a predicarle? ¿A romperle el corazón? ¿Por qué estás aquí? ¿Esperas que tus arrendatarios y tus vecinos luchen, pero tienes la intención de sentarte a ver la batalla de lejos por tus escrúpulos? Dios mío, Adam, habrías hecho mejor quedándote en el Norte.

Adam dejó pasar un largo rato antes de responder:

—Estoy aquí porque soy débil.

—¡Débil!

Era la última cualidad que Starbuck habría asignado a su amigo.

—Porque tienes razón: no puedo decepcionar a mi padre. Porque sé qué quiere de mí, y no me parece tan difícil dárselo. —Adam sacudió la cabeza—. Es un hombre tan generoso, y se siente decepcionado tan a menudo por la gente. Me gustaría de verdad hacerle feliz.

—Entonces, por el amor de Dios, ponte el uniforme, juega a los soldados y reza porque haya paz. Además —añadió Starbuck, en un tono deliberadamente más ligero—, no puedo soportar la idea de un verano sin tu compañía. ¿Puedes imaginarme solo con Ethan, como únicos ayudantes de tu padre?

—¿No te gusta Ethan? —Adam había detectado disgusto en el tono de voz de Starbuck, y pareció sorprenderse.

—Creo que yo no le gusto a él. Le gané cincuenta pavos en una apuesta y no me lo ha perdonado.

—Es muy quisquilloso con el dinero —asintió Adam—. De hecho, a veces me pregunto si no es el dinero la verdadera razón por la que quiere casarse con Anna, pero ésa es una sospecha muy rastrera, ¿no te parece?

—¿Lo es?

—Claro que lo es.

Starbuck recordó que Belvedere Delaney había expresado la misma conjetura, pero no lo mencionó. En cambio, preguntó:

—¿Por qué quiere Anna casarse con Ethan?

—Sólo quiere escapar —dijo Adam—. ¿Puedes imaginarte la vida en Seven Springs? Ve el matrimonio como su billete a la libertad.

De pronto, Adam se levantó de un salto y se precipitó a ponerse los pantalones; sus prisas se debían a que se acercaba un pequeño dócar guiado por la propia Anna.

—¡Es Anna, viene hacia aquí! —advirtió a Starbuck que, como su amigo, se puso a toda prisa los pantalones y la camisa, y se estaba colocando las botas altas cuando Anna detuvo el carricoche. El dócar iba escoltado por tres ruidosos spaniels que ahora saltaron excitados hacia Adam y Starbuck.

Anna, protegida del sol por una amplia sombrilla con reborde de encaje, miró con reproche a su hermano:

—Llegas tarde a comer, Adam.

—Dios mío, ¿es ya la hora?

Adam revolvió sus ropas arrugadas en busca de su reloj. Uno de los spaniels se puso a lamerle por todas partes, mientras los otros dos bebían ruidosamente agua del río.

—La verdad es que no importa mucho que te hayas retrasado —dijo Anna—, porque ha habido problemas en el campamento.

—¿Qué problemas? —preguntó Starbuck.

—Truslow ha descubierto que su yerno se alistó en la Legión mientras él estaba fuera. ¡Y le ha dado una paliza!

Anna parecía escandalizada ante tanta violencia.

—¿Ha pegado a Decker?

—¿Se llama así? —preguntó Anna.

—¿Qué le ha pasado a la esposa de Decker? —preguntó Starbuck con una ansiedad un poco excesiva.

—Os lo contaré mientras almorzamos. Ahora, ¿por qué no acaba de vestirse, señor Starbuck? Puede atar su caballo cansado a la trasera del coche y volver a casa conmigo. Así podrá sostenerme la sombrilla y contarme la incursión. Quiero saberlo todo.

* * *

Ethan Ridley llevó a Sally Truslow a Paños y Sombreros Muggeridge's, en Exchange Alley, y allí le compró una sombrilla de indiana estampada a juego con su vestido de batista de color verde pálido. Ella llevaba también un flamante chal rayado de cachemir, medias de hilo, un sombrero de ala ancha con lirios bordados en seda, botines blancos y guantes de encaje. En la mano sostenía un pequeño bolso con adornos de abalorios y, en rudo contraste, su viejo bolso de tela.

—Deja que te tenga yo el bolso —dijo Ridley. Sally quería probarse un sombrero de lino de ala rígida con un velo de muselina.

—Cuídalo bien —dijo Sally, que le entregó el bolso a regañadientes.

—Claro que sí.

El bolso pesaba bastante, y Ridley se preguntó si habría una pistola allí dentro. El propio Ridley llevaba un arma a la cadera como parte de su uniforme gris ribeteado de amarillo de la Legión Faulconer; el sable pendía de su costado izquierdo, y el revólver del derecho. Sally giró en redondo delante del espejo de pie, para admirar el sombrero.

—Es precioso —dijo.

—Te sienta de maravilla —la piropeó Ridley, pero lo cierto es que había encontrado su compañía cada vez más pesada en los últimos días. No tenía educación, no tenía ingenio ni sutileza. Lo que tenía era el rostro de un ángel, el cuerpo de una puta, y su bastardo en la tripa. También la embargaba la desesperación por escapar del mundo estrecho de la incómoda cabaña de su padre, pero a Ridley le preocupaba demasiado su propio futuro para comprender el punto de vista de Sally. No veía sus esfuerzos por huir de un pasado insoportable, sino sólo su determinación para apoderarse de lo que deseaba. La despreciaba. De noche, su pasión hacía que no

deseara otra cosa que estar con aquella mujer, pero de día, obligado a soportar sus simplezas y su voz chillona, lo único que quería era librarse de ella. Y hoy iba a librarse de ella, pero antes era necesario amansarla con mimos.

La llevó a la Joyería Lascelles en la calle Ocho, y allí escuchó las quejas irritadas del propietario sobre el proyecto de tender una línea férrea directamente frente al escaparate de su tienda. La línea, que bajaría por la calle en cuesta, conectaría el trazado del ferrocarril de Richmond, Fredericksburg y Potomac con el de Richmond y Petersburg, de modo que los suministros militares circularían a través de la ciudad en tren, sin necesidad de hacerlo cargados en carros tirados por caballos.

—Pero ¿acaso han pensado en las consecuencias para el comercio, capitán Ridley? ¿Lo han hecho? ¡No! ¿Y quién comprará joyas de calidad con las locomotoras echando humo ante mi puerta? ¡Es ridículo!

Ridley compró a Sally un collar de filigrana lo bastante vistoso para que le gustase, y no tan caro que ofendiera su sentido del ahorro. También compró un anillo de oro apenas más grueso que el aro de una cortina, que guardó en el bolsillo de su uniforme. Las compras, incluidos la sombrilla y el sombrero de lino, le costaron catorce dólares, y el filete de buey del almuerzo en el Spotswood House un dólar con treinta. Se trataba de conseguir que Sally se confiara, y el precio valía la pena si ella marchaba dócilmente al destino, cualquiera que fuere, que la esperaba. Pidió vino para ella con la comida, y una copa de brandy después. Ella quiso también un cigarro, sin que le preocupara que ninguna otra mujer fumara en el restaurante.

—Siempre me han gustado los cigarros. Ma fumaba en pipa, pero a mí me gustan más los cigarros. —Fumaba satisfecha, ignorando las miradas divertidas de los demás comensales—. Esto es estupendo.

Se había lanzado sobre el lujo como un gato hambriento sobre un plato de leche.

—Te acostumbrarás a sitios como éste —dijo Ridley. Estaba recostado en su sillón, con una pierna calzada con bota alta indolentemente apoyada en el radiador apagado situado debajo de la ventana, que daba al patio del hotel. Su sable, enfundado en la vaina, pendía del tahalí colgado de la válvula del radiador—. Voy a convertirte en una dama —le mintió—. Te enseñaré cómo habla una dama, cómo se comporta, cómo come y baila, cómo lee, cómo se viste... Voy a hacer de ti una gran dama.

Ella sonrió. Ser una gran dama era el sueño de Sally. Se imaginaba a sí misma envuelta en sedas y encajes, recibiendo en un salón como el de la casa de Belvedere Delaney... no, en un salón más grande todavía, un salón enorme, un salón con riscos por paredes y la bóveda del cielo por techo, y con muebles dorados y agua caliente todo el día.

—¿De verdad vamos a buscar una casa esta tarde? —preguntó, pensativa—. Estoy harta de la señora Cobbold.

La señora Cobbold era la patrona de la pensión de Monroe Street, y sospechaba la relación que unía a Ridley con Sally.

—No vamos a buscar una casa —la corrigió Ridley—, sino unas habitaciones. Mi hermano conoce algunas que se alquilan.

—Habitaciones.

La palabra no pareció gustarle.

—Habitaciones grandes. Con techos altos, alfombras. —Ridley movió las manos en un gesto que sugería opulencia—. Un lugar en el que puedas vivir con tus propios negros.

—¿Podré tener un negro? —preguntó ella excitada.

—Dos —adornó Ridley su promesa—. Tendrás una sirvienta y un cocinero. Luego, por supuesto, cuando llegue el niño, podrás tener además una niñera.

—Quiero un coche, también. Uno como ése. —Señaló a través de la ventana un coche de cuatro ruedas con una caja de diseño elegante sujeta por muelles recubiertos de cuero, y con una capota de lona negra plegada hacia atrás que permitía ver el interior tapizado de capitoné escarlata. El carruaje iba tirado por cuatro caballos bayos a juego. Un cochero negro estaba sentado en el pescante, mientras otro negro, esclavo o criado, ayudaba a una mujer a subir.

—Es una calesa —le dijo Ridley.

—Calesa. —Sally probó la palabra y le gustó.

Un hombre alto de aspecto cadavérico subió a la calesa detrás de la mujer.

—Y ése —dijo Ridley a Sally—, es nuestro presidente.

—¡Ese flaco! —Se inclinó hacia adelante para examinar a Jefferson Davis que, con su sombrero alto en la mano, permanecía de pie en el coche mientras concluía su conversación con dos hombres que se habían quedado en los escalones del hotel. Acabada la charla, el presidente Davis tomó asiento frente a su esposa, y se encasquetó en la cabeza el reluciente sombrero.

—¿De verdad es Jeff Davis? —preguntó Sally.

—El mismo. Se hospeda en el hotel, a la espera de que le encuentren una casa.

—Poco que pensé nunca que vería a un presidente —dijo Sally, y miró con los ojos abiertos de par en par cómo la calesa daba la vuelta al patio y pasaba traqueteando bajo el arco que daba a Main Street. Sally sonrió a Ridley—. Te esfuerzas mucho por ser amable conmigo, ¿verdad? —dijo, como si Ridley en persona hubiera arreglado las cosas de modo que el presidente provisional de los Estados Confederados de América desfilara delante de Sally.

—Lo intento con todas mis fuerzas —dijo él, y a través de la mesa acarició la mano izquierda de ella, la atrajo hacia sí y besó sus dedos—. Y voy a seguir intentándolo —añadió—, para que siempre seas feliz.

—Y el niño.

Sally empezaba a sentirse maternal.

—Y nuestro niño —dijo Ridley, a pesar de que las palabras casi se le atravesaron en la garganta. Pero consiguió sonreír, y luego sacó el nuevo anillo de oro del bolsillo, lo extrajo de la bolsita de piel en la que estaba guardado y lo colocó en el dedo anular de ella—. Debes llevar un anillo de boda —explicó. Sally se había puesto el antiguo anillo de plata en la mano derecha, y por tanto la izquierda estaba libre.

La joven examinó el efecto del pequeño anillo de oro en su dedo, y se echó a reír.

—¿Esto quiere decir que estamos casados?

—Quiere decir que le parecerás respetable a un terrateniente —dijo él, y tomándole la mano derecha tiró del anillo de plata, que chocó con el nudillo.

—¡Ten cuidado!

Sally quiso retirar la mano, pero Ridley se la sujetó con firmeza.

—Voy a hacer que lo limpien —dijo. Sacó el anillo y lo metió en la bolsita de piel—. Lo cuidaré bien —prometió, aunque la verdad es que se le había ocurrido que aquel anillo antiguo sería un buen recuerdo de Sally—. ¡Ahora ven! —Echó una ojeada al gran reloj colocado encima del aparador tallado—. Hemos de reunirnos con mi hermano.

Pasearon al sol primaveral, y la gente que les vio pensó que hacían buena pareja: un oficial sudista bien parecido y su hermosa y grácil novia, que con las mejillas coloreadas por el vino reía al lado de su hombre. Sally llegó incluso a dar unos pasos de baile al pensar en la felicidad que iban a brindarle los próximos meses. Sería una dama respetable, con sus propios esclavos, y viviría en el lujo. Cuando Sally era pequeña, su madre le hablaba a veces de las casas elegantes de los ricos y de cómo había velas en todas las habitaciones y colchones de plumas en todas las camas, y que comían en platos dorados y no sabían lo que era pasar frío. Su agua no venía de un arroyo que se helaba en invierno, sus camas no tenían piojos y sus manos nunca se agrietaban ni se hinchaban como las de Sally. Ahora ella quería vivir exactamente así.

—Robert me decía que sólo sería feliz si dejaba de soñar —confió a su amante—. ¡Si pudiera verme ahora!

—¿Le has dicho que venías aquí? —preguntó Ridley.

—¡Claro que no! No quiero volver a verle nunca. No hasta que sea una gran dama, y entonces le dejaré abrir la puerta de mi coche y ni siquiera sabrá quién soy. —Se echó a reír al pensar en esa dulce venganza por su anterior miseria—. ¿Es ése el cochero de tu hermano?

Habían llegado a la esquina de Cary Street con la Veinticuatro. Era un barrio sombrío, próximo al ferrocarril de York River, que circulaba entre la calle adoquinada y la orilla rocosa del río. Ridley había explicado a Sally que su hermano tenía negocios en esa parte de la ciudad, y que por esa razón se veían obligados a cruzar sus calles. Ahora, a punto ya de librarse de la muchacha, sintió una punzada de

remordimiento. Su compañía esa tarde había sido alegre y fácil, su risa natural, y las miradas de los otros hombres en la calle revelaban una envidia lisonjera. Ridley pensó entonces en las ambiciones tan poco realistas de Sally y en la amenaza que representaba, y endureció su corazón para lo inevitable.

—Ese es su carruaje —dijo, suponiendo que aquel coche grande, feo y con las cortinillas corridas era en efecto el de Delaney, aunque no había la menor señal de la presencia del propio Delaney. En cambio, había un negro en el pescante, y dos caballos flacos de lomos hundidos con unos arreos raídos.

El negro miró a Ridley.

—¿Usted señor Ridley, *massa*?

—Sí.

Ridley notó que las manos de Sally se aferraban temerosas a su brazo.

El negro dio dos golpes con los nudillos en el techo del coche, y la portezuela de las cortinas corridas se abrió dejando a la vista a un hombre blanco delgado, de edad mediana, con la dentadura mellada, el pelo sucio y un ojo desviado.

—Señor Ridley. ¿Y usted debe de ser la señorita Truslow?

—Sí.

Sally estaba nerviosa.

—Bienvenida, señora. Bienvenida.

Aquel tipo feo saltó al suelo desde el interior del carruaje y saludó a Sally con una profunda inclinación.

—Me llamo Tillotson, señora, Joseph Tillotson, y soy su servidor, señora, su más humilde servidor. —Levantó la vista desde su posición inclinada, parpadeó asombrado ante su belleza, y pareció relamerse por anticipado mientras extendía la mano en un amplio gesto para invitarla a entrar en el coche—. Tenga la bondad, querida señora, de subir al coche, y yo con un toque mágico lo convertiré en una carroza dorada digna de una princesa tan hermosa como usted.

Ahogó una risita provocada por su propio ingenio.

—Este no es tu hermano, Ethan.

Sally se mostraba suspicaz y aprensiva.

—Vamos a reunimos con él, señora, por cierto que sí —dijo Tillotson, y le dedicó de nuevo su grotesca reverencia.

—¿Tú vienes, Ethan? —dijo Sally, todavía agarrada al brazo de su amante.

—Desde luego —tranquilizó Ethan a Sally, y la convenció de que caminara hasta el coche mientras Tillotson desplegaba un estribo con un par de peldaños cubiertos por una alfombrilla raída.

—Deme su sombrilla, señora, y permítame ayudarla.

Tillotson tomó la sombrilla de Sally, y luego extendió la mano para alzarla al oscuro interior, que olía a rancio. Las ventanillas del coche estaban cubiertas por

cortinas de cuero que habían sido bajadas y clavadas al antepecho. Ridley se acercó al coche, inseguro acerca de lo que iba a pasar después, pero Tillotson lo empujó a un lado sin miramientos, plegó el estribo y saltó a ciegas al interior oscuro del carruaje.

—¡Ya la tengo, Tommy! —gritó al cochero—. ¡Adelante!

Tiró a la calle la sombrilla recién adquirida, y cerró de golpe la portezuela.

—¡Ethan! —La voz de Sally se alzó en un tono de protesta patética mientras el grueso cochero iniciaba la marcha. Luego volvió a gritar, más fuerte—: ¡Ethan!

Se oyó el chasquido de una bofetada, un grito ahogado, y luego el silencio. El cochero negro hizo restallar el látigo, y las llantas de hierro de las ruedas rechinaron contra los adoquines al doblar el coche la esquina. Así se libró Ridley de su «súcuba»; tuvo remordimientos, por lo patético de la voz de ella en aquel último grito desesperado, pero sabía que no le quedaba otra alternativa. De hecho, se dijo a sí mismo, todo aquel desgraciado asunto había sido culpa de Sally, porque fue ella la que se metió en problemas, ella, que no valía más que para una sola cosa, pero ahora había desaparecido, y se dijo a sí mismo que había sido para bien.

Todavía tenía en las manos el pesado bolso de Sally. Lo abrió y no encontró dentro ninguna pistola, sino sólo los cien dólares de plata que le había pagado para comprar su silencio. Cada moneda había sido envuelta por separado en un pedazo de papel de arroz de color azul, como si todas fueran especiales, y por un momento Ridley sintió que el corazón se le ablandaba ante aquel gesto infantil, aunque luego imaginó que Sally había envuelto probablemente las monedas para que no tintinearan y llamaran la atención de potenciales ladrones. En cualquier caso, las monedas volvían a ser suyas, lo cual le pareció simplemente justo. Apretó la bolsa bajo el brazo, se puso los guantes, se caló el sombrero del uniforme hasta los ojos, colocó su sable en el ángulo más indicado y se dirigió despacio a su casa.

* * *

—Al parecer. —Anna extendió el brazo para alcanzar una hogaza de pan que partió en dos, y luego desmigó una de las partes y la dio a comer a sus alborotadores spaniels—. Truslow tenía una hija, y la hija se quedó embarazada, de modo que él la casó con un pobre chico, y ahora la hija se ha fugado y el chico se ha alistado en la Legión, y Truslow está furioso.

—Condenadamente furioso —dijo su padre, muy divertido—. Le atizó al muchacho.

—Pobre Truslow —dijo Adam.

—Pobre chico. —Anna repartió más migas de pan entre sus perros, que ladraban y escarbaban—. Truslow le partió el pómulo, ¿no es cierto, papá?

—Una fractura mala —confirmó Faulconer. El coronel había conseguido reparar

los estragos derivados de su fallida incursión de caballería. Se había bañado, recortado la barba y vestido el uniforme, de modo que de nuevo tenía el aspecto de un deslumbrante guerrero—. El chico se llama Robert Decker —siguió diciendo el coronel—, y es el hijo de Tom Decker, ¿te acuerdas de él, Adam? Un hombre malogrado. Ahora ha muerto, al parecer, y poco se ha perdido.

—Me acuerdo de Sally Truslow —dijo Adam, indiferente—. Indómita y aviesa, pero bonita de verdad.

—¿Viste a la chica cuando fuiste a buscar a Truslow, Nate? —preguntó Faulconer. El coronel se esforzaba en mostrarse amable con Starbuck, para dejar claro que su desdén malhumorado de los días anteriores era asunto concluido y olvidado.

—No recuerdo haberla visto, señor.

—De haberla visto lo recordaría —dijo Adam—. Es una chica difícil de olvidar.

—Bueno, pues se ha largado —dijo Faulconer—; por lo visto, Decker no tiene ni idea de dónde está, y Truslow anda loco con él. Al parecer dio a la feliz pareja su pedazo de tierra de cultivo y ellos la dejaron al cuidado de Roper. ¿Te acuerdas de Roper, Adam? Ahora vive allá arriba. Ese hombre era un bruto, pero sabía manejar a los caballos.

—No creo que estén convenientemente casados.

Anna encontraba el tema de la infeliz pareja mucho más interesante que el destino de un esclavo liberado.

—Lo dudo mucho —asintió su padre—. Debe de haber sido un salto rápido sobre la escoba, si es que se preocuparon de ese tipo de formalidades.

Starbuck tenía la vista clavada en su plato. El almuerzo había consistido en jamón cocido, tortas de maíz y patatas fritas. Washington Faulconer, sus dos hijos y Nate habían sido los únicos comensales, y la agresión de Truslow a Robert Decker el único tema de conversación.

—¿Dónde puede haber ido la pobre chica? —preguntó Adam.

—A Richmond —dijo su padre al instante—. Todas las chicas malas van a Richmond. Allí encuentran trabajo... —y añadió, mirando de reojo a Anna y con una mueca de tristeza—. De cierta clase'.

Anna enrojeció, y Starbuck pensó que también Ethan Ridley estaba en Richmond.

—¿Qué ha pasado con Truslow? —preguntó.

—Nada. Todavía está lleno de remordimientos. Lo dejé en la tienda de guardia y le amenacé con diez clases distintas de infierno.

Lo cierto es que fue el mayor Pelham quien arrestó a Truslow y profirió toda una serie de amenazas, pero Faulconer no pensaba que aquel incidente fuera importante. El coronel encendió un cigarro.

—Ahora Truslow insiste en que Decker pase a su compañía, y supongo que será

lo mejor para él. Parece ser que tiene parientes en la compañía. ¿Puedes hacer que se estén quietos esos perros, Anna?

—No, padre. —Dejó caer otra lluvia de migajas de pan empapado en grasa en medio de aquel alborotado sírvase usted mismo—. Y hablando de saltar sobre escobas —dijo—, todos os habéis perdido la boda de Pecker.

—Supongo que fue una boda muy seria y formal —dijo su hermano.

—Por supuesto que lo fue. Moss ofició la ceremonia en remojó, y Priscilla casi parecía bonita. —Anna sonrió—. El tío Pecker estaba radiante, llovió a cántaros y madre envió seis botellas de vino como regalo.

—Nuestro mejor vino —dijo Washington Faulconer en tono ominoso.

—¿Cómo podía saberlo madre? —preguntó Anna, inocente.

—Lo sabía —dijo Faulconer.

—Y los niños de la escuela cantaron una canción muy mediocre —siguió diciendo Anna—. Cuando yo me case, padre, no quiero que los gemelos Tompkinson canten para mí. ¿Es una ingratitud pedir una cosa así?

—Tú te casarás en Saint Paul, en Richmond —dijo su padre—, y oficiará el reverendo Peterkin.

—En septiembre —insistió Anna—. He hablado con mamá, y está de acuerdo. Pero sólo si contamos con tu bendición, padre, desde luego.

—¿Septiembre? —Washington Faulconer se encogió de hombros, como si no diese mucha importancia a la fecha de la boda—. ¿Por qué no?

—¿Por qué septiembre? —preguntó Adam.

—Porque la guerra ya habrá acabado para entonces —declaró Anna—, y si lo dejamos para más tarde habrá mal tiempo para cruzar el Atlántico, y madre dice que tenemos que estar en París en octubre a mucho tardar. Pasaremos el invierno en París, y en primavera iremos a los balnearios alemanes. Dice mamá que a lo mejor a ti te gustaría venir también, Adam.

—¿A mí?

Adam pareció sorprendido por la invitación.

—Para hacer compañía a Ethan mientras mamá y yo tomamos las aguas. Y para ser el acompañante de mamá, claro está.

—Puedes ir de uniforme, Adam. —Estaba claro que Washington Faulconer no lamentaba verse excluido de aquella expedición familiar—. A tu madre le gustará. De uniforme completo, con sable, fajín y medallas, ¿eh? ¿Les enseñarás a los europeos qué aspecto tiene un oficial sudista?

—¿Yo? —preguntó de nuevo Adam, esta vez mirando a su padre.

—Sí, tú, Adam. —Faulconer arrojó su servilleta sobre la mesa—. Y hablando de uniformes, encontrarás uno en tu habitación. Póntelo, ven luego al estudio y buscaremos un sable adecuado. Y tú también, Nate. Todos los oficiales deben llevar

un arma blanca.

Adam calló, y durante uno o dos segundos Starbuck temió que aquel fuese el momento elegido por su amigo para hacer su declaración pacifista. Starbuck se preparó para la confrontación, pero entonces, con una inclinación de cabeza que sugería que la decisión le había costado un gran esfuerzo de voluntad, Adam echó atrás su silla.

—Al trabajo —dijo en voz baja, casi para sí mismo—, al trabajo.

* * *

El trabajo consistió en unos días gloriosos de comienzos de verano de redobles de tambores e instrucción, de ejercicios a través de los prados y de camaradería en el interior de las tiendas del campamento. Fueron días cálidos de risas, cansancio, agujetas, tez curtida, grandes esperanzas y caras sucias de polvo. La Legión practicó el tiro con mosquete hasta que los hombros de los soldados quedaron magullados por el impacto de las culatas; la explosión de las cápsulas de percusión oscurecía sus rostros con el rastro de la pólvora, y tenían los labios ligeramente hinchados de morder el papel de los cartuchos para abrirlos. Aprendieron a fijar las bayonetas en el cañón, a desplegar en una línea de fuego y a formar el cuadro para afrontar las cargas de caballería. Empezaron a sentirse soldados.

Aprendieron a dormir a pesar de las incomodidades, y descubrieron el ritmo vivo de las marchas que permite a los hombres soportar interminables caminatas en días de calor bochornoso y por caminos ardientes. Los domingos formaban para los servicios religiosos y los himnos. Su favorito era «Fight the Good Fight», lucha por la buena causa, y por las noches, el momento en que los hombres más añoraban a sus familias, les gustaba cantar «Amazing Grace» muy despacio, de modo que la dulce melodía parecía mecerse en el aire cálido junto a las estrellas y las fogatas. En otras noches de la semana, algunos grupos de hombres recibían clases de Biblia o se reunían a rezar, mientras otros jugaban a las cartas o bebían el licor que les vendían ilegalmente buhoneros venidos de Charlotteville o de Richmond. En una ocasión en que el mayor Pelham sorprendió a uno de esos buhoneros, hizo pedazos todo su cargamento de botellas de whisky destilado en las montañas, a pesar de que el coronel se sentía más inclinado a la tolerancia.

—Déjales que se diviertan —le gustaba decir a Faulconer.

Adam temía que aquello se debiera a que su padre se esforzaba demasiado en ser popular, pero si hemos de ser justos, su indulgencia formaba parte de la teoría de Washington Faulconer sobre la vida militar.

—Estos hombres no son campesinos europeos —explicaba el coronel—, y desde luego tampoco son los obreros que se desloman trabajando en las fábricas del Norte.

¡Son buenos americanos! ¡Buenos sureños! Tienen fuego en las tripas y la libertad en sus corazones, y si les forzamos a hacer horas y más horas de instrucción, lo único que conseguiremos es convertirlos en borregos sin chispa. ¡Los quiero impacientes! Quiero que vayan a la batalla como caballos frescos salidos de los pastos de primavera, no como jamelgos alimentados con el heno del invierno. Los quiero llenos de espíritu, «élan» dicen los franceses, ¡y así ganarán esta guerra para nosotros!

—Sin instrucción no, no lo harán —respondía lúgubre el mayor Pelham. Le permitían dar cuatro horas de instrucción al día, y ni un minuto más—. Apuesto a que Robert Lee está ejercitando a sus hombres en Richmond —insistía Pelham—, ¡y McDowell a los suyos en Washington!

—Yo también apuesto a que lo hacen, y hacen bien, aunque sólo sea para desasnar a esos torpones. Pero nuestro material es de mejor calidad. ¡Van a ser los mejores soldados de América! ¡Del mundo!

Y cuando el coronel llegaba a ese éxtasis sublime, ni Pelham ni todos los expertos militares de la cristiandad podían hacerle cambiar de opinión.

De modo que el sargento Truslow se limitó a ignorar al coronel y obligó a su compañía a hacer instrucción extra. Al principio, cuando Truslow bajó de su cabaña de las montañas, el coronel pensó en utilizarlo como uno de los cincuenta jinetes que formarían la avanzadilla de exploradores de la Legión, pero después de la incursión el coronel se sintió menos inclinado a tener a Truslow tan cerca del alto mando, de modo que permitió que fuera elegido sargento de la compañía K, una de las dos compañías de batidores. Pero incluso allí, en el flanco extremo de la Legión, la influencia de Truslow se hacía sentir. Ser soldado, decía, era ganar batallas, no reunirse a rezar o a cantar himnos, y de inmediato insistió en que la compañía K triplicara la cantidad de tiempo invertida en la instrucción. Sacaba a la compañía de la cama dos horas antes del amanecer, y para cuando las demás compañías empezaban a encender los fuegos para preparar el desayuno, la compañía K ya estaba cansada de ejercitarse. El capitán Rosswell Jennings, oficial al mando de la compañía K, que se había asegurado la elección mediante el reparto de pródigas cantidades de whisky casero, vivía feliz en la medida en que Truslow no exigía su presencia en las sesiones de instrucción extra.

Las demás compañías, al ver la dedicación y el orgullo de la compañía K, empezaron a alargar su propio tiempo de presencia en el campo de instrucción. El mayor Pelham estaba encantado, el coronel se avino al cambio, y el sargento mayor Proctor, que había sido el administrador de las propiedades de Washington Faulconer, empezó a rebuscar en sus libros nuevas y más complicadas maniobras para que la Legión en rápido progreso las pusiera en práctica. Pronto incluso el anciano Benjamín Ridley, el padre de Ethan, que había sido oficial de las milicias en su juventud, pero que ahora estaba tan gordo y enfermo que apenas podía caminar,

admitió a regañadientes que los hombres de la Legión empezaban a parecer soldados de verdad.

Ethan Ridley había vuelto de Richmond con cureñas y trenes de munición para las dos piezas de artillería. La Legión estaba ahora equipada al completo. Cada hombre tenía una guerrera gris con doble pechera y dos filas de botones de latón, un par de botas de caña alta hasta la rodilla, pantalones grises y una gorra redonda provista de una visera endurecida con cartón. Cargaba con una mochila para sus mudas y efectos personales, una bolsa de costado para los víveres, una cantimplora para el agua, una taza de estaño, una caja de piel al cinto para los fulminantes, y una caja de cartuchos para la munición de su rifle. Sus armas eran un rifle modelo 1841 con culata de madera de avellano, una bayoneta con empuñadura de bronce y todas las armas personales que se le antojara incorporar. Casi todos los hombres llevaban cuchillos de caza, seguros como estaban de que resultarían letales en el combate cuerpo a cuerpo que todos esperaban confiados, y algunos llevaban revólver; de hecho, a medida que transcurría el mes de junio y se intensificaban los rumores de una batalla inminente, más y más padres llevaron revólveres a sus hijos como si pensaran que esa arma sería un salvavidas en medio de la batalla.

—Lo único que necesitáis —dijo Truslow a sus hombres— es un rifle, una taza, una mochila, y al infierno todo lo demás.

Él llevaba un cuchillo de caza, pero sólo para desbrozar y cortar leña menuda. Todo lo demás, les dijo, era sólo peso añadido.

Los hombres no hicieron caso a Truslow, y confiaron más en la generosidad del coronel. Cada hombre recibió una alfombrilla de tela impermeable en la que iban envueltas dos mantas grises. El único ahorro que se permitió Washington Faulconer fue negarse a comprar sobretodos para la Legión. No era posible, declaró, que la guerra durase hasta la llegada del frío, y no tenía intención de gastar su dinero en proporcionar a los hombres de Faulconer County abrigos para ir a la iglesia los domingos, sino sólo para inscribir sus nombres en letras mayúsculas en la historia de la independencia del Sur. Distribuyó a cada hombre equipo de costura, toallas y un cepillo para la ropa, y el doctor Billy Danson insistió en que todos los legionarios llevaran también un rollo de tiras de algodón para vendas.

El mayor Thaddeus Bird, que siempre había presumido de ser un gran caminante y era el único de los oficiales de Faulconer que se negaba resueltamente a montar a caballo, proclamó que Truslow estaba en lo cierto y que se había distribuido a los hombres un equipo excesivo.

—Un hombre no puede marchar a la batalla cargado como un mulo —argumentaba. El maestro de escuela siempre estaba dispuesto a expresar ese tipo de opiniones militares, que el coronel tenía una disposición igual a ignorar; pero a medida que avanzaba el verano, un grupo de hombres jóvenes se fue sintiendo más y

más atraído por la compañía de Bird. Se reunían en el jardín de su casa al anochecer, sentados en el banco roto de la iglesia o en taburetes que sacaban de la escuela. Starbuck y Adam iban allí con frecuencia, y también el ayudante de Bird, el teniente Davies, y media docena más de oficiales y sargentos.

Los hombres llevaban su propia cena y la bebida. A veces, Priscilla sacaba un cuenco de ensalada o una bandeja de bizcochos, pero el auténtico objetivo de aquellas veladas era o bien tocar música o rebuscar entre los libros amontonados de Bird pasajes que leer en voz alta. Luego discutían en la oscuridad y arreglaban el mundo, como solían hacer Adam y Starbuck cuando estaban en Yale, aunque estas nuevas veladas de discusión venían aderezadas con noticias y rumores de la guerra. En la Virginia occidental, el escenario del fracaso pasado por agua de la incursión del coronel, la Confederación había sufrido nuevas derrotas. La peor en Philippi, donde las fuerzas nordistas obtuvieron una victoria humillante para los sudistas, tan fácil que los periódicos del Norte la bautizaron como «las carreras de Philippi». Thomas Jackson, por temor a verse copado en Harper's Ferry, abandonó la ciudad ribereña, y ese suceso hizo que a los jóvenes oficiales de Faulconer Court House el Norte les pareciera invencible; sin embargo, sólo una semana después, llegaron noticias de una escaramuza en la costa de Virginia, donde tropas nordistas habían avanzado hacia el interior desde una fortaleza junto al mar, sólo para ser rechazados en un sangriento encuentro en los campos vecinos a Bethel Church.

No todas las noticias eran veraces. Corrían rumores de victorias que nunca habían ocurrido y de conversaciones de paz inexistentes. Un día se anunció que las naciones de Europa habían reconocido a la Confederación, y en consecuencia el Norte trataba de acordar la paz, pero en definitiva aquello resultó ser falso a pesar de que el reverendo Moss juró sobre un rimero de Biblias que era verdad del evangelio. A Bird le divertían aquellas alarmas de verano.

—Son sólo un juego —dijo—, sólo un juego.

—La guerra no es ningún juego, tío —se quejó Adam.

—Por supuesto que es un juego, y la Legión es el juguete de tu padre, y muy caro por cierto. Ésa es la razón por la que espero que nunca entremos en una batalla, porque entonces el juguete se romperá y no habrá modo de consolar a ese hombre.

—¿De verdad esperas eso, Thaddeus? —preguntó su esposa. Le gustaba sentarse en el jardín hasta que oscurecía, pero entonces, ahora que cargaba como única responsable con toda la escuela, subía a acostarse y dejaba a los hombres discutir a la luz de las velas.

—Pues claro que lo espero —dijo Bird—. Nadie en su sano juicio desea que haya una batalla.

—Nate sí —dijo Adam, maligno.

—He dicho «en su sano juicio» —recalcó Bird—. Cuido mucho de ser preciso en

mis afirmaciones, tal vez porque nunca he estudiado en Yale. ¿Es cierto que desea ver una batalla, Starbuck?

Starbuck sonrió a medias.

—Quiero ver el elefante.

—Es innecesariamente grande, gris, de piel curiosamente arrugada y le cuelgan unos adminículos bastante embarazosos —señaló Bird.

—¡Thaddeus! —rio Priscilla.

—Espero que haya paz —se corrigió Starbuck—, pero siento cierta curiosidad por presenciar una batalla.

—Tenga esto. —Bird tendió un libro a Starbuck—. Hay un relato de la batalla de Waterloo. Creo que empieza en la página sesenta y ocho. Léalo, Starbuck, y le curará de sus deseos de ver el elefante.

—¿Tú no sientes curiosidad, Thaddeus? —le preguntó su esposa. Estaba cosiendo una bandera, una de las muchas banderas que habían de decorar la ciudad por el Cuatro de Julio, ahora a tan sólo dos días vista y que se celebraría con una gran fiesta de gala en Seven Springs. Habría festín, desfile, fuegos artificiales y baile, y en la ciudad todos querían contribuir de alguna manera a la celebración.

—Siento un poco de curiosidad, por supuesto. —Bird hizo una pausa para encender uno de sus delgados y malolientes cigarros favoritos—. Todas las situaciones extremas de la existencia humana despiertan mi curiosidad, porque me siento tentado a creer que la verdad se manifiesta mejor en esos extremos, bien sea en los excesos de la religión, la violencia, el afecto o la codicia. La guerra es tan sólo un síntoma de uno de esos excesos.

—Preferiría que te aplicases a ti mismo ese estudio de los afectos excesivos —dijo Priscilla en tono cariñoso, y los jóvenes rieron. Todos querían a Priscilla y les conmovía la evidente ternura que ella y Bird se mostraban mutuamente.

La charla prosiguió. El huerto, pensado para suministrar hortalizas al maestro de escuela, desplegaba ahora una profusión de rudbeckias y margaritas, aunque Priscilla había reservado un espacio para algunas hierbas aromáticas que perfumaban el cálido crepúsculo. En la parte trasera del huerto, se alzaban dos manzanos y una valla, al otro lado de la cual se extendían un prado y una amplia vista panorámica de las colinas boscosas y de las montañas Blue Ridge. Era un lugar hermoso y tranquilo.

—¿Va a tomar un ordenanza, Starbuck? —preguntó el teniente Davies—. Porque si es así, he de inscribir su nombre en el libro de registro.

Starbuck estaba distraído con ensueños.

—¿Un ordenanza?

—El coronel, en su sabiduría —explicó Bird—, ha dispuesto que los oficiales puedan tener un ordenanza a su servicio, pero sólo, atiendan bien, si el hombre es negro. ¡Están prohibidos los ordenanzas blancos!

—No puedo permitirme tener un ordenanza —dijo Starbuck—. Sea negro o blanco.

—Yo tenía la esperanza de tomar como ordenanza a Joe Sparrow —dijo Bird melancólico—. Pero a menos que se tizne la cara de negro, no podré.

—¿Por qué Sparrow? —preguntó Adam—. ¿Por el apellido? ¿Pensabas que el gorrión y el pájaro carpintero piaríais juntos?

—Muy divertido. —Bird no tenía aspecto de divertirse en absoluto—. Prometí a Blanche que cuidaría de él, ésa es la razón, pero sólo el Señor sabe cómo podré cumplir mi promesa.

—Pobre Redrojo —dijo Adam. Joe Sparrow (Gorrión), un muchacho flaco y aplicado de dieciséis años, era conocido por todos con el apodo de Redrojo. Había ganado una beca para la Universidad de Virginia, y había de empezar sus estudios el siguiente otoño, pero rompió el corazón de su madre al enrolarse en la Legión. Fue uno de los reclutas que recibió unas enaguas para que la vergüenza lo decidiera a alistarse. Su madre, Blanche, había suplicado a Washington Faulconer que excusara al muchacho, pero Faulconer le contestó impertérrito que todos los jóvenes tenían un deber que cumplir. Joe, como muchos otros, era un voluntario por tres meses, y el coronel tranquilizó a Blanche Sparrow asegurándole que su hijo quedaría liberado de su compromiso en el momento en que empezara el primer semestre.

—La verdad es que el coronel debería haberle excusado —dijo Bird—. Esta guerra no es para chicos estudiosos, sino para gente como Truslow.

—¿Porque no sería una gran pérdida? —preguntó uno de los sargentos.

—Porque entiende la violencia —contestó Bird—, que es lo que habremos de aprender todos si queremos ser buenos soldados.

Priscilla examinaba su costura a la luz menguante del día.

—Me pregunto qué le habrá ocurrido a Sally, la hija de Truslow.

—¿Llegó a hablar con usted, Starbuck? —preguntó Bird.

—¿Conmigo? —Starbuck pareció sorprendido.

—Lo digo sólo porque preguntó por usted —explicó Bird—. La noche en que llegó aquí.

—Tenía entendido que no la habías conocido —dijo Adam con indiferencia.

—No lo hice. Estaba en la cabaña de Truslow cuando fui en su busca, pero no me fijé en ella. —Starbuck se alegró de que el crepúsculo disimulara su rubor—. No, no habló conmigo.

—Preguntó por usted y por Ridley, pero por supuesto ninguno de los dos estaba aquí. —Bird calló de pronto, como si en ese momento se diera cuenta de que había sido indiscreto—. No tiene importancia. ¿Ha traído su flauta, sargento Howes? Estaba pensando que podríamos atrevernos con Mozart.

Starbuck escuchó la música, pero no encontró el menor placer en ella. En las

últimas semanas, sentía que había llegado a conocerse a sí mismo, o por lo menos encontrado un equilibrio en el que su humor había dejado de oscilar entre la negra desesperación y las esperanzas más descabelladas. En su lugar había disfrutado de aquellos largos días de trabajo y ejercicio, pero ahora el recuerdo de Sally venía a destruir por completo la paz así conquistada. ¡Y ella había preguntado por él! Aquella revelación, de la que se enteraba ahora por casualidad, inyectó nuevo combustible en los sueños de Starbuck. Ella quiso su ayuda y él no estaba allí, de modo que se vio empujada a recurrir a Ridley. A aquel maldito hijo de desdeñosa puta de Ridley.

A la mañana siguiente, Starbuck abordó a Ridley. Apenas habían hablado en las últimas semanas, y no por ojeriza mutua, sino sencillamente porque tenían amigos diferentes. Ridley era el cabecilla de un pequeño grupo de jóvenes oficiales aficionados a grandes cabalgadas y grandes borracheras, que se consideraban a sí mismos juerguistas y calaveras, y despreciaban a los hombres que se reunían en el jardín de Pecker Bird a pasar las veladas charlando. Cuando Starbuck lo encontró, estaba tendido en su tienda recuperándose, según dijo, de una noche en la taberna de Greeley. Uno de sus secuaces, un teniente llamado Moxey, estaba sentado en el otro catre con la cabeza en las manos, gimiendo. También gimió Ridley cuando vio aparecer a Starbuck.

—¡Es el Reverendo! ¿Has venido a convertirme? Estoy más allá de la conversión.

—Me gustaría tener unas palabras contigo.

—Adelante.

Bajo la lona iluminada por el sol, la cara de Ridley tenía un color amarillento malsano.

—Unas palabras a solas.

Ridley se volvió a mirar a Moxey.

—Vete, Mox.

—No se preocupe por mí, Starbuck. Soy olvidadizo —dijo Moxey.

—Te ha dicho que te fueras —insistió Starbuck.

Moxey miró a Starbuck y vio una luz hostil en el rostro del alto norteamericano, de modo que se encogió de hombros.

—Me voy. Desaparezco. Adiós... ¡Oh, Dios mío!

La última frase fue su saludo al resplandor del sol matinal.

Ridley se incorporó y se dio la vuelta para posar sus pies enfundados en medias sobre la alfombra impermeable.

—Oh, Dios... —gruñó, y se puso a rebuscar dentro de una de sus botas, en las que evidentemente guardaba los cigarros y las cerillas por la noche—. Estás terriblemente serio, Reverendo. ¿Es que el condenado Pelham quiere que marchemos hasta Rosskill ida y vuelta? Dile que estoy enfermo. —Encendió el cigarro, aspiró profundamente y miró a Starbuck con ojos enrojecidos—. Vengan ya esas palabras,

Starbuck. Nada puede ser peor.

—¿Dónde está Sally? —Starbuck soltó de pronto la pregunta. Había planeado ser bastante más prudente, pero en el momento de la confrontación no se le ocurrió nada más que preguntar sencillamente y sin rodeos.

—¿Sally? —preguntó Ridley, y fingió incredulidad—. ¡Sally! ¿Y quién, en el nombre de Dios, es Sally?

—Sally Truslow.

Starbuck se sentía ya ridículo, y se preguntaba qué oscura pero innegable pasión le empujaba a aquel interrogatorio humillante.

Ridley sacudió la cabeza con aire de cansancio y dio otra chupada a su cigarro.

—¿Y por qué, en el nombre de Dios, Reverendo, crees que yo tengo la menor condenada noticia acerca de Sally Truslow?

—Porque fue a Richmond. A verte. Lo sé de cierto. —Ridley no lo sabía, pero Pecker Bird, sometido a presión, había admitido que dio a Sally la dirección del hermano de Ridley en Richmond.

—No me encontró, Reverendo —dijo Ridley—. ¿Y qué si lo hubiera hecho? ¿Qué importancia tendría?

Starbuck no tenía respuesta a esa pregunta. Además se sentía bobo e inseguro entre los faldones recogidos de la entrada de la tienda de Ridley.

Ridley lanzó un escupitajo que fue a aterrizar más allá de las botas de Starbuck.

—Hay una cosa que me interesa, Reverendo, de modo que cuéntame. ¿Qué representa exactamente Sally para ti?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué diablos me molestas tan condenadamente temprano esta maldita mañana?

—Porque quiero saber dónde está.

—¿O es su padre el que quiere saberlo? —preguntó Ridley, descubriendo por primera vez la inquietud que le producía la conversación. Starbuck sacudió la cabeza y Ridley se echó a reír—. ¿Te pone caliente la chica, Reverendo?

—¡No!

—Pues lo estás, Reverendo, lo estás. Yo puedo asegurártelo, y también puedo decirte lo mejor que puedes hacer en un caso así. Ve a la taberna de Greeley en la calle mayor, y págale diez pavos a la mujer alta del mostrador. Es fea como una vaca, pero curará tus achaques. ¿Te quedan aún diez pavos de los cincuenta que me quitaste? —Starbuck no dijo nada, y Ridley sacudió la cabeza, como si renunciara a encontrar algo de sentido común en el norteño—. No he visto a Sally desde hace varias semanas. Se casó, y así acabó todo entre ella y yo. No es que antes hubiera habido gran cosa, ¿me entiendes?

Subrayó la pregunta arrojando la colilla encendida del cigarro hacia Starbuck.

Este se preguntó qué había esperado conseguir con aquella conversación. ¿Una confesión de Ridley? ¿Una dirección donde poder encontrar a Sally? Había hecho el tonto al dejar ver su propia vulnerabilidad para que Ridley se burlara de él. Ahora intentó poner fin a la discusión, con la misma torpeza con que la había empezado.

—Espero que no me estés mintiendo, Ridley.

—¡Oh, Reverendo, son tan pocas las cosas que entiendes! Como los buenos modales, para empezar. ¿Quieres acusarme de mentir? Entonces hazlo con una espada en la mano, o con una pistola. No tengo inconveniente en enfrentarme contigo en un duelo, Reverendo, pero que me condene si he de seguir aquí sentado escuchándote relinchar y cocear sin haber tomado ni una mala taza de café. ¿Te importa pedir al hijoputa de mi ordenanza que me traiga un poco de café cuando salgas? ¡Eh, Moxey! Ya puedes entrar. El Reverendo y yo hemos terminado nuestras oraciones matinales. —Ridley alzó la mirada hacia Starbuck e hizo un breve gesto de despedida con la cabeza—. Ahora largo de aquí, chico.

Starbuck se fue. Mientras caminaba a lo largo de la fila de tiendas, oyó las carcajadas de Ridley y Moxey, y aquel sonido le hizo tambalearse. Oh, Dios, pensó, acababa de hacer el ridículo. Un maldito y espantoso ridículo. ¿Y por qué? Por la hija de un asesino que casualmente era bonita. Se alejó, derrotado y desconsolado.

Capítulo 8

El día de la Independencia amaneció despejado. Prometía ser caluroso, pero soplaba una bendita brisa de las montañas, y las únicas nubes eran delgadas y muy altas, y pronto desaparecieron.

Por la mañana, la Legión limpió sus uniformes. Se utilizaron cepillos de alambre, pega para botones, betún y jabón hasta que las guerreras y los pantalones de lana, las botas y los correajes de cuero estuvieron tan impolutos y relucientes como podía conseguirse con un honesto esfuerzo. Se embetunaron las cartucheras, se frotaron las cantimploras y se adecentaron las mochilas, y se intentó alisar los fondos y las viseras de cuero y cartón de las gorras de faena. Se abillantaron las hebillas de los cinturones y las insignias de los sombreros, y luego se aceitearon las culatas de madera de avellano de los rifles hasta hacerlas brillar. A las once en punto, previendo que las muchachas estarían ya empezando a reunirse en los campos de Seven Springs, las compañías formaron con el uniforme y el equipo completo. Los cincuenta jinetes compusieron una undécima compañía que formó delante de las demás, mientras que los dos cañones, después de ser levantados de los surcos que sus ruedas habían dejado en la hierba crecida y fijados a sus cureñas, desfilaron con la banda del regimiento a la cola de la Legión.

El coronel esperaba en Seven Springs, y había dejado al mayor Pelham temporalmente al mando. A las once y cinco minutos, Pelham ordenó a la Legión atención, presentar armas, calar bayonetas y luego armas al hombro. Desfilaron ochocientos setenta y dos hombres. No eran todos los efectivos de la Legión, pero los reclutas demasiado bisoños para haber asimilado la instrucción en orden cerrado fueron enviados por delante a Seven Springs, y empleados allí en clavar tiras de bayeta roja a los bancos de la iglesia, tomados en préstamo para el almuerzo comunitario. Se habían alzado dos grandes tiendas de campaña en el extremo sur del prado para ofrecer sombra a los visitantes, y junto a los establos se habilitó una cocina en la que sudorosos marmitones, también secundados por reclutas de la Legión, habían empezado a asar un par de bueyes y seis puercos. Las damas de la ciudad habían aportado ollas de habichuelas, boles de ensalada, bandejas de pasteles de maíz y barriles de orejones. También llegaron banastas repletas de hogazas de pan de maíz y cajas con jamones cocidos, y pavo y venado ahumado. Había buey fiambre con salsa de manzana, pepinillos encurtidos y, para los niños, bandejas de rosquillas espolvoreadas de azúcar. Para los abstemios había limonada y agua fresca de la mejor fuente de Seven Springs, y el resto podía elegir entre barricas de cerveza y de sidra fuerte traídas de la bodega de la taberna de Greeley. También tenían a su disposición vino en la casa, pero pasadas experiencias indicaban que sólo un puñado de invitados se molestaba en elegir una bebida tan refinada. Las provisiones eran generosas y la

decoración atractiva, como siempre en Seven Springs para festejar el día de la Independencia, pero este año, en un intento de demostrar que la Confederación era la auténtica heredera del espíritu revolucionario de América, Washington Faulconer se había superado a sí mismo en esplendidez.

A las once y ocho minutos, el sargento mayor Proctor ordenó a la Legión ponerse en marcha y la banda, dirigida por el director August Little, tocó «Dixie» mientras los cincuenta jinetes encabezaban el desfile de la Legión. Los jinetes desfilaron con los sables desenvainados, y las compañías con las bayonetas caladas. La ciudad estaba desierta porque todos sus habitantes se habían trasladado a Seven Springs, pero las tropas dieron un bello espectáculo al saludar la bandera colocada en la fachada del edificio del Juzgado y al desfilarse bajo los gallardetes que adornaban las calles, y se contemplaron a sí mismos a su paso por delante de la tienda de legumbres secas de Sparrow, que contaba con un gran escaparate formado por ocho láminas de vidrio traídas de Richmond tan sólo un año antes, lo bastante grandes para servir de espejo gigante en el que las compañías pudieron admirar sus propias efigies tan sólo ligeramente distorsionadas. La marcha era ruidosa, no porque los hombres hablaran, sino porque aún no estaban acostumbrados a marchar cargados con todo su equipo. Las cantimploras chocaban con las tazas de latón que colgaban de las mochilas, y éstas a su vez resonaban al golpear las cartucheras.

Los primeros espectadores esperaban justo delante de las puertas blancas de la finca de Seven Springs. En su mayoría eran niños que, enarbolando banderas de papel de la Confederación, corrieron junto a las tropas que desfilaban por la avenida de los robles, que conducía desde la carretera de Roskill hasta la puerta principal de Seven Springs. La Legión no desfiló hasta la casa, sino que giró en el lugar en que se había practicado un hueco en el seto que flanqueaba la fila de árboles, y rodeó de ese modo la casa para dirigirse a los prados del sur, por entre una doble fila cada vez más espesa de espectadores que aplaudían la gallardía de los soldados. La caballería, que refrenaba a sus excitadas monturas para obligarles a mantener la formación, proporcionó un espectáculo especialmente vistoso al pasar frente a la tribuna presidida por Washington Faulconer y por un político que hasta la secesión había ocupado un escaño en el Congreso de los Estados Unidos. Acompañaban a Faulconer y al antiguo congresista el reverendo Moss, el juez Bulstrode y el coronel Roland Penycrake, que tenía noventa y siete años de edad y había sido teniente en el ejército de George Washington, en Yorktown.

—No me importa que se acuerde de Yorktown —comentó Washington Faulconer al capitán Ethan Ridley, que era el ayudante de turno del coronel en el día de la Independencia—, pero preferiría que no nos lo recordara a nosotros tantas veces.

Pero ese día, entre todos los días, habría sido grosero negar a aquel hombre su momento de gloria.

Adam, enfundado en su elegante uniforme, desfilaba al frente de la caballería. El mayor Pelham montaba una yegua dócil a la cabeza de las diez compañías, y el mayor Pecker Bird, cuyo espléndido uniforme había llegado de Richmond para general regocijo de la Legión y disgusto de su cuñado, marchaba a pie delante de la banda. El subteniente Starbuck, al que no se había asignado ningún cometido especial en ese día, desfiló montado en la yegua *Pocahontas* inmediatamente detrás del mayor Bird, que no hacía el menor esfuerzo por seguir el paso marcado por el redoble del tambor, sino que avanzaba a largas zancadas con la misma tranquilidad con que daba sus cotidianos paseos por el campo.

Una vez en los prados del sur, la caballería, cuya función en ese día era puramente decorativa, dio una vuelta al galope al improvisado campo de maniobras, y desapareció para dejar los caballos en un establo. Los dos cañones fueron desmontados de sus cureñas y colocados a uno y otro lado de la tribuna frente a la cual, para delicia de los casi tres mil espectadores, desfiló la Legión para iniciar las maniobras.

Marcharon en columna de cuatro en fondo, por compañías, y luego se desplegaron en doble línea de batalla. No había espacio suficiente a los lados del campo acotado para desplegar toda la doble línea, pero el sargento Truslow, suboficial de la compañía K, tuvo el buen sentido de retrasar a sus hombres, lo cual deslució en parte el siguiente despliegue, el orgullo de Pelham, consistente en formar un cuadro para rechazar a la caballería enemiga. Al final el cuadro quedó bastante decentemente formado, y sólo un auténtico experto habría notado que una esquina de la formación quedaba un poco desordenada. Los oficiales, todos ellos a caballo excepto el mayor Bird, quedaron encerrados en el centro del cuadro con la banda de música, que tocó una versión melancólica de «Massa in the Cold Cold Ground». Luego la Legión deshizo el cuadro para formar en dos columnas por compañías, y la banda aceleró el ritmo para tocar «Hail Columbia», la multitud vitoreó, el coronel se esponjó, y el capitán Murphy, que se había nombrado a sí mismo jefe de la artillería de la Legión, se adelantó con sus artilleros.

Los dos cañones fueron cargados con pólvora, pero sin bala ni proyectil de ninguna clase. La Legión no disponía aún de los nuevos detonadores de fricción para la ignición de la pólvora, de modo que Murphy utilizó detonadores caseros hechos con tubos de paja rellenos con pólvora de fusil. Los tubos se introdujeron en el oído del arma y se conectaron con la pólvora agujereando las bolsas introducidas en la recámara; luego, a una señal dada por el coronel, y en el momento justo en el que Little, el director de la banda, acabó de interpretar «Hail Columbia», los artilleros aplicaron la llama de unos fósforos a los detonadores.

Hubo dos gloriosas explosiones, dos llamaradas, dos nubes ardientes de humo de un blanco grisáceo, y una bandada de pájaros asustados voló de las ramas de los

árboles situados detrás de la tribuna. Los espectadores quedaron satisfactoriamente impresionados.

A los disparos de los cañones sucedieron los discursos. Por suerte, el del coronel Penycrake fue breve, porque al anciano le faltaba el aliento; luego el antiguo congresista se enredó en una casi interminable perorata, y finalmente Washington Faulconer pronunció un discurso elegante e ingenioso en el que primero lamentó la necesidad de la guerra, para luego describir el nido de víboras del Norte, con sus fauces silbantes y sus lenguas agudas y su aliento venenoso que esparcía su nauseabunda ponzoña por la superficie de la tierra.

—¡Pero nosotros los sureños sabemos cómo tratar a las serpientes!

La muchedumbre aplaudió. Incluso los esclavos negros llevados a aquel lugar por sus propietarios para la fiesta anual y relegados a un espacio marginal delimitado por cuerdas, en un rincón alejado de la tribuna, aplaudieron las sentidas palabras del coronel. Con una voz lo bastante potente para ser percibida por toda la asamblea, Faulconer habló de las dos razas que habían surgido en América, razas que, a pesar de venir de un tronco común, se habían ido separando debido al clima, la moral y la religión, y así habían crecido apartadas hasta que ahora, declaró, sus ideas acerca del honor, la verdad y la humanidad eran tan diferentes que ambas no podían convivir bajo el mismo gobierno.

—¡La raza norteña debe seguir su propio camino! —declaró el coronel—, mientras que nosotros, los sureños, que siempre hemos estado en la vanguardia de la lucha de América por la Libertad, la Verdad, la Decencia y el Honor, mantendremos vivo el sueño radiante de los Padres Fundadores. ¡Su espada ha pasado a nosotros!

Desenvainó la hoja reluciente que regaló Lafayette a su abuelo, y la multitud aplaudió la idea de que no los degenerados ciudadanos del Norte, polvorientos y sudorosos por el trabajo en las fábricas, carentes de educación e infestados por el catolicismo romano, sino ellos mismos, eran los auténticos herederos de aquellos grandes revolucionarios virginianos, George Washington, Thomas Jefferson y James Madison.

El coronel concluyó su arenga diciendo que estaba convencido de que la lucha no sería larga. El Norte había bloqueado los puertos del Sur, y el Sur había respondido con la prohibición de exportar algodón, lo que significaba que los grandes molinos de Inglaterra quedarían inevitablemente inactivos, e Inglaterra, recordó al auditorio, moriría sin algodón con que alimentar sus molinos. Si no se levantaba el bloqueo en pocas semanas, la mayor armada del mundo se presentaría ante las costas de la Confederación, y los yanquis habrían de volverse a sus puertos como las serpientes a sus nidos. Pero el Sur no debía mirar hacia Europa, se apresuró a añadir Faulconer, no necesitaba mirar hacia Europa, porque los guerreros del Sur expulsarían a los yanquis del suelo sureño sin la ayuda europea. Pronto, dijo el coronel, los yanquis lamentarán

su temeridad, porque los obligaremos a huir de aquí con todo el equipo y a la carrera, llorando y gimiendo. A la multitud le gustó aquello.

La guerra acabaría en pocas semanas, prometió el coronel, y todos los hombres que contribuyeran a alcanzar la victoria serían honrados en la nueva Confederación, cuya bandera ondearía para siempre entre las banderas de las naciones. Ésa fue la señal para que las banderas de la Legión se alzaran y se presentaran. Y, cosa asombrosa, la esposa del coronel se levantó de su lecho del dolor para donar en persona las banderas en la ceremonia.

Miriam Faulconer resultó ser una mujer delgada de cabello negro y tez muy pálida, en cuyo rostro los ojos parecían desmesuradamente grandes. Iba vestida de seda púrpura tan oscura que parecía negra, y se protegía el rostro con un velo oscuro semitransparente prendido del sombrero. Caminaba muy despacio, hasta el punto de que muchos espectadores pensaron que se desvanecería antes de llegar a la tribuna principal. Iba acompañada por su hija y por las seis damas de la localidad que habían sido las principales responsables de coser las dos grandes enseñas de seda espléndidamente orlada que, en adelante, serían las banderas de batalla de la Legión.

La primera era la nueva bandera confederada. Tenía tres anchas bandas horizontales, la superior y la inferior rojas y blanca la del centro, mientras que en el cuadrante superior izquierdo habían sido bordadas sobre un campo azul las siete estrellas blancas que representaban a los siete primeros Estados en escindir-se. La segunda bandera era una adaptación del blasón de los Faulconer, y en ella aparecían tres crecientes rojos sobre campo blanco, con el lema de la familia, «*Forever Ardent*», «por siempre ardientes», bordado en letras de seda negra funérea a lo largo del borde inferior.

La banda de música, al carecer de un himno nacional que poder tocar, guardó silencio a excepción de los tambores, que saludaron con un redoble solemne la presentación de las banderas. Adam, designado jefe de la escuadra de abanderados, se adelantó a recibir las enseñas acompañado por los dos hombres elegidos para llevarlas. Uno era Robert Decker, cuya cara magullada resplandecía de sincero orgullo al adelantarse junto a Adam, y el otro era Joe *Redrojo* Sparrow, que se hizo cargo de la bandera Faulconer después de que Anna la puso en las manos de su hermano. Adam alisó los pliegues de seda y pasó a su vez el estandarte a Joe Sparrow, que casi sucumbió bajo el considerable peso de la enseña.

Entonces Miriam Faulconer, ayudada por las demás damas, se adelantó con la bandera confederada orlada de amarillo. Por un momento, Adam pareció reacio a recibirla de su madre; tras cogerla, dio un paso atrás y pasó la bandera a Robert Decker, que la levantó orgullosamente en alto.

Los espectadores lanzaron vítores, que se vieron ahogados en cierto desánimo cuando la multitud se dio cuenta de que el reverendo Moss, que había esperado

pacientemente ese momento durante todo el día, comenzaba el sermón de la bendición. Fue un sermón tan largo que algunos espectadores creyeron que Joe Sparrow se derrumbaría sin remedio antes de que concluyera la ceremonia. Peor aún, el olor de la carne asada resultaba cada vez más tentador, y sin embargo Moss insistía en llamar la atención del Todopoderoso hacia la Legión, sus dos banderas, sus oficiales, y hacia el enemigo, que Moss rezó porque fuera aplastado por el poderoso empuje de aquellos hombres. Podía haber seguido así hasta la eternidad de no haber hecho una pausa para recuperar el aliento, pausa que dio pie al viejo coronel Penycrake a intervenir con un «Amén» en voz sorprendentemente fuerte, coreado con tanto entusiasmo por la muchedumbre que Moss se vio obligado a suprimir el resto de su prédica. El coronel, incapaz de dejar pasar la ocasión sin decir la última palabra, gritó que la Legión volvería a casa con las banderas desplegadas tan pronto como los yanquis fueran rotundamente derrotados.

—¡Y no tardaremos en verlo! ¡Por éstas que no!

Y la multitud le vitoreó, e incluso los criados negros del coronel le aplaudieron mientras la banda entonaba los primeros compases de «Dixie».

Luego el coronel desfiló con las banderas delante de la Legión, dejando que todos los hombres vieran de cerca las dos enseñas, y luego, como ya eran casi las dos y uno de los bueyes olía más a ofrenda incinerada que a comida, el juez Bulstrode pronunció el Juramento de Lealtad a la Confederación, que los hombres prestaron con voces altas y confiadas, y luego, cumplida así su promesa al país recién nacido, dieron tres hurras al coronel y a su esposa y, concluidos los hurras, se dio a los legionarios la orden de romper filas, juntar las armas en pabellones y dejar las mochilas, de modo que quedaron libres para ir a buscar su merecido almuerzo.

Adam condujo a Starbuck a la tienda abierta reservada a los invitados de honor.

—Tienes que conocer a mi madre.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

La pálida Miriam Faulconer tenía un aspecto formidable envuelta en su vestido oscuro.

—¡Pues claro que sí!

Adam se detuvo a saludar a la anciana hermana mayor del mayor Pelham, una solterona alta y de porte lleno de dignidad cuyas ropas descoloridas revelaban su esfuerzo ímprobo por guardar las apariencias; luego Starbuck y él se llevaron la mano a los sombreros en honor de la esposa del antiguo congresista, que se quejó de lo mucho que lamentaba abandonar la sofisticada sociedad de Washington por la vida más hogareña de los alrededores de Richmond, y por fin Adam consiguió llevar a su amigo hasta el lugar de la tienda en el que reinaba su madre, en medio de una corte de damas de compañía. Miriam Faulconer había sido entronizada en una silla con brazos de respaldo alto, traída para ella de la casa, y la pálida y tímida Anna, sentada a su

lado en una silla mucho más pequeña, refrescaba el rostro de su madre con un abanico de filigrana de marfil.

—Madre —dijo Adam con orgullo—, éste es mi amigo Nate Starbuck.

Los grandes ojos, tan extrañamente luminosos bajo las sombras profundas del sombrero de púrpura oscura, se alzaron hacia Starbuck. Este calculó que la madre de Adam debía de tener por lo menos cuarenta años, pero, para asombro de Starbuck, apenas parecía tener más de veinte. Su piel era tan suave, blanca y clara como la de una niña, la boca ancha y llena, y los ojos misteriosamente tristes. El tacto de su mano enguantada le resultó a Starbuck tan leve como el de un pajarillo.

—Señor Starbuck —dijo en voz muy baja y anhelosa—. Es usted bienvenido.

—Gracias, señora. Es para mí un honor.

—¿Conocerme? No lo creo. Soy una persona de lo más insignificante. ¿No soy insignificante, Anna?

—Claro que no, mamá. Eres la persona más significativa aquí.

—No te oigo, Anna, habla más alto.

—¡Digo que eres significativa, madre!

—¡No grites! —Miriam Faulconer dio un respingo para apartarse de la voz casi inaudible de su hija, y volvió de nuevo su mirada a Starbuck—. Me veo afligida por la mala salud, señor Starbuck.

—Siento mucho oírlo, señora.

—No tan cerca, Anna.

La señora Faulconer hizo el gesto de apartar el abanico de su mejilla, y luego retiró el velo que colgaba del ala de su sombrero. Su aspecto, pensó Starbuck con un sentimiento de culpabilidad, era muy hermoso y muy vulnerable. No era de extrañar que el joven Washington Faulconer se hubiera enamorado de esa chica de pueblo, hija del jefe de correos de Rosskill, y se casara con ella a pesar de la oposición de sus padres. Era una cosa rara, frágil y encantadora, más rara aún cuando Starbuck intentó imaginarla como Miriam Bird, hermana del puntilloso Thaddeus.

—¿Le gusta a usted Virginia, señor Starbuck? —preguntó Miriam Faulconer con su voz baja y fatigada.

—Sí señora, mucho. Su marido ha sido muy amable conmigo.

—He olvidado lo amable que puede ser Washington —dijo Miriam Faulconer en voz baja, tan baja que Starbuck se vio forzado a inclinarse para oír su vocecita. El aire remansado del interior de la tienda de campaña olía a hierba recién segada, a agua de colonia y a alcanfor, y este último aroma, supuso Starbuck, ascendía de los pliegues tiesos del vestido púrpura de Miriam Faulconer, que debía de haber sido sumergido en el líquido para repeler a los insectos. Al estar tan incómodamente próximo a la señora Faulconer, Starbuck se maravilló de que alguien pudiera tener la piel tan blanca y suave. Como la de un cadáver, pensó.

—Adam me ha dicho que es usted un muy buen amigo suyo —dijo el cadáver en voz muy baja.

—Me siento orgulloso al oírlo, señora.

—¿Cree usted que es más importante la amistad que el deber filial? —En la pregunta había una intención sutilmente agresiva, como el zarpazo repentino de un gato juguetón.

—No me siento competente para juzgarlo —dijo Starbuck, cortésmente a la defensiva.

—Más cerca, Anna, más cerca. ¿Quieres que me muera de calor? —Miriam Faulconer se pasó la lengua por los labios exangües, con sus grandes ojos fijos aún en Starbuck—. ¿Ha pensado alguna vez en la angustia de una madre, señor Starbuck?

—Es un tema que mi propia madre gusta de recordarme continuamente, señora.

Starbuck había contestado con otro zarpazo disimulado. Miriam Faulconer se limitó a seguir mirándolo sin parpadear, como si sopesara a Starbuck y no acabara de gustarle lo que veía.

—No tan cerca, Anna, vas a arañarme.

Miriam Faulconer apartó una vez más el abanico de su hija apenas un par de centímetros. Llevaba un anillo con una piedra negra en uno de sus dedos delgados, curiosamente por fuera del guante de encaje negro. Colgaba de su cuello un collar de perlas negras, y un broche de azabache tallado estaba sujeto a los pesados pliegues de su vestido de seda púrpura.

—Tengo entendido —dijo Miriam Faulconer a Starbuck con una inequívoca nota de disgusto en la voz— que es usted un aventurero.

—¿Tan malo es serlo, señora?

—Por lo general es algo propio de gente egoísta.

—Madre... —intervino Adam.

—Cállate, Adam, no he pedido tu opinión. Más cerca, Anna, acerca más ese abanico. Los aventureros no son personas de fiar, señor Starbuck.

—Estoy seguro, señora, de que ha habido muchos grandes hombres fiables que no han hecho ascos a la aventura. Nuestros propios Padres Fundadores, por ejemplo.

Miriam Faulconer ignoró las palabras de Starbuck.

—Le haré responsable de la seguridad de mi hijo, señor Starbuck.

—Madre, por favor... —Adam intentó intervenir de nuevo.

—Si necesito tu opinión, Adam, puedes estar seguro de que te la pediré, pero hasta entonces ten la bondad de estar callado. —Las garras eran bien visibles ahora, relucientes y afiladas—. No quiero, señor Starbuck, que arrastre usted a mi hijo a dichas aventuras. Me habría hecho feliz que siguiera su vocación pacífica en el Norte, pero al parecer el partido de los beligerantes ha acabado por convencerle. Ese partido, creo, le incluye a usted, y no se lo agradezco. De modo que puede estar seguro, señor

Starbuck, de que les haré a usted y a mi marido responsables conjuntos de la seguridad de mi hijo.

—Me siento honrado por su confianza, señora.

Al principio Starbuck había juzgado a aquella mujer como una belleza vulnerable y digna de compasión; ahora la consideraba una bruja rabiosa.

—Encantada de haberle conocido —dijo la señora Faulconer en el mismo tono que habría empleado para expresar su satisfacción por haber visto a una fiera exótica en un circo ambulante; acto seguido, desvió la mirada, y una sonrisa radiante asomó a su rostro cuando tendió ambas manos a Ethan Ridley.

—¡Mi querido Ethan! Me había resignado a que Washington te tuviera apartado de mí, ¡pero veo que por fin has venido! He estado hablando con el señor Starbuck, y como es lógico ahora necesito que me cuenten algo divertido. Ven y siéntate aquí, coge la silla de Anna.

Adam se llevó de allí a Starbuck.

—Santo Dios, cuánto lo siento —dijo—. Sé lo difícil que puede llegar a ser, pero no sé por qué razón ha elegido éste entre todos los días.

—Estoy acostumbrado —dijo Starbuck—. Yo también tengo una madre.

Pero la madre de Starbuck no era nada en comparación con la frágil Miriam Faulconer y su voz mortecina. Jane Abigail MacPhail Starbuck era alta, entrada en carnes y de voz estentórea, grande en todos los aspectos, excepto en la generosidad de su espíritu.

—Madre se siente mal con mucha frecuencia. —Adam todavía quería excusarse por su madre—. Sufre de algo llamado neuralgia.

—Eso me contó Anna.

Adam caminó en silencio, con la vista fija en el suelo, y al fin sacudió la cabeza:

—¿Por qué tienen que ser tan difíciles las mujeres?

Lo preguntó con tanto desánimo que Starbuck no pudo evitar soltar una carcajada.

El abatimiento de Adam no duró mucho tiempo, porque volvía a encontrarse con viejos amigos de toda la región, y pronto encabezó a un grupo de jóvenes en las distintas atracciones dispuestas en el parque de Washington Faulconer. Había dianas colocadas en unos maniqués de paja vestidos con ropas rotas y sombreros de copa que se suponía representaban a yanquis, y cualquier hombre alistado en la Legión podía disparar un rifle Modelo 1841 contra uno de esos blancos yanquis. Si un recluta colocaba una bala en el centro de la diana sujeta al pecho de uno de los hombres de paja, ganaba un dólar de plata. Había abrevaderos de caballos llenos de agua hasta el borde, en los que los niños podían meter la cabeza para pescar una manzana con la boca, una carrera de obstáculos a caballo para oficiales y aspirantes, concursos de jalar la cuerda para las diez compañías de infantería y un *ganderpull* o descabeza gansos.

—¿Ganderpull? —preguntó Starbuck.

—¿No conocéis el ganderpull en Boston? —replicó Adam.

—No, pero conocemos la civilización. Tenemos cosas tales como bibliotecas e iglesias, escuelas y universidades...

Adam dio un empujón a su amigo, y recibió otro en justa correspondencia.

—Te gustará el ganderpull. Cuelgas un ganso, le engrasas el pescuezo con manteca, y el primero que consigue descabezar el animal de un tirón se lo lleva a casa para la cena.

—¿Un ganso vivo? —dijo Starbuck horrorizado.

—¡Sería demasiado fácil si estuviera muerto! —contestó Adam—. ¡Pues claro que vivo!

Pero antes de que los dos amigos pudieran saborear alguna de aquellas diversiones, tuvieron que pasar por el pabellón en el que un par de fotógrafos habían instalado sus sillas, trípodes, marcos y un cuarto oscuro para el revelado. Los dos hombres, especialmente traídos de Richmond a expensas de Washington Faulconer, tenían el encargo de hacer un retrato a todos los hombres de la Legión que lo desearan. Las fotografías, después de impresas y colocadas en unos artísticos marcos, serían una prenda estimada para las familias que dejaban atrás, y un recuerdo de la ocasión para los hombres mismos en los años venideros. Los oficiales podían tener sus retratos impresos en *caries de visite*, una moda reciente que atraía sobremanera a Washington Faulconer, que fue el primero en sentarse en la silla del fotógrafo. El siguiente fue Adam.

El proceso era largo y complicado. Adam estaba sentado en una silla de respaldo alto en el que se insertaba un marco en el que debía apoyar la cabeza. El marco, oculto por sus cabellos y la gorra, mantenía la cabeza completamente inmóvil. Adam empuñaba el sable desenvainado en la mano derecha y una pistola en la izquierda.

—¿De verdad he de parecer tan belicoso? —preguntó a su padre.

—Es la moda, Adam. Además, algún día te sentirás orgulloso de este retrato.

Las dos banderas de la Legión estaban desplegadas detrás de Adam que, tieso y torpe, miraba fijamente la máquina del fotógrafo, mientras el sudoroso ayudante corría del cuarto oscuro al pabellón con la placa de vidrio húmeda. La placa fue colocada en la cámara, se pidió a Adam que aspirara hondo y retuviera luego la respiración, y se retiró la tapa del objetivo.

Todos contuvieron la respiración. Una mosca revoloteó delante de la cara de Adam, pero un segundo ayudante agitó una toalla y la ahuyentó.

—Si lo desea —dijo el fotógrafo a Adam—, puede respirar ahora, pero muy despacio. Cuide de no mover la mano derecha.

Pareció que aquello duraba una eternidad, pero tras unos minutos Adam pudo relajarse por fin; la placa de vidrio fue introducida de nuevo en su estuche de madera

y llevada a toda prisa al cuarto oscuro para su revelado. Starbuck se sentó entonces y apoyó la cabeza en el marco, con el cráneo dolorosamente sujeto por los soportes metálicos, y también a él le colocaron sable y pistola en las manos y le pidieron que retuviera el aliento mientras la placa de cristal humedecido quedaba expuesta en el interior de la cámara de madera.

De inmediato, Adam empezó a hacer muecas por encima del hombro del fotógrafo. Hizo gestos, bizqueó, hinchó los carrillos y se estiró las orejas hasta que, para regocijo suyo, Starbuck no pudo contener la risa.

—¡No, no, no! —El fotógrafo estaba desolado y cerró de golpe la tapa del objetivo—. La exposición no ha durado el tiempo suficiente —se quejó—, y usted va a parecer un fantasma.

Pero a Starbuck le atraía la idea de parecer un espectro, y no necesitaba una *carte de visite* y menos aún un recordatorio para su familia, de modo que se sumó a la multitud y se comió una rebanada de pan con carne, mientras Adam iba a preparar su caballo para la carrera de obstáculos. El favorito era Ethan Ridley, y el premio una generosa bolsa de cincuenta dólares.

El sargento Thomas Truslow había estado jugando a las cartas con un grupo de amigos, pero ahora se incorporó para observar el paso de los caballos en la primera vuelta al circuito de la carrera de obstáculos.

—He apostado dinero por el chico —confió a Starbuck—. Billy Arkwright, el del negro. —Señaló a un jinete flaco que montaba un caballo negro de pequeña alzada. El chico no parecía tener mucho más de doce años, e iba a la cola de un grupo de oficiales y granjeros cuyos caballos volaban al saltar los grandes setos antes de girar en el extremo del prado para iniciar la segunda vuelta. Ridley iba distanciado en cabeza, y su montura de color avellana pasaba los obstáculos con soltura y apenas resoplaba después de concluida la primera vuelta al circuito, mientras que el de Billy Arkwright parecía demasiado apurado para remontar, casi ni siquiera para sobrevivir a la larga segunda vuelta.

—Parece que has perdido tu dinero —comentó Starbuck, alegre.

—Lo que sabes tú de caballos, chico, puedo escribirlo yo en el polvo con una sola meada floja. —Truslow rio divertido—. ¿Por cuál de ellos te jugarías tú el dinero?

—¿Quizá por Ridley?

—Es buen jinete, pero Billy le ganará.

Truslow siguió mirando hasta que los jinetes desaparecieron detrás de una loma, y luego dirigió a Starbuck una mirada suspicaz.

—He oído que has preguntado a Ridley por Sally.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Toda la condenada Legión está enterada, porque Ridley lo ha ido contando. ¿Crees que él sabe dónde está?

—Dice que no.

—Entonces me harás un favor si dejas en paz a las perras que duermen —<lijo Truslow ceñudo—. La chica se ha largado, y ahí se acaba el asunto. Estoy harto de ella. Le di una oportunidad, le di tierra, un techo, ganado, un hombre, pero nada mío fue nunca lo bastante bueno para Sally. Estará en Richmond ahora, ganándose la vida, y apuesto a que será una buena vida hasta que vuelva por aquí podrida de sífilis.

—Lo siento —dijo Starbuck, porque no se le ocurrió qué otra cosa podía decir. Se sintió aliviado al ver que Truslow no le preguntaba por qué se había enfrentado a Ridley.

—No se ha perdido nada —dijo Truslow—, salvo que la condenada se llevó el anillo de mi Emily. Tenía que habérmelo quedado yo. Si no muero con ese anillo en el bolsillo, Starbuck, no volveré a encontrar a mi Emily.

—Estoy seguro de que eso no será así.

—Pues yo estoy seguro de que sí. —Truslow se aferró con tozudez a su superstición, luego señaló con la cabeza hacia la izquierda—. Ahí están, ¿qué te dije?

Billy Arkwright había tomado tres cuerpos de ventaja sobre Ethan Ridley, cuya yegua estaba ahora cubierta de sudor. Ridley azotaba con su fusta los lomos exhaustos de la yegua, pero el pequeño y ligero caballo negro de Arkwright mantenía sin esfuerzo la ventaja, e incluso la aumentaba. Truslow se echó a reír.

—Ridley puede sacarle las tripas a ese animal, pero no lo hará ir más deprisa. No le queda combustible. ¡Vamos, Billy-boy! ¡Vamos, chico!

Truslow, seguro de haber ganado su apuesta, volvió la cabeza antes incluso de que la carrera terminara.

Arkwright ganó con cinco cuerpos de ventaja, y en su estela entraron en la meta un grupo de jinetes y caballos agotados y sucios de barro. Billy Arkwright recibió su bolsa de cincuenta dólares, aunque lo que de verdad deseaba era que le permitieran alistarse en la Legión.

—Puedo cabalgar y disparar, ¿qué más quiere usted, coronel?

—Tendrás que esperar a la próxima guerra, Billy, lo siento.

Después de la carrera de obstáculos, hubo cuatro ganderpulls. Colgaron las aves de un travesaño alto, les engrasaron los pescuezos, y uno tras otro los jóvenes del pueblo corrieron y saltaron. Algunos marraron por completo, otros agarraron el cuello, pero, al estar resbaladizo por la manteca, se les escapó la presa, y otros aún se llevaron un recuerdo del duro pico de los gansos y se marcharon chupándose la sangre, pero al final las aves fueron decapitadas. La multitud vitoreó a los ganadores manchados de sangre cuando se marcharon con sus apetitosos premios.

Al anochecer, empezó el baile. Dos horas más tarde, ya de noche cerrada, estallaron los fuegos artificiales, que iluminaron desde lo alto toda la hacienda de Seven Springs. Starbuck había bebido mucho vino y se sentía un poco mareado.

Después de los fuegos, recomenzó el baile con un cotillón para los oficiales. Starbuck no bailó con nadie; en vez de eso, se refugió en un rincón tranquilo bajo el tronco de un árbol y observó desde allí el círculo de bailarines bajo los farolillos de papel asediados por las mariposas nocturnas. Las mujeres llevaban vestidos blancos con cintas azules y rojas en honor a la festividad, y los hombres lucían sus uniformes grises, y los sables envainados revoleaban a sus costados mientras giraban al compás de la música.

—No está bailando usted —dijo a su lado una voz queda.

Starbuck se volvió y se encontró frente a Anna Faulconer.

—No —dijo.

—¿Puedo invitarle a bailar? —Le tendió la mano. Detrás de ella, las ventanas de Seven Springs aparecían iluminadas por candelillas festivas. La casa tenía un aspecto muy hermoso, casi mágico—. He tenido que acompañar a madre a acostarse —explicó Anna—, de modo que me he perdido el comienzo.

—No bailo, gracias.

Starbuck ignoró la mano tendida que le invitaba a entrar en el cotillón.

—¡Qué poco galante por su parte! —dijo Anna, en tono de dolorido reproche.

—No es por falta de galantería —explicó Starbuck—, sino porque no sé bailar.

—¿No sabe bailar? ¿No baila la gente en Boston?

—La gente sí, pero mi familia no.

Anna hizo un gesto de comprensión.

—No puedo imaginarme a su padre bailando. Adam dice que es un hombre feroz.

—Lo es, sí.

—Pobre Nate —dijo Anna. Vio como Ethan Ridley colocaba su mano entre los dedos de una belleza alta y flexible, y en su rostro aleteó durante un instante una tristeza atónita—. Madre ha sido muy descortés con usted —dijo a Starbuck, aunque su mirada seguía fija en Ridley.

—Estoy seguro de que no ha querido serlo.

—¿Lo está? —preguntó Anna con intención. Luego se encogió de hombros—. Cree que está tentando a Adam para que se vaya lejos de aquí —explicó.

—¿A la guerra?

—Sí. —Anna apartó por fin la vista de Ridley y miró a Starbuck a la cara—. Pero él no puede hacerlo, ¿verdad? No puede quedarse a salvo en casa mientras otros jóvenes van a enfrentarse al Norte.

—No, no puede.

—Pues madre no lo ve así. Sólo piensa en que si se queda en casa no correrá peligro alguno. Pero a mí me parece que un hombre no puede vivir con eso. —Alzaba la vista hacia Starbuck y sus ojos brillaban a la luz de los farolillos que, extrañamente, acentuaban su ligero estrabismo—. ¿De modo que nunca ha bailado?

—preguntó—. ¿De verdad es eso cierto?

—Nunca he bailado —admitió Starbuck—. Ni un solo paso.

—¿Tal vez yo podría enseñarle a bailar?

—Sería muy amable por su parte.

—¿Podemos empezar ahora? —ofreció Anna.

—Creo que no, gracias.

El cotillón acabó, los oficiales se inclinaron, las damas correspondieron con una reverencia y luego las parejas se dispersaron por el prado. El capitán Ethan Ridley ofreció su brazo a la muchacha alta y la acompañó a las mesas, y allí se inclinó cortés cuando ella tomó asiento. Luego, después de unas breves palabras con un hombre que debía de ser el padre de la muchacha, se volvió y recorrió el prado iluminado por los farolillos hasta ver a Anna. Cruzó el césped, ignoró a Starbuck y tendió el brazo a su prometida.

—¿Te parece que vayamos a cenar algo? —sugirió Ridley. No estaba bebido, pero tampoco del todo sobrio.

Pero Anna no estaba dispuesta a marcharse aún.

—¿Sabías, Ethan, que Starbuck no sabe bailar? —preguntó, no con intención de burlarse, sino sencillamente por decir algo. Ridley miró de reojo a Starbuck.

—No me sorprende. Los yanquis no saben hacer casi nada. Excepto predicar, quizá. —Ridley soltó una carcajada. Y casar. He oído que es muy bueno casando a la gente.

—¿Casando a la gente? —preguntó Anna, y mientras lo repetía su prometida, Ridley pareció darse cuenta de que había hablado de más. Pero no tuvo la menor oportunidad de retractarse ni de enmendar su afirmación, porque Starbuck pasó delante de Anna y sujetó a Ridley por los correaes.

Anna gritó cuando Starbuck empezó a zarandear a Ridley. Una veintena de personas se volvieron al oír el grito, pero Starbuck no se dio cuenta del interés que despertaba.

—¿Qué has dicho, hijo de puta? —preguntó a Ridley.

La cara de Ridley había palidecido.

—Suéltame, macaco.

—¿Qué has dicho?

—¡He dicho que me sueltes! —aulló Ridley. Se llevó la mano al cinto en el que tenía su revólver enfundado. Adam corrió hacia los dos hombres.

—¡Nate! —Tomó la mano de Starbuck y con suavidad le hizo soltar su presa—. Vete, Ethan —dijo Adam, y apartó la mano de Ridley de la culata del revólver. Ridley se resistió, con ganas evidentes de prolongar el enfrentamiento, pero Adam repitió su orden con mayor dureza. El altercado había sido breve, pero lo bastante dramático para que un escalofrío de interés recorriera la multitud agrupada en torno a la pista de

baile.

—¿Quieres pelea, Reverendo? —insistió Ridley.

—¡Vete! —Adam mostraba una autoridad sorprenden— te—. Los dos habéis bebido demasiado —añadió en voz lo bastante alta para satisfacer la curiosidad de los espectadores—. ¡Vete ya! —repitió a Ridley, y lo observó mientras se alejaba del brazo de Anna—. Ahora cuéntame qué ha pasado —pidió luego a Starbuck.

—Nada —dijo Starbuck. Washington Faulconer le miraba con desaprobación desde el extremo del prado, pero a Starbuck no le importó. Había encontrado un enemigo, y le asombró la fuerza pura del odio que sentía—. Nada en absoluto —insistió, sin embargo.

Adam no quiso aceptar la negativa.

—¡Cuéntamelo!

—Nada, ya te lo he dicho. Nada.

Pero era evidente que Ridley sabía que Starbuck había celebrado un simulacro de boda para Decker y Sally. Aquella ceremonia había quedado en secreto. Nadie lo sabía en la Legión. Truslow nunca hablaría de lo que ocurrió aquella noche, y tampoco lo habían hecho Decker ni Starbuck, pero Ridley estaba enterado, y sólo podía habérselo contado una persona, y esa persona era Sally. Lo que significaba que Ridley había mentido al afirmar que no había visto a Sally desde su matrimonio. Starbuck se volvió a Adam.

—¿Querrás hacer una cosa por mí?

—Sabes bien que sí.

—Convence a tu padre de que me envíe a Richmond. No me importa la razón, busca sólo un trabajo para mí allí, y haz que me lo encargue.

—Lo intentaré. Pero dime por qué, por favor.

Starbuck dio unos pasos en silencio. Recordó haber sentido algo parecido en las dolorosas noches de espera frente al Lyceum Hall de New Haven, impaciente porque apareciera Dominique.

—Supón —dijo finalmente a Adam— que alguien te ha pedido ayuda y que tú has prometido dársela, y que tienes motivos para pensar que esa persona está metida en problemas. ¿Qué harías?

—La ayudaría, desde luego.

—Entonces encuentra la manera de que yo vaya a Richmond.

Era una locura, por supuesto, y Starbuck lo sabía. La chica no significaba nada para él, y él no significaba nada para ese pequeño demonio de seducción, pero de nuevo, igual que en New Haven, estaba dispuesto a jugarse la vida entera a una sola carta. Sabía que era pecado perseguir a Sally como lo hacía, pero saber que jugaba con el pecado no hacía más fácil resistirse a él. Y tampoco deseaba resistirse. Iría detrás de Sally a pesar de todos los peligros, porque, mientras entreviera un atisbo de

esperanza, aunque no fuera mayor que la chispa de una luciérnaga en la noche eterna, correría el riesgo. Lo correría aunque perseguir a Sally desembocara en su propia destrucción. Eso al menos sabía de sí mismo, y racionalizó su estupidez pensando que si América se abocaba a su propia destrucción, ¿por qué no iba Starbuck a permitirse el mismo acto gozoso? Starbuck miró a su amigo.

—No lo vas a entender —dijo.

—Déjame probarlo, por favor —rogó Adam, cortés.

—Es por el puro gozo de la autodestrucción.

Adam frunció la frente, y al poco sacudió la cabeza.

—Tienes razón, no lo entiendo. Explícamelo, por favor.

Pero Starbuck se limitó a echarse a reír.

* * *

La cuestión del viaje a Richmond acabó por resolverse con facilidad, aunque Starbuck hubo de esperar diez largos días hasta que Washington Faulconer encontró un motivo para viajar a la capital del Estado.

El motivo fue la gloria, o más exactamente el peligro de que se negara a la Legión su parte correspondiente en la gloriosa victoria que había de sellar la independencia de la Confederación. Algunos rumores, que parecieron quedar confirmados por las informaciones de la prensa, hablaban de una batalla inminente. Se estaba reuniendo un ejército confederado en el norte de Virginia para enfrentarse al ejército federal desplegado en Washington. Nadie sabía si el propósito de aquella concentración de fuerzas sudistas era preparar un ataque sobre Washington, o bien si su objetivo era prevenir una eventual invasión yanqui, pero una cosa era segura: la Legión Faulconer no había sido llamada a sumarse a las unidades convocadas.

—Quieren quedarse toda la gloria para ellos —se quejaba Washington Faulconer, y declaró que los impresentables mequetrefes de Richmond estaban haciendo todo lo posible para frustrar las ambiciones de la Legión. Pecker Bird señaló en privado que Faulconer había tenido tanto éxito en mantener su regimiento al margen de la intervención gubernamental, que mal podía quejarse si ahora el gobierno evitaba las interferencias de Washington Faulconer en su propio ejército; pero incluso Bird se preguntó si no estarían apartando deliberadamente a la Legión de la guerra cuando, a mediados de julio, aún no había llegado ninguna convocatoria del ejército. Faulconer, consciente de la necesidad de humillarse delante de las aborrecibles autoridades del Estado, declaró entonces que iría en persona a Richmond para ofrecer la Legión al servicio de la Confederación. Y pidió a su hijo que le acompañara.

—No te importa que Nate venga también, ¿verdad? —preguntó Adam.

—¿Nate? —frunció Faulconer el entrecejo—. ¿No nos sería más útil Ethan?

—Te agradeceré que lleves a Nate, padre.

—Lo que tú digas. —A Faulconer le costaba negarse a cualquier petición de Adam—. Por supuesto.

Richmond le pareció extrañamente desierto a Starbuck. La ciudad estaba aún llena de hombres uniformados, pero en su mayor parte eran oficiales de Estado Mayor o tropas de intendencia, porque casi todos los combatientes habían sido enviados al norte, a Manassas Junction donde Pierre Beauregard, un militar profesional de Luisiana y el héroe de la toma incruenta de Fort Sumter, estaba reuniendo el ejército de Virginia del Norte. También se estaba organizando otra fuerza confederada de menores dimensiones, el ejército del Shenandoah, al mando del general Joseph Johnston, que concentraba todas las fuerzas rebeldes del valle del Shenandoah, pero Faulconer quería que la Legión se uniera a las fuerzas de Beauregard, porque el ejército de Virginia del Norte estaba más cerca de Washington y en consecuencia, en opinión de Faulconer, era más probable que entrara en acción.

—¿Lo cree de verdad? —preguntó Belvedere Delaney. El abogado había recibido encantado a un nervioso Starbuck cuando éste, confiando en que Delaney recordara su breve encuentro anterior, llamó a la puerta de los apartamentos de Grace Street la tarde misma de su llegada a Richmond. Delaney insistió en invitarlo a cenar.

—Escriba una nota a Faulconer. Diga que ha encontrado a un viejo amigo de Boston. Diga que le ha invitado a asistir a una conferencia sobre la Biblia en la iglesia baptista. Es una excusa perfectamente creíble y nadie se preocupará de confirmarla. Mi criado llevará la nota. Pase, pase y póngase cómodo. —Delaney vestía uniforme de capitán confederado—. No haga caso. Se supone que soy oficial jurídico del ministerio de la Guerra, pero la verdad es que sólo lo llevo para calmar a las damas sedientas de sangre que me acosan a preguntas sobre cuándo pienso dar la vida por Dixie. Pero pase, por favor.

Starbuck se dejó convencer y subió las escaleras que conducían a la cómoda estancia. Delaney pidió disculpas por la cena.

—Será sólo cordero, me temo, pero mi criado lo prepara con una vinagreta delicada que le agradará. He de confesar que mi mayor decepción en Nueva Inglaterra fue la cocina. ¿Se debe tal vez a que, como no tienen esclavos, han de depender de las esposas para sus vituallas? Dudo que hiciera una sola comida decente en todo el tiempo que pasé en el Norte. ¡Y en Boston! ¡Dios del cielo, pero si una dieta de col, habichuelas y patatas no puede ser llamada dieta en absoluto...! Lo veo distraído, Starbuck.

—Lo estoy, señor, sí.

—No me llame «señor», por el amor de Dios. Creía que éramos amigos. ¿Es la perspectiva de la batalla lo que le preocupa? ¡La semana pasada vi a unos soldados tirar al cubo de la basura los dados y las barajas! Decían que querían estar en estado

de gracia para presentarse ante su Creador. Un inglés dijo en cierta ocasión que la perspectiva de morir en la horca la mañana siguiente otorga una maravillosa concentración a la mente de un hombre, pero no estoy seguro de que a mí me hiciera tirar a la basura mis naipes. —Trajo a Starbuck papel, tinta y una pluma—. Escriba su nota. ¿Tomará una copa de vino mientras esperamos la cena? Espero que sí. Asegure que está absorbido por el estudio de la Biblia.

Starbuck se abstuvo de utilizar la parte más fantasiosa de la excusa de Delaney, y se limitó a explicar a Washington Faulconer que había encontrado a un viejo amigo y por tanto no iría a cenar a Clay Street.

La nota fue enviada, y Starbuck se quedó a compartir la cena de Delaney, aunque no resultó una compañía muy brillante para el rollizo y astuto abogado. La noche era calurosa y apenas circulaba la brisa a través de las cortinas de gasa, colocadas para impedir el paso de los insectos en las ventanas abiertas de par en par; incluso Delaney parecía demasiado alicaído para comer, aunque mantuvo una interesante, si bien prácticamente unilateral, conversación. Preguntó por Thaddeus Bird y le encantó saber que el maestro de escuela representaba una continua fuente de irritación para Washington Faulconer.

—Me habría gustado sobremanera asistir a la boda de Thaddeus, pero ¡ay! el deber me llamó a otra parte. ¿Es feliz?

—Parece muy feliz. —Starbuck estaba demasiado nervioso para seguir la conversación, pero se esforzó al máximo—. Los dos parecen muy felices.

—Pecker tiene vocación de marido, y eso es una suerte para ella. Y por supuesto Washington Faulconer se opuso al matrimonio, lo que significa que Pecker se anotó un buen punto. Pero dígame, ¿qué piensa usted de Washington Faulconer? Quiero que me cuente sus opiniones más salaces, Starbuck, quiero que me cuente algún chismorreo interesante a cambio de su cena.

Starbuck se ahorró los chismorreos, y en su lugar expresó una opinión convencional y admirativa de Faulconer, que no convenció del todo a Delaney.

—No conozco muy bien a ese hombre, desde luego, pero siempre me ha parecido vacío. Completamente hueco. ¡Y desea con tanta desesperación ser admirado! Esa es la razón por la que liberó a sus esclavos.

—Lo cual es admirable, sin duda.

—Oh, con toda seguridad —dijo Delaney en tono de desaprobación—, salvo que la causa inmediata de la manumisión fue la injerencia de una mujer del Norte que era demasiado beata para recompensar a Faulconer con sus encantos, y el pobre individuo se ha pasado diez años desde entonces intentando convencer a sus colegas terratenientes virginianos de que no es ningún radical peligroso. La verdad es que sólo es un niño rico que no ha crecido del todo, y no estoy seguro de que debajo de su brillante apariencia externa haya algo más que un exceso de dinero.

—Se ha portado bien conmigo.

—Y lo seguirá haciendo mientras usted lo admire. Pero ¿después? —Delaney tomó el cuchillo de plata para la fruta e hizo con él el gesto de rebanarse la garganta—. Por Dios bendito, qué calurosa está la noche. —Se echó atrás en su silla y extendió los brazos—. El verano pasado fui a Charleston por un asunto, y cené en una casa en la que todos los comensales teníamos a nuestra espalda un esclavo cuyo cometido era abanicarnos. Las costumbres de ese tipo han quedado un tanto desfasadas en Richmond, por desgracia.

Y siguió hablando de sus viajes por Carolina del Sur y Georgia, mientras Starbuck picoteaba el cordero, bebía demasiado vino, probaba apenas un bocado de la tarta de manzana, y por fin dejaba a un lado su plato.

—¿Un cigarrillo? —sugirió Delaney—. ¿O un cigarro? ¿O todavía se niega a fumar? Se equivoca al rechazarlo. El tabaco es un gran sedante. Nuestro Padre celestial, de ello estoy convencido, ha dispuesto todas las cosas terrenas con una utilidad específica para la Humanidad, de modo que, por ejemplo, nos dio el vino para excitarnos, el brandy para inflamarnos y el tabaco para calmarnos. Tenga. —Delaney alcanzó su humidificador de plata, cortó la punta de un cigarro y lo tendió a Starbuck—. Enciéndalo, y luego me dirá qué le preocupa tanto como para mantenerle en ese estado de aparente obnubilación.

Delaney sabía que algún suceso extraordinario tenía que haber impulsado a Starbuck a aquella risita desesperada. El muchacho parecía estar al borde de la enfermedad.

Starbuck se dejó convencer y aceptó el cigarro, aunque no por la promesa de que el tabaco era un agente tranquilizante. El humo hizo que los ojos le escocieran y medio se atragantó al notar aquel regusto amargo, pero persistió. De haberlo rechazado, se habría mostrado como un hombre inmaduro, y en esta noche en que sabía que se estaba comportando como un chico atolondrado, necesitaba disfrazarse con las galas de una persona adulta. Empezó con una introducción elíptica a exponer la delicada cuestión que le había traído a la puerta de Delaney.

—¿No cree que también el diablo ha puesto algunas cosas en este mundo para tentarnos?

Delaney encendió un cigarrillo, y le dirigió una sonrisa de complicidad.

—¿Quién es ella?

Starbuck no contestó. Se sintió estúpido, pero una compulsión irresistible le había arrastrado a esa estupidez, del mismo modo que le condujo a destruir su carrera en beneficio de Dominique Demarest. Washington Faulconer le había dicho que esas obsesiones destructivas eran una enfermedad juvenil, pero de ser así, eran una enfermedad que Starbuck no podía ni curar ni aliviar, y que ahora le forzaba a comportarse como un estúpido delante de ese abogado astuto, que con tanta paciencia

esperaba su respuesta. Starbuck aún esperó un poco más, pero al fin, consciente de que su silencio no iba a servirle de nada, admitió:

—Se llama Sally Truslow.

Delaney le dedicó la más leve y privada de sus sonrisas.

—Continúe.

Starbuck temblaba. El resto de América hacía equilibrios al borde de la guerra, a la espera del momento terrible en que la escisión se ahogara en un mar de sangre, pero todo lo que podía hacer él era temblar por una muchacha a la que sólo había conocido en una noche lamentable.

—Creí que podría encontrarse aquí. En estas habitaciones —dijo, sin convicción.

Delaney exhaló una larga bocanada de humo que hizo vacilar las llamas de las velas colocadas sobre la pulida mesa del comedor.

—Me huelo que mi hermano anda metido de alguna manera en este asunto. Cuéntemelo todo.

Starbuck lo contó todo, y la historia resultó tan patética como en el día ya lejano en que confesó su locura a Washington Faulconer. Ahora vaciló al hablar de una promesa hecha una noche oscura, de una obsesión que no pudo encontrar palabras para describir y que no supo justificar, y de la que en realidad no consiguió decir otra cosa salvo que la vida no tendría sentido para él hasta que consiguiera encontrar a Sally.

—¿Y usted pensó que podría estar aquí? —le preguntó Delaney en tono amistosamente burlón.

—Sé que le dieron esta dirección —señaló Starbuck con énfasis.

* * *

—Y por eso ha venido a verme —dijo Delaney—, lo cual es sensato. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Starbuck lo miró desde el otro lado de la mesa. Para su sorpresa, había fumado todo el cigarro dejando únicamente una colilla de una pulgada de largo, que ahora abandonó junto a los restos revueltos de su tarta.

—Quiero saber si puede decirme cómo encontrarla —dijo, y pensó hasta qué punto su búsqueda era fútil, y degradante. En cierta forma, antes de llegar a esa elegante sala, Starbuck se había convencido de que buscar a Sally era un ensueño práctico, pero ahora, obligado a confesar su obsesión a este hombre, que era casi un extraño, Starbuck se dio cuenta de que era pura locura. También se percató de la inutilidad de buscar a una muchacha perdida en una ciudad de cuarenta mil almas—. Lo siento —dijo—, nunca debí venir aquí.

—Me parece recordar que le recomendé que me pidiera ayuda si la necesitaba —

apuntó Delaney—, si bien es cierto que los dos estábamos bastante ebrios en aquel momento. Estoy encantado de que haya venido.

Starbuck clavó la vista en su benefactor.

—¿Puede ayudarme?

—Por supuesto que puedo ayudarle —dijo Belvedere Delaney con mucha calma—. De hecho, sé exactamente dónde se encuentra su Sally.

Starbuck sintió la euforia del éxito, y de inmediato el terror de contrastar ese éxito y descubrir que era un engaño. Le pareció que se encontraba al borde de un abismo, y no sabía si estaba a punto de saltar al cielo o al infierno.

—¿De modo que está viva? —preguntó.

—Venga a verme mañana al atardecer —dijo Delaney soslayando la respuesta, y alzó la mano para detener cualquier otra pregunta—. Venga aquí a las cinco. Pero...

Dijo la última palabra en tono de advertencia.

—¿Sí?

Delaney lo señaló con su cigarrillo desde el otro lado de la mesa.

—Me deberá un favor por esto, Starbuck.

Starbuck se estremeció, a pesar del calor. Había vendido su alma, se temió, pero ¿a qué precio? Aunque lo cierto era que no le importaba, porque mañana encontraría a Sally. Tal vez la culpa era del vino, o del mareo de aquel primer cigarro, o bien de la idea de que sus sueños iban a concretarse por fin, pero el caso es que no le importaba.

—Entendido —dijo despacio, pero la verdad era que no entendía nada.

Delaney sonrió, y el hechizo se quebró.

—¿Una copa de brandy? Y otro cigarro, supongo.

Iba a ser divertido, pensó Delaney, corromper al hijo del reverendo Elial Starbuck. Además, para ser sincero, a Delaney le gustaba bastante Nathaniel Starbuck. El muchacho era ingenuo, pero duro como el acero por dentro, y tenía una inteligencia muy viva, aunque ahora estuviera ofuscada por el deseo. En pocas palabras, Starbuck podía serle útil algún día, y si Delaney precisaba alguna vez de esa utilidad, bastaría con recordarle la deuda a que lo abocaban esta noche su obsesión y su desesperación juvenil.

Porque ahora Delaney era un agente del Norte. Un hombre había ido a visitarle a su apartamento, simulando ser un cliente, y le había mostrado una copia de la carta de Delaney en la que se ofrecía a espiar para el Norte. La copia fue quemada, y la vista del papel ardiendo había provocado un escalofrío en los nervios y el alma de Delaney. A partir de aquel momento sabía que era un hombre marcado, merecedor de la pena de muerte, pero también sabía que por la recompensa a su lealtad al Norte valía la pena correr el riesgo.

Y el riesgo, lo sabía muy bien, podía ser breve. Delaney no creía que la rebelión durara más allá de finales del mes de julio. El nuevo ejército del Norte arrollaría

majestuosamente a las patéticas fuerzas rebeldes reunidas en el norte de Virginia, la secesión se hundiría, y luego los políticos sudistas gimotearían que nunca habían pretendido llamar a la rebelión. ¿Y qué sería de la gente menuda traicionada por esos políticos? Starbuck, supuso Delaney, sería enviado de vuelta a su diabólico padre, y ahí terminaría la aventura del muchacho. De modo que podía brindarle un último y exótico momento que recordar a lo largo de la triste vida que le esperaba, y si se daba el caso de que la rebelión se prolongara aún durante unos meses más, pues bien, Starbuck sería su aliado en aquellos asuntos, lo quisiera o no.

—Mañana al atardecer, entonces —dijo Delaney malicioso, y alzó su copa de brandy—. A las cinco.

Starbuck pasó el día siguiente atormentado por la aprensión. No se atrevió a contar a Washington Faulconer lo que le preocupaba, ni siquiera quiso contárselo a Adam, y guardó un silencio febril mientras acompañaba a padre e hijo al Salón de la Mecánica de Franklin Street, donde había instalado sus oficinas Robert Lee. El general había sido ascendido ahora, de jefe de las fuerzas armadas de Virginia a alto consejero militar del presidente de la Confederación, pero todavía ocupaba buena parte de su tiempo en tareas para el gobierno del Estado, y según le contaron a Faulconer, había salido de la capital para inspeccionar unas fortificaciones que defendían la boca del río James. Un oficinista muy atareado y sudoroso, que les recibió en el despacho exterior, les dijo que se esperaba de vuelta al general aquella misma tarde, o tal vez al día siguiente, y que no, no era posible fijar ninguna cita previa. Todos los solicitantes tenían que esperar. Había ya una veintena de personas en la antesala o en las amplias escaleras. Washington Faulconer se irritó al verse tratado de solicitante, pero de alguna manera consiguió no perder la paciencia mientras el reloj seguía con su tictac y negros nubarrones se amontonaban en el cielo de Richmond.

A las cinco menos cuarto, Starbuck pidió permiso para irse. Faulconer se volvió furioso a su ayudante, decidido a negárselo, pero Starbuck balbuceó una excusa. No se sentía bien.

—Mi estómago, señor.

—Vete —dijo Faulconer en tono irritado—, vete.

Esperó hasta que Starbuck hubo bajado las escaleras, y se volvió a Adam.

—¿Qué diablos le ocurre? El estómago no es, con toda seguridad.

—No lo sé, padre.

—¿Una mujer? Eso es lo que creo. Dice que se encontró con un viejo amigo. ¿Quién? ¿Y por qué no nos lo presenta? Alguna buscona. Ya te digo, una buscona.

—No tiene dinero para eso —dijo Adam con frialdad.

—Yo no estaría tan seguro.

Washington Faulconer se acercó a la ventana situada en un extremo de la antesala

y miró ceñudo hacia la calle, donde un carro cargado de tabaco que había perdido una rueda atraía a su alrededor a un grupo numeroso de negros que daban consejos al carretero.

—¿Por qué no estarías seguro, padre? —preguntó Adam.

Faulconer refunfuñó en voz baja unos instantes, y luego se volvió a su hijo.

—¿Te acuerdas de la incursión? ¿Sabes por qué Nate desobedeció mis órdenes? Para que Truslow pudiera robar a los pasajeros de los vagones. ¡Buen Dios, Adam, eso no es hacer la guerra! Es bandidaje puro y simple, y tu amigo lo aprobó. Puso en peligro el éxito de todo lo que habíamos conseguido, y se convirtió en un ladrón.

—¡Nate no es un ladrón! —protestó enérgicamente Adam.

—Y yo, ingenuo de mí, le confié unos asuntos aquí en Richmond —dijo Washington Faulconer—, ¿y cómo sé que las cuentas que me dio son cabales?

—¡Padre! —dijo Adam, furioso—. Nate no es un ladrón.

—¿Y qué hizo con ese tipo de la compañía del Tío Tom?

—Eso fue... —empezó a decir Adam, pero no supo cómo continuar, porque lo cierto es que su amigo sí robó el dinero del mayor Trabell—. No, padre —insistió Adam en su tozuda negativa, aunque en un tono bastante más débil.

—Me gustaría poder compartir tu seguridad. —Faulconer clavó la vista, ceñudo, en el suelo de la antesala, sucio de jugo de tabaco seco que no había aterrizado en las escupideras—. Ni siquiera estoy ya seguro de que Nate sea leal al Sur —añadió pesaroso, y luego levantó la vista al oír el resonar de botas y el murmullo de conversaciones que ascendían de la escalera.

Robert Lee había llegado por fin, y los pormenores relativos a Starbuck quedaron momentáneamente olvidados, a fin de que la Legión pudiera ser ofrecida para la batalla.

* * *

George, el esclavo doméstico de Belvedere Delaney, había llevado a Starbuck hasta la puerta principal de la casa de Marshall Street, donde fue recibido por una mujer de mediana edad, aspecto severo y aparente respetabilidad.

—Me llamo Richardson —dijo a Starbuck—, y el señor Delaney me ha dado instrucciones detalladas. Por aquí, señor, si es tan amable.

Era un burdel. El asombrado Starbuck pudo darse cuenta mientras era escoltado a través del vestíbulo y más allá de un salón, en el que un grupo de muchachas esperaban sentadas, luciendo corpiños de encaje y ropa interior blanca. Algunas le sonrieron, otras no llegaron siquiera a levantar la mirada de sus manos de naipes, pero Starbuck se sintió desfallecer al comprender el negocio que se desarrollaba en aquella casa confortable, lujosa incluso con sus alfombras de tonos oscuros, sus

paredes empapeladas y sus paisajes al óleo en marcos dorados. Era uno de los antros de iniquidad contra los que su padre clamaba en sus prédicas con amenazas de torturas sempiternas, un lugar de horrores infernales y desenfrenos pecaminosos. En un mueble barnizado del vestíbulo provisto de perchas de bronce, un paragüero y un espejo biselado, contó tres sombreros de oficiales, un sombrero de copa de seda y un bastón.

—Puede quedarse tanto tiempo como guste, joven —dijo la señora Richardson, que se detuvo junto al mueble para detallarle las instrucciones de Delaney—, y la casa correrá con los gastos. Por favor, tenga cuidado con el baldosín suelto del peldaño de la escalera.

La señora Richardson y Starbuck subieron por una escalera de paredes empapeladas e iluminadas por una lámpara de aceite, que colgaba de una larga cadena de bronce suspendida del alto techo de la escalera. Starbuck vestía de uniforme, y su sable envainado chocaba una y otra vez contra los balaustres. Un arco cubierto por una cortina le esperaba en lo alto de la escalera, y al otro lado la luz era más tenue incluso, aunque no tanto como para que Starbuck no pudiera observar los grabados enmarcados que colgaban de la pared. Representaban parejas desnudas y al principio no creyó lo que veía, pero volvió a mirar y enrojeció al comprobar que había visto bien. La parte más rígida de su conciencia le conminó a dar media vuelta de inmediato. Durante toda su vida, Starbuck se había debatido entre el pecado y la virtud, y sabía mejor que ningún otro hombre que el precio del pecado es la muerte eterna, pero por más que todos los coros celestiales y todos los predicadores terrenales atronaran sus oídos con aquel mensaje, Starbuck jamás habría dado media vuelta en aquel momento.

Siguió a la enlutada señora Richardson por un largo pasillo. Del otro extremo, venía una criada negra empujando un carrito con un bol cubierto por una servilleta; se hizo a un lado para dejar paso a la señora Richardson, y luego dirigió a Starbuck una sonrisa mofletuda. Se oían risas en una de las habitaciones, y en otra la voz de un hombre que jadeaba de excitación. Starbuck sintió que la cabeza le daba vueltas, como si fuera a desmayarse, mientras seguía a la señora Richardson, que giró en un recodo y bajó un tramo corto de escaleras. Doblaron luego otra esquina, subieron un nuevo tramo de escaleras y entonces por fin la señora Richardson extrajo su manojito de llaves, seleccionó una de ellas y la introdujo en la cerradura de una puerta. Se detuvo un instante, dio luego la vuelta a la llave y la puerta se abrió.

—Entre, señor Starbuck.

Starbuck entró nervioso en la habitación. La puerta se cerró a su espalda, la llave giró en la cerradura..., y allí estaba Sally. Viva. Sentada en una silla con un libro en el regazo y más hermosa aún de como la recordaba. Durante semanas había intentado conjurar aquel rostro en sus sueños, pero ahora, enfrentado de nuevo a la realidad de

su belleza, se dio cuenta de lo inadecuado de aquellas imágenes recordadas. Se sintió abrumado por la presencia de aquel capricho de la naturaleza.

Los dos se miraron con fijeza. Starbuck no supo qué decir. La vaina de su sable produjo un ruido sordo al chocar con la puerta. Sally lucía un vestido azul oscuro y llevaba el cabello peinado en un gran moño alto, sujeto con cintas de color azul celeste. Tenía en la mejilla una cicatriz reciente, que no le restaba hermosura, sino que, extrañamente, aumentaba su fascinación. La cicatriz era una huella blanca que le cruzaba la mejilla izquierda hasta la oreja. Ella lo miraba, tan sorprendida al parecer como nervioso estaba él. Luego, ella cerró el libro y lo colocó sobre la mesa, a su lado.

—¡Si es el predicador!

Parecía contenta de verle.

—¿Sally?

La voz de Starbuck era insegura. Estaba tan nervioso como un chiquillo.

—Ahora me llamo Victoria. Como la reina. —Sally se echó a reír—. Me han dado un nuevo nombre, ¿ves? De modo que ahora soy Victoria. —Hizo una pausa—. Pero tú puedes llamarme Sally.

—¿Te han encerrado?

—Sólo para que los clientes no interrumpen. A veces los hombres se ponen como locos, por lo menos los militares. Pero poco que soy una prisionera. Tengo una llave, ¿ves? —Sacó una llave del bolsillo de su vestido—. Y no debo decir «poco que soy», a la señora Richardson no le gusta. Dice que no debo decir «poco que soy», y tampoco «negro». No es bonito, ¿sabes? Y también me está enseñando a leer. —Enseñó el libro a Starbuck. Era *Primeras lecturas* de McGuffey, el primero de la serie de libros que Starbuck había hojeado cuando tenía tres años—. Me estoy portando bien de verdad —dijo Sally entusiasta.

Starbuck sintió ganas de echarse a llorar por ella. Sin saber muy bien por qué. Tenía buen aspecto, incluso parecía feliz, pero en aquel lugar había algo patético que le impulsaba a odiar a todo el mundo.

—Estaba preocupado por ti —le dijo, plañidero.

—Eres muy amable. —Le dedicó una media sonrisa, y se encogió de hombros—. Pero estoy bien, bien de verdad. Sólo que apuesto a que ese mierda de Ethan Ridley no está preocupado por mí.

—No, no creo que lo esté.

—Le veré en el infierno.

Sally habló con amargura. Retumbó un trueno sobre la ciudad, seguido un momento después por el ruido de un aguacero. Las gotas caídas salpicaron las cortinas de gasa clavadas a las dos ventanas abiertas para ahuyentar los insectos. Oscurecía, y los relámpagos de aquella tormenta de verano iluminaban el cielo por el

oeste.

—Tenemos vino —dijo Sally, de nuevo alegre—, y un poco de pollo frío, ¿ves? Y pan. Y aquí hay frutas escarchadas, ¿ves? Y nueces. La señora Richardson me ha dicho que iba a venir una visita especial, y las chicas han traído todo esto. Cuidan bien de verdad de nosotras, ¿ves?

Se puso de pie, se acercó a una de las ventanas y miró a través de la gasa los pálidos fogonazos de los relámpagos, que parpadeaban en la oscuridad creciente. El aire del verano pesado y bochornoso, cargado del olor al tabaco de Richmond, llenaba la espaciosa habitación de Sally que, para la inocente mirada de Starbuck, tenía un aspecto desoladoramente ordinario, y no el de una habitación bien amueblada de un hotel. Observó una pequeña reja para un fuego de carbón en una chimenea metálica negra, un guardafuegos de bronce y el papel floreado de las paredes, en las que colgaban paisajes de montaña enmarcados. Había dos sillas, dos mesas y algunas alfombras, y las ineludibles escupideras sobre el suelo de madera brillante. También había una gran cama con una cabecera de madera tallada y varios almohadones blancos. Starbuck se esforzó en no mirar la cama mientras Sally seguía observando por la ventana el horizonte occidental iluminado por los relámpagos.

—A veces, cuando miro hacia allí, pienso en casa.

—¿La echas de menos?

Ella se echó a reír.

—Me gusta estar aquí, predicador.

—Nate, llámame Nate.

Ella se apartó de la ventana.

—Siempre quise ser una dama elegante, ¿sabes? Me gustaban todas las cosas bonitas. Ma solía hablarme de una casa bonita de verdad en la que estuvo una vez. Dijo que tenía velas y cuadros y alfombras suaves, y yo siempre quise tener todo eso. Odiaba vivir allá arriba. Levantada a las cuatro de la madrugada y acarreamo agua, y siempre con aquel frío que mordía en invierno. Y las manos siempre hinchadas. Sangrando, incluso. —Hizo una pausa y le enseñó las manos, ahora blancas y suaves, y luego sacó un cigarro de un pote colocado sobre la mesa en la que habían dispuesto la cena—. ¿Quieres fumar, Nate?

Starbuck cruzó la habitación, cortó el cigarro de Sally, se lo encendió, y luego tomó otro para sí mismo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Sally.

—Fui a preguntar al hermano de Ethan Ridley.

—¿Ese Delaney? Un tipo bien raro —dijo Sally—. Me gusta y creo que yo también le gusto, pero no es como Ethan. Te digo una cosa, si vuelvo a ver a Ethan juro que mato a ese hijo de puta. No me preocupa que luego me cuelguen, Nate, lo mato. La señora Richardson me ha prometido que no le permitirán verme si viene por

aquí, pero espero que lo haga. Espero que ese hijo de puta se presente aquí para matarlo a cuchilladas como a un cerdo, eso es lo que haré.

Chupó el cigarro, y la punta brilló con un tono rojo intenso.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Starbuck.

Ella se encogió de hombros, se sentó en una silla junto a la ventana y le contó cómo había venido a Richmond en busca de Ethan Ridley. Durante tres o cuatro días él estuvo amable, incluso cariñoso con ella, pero luego le dijo que iban a ir en coche a ver unas habitaciones que tenía intención de alquilar para ella. Sólo que no hubo habitaciones, sino dos hombres que la encerraron en un sótano en los barrios extremos del este de la ciudad y allí la pegaron, la violaron y volvieron a pegarla hasta que aprendió a ser obediente.

—Perdí el niño —dijo con desmayo—, pero era lo que querían ellos, supongo. Quiero decir que embarazada no les servía para nada... aquí. —Mostró con un gesto la habitación, como alusión a su nuevo oficio—. Y por supuesto, él lo planeó todo.

—¿Ridley?

Ella asintió.

—Lo tenía todo planeado. Quería librarse de mí, ¿sabes? De modo que hizo que esos dos hombres me raptaran. Uno era un negro, quiero decir de color, y el otro un traficante de esclavos, de modo que ya ves, sabían muy bien cómo romper por la mitad a una persona, igual que Pa sabe cómo domar un caballo. —Se encogió de hombros y volvió la vista hacia la ventana—. Supongo que yo me merecía que me rompieran.

—¡No digas eso! —Starbuck estaba espantado.

—¡Vamos, cariño! —le sonrió Sally—. ¿Cómo diablos iba a conseguir lo que quiero en este mundo? ¿Me puedes contestar a eso? Poco que he nacido con dinero, poco que me han educado para tener dinero, lo único que sí tengo es lo que los hombres quieren. —Chupó el cigarro y tomó el vaso de vino que le tendió Starbuck—. Muchas de las chicas que hay aquí empezaron de la misma forma. Quiero decir que tuvieron que romperlas. Poco que fue agradable, y no me importará no volver a ver en mi vida a esos dos hombres, pero ahora estoy aquí, y me he reformado.

—¿Te hicieron ellos esa cicatriz?

—Diablos, sí. —Se acarició la mejilla izquierda—. Eso no fue tan malo, ¿sabes? Me hicieron otras cosas. ¿Te imaginas no poder abrir la boca? Tenían esa máquina que se usa para que los esclavos no hablen. Te la colocan alrededor de la cabeza y tiene una pieza de hierro aquí. —Se señaló los labios con el cigarro, y luego se encogió de hombros—. Dolía. Pero, en cuanto aprendí a portarme bien, dejaron de usarla.

Starbuck se sentía cada vez más indignado.

—¿Quiénes eran esos dos hombres?

—Hombres nada más, Nate. No importa. —Sally hizo un gesto de pasar página, como si de verdad no les culpara por lo que había ocurrido—. Luego, pasado un mes, el señor Delaney fue a aquella casa y me dijo que estaba furioso de verdad por lo que hacían conmigo, y dijo que todo era culpa de Ethan, y la señora Richardson también me visitó, y me sacaron de allí y se preocuparon mucho por mí y me trajeron aquí; la señora Richardson me dijo que, tal como estaban las cosas, no tenía mucho donde elegir. Podía quedarme aquí y ganar dinero, o me ponían de patitas en la calle. Y aquí sigo.

—Pero puedes volverte a tu casa —sugirió Starbuck.

—¡No! —dijo Sally con vehemencia—. ¡No quiero volver a casa, Nate! Padre siempre quiso que yo fuera un chico. A él le parece que todo el mundo ha de ser feliz con una cabaña de troncos, dos perros de caza, un hacha y un rifle, pero yo no pienso igual.

—¿Quieres irte de aquí? —le preguntó Starbuck—. ¿Conmigo?

Ella le dirigió una sonrisa compasiva.

—¿Cómo vamos a vivir, cariño?

—No lo sé. Nos iremos de aquí, simplemente. Iremos al Norte, a pie. —Con un gesto señaló hacia el cielo ya oscuro y la lluvia que volvía a caer con fuerza, y mientras hablaba se dio cuenta de la inutilidad de su propuesta.

Sally se echó a reír al pensar en irse a pie de la casa de la señora Richardson.

—¡Aquí tengo todo lo que siempre he deseado!

—Pero...

—He conseguido lo que quería —insistió ella—. Escucha, la gente no es distinta de los caballos. Unos son especiales, otros bestias de carga. La señora Richardson dice que yo puedo ser especial. No me presenta a todos los clientes, sólo a los especiales. Y dice que podré irme de aquí si un hombre me quiere y está dispuesto a pagar por mí lo que es justo. También puedo marcharme si quiero, pero ¿dónde voy a ir? ¡Mírame! Tengo vestidos, vino, cigarros y dinero. Y no voy a hacer esto toda la vida. ¿Te has fijado en las mujeres que acompañan en sus carruajes a los tipos ricos? ¡La mitad de ellas empezaron como yo, Nate! —Hablabla con mucha amabilidad, y se echó a reír al ver el desconsuelo de él—. Escucha, quítate esa espada, siéntate como es debido y háblame de la Legión. Si quieres hacerme feliz de verdad, cuéntame que Ethan se ha pegado un tiro. ¿Sabes que ese hijo de puta se llevó mi anillo? ¿El anillo de plata?

—Yo te lo devolveré.

—¡No! —Sacudió la cabeza—. Ma no querría que el anillo estuviera en este lugar, pero puedes devolvérselo a Pa. —Lo pensó un segundo, y sonrió con desmayo—. El quería a Ma, sabes, la quiso de verdad.

—Lo sé. Lo vi delante de su tumba.

—Claro que lo viste. —Tomó una guinda escarchada y la mordió, y luego estiró las piernas hasta colocar los pies sobre la silla—. ¿Por qué dijiste que eras un predicador? Muchas veces me lo he preguntado.

Starbuck le habló de Boston, y del reverendo Elial Starbuck, y de la casa grande y triste de Walnut Street que siempre parecía llena de los peligrosos silencios de la ira paterna, y del olor de la cera y el aceite aplicados a la madera, y de Biblias, y de humo de carbón. La oscuridad caía sobre Richmond, pero ni Starbuck ni Sally se levantaron a encender una vela; en vez de eso, siguieron hablando de su infancia y de sus sueños rotos, y de cómo el amor siempre se escurría entre los dedos cuando parecía que lo habías atrapado.

—Cuando Ma murió fue cuando todo empezó a torcerse para mí —dijo Sally, que exhaló un largo suspiro y se volvió a mirar a Starbuck en la oscuridad—. ¿Y piensas quedarte aquí? ¿En el Sur?

—No lo sé. Creo que sí.

—¿Por qué?

—Para estar cerca de ti.

Lo dijo en tono alegre, como un amigo, y ella se echó a reír al oírlo. Starbuck se inclinó hacia adelante, extendió sus largas piernas y se preguntó si su respuesta era cierta—. No sé qué demonios voy a hacer —dijo en voz baja—. Sé que no voy a ser un predicador, y la verdad es que no sé qué otra cosa puedo hacer. Podría ser maestro de escuela, supongo, pero no estoy seguro de querer serlo. No soy bueno para los negocios, por lo menos no creo que lo sea, y no tengo bastante dinero para ser abogado.

Calló, y encendió su tercer cigarro de aquella noche. Delaney tenía razón, le relajaba.

—Entonces ¿qué vas a vender, cariño? —le preguntó Sally, irónica—. Me han enseñado bien de verdad lo que tengo yo para vender, pero ¿y tú? Nadie nos busca por nada, Nate. Eso es lo que he aprendido. Seguramente Ma lo hizo conmigo, pero está muerta, y Pa... —Sacudió la cabeza—. Lo único que quería de mí es que cocinara, matara los puercos, cuidara las vacas y me casara con un granjero. Eso no era para mí. Y si tú no eres un abogado, o un predicador o un maestro, ¿qué diablos es lo que vas a hacer?

—Esto. —Señaló el sable que se había desabrochado del cinto y reposaba en su vaina barata contra el alféizar de la ventana—. Seré soldado. Seré un magnífico soldado. —Era extraño, pensó, pero nunca había dicho antes aquello, ni siquiera a sí mismo, y sin embargo de pronto le pareció lleno de sentido—. Seré famoso, Sally. Cabalgaré a través de esta guerra como un, como un... —Se detuvo para elegir la palabra apropiada, y de pronto el estruendo de un trueno, sobre sus cabezas, hizo retemblar toda la casa, y en el mismo instante un relámpago rasgó el cielo de

Richmond como una lengua de fuego blanco—. ¡Así! —dijo Starbuck—. ¡Seré exactamente así!

Sally sonrió. Sus dientes eran muy blancos en la oscuridad, y su cabello, cuando el fogonazo del relámpago iluminó la noche, tenía reflejos de oro oscuro.

—Poco que te harás rico como soldado, Nate.

—No, supongo que no.

—Y yo soy cara, cariño.

Sólo se burlaba de él a medias.

—Conseguiré el dinero de alguna manera.

Ella se despezó en la oscuridad; aplastó primero la colilla del cigarro, y luego alargó sus esbeltos brazos hacia Nate.

—Te han regalado esta noche. No sé por qué, me imagino que le caes bien a Delaney, ¿verdad?

—Supongo que sí. —El corazón de Starbuck se disparó en su pecho. Pensó en lo ingenuo que había sido con respecto a Delaney, y luego en lo mucho que le debía a ese hombre, y en lo poco que sabía de él. Qué ciego había sido, pensó, qué ingenuo y confiado.

—¿Es Delaney el propietario de este lugar? —preguntó.

—Creo que tiene una parte, no sé cuánto. Pero te ha regalado esta noche, cariño, toda la noche hasta que amanezca. ¿Y luego?

—He dicho que conseguiré el dinero.

La voz de Starbuck era entrecortada, y todo su cuerpo temblaba.

—Yo puedo decirte cómo ganarlo de una vez por todas. Para todo el tiempo que tú y yo sigamos deseándolo.

Sally hablaba en voz baja y en la oscuridad, mientras una lluvia torrencial descargaba su furia en la calle y en el tejado.

—¿Cómo? —Fue un milagro que Starbuck consiguiera siquiera hablar, y aun así su voz sonó como un graznido—. ¿Cómo? —repitió.

—Mata a Ethan... por mí.

—Matar a Ethan —dijo Starbuck como si no lo hubiera oído bien, y como si no hubiera pasado los últimos días convenciéndose a sí mismo de que Ethan era su enemigo, e imaginando en sus sueños juveniles cómo podría destruir a ese enemigo—. ¡¿Matarlo?! —preguntó, sobrecogido.

—Mata a ese hijo de puta por mí. Mátalo por mí, y basta. —Sally hizo una pausa—. Poco que me importa estar aquí, Nate, la verdad es que seguramente es el mejor lugar posible para mí, pero odio a ese hijo de puta por contarme mentiras, por engañarme; y odio que piense que se ha salido con la suya contándome mentiras, y quiero ver muerto a ese hijo de puta y que la última cosa que oiga en este mundo sea mi nombre, para que no olvide nunca por qué se ha ido al infierno. ¿Harías eso por

mí?

Dios del cielo, pensó Starbuck, ¿pero cuántos pecados iba a acarrearle un solo paso en falso? ¿Cuántas entradas estaría anotando el ángel en el registro divino del Libro de su vida? ¿Qué esperanza de redención había para un hombre que se proponía matar a otro, y no digamos si llevaba a cabo su propósito? ¿Cómo se abrirían de par en par las puertas del infierno, cómo le morderían las llamas, qué torturas le esperarían en el lago de fuego, y cómo se prolongaría aquel tormento toda la eternidad si no se levantaba ahora mismo, recogía su sable y huía de aquel antro de iniquidad a la lluvia purificadora? Dios querido, rezó, me encuentro en una situación terrible, y si me salvas ahora nunca volveré a pecar, nunca jamás.

Miró a los ojos de Sally, a sus preciosos ojos.

—Lo mataré por ti, Sally. Lo haré —se oyó decir a sí mismo.

—¿Quieres cenar antes, cariño? ¿O prefieres después?

Iba a ser tan grandioso como la luz blanca de un relámpago en el cielo en tinieblas.

TERCERA PARTE

Capítulo 9

Llegaron órdenes desde Richmond de que la Legión se dirigiera a Manassas Junction, donde se cruzaban la línea de Orange y Alexandría y la de Manassas Gap. Las órdenes no llegaron hasta tres días después de que Washington Faulconer regresara de la capital, e incluso entonces el permiso parecía haber sido concedido a regañadientes. La orden iba dirigida simplemente al oficial al mando del regimiento de Faulconer County, como si las autoridades de Richmond se negaran a reconocer el éxito de Washington Faulconer al reclutar la Legión; pero al menos se permitía que ésta se uniera al ejército de Virginia del Norte del general Beauregard, como había solicitado el propio Faulconer. El general Lee incluyó una breve nota lamentando no haber podido agregar al «regimiento de Faulconer County» a ningún cuerpo en particular del ejército de Beauregard, debido a que la disponibilidad del regimiento no había sido dada a conocer a las autoridades hasta el último momento. Señalaba también que, al no haber seguido el regimiento ningún tipo de instrucción de brigada, dudaba que pudiera ser utilizado para otra cosa que «tareas independientes». A Washington Faulconer le gustó esta última expresión hasta que el mayor Pelham le informó en tono seco de que, por lo general, las tareas independientes consistían en vigilar la impedimenta, poner centinelas en las líneas férreas o escoltar a prisioneros de guerra.

Si la nota de Lee había tenido como propósito molestar a Washington Faulconer, lo consiguió, aunque el coronel declaró que no podía esperarse otra cosa de los mequetrefes de Richmond. El general Beauregard, Faulconer estaba seguro, se mostraría mucho mejor dispuesto en cuanto comprobara la calidad de sus legionarios. La mayor preocupación del coronel era llegar a Manassas antes de que finalizara la guerra. Las tropas del Norte habían cruzado el Potomac, y se decía que se aproximaban lentamente a las filas confederadas, y en Richmond corrían rumores de que Beauregard planeaba lanzar un movimiento envolvente masivo para aplastar a los invasores nordistas. Los rumores precisaban que, si la derrota no decidía a la Unión a pedir la paz, Beauregard cruzaría el Potomac y entraría en Washington. El coronel Faulconer soñaba con ascender, montado en su corcel negro *Saratoga*, los escalones del edificio aún no terminado del Capitolio, y para hacer realidad ese sueño estaba dispuesto a tragarse los peores insultos de Richmond, de modo que al día siguiente de la llegada de aquella ofensiva orden, la Legión tocó diana dos horas antes del alba con órdenes de recoger las tiendas de campaña y cargarlas en carretas con el resto de la impedimenta. El coronel había previsto una rápida marcha hasta la estación de ferrocarril de Roskill, pero por alguna razón todo se retrasó mucho más de lo esperado. Nadie estaba del todo seguro de cómo había que desarmar las once gigantescas estufas de hierro forjado compradas por Faulconer para el campamento,

ni a nadie se le había ocurrido ningún sistema de transporte de la munición almacenada en seco en el arsenal de Seven Springs.

La noticia de la marcha provocó también que las madres, novias y esposas de los soldados corrieran a presentarse con un último regalo al campamento. Los hombres, ya cargados con bolsas de comidas, armas, mochilas, mantas y cajas de cartuchos, se vieron obsequiados con bufandas de lana, chaquetas, capas, revólveres, navajas, potes de conservas, sacos de café, galletas y chalecos de piel de búfalo, y mientras tanto el sol ascendía cada vez más, y las estufas del campamento seguían sin ser desmontadas, y uno de los caballos de tiro perdió una herradura, y Washington Faulconer se enfureció, y Pecker Bird cacareó, y el mayor Pelham sufrió un ataque al corazón.

—¡Oh, Cristo bendito! —exclamó Little, el director de la banda de música, que se había estado quejando a Pelham de que en los carros no había bastante sitio para sus instrumentos, cuando de pronto el veterano oficial hizo un extraño raido con la garganta, trató desesperadamente de tragar una gran bocanada de aire, y cayó a plomo desde lo alto de su silla de montar. Los hombres dejaron lo que estaban haciendo para amontonarse alrededor de aquel cuerpo flaco e inmóvil, y Washington Faulconer se abrió paso entre los mirones boquiabiertos apartándolos con su fusta.

—¡Volved a vuestras tareas! ¡Fuera! ¿Dónde diablos está el doctor Danson? ¡Danson!

Llegó Danson y se agachó junto al cuerpo inerte de Pelham. Al poco, declaró que estaba muerto.

—¡Se ha apagado como una vela! —Danson se puso en pie con esfuerzo y volvió a guardarse en un bolsillo el estetoscopio—. Un modo condenadamente bueno de irse, Faulconer.

—Hoy no, no lo es. ¡Maldita sea! ¡Volved al trabajo! —Apuntó con su fusta a un soldado que miraba—. ¡Vamos, largo de aquí! ¿Quién diablos se lo va a decir a la hermana de Pelham?

—Yo no —dijo Danson.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no podía haber muerto en plena batalla? —Faulconer hizo dar la vuelta a su caballo—. ¡Adam! ¡Este es un trabajo para ti!

—Tengo órdenes de dirigirme a la estación de Rosskill, señor.

—Que vaya Ethan.

—Está cargando la munición.

—¡Al infierno con Rosskill! Quiero que vayas a ver a la señorita Pelham. Exprésale mi más sentidas condolencias, ya sabes lo que quiero decir. Llévale unas flores. Mejor aún, llévate contigo a Moss y que te acompañe. Si un predicador no vale para consolar a los afligidos, ¿para qué demonios sirve?

—¿Quieres que vaya a Rosskill después?

—Manda a Starbuck. Dile lo que tiene que hacer.

Starbuck no figuraba entre los santos de la devoción del coronel desde que en Richmond pasó fuera una noche entera, sin volver hasta bien pasada la hora del desayuno; y más aún cuando luego se negó a decir dónde había estado.

—No es que haga falta que cuente lo que ha estado haciendo —había gruñido el coronel a su hijo aquella mañana—, porque apesta a una milla de distancia, pero podría tener la decencia de decirnos quién es ella.

Ahora Nate recibió la orden de cabalgar hasta el apeadero de Rosskill del ferrocarril de Orange y Alexandría, y de comunicar al jefe de estación que estuviera preparado para la llegada de la Legión. Faulconer, que era el director de la compañía, ya había despachado una carta en la que, anticipándose a las órdenes de Richmond, requería que se dispusieran dos convoyes para el transporte de la Legión; pero ahora alguien había de cabalgar hasta el apeadero y ordenar a los maquinistas que encendieran ya las calderas, para que el vapor fuera adquiriendo presión. Uno de los convoyes incluiría el vagón del director de la compañía, reservado para Faulconer y sus ayudantes, y un número de vagones de pasajeros de segunda clase suficiente para transportar a los novecientos treinta y dos hombres de la Legión, en tanto que el segundo convoy estaría compuesto por vagones cerrados de mercancías para los suministros y los caballos, y vagones abiertos para los carros de la Legión y los cañones, trenes de munición y cureñas. Adam pasó a Starbuck una copia de la carta de su padre, y otra con las órdenes escritas enviadas al apeadero al amanecer.

—La compañía de Rosswell Jenkins tiene que estar allí hacia las once, aunque Dios sabe si serán puntuales. Prepararán rampas.

—¿Rampas?

—Para meter a los caballos en los vagones —explicó Adam—. Deséame suerte. La señorita Pelham no es la más dócil de las mujeres. Dios bendito.

Starbuck deseó buena suerte a su amigo, y luego ensilló a *Pocahontas* y abandonó al trote el campamento sumido en el caos, cruzó la población y tomó la carretera de Rosskill. La ciudad, en la que se encontraba la estación de ferrocarril más próxima a Faulconer County, doblaba en tamaño a Faulconer Court House y estaba situada en la transición entre el piedemonte de las colinas y la extensa llanura que se prolongaba hasta el lejano mar. Fue un cómodo paseo colina abajo. El día era caluroso, y en los prados las vacas o bien buscaban la sombra de los árboles, o se tumbaban para refrescarse el vientre en el agua de los arroyos. Los lados del camino estaban alfombrados de vistosas flores, los árboles lucían su exuberante follaje y Starbuck era feliz.

Llevaba una carta para Sally en la alforja de su silla de montar. Ella le había pedido que le enviara cartas, y él le prometió escribirle tan a menudo como le fuera posible. La primera carta le contaba los últimos días de instrucción y que el coronel le

había regalado la yegua *Pocahontas*. Había escrito la carta en un estilo sencillo, con palabras cortas y letras grandes y redondas. Decía a Sally cuánto la amaba, y lo decía en serio, aunque se trataba de una clase extraña de amor, más parecida a la amistad que la pasión destructiva que había sentido por Dominique. Starbuck aún se sentía dominado por los celos cuando pensaba en los hombres con los que se acostaba Sally, como sin duda los sentiría cualquier hombre, pero Sally no había de enterarse de esos celos. Ella necesitaba su amistad como él necesitaba la de ella, porque se habían unido a la luz del relámpago y con el estruendo del trueno, como dos niños solitarios en busca de consuelo, y después, tendidos en la cama y felices, habían fumado cigarrillos y oído la lluvia en la madrugada, y habían acordado escribirse, o más bien Starbuck había dicho que escribiría y Sally le había prometido que intentaría leer sus cartas, y algún día incluso probaría a escribirle con la condición de que Starbuck le prometiera por su honor que no se reiría de sus esfuerzos.

Se detuvo en la oficina de correos de Roskill para certificar la carta, y luego se acercó al apeadero y habló con el jefe, un hombre gordo y sudoroso llamado Reynolds.

—No hay trenes —fue el saludo de Reynolds a Starbuck en su pequeño despacho contiguo a la oficina del telégrafo.

—Pero el señor Faulconer, el coronel Faulconer, ha ordenado de forma específica dos convoyes de vagones, ambos con su locomotora...

—¡Ni aunque lo ordene Dios Todopoderoso! —el rollizo Reynolds, que sudaba embutido en su uniforme de lana de los ferrocarriles, estaba evidentemente harto de las exigencias con las que la guerra había trastornado el escrupuloso cumplimiento de sus horarios—. En toda la compañía hay sólo dieciséis locomotoras, y diez se dirigen en este momento al norte transportando tropas. Se supone que los ferroviarios tenemos que cumplir las órdenes con eficiencia, pero ¿cómo puedo hacerlo si todo el mundo quiere locomotoras? ¡No puedo ayudarle! ¡No me importa si el señor Faulconer es uno de los directores, no me importa que todos los directores me pidan trenes, no puedo hacer nada!

—Tiene usted que colaborar... —dijo Starbuck.

—¡No puedo sacarme trenes de la manga, mozalbete! ¡No puedo hacer aparecer locomotoras! —Reynolds se inclinó sobre su mesa, con el sudor bajando a chorros por la cara, la barba y los mostachos rojizos—. ¡No soy un mago capaz de hacer milagros!

—Pero yo sí —dijo Starbuck, y sacó el enorme revólver Savage de la funda de su cinto, apuntó a un lado de Reynolds y apretó el gatillo. El humo y el estruendo llenaron la habitación, y la pesada bala atravesó la pared de troncos dejando un agujero de bordes astillados. Starbuck enfundó el arma humeante.

—No soy un mozalbete, señor Reynolds —dijo con calma al boquiabierto y

aterrorizado jefe de estación—, sino un oficial del ejército de los Estados Confederados de América, y si vuelve usted a insultarme lo colocaré contra esa pared y le dispararé.

Durante un segundo, Starbuck creyó que Reynolds iba a seguir al mayor Pelham a una tumba prematura.

—¡Está loco! —dijo por fin el ferroviario.

—Opino que probablemente tiene razón —asintió Starbuck con placidez—, pero disparo mejor cuando estoy loco que cuerdo, de modo que ahora mismo vamos a tratar de dar con el modo de transportar a la Legión Faulconer al norte hasta Manassas Junction, ¿de acuerdo?

Sonrió. Era Sally, decidió, la que le había dado aquella inyección de confianza en sí mismo. Se estaba divirtiendo. Al cuerno con todo, pensó, iba a ser un buen soldado.

Pero Reynolds insistió en que no había vagones de pasajeros disponibles en un radio de cincuenta millas. Todo lo que le quedaba eran diecisiete viejos coches—casa.

—¿Qué son coches—casa? —preguntó Starbuck con cortesía, y el asustado jefe de estación señaló un vagón cerrado de mercancías al otro lado de la ventana.

—Los llamamos coches—casa —dijo con la misma voz nerviosa con la que había tranquilizado al telegrafista y sus dos ayudantes cuando se precipitaron en el despacho a preguntar por el tiroteo.

—¿Cuántos hombres puede meter en un coche—casa? —preguntó Starbuck.

—Cincuenta, sesenta tal vez.

—Entonces tenemos suficientes.

La Legión no había alcanzado el objetivo de Faulconer de sumar mil hombres, pero había conseguido reunir a más de novecientos voluntarios, un número formidable para un regimiento.

—¿Qué otros vagones tiene disponibles? —preguntó Starbuck.

Había dos coches—góndola, que eran simples vagones abiertos, y eso era todo. Uno de los coches—góndola y ocho vagones cerrados andaban necesitados de reparaciones urgentes, pero Reynolds creía que servirían, aunque sólo si el tren circulaba a la velocidad más baja posible. No había, dijo, locomotoras disponibles, pero cuando Starbuck se llevó la mano al enorme revólver Savage, Reynolds se acordó de pronto de que una locomotora pasaría por el apeadero camino de Lynchburg, donde había de ser enganchada a un tren con destino a la costa con una carga de troncos aserrados, destinados a construir refugios para la artillería.

—¡Bien! —dijo Starbuck—. Detenga a esa locomotora y hágale dar la vuelta.

—No tenemos plataforma giratoria aquí.

—¿El tren puede ir marcha atrás?

—Sí, señor —admitió Reynolds.

—¿Y a qué distancia está Manassas?

—A unos ciento cincuenta kilómetros, señor.

—Entonces iremos a la guerra marcha atrás —dijo Starbuck alegre.

Washington Faulconer, al llegar a Rosskill al frente de la unidad de caballería de la Legión al mediodía, se puso furioso. Esperaba ver dos trenes a punto, uno de ellos con el vagón privado del director enganchado, y en su lugar se encontró con un maquinista indignado y una sola locomotora en posición inversa, con su tender y diecisiete furgones más dos coches—casa, mientras el telegrafista trataba de explicar a Lynchburg por qué no iba a llegar la locomotora esperada y Reynolds se esforzaba en dejar libre la vía en el tramo al norte de Charlotteville.

—¡Por el amor de Dios, Nate! —explotó el coronel—. ¿Qué es todo este desbarajuste?

—La guerra, señor.

—¡Maldita sea! ¡Te he dado unas órdenes claras! ¿No eres capaz de llevar a cabo la cosa más sencilla?

Y picó espuelas para ir a abroncar al maquinista gruñón.

Adam dirigió una mirada a Starbuck y se encogió de hombros.

—Lo siento. Padre no está contento.

—¿Cómo te ha ido con la señorita Pelham?

—Horrible. Sencillamente horrible. —Adam sacudió la cabeza—. Y pronto, Nate, habrá decenas de mujeres que recibirán la misma noticia. Cientos.

Adam se volvió a mirar el extremo de la calle de la estación de Rosskill, por donde empezaban a aparecer los primeros infantes de la Legión. La columna en marcha iba flanqueada por dos procesiones de esposas, madres e hijas, algunas cargadas con mochilas para descargar a sus hombres del peso del equipo.

—Buen Dios, esto es un caos —dijo Adam—. ¡Se suponía que teníamos que estar embarcados hace tres horas!

—Según me han dicho, en esta guerra nada sucede conforme a lo previsto —dijo Starbuck alegre—, y cuando sucede, lo más probable es que te castiguen a ser azotado por ello. Tendremos que acostumbrarnos al caos, y aprender a sacar el mejor partido posible de él.

—A padre eso no se le da nada bien —confesó Adam.

—Entonces es una suerte que me tenga a mí.

Starbuck sonrió con placidez a Ethan Ridley, que cabalgaba al frente de la Legión en marcha. Starbuck había decidido comportarse con mucha amabilidad con Ridley desde ahora hasta el próximo final de la vida de Ridley. Como de costumbre, Ridley le ignoró.

El plan original del coronel era efectuar el transporte de la Legión con toda

comodidad a las diez de la mañana, pero hasta las cinco de la tarde no inició su lenta marcha el renqueante tren, en dirección norte y con la máquina al revés. Había sitio suficiente para la infantería, víveres para tres días y toda la munición de la Legión, pero apenas para nada más. Los caballos de los oficiales y los ordenanzas fueron colocados en los dos coches góndola. El coronel viajaría en el furgón de cola que había llegado acompañando a la locomotora, y los hombres ocuparían los vagones cerrados. Faulconer, consciente de sus responsabilidades como director de la compañía, dio órdenes estrictas de que todos los vagones tenían que llegar a Manassas Junction intactos, pero apenas lo hubo dicho el sargento Truslow encontró un hacha y abrió un boquete en un costado de su vagón.

—Un hombre necesita luz y aire —dijo ceñudo al coronel, y empuñó de nuevo el hacha. El coronel dio media vuelta, y simuló no darse cuenta de la orgía de destrucción con que la Legión acometió la tarea de ventilar los vagones de madera.

No había sitio en el tren para la caballería de la Legión, que hubo de ser dejada atrás junto con los dos cañones de seis libras, sus cureñas y trenes de munición, las estufas de campamento de hierro colado y todos los carros. Las tiendas de campaña fueron cargadas en el último momento en los vagones, y Little, el director de la banda de música, consiguió colar también sus instrumentos haciéndolos pasar por suministros médicos. Las banderas de la Legión estuvieron a punto de quedarse en tierra debido a la confusión, pero Adam vio las dos fundas de piel con las banderas abandonadas sobre la cureña de un cañón, y se las llevó al furgón de los oficiales. La estación se sumió en el caos cuando mujeres y niños la invadieron para despedirse de sus hombres mientras éstos, después de haberse bebido toda el agua de sus cantimploras, intentaban rellenarlas en la manguera suspendida del depósito de agua. Faulconer voceó las últimas instrucciones a la caballería, la artillería y los carros de la impedimenta, que viajarían por su cuenta en dirección norte por la carretera. Calculó que el viaje les llevaría tres días, mientras que el tren, a pesar de los ejes averiados de los vagones, podría hacerlo en uno.

—Nos veremos en Manassas —dijo el coronel al teniente Davies, que había quedado al mando del convoy—. ¡O puede que en Washington!

Anna Faulconer llegó de Faulconer Court House conduciendo su pequeño dócar, e insistió en hacer ondear unos banderines confederados que ella y sus sirvientas habían bordado en Seven Springs. Su padre, impaciente por el retraso, ordenó al maquinista que tocara el silbato para llamar a los hombres a embarcar en los vagones, pero el silbido agudo del vapor asustó a algunos caballos de los coches góndola, y un ordenanza negro se rompió una pierna al ser coceado por la yegua del capitán Hinton. El ordenanza fue sacado del tren, y en ese lapso dos hombres de la compañía E decidieron que no querían luchar y desertaron, aunque otros tres hombres insistieron en que se les permitiera unirse a la Legión allí mismo, y subieron al tren.

Por fin, a las cinco en punto el tren inició su viaje. No podía marchar a más de quince kilómetros por hora debido a los vagones con los ejes partidos, de modo que se arrastró hacia el norte con las ruedas chirriando al pasar por las juntas de los raíles y la campana sonando tediosa sobre los pastos húmedos y los campos verdeantes. El coronel seguía furioso por el retraso, pero los hombres estaban alegres y cantaban con entusiasmo mientras el tren se alejaba muy despacio de las colinas y el humo de su chimenea se prendía de las ramas de los árboles. Habían dejado atrás el convoy de carros, los cañones y la caballería, y avanzaban lentamente hacia la noche.

El viaje en tren duró casi dos días. Los vagones abarrotados hubieron de esperar detenidos doce horas en el empalme de Gordonsville, tres más en Warrenton, y otros interminables minutos mientras se cargaba el tender de combustible o se llenaba de agua la caldera, pero por fin, una calurosa tarde de sábado llegaron a Manassas Junction, donde tenía su cuartel general el ejército de Virginia del Norte. En Manassas nadie estaba enterado de la llegada de la Legión ni sabía qué hacer con ella, pero finalmente un oficial de Estado Mayor condujo a la Legión en dirección nordeste desde la pequeña ciudad, por un camino rural que serpenteaba entre colinas. Había más tropas acampadas en los prados, y piezas de artillería apostadas a la puerta de las granjas, y la presencia de aquellas otras tropas imbuyó en la Legión un sentimiento de aprensión por haberse sumado a alguna empresa gigantesca que ninguno de ellos entendía del todo. Hasta ahora, ellos habían sido la Legión Faulconer, a salvo en Faulconer Court House y al mando del coronel Faulconer, pero el tren los había arrojado de improviso a un lugar extraño en el que se sentían perdidos en un proceso incomprensible e incontrolable.

Casi había anochecido ya, cuando el capitán de Estado Mayor señaló una granja que se alzaba a la derecha del camino, en un alto amplio y despejado.

—La granja aún está ocupada —dijo a Faulconer—, pero nadie utiliza estos prados, de modo que considérense en su casa.

—Tengo que ver a Beauregard.

Faulconer habló en tono irritado, por lo incierto de aquella jornada. Quería saber dónde estaba exactamente, y el oficial de Estado Mayor no lo sabía, y quería saber qué se esperaba en concreto de su Legión, pero el oficial de Estado Mayor tampoco podía decírselo. No había mapas, ni órdenes, ni sensación de que alguien estuviera organizando todo aquello.

—Debería ver a Beauregard esta misma noche —insistió Faulconer.

—Me consta que el general estará encantado de entrevistarse con usted, coronel —dijo con tacto el oficial—, pero tal vez sea preferible esperar a mañana por la mañana. ¿Digamos a las seis?

—¿Hay expectativas de entrar en acción? —preguntó Faulconer en tono pomposo.

—Creo que sí, en algún momento del día de mañana. —El brillo rojizo de la punta del cigarro del oficial de Estado Mayor se avivó—. Los yanquis están por ahí —señaló vagamente hacia el este con su cigarro encendido—, y tengo entendido que cruzaremos el río para darles un meneo, pero el general no dará órdenes concretas hasta mañana por la mañana. Le diré cómo encontrarlo, y usted se presenta allí a las seis, coronel. Eso dejará a sus muchachos tiempo para un servicio religioso antes de ponerse en movimiento.

—¿Un servicio religioso?

El tono de Faulconer sugería que el oficial de Estado Mayor no estaba bien de la cabeza.

—Mañana es el día del Señor, coronel —aclaró el oficial en tono de reproche.

Y así era, porque el día siguiente era el domingo 21 de julio de 1861.

Y América iba a quedar partida en dos en la batalla.

* * *

A las dos de la madrugada del domingo, hacía ya un calor sofocante y no corría la más leve brisa. El sol tardaría aún dos horas y media en aparecer, y el cielo estaba despejado y brillante, tachonado de estrellas. La mayor parte de los hombres, incluidos los que habían cargado con las tiendas a lo largo de los ocho kilómetros de camino desde el empalme ferroviario hasta la granja, dormían al raso. Starbuck despertó y vio resplandecer el cielo con una luz blanca y fría, más hermosa que nada que fuera posible encontrar sobre la tierra.

—Hora de levantarse —oyó decir a Adam, a su lado.

Ya había hombres moviéndose por toda la cima de la colina. Tosían y maldecían, con voces roncadas por el nerviosismo. En algún lugar del valle en tinieblas, ludieron unas cadenas y un caballo relinchó. Una trompeta tocó diana en un campamento lejano, y su sonido despertó ecos en la ladera del lado contrario. Cantó un gallo en la granja de la colina, y aparecieron luces débiles detrás de las cortinas de las ventanas. Los perros ladraron, y resonaron con un entrecuchar metálico las sartenes y las pavas empuñadas por los cocineros.

—«Los armeros. —Starbuck estaba aún tendido boca arriba, mirando el brillo agudo de las estrellas— acabando de equipar a los caballeros, dan un terrible aviso de los preparativos que se hacen con el ruido de sus activos martillos, que cierran las charnelas de las armaduras».

A Adam le habría complacido en circunstancias normales captar aquella cita de Shakespeare, pero se sentía desanimado y abatido, y no dijo nada. En todo el espacio ocupado por la Legión humeaban ya las fogatas, cuya viva luz de pronto hacía emerger a la vida a hombres en mangas de camisa, hileras de pabellones de rifles y

blancas tiendas cónicas. El humo espeso ocultó las estrellas. Starbuck seguía contemplando el cielo.

—«La imponente noche de marcha tardía —citó de nuevo—, semejante a una sucia y horrible hechicera, se arrastra penosamente con paso cojo».

Recitaba aquellos fragmentos^[1] para disimular sus nervios. «Hoy —pensaba—, voy a ver el elefante».

Adam no dijo nada. Se sentía al borde de un terrible caos, como el abismo al que había caído Satán en el *Paraíso perdido*, y eso era exactamente lo que significaba esta guerra para América, pensó Adam con tristeza: la pérdida de la inocencia, la pérdida de la dulce perfección. Se había unido a la Legión para complacer a su padre, y ahora iba a tener que pagar el precio de ese compromiso.

—¿Café, *massa*? —Nelson, el ordenanza de Faulconer, traía dos tazas de café de la fogata que había alimentado toda la noche detrás de la tienda del coronel.

—Eres un gran hombre y un hombre bueno, Nelson.

Starbuck se incorporó y extendió el brazo hacia el café.

El sargento Truslow gritaba en la compañía K; alguien se había quejado de que no había cubo para acarrear el agua, y Truslow abroncaba al hombre diciéndole que dejara de lloriquear y afanara un condenado cubo de donde fuera.

—No parece que estés nervioso. —Adam sorbió el café, y su sabor amargo le provocó una mueca.

—Pues claro que estoy nervioso —dijo Starbuck. Lo cierto era que la aprensión le cosquilleaba en las tripas como una serpiente retorciéndose en un pozo—. Pero tengo la sensación de que puedo ser un buen soldado.

¿Era verdad, se preguntó, o sólo lo decía porque deseaba que fuera verdad? ¿O porque había presumido de serlo delante de Sally? ¿A eso se reducía todo? ¿Una fanfarronada para impresionar a una chica?

—Yo no tendría que estar aquí —declaró Adam.

—Tonterías —se apresuró a decir Starbuck—. Sobrevive un día, Adam, tan sólo un día, y luego ayudarás a hacer la paz.

Pocos minutos después de las tres, aparecieron dos jinetes en el campamento. Uno de ellos llevaba una linterna con la que alumbrarse mientras recorría la cima de la colina.

—¿Quiénes sois vosotros? —aulló el segundo hombre.

—¡La Legión Faulconer! —gritó Adam en respuesta.

—¿La Legión Faulconer? ¡Dios del cielo! ¿Tenemos una legión de nuestra condenada parte ahora? Los malditos yanquis ya pueden rendirse.

Quien hablaba era un hombre bajo y calvo, con ojos negros pequeños y vivos y un pronunciado ceño en la cara sin lavar, sobre un bigote negro y sucio y una barba hirsuta y revuelta. Se deslizó de su silla de montar y se acercó al fuego, mostrando

unas piernas esqueléticas y torcidas como conchas de almeja que parecían del todo insuficientes para soportar el peso de su enorme barriga y su torso ancho y musculoso.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó aquel hombre extraño.

—Mi padre —dijo Adam—, el coronel Faulconer.

Señaló con el brazo extendido la tienda de su padre.

—¡Faulconer!

El extraño se volvió hacia la tienda. Vestía un astroso uniforme confederado, y llevaba encasquetado un sombrero de fieltro tan raído y mugriento que podía haber sido adecuado para un espantapájaros.

—¡Aquí! —El interior de la tienda estaba iluminado con linternas que proyectaban sombras grotescas cada vez que el coronel pasaba delante de sus llamas—. ¿Quién me llama?

—Evans. Coronel Nathan Evans. —Evans no esperó a ser invitado y se coló dentro de la tienda de Faulconer—. He oído que habían llegado tropas aquí la noche pasada, y me ha parecido buena idea acercarme a saludar. Tengo media brigada allá arriba junto al puente de piedra, y si los bastardos yanquis deciden utilizar el camino del portazgo de Warrenton, ustedes y nosotros seremos el único obstáculo entre Abe Lincoln y las putas de Nueva Orleans, ¿Es eso café, Faulconer, o whisky?

—Café.

El tono de voz de Faulconer era distante, y sugería que no le gustaba la brusca familiaridad de Evans.

—Yo tengo mi propio whisky, pero me tomaré primero un café, y gracias por su amabilidad, coronel. —Starbuck vio la sombra de Evans bebiéndose el café del coronel—. Lo que quiero que haga, Faulconer —dijo Evans después de apurar la taza—, es que baje a sus muchachos hasta la carretera y luego los haga subir hasta el puente de madera, aquí. —Era evidente que había desplegado un mapa sobre la cama de Faulconer—. Hay cantidad de madera alrededor del puente, y apuesto a que si tiene a sus chicos bien agazapados los hijoputas yanquis no se enterarán de que están ahí. Por supuesto, puede que, a fin de cuentas, no seamos de más utilidad que un par de pelotas a un fraile piadoso en Cuaresma, pero también cabe la posibilidad de que no sea así.

El oficial que acompañaba a Evans encendió un cigarro y dirigió a Adam y Starbuck una mirada distraída. Thaddeus Bird, Ethan Ridley y por lo menos una veintena de hombres más estaban atentos a la conversación que se desarrollaba en el interior de la tienda.

—No comprendo —dijo Faulconer.

—Pues no es difícil. —Evans hizo una pausa y se oyó el ruido de rascar cuando prendió un fósforo para encender su cigarro—. Los yanquis están al otro lado del río,

y tienen intención de avanzar hacia Manassas Junction. Si lo capturan, conseguirán interponerse entre nosotros y el ejército del valle. Beauregard les hace frente, pero no es del tipo de los que esperan a recibir el primer golpe, de modo que su plan es atacar el flanco izquierdo de ellos, el derecho nuestro. —Evans indicaba los movimientos en el mapa—. De modo que Beauregard ha desplegado la mayor parte de nuestro ejército en el flanco derecho. Muy hacia el este, a tres kilómetros por lo menos, y si consigue abrocharse los pantalones antes del mediodía, es probable que ataque esta misma tarde. Tomará la espalda a esos bastardos y matará a tantos como pueda. Lo cual me parece un plan cojonudo, Faulconer, pero suponga que los hijos de puta deciden atacarnos ellos primero. Y suponga que no son tan zoquetes como suelen serlo los norteños, y en lugar de marchar directamente a darse de morros con nosotros, deciden dar un rodeo por nuestro flanco izquierdo. En ese caso, seremos las únicas tropas para detenerles. Lo cierto es que no hay nada entre nosotros y México, Faulconer, de modo que ¿qué pasa si esos bastardos podridos de sífilis deciden atacar en este flanco? —Evans soltó una risita—. Por eso estoy encantado de que esté usted aquí, coronel.

—¿Me está diciendo que me han agregado a su brigada? —preguntó Faulconer.

—No traigo órdenes, si es eso lo que me pregunta, pero ¿por qué demonios lo han colocado aquí, si no?

—Estoy citado a las seis de la mañana con el general Beauregard para averiguar precisamente esa cuestión —dijo Faulconer.

Hubo una pausa mientras Evans desenroscaba un frasco de licor, bebía un sorbo y luego volvía a enroscar el tapón.

—Coronel —dijo por fin—, ¿por qué, en nombre del diablo, cree que lo han colocado aquí? Esto es el flanco izquierdo. Somos los últimos hijos de puta que alguien pensó en situar en posición. Nos han puesto aquí, coronel, por si los condenados yanquis atacan siguiendo el portazgo de Warrenton.

—Todavía no he recibido mis órdenes —insistió Faulconer.

—¿Y qué está esperando? ¿Un coro de condenados ángeles? ¡Por el amor de Cristo, Faulconer, necesitamos hombres en este flanco del ejército! —El mal genio de Nathan Evans estaba próximo al estallido, pero hizo un esfuerzo para explicar de nuevo las cosas con calma—. Beauregard planea avanzar hacia el norte por nuestra derecha, de modo que, ¿qué pasa si esos yanquis pringados de mierda deciden atacar en dirección sur por la suya? ¿Qué se supone que he de hacer yo en ese caso? ¿Tirarles besos? ¿Pedirles que paren la guerra hasta que usted haya recibido sus condenadas órdenes?

—Recibiré esas órdenes de Beauregard —dijo Faulconer, terco—, y de nadie más.

—Entonces, mientras va a recibir sus malditas órdenes, ¿por qué no mueve su

maldita Legión hasta el puente de madera? De ese modo, si llega el caso, podrá marchar hasta el puente de piedra sobre el Run y echar una mano a mis muchachos.

—No me moveré —insistió Faulconer— hasta recibir oficialmente órdenes.

—Oh, Dios bendito —murmuró Adam ante la tozudez de su padre.

La discusión siguió durante un par de minutos, pero ninguno de los dos hombres cedió. Por su posición, Faulconer no estaba acostumbrado a recibir órdenes, y menos aún de brutos enanos, malolientes, zambos y deslenguados como Nathan Evans, que, renunciando a sus intentos de incorporar la Legión a su brigada, salió disparado de la tienda y montó en la silla.

—Vámonos de aquí, Meadows —gruñó a su ayudante, y los dos hombres partieron al galope hasta perderse en la oscuridad.

—¡Adam! —gritó Faulconer—. ¡Pecker!

—Ah, el segundo en el mando es llamado por el gran caudillo —dijo Bird, cáustico, y siguió a Adam al interior de la tienda.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Faulconer.

—Sí, padre.

—Entonces queda entendido por vosotros dos que, sea lo que sea lo que ordene ese hombre, habéis de ignorarlo. Yo traeré las órdenes directamente de Beauregard.

—Sí, padre —repitió Adam.

El mayor Bird no fue tan obsequioso.

—¿Me estás ordenando que desobedezca una orden directa de un oficial superior?

—Te estoy diciendo que Nathan Evans es un tarugo adicto al whisky barato —dijo el coronel—, y que no he gastado una maldita fortuna en un regimiento selecto sólo para ver cómo lo desbarata con sus manos de borracho.

—Así pues, ¿he de desobedecer sus órdenes? —insistió el mayor Bird.

—Lo que digo es que tienes que obedecer las órdenes que doy yo, y las de nadie más —dijo el coronel—. Maldita sea, si la batalla se da en el flanco derecho, es allí donde tenemos que estar, y no plantados en el izquierdo haciendo compañía a la escoria del ejército. Quiero la Legión formada dentro de una hora. Tiendas recogidas, orden de batalla.

La Legión formó en orden de batalla a las cuatro y media, cuando una claridad fantasmal bañaba ya la cumbre de la colina y las sombras oscuras de las alturas más lejanas se oscurecían más y más, hasta que no hubo otra cosa que una tiniebla opaca en la que el brillo apagado de unos misteriosos puntos de luz sugería la posición de lejanos fuegos de campamento. Una tenue luz grisácea permitía adivinar que el paisaje más próximo estaba alfombrado de carros y carretas que daban a la escena un extraño parecido a un festejo campestre celebrado por la mañana después del servicio religioso, salvo por el hecho de que entre esas carretas se adivinaba la forma diabólica de las cureñas, las forjas portátiles y los cañones. El humo de los

moribundos fuegos de campamento flotaba sobre las hondonadas como una neblina que se extendía bajo las últimas estrellas aún no desvanecidas. En algún lugar, una banda de música tocaba «Hogar, dulce hogar» y un hombre de la compañía B se puso a recitar la letra, sin cantar, hasta que un sargento le ordenó cerrar el pico.

La Legión esperó. Los pesados bultos con las mantas y los jergones habían sido apilados con las tiendas detrás de la banda de música, para que en la batalla los hombres cargaran tan sólo con las armas, las mochilas y las cantimploras. En torno a ellos, invisible en su mayor parte, un ejército tomaba posiciones. Las patrullas escrutaban la otra orilla del río, los artilleros sorbían café al pie de sus monstruosas armas, los soldados de caballería abrevaban sus monturas en la docena de arroyos que cruzaban los pastos, y los ayudantes de los cirujanos rasgaban sábanas para preparar vendas o afilaban los bisturís y las sierras de huesos. Algunos oficiales galopaban a través de los campos con aire urgente, y se desvanecían en las tinieblas lejanas para cumplir sus misteriosos encargos.

Starbuck montaba a *Pocahontas* detrás de los abanderados de la Legión, y se preguntaba si soñaba. ¿De verdad iba a librarse una batalla? El irascible Evans así lo había dado a entender, y todo el mundo parecía esperarla, pero no había la menor señal del enemigo. Esperaba a medias que las expectativas resultaran ciertas, y a medias le aterraba que fuese así. Su inteligencia le decía que la batalla era caótica, cruel y acerba, pero no llegaba a librarse del todo de la convicción de que podía ser también gloriosa, empenachada, extrañamente tranquila. En los libros, hombres de rostro impávido esperaban a ver el blanco de los ojos de los enemigos para disparar, y alcanzaban grandes victorias. Los caballos piafaban y las banderas ondeaban al viento sin humo ni polvaredas, mientras los muertos yacían decorosamente en tierra y los moribundos exentos de dolor hablaban con cariño de su país natal y de sus madres. Los hombres morían tan sencillamente como lo había hecho el mayor Pelham. Oh, dulce Jesús, rezó Starbuck al sentir un repentino escalofrío de terror que sacudió sus pensamientos, no dejes que muera. Me arrepiento de todos mis pecados y de cada uno de ellos, incluida Sally, y nunca volveré a pecar si tan sólo me dejas vivir.

Temblaba a pesar de estar sudando bajo la guerrera y los pantalones de su grueso uniforme de lana. En algún lugar a su izquierda, un hombre gritó una orden, pero el sonido le llegó distante y apagado, como la voz oída junto al lecho de un enfermo en una habitación lejana. El sol todavía no había salido, pero por el este el horizonte se había teñido ahora de un color rosado brillante y la luz bastó para que el coronel Faulconer realizara una lenta inspección de las filas de su Legión. Recordó a los hombres alineados los hogares que habían dejado en Faulconer County, y a sus esposas, norias e hijos. Les aseguró de nuevo que el Sur no había deseado esta guerra, que la decisión había venido del Norte.

—Nosotros sólo queríamos que nos permitieran ser quienes somos, ¿es ésa una ambición tan terrible? —preguntó. No es que los hombres necesitaran que el coronel les tranquilizara al respecto, pero Faulconer sabía que de un oficial al mando se espera que eleve el espíritu de sus hombres la mañana de la batalla, de modo que aseguró a la Legión que su causa era justa, y que los hombres que luchan por una causa justa no han de temer la derrota.

Adam había estado supervisando el empaquetado del equipaje de la Legión, pero ahora colocó su montura al lado de la de Starbuck. El caballo de Adam era uno de los mejores de las cuadras de Faulconer, un corcel alto, bayo, lustroso, un aristócrata desdeñoso entre los animales, que destacaba como los Faulconer destacaban entre los hombres comunes. Adam señaló con la cabeza la pequeña granja con sus ventanas tenuemente iluminadas que se recortaba en la cima plana de la colina.

—Han enviado a un criado a preguntarnos si será seguro para ellos quedarse ahí.

—¿Qué les has dicho?

—No podía decirles nada. No sé lo que ocurrirá hoy. Pero ¿sabes quién vive ahí?

—¿Cómo puedo saberlo?

—La viuda del cirujano del *Constitution*. ¿No es curioso? El cirujano Henry, lo llamaban. —La voz de Adam sonaba afectada, como si estuviera echando mano de toda su autodisciplina para contener sus emociones. Había vestido la guerrera de militar por consideración a su padre, y llevaba los tres galones metálicos de capitán en el cuello porque hacerlo era más sencillo que vestir la túnica del martirio, pero hoy iba a pagar el precio real por su compromiso, y la idea le ponía enfermo. Se abanicó la cara con el sombrero de ala ancha y miró hacia el este, donde el cielo despejado parecía una lámina de plata batida con una orla resplandeciente de oro intenso.

—¿Te imaginas el calor que hará a mediodía? —preguntó Adam.

Starbuck sonrió.

—«Como se junta plata, cobre, hierro, plomo y estaño en el horno, y se atiza el fuego por debajo para fundirlo todo, así os reuniré yo en mi cólera y mi furor; os pondré y os fundiré». —Se imaginó a sí mismo deshaciéndose entre las llamas de un horno al rojo, un pecador que ardía en castigo por sus iniquidades—. Ezequiel —explicó a Adam, cuya expresión indicaba que no había localizado la cita.

—No es un mensaje muy alegre para una mañana de domingo —dijo Adam, que se estremeció de forma incontrolable al imaginar lo que podía traerle aquel día—. ¿De verdad crees que puedes ser un buen soldado? —preguntó.

—Sí.

En todo lo demás había fracasado, pensó Starbuck con amargura.

—Por lo menos tienes todo el aspecto de un soldado —dijo Adam, con cierta envidia.

—¿Qué aspecto tiene un soldado? —preguntó Starbuck, divertido.

—El de un personaje de una novela de Walter Scott —respondió rápidamente Adam—. ¿*Ivanhoe*, tal vez?

Starbuck se echó a reír.

—Mi abuela MacPhail siempre me decía que yo tenía cara de predicador. Como mi padre.

Y Sally le había dicho que tenía los ojos de Truslow.

Adam volvió a ponerse el sombrero.

—Supongo que tu padre estará predicando la condenación para todos los esclavistas esta mañana.

Tan sólo hablaba por decir algo, cualquier cosa que distrajera su mente de los horrores de la guerra.

—Llamará a la condenación y al fuego del infierno en apoyo de la causa del Norte, en efecto —asintió Starbuck, y de pronto le asaltó la visión de su confortable hogar de Boston, en el que sus hermanos y hermanas menores estarían en aquel momento levantándose de la cama y aseándose para los primeros rezos en familia de la mañana. ¿Se acordarían hoy de rezar por él? La mayor de sus hermanas, no. A los diecinueve años, Ellen Marjory Starbuck ya había interiorizado las rígidas opiniones propias de una edad mediana mezquina. Estaba prometida a un ministro congregacionista de Nueva Hampshire, un hombre de un rencor infinito y de una descortesía calculada, y en lugar de implorar la protección divina para Nathaniel, sin duda preferiría rezar por su hermano mayor, James, que, suponía Starbuck, vestiría el uniforme, aunque no conseguía imaginarse al estirado y puntilloso James en una batalla. James sólo sería un oficial valioso en los cuarteles de Washington o de Boston, confeccionando listas inacabables y haciendo cumplir escrupulosamente los reglamentos.

Los chicos más jóvenes sí rezarían por Nathaniel, pero se verían obligados a hacerlo en silencio para no provocar la ira del reverendo Elial. Estaba Frederick George, de dieciséis años, que había nacido con el brazo izquierdo inútil; la quinceañera Martha Abigail, la más parecida a Nathaniel por su físico y su carácter, y por fin el pequeño Samuel Washington Starbuck, de doce años, que quería ser capitán de un ballenero. Otros cinco hermanos habían muerto en la infancia.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Adam con brusquedad, en una explosión de nervios.

—Pensaba en la historia de las familias —dijo Starbuck—, y en lo constrictiva que resulta.

—¿Constrictiva?

—Limitante. La mía, por lo menos.

Y la de Sally, pensó. Y puede que también la de Ridley, pero Starbuck no estaba dispuesto a compadecer en lo más mínimo al hombre al que tenía que matar. ¿Tenía?

Miró de reojo a Ethan Ridley, inmóvil sobre su montura a la luz del amanecer. Una cosa era proponerse matar, decidió Starbuck, y otra muy distinta hacerlo.

Una ráfaga de disparos lejanos de mosquete agitó las últimas sombras de la noche en retirada.

—Oh, Dios.

Adam pronunció esas palabras como una oración por su país. Miraba hacia el este, pero ni una sola hoja se movía en las lejanas hondonadas boscosas que, por fin, la luz naciente empezaba a hacer brillar con un verde vivido entre los grises moribundos. En algún lugar de aquellas colinas y bosques aguardaba un enemigo, pero nadie podía decir si el tiroteo era la primera chispa de la batalla o únicamente fruto de la tensión.

Un nuevo brote de terror estremeció el cuerpo de Starbuck. Temía morir, pero más aún le aterraba exhibir su miedo. Si había de morir, prefería una muerte romántica con Sally a su lado. Intentó recordar la dulzura de aquella noche sacudida por los truenos en que la tuvo en sus brazos y, como dos niños, habían mirado los relámpagos que desgarraban el cielo. ¿Cómo una noche podía cambiar tanto a un hombre? Dios bendito, pensó Starbuck, aquella noche había sido como nacer de nuevo, y aquella era la herejía más malvada que podía imaginar, pero no había ninguna otra descripción que se ajustara más exactamente a lo que había sentido. Fue transportado de la duda a la certidumbre, de la aflicción al gozo, de la desesperación a la gloria. Fue la conversión mágica que predicaba su padre y por la que Nate había rezado tan a menudo, una conversión que por fin había experimentado, sólo que fue la conversión al diablo lo que inundó su alma de serenidad, y no la gracia del Salvador lo que le cambió.

—¿Me estás escuchando, Nate? —Adam sin duda le había hablado, pero infructuosamente—. Padre está allí. Nos hace señas de que vayamos.

—Desde luego.

Starbuck siguió a Adam hasta el flanco derecho de la Legión, ocupado por la compañía A, donde el coronel había dado por finalizada su inspección.

—Antes de ir a hablar con Beauregard —dijo Faulconer dubitativo, como inseguro de sí mismo—, me parece conveniente llevar a cabo un reconocimiento en esa dirección. —Señaló al norte, bastante más allá de las posiciones ocupadas por el flanco izquierdo del ejército. La voz del coronel sonaba como la de un hombre que intentara convencerse a sí mismo de que era un militar auténtico en un campo de batalla real—. ¿Os gustaría venir? Quiero asegurarme de que Evans está equivocado. No vale la pena que nos quedemos aquí si no hay yanquis en esos bosques. ¿Te apetece un galope, Nate?

Starbuck pensó que el coronel debía de estar de mejor humor de lo que parecía, si le llamaba Nate en lugar del más distante Starbuck.

—Me gustaría, señor.

—Vamos entonces. Tú también, Adam.

Padre e hijo cabalgaron delante de Starbuck colina abajo, hasta el lugar en que se alzaba una casa de piedra a la sombra de los árboles, junto a un cruce de caminos. Dos piezas de artillería avanzaban por el camino del portazgo en dirección este, entre crujidos y chirridos, tiradas por caballos cansados. El coronel pasó al galope entre las dos piezas y luego, en el cruce, tomó el camino que llevaba al norte. La ruta ascendía por una larga loma entre pastos umbríos, hasta culminar en una cresta arbolada en la que el coronel detuvo su montura.

Faulconer sacó de su funda de cuero un catalejo plegable, lo extendió y lo apuntó al norte en dirección a una altura lejana coronada por una sencilla iglesia de madera. Nada agitaba las sombras sosegadas de aquella colina distante, y tampoco ningún otro sector de aquel amable panorama. A lo lejos se divisaba una granja pintada de blanco rodeada de un follaje denso, y ningún movimiento de tropas enturbiaba aquella escena bucólica. El coronel miró larga y atentamente en dirección a la lejana iglesia de la colina, y luego plegó su catalejo.

—Según el mapa de aquel tarugo de Evans, aquello es la iglesia de Sudley. Por ahí abajo hay varios vados, y ningún yanqui a la vista. Excepto tú, Nate.

Starbuck se tomó las últimas palabras como una broma.

—Soy un virginiano honorario, señor. ¿Recuerda?

—Ya no, Nate —dijo Faulconer con firmeza—. Esto no es un reconocimiento, Nate. Los yanquis no llegarán hasta tan lejos. Por eso te he traído hasta aquí, para decirte adiós.

Starbuck se quedó mirando al coronel, preguntándose si aquello era un chiste retorcido. No lo parecía.

—¿Adiós, señor? —consiguió balbucear.

—Esta no es tu guerra, Nate, y Virginia no es tu país.

—Pero, señor...

—Por eso te envío de vuelta a tu hogar.

El coronel descartó la débil objeción de Starbuck con firme amabilidad, en el tono en que podría haber hablado a un perrillo faldero que ya no le divertía y al que se disponía a despachar con un tiro en la cabeza.

—No tengo hogar.

Starbuck intentó que sus palabras sonaran desafiantes, pero el resultado se pareció más a un quejido patético.

—Claro que lo tienes, Nate. Escribí a tu padre hace seis semanas y ha tenido la bondad de responderme. Su carta me fue entregada bajo bandera de tregua la semana pasada. Aquí está.

El coronel extrajo un papel plegado de una bolsa que llevaba a la cintura y lo

tendió a Starbuck.

Starbuck no se movió.

—Tómalo, Nate —urgió Adam a su amigo.

—¿Tú sabías esto? —se revolvió Starbuck contra Adam, temiendo la traición de su amigo.

—Se lo he dicho a Adam esta mañana —intervino el coronel—. Pero ha sido obra mía, no de Adam.

—¿Pero usted no lo entiende, señor! —suplicó Starbuck al coronel.

—¡Sí lo entiendo, Nate! ¡Sí! —El coronel Faulconer sonrió, condescendiente—. Eres un joven impetuoso, y no hay nada de malo en eso. Yo también he sido impulsivo, pero no puedo permitir que tus ímpetus juveniles te arrastren a la rebelión. No lo haré, por mi alma que no lo haré. Un hombre no debe luchar contra su propio país por culpa de un error de juventud. De modo que he decidido yo tu destino. —El coronel hablaba con una gran firmeza, y de nuevo tendió la carta a Starbuck que, en esta ocasión, se sintió obligado a tomarla—. Tu hermano James está con el ejército de McDowell —siguió diciendo el coronel—, y ha incluido un salvoconducto que te permitirá cruzar con toda seguridad las líneas nordistas. Una vez hayas pasado las patrullas, busca a tu hermano. Me temo que tendrás que devolverme la espada y la pistola, pero puedes quedarte a *Pocahontas*. Y la silla de montar. Es una silla cara, Nate.

Añadió las últimas palabras como si fueran un aliciente que pudiera reconciliar a Starbuck con su inesperado destino.

—Pero, señor... —Starbuck intentó razonar de nuevo su protesta, y esta vez había lágrimas en sus ojos. Se sintió avergonzado por aquellas lágrimas e intentó secarlas, pero una de ellas tembló un instante en su ojo derecho y resbaló por su mejilla—. ¡Señor! He dedicado todo este tiempo... ¡Quiero quedarme a su lado! Quiero luchar con la Legión.

Faulconer sonrió.

—Es muy amable por tu parte, Nate, realmente muy amable. Me conmueve que pienses así, lo digo de verdad. Pero no. Esta no es tu guerra.

—Puede que en el Norte piensen de otra forma.

Starbuck intentó ahora mostrarse desafiante y sugerir que el coronel podía crearse un enemigo peligroso al echarlo de su lado.

—Lo pensarán, Nate, lo pensarán sin duda. Y si te ves forzado a luchar contra nosotros, rezaré para que vivas y puedas reunirte después con tus amigos de Virginia. ¿No es así, Adam?

—Así es, en efecto, padre —dijo Adam con calor, y tendió su mano a Starbuck para que la estrechara.

Starbuck no respondió. Lo que le ofendía de aquel insulto no era verse expulsado

de la Legión Faulconer, sino que el coronel tuviera una opinión tan mala de él, y por eso intentó explicarle sus florecientes esperanzas de llegar a ser un buen soldado.

—Creo seriamente, señor, que puedo llegar a hacer carrera como militar. Deseo serle útil. Quiero agradecerle su hospitalidad, su amabilidad, mostrándole lo que soy capaz de hacer.

—¡Nate! ¡Nate! —le interrumpió el coronel—. Tú no eres un militar. Eres un estudiante de teología que cayó en una trampa. ¿Es que no lo ves? Pero tu familia y tus amigos no van a dejar que echés a perder tu vida por culpa de una mujer fácil. Has recibido una dura lección, pero ahora es tiempo de que vuelvas a Boston y aceptes el perdón de tus padres. ¡Y te labres un nuevo futuro! Tu padre declara que debes abandonar las esperanzas de llegar a ser ministro, pero tiene otros planes para ti, y hagas lo que hagas, Nate, estoy seguro de que lo harás bien.

—Yo estoy seguro de ello, Nate —dijo Adam con calor.

—Déjeme quedarme tan sólo un día más, señor —suplicó Starbuck.

—No, Nate, ni siquiera una hora. No debes entrar en combate. No puedo convertirte en traidor a los ojos de tu familia. No sería actuar como un cristiano. —El coronel se inclinó hacia Starbuck—. Desabrocha el cinto de tu espada, Nate.

Starbuck obedeció. En todo lo que había intentado, pensó, había fracasado. Ahora, con su carrera militar arruinada antes de empezar, desabrochó con torpeza la espada, liberó la pesada pistola de su raída funda de cuero y tendió ambas armas a su legítimo propietario.

—Me gustaría que lo reconsiderara, señor.

—He sopesado este asunto con el mayor cuidado, Nate —dijo impaciente el coronel, y añadió, en un tono menos irritado—: Eres un hombre de Boston, un hombre de Massachusetts, y eso te hace distinto de nosotros los sureños. Tu destino no está aquí, Nate, sino en el Norte. Sin duda serás un gran hombre algún día. Eres listo, puede que demasiado listo, y no te conviene desperdiciar tu inteligencia en la guerra. De modo que vuelve a Massachusetts y sigue el destino que tu padre ha labrado para ti.

Starbuck no supo qué decir. Se sentía menospreciado. Deseaba con desesperación hacerse con el control de su propia vida, pero siempre había necesitado el dinero de alguna otra persona para sobrevivir: primero el de su padre, luego el de Dominique, y ahora el del coronel Faulconer. Adam Faulconer dependía de la familia tanto como Starbuck, pero Adam encajaba en su sociedad con una soltura probada, mientras que Starbuck siempre se había sentido torpe y fuera de lugar. Aborrecía ser joven, pero el abismo existente entre la juventud y la edad adulta le parecía demasiado profundo para intentar salvarlo, salvo que en las últimas semanas había pensado que podría llegar a ser un buen soldado y labrarse de ese modo un futuro independiente.

El coronel empujó hacia adelante la cabeza de *Pocahontas*.

—Por aquí no hay tropas del Norte, Nate. Sigue el camino hasta llegar a los vados más próximos a aquella iglesia, cruza el río y sigue marchando hacia el sol naciente. No encontrarás yanquis durante un buen trecho, y podrás acercarte a ellos desde su retaguardia, por lo que no correrás peligro de que te dispare algún centinela nervioso. Y quítate esa guerrera, Nate.

—¿Debo hacerlo?

—Claro que debes. ¿Quieres que el enemigo piense que eres un sudista? ¿Quieres que te maten por nada? Quítatela, Nate.

Starbuck se despojó de su guerrera gris con el solitario galón metálico que lo identificaba como subteniente. En realidad, nunca se había sentido un oficial, ni siquiera un modesto subteniente, pero sin su guerrera no era sino un fracasado al que enviaban a su casa con el rabo entre las piernas.

—¿Dónde va a librarse la batalla, señor? —preguntó con una vocecita de niño pequeño.

—Lejos, lejos en esa dirección. —El coronel señaló hacia el este, donde el sol despuntaba por fin en el horizonte con su brillo incandescente como el de un horno. Era allí, en la posición del flanco derecho confederado, donde Washington Faulconer esperaba unirse al ataque que aplastaría a los yanquis—. Aquí no va a pasar nada —dijo Faulconer—, y por ese motivo han colocado a ese truhán inútil de Evans en este flanco.

—¿Me permite que le desee buena suerte, señor? —preguntó Starbuck en tono muy formal, mientras tendía la mano.

—Gracias, Nate. —El coronel consiguió parecer agradecido a aquellos buenos deseos—. ¿Tendrás la amabilidad de aceptar este último detalle?

Le tendió una pequeña bolsa de tela, pero Starbuck se sintió incapaz de aceptar el regalo. Necesitaba desesperadamente el dinero, pero era demasiado orgulloso para aceptarlo.

—Me las arreglaré, señor.

—¡Tú lo sabrás mejor!

El coronel sonrió y retiró la bolsa.

—Y Dios te bendiga, Nate —dijo Adam Faulconer con énfasis a su amigo—. Cuidaré de tus pertenencias y te las enviaré cuando haya acabado la guerra. Antes de fin de año, con toda seguridad. ¿A la casa de tu padre?

—Sí, supongo que sí.

Starbuck estrechó la mano de su mejor amigo, hizo volver la cabeza a su caballo y hundió las espuelas en su flanco. Se fue tan deprisa que los Faulconers no llegaron a ver sus lágrimas.

—Se lo ha tomado mal —dijo el coronel Faulconer cuando Starbuck estuvo fuera del alcance de su voz—, ¡condenadamente mal! —Faulconer parecía asombrado—.

¿De verdad creía que iba a tener éxito como militar?

—Es lo que me ha dicho esta misma mañana, ¡y por dos veces!

El coronel Faulconer sacudió la cabeza con tristeza.

—Es un norteño, y en tiempos como éstos uno confía en los suyos, no en extraños. Quién sabe en dónde se sitúan en realidad sus lealtades.

—Con nosotros —dijo Adam con tristeza, mientras veía a Nate alejarse al trote largo colina abajo, hacia los bosques que rodeaban la iglesia—. Y es un hombre honesto, padre.

—Desearía compartir tu confianza en él. No puedo probar que Nate hiciera mangas y capirotos con nuestro dinero, Adam, pero me siento más tranquilo sin él. Sé que es tu amigo, pero no le hacíamos ningún favor reteniéndolo lejos de los suyos, de su casa.

—De eso estoy convencido —dijo Adam reverente, porque creía sinceramente que Starbuck tenía que hacer las paces con su familia.

—Esperaba mucho de él —dijo el coronel en tono sentencioso—, pero esos hijos de predicador son todos iguales. En cuanto ven abierta la puerta del aprisco, tiran al monte. Caen en todos los pecados que sus padres no quisieron o no pudieron o no se atrevieron a cometer. Es como si te llevan delante de una pastelería y te dicen que no comas jamás pasteles, de modo que no me extraña que caigan de hocicos en el momento mismo en que se sienten libres. —Faulconer encendió un cigarro y exhaló una bocanada de humo hacia el alba—. Lo cierto de todo este asunto, Adam, es que la sangre cuenta, y me temo que por las venas de tu amigo corre una sangre poco fiable. No pasará la prueba, esa familia nunca lo ha hecho. ¿De dónde proceden los Starbucks? ¿Cuáqueros de Nantucket?

—Eso tengo entendido, sí —dijo Adam en tono reservado. Le disgustaba lo que acababan de hacer, a pesar de estar convencido de que era lo mejor para su amigo.

—Y el padre de Nate abandonó a los cuáqueros para ser calvinista, y ahora Nate huye de los calvinistas para ser, ¿qué? ¿Un sudista? —El coronel soltó una carcajada—. No habría funcionado, Adam, sencillamente no habría funcionado. ¡Señor, si incluso esa zorra de la compañía del *Tío Tom* le dio con la puerta en las narices! Es demasiado inestable. Completamente inestable, y los buenos militares han de ser gente firme. —El coronel tomó las riendas—. ¡El sol ya ha salido! ¡Es hora de soltar a los perros!

Dio media vuelta y dirigió su caballo hacia el sur, al lugar donde el ejército confederado se preparaba para la batalla, a orillas de un modesto río llamado Bull Run, situado unos cuarenta kilómetros al oeste de Washington D.C., próximo al pueblo de Manassas Junction en el Estado soberano de Virginia, el cual había formado parte de los Estados Unidos de América, que ahora eran dos naciones divididas y dispuestas a iniciar una guerra entre ellas.

Starbuck descendió al galope la larga pendiente hasta los bosques, y allí se salió del camino de tierra y se adentró en la espesura. Tiró con demasiada fuerza de las riendas para girar y *Pocahontas* protestó dolorida antes de disminuir el paso hasta detenerse. «No me importa, que te zurzan», gruñó Starbuck a la yegua, y luego sacó de un tirón el pie derecho del estribo y se apeó de la silla. Un pájaro le chilló desde el sotobosque. No supo identificarlo. Podía reconocer a los jilgueros, los arrendajos, los carboneros y las gaviotas. Eso era todo. Pensaba que reconocería a un águila si la veía, pero cuando en Faulconer Court House comentó que había visto una, los hombres de la compañía C se rieron de él. No era un águila, le dijeron, sino un esparvero chico. Hasta un tonto lo sabía, pero no el subteniente Starbuck. Cristo, pensó, era un fracasado en todo.

Anudó las riendas del caballo en una rama baja, se apoyó en el tronco de un árbol y se deslizó hasta quedar sentado en la hierba. Una chicharra empezó a cantar cuando sacó los arrugados papeles del bolsillo. El sol naciente inundaba de luz las copas de los árboles, y a través de las hojas se filtraba un esplendor verde. Starbuck tenía miedo de leer la carta, pero sabía que habría de afrontar antes o después la ira de su padre, y era preferible hacerlo sobre el papel que en el estudio de Boston rancio y abarrotado de libros en el que el reverendo Elial colgaba sus bastones como otros hombres cuelgan sus cañas de pescar o sus espadas. «Asegúrate de que tu pecado te encuentre ausente». Ese era el texto favorito del reverendo Elial, la cantilena de la infancia de Starbuck y la música de fondo constante de sus frecuentes zurras con los bastones que guardaba colgados de un gancho. Starbuck desplegó las hojas de papel grueso.

*Del reverendo Elial Starbuck al coronel Washington
Faulconer, de Faulconer County, Virginia.*

Querido señor:

Acuso recibo de su atenta del 14, y mi esposa se une a mí en la apreciación cristiana de los sentimientos expresados en ella. No puedo ocultar a nadie, y a mí mismo menos aún, mi profunda decepción respecto de Nathaniel. Es un joven que ha gozado de los más inestimables privilegios: criado en una familia cristiana, acogido en una sociedad creyente y educado sin regatear cuantos esfuerzos estaban a nuestro alcance. Dios le ha concedido una aguda inteligencia y el afecto de una familia íntimamente unida, y durante largos años mi piadoso deseo ha sido que Nathaniel siguiera mis pasos en el ministerio de la palabra de Dios, pero, ay, por el contrario, ha decidido seguir la senda de la iniquidad. No soy insensible a los apasionados sentimientos de la juventud, pero ¡abandonarlos estudios por una mujer! ¡Y

descender al comportamiento de un ladrón! Es suficiente para partir el corazón de un padre, y el dolor que ha infligido Nathaniel a su madre sólo lo supera, estoy seguro, la tristeza que ha provocado en Nuestro Señor y Salvador.

Pero no ignoramos nuestro deber de cristianos respecto de los remordimientos de un pecador y si, como usted sugiere, Nathaniel está dispuesto a una confesión completa de sus pecados en el espíritu de un humilde y genuino arrepentimiento, nosotros no seremos un obstáculo interpuesto en el camino de su redención. Si bien nunca podrá esperar recuperar por entero el tierno afecto que antes nos unía a él, y tampoco podrá tenerse por digno de un puesto en el ministerio de Dios. He entregado a ese hombre, Trabell, la suma que él le robó, pero ahora insisto en que Nathaniel me pague a mí su deuda hasta el último céntimo, para lo cual habrá de ganarse el pan con el sudor de su trabajo. Le hemos buscado un empleo en el bufete de abogado del primo de mi esposa, en Salem, y allí, Dios mediante, Nathaniel podrá corresponder a la liberalidad de nuestro perdón con una atención diligente a sus nuevas responsabilidades.

El hermano mayor de Nathaniel, James, un buen hombre y buen cristiano, está ahora en nuestro ejército, atento a su triste deber, y Dios mediante buscará la forma de que esta misiva llegue sin tropiezo a sus manos. Dudo que usted y yo podamos ponernos de acuerdo respecto de los trágicos acontecimientos que afligen actualmente a nuestra nación, pero sé de cierto que le une a mí la confianza plena en el Dispensador de todos los bienes, en cuyo Santo Nombre llegaremos algún día, y para ello rezo continuamente, a soslayar un conflicto fratricida y traer a nuestra infeliz nación una paz justa y honorable.

Le reitero mi agradecimiento por sus múltiples bondades para con mi hijo, y ruego con fervor porque esté usted en lo cierto al describir su disposición a solicitar el perdón de Dios. Ruego también por todos nuestros hijos, para que sus vidas sean preservadas en estos tiempos infaustos.

Respetuosamente suyo,

el Reverendo Elial Joseph Starbuck.

Boston, Mass. Jueves 20 de junio de 1861

Post scriptum: Mi hijo, el capitán James Starbuck, del ejército de los Estados Unidos, me asegura que incluirá un «pase» que permitirá a Nathaniel cruzar las líneas de nuestras tropas.

Starbuck desplegó el salvoconducto incluido, que rezaba así:

Permítase al Portador Libre Ingreso en las Líneas del Ejército de los Estados Unidos,

autorizado por el abajo firmante,

Capitán James Elial MacPhail Starbuck,
Sous-adjutant del Brigadier General Irvin McDowell.

A Starbuck le hizo sonreír la pomposa rúbrica de la firma de su hermano. ¿De modo que James se había convertido en un oficial de Estado Mayor del comandante del ejército nordista? Bien por James, pensó Starbuck, y luego pensó que en realidad no le sorprendía en absoluto, porque su hermano era tan ambicioso como diligente, buen abogado y cristiano sincero; en realidad, James era todo lo que su padre deseaba que fueran todos sus hijos, y en cambio ¿qué era Starbuck? Un rebelde expulsado del ejército rebelde. Un hombre que se enamoraba perdidamente de la primera puta con la que se cruzaba. Un fracaso.

Dejó las dos hojas de papel sobre la hierba. En alguna parte, muy lejana, sonó una ráfaga de mosquetería, pero el ruido quedó ahogado por la calidez de la atmósfera que le rodeaba y le pareció imposiblemente remoto al ex subteniente Nathaniel Starbuck. ¿Qué le depararía ahora la vida?, se preguntó. Al parecer, no iba a ser ministro de la palabra de Dios y tampoco militar, sino pasante de abogado en el bufete del primo Harrison MacPhail de Salem, Massachusetts. Oh, Dios querido, pensó Starbuck, ¿iba a caer bajo la tutela de aquel seco, mezquino y despiadado baluarte de la rectitud moral? ¿A ese triste destino se vería abocado un hombre por haberse mostrado demasiado sensible al susurro de unas enaguas ilegítimas?

Se puso en pie, desató las riendas de *Pocahontas* y caminó despacio hacia el norte. Se quitó el sombrero y se abanicó la cara con él. El caballo le seguía mansamente, y sus cascos caían con pesadez sobre el polvo del camino, que descendía suavemente entre bosques sin vallar y pequeños claros herbáceos. La sombra de los árboles acariciaba los prados agostados del verano. Lejos, a su derecha, Starbuck vio una granja pintada de blanco y un gran almiar. La granja parecía deshabitada. Sonó una descarga de fusilería y el ruido se fue desvaneciendo poco a poco en el aire pesado, y Starbuck pensó en lo feliz que había sido en las últimas semanas. Fueron una época saludable pasada al aire libre jugando a los soldados, y ahora todo había acabado. Se abatió sobre él una oleada de autocompasión. Era un hombre sin amigos, un indeseable, un inútil; una víctima, igual que Sally, y recordó su promesa de matar a Ridley. Cuántos sueños estúpidos, pensó, cuántos sueños estúpidos.

El camino ascendía entre más bosques... y luego bajaba hacia una línea férrea inacabada al otro lado de la cual estaban los dos vados de Sudley. Montó a *Pocahontas* y cruzó el brazo más estrecho, levantó la vista hacia la iglesia blanca que coronaba la colina, y giró hacia el este para cruzar el Bull Run, más ancho y profundo. Dejó que el caballo bebiera. El agua corría veloz entre los guijarros

redondeados. El sol le daba directamente en los ojos, enorme, brillante, cegador, como el fuego de Ezequiel que había de fundir los metales en el horno.

Espoleó al caballo para salir del río, cruzó unos pastos y entró de nuevo en la sombra agradable del bosque. Acortó allí el paso, como una rebelión instintiva contra la vida decente que describía la carta de su padre. ¡No tomaría ese camino, no lo haría! En su lugar, decidió Starbuck, se enrolaría en el ejército nordista, como soldado raso en algún regimiento de extranjeros. Pensó en la promesa hecha a Sally, matar a Ethan, y lamentó no poder cumplirla, pero luego imaginó que se encontraba frente a Ridley en la batalla y lo clavaba en el suelo con la punta de su bayoneta. Siguió cabalgando despacio, imaginándose a sí mismo como un soldado del Norte que luchaba por su propio pueblo.

El estruendo de la mosquetería había cambiado de un modo sutil. Aquel ruido se había desvanecido en el bochorno del verano, pero ahora volvía a oírse más fuerte, más rítmico, más preciso. No prestó atención a aquel cambio, inmerso como estaba en la autocompasión, pero al tomar un recodo del camino, vio que el nuevo ruido no era de mosquetería, sino de hachas,

Hachas de soldados.

Starbuck detuvo su caballo y se quedó mirando. Los hombres de las hachas estaban a unos cien pasos de distancia. Iban desnudos hasta la cintura, y el sol arrancaba destellos brillantes de las hojas de sus hachas que hacían saltar astillas de madera a cada poderoso golpe. Estaban delante de una enorme barricada de árboles caídos que bloqueaba por completo el estrecho camino. La mitad de los caminos de Virginia del Norte habían sido obstruidos con barricadas parecidas por los patriotas, para impedir la invasión nordista, y por un momento Starbuck supuso que acababa de tropezar con paisanos del lugar que colocaban otro obstáculo del mismo tipo, pero luego se preguntó por qué quienes construían una barricada la atacaban con hachas. Y detrás de los leñadores había parejas de caballos equipados con arneses provistos de cadenas para arrastrar los troncos de los árboles derribados fuera del camino; y detrás de los caballos, oculta a medias en las sombras de la espesura, había una multitud de hombres uniformados de azul, por encima de los cuales sobresalía una bandera que quedó iluminada de pronto por un rayo del sol en ascenso. Era la bandera de las barras y las estrellas, y Starbuck se dio cuenta con un sobresalto de que había yanquis, nordistas, en un camino en el que se suponía que no tenía que haber ningún nordista, y que no era simplemente un grupo pequeño, una patrulla, sino todo un regimiento de soldados de uniforme que esperaban pacientemente a que sus batidores despejaran el estrecho camino.

—¡Eh, tú! —gritó a Starbuck un hombre con galones de oficial desde el otro lado de la barricada medio desmantelada—. ¡Quieto ahí! ¡Quieto! ¿Me oyes?

Starbuck seguía como un bobo con la boca abierta, pero lo cierto es que se dio

perfecta cuenta de todo lo que estaba ocurriendo. Los nordistas habían engañado al Sur. Su plan no consistía en avanzar prosaicamente en dirección a Manassas Junction, ni en esperar a que los sudistas atacaran su flanco izquierdo, sino en atacar desde allí el indefenso flanco izquierdo confederado, para luego penetrar profundamente en las tripas del ejército secesionista y romper, desgarrar, destrozarlo todo hasta que el último vestigio de la rebelión del Sur pereciera en el torbellino de horror de un sangriento día de Sabbath. Era, y Starbuck lo captó al instante, la versión del brigadier general McDowell de las Termopilas, el rodeo por sorpresa que daría a los yanquis persas la victoria sobre los confederados griegos.

Y Starbuck, al comprender todo aquello, comprendió también que ya no necesitaba convertirse en soldado nordista ni romper su promesa a una puta del Sur. Estaba salvado.

Capítulo 10

—Faulconer debería estar aquí.

El mayor Thaddeus Bird miraba ceñudo el sol naciente. Bird podía tener ideas originales sobre cómo dirigir los asuntos militares, pero al quedarse solo al mando nominal de la Legión Faulconer no se sentía del todo seguro de desear cargar con la responsabilidad de poner en práctica aquellas ideas.

—Debería estar aquí —repitió—. Los hombres necesitan saber que el oficial que les manda está con ellos, y no correteando a caballo por ahí. Tu futuro padre político —dijo a Ethan Ridley— es demasiado aficionado a las excursiones en cuadrúpedo. —El mayor Bird encontró divertida la observación, porque levantó su cabeza angulosa y soltó una carcajada que más pareció un ladrido—. Excursiones en cuadrúpedo, ¡ja!

—Supongo que el coronel está llevando a cabo un reconocimiento —protestó Ethan Ridley. Ridley había visto a Starbuck alejarse a caballo con los Faulconers, y sentía celos por no haber sido invitado. Dentro de dos meses, Ridley iba a convertirse en el yerno de Washington Faulconer, con todos los privilegios anejos a ese parentesco, pero todavía temía que algún otro usurpase su lugar en los afectos del coronel.

—¿Supone que el coronel está llevando a cabo un reconocimiento? —El mayor Bird se rio de la suposición—. Faulconer está, correteando, eso es lo que hace. Mi cuñado vive bajo el error de que la milicia es un deporte, como la caza o las carreras de obstáculos; pero es una simple carnicería, Ethan, una simple carnicería. Es responsabilidad nuestra llegar a ser unos carniceros eficientes. Tuve un tío abuelo tocinero en Baltimore, de modo que supongo que llevo la milicia en la sangre. ¿Tienes tú la misma fortuna con algún antepasado, Ethan?

Ridley declinó responder. Montaba su caballo al lado de Bird, que como siempre iba a pie, mientras la Legión aguardaba en el prado observando cómo se diluían y desvanecían las sombras nocturnas en la lejanía, y preguntándose qué iba a traerles aquel día. La mayoría de los hombres se sentían confusos. Sabían que habían pasado dos días viajando, pero no dónde habían llegado ni lo que se esperaba que hicieran ahora que ya habían llegado. Ethan Ridley, en busca de respuesta a las mismas inquietantes cuestiones, se había acercado a Thaddeus Bird por si éste podía aclarárselo.

—Dudo que alguien sepa lo que ocurrirá hoy —declaró Thaddeus Bird—. La historia no está gobernada por la razón, Ethan, sino por las idioteces de unos locos criminales.

Ethan se esforzó en responderle de forma educada.

—Se dice que tenemos veinte mil hombres reunidos aquí, ¿es cierto?

—¿«Quién» lo dice? —preguntó impasible el mayor Bird, con la intención de enfurecer a Ridley.

—¿Con cuántos hombres contamos, entonces? —probó suerte de nuevo Ridley.

—Yo no los he contado —dijo Bird. Los rumores que corrían por Manassas Junction afirmaban que el ejército del Norte de Virginia de Beauregard sumaba un poco menos de veinte mil hombres, pero nadie lo daba como una cifra segura.

—¿Y el enemigo? —preguntó Ethan.

—¿Quién lo sabe? ¿Veinte mil? ¿Treinta? ¿Tantos como las arenas del mar, tal vez? ¿Una hueste poderosa? Si digo que puede que sean veinte mil, ¿te hará eso feliz?

Tampoco sabía nadie cuántas tropas nordistas habían cruzado el Potomac y entrado en Virginia. Los rumores hablaban de hasta cincuenta mil hombres, pero ningún americano había mandado nunca un ejército ni la mitad de grande, de modo que Thaddeus Bird no daba crédito a esos rumores.

—¿Y vamos a atacar por el flanco derecho? ¿No es eso lo que dicen?

En circunstancias normales, Ridley habría evitado cualquier conversación con Thaddeus Bird, porque le irritaba la pedantería de aquel maestro de escuela de barba hirsuta, pero el nerviosismo debido a la batalla inminente logró que incluso la compañía de Bird le resultara aceptable.

—Ese es el rumor más insistente, en efecto.

Bird no tenía intención de facilitarle la vida a Ridley, al que consideraba un loco peligroso, de modo que no añadió que el rumor parecía bien fundado. El ala derecha confederada, que concentraba el grueso del ejército de Beauregard, defendía la carretera que iba directamente de Washington a Manassas Junction. Si el ejército de la Unión capturaba el empalme ferroviario, todo el norte de Virginia estaría perdido, de modo que el sentido común sugería que las mejores esperanzas de victoria del general Beauregard se cifraban en mantener al enemigo alejado de las vulnerables líneas férreas, del mismo modo que para el enemigo las mejores oportunidades de un triunfo rápido residían en la captura de aquel empalme vital. Ninguna de las dos posibilidades, sin embargo, excluía algún movimiento todavía más astuto, como un ataque de flanco, pero Bird, situado como estaba en el flanco, no veía ningún indicio de que ni uno ni otro ejército estuvieran poniendo en práctica algo tan sofisticado como un intento de rodear al otro, y por eso suponía que los dos ejércitos se proponían atacar en el mismo lugar, uno frente al otro. Sacudió atrás y adelante la cabeza, regocijado por la idea de los dos ejércitos lanzándose a ataques simultáneos, con el flanco izquierdo nordista dándose de bruces contra el avance del flanco derecho rebelde.

—Pero si hay una batalla —dijo Ridley, en un esfuerzo ímprobo por mantener la discusión dentro de los límites de lo razonable—, nuestra posición actual quedará

muy alejada de la línea del frente, ¿no es así?

Bird asintió con vigorosos cabezazos.

—Si así sucede, Dios se habrá mostrado misericordioso con nosotros. En efecto, estamos tan lejos del flanco derecho del ejército como es posible estarlo para un regimiento sin dejar de formar parte de ese ejército, un tema todavía no del todo decidido, a menos que mi cuñado reciba órdenes que sean más de su gusto que las que le comunicó el «malvado» Evans.

—Lo único que quiere el coronel es que participemos en la batalla —defendió Ethan a su futuro suegro. Bird alzó la mirada hacia su compañero montado.

—A menudo me había preguntado si era posible que mi hermana se casara con alguien de un nivel intelectual inferior al de ella, y por asombroso que parezca, así ha sido. —Bird se estaba divirtiendo—. Si quieres que te diga la verdad, Ethan, no creo que el coronel sepa lo que está haciendo. Mi opinión particular es que deberíamos haber acatado las órdenes de Evans, habida cuenta de que, si nos quedamos de brazos cruzados aquí en la izquierda, se reduce el peligro de sufrir una muerte heroica en el flanco derecho. Pero ¿de qué vale mi opinión? Soy tan sólo un humilde maestro de escuela y un segundo en el mando meramente nominal.

Bufó.

—¿No quiere luchar? —preguntó Ridley, de una forma que sin duda esperaba que sonara como un desprecio absoluto.

—¡Pues claro que no quiero luchar! Lucharé si me veo obligado a hacerlo, y confío en hacerlo con inteligencia, pero el deseo más inteligente es, sin la menor duda, evitar la lucha. ¿Por qué habría de querer luchar un hombre cuerdo?

—Porque no queremos que los yanquis salgan victoriosos hoy.

—No lo queremos, pero tampoco quiero morir hoy, y si me ofrecen la opción de ser pasto de los gusanos o bien ser gobernado por los republicanos de Lincoln, ¡me parece que elegiré vivir! —Bird se echó a reír, moviendo la cabeza atrás y adelante. Luego vio acercarse a alguien en el valle, y detuvo de forma abrupta aquel movimiento—. ¿Vuelve el gran Aquiles a nuestro lado?

Habían aparecido dos jinetes en el camino del portazgo de Warrenton. El sol no se había alzado aún lo bastante para iluminar el valle, de modo que los dos jinetes estaban aún en las sombras de la hondonada, pero Ridley, cuyos ojos eran más jóvenes y agudos que los de Bird, reconoció a los Faulconers.

—Son el coronel y Adam.

—Pero ¿dónde está Starbuck, eh? ¿Crees que ha causado baja durante el reconocimiento, Ethan? Te gustaría que el joven Starbuck causara baja, ¿verdad? ¿Qué es lo que te disgusta tanto de Starbuck? ¿Su buen aspecto? ¿Su inteligencia?

Ethan rehusó dignificar aquellas preguntas chismosas con una respuesta, y se limitó a observar cómo padre e hijo charlaban unos instantes en el cruce de caminos,

y luego se separaban. El coronel ignoró a los hombres que le aguardaban en la cima de la colina y se dirigió hacia el sur, mientras Adam ascendía al trote la cuesta.

—Padre ha ido a entrevistarse con Beauregard —explicó Adam cuando llegó al altiplano en el que la Legión seguía formada. Su caballo tiritaba, y se puso a frotar su morro con el de la yegua de Ridley.

—¿Y antes de eso? —inquirió Bird—. Ethan dice que estabais practicando un reconocimiento, pero yo opino que sólo habéis salido a corretear.

—Padre ha querido comprobar que no hay nordistas en el camino de Sudley —explicó Adam con algún embarazo.

—¿Y los hay? —preguntó Bird con solicitud burlona.

—No, tío.

—Los santos sean loados. Podemos respirar a gusto otra vez. ¡Dulce patria de la libertad! —Bird elevó una mano hacia el cielo.

—Y padre quiere que licencies a Nate —siguió diciendo Adam en el mismo tono entrecortado. Llevaba la espada de Starbuck, su pistola y su guerrera.

—¿Tu padre quiere que haga qué? —preguntó Bird.

—Que licencies a Nate —insistió Adam—. Que lo borres de los libros.

—Comprendo lo que significa el verbo «licenciar», Adam. Y tacharé feliz a Starbuck de los libros de la Legión si tu padre insiste, pero has de decirme por qué. ¿Ha muerto? ¿He de inscribir el nombre de Starbuck en las honrosas listas de los héroes del Sur? ¿He de anotarlo como desertor? ¿Ha expirado debido a un ataque repentino? Unos libros correctamente llevados exigen una explicación, Adam.

El mayor Bird escrutaba a su sobrino mientras recitaba aquellos argumentos sin sentido.

—¡Está licenciado, tío! ¡Eso es todo! Y padre quiere que su nombre desaparezca de los libros de la Legión.

El mayor Bird parpadeó, movió la cabeza atrás y adelante y hurgó con sus uñas sucias en la barba larga y revuelta.

—¿Por qué se licencia a un hombre en la víspera de una batalla? Lo pregunto sólo a fin de comprender mejor las sutilezas de la milicia.

—Padre lo ha decidido así. —Adam se preguntaba por qué su tío tenía que armar tanto alboroto por nada—. Ha creído que Nate debía volver a su casa.

—¿Ahora? ¿Hoy? ¿En este preciso instante? ¿A su casa de Boston?

—Sí, así es.

—Pero ¿por qué? —insistió Bird. Ridley se echó a reír.

—¿Por qué no?

—Una pregunta perfectamente sensata —se burló Bird—, pero el doble de complicada que la mía. ¿Por qué? —preguntó de nuevo a Adam.

Adam no respondió, y siguió con la guerrera que había sido de Nate y sus armas

torpemente sujetas al pomo de su silla de montar, de modo que Ridley decidió suplir su silencio con una respuesta propia de él.

—Porque no puedes confiar en un norteamericano en estos días.

—Claro que se podía confiar en Nate —replicó Adam irritado.

—Eres tan... leal... —dijo Ridley con un desdén apenas disimulado, pero no terminó la frase.

Tanto Bird como Adam aguardaron en vano a que Ridley aclarara su observación.

—Aparte de piropear a mi sobrino —dijo por fin Bird con un pesado sarcasmo—, ¿puedes aclararnos por qué no podíamos confiar en Starbuck? ¿Sólo por el accidente de su lugar de nacimiento?

—¡Por el amor de Dios! —dijo Ridley, como si la respuesta fuera tan obvia que no hiciera falta molestarse ni siquiera en mencionarla, no digamos ya explicarla.

—Por el amor mío, entonces —insistió Bird.

—Llega a Richmond el mismo día de la caída de Fort Sumter. ¿No es significativo? Y utiliza tu amistad, Adam, para ganarse la confianza del coronel, pero ¿por qué? ¿Por qué un hijo del hijo de puta de Elial Starbuck se presenta en el Sur en un momento así? ¿De verdad alguien esperaba que nos tragáramos la idea de que ese condenado Starbuck iba a luchar por el Sur? ¡Es como esperar que la familia de John Brown se vuelva en contra de la emancipación, o que Harriet «Bitch» Stowe ataque a sus preciosos negros! —Ridley, después de exponer lo que le parecía un argumento irrefutable, hizo una pausa para encender un cigarro—. Starbuck fue enviado aquí para espiarnos —dijo, resumiendo el caso—, y tu padre ha dado pruebas de su buen corazón al devolverlo a su casa. Si no lo hubiera hecho, Adam, no cabe duda de que nos habríamos visto obligados a fusilar a Starbuck por traidor.

—Eso habría aliviado el aburrimiento de la vida de campamento —observó Bird, jovial—. Todavía no hemos disfrutado de ningún fusilamiento, y sin duda los muchachos agradecerían que hubiera alguno.

—¡Tío! —exclamó Adam, desaprobador.

—Además, Starbuck tenía sangre de negro —dijo Ridley.

No estaba del todo seguro de que fuera cierto, pero su grupo de camaradas había apuntado la idea como un cargo más en la cuenta del despreciado Starbuck.

—¡Sangre de negro! ¡Ah, bueno, eso es distinto! Gracias a Dios que se ha alejado de nosotros esa peste. —El mayor Bird se echó a reír ante lo absurdo de la acusación.

—No seas bobo, Ethan —dijo Adam—. Y no seas ofensivo —añadió.

—¡Sangre de un maldito negro! —Ridley había perdido el control de su humor—. Fíjate en su piel. Es oscura.

—¿Como la piel del general Beauregard? ¿Como la mía? ¿Como la tuya, incluso? —preguntó alegre el mayor Bird.

—Beauregard es francés —insistió Ridley—, ¡y no puedes negar que el padre de

Starbuck adora a los negros!

El balanceo frenético de la cabeza del mayor Bird atrás y adelante revelaba el gozo inesperado que le producía aquella conversación.

—¿Estás sugiriendo que la madre de Starbuck se ha tomado los sermones de su marido en un sentido demasiado literal, Ethan? ¿Que juega a la bestia de dos espaldas con esclavos de contrabando en la sacristía de su marido?

—Oh, tío, por favor —protestó Adam con voz dolida.

—¿Y bien, Ethan? ¿Es eso lo que sugieres? —insistió el mayor Bird, obviando la incomodidad de Adam.

—Digo que hemos hecho bien librándonos de Starbuck, eso es lo que digo. —Ridley cedió en sus insinuaciones de mezcla de razas, pero insistió en atacar a Starbuck desde otro flanco—. Sólo espero que no vaya a contar a los yanquis todos nuestros planes de batalla.

—Dudo mucho que ni Starbuck ni ninguno de nosotros sepa alguna cosa sobre nuestros planes de batalla —observó Thaddeus Bird en tono seco—. Los planes de la batalla de hoy sólo serán revelados en las memorias del general vencedor, muchos años después de que se haya acabado la guerra. —Cacareó satisfecho de su propio ingenio, y extrajo uno de sus delgados y oscuros cigarros de una petaca que llevaba al cinto—. Si tu padre insiste en que licencie al joven Starbuck, Adam, lo haré, pero creo que es un error.

Adam frunció la frente.

—A ti te gustaba Nate, tío, ¿verdad?

—¿He mencionado yo mis gustos? ¿O mis afectos? Nunca escuchas, Adam. Yo me refería a las capacidades de tu amigo. Es capaz de pensar, y ése es un talento desoladoramente escaso entre los jóvenes. La mayoría de vosotros creéis que basta con seguir el sentimiento predominante, que es, desde luego, lo que hacen los perros y los chupacirios; pero Starbuck tiene cabeza. De calidad.

—Bueno, pues se ha llevado su cabeza al norte —dijo Adam para tratar de acabar aquella conversación.

—Y su crueldad —añadió el mayor Bird, pensativo—. No hemos de olvidarnos de eso.

—¡Crueldad! —Adam, que sentía remordimientos por no haber sido lo bastante leal a su amigo a lo largo de aquella mañana, vio ahora una oportunidad de defender a Nate—. ¡No es cruel!

—Cualquier persona educada en los sectores más celosos de tu iglesia se empapa probablemente de una indiferencia divina hacia la vida y la muerte, y esa circunstancia ha dotado al joven Starbuck de un gran talento para la crueldad. Y en estos tiempos ridículos, Adam, vamos a necesitar de toda la crueldad que podamos acumular. Las guerras no se ganan con el valor, sino con la carnicería aplicada con

constancia.

Adam, que temía que ésa fuera exactamente la verdad, intentó frenar el júbilo evidente de su tío.

—Eso mismo me has dicho en muchas ocasiones, tío.

El mayor Bird rascó un fósforo para encender su cigarro.

—Es normal que los tontos necesiten la repetición para entender incluso las ideas más sencillas.

Adam alzó la mirada por encima de las cabezas de la tropa silenciosa, hacia el lugar donde los ordenanzas de su padre atizaban una fogata para cocinar.

—Voy a buscar un poco de café —anunció en tono altivo.

—No puedes ir a buscar nada sin mi permiso —dijo el mayor Bird severo—. ¿O es que has olvidado que en ausencia de tu padre yo soy el oficial de mayor graduación del regimiento?

Adam bajó la vista desde su silla de montar.

—No seas absurdo, tío. ¿Le digo a Nelson que te traiga un café?

—No, hasta que haya servido a todos los hombres. Los oficiales no formamos parte de una clase privilegiada, Adam, somos tan sólo hombres a los que incumben responsabilidades mayores.

«El tío Thaddeus —pensó Adam— es capaz de retorcer y dar la vuelta a la cuestión más sencilla hasta convertirla en un problema insoluble». Adam se preguntó por qué razón había insistido su madre en convertir a su hermano en soldado, y entonces se dio cuenta de que, por supuesto, lo había hecho para fastidiar a su padre. Suspiró ante aquella idea, y tiró de las riendas.

—Adiós, tío.

Adam hizo dar la vuelta a su caballo y, sin pedir permiso para retirarse, picó espuelas y se alejó. Ridley lo acompañó.

La luz solar iluminaba ya la parte baja de las laderas de las colinas occidentales y proyectaba largas sombras en los prados. El mayor Bird se desabrochó el bolsillo de la pechera de su uniforme y extrajo una *carte de visite* envuelta en un pañuelo, en la que había impresa una fotografía de Priscilla. Por vanidad, ella se había quitado las gafas delante del fotógrafo, y como resultado su aspecto era miope e inseguro, pero para Bird era un dechado de belleza. Se llevó a los labios el cartón rígido con la tosca imagen en daguerrotipo, y luego, con gesto reverente, envolvió la tarjeta en el pañuelo y volvió a guardarla en el bolsillo de su pechera.

A menos de un kilómetro a espaldas de Bird, en lo alto de una torre endeble construida con ramas cortadas y a la que se subía trepando por una escala precaria hasta una plataforma situada a diez metros de altura, dos «espantapájaros» se preparaban para llevar a cabo su trabajo. Se llamaba espantapájaros a los señaleros que se comunicaban entre ellos con banderines. El general Beauregard había hecho

levantar cuatro torres como aquélla para poder mantenerse en contacto con todo su ejército, desplegado en una amplia zona. Uno de los dos espantapájaros, un cabo, quitó la funda del pesado anteojo montado sobre un trípode que se utilizaba para leer los banderines de las torres vecinas, ajustó el foco del instrumento y lo dirigió hacia las colinas boscosas que se extendían al norte de las líneas de la Unión. Vio brillar el sol sobre las pizarras de la empinada techumbre de la iglesia de Sudley Hill y, un poco más allá, un prado desierto en el que un reflejo plateado revelaba el lugar por el que fluía el Bull Run entre pastos lujuriantes. Nada se movía en aquel paisaje, a excepción de la pequeña figura de una mujer que, a la puerta de la iglesia, sacudía el polvo de una alfombra. El espantapájaros volvió la lente hacia el este, en el punto en que el sol aún bajo brillaba sobre un horizonte turbio por los humos moribundos de una miríada de fuegos de campamento. Estaba a punto de girar su anteojo para enfocar la siguiente torre de señales, cuando vio aparecer a algunos hombres en la cresta de una loma rasa situada algo más allá de la orilla del Bull Run, en el territorio ocupado por el enemigo.

—¿Quieres ver a unos malditos yanquis? —preguntó el cabo de señales a su compañero.

—Ni ahora ni nunca —respondió el segundo señalero.

—Pues estoy viendo a esos bastardos. —El cabo parecía excitado—. ¡Maldición! ¡De modo que están ahí después de todo!

Ahí estaban. Listos para el combate.

* * *

El grupo de hombres, unos a pie y otros a caballo, unos civiles y otros militares, se detuvo en la cresta rasa del otero. El sol naciente iluminaba maravillosamente el paisaje que se extendía ante ellos, revelando los valles boscosos, los pastos vallados y los reflejos centelleantes de la corriente al otro lado de la cual esperaba al ejército confederado una derrota segura.

El capitán James Elial MacPhail Starbuck estaba situado en el centro del pequeño grupo. El joven abogado de Boston montaba su caballo como un hombre más acostumbrado a un sillón forrado de piel que a una silla de montar, y ciertamente, de haber tenido que elegir James la faceta de la vida militar que más le desagradaba, se habría inclinado por la presencia ubicua de los caballos, a los que consideraba unos animales grandes, calientes, hediondos, siempre rodeados de moscas, con dientes amarillos, ojos saltones y cascos peligrosos como martillos descontrolados. Pero si era necesario subirse a un caballo para acabar con la revuelta de los esclavistas, James estaba dispuesto a montar todos los caballos de América porque, aunque le faltaba la elocuencia de su padre, compartía su ferviente convicción de que la

rebelión era, más que un borrón en la reputación de América, una ofensa hecha al mismo Dios. América, creía James, era un país inspirado por Dios, bendecido especialmente por el Todopoderoso, y rebelarse contra un pueblo así elegido era obra del diablo. Por eso, en aquel Sabbath cristiano y en aquellos campos verdes, las fuerzas de los justos se iban a enfrentar a una chusma satánica, y con toda seguridad, James estaba convencido de ello, Dios no permitiría que el ejército nordista fuera derrotado. Rezó en silencio, y pidió a Dios la victoria.

—¿Cree que podemos acercarnos paseando hasta la batería, capi?

Uno de los civiles interrumpió el ensueño de James, y señaló con un gesto una batería de artillería que estaba realizando sus complicados preparativos en un campo situado junto al camino del portazgo de Warrenton, al pie del otero.

—No está permitido —se limitó a responder James.

—¿No estamos en un país libre, capi?

—No está permitido —insistió James, en el tono autoritario que siempre había resultado eficaz en el Tribunal de Apelación de la Comunidad de Massachusetts, pero que sólo tuvo el efecto de hacer reír a aquellos periodistas. Los civiles que acompañaban a James eran reporteros y dibujantes de una docena de periódicos norteños, que se habían presentado en el cuartel general del brigadier general McDowell la noche anterior y habían sido asignados al *sous-adjutant* del general. Sobre James recaía además la responsabilidad de escoltar a media docena de militares y *attachés* extranjeros, venidos de las embajadas de sus países en Washington, y que ahora disfrutarían de la inminente batalla como si se tratara de una selecta diversión preparada para su exclusivo disfrute; pero por lo menos los militares extranjeros trataban a James con respeto, mientras que la única intención de los periodistas parecía ser tomarle el pelo.

—¿Qué diablos quiere decir eso de *sous-adjutant*?— había preguntado un reportero del *Harper's Weekly* a James bien pasada ya la medianoche, cuando a su alrededor el ejército nordista se desperezaba y empezaba a prepararse para ir a la batalla—. ¿Una especie de guerrero piel roja?

—Es francés; *sous* equivale a «sub».

James sospechaba que el periodista, enviado por el autoproclamado «Diario de la civilización», conocía perfectamente el significado de su grado.

—¿Quiere decir entonces que usted es una especie de ayudante inferior, capi?

—Significa que soy el asistente del ayudante.

James consiguió conservar la calma, a pesar de su irritación. Se las arregló para dormir un par de horas y despertó con un violento ataque de flato, debido enteramente a su propia debilidad, según reconoció él mismo. El brigadier general McDowell era un reputado glotón que la noche anterior había animado a su Estado Mayor a comer bien, y James, a pesar de su convicción de que la comida abundante

era necesaria para la salud tanto espiritual como corporal, se preguntó si la tercera porción de la empanada de ternera del general no había sido un exceso. Luego vinieron los pasteles y las natillas, todo ello regado con la limonada, sin alcohol pero muy azucarada, del general. El exceso no habría tenido importancia de haber podido tomar James una cucharada del bálsamo carminativo de su madre antes de retirarse a descansar, pero un sirviente estúpido había olvidado poner el bolso—botiquín con las medicinas de James en las galeras que llevaban el bagaje del cuartel general, de modo que James se vio obligado a afrontar las preguntas impertinentes de los reporteros, y al mismo tiempo disimular la incomodidad que le producía un episodio grave de flatulencia.

Los periodistas, al reunirse con James en la granja de Centreville en la que había pasado aquella incómoda noche, quisieron saber cuáles eran las intenciones de McDowell, y James explicó, tan sencillamente como pudo, que el objetivo del general era nada menos que la destrucción total de la rebelión. A una hora de marcha al sur del Bull Run, se encontraba la pequeña ciudad de Manassas Junction y, una vez capturada ésta, la línea férrea que unía a los dos ejércitos rebeldes de Virginia del Norte quedaría cortada. El general Johnston ya no podría acudir desde el valle del Shenandoah en socorro de Beauregard, y en consecuencia el derrotado ejército de Beauregard, privado de ese refuerzo, se vería obligado a retirarse hacia Richmond, y allí sería capturado. La guerra iría extinguiéndose a partir de ese momento, porque las dispersas fuerzas rebeldes o bien serían derrotadas, o se rendirían. James lo explicó de forma que todo resultaba predecible y bastante obvio.

—Pero los rebeldes nos han dado una paliza hace cuatro días, ¿no le preocupa eso? —preguntó uno de los periodistas. Se refería a que un nutrido destacamento nordista en funciones de reconocimiento se había aproximado al Bull Run cuatro días antes y, en un exceso de celo, intentó cruzar el río, lo que provocó una furiosa y letal descarga de los rebeldes ocultos en la espesura de la otra orilla. James desdeñó la objeción diciendo que carecía de importancia, e incluso intentó dorar la píldora sugiriendo que aquel contacto accidental con el enemigo había sido ideado para convencer a los rebeldes de que el ataque nordista se llevaría a cabo por el mismo lugar, en su flanco derecho, cuando en realidad iba a penetrar profundamente en el flanco izquierdo confederado.

—Entonces, ¿qué es lo peor que puede ocurrir hoy, capitán? —quiso saber otro de los periodistas.

Lo peor, explicó James, sería que las fuerzas del general Johnston hubieran partido ya del valle del Shenandoah y estuvieran en camino con la intención de reforzar a los hombres de Beauregard. Eso, admitió, haría mucho más dura la batalla, pero podía asegurar a los periodistas que los últimos informes llegados por el telégrafo de las fuerzas nordistas en el Shenandoah aseguraban que Johnston seguía

en el valle.

—Pero si los rebeldes de Joe Johnston consiguen unirse a los de Beauregard — insistió el periodista—, ¿significa eso que nos darán una paliza?

—Significa que habremos de esforzarnos un poco más para derrotarlos.

A James le irritó el tono de la pregunta, pero repitió en tono calmado que tenía la seguridad de que Johnston seguía bloqueado al oeste, y que eso quería decir que el gran objetivo de la unidad americana podría quedar decidido ese mismo día por los hombres desplegados en ese momento a uno y otro lado del Bull Run.

—Y venceremos —predijo James lleno de confianza. Se había tomado la molestia de repetir varias veces a los periodistas que aquel ejército nordista era la mayor concentración de tropas reunida nunca en América del Norte. Irvin McDowell mandaba a más de treinta mil hombres, más del doble que el ejército de Washington en Yorktown. Era, aseguró James a los periodistas, una fuerza abrumadora, la prueba de que el gobierno federal estaba dispuesto a aplastar la rebelión de inmediato y de forma definitiva.

Los reporteros insistieron en la palabra «abrumadora».

—¿Quiere decir que somos abrumadoramente superiores en número a los rebeldes, capitán?

—No exactamente. —Lo cierto es que nadie sabía con exactitud cuántos hombres habían congregado los rebeldes en la otra orilla del Bull Run, y las estimaciones oscilaban desde los diez mil hasta la improbable cifra de cuarenta mil, pero James no deseaba que la victoria nordista pareciera inevitable por la fuerza misma de los números—. Creemos —dijo, solemne— que los rebeldes pueden haber reunido un número de hombres no muy inferior al nuestro, pero en esta batalla, caballeros, lo que prevalecerá será la instrucción, la moral y la justicia.

Y la justicia prevalecería, James estaba convencido de ello, no sólo para capturar un cruce rural de ferrocarriles, sino para derrotar y desmoralizar a las fuerzas confederadas hasta tal punto que las victoriosas tropas del Norte marcharían sin encontrar obstáculos hasta la capital rebelde, situada apenas a ciento cincuenta kilómetros al sur.

—¡Directos a Richmond! —gritaron los periodistas nordistas. Ese «¡Directos a Richmond!» estaba cosido en chillonas letras de tela en los estandartes de algunos regimientos federales, y «¡Directos a Richmond!» habían gritado los espectadores que presenciaron el desfile de las tropas a lo largo del Long Bridge de Washington. Algunos de esos espectadores no se habían contentado con presenciar la salida de las tropas de la capital, sino que habían acompañado al ejército hasta Virginia. De hecho, James tenía la sensación de que la mitad de la población de Washington se había presentado allí para ver con sus propios ojos la gran victoria nordista y, ahora que se había alzado el sol sobre el Bull Run, se veían grupos nutridos de espectadores civiles

mezclados con las tropas federales. Había carruajes elegantes aparcados junto a las cureñas de los cañones, y caballetes y tableros de dibujo de artistas entre los rifles y los mosquetes. Damas elegantes se protegían con sus parasoles, los criados tendían sobre la hierba manteles para un picnic, y congresistas poseídos de su importancia y ansiosos por compartir, ya que no podían apropiársela por completo, aquella efeméride trascendente, pontificaban ante quienes querían escucharles sobre la estrategia del ejército.

—¿Puede confirmar que estaremos en Richmond el sábado próximo? —preguntó ahora a James el reportero del *Harper's Weekly*.

—Ése es nuestro ferviente deseo.

—Y el domingo colgaremos a Jefferson Davis —dijo el reportero, y dio una zapateta, entusiasmado por aquella feliz perspectiva.

—No creo que sea el domingo.

James era demasiado leguleyo para dejar pasar sin comentario una observación tan inoportuna, sobre todo al haberse pronunciado delante de los agregados militares extranjeros, que podrían deducir de las palabras del periodista que los Estados Unidos eran no sólo una nación de gentes irrespetuosas con el descanso dominical, sino una patulea de brutos inciviles que no veían la necesidad de cumplir con una legalidad estricta.

—Ahorcaremos a Davis después de un proceso con todas las garantías —dijo James en beneficio de esos extranjeros—, y sólo después de ese proceso.

—El capitán quiere decir que primero haremos un buen nudo en la cuerda con la que lo colgaremos —se apresuró otro periodista a explicar a los *attachés* extranjeros.

James se obligó a sí mismo a sonreír, aunque la verdad es que encontraba los modales de los periodistas escandalosamente desvergonzados. Muchos de esos periodistas habían escrito ya sus crónicas de la batalla, utilizando su imaginación para describir la cobardía de las tropas de los esclavistas, puestas en fuga nada más aparecer la bandera de las barras y las estrellas, mientras otros soldados rebeldes caían de rodillas y pedían perdón sin llegar a abrir fuego contra la gloriosa enseña. Los cascos de las monturas de la caballería nordista se habían teñido del rojo de la sangre de la esclavocracia, y empapado de sangre sudista las bayonetas del Norte. James se sintió desconcertado por tanta deshonestidad, pero como esos relatos se limitaban a expresar un resultado por el que rezaba con fervor, se abstuvo de expresar ningún reproche para no ser tildado de derrotista. Después de todo, la derrota era algo impensable, porque aquel día la rebelión iba a ser aplastada y daría comienzo la carrera hacia Richmond.

Hubo un revuelo repentino al pie de la colina, al ser desenganchados de los cañones y sus cureñas los caballos de la artillería. Los cañones estaban ya situados detrás de una alambrada, y apuntaban a un elegante puente de piedra por el que el

camino del portazgo cruzaba el río. El puente era crucial para las esperanzas de McDowell, que deseaba que los rebeldes creyeran que el ataque principal iba a tener lugar siguiendo el eje de ese camino para que desplegaran sus fuerzas en la defensa del puente, mientras su columna secreta daba un rodeo por el flanco y les sorprendía por la retaguardia. Otras tropas nordistas efectuarían una diversión en el ala derecha del enemigo, pero el objetivo vital era atraer a toda el ala izquierda enemiga al puente de piedra para que el ataque de flanco nordista pudiera penetrar sin oposición y sin ser detectado hasta la retaguardia confederada. Por tanto, era preciso engañar a los rebeldes haciéndoles creer que la finta sobre el puente era el ataque principal, y para añadir verosimilitud al engaño había colocado allí una enorme pieza de artillería como si su misión fuera cubrir con su fuego el falso asalto.

Esa pieza era un cañón Parrott de treinta libras con un tubo estriado de hierro de más de tres metros y medio de longitud, y un peso total próximo a las dos toneladas. Las ruedas forradas de hierro del arma alcanzaban la altura de los hombros de un soldado, y se habían necesitado diecinueve caballos para arrastrarlo, en las últimas horas de la noche, hasta la posición que ocupaba. Precisamente la lentitud de su avance había retrasado la marcha de todo el ejército federal, y algunos oficiales nordistas pensaron que era un error colocar una pieza de artillería gigante como aquella en una posición tan avanzada, aunque todos los soldados que vieron avanzar pesadamente el engorroso armatoste a la primera luz del alba quedaron convencidos de que aquella bestia ganaría la batalla por sí sola. El grosor del tubo estriado era de más de doce centímetros, y su negra recámara reforzada con bandas de hierro estaba ahora atiborrada con casi cuatro libras de pólvora negra y un obús cónico que se había cargado por la boca. El proyectil estaba relleno de pólvora negra, y diseñado para estallar al impactar en el blanco, arrojando una lluvia letal de llamas y metralla que acribillaría a los rebeldes de la otra orilla del Bull Run. Pero hasta el momento las primeras luces del alba no revelaban la presencia de objetivos importantes en el lado rebelde de la corriente. De tanto en tanto, un oficial confederado cruzaba el campo a caballo, y se veía a algunos infantes desplegados sobre una colina por lo menos kilómetro y medio más atrás del puente de piedra, pero por lo demás no había signos de la presencia de ninguna fuerza rebelde en el lugar.

Se introdujo un detonador de fricción en el oído del Parrott hasta perforar con él la bolsa de tela de la pólvora. El detonador era un tubo de cobre relleno de pólvora de fusil molida, muy fina. La sección superior del tubo contenía una pequeña carga de fulminato y la atravesaba en cruz un acollador metálico dentado; al tirar con fuerza de éste, friccionaba con violencia el fulminato y, como la cabeza de un fósforo al rozar una superficie rasposa, hacía detonar el fulminato. Ahora un sargento artillero sujetó con fuerza el acollador, mientras los demás miembros de la batería se mantenían bien apartados del letal retroceso del arma.

—¡Listo! —gritó el sargento artillero. Algunos sirvientes de los demás cañones de la batería se habían juntado en un pequeño grupo a escuchar una lectura de la Biblia y rezar una oración, pero en ese momento todos se volvieron hacia el gigantesco Parrott y se taparon los oídos.

Un oficial de artillería montado, un teniente, consultó su reloj. En años futuros, quería contar a sus hijos y nietos el momento exacto que había marcado el comienzo del fin de la rebelión. Según su reloj, pasaban aproximadamente dieciocho minutos de las cinco de la mañana, y tan sólo doce minutos desde la aparición del primer brillante rayo de sol en el horizonte oriental. El teniente había registrado en su diario la hora exacta del amanecer, y también anotó con toda meticulosidad que su reloj tenía un margen de unos cinco minutos de adelanto o atraso en un día, en función de la temperatura.

—¡Listo! —gritó de nuevo el sargento artillero, esta vez con un deje de impaciencia en la voz.

El teniente de artillería esperó hasta que la manecilla de su reloj señaló exactamente la muesca del minuto dieciocho, y entonces bajó la mano derecha:

—¡Fuego!

El sargento tiró del acollador y la pequeña cruceta rascó violentamente el fulminato. El fuego bajó por el tubo de cobre y la bolsa de pólvora detonó e impulsó el proyectil hacia delante. La base del obús era una culata de latón blando que se dilató hasta ajustarse a las estrías del tubo del arma e iniciar la rotación del proyectil.

El estruendo sacudió con violencia el paisaje, asustó a los pájaros posados en los árboles y ensordeció los oídos de los miles de hombres que esperaban la orden de avanzar. El cañón sufrió un violento retroceso, su cola excavó un surco en el suelo y las ruedas se alzaron casi medio metro en el aire antes de caer y tomar tierra de nuevo, dos metros más atrás del punto en el que se había efectuado el disparo. Frente al tubo humeante del arma quedó en el suelo una mancha de hierba chamuscada, bajo una nubecilla de humo de un blanco sucio. Los espectadores que nunca habían oído disparar un cañón grande tragaron saliva ante la tremenda furia de aquel sonido; el aterrador estrépito del disparo prometía una horrible destrucción en el otro lado del río.

Los sirvientes refrescaron las fauces humeantes del monstruo con una bayeta húmeda que había de limpiar los residuos de la explosión en el interior del tubo, antes de embutir la siguiente bolsa de pólvora por la boca. Mientras, el primer obús cruzó aullando por encima de los prados, pasó relampagueante por encima del puente y fue a estrellarse en la ladera de la colina desierta situada más allá de los árboles. Dentro del proyectil iba insertada una cápsula de percusión ordinaria de un rifle, fijada al frente de una pesada barra de metal que, al impactar el proyectil en el suelo, se proyectó con violencia hacia adelante hasta chocar con una placa de hierro colocada

en la cabeza del obús. La cápsula de percusión de cobre estaba rellena de fulminato de mercurio, lo bastante inestable para estallar al sufrir semejante presión; la cápsula hizo detonar la pólvora del interior hueco del obús, pero éste se había hundido ya cerca de un metro en el suelo blando, y la explosión apenas tuvo más efecto que el de levantar unos pocos palmos cuadrados de la ladera desierta y salpicar de tierra humeante la hierba de los alrededores.

—Seis segundos y medio.

El oficial montado de artillería anunció en voz alta el tiempo de vuelo del obús, y luego anotó la cifra en su cuaderno de notas.

—Pueden informar de que la batalla propiamente dicha empezó a las cinco y veintiún minutos —declaró James Starbuck. Todavía le zumbaban los oídos por la violencia del disparo, y su caballo mantenía nerviosamente alzadas sus orejas.

—Sólo son las cinco y cuarto —dijo el hombre del *Harper's Weekly*.

—Y dieciocho minutos —corrigió el agregado militar francés, uno de la media docena de oficiales extranjeros que observaban la batalla junto al capitán Starbuck.

—Sea la hora que sea, es demasiado condenadamente pronto —bostezó uno de los periodistas.

James Starbuck frunció el entrecejo al oír el juramento, y luego se agachó en el momento en que el pesado cañón vomitaba su segundo obús en dirección al puente de piedra. James deseó desesperadamente ver estallar el caos y la confusión al otro lado del río. Cuando vio por primera vez el gigantesco Parrott, pensó que un solo proyectil disparado por un arma tan enorme llenaría de pánico a los rebeldes, pero, ay, en la otra orilla todo parecía extrañamente tranquilo, y James temió que la ausencia de carnicería iba a parecer ridícula a los militares extranjeros que habían servido en las guerras de Europa y que, según sería lógico esperar, tal vez alzarían displicentes las cejas ante aquellos esfuerzos de aficionado de los americanos.

—Un arma impresionante, capitán.

El *attaché* francés hizo desaparecer los temores de James con su generosa observación.

—Manufacturada enteramente en América, coronel, en nuestra fundición de West Point en Cold Spring, Nueva York, y diseñada por el superintendente de la fundición, el señor Robert Parrott. —A James le pareció oír a su espalda que uno de los periodistas emitía un silbido bajo que imitaba el gorjeo de un pájaro, pero simuló no darse cuenta—. El arma puede disparar obuses, cartuchos y proyectiles macizos. Tiene un alcance de dos mil doscientos metros a cinco grados de elevación. —Buena parte del servicio de James había consistido hasta el momento en memorizar datos parecidos a fin de informar adecuadamente a los agregados—. Por supuesto, estaremos encantados de facilitarle una visita particular acompañada a la fundición.

—Ah, muy bien.

El francés, un coronel llamado Lissan, tenía un solo ojo, una cara horriblemente desfigurada y un uniforme magnífico y barroco. Observó cómo el enorme cañón disparaba por tercera vez, e hizo un gesto de aprobación cuando el resto de la artillería federal, que había estado esperando el tercer tiro como señal, abrió fuego al unísono. En los campos verdes que se extendían a la derecha del río florecían los penachos de humo a medida que un proyectil tras otro estallaban en rápida sucesión. El pánico hizo que un caballo de tiro de la artillería, sujeto de forma defectuosa, se encabritara y huyera desbocado del estruendo que hacía retremblar el suelo, dispersando en su carrera a un grupo de infantes situados detrás de las baterías.

—Nunca he disfrutado con el fuego de la artillería —comentó el coronel Lissan en tono tranquilo, y se llevó un dedo manchado de nicotina al parche que tapaba la ausencia del ojo—. Esto lo hizo la metralla de un obús ruso.

—Confiamos en que los rebeldes compartan su disgusto, señor—dijo James con un dudoso sentido del humor. Ahora eran visibles al otro lado del río los destrozos causados por el impacto de los proyectiles: los árboles temblaban, y el suelo de las laderas que se extendían más allá de los bosques se removía con las bombas que rebotaban y estallaban. James hubo de alzar la voz para ser oído por encima del estruendo del cañoneo.

—Cuando aparezca la columna de flanqueo, señor, creo que podremos estar seguros de una rápida victoria.

—¡Ah! ¿De verdad? —preguntó cortésmente Lissan, y luego se inclinó a palmeo el cuello de su caballo.

—Van dos pavos a que los bastardos han puesto pies en polvorosa antes de las diez —ofreció a la concurrencia un reportero del *Chicago Tribune*, pero nadie aceptó la apuesta. Un coronel español, magnífico en su uniforme rojo y blanco de dragón, desenroscó el tapón de un frasco y bebió un sorbo de whisky.

De pronto, el coronel Lissan frunció el entrecejo.

—¿Ha sido eso el silbato de un tren? —preguntó al capitán Starbuck.

—No podría afirmarlo con seguridad —dijo James.

—¿Han oído ustedes el silbato de un tren? —preguntó el francés a sus compañeros, que sacudieron sus cabezas.

—¿Es importante, señor? —preguntó James.

Lissan se encogió de hombros.

—Las fuerzas del general Johnston en el valle del Shenandoah seguramente viajarán hasta aquí en tren, ¿no le parece?

James aseguró al coronel Lissan que las tropas rebeldes del valle del Shenandoah estaban muy ocupadas en detener a un contingente de soldados nordistas, y lo más probable era que no pudieran llegar siquiera a Manassas Junction.

—Pero suponga que el general Johnston ha dado el esquinazo a sus fuerzas de

cobertura. —El coronel Lassen hablaba un inglés excelente con un acento británico que James, cuya indigestión no había mejorado con el paso de las horas, encontró bastante irritante—. Supongo que estarán ustedes en comunicación telegráfica permanente con sus tropas del Shenandoah, ¿no? —siguió el coronel Lassen con su molesto interrogatorio.

—Tenemos constancia de que el general Johnston estaba plenamente controlado por nuestras fuerzas hace dos días —aseguró James al coronel Lassen.

—Pero dos días son tiempo más que suficiente para esquivar a unas fuerzas de cobertura y embarcar en tren hacia Manassas, ¿no es así? —preguntó el francés.

—Me parece muy improbable —precisó James en un tono que intentó que sonara lo bastante frío para zanjar la cuestión.

—Recuerde usted —insistió Lassen— que nuestra gran victoria sobre Francisco José en Solferino fue posible por la rapidez con la que nuestro emperador desplazó al ejército en tren.

James, que no sabía dónde estaba Solferino ni tenía noticias de ninguna batalla en aquel lugar, y que nunca había oído comentar las hazañas ferroviarias del emperador de Francia, asintió prudentemente, pero luego se atrevió a sugerir que las fuerzas rebeldes de la Confederación eran incapaces de emular los logros del ejército francés.

—Más le vale esperar que no lo hagan —dijo Lassen sombrío, y luego enfocó sus anteojos de campo en una colina lejana, sobre la que un señalero rebelde enviaba un mensaje—. ¿Confía, capitán, en que su ataque de flanco llegará a tiempo? —preguntó Lassen.

—Tendrá lugar de forma inminente, señor. —La confianza de James la desmentía la ausencia de la menor señal de combate en la retaguardia rebelde, pero se consoló a sí mismo pensando que la distancia impediría percibir los ecos de aquella acción. La evidencia sólo llegaría cuando las fuerzas confederadas que defendían el puente de piedra se dieran a la fuga llevadas por el pánico—. No me cabe la menor duda de que nuestra fuerza de flanqueo ataca en este mismo momento, señor —dijo James, con todo el énfasis de que fue capaz, y luego, orgulloso y convencido como estaba de la eficiencia yanqui, no pudo resistirse a añadir tres palabras—: Como habíamos planeado.

—¡Ah, planeado! Ya veo, ya veo —fue el enigmático comentario del coronel Lassen, acompañado por una mirada de simpatía a James—. Mi padre fue un militar de éxito, capitán, pero siempre solía decir que la práctica de la guerra se parece mucho a hacer el amor con una mujer: es una actividad llena de delicias, pero ninguna de ellas es predecible de antemano, e incluso las mujeres más deliciosas son capaces de causar graves heridas a un hombre.

—¡Eh, me gusta esa frase! —exclamó el periodista de Chicago, y empezó a garabatear en su cuaderno de notas.

James se sintió ofendido por la falta de tacto de la observación y calló, con la vista clavada en la lejanía. El coronel Lassan, inconsciente de la ofensa que acababa de infligirle, tarareaba una canción, y los periodistas escribían sus primeras impresiones sobre una guerra decepcionante hasta el momento. La guerra no era para ellos otra cosa que ruido y humo, aunque a diferencia de los periodistas las avanzadillas situadas en las dos orillas del Bull Run sabían ya muy bien lo que significaban el ruido y el humo. Volaban las balas sobre la corriente; los francotiradores federales disparaban subidos a los árboles, y flotaba sobre el agua un tenue encaje de humo de pólvora dispersado de tanto en tanto por el paso silbante de los pesados obuses, que iban a estrellarse entre la maleza y, al estallar, producían más y más nubes de humo negro y sulfuroso y una lluvia de chatarra metálica. Una rama alcanzada por un proyectil se partió y sus astillas fueron a clavarse en el lomo de un caballo. El animal soltó un terrible relincho de dolor, y un joven tambor llamó a gritos a su mamá mientras intentaba débilmente contener las tripas que se le salían por el desgarrón abierto en su vientre. Un oficial miraba incrédulo la sangre que le empapaba los pantalones, causada por una bala que acababa de alojarse en el escroto. Un sargento barbudo se sujetaba la muñeca izquierda convertida en un muñón sangrante, y se preguntaba cómo, en nombre de Dios, podría en adelante trazar un surco recto al arar un campo. Un cabo vomitó sangre, y luego muy despacio se derrumbó en el suelo. El humo de la pólvora se quedaba prendido en las ramas de los árboles. El Sparrott disparaba ahora a un ritmo más rápido, y al modo de un gigantesco tambor en crescendo ensordecía la música de las bandas de los regimientos, que seguían tocando piezas alegres detrás del frente de batalla.

Y más allá todavía, detrás de las líneas rebeldes, a espaldas de Manassas Junction, se alzó una columna de humo azul y blanco de leña, arrojada al aire por la chimenea ennegrecida de una locomotora. Los primeros hombres del general Johnston llegaban del Shenandoah. Habían eludido el cerco de las tropas nordistas, y ocho mil rebeldes más empezaban a reforzar a los dieciocho mil ya desplegados por Beauregard junto al Run. Los ejércitos estaban a punto, las armas se calentaban, y podía dar comienzo la carnicería del Sabbath.

Capítulo 11

—De modo que eres un condenado espía, ¿no es así? —espetó el coronel Nathan Evans a Nathaniel Starbuck que, montado aún en *Pocahontas*, tenía las manos atadas a la espalda y venía custodiado por los dos soldados de caballería de Virginia que, durante un reconocimiento hacia la iglesia de Sudley, habían encontrado y perseguido a Starbuck, luego le habían capturado y maniatado, y ahora lo traían a su comandante, que esperaba reunido con la Plana Mayor de su brigada a corta distancia detrás del puente de piedra.

—¡Bajad a ese mamón del caballo! —aulló Evans.

Alguien agarró a Starbuck del brazo derecho y lo bajó sin Contemplaciones de la silla, de modo que el norteño cayó de bruces en el suelo a los pies de Evans.

—No soy un espía —pudo balbucear—. Soy uno de los hombres de Faulconer.

—¿Faulconer? —Evans ladró una breve carcajada sin humor, más parecida a un gruñido que a una risa—. ¿Te refieres a ese bastardo que se cree demasiado bueno para luchar con mi brigada? Faulconer no tiene hombres, chico, sino fantasmas sin hígados. Maricas. Marionetas. Basuras con el culo pringado, sin redaños, caras de mierda y corazones de fifiriche. ¿Tú eres uno de esa patulea?

Starbuck se encogió bajo la catarata de insultos, pero consiguió de alguna forma seguir explicándose.

—He visto tropas nordistas en el bosque, al otro lado de los vados de Sudley. Muy numerosas, y vienen hacia aquí. He vuelto para avisarle.

—El bastardo miente como un bellaco, coronel —intervino a gritos uno de los dos soldados de caballería de Virginia. Eran jinetes flacos y nervudos, de barbas ásperas y piel curtida por la intemperie, con una mirada salvaje que recordaba a Starbuck la del sargento Truslow. Iban armados hasta los dientes; cada hombre llevaba una carabina, dos pistolas, un sable y un cuchillo de caza. Uno de los dos jinetes llevaba colgada del pomo de su silla una pieza aún chorreante de sangre de un cerdo recién muerto, y el otro, que no había perdido el tiempo para quitarle a Starbuck los tres dólares y dieciséis centavos que llevaba en la bolsa, tenía dos gallinas sin desplumar atadas por el cuello retorcido a una correa sujeta a la grupa de su montura. Ese hombre había encontrado también la carta del padre de Starbuck y el salvoconducto redactado por su hermano, pero, como no sabía leer, no le interesaron aquellos papeles y volvió a meterlos sin más en el bolsillo de la camisa de Starbuck.

—No llevaba armas —siguió diciendo, lacónico, el jinete—, ni uniforme. Yo digo que es un espía, coronel, señor. Basta con oír su jodido acento. No es un sureño.

Un obús impactó en el prado, a una docena de pasos del pequeño grupo. El estallido hizo trepidar el aire con una conmoción sísmica, e hizo volar terrones de tierra roja. El ruido, pese a quedar ahogado por la blandura del suelo, fue un crujido

violento y espeluznante que provocó en Starbuck un escalofrío de terror. Una esquirla de piedra o de metal pasó silbando junto al andrajoso sombrero marrón de Evans, pero el coronel ni siquiera parpadeó. Se limitó a mirar a uno de sus ayudantes, montado en un caballo pío.

—¿Sin novedad, Otto?

—*Ja, coronel, sin novedad.*

Evans se volvió de nuevo hacia Starbuck, que trataba de ponerse en pie.

—¿Qué decías de esas tropas federales?

—Más o menos a media milla detrás de los vados de Sudley, señor, en un camino que se dirige al este.

—¿En el bosque, dices?

—Sí, señor.

Evans abrió una navaja y se escarbó con ella los dientes, negros y podridos por el jugo del tabaco. Sus ojos escépticos recorrieron a Starbuck de arriba abajo, y no pareció gustarle lo que vio.

—¿Cuántos soldados federales has visto, amigo?

—No lo sé, señor. Muchos. Y llevaban un cañón con ellos.

—¿Un cañón, eh? ¡Qué miedo! Me he cagado en los pantalones, caramba. — Evans soltó una risita, y los hombres que le rodeaban soltaron una carcajada. El coronel era famoso por lo soez de su lenguaje, por su sed insaciable y por la ferocidad de su temperamento. Se había graduado en West Point en 1848, con no pocos apuros, y ahora se burlaba de sus estudios académicos asegurando que la formación de un buen soldado dependía de su talento para luchar como un gato panza arriba, y no de su capacidad para hablar un francés elegante o para resolver problemas de trigonometría, o dominar las complejidades de la filosofía natural, significara lo que significase esa mierda.

—¿Has visto ese cañón tú mismo? —preguntó ahora, feroz.

—Sí, señor.

En realidad, Starbuck no había visto ningún cañón nordista, pero las tropas federales estaban desmantelando la barricada y él supuso que no perderían tiempo en despejar el camino si sólo tenía que pasar la infantería. Una columna de infantería habría rodeado los árboles caídos, pero los cañones necesitaban vía libre, y eso le llevó a razonar que aquel ataque de flanco oculto incluía artillería.

Nathan Evans cortó una nueva tajada de tabaco y la embutió en una de sus mejillas.

—¿Y qué demonios, en nombre de Dios, estabas haciendo tú en el bosque, al otro lado de los vados de Sudley?

Starbuck tardó en contestar, y otro obús estalló con una llamarada roja y una nube espesa de humo negro. La intensidad de la explosión fue tan extraordinaria que

Starbuck se encogió cuando la onda expansiva hizo vibrar el aire, pero el coronel Evans no pareció conceder la menor importancia al estruendo, más allá de una nueva pregunta a su ayudante montado sobre si todo seguía bien.

—*Ja, coronel. Todo bien. No se preocupe.*

El ayudante alemán era un hombretón robusto de rostro afligido y con un curioso barril atado como una mochila a sus anchas espaldas. Su jefe, el coronel Evans, al que Starbuck oyó llamar por el apodo de «Zancos» a los hombres que le habían capturado, no tenía un aspecto más atractivo a la luz del día de lo que le había parecido al verlo la anterior madrugada; de hecho, según la amarga apreciación de Starbuck, Evans parecía uno de esos carboneros de Boston que tenían la espalda doblada de acarrear sacos desde la calle hasta los sótanos de las cocinas, y no era de extrañar, pensó Starbuck, que el remilgado Washington Faulconer se negara a colocarse bajo el mando de aquel oficial de Carolina del Sur.

—¿Y bien? No has contestado mi pregunta, chico. —Evans miraba feroz a Starbuck—. ¿Qué hacías al otro lado del Run, eh?

—Me envió el coronel Faulconer —respondió desafiante Starbuck.

—¿Te envió? ¿Por qué?

Starbuck habría querido salvar su orgullo y decir que fue enviado en una misión de reconocimiento a los bosques del otro lado del Bull Run, pero se dio cuenta de que la mentira no se sostendría, y optó por contar la ignominiosa verdad.

—No me quiso en su regimiento, señor. Me mandó de vuelta a casa.

Evans se volvió para examinar con atención los árboles que bordeaban la corriente del Bull Run, donde su media brigada estaba defendiendo el puente de piedra del camino del portazgo que llevaba al oeste hacia Washington. Si los nordistas atacaban en este sector del Run, la situación de Evans sería desesperada porque su brigada constaba tan sólo de un puñado de soldados de caballería ligera, cuatro cañones obsoletos de ánima lisa, un regimiento incompleto de infantería de Carolina del Sur y otro, incompleto también, de Luisiana. Beauregard había dejado una fuerza tan precaria en aquel flanco porque estaba seguro de que la batalla se iba a librar muy lejos de allí, en el ala derecha confederada. Hasta el momento, y por fortuna para Evans, los ataques nordistas a la brigada se habían limitado a un fuego de hostigamiento con rifles y al bombardeo de la artillería, aunque uno de los cañones enemigos lanzaba unos obuses tan monstruosos que el cielo temblaba cada vez que pasaba uno por encima de sus cabezas.

Evans observaba los árboles con la cabeza inclinada a un lado, como si juzgara el curso de la batalla por el ruido. A Starbuck los estampidos de rifles y mosquetes le parecían curiosamente parecidos al crujido de la maleza seca al arder, mientras por encima tronaba el fuego de la artillería. Los obuses hacían al volar un ruido parecido al de una tela al desgarrarse, o tal vez al del tocino al freírse, salvo que de vez en

cuando aquel siseo desembocaba en un estruendo que hacía retremblar la tierra cuando estallaba un proyectil. Algunas balas de fusilería pasaron cerca del pequeño grupo de Evans, con un silbido fantasmal. Todo le resultaba extraño a Starbuck, consciente de los fuertes latidos del corazón en su pecho aunque, a decir verdad, no se sentía tan asustado por los obuses y las balas como por aquel «Zancos» Evans de las piernas torcidas, que ahora se volvió de nuevo hacia el prisionero.

—¿Ese maldito Faulconer te envió a tu casa? —preguntó Evans—. ¿Qué diablos quieres decir?

—Faulconer pretendía que regresara con mi familia, señor. A Boston.

—¡Oh, a Boston! —Evans subrayó con sorna el nombre, como invitando a sus ayudantes a unirse a su burla—. Un cagadero. Un sitio que sólo vale para cagar y mear. Una ciudad de lloricas de mierda. Cristo, cuánto odio Boston. Una ciudad de zurullos republicanos, una ciudad de mujeres metomentodo, de mamones que cantan himnos y no sirven para maldita la cosa más. —Evans lanzó un escupitajo mezclado con tabaco masticado a los pies de Starbuck—. De modo que Faulconer te mandó de vuelta a Boston, ¿no es así, chico? ¿Por qué?

—No lo sé, señor.

—«No lo sé, señor» —imitó Evans el tono de Starbuck—, o puede que me estés contando mentiras, miserable pasta de mierda. Puede que quieras que retire a mis hombres del puente, ¿es eso, pedazo de cagajón? —La elocuencia del coronel era aterradora, abrumadora, aplastante, y Starbuck dio un involuntario paso atrás porque aquella arenga le estaba salpicando de saliva—. Estás buscando llevarme río abajo, condenado bastardo. Quieres que deje abierto el portazgo para que los bastardos del Norte puedan cruzar el puente, y así cuando se haga de noche estaremos todos colgando de algún árbol. ¿No es así, hijo de mala puta? —Hubo unos segundos de silencio, y luego Evans repitió la pregunta en un tono de voz más agudo—. ¿No tengo razón, hijo de perra mestiza?

—Hay una columna de tropas nordistas en el bosque, al otro lado de los vados de Sudley. —Starbuck consiguió de algún modo mantener un tono de voz tranquilo. Retorció inútilmente las manos con la intención de señalar el norte, pero el nudo que apretaba sus muñecas no se aflojó—. Vienen en esta dirección, señor, y estarán aquí dentro de una hora, más o menos.

Otro obús fue a estrellarse en los pastos más allá del camino del portazgo en el que Evans había emplazado dos piezas de artillería de reserva, sobre la hierba aún no segada. Los artilleros que estaban allí a la espera ni siquiera levantaron la vista, y tampoco cuando uno de los obuses gigantes se quedó más corto de lo habitual y arrancó una rama de un árbol próximo, antes de estallar cuarenta metros más allá en un torbellino de polvo, hojas, fragmentos de metal y humo ardiente.

—¿Cómo está mi «barrelito», Otto? —gritó Evans.

—Sin *nofedad*, *corronel*, no se *perrocupe* —dijo el alemán, impasible.

—Me *perrocupo* —gruñó Evans—, me *perrocupo* mucho por culpa de un *fifiriche* de mierda de Boston. ¿Cómo te llamas, chico?

—Nathaniel, señor. Nathaniel Starbuck.

—Como me estés mintiendo, Nathaniel Carademierda, te llevo al tajo de la leñera y te corto las pelotas. Si es que tienes pelotas. ¿Tienes pelotas, Nathaniel?

Starbuck no contestó. Se sintió aliviado al ver que aquel tipo furioso y deslenguado no relacionaba su apellido con el reverendo Elial. Dos obuses más zumbaron sobre sus cabezas, y un disparo alto de rifle dejó al pasar su extraño siseo.

—Porque si muevo a mis hombres para hacer frente a tu columna, mierda rubia. —Evans proyectó sujeta tan cerca de Starbuck que el bostoniano pudo oler la mezcla mefítica de whisky y tabaco del aliento del hombre de Carolina del Sur—, dejaré paso libre al enemigo para que cruce este puente, ¿no es verdad? Y luego ya no existirá la Confederación, ¿no es así? Y entonces los cara de mierda emancipadores de Boston vendrán a violar a nuestras mujeres, si a eso es a lo que se dedican los cantores de himnos de Boston. ¿O quizá prefieren violar a nuestros hombres? ¿Son esos tus gustos, bastardo? ¿Te gustaría violarme a mí?

De nuevo Starbuck no contestó. Evans escupió despectivo ante el silencio de Starbuck, y se volvió al ver que un infante de uniforme gris venía cojeando por el camino del portazgo.

—¿Adónde demonios vas? —aulló Evans con una furia repentina al soldado, que se limitó a mirarlo desconcertado—. Todavía puedes disparar un rifle, ¿no es así? —le gritó Evans—. ¡Pues vuelve a tu puesto! ¿Es que quieres que esos bastardos republicanos de culos pringados de mierda engendren los próximos bastardos de tu mujer? ¡Vuelve!

El hombre dio media vuelta y se alejó cojeando hacia el puente, utilizando como muleta su mosquete.

Un disparo aislado levantó el polvo en el camino del portazgo, y luego rebotó sin herir a nadie del grupo de la Plana Mayor de Evans, pero pareció que el viento de la bala al pasar hacía tambalearse al soldado herido, que vaciló agarrado a su muleta improvisada, y cayó de bruces en la cuneta abierta a un lado del camino, cerca de los dos cañones de reserva de seis libras. Los otros dos cañones de Evans estaban colocados más cerca del Bull Run, respondiendo al fuego enemigo con proyectiles cargados de metralla que estallaban en el aire a lo lejos, como nubecillas grises de las que brotaban hacia el suelo caprichosas estelas espirales de humo blanco. Nadie sabía si aquellos proyectiles alcanzaban sus objetivos, pero la verdad es que Evans disparaba únicamente para mantener alta la moral de sus soldados.

Los artilleros de reserva se tomaban un descanso. Muchos estaban tumbados boca arriba, dormitando al parecer. Dos hombres se tiraban una pelota el uno al otro

mientras un oficial, con las gafas colocadas muy abajo sobre el caballete de la nariz, se recostaba en el tubo de bronce de un cañón y volvía las páginas de un libro. Un artillero en mangas de camisa y con tirantes de un rojo chillón estaba sentado con la espalda apoyada en la rueda exterior del cañón. Escribía, mojando su pluma en una botella de tinta colocada a su lado sobre la hierba. La despreocupación de aquellos hombres no parecía fuera de lugar, porque aunque la lucha generaba un caparazón de ruido y de humo, no había la menor sensación de urgencia. Starbuck había esperado que una batalla fuera algo más vigoroso, como las crónicas de prensa de la guerra mexicana, que hablaban de las valerosas tropas del general Scott llevando la bandera americana a través de los disparos, y del estallido de las bombas hasta el interior mismo del palacio de Moctezuma; pero en los acontecimientos de aquella mañana lo que predominaba era un ambiente más bien abstraído. El oficial de artillería pasó despacio una página, el hombre que escribía una carta sacudió levemente la tinta de su pluma antes de acercarla al papel, y uno de los dos jugadores de pelota falló un bloqueo y se echó a reír. El infante herido seguía tendido en la cuneta, sin moverse apenas.

—Entonces, ¿qué hago con el hijoputa, coronel? —preguntó uno de los jinetes de Luisiana que custodiaban a Starbuck.

Evans había estado mirando ceñudo la neblina de humo de pólvora suspendida sobre el puente de piedra. Se volvió de mal humor para anunciar su decisión sobre Starbuck, pero fue interrumpido antes de decir nada.

—Un mensaje, señor.

Quien había hablado era el teniente que acompañó a Evans en su frustrada visita a la tienda de Faulconer, aquella misma madrugada. El teniente montaba un caballo flaco de pelaje gris, y llevaba colgados al pecho unos gemelos de campo con los que había estado observando la estación de señales de la colina.

—Del espantapájaros, señor. Nos están rodeando por la izquierda.

El teniente habló sin el menor rastro de emoción.

Hubo una inmovilidad momentánea cuando uno de los monstruosos obuses del enemigo pasó zumbando sobre sus cabezas. El hombre herido de la cuneta intentó levantarse, pero le faltaron las fuerzas.

—Repita eso, Meadows —pidió Evans.

El teniente Meadows consultó su cuaderno de notas.

—«Mirad a vuestra izquierda, os están rodeando». Esas son las palabras exactas, señor.

Evans giró a toda prisa para mirar hacia el norte, pero no se divisaba nada en esa dirección, excepto los árboles bajo el fuerte sol del verano y un halcón volando muy alto. Luego se volvió a Starbuck, con sus ojos diminutos agrandados por la conmoción.

—Te debo una disculpa, chico. Por Dios que te debo una disculpa. ¡Lo siento, de verdad lo siento!

Evans balbuceó la última palabra y se volvió de nuevo a mirar, ahora en dirección al puente de piedra. La mano izquierda, inerte al costado, le temblaba de una forma espasmódica, única señal visible de la tensión que estaba soportando.

—Esto es un simulacro. No van a atacar aquí, sólo nos están haciendo cosquillas en la barriga, camelándonos para que nos estemos quietos mientras el ataque de verdad nos coge por la espalda. ¡Jesús! —Había estado hablando para sí mismo, pero de pronto aulló con una voz mucho más fuerte—. ¡Mi caballo! ¡Traedme mi caballo! ¡Monta en el tuyo, chico! —La última frase iba dirigida a Starbuck.

—¡Señor! —gritó Starbuck.

—¿Sí?

—Estoy maniatado.

—¡Soltad al chico! ¿Otto?

—¿*Ja, coronel?*

—Dale a Boston un poco de barrelito. Una taza. —Al parecer Evans había elegido el nombre de «Boston» como apodo para Starbuck, del mismo modo que llamaba «barrelito» al contenido de la curiosa barrica que llevaba a hombros su ayudante alemán.

El grueso alemán acercó su caballo pío a Starbuck mientras otro hombre, apresurándose a obedecer las órdenes de Evans, cortaba la cuerda de las muñecas de Starbuck. Este empezó a masajearse las magulladuras dejadas por el roce, y luego vio como el impasible germano se echaba la mano a la espalda y manipulaba un pequeño tapón de madera colocado en la base de la barrica, para después tender solemnemente una taza a Starbuck.

—¡Bebe! ¡Deprisa *ahorra!* Necesito taza otra *vez*. ¡Bebe!

Starbuck aceptó la taza, llena hasta el borde de lo que le pareció té frío. Estaba sediento y se la llevó con avidez a los labios. A punto estuvo de atragantarse, porque el líquido no era té, sino whisky: whisky puro, áspero, fuerte, sin aguar.

—¡Bebe ya! —dijo Otto de mal humor.

—¡Mi caballo! —aulló Evans. Un obús pasó zumbando sobre sus cabezas y fue a impactar en la colina que tenían detrás. En el mismo momento, otro proyectil cayó de pleno en la zanja donde había caído el hombre herido, al lado del camino, y lo mató al instante, proyectando su sangre a más de tres metros de altura. Starbuck vio lo que le pareció la pierna amputada del hombre dando vueltas en el aire, y al instante rechazó como irreal lo que había presenciado. Otro proyectil fue a dar en un árbol, arrancando una larga astilla de madera viva, de unos diez centímetros de grueso, del tronco, entre un revuelo de hojas caídas a su alrededor. Luego el teniente Meadows, el que había traído el mensaje del espantapájaros, hizo de pronto un ruido extraño y

abrió los ojos de par en par. Estaba mirando a Starbuck y sus ojos parecieron crecer más y más mientras se llevaba despacio la mano a la garganta, donde había aparecido un hilo de sangre que resbalaba, brillante. Su cuaderno de notas cayó al suelo, sus hojas revolotearon en desorden, y el hilo de sangre fue creciendo y ramificándose, y de pronto Meadows arrojó una bocanada de sangre que manchó la pechera de su uniforme. Vaciló, tragó sangre, y todo su cuerpo se estremeció en un espasmo violento y resbaló de la silla para derrumbarse sobre la hierba.

—Cogeré el caballo de Meadows —gritó Evans, y agarró las riendas del caballo gris. El pie del moribundo había quedado enganchado en el estribo. Evans lo liberó de un puntapié y luego se aupó a lomos del caballo.

Starbuck vació la taza de un trago, boqueó para recuperar el resuello y echó mano a las riendas de *Pocahontas*. Se sentó torpemente en la silla, y se preguntó qué se suponía que había de hacer ahora que estaba libre.

—¡Boston! —Evans hizo dar la vuelta a su caballo para encararse a Starbuck—. ¿Te escuchará a ti ese bastardo de Faulconer?

—Creo que sí, señor —dijo Starbuck, y enseguida añadió, más prudente—: Aunque no puedo estar seguro, señor.

Evans lo miró ceñudo, al ocurrírsele una nueva idea.

—¿Por qué luchas con nosotros, Boston? Esta no es tu guerra.

Starbuck no supo qué decir. Sus razones tenían más que ver con su padre que con el destino de América, y todavía más con Sally que con la esclavitud, pero no parecía el momento ni el lugar para explicar esas cosas.

—Porque soy un rebelde.

Ofreció la explicación con escasa convicción, consciente de su incoherencia. Pero la respuesta pareció gustar a Nathan Evans, que acababa de echarse al colete una taza de whisky ofrecida por su impasible ordenanza.

—Muy bien, pues ahora eres «mi» rebelde, Boston. Busca a Faulconer y dile que quiero a su preciosa Legión. Dile que estoy moviendo a la mayor parte de mis tropas al camino de Sudley, y que quiero también allí a sus virginianos. Dile que se despliegue a mi izquierda.

Starbuck, mareado por el whisky, por el cambio de su suerte y por el sentimiento de pánico que parecía vibrar en el aire húmedo, apuntó una dificultad en el plan de Evans.

—El coronel Faulconer estaba decidido a moverse hacia el flanco derecho, señor.

—¡Maldito lo que Faulconer quería! —rugió Evans con un vozarrón tal que los artilleros tumbados junto al camino del portazgo se sobresaltaron—. ¡Dile a Faulconer que la Confederación le necesita! ¡Dile al bastardo que hemos de parar a los yanquis o todos bailaremos el baile de la cuerda de Lincoln esta noche! ¡Confío en ti, chico! ¡Agarra a Faulconer y dile a ese bastardo que luche, malditos sean sus

ojos! ¡Dile a ese bastardo meón que tiene que luchar!

Evans voceó las últimas palabras, y acto seguido clavó los talones en los flancos de su caballo, dejando a Starbuck asombrado y solo, porque los oficiales y ayudantes corrieron detrás de Evans hacia los hombres que defendían el puente de piedra.

Las balas zumbaban al rasgar el aire bochornoso. Las moscas se arremolinaban en la zanja para depositar sus huevos en los charcos de la sangre de lo que había sido un hombre hasta hacía pocos minutos. Lo que quedaba del teniente Meadows yacía de espaldas, aún con una expresión de sorpresa en los ojos muertos y con la boca ensangrentada abierta de par en par. Starbuck, con el ardor del whisky en el estómago, tiró de las riendas para hacer girar la cabeza a *Pocahontas* y partió en busca de la Legión.

* * *

La Legión Faulconer sufrió su primera baja alrededor de las ocho y cinco de la mañana. Un obús voló sobre la colina en dirección este, rebotó al caer en la ladera opuesta, giró sobre sí mismo en el aire con un horrendo chirrido, e impactó por segunda vez en el suelo una docena de metros delante de la compañía A. Estalló allí, y una esquirla dentada de hierro fue a incrustarse en el cráneo de Joe Sparrow, el chico que se había matriculado en la universidad y que ahora murió de una forma tan plácida como pueda desearla cualquier soldado. En un momento dado estaba de pie, riéndose de un chiste que había contado Cyrus Matthews, y al siguiente, tendido boca arriba. Parpadeó una vez, no sintió nada, murió.

—¿Joe? —le llamó Cyrus.

Los demás hombres se apartaron nerviosos del muchacho tendido e hicieron corro a su alrededor, todos menos su amigo George Waters, que había formado al lado de Sparrow en la segunda fila y ahora se arrodilló junto a su cuerpo. La gorra de Sparrow se había torcido hacia un lado por la fuerza del fragmento de obús, y George trató de ponerla bien pero, al tirar de la visera rígida, un terrible flujo de sangre escapó de debajo de la banda de cuero para el sudor que la retenía.

—¡Oh, Dios! —George Waters se echó atrás al ver aquello—. ¡Está muerto!

—No seas bobo, chico. Un rasguño en el cráneo hace que eches más sangre que un cerdo, todo el mundo lo sabe. —El sargento Howes se abrió paso entre las filas y se arrodilló también junto a Sparrow—. ¡Vamos, Redrojo, levántate!

Colocó bien la gorra, intentando ocultar la sangre, y palmeó suavemente la mejilla del muchacho muerto. Era el único hijo de Blanche y Frank Sparrow, el orgullo de sus vidas. Blanche había intentado con todas sus fuerzas convencer al chico de que no fuera a la guerra, pero algún burlón dejó unas enaguas en el porche delantero de la casa, con un letrero alusivo a Joe, y el joven Joe quiso alistarse en la

Legión a toda costa, de modo que Blanche se dio por vencida, y ahora Joe estaba tumbado boca arriba en un prado desconocido.

—¡Que venga el médico! ¡El médico! —Paul Hinton, capitán de la compañía A, se apeó de su caballo y voceó la orden.

El mayor Danson llegó a la carrera con su maletín, desde la parte de atrás del regimiento, donde la banda estaba interpretando «Annie Laurie», con los bombardinos fraseando un delicado contrapunto un tono más bajo que la melodía sentimental que tan popular era entre los hombres. Danson se abrió paso entre los soldados de la compañía A.

—¡Dadle aire! —gritó, porque es lo que siempre gritaba cuando lo llamaban para atender un desmayo. Invariablemente los compañeros, o los criados, o los miembros de la familia se apiñaban alrededor del enfermo, y Danson no podía trabajar en medio de una multitud de mirones que lo abrumaban con toda clase de sugerencias. Si tanto sabían, se preguntaba a menudo, ¿para qué lo necesitaban?—. Apartaos un poco, ahora. ¿Quién es, Dan?

—El chico de Blanche Sparrow, Doc —dijo Hinton.

—¡El joven Joe! ¡Vamos, Joe, que vas a perderte la diversión! —El doctor Danson hincó las rodillas—. ¿Qué te pasa ahora? Una herida en la cabeza, ¿no es así?

—Está muerto. —George Waters se había quedado blanco por la conmoción.

El mayor Danson frunció el entrecejo al oír aquel diagnóstico de aficionado, y se inclinó para buscar el pulso de Joseph Sparrow. Durante unos segundos, no dijo nada; luego alzó la gorra ensangrentada y dejó al descubierto el cabello de Joe, empapado y teñido de rojo.

—Pobre Blanche —dijo el doctor en voz baja—, ¿qué vamos a decirle?

Desabrochó el cuello del uniforme del muchacho muerto, como para darle aire.

Otro obús rebotado volteó en el aire y fue a estrellarse a más de medio kilómetro del regimiento; la explosión quedó sofocada por el espeso follaje de un grupo de árboles. Adam Faulconer, que había llevado su caballo a la cresta de la colina y observaba el reflejo de las llamas y el humo del cañoneo en la superficie del río lejano, se dio cuenta de pronto de que algo iba mal en las filas de la Legión, y volvió al galope junto al regimiento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al doctor Danson.

—El chico de Blanche, el joven Joe.

—Oh, Dios, no.

Había un dolor intenso en la voz de Adam. El día empezaba a aportarle la violencia que tanto había temido, a pesar de que intuía que la batalla de verdad no había empezado aún. Los dos bandos habían establecido contacto y se cañoneaban recíprocamente, pero ninguno de los dos parecía haber lanzado aún una ofensiva consistente.

—Blanche no podrá vivir con esto —dijo Danson, esforzándose por ponerse en pie—. Me acuerdo de cuando Joe estuvo a punto de morir por la tos ferina, y creí que ella lo acompañaría a la tumba. Buen Dios, qué cosa tan terrible.

A su alrededor, se había formado un círculo de soldados que miraban espantados al muerto. No es que la muerte fuera algo extraño para la mayoría de ellos; todos habían visto a hermanas o hermanos, o primos o padres, tendidos en el centro de la sala, y habían ayudado a llevar el féretro a la iglesia; o habían ayudado a sacar del río el cuerpo de un ahogado. Pero esto era diferente: era el azar de la muerte, la lotería de la guerra, y con la misma facilidad podían haber estado ellos mismos tendidos allí, inmóviles y cubiertos de sangre. Era algo para lo que no estaban preparados en realidad, porque durante su instrucción nadie íes había dicho que los jóvenes podían acabar tendidos con la boca abierta, rodeados por un enjambre de moscas, ensangrentados y muertos.

—Llévalo atrás, chicos —dijo ahora el capitán Hinton—. ¡Levantadlo! ¡Con cuidado ahora! —Hinton supervisó el traslado del cuerpo y luego volvió junto a Adam.

—¿Dónde está tu padre, Adam?

—No lo sé.

—Tendría que estar aquí.

Hinton recogió las riendas de su caballo y se izó trabajosamente hasta la silla.

—Supongo que es el general quien le retiene —sugirió Adam sin convicción. Había quedado un charco brillante de sangre en la hierba, junto a la gorra caída de Joe Sparrow.

—Pobre Blanche —dijo Adam—. Quitamos a Joe de la escuadra de abanderados porque pensamos que estaría más seguro en las filas de una compañía.

Pero Hinton no le escuchaba. Miraba al este, al lugar en el que había aparecido un jinete en la cresta de la colina.

—¿No es ése Starbuck? ¡Sí que lo es, por Dios!

Adam se volvió y, para su asombro, vio a Starbuck que galopaba hacia la Legión. Y por un segundo creyó que se trataba de un fantasma, pero luego comprobó que era en efecto su amigo, del que aún no hacía tres horas se había despedido después de enviarlo de vuelta al norte, con su propia gente, y que volvía ahora sin la guerrera, pálido, precipitado y urgente.

—¿Dónde está tu padre? —le gritó Starbuck.

—No lo sé, Nate. —Adam había cabalgado al encuentro de su amigo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Dónde está Pecker?

El tono de voz de Starbuck era seco, práctico, sin sintonía con el ambiente melancólico que reinaba después de la muerte de Sparrow.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nate? —preguntó Adam otra vez, al tiempo que espoleaba a su caballo para seguir a Starbuck—. ¿Nate?

Pero Starbuck hacía ya galopar a su montura delante de la Legión formada hasta el lugar donde el mayor Bird aguardaba junto a las banderas, que colgaban lacias en el aire sin viento.

—¡Señor!

Starbuck tiró de las riendas al llegar delante de Bird. Bird parpadeó al ver al jinete.

—¿Starbuck? ¡Me habían dicho que te licenciara! ¿Estás seguro de que debes estar aquí?

—Señor. —Nathaniel Starbuck habló en tono afectado y formal—. Me envía el coronel Evans, señor. Desea que avancemos hacia el camino de Sudley. El enemigo ha cruzado el río por la iglesia de Sudley, y marcha en esta dirección.

Pecker Bird parpadeó de nuevo y observó que Starbuck se había expresado con una calma notable, lo cual, supuso, era un síntoma perverso del nerviosismo del muchacho; y luego Bird pensó en lo asombrosamente bien que todo el mundo desempeñaba su papel de militar en esta mañana improbable.

—¿No sería mejor comunicar esas órdenes directamente al coronel Faulconer? —se oyó preguntar Bird a sí mismo, y se asombró al advertir que su inclinación natural era evitar asumir la responsabilidad.

—Si consigo encontrar al coronel, señor, se lo diré. Pero no creo que lleguemos a tiempo, y a menos que nos movamos, señor, no quedará ni rastro de este ejército.

—¿De verdad?

También Bird habló en tono tranquilo, pero sus manos se clavaron en la barba por la tensión del momento. Abrió la boca para hablar de nuevo, pero no emitió ningún sonido. Pensaba que también a él le correspondía desempeñar su papel de militar, ahora que el destino había dejado en sus manos la responsabilidad, pero al instante se le ocurrió la idea pusilánime de que el deber de un soldado era obedecer, y las órdenes del coronel Faulconer habían sido tajantes: debía ignorar cualquier orden que viniera del coronel Nathan Evans. Faulconer estaba en aquel mismo momento intentando negociar el despliegue de la Legión más al sur, donde Beauregard esperaba que se librara la acción principal de la batalla, y en cambio el coronel Nathan Evans quería que la Legión se desplazara más al norte, y aseguraba que el futuro mismo de la Confederación dependía de la obediencia de Bird.

—¡Señor!

Era evidente que Starbuck no estaba tan tranquilo como parecía, porque presionaba al mayor Bird para que tomara una decisión.

Bird ordenó silencio a Starbuck con un gesto. El primer impulso de Thaddeus Bird había sido evitar toda responsabilidad y obedecer ciegamente las instrucciones

de Washington Faulconer, pero ese mismo impulso permitió a Bird comprender por qué razón había cedido su cuñado a los deseos de Miriam y le había nombrado mayor. La razón era que Washington Faulconer estaba convencido de que Bird nunca se atrevería a desobedecerle. Era evidente que el coronel consideraba a Bird una perfecta nulidad que nunca haría sombra a su propia gloria. Lo cierto, y Thaddeus se dio cuenta de pronto de ese hecho, es que a nadie le era permitido competir con Washington Faulconer, y por esa razón el coronel se había rodeado de inútiles como Ridley, y cuando un hombre como Starbuck había demostrado cierta independencia, fue expulsado de inmediato del entorno del coronel. Incluso los escrúpulos de Adam resultaban aceptables para Washington Faulconer, porque le impedían rivalizar con su padre. Washington Faulconer se había rodeado de nulidades precisamente con el objeto de brillar más, y cuando Thaddeus Bird comprendió por fin su intención, decidió desbaratarla. ¡Al demonio con Faulconer, porque Thaddeus Bird no estaba dispuesto a ser considerado un cero a la izquierda!

—¡Sargento mayor Proctor!

—¡Señor!

El sargento mayor avanzó tieso y lleno de dignidad desde su lugar, detrás de la escuadra de abanderados.

—La Legión avanzará de inmediato hasta el cruce de caminos del pie de la colina, sargento mayor, en columna por compañías. Luego tomará el camino que se dirige al norte. —Bird señaló hacia el valle—. Dé las órdenes oportunas, si es tan amable.

El sargento mayor, que sabía exactamente cuánta autoridad se suponía que podía ejercer el mayor Bird en la Legión Faulconer, se irguió en toda su impresionante estatura.

—¿Son órdenes del coronel, mayor, señor?

—Son órdenes de su oficial superior, sargento mayor Proctor. —Ahora que Bird había tomado a una decisión, parecía estar disfrutando, porque su cabeza se balanceaba atrás y adelante y su boca delgada se curvaba en una mueca irónica—. Avanzaremos siguiendo la carretera de Sudley, que es ese camino de tierra que se ve al otro lado del cruce. —Bird señaló de nuevo hacia el norte, y miró a Starbuck en busca de confirmación—. ¿Es correcto?

—Sí, señor. Y el coronel Evans solicita que nos despleguemos a su izquierda cuando hayamos sobrepasado la siguiente colina.

Starbuck se dio cuenta de que se trataba exactamente del mismo lugar donde Washington Faulconer le había despedido.

—¿No sería preferible, señor...? —dijo el sargento mayor Proctor, en un intento de devolver a su lugar al lunático de Pecker Bird.

—¡Hágalo! —gritó Bird en un acceso repentino de ira—. ¡Cumpla mis órdenes!

Adam Faulconer había seguido a Starbuck hasta el lado del mayor Bird e

intervino ahora para poner calma en la situación.

—¿Qué vas a hacer, tío?

—¡La Legión avanzará en columna por compañías! —gritó el mayor Bird en un volumen de voz sorprendentemente alto—. ¡La compañía A irá delante! ¡Compañías! ¡Atención!

Muy pocos hombres obedecieron la llamada; la mayoría se limitaron a seguir sentados en el suelo, suponiendo que Pecker había perdido los estribos como solía ocurrirle en la escuela si alguien se burlaba de él o provocaba su furia por alguna otra razón. Muchos oficiales apenas podían contener la risa, y algunos, como Ridley, movían la cabeza adelante y atrás para remedarlo.

—Nate —se volvió Adam a su amigo—. ¿Puedes hacer el favor de explicarnos qué está ocurriendo exactamente?

—El enemigo está intentando rodearnos —explicó Nate en voz lo bastante alta para que lo oyeran las compañías más próximas—, y el coronel Evans necesita que este regimiento le ayude a rechazar el ataque. ¡Nosotros y los hombres del coronel Evans somos los únicos que podemos detenerlos, y si no nos movemos ahora mismo la batalla se habrá perdido!

—Y una mierda —intervino Ridley—. Eres un maldito yanqui y estás haciendo el trabajo de un yanqui. No hay ningún enemigo en esa parte.

Adam puso una mano en el hombro de Starbuck para contenerle. Luego miró hacia el norte, al otro lado del camino del portazgo. Nada se movía por allí. Ni siquiera una hoja se agitaba. El paisaje aparecía pesado, soñoliento, desierto.

—Creo que es mejor que nos quedemos aquí —sugirió Adam. El sargento mayor Proctor se apresuró a asentir, y el mayor Bird miró a Starbuck, con una petición de ayuda en sus ojos.

—Yo he visto a los nordistas —dijo Starbuck.

—Yo no me muevo —anunció Ridley, y un murmullo colectivo de asentimiento respaldó su declaración.

—¿Por qué no enviamos a un oficial para que confirme las órdenes de Evans? —sugirió el capitán Hinton para aflojar la tensión. Hinton, como una docena más de oficiales y sargentos, se había unido a la discusión.

—¿No traes órdenes escritas, Nate? —preguntó Anthony Murphy.

—¡No había tiempo para poner nada por escrito! —dijo Starbuck.

Ridley se echó a reír burlón, y Thaddeus Bird pareció inseguro, como si se preguntara si había tomado la decisión correcta.

—¿Dónde está Evans ahora? —preguntó Hinton.

—Está trasladando a sus hombres desde el puente de piedra al camino de Sudley. —Starbuck parecía cada vez más desesperado.

—¿Es ése el camino de Sudley? —el gruñido de Thomas Truslow interrumpió la

discusión.

—Sí —dijo Starbuck. Truslow apuntaba hacia el norte, al otro lado del estrecho valle.

—¿Y has visto a yanquis allí?

—Al otro lado de los vados, sí.

Truslow asintió, pero para decepción de Starbuck no dijo nada más. Un pequeño grupo de jinetes de uniforme gris pasó al galope por el camino del portazgo en dirección a la colina distante, y sus caballos dejaron huellas oscuras en el césped. Los oficiales de la Legión miraron hasta que los jinetes desaparecieron entre los árboles. Aquellos jinetes eran el único signo de que algo podía estar ocurriendo más allá del flanco izquierdo del ejército, pero eran tan pocos que su aparición no aportaba ninguna prueba convincente.

—No quiere decir nada... —dijo Adam, dubitativo.

—Quiere decir que vamos a apoyar al coronel Evans. —Bird había decidido mantener su decisión—, ¡y dispararé contra el primer hombre que desobedezca mis órdenes! —Bird empuñó su revólver Le Mat en la mano derecha, y luego, como si no estuviera del todo convencido de poder llevar a cabo su amenaza, pasó a Starbuck aquella arma de aspecto brutal—. Dispare usted, teniente Starbuck, es una orden. ¿Me ha entendido?

—¡A la perfección, señor!

Starbuck se dio cuenta de que la situación estaba dando un giro desastroso y se escapaba de sus manos, pero no sabía qué hacer para restablecer la cordura. La Legión necesitaba desesperadamente un mando, pero el coronel había desaparecido y no parecía haber nadie adecuado para sustituirle. El propio Starbuck era un norteño y un simple subteniente, si es que aún lo era, mientras que Thaddeus Bird era el hazmerreír de todos, un maestro de escuela rural disfrazado con el vistoso uniforme de un militar; y sin embargo, sólo Bird y Starbuck eran conscientes de lo que debía hacerse, y ni el uno ni el otro podían imponer su voluntad al regimiento; ahora Starbuck empuñaba la fea pistola consciente de que no se atrevería nunca a utilizarla.

El mayor Bird dio tres pasos al frente. Su aspecto resultó aún más ridículo cuando dio tres zancadas gigantescas, que a él sin duda le parecieron solemnes pero que recordaban más los gestos de un payaso al subir al escenario montado en unos zancos. Se volvió y ordenó atención.

—¡La Legión formará en atención! ¡En pie!

Poco a poco, a regañadientes, los hombres se levantaron. Cargaron al hombro sus mochilas y recogieron sus rifles de la hierba. Bird esperó, y luego ladró la siguiente orden:

—La Legión avanzará en columna por compañías. ¡Compañía A! ¡Derecha! ¡Paso ligero!

Ningún soldado se movió. Se habían levantado, pero no estaban dispuestos a moverse de la ladera. La compañía A miró hacia el capitán Hinton a la espera de alguna indicación, pero Hinton se sentía confuso y no hizo ningún intento por cumplir la orden. Thaddeus Bird tragó saliva, y miró a Starbuck. La pistola pesaba como el plomo en la mano de Starbuck.

—¿Teniente Starbuck? —La voz del mayor Bird fue apenas un gañido.

—¡Oh, tío Thaddeus, por favor! —intervino Adam.

Los hombres estaban al borde de la risa histérica, por el anticlímax del apelativo familiar utilizado por Adam, y habría bastado tan sólo una sílaba más para provocar las carcajadas cuando una voz áspera, tan repentina y siniestra como el zumbido de los proyectiles que cruzaban el cielo, sobresaltó a la Legión y cambió de golpe su estado de ánimo.

—¡Compañía K! ¡Armas al hombro!

Truslow se había dirigido hacia la izquierda de la Legión en formación, y ahora gritó la orden. La compañía K saltó como un resorte para obedecerle.

—¡Detrás de mí! —gritó—. ¡De frente! ¡Marchen!

La compañía K salió del cuadro de formación y marchó colina abajo. Truslow, ceñudo y con cara de vinagre, no miró a derecha ni a izquierda, sino que marcó el paso con su zancada suelta y deliberada de hombre de campo. El capitán Roswell Jenkins, al mando de la compañía, galopó detrás de él, pero sus protestas a Truslow fueron ignoradas olímpicamente. Hemos venido aquí a luchar, parecía decir Truslow con su actitud, así que, por el amor de Dios, vamos a mover el culo y a luchar ya.

El capitán Murphy, al mando de la compañía D, dirigió una mirada interrogadora a Starbuck. Starbuck movió afirmativamente la cabeza, y esa simple señal bastó a Murphy.

—¡Compañía D! —gritó, y los hombres ni siquiera esperaron su orden de avanzar, sino que siguieron sin dudarlos a los hombres de Truslow. El resto de la Legión les imitó. El sargento mayor Proctor miró furioso a Adam, que se encogió de hombros, y el mayor Bird, al ver que por fin sus órdenes eran obedecidas, gritó a los rezagados que se movieran.

Ridley, furioso, hizo dar la vuelta a su caballo en busca de aliados, pero ya toda la Legión Faulconer marchaba hacia el oeste, encabezada por un sargento, y los oficiales corrían a ponerse al frente de sus hombres. Starbuck, el hombre que había provocado aquella marcha hacia el norte, se volvió ahora a gritar a Adam:

—¿Dónde demonios está mi guerrera?

Adam hizo pasar su caballo por entre los músicos de la banda, que componían una cacofonía de redobles y graznidos al apretar el paso para no descolgarse del avance de la Legión.

—¡Nate! —dijo Adam, desolado—. ¿Qué has hecho?

—Ya te lo he dicho, los federales están tomándonos la espalda y la suerte del ejército depende de nosotros. ¿Sabes dónde está mi guerrera?

Starbuck desmontó junto al cadáver de Joe Sparrow. Recogió el rifle del joven y desabrochó el cinto del muchacho muerto, con su cantimplora, su canana de cartuchos y la caja de los fulminantes.

—¿Qué haces? —preguntó Adam.

—Me estoy armando. Estoy perdido si me paso el resto del día sin un arma. Aquí la gente se está matando entre sí.

Starbuck lo dijo con la intención de hacer una broma amarga, pero el tono ligero que empleó hizo que sus palabras sonaran brutales.

—¡Pero padre te mandó de vuelta a tu casa! —protestó Adam.

Starbuck se volvió a mirar a su amigo con furia.

—Tú no puedes dictarme mis lealtades, Adam. Descubre cuáles son las tuyas, y déjame las mías a mí.

Adam se mordió el labio, y luego se revolvió en su silla.

—¡Nelson! ¡Trae la guerrera y las armas del señor Starbuck!

El ordenanza del coronel, que había estado esperando junto a las tiendas y el equipaje apilado de la Legión, trajo a Starbuck su viejo sable, su pistola y su guerrera. Starbuck le dio las gracias con un gesto, se puso la guerrera y tomó el cinto del sable con la pesada pistola.

—Creo que ahora estoy demasiado armado —dijo, mirando su propio revólver, el rifle de Joe Sparrow y el revólver Le Mat del mayor Bird. Dejó a un lado el rifle e hizo una mueca al examinar el Le Mat—. Tiene un aspecto repugnantemente brutal, ¿verdad?

El revólver tenía dos cañones, el superior de ánima rayada para balas, y el inferior liso para disparar cartuchos de escopeta. Starbuck abrió el arma y se echó a reír; luego hizo ver a Adam que las nueve cámaras del tambor estaban vacías. El cañón inferior estaba cargado con un cartucho, pero el martillo, cuya posición variaba en función del cañón que se quisiera disparar, estaba colocado hacia arriba, y habría percutido en una de las cámaras vacías.

—No está cargado —dijo Starbuck—. Pecker jugaba de farol.

—¡Ahora no está faroleando! —protestó Adam, y señaló la Legión de su padre, que marchaba ya a media ladera de la colina—. ¡Mira lo que has hecho!

—¡Adam! ¡Por el amor de Cristo, he visto a los yanquis! Vienen directamente contra nosotros, y si no los paramos aquí la guerra habrá terminado.

—¿No es eso lo que queremos? —preguntó Adam—. Una batalla, me prometiste, y luego llegará el diálogo.

—Ahora no, Adam.

Starbuck no tenía tiempo ni paciencia para los escrúpulos de su amigo. Se

abrochó el cinto con el sable y la pistolera por encima de la guerrera y montó a caballo en el momento en que Ridley volvía al galope hacia la cresta de la colina.

—Me voy a buscar a tu padre, Adam —dijo Ridley, ignorando a Starbuck.

Adam miró hacia el valle por el que sus amigos y vecinos marchaban en dirección norte.

—¿Nate? ¿Estás seguro de haber visto a los nordistas?

—¡Maldita sea, los he visto, Adam! Después de despedirnos. Estaban al otro lado de los vados de Sudley, marchando en esta dirección. ¡Me dispararon, Adam, me persiguieron! No me lo imaginaba.

La persecución había sido breve y confusa, en medio del bosque, y los soldados nordistas la abandonaron cinco minutos antes de que Starbuck fuera capturado por los dos hombres de la caballería de Luisiana, que se negaron a cruzar el vado para comprobar la verdad de lo que Starbuck les contaba.

—Está mintiendo —dijo Ridley con calma, pero palideció cuando Starbuck se volvió a mirarle.

Starbuck no contestó a Ridley. Pensaba que iba a matar a aquel hombre, pero no delante de Adam. Lo haría en el caos de la batalla, sin testigos que pudieran acusarle de asesinato.

—Los yanquis se están acercando desde Sudley —dijo Starbuck, dirigiéndose de nuevo a su amigo—, y no hay nadie más que pueda detenerlos.

—Pero... —Adam parecía incapaz de darse cuenta de la enormidad de lo que Starbuck decía, que aquel flanco izquierdo del ejército rebelde estaba realmente amenazado, y que su confiado, rico e influyente padre se había equivocado de medio a medio.

—Son las Termopilas otra vez, Adam —le dijo Starbuck en tono amable—. Piensa en las Termopilas.

—¿Eso qué es? —preguntó Ridley. Ridley nunca había oído hablar de las Termopilas, el lugar donde los persas de Jerjes rodearon a los griegos de Leónidas con una marcha secreta de flanco, ni de cómo los trescientos espartanos se sacrificaron para que los demás griegos pudieran reorganizarse. Nathan Evans resultaba un héroe griego inverosímil, pero hoy desempeñaba el papel de espartano y Adam, por el contexto clásico de aquel aprieto, se hizo cargo al instante de que los arrendatarios y vecinos de su padre marchaban para convertirse en héroes, y que sencillamente él no podía dejarlos solos. Un Faulconer tenía que estar allí, y ya que su padre estaba ausente, era obligación de Adam permanecer al lado de ellos.

—No nos queda más remedio que luchar, ¿no es así? —dijo Adam, aunque con desánimo.

—¡Tienes que venir a buscar a tu padre! —insistió Ridley.

—No. Tengo que ir con Nate —dijo Adam.

Ridley sintió que recorría su cuerpo un escalofrío de triunfo. El príncipe de la corona se estaba decantando del lado del rey enemigo, y él iba a poder reemplazarlos a los dos. Ridley hizo dar la vuelta a su caballo.

—Voy a buscar a tu padre —gritó, mientras picaba espuelas y su montura saltaba por encima del cuerpo de Joe Sparow.

Adam miró a su amigo y se estremeció.

—Estoy asustado —dijo.

—Y yo —dijo Starbuck, y pensó en la pierna que voló sobre el camino dejando un reguero de sangre—. Pero también lo están los yanquis, Adam.

—Supongo que lo están —dijo Adam, y chascó la lengua para hacer avanzar a su caballo. Starbuck le siguió con mayor torpeza en *Pocahontas*, y los dos amigos bajaron la colina para seguir a la Legión al norte. Por encima de ellos, un obús dejó una estela de humo en el cielo límpido del verano, cayó al suelo y estalló en algún lugar en medio del bosque.

Todavía no eran las nueve de la mañana.

* * *

Avanzar en columna por compañías no fue la inspiración más feliz del mayor Bird, pero pensó que era la forma más rápida de mover a la Legión, y por eso lo había ordenado. Las compañías avanzaron en columna de a cuatro en fondo, y cada hilera comprendía diecinueve o veinte hombres, según los efectivos de cada compañía, de modo que las diez compañías componían una columna larga y gruesa con la escuadra de abanderados en el centro y la banda de música y el doctor Danson a retaguardia.

El problema era que la Legión nunca había ensayado sus maniobras en un lugar distinto de los prados llanos de Faulconer Court House, y ahora marchaban por un terreno lleno de incómodas zanjas, alambradas, arbustos, charcos, lomas y zarzas, arroyos y bosquecillos impenetrables. Consiguieron cruzar en formación aceptable el camino del portazgo, pero los árboles en torno a la casa de piedra y las alambradas de los pastos que se extendían detrás hicieron perder su cohesión a las compañías y, de forma muy natural, los hombres prefirieron utilizar el camino, de modo que la columna por compañías se convirtió en una línea desordenada de hombres apelotonados en el camino, que avanzaban en dirección a los árboles que coronaban la cresta de la colina situada más allá.

Pero por lo menos los hombres estaban alegres. A la mayoría les encantaba moverse por fin, y más aún haber escapado de la ladera rasa en la que las bombas enemigas iban a caer con tanta regularidad, de modo que la mañana adquirió una atmósfera festiva como la de los días gozosos de instrucción en Faulconer County. Bromeaban mientras trepaban por la colina, y alardeaban de lo que iban a hacer con

los yanquis que sólo a medias esperaban encontrar en la otra vertiente de la colina. Muchos de los hombres sospechaban que Pecker Bird lo había hecho todo mal, y que el coronel le retorcería el maldito gajnate cuando volviera de su reunión con el general, pero era el problema de Pecker, no el de ellos. Nadie comunicó esas sospechas a Truslow, el hombre que había iniciado la marcha y que ahora conducía en silencio a la Legión hacia el norte.

Starbuck y Adam hicieron galopar a sus caballos al lado de la columna hasta encontrar a Thaddeus Bird, que caminaba a largas zancadas junto a la escuadra de los abanderados. Starbuck se inclinó peligrosamente en la silla para tender al mayor Bird el enorme revólver Le Mat.

—Su pistola, señor. ¿Sabía que no estaba cargada?

—Por supuesto que no estaba cargada. —Bird cogió la pistola que le tendía Starbuck—. ¿Pensabas de verdad que yo quería que mataras a alguien? —cacareó Bird, y luego se volvió a mirar a los rezagados que avanzaban en desorden por el camino de tierra hacia los bosques. ¿Era ésta la fuerza de élite de Washington Faulconer? ¿La Guardia imperial de Faulconer? La idea hizo soltar una carcajada a Bird.

—¿Señor? —preguntó Starbuck, creyendo que Bird había dicho algo.

—Nada, Starbuck, nada. Salvo que sospecho que deberíamos avanzar en un orden más aguerrido.

Starbuck señaló al frente, hacia el lugar donde un pedazo de cielo visible prometía un claro en el lado más alejado del espeso cinturón de bosque que ceñía la línea de lomas.

—Hay terreno despejado en la cresta de la colina, señor. Allí podrá colocar a los hombres en línea.

Bird advirtió en ese momento que Starbuck ya había recorrido este camino cuando el coronel intentó librarse de él.

—¿Por qué no te marchaste cuando Faulconer te dio la oportunidad? —preguntó a Starbuck—. ¿De verdad quieres luchar por el Sur?

—Sí, eso es lo que quiero.

Pero no había tiempo de explicar lo quiijotesca que era esa convicción, ni por qué el hecho de ver a los leñadores en el bosque había precipitado su repentina decisión. No era una opción racional, lo sabía, sino más bien una revuelta contra su familia, y Starbuck se maravilló de pronto de la forma como la vida presenta esas opciones, y de la despreocupación con que se adoptan a pesar de que la decisión resultante puede cambiar radicalmente todo el futuro de un hombre, hasta la tumba incluso. ¿Cuántos acontecimientos de la historia, se dijo, habían sido fruto de esas decisiones improvisadas? ¿Cuántas decisiones importantes habían sido tomadas únicamente por orgullo, o por lujuria, o incluso por pereza? Toda la religión de Starbuck, toda su

educación, le habían enseñado que la vida responde a un plan y a un propósito divino para la existencia del hombre, pero esta mañana había dado un puntapié a esa idea y la había expulsado del firmamento de Dios, y en opinión de Starbuck el resultado había sido que su mundo era un lugar mejor y más luminoso.

—Puesto que estás de nuestro lado —dijo Thaddeus Bird desde la altura del estribo izquierdo de Starbuck—, ¿puedes adelantarte y ordenar a los hombres que se detengan al llegar a la zona despejada que me has prometido? Prefiero que no entremos en batalla como un rebaño de pecadores abrumados por el arrepentimiento.

Indicó a Starbuck que avanzara con un floreo de su pistola Le Mat.

Cuando Starbuck llegó a la cabeza de la columna, el sargento Truslow ya había ordenado a sus hombres salir del camino. La compañía K había llegado a la cresta de la loma en la que Starbuck había sido expulsado de la Legión por el coronel, y allí el bosque dejaba paso a una larga y suave pendiente de pastos, despejada de árboles. Truslow estaba alineando a sus hombres en dos filas, frente a una cerca de alambre colocada para impedir que las vacas salieran del prado y se perdieran en el bosque. El oficial al mando de la compañía K no aparecía por ninguna parte, pero Truslow no necesitaba oficiales. Necesitaba blancos sobre los que disparar.

—¡Aseguraos de que tenéis las armas cargadas! —gritó a sus hombres.

—¡Sargento! ¡Mire!

En el flanco derecho de la compañía, un hombre señalaba una horda de soldados vestidos con un uniforme extraño que había aparecido de pronto en el campo abierto, entre los árboles. Aquellos hombres vestían camisas rojas ablusadas, voluminosos pantalones blancos y negros embutidos en polainas blancas, y gorros rojos colgantes rematados por unas borlas azules. Era un regimiento de zuavos, uniformados al estilo de la famosa infantería ligera francesa.

—¡No les hagáis caso! —aulló Truslow—. ¡Esos payasos son de los nuestros! —Había visto la bandera confederada en el centro de aquellas tropas con sus estrambóticos uniformes—. ¡De frente! —gritó.

Más hombres de la Legión salían del camino y empezaban a formar a la derecha de la compañía de Truslow, mientras que los oficiales, sin saber muy bien qué era exactamente lo que estaba ocurriendo ni quién dirigía aquel repentino despliegue, hablaban excitados entre ellos en el límite del bosque. El mayor Bird gritó a los oficiales que se incorporaran a sus compañías, y luego volvió la vista a la derecha y vio que más tropas confederadas salían de entre los árboles para cubrir el amplio espacio entre la Legión y los brillantes uniformes de los zuavos. Los recién llegados iban vestidos de gris, y su llegada significaba que se estaba formando apresuradamente una línea defensiva en el límite norte del bosque, frente a una amplia franja de terreno despejado que descendía suavemente desde la alambrada dispuesta en zigzag, y pasando por una granja con su almiar, hasta el lugar donde otra

zona arbolada ocultaba los vados de Sudley. La larga pendiente despejada parecía idónea para los rifles de los defensores, un campo de muerte iluminado por un sol despiadado.

En su caballo gris prestado, el coronel Evans se acercó al galope hasta donde la legión Faulconer se ocupaba todavía en formar sus filas.

—¡Buen trabajo, Boston! ¡Buen trabajo! —saludó a Starbuck, y luego dio más énfasis a su bienvenida yendo a colocar su caballo junto al de norteño y dándole una fuerte palmada en la espalda—. ¡Buen trabajo! ¿Está aquí el coronel Faulconer?

—No, señor.

—¿Quién está al mando?

—El mayor Bird. Junto a las banderas, señor.

—¡Bird! —Evans hizo dar un brusco giro a su caballo, de modo que los cascos removieron el suelo y lo salpicaron de pellas arrancadas de la hierba—. Tenemos que parar a los bastardos aquí. Esto tiene que convertirse en el infierno de los bastardos. —Su caballo se había detenido nervioso, piafando y tembloroso. Evans examinó la larga pendiente despejada encarada al norte—. Si vienen... —añadió, en voz baja. Su mano izquierda tamborileaba nerviosa en su muslo. El ayudante alemán con el «barrelito» de whisky fue a colocarse detrás del coronel, y lo mismo hicieron una docena de oficiales de su Plana Mayor y un abanderado que enarbolaba la bandera del palmito de Carolina del Sur—. Vienen hacia aquí dos cañones —dijo Evans a Bird—, pero no hay más infantería, de modo que con lo que tenemos habremos de apechugar con lo que venga hasta que Beauregard despierte y se entere de lo que está pasando. Esos fulanos tan vistosos —señaló a los zuavos con un gesto— son los Tigres de Luisiana de Wheat. Sé que parecen putas en un picnic, pero Wheat dice que son unos hijos de puta fiables en una batalla. Los que están más cerca son el regimiento de Carolina del Sur de Sloan, y me consta que lucharán bien. Les he prometido a todos carne de yanqui para la cena. ¿Cómo están sus muchachos?

—Impacientes, señor, impacientes.

El mayor Bird, jadeante y sofocado después de la marcha a paso ligero, se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello largo y ralo. Tras él, los sedientos hombres de la Legión vaciaban sus cantimploras.

—Vamos a enseñarles el infierno a esos bastardos comemierda, eso vamos a hacer —dijo Evans, y volvió a mirar hacia el norte, pero nada se movía en aquel paisaje desierto, ni siquiera un soplo de viento agitaba los árboles lejanos entre los que desaparecía el camino hacia los vados bajo la espesa cubierta de follaje. Se divisaba un pequeño grupo de hombres, mujeres y niños junto a la iglesia de Sudley, en lo alto de la colina que se alzaba a la izquierda del camino, y Evans supuso que eran feligreses que acudían a la iglesia sólo para descubrir que el servicio de Dios había sido desplazado por la guerra. A la espalda de Evans, amortiguados ahora por la

distancia, tronaban los cañones nordistas y hacían vibrar el aire caluroso e inmóvil. Evans había dejado sólo a cuatro compañías incompletas en el puente de piedra, una fuerza muy débil para resistir un ataque decidido de los yanquis a lo largo del camino del portazgo, y de pronto sintió un miedo terrible de haber sido engañado y de que el anunciado ataque de flanco fuera una finta, una trampa, un espejismo para despojar el puente de piedra de sus defensores, de modo que los malditos yanquis podrían poner fin a la guerra con una sola acometida. ¿Y dónde diablos estaba Beauregard? ¿O los hombres del general Johnston, de los que corrían rumores de que habían llegado del valle del Shenandoah? «Por Cristo en la cruz —pensó Evans—, esta guerra es una agonía». Evans había combatido a los comanches en sus años de milicia, pero nunca se había visto obligado a una decisión tan precipitada como la que acababa de tomar, una decisión que dejaba el flanco norte del ejército confederado peligrosamente débil. ¿Le señalaría la Historia como el bobo cuya estupidez había brindado en bandeja una victoria fácil a los nordistas?

—¡Boston!

Evans se volvió en redondo en su silla de montar para mirar a Starbuck, ceñudo.

—Señor.

—No me has mentado, chico, ¿verdad?

Evans recordó el mensaje del espantapájaros e intentó convencerse de que había hecho lo correcto, pero Dios del cielo, ¿qué es lo que había hecho? Muy lejos, a su espalda, fuera de su campo de visión, más allá de los árboles y del camino del portazgo, tronaban las bombas al estallar en la tierra desierta que había dejado desguarnecida.

—¿Me has mentado, chico? —gritó a Starbuck—. ¿Me has mentado?

Pero Starbuck no respondió. Starbuck ni siquiera miraba al coronel de mirada feroz. Su vista estaba clavada en el extremo de la larga pendiente despejada, en los árboles lejanos por entre los cuales los nordistas empezaban por fin a aparecer. Fila tras fila de hombres con el sol arrancando destellos de las hebillas de sus cinturones y de los galones de sus gorras, de los cañones de sus rifles, de las vainas de sus sables y de las bocas pulidas de su artillería, para inundar de luz con su reflejo al ejército de los justos, venido a restaurar el gobierno de Dios en todo el país.

La trampa del Norte estaba tendida. Cuatro brigadas de infantería apoyadas por la mejor artillería de campaña de América del Norte habían penetrado en la desguarnecida retaguardia de las fuerzas rebeldes, hasta el lugar donde una improvisada fuerza sudista, dirigida por un deslenguado bebedor de whisky, era el único obstáculo que se interponía entre ellos y la victoria. Ahora bastaba sólo una carga furiosa, y la rebelión de los esclavistas quedaría como una simple nota a pie de página de la historia, una anécdota para olvidar, una locura de verano que pasaría y se desvanecería como el humo bajo una súbita ventolera.

—Dios te bendiga, Boston —dijo Evans, porque, después de todo, Starbuck no le había mentado, y habría lucha.

Capítulo 12

Los yanquis atacaron de inmediato, sin preámbulos, con decisión. La marcha de flanco iniciada antes del amanecer se había demorado varias horas más de lo esperado por sus comandantes, y ahora su tarea consistía en golpear duro y rápido la retaguardia rebelde, antes de que los sudistas tuvieran tiempo de comprender qué era exactamente lo que estaba sucediendo.

Los tambores marcaron el ritmo cuando los primeros regimientos nordistas se desplegaron en línea de ataque y los cañones fueron desmontados de sus cureñas en los flancos de la formación asaltante. Algunos cañones fueron colocados en el camino de tierra y otros en la granja situada al pie de la pendiente, y desde allí enviaron los primeros proyectiles contra la linde del bosque, donde les esperaba la tenue línea defensiva confederada. Los yanquis se sentían confiados. Habían esperado encontrar defendidos los vados de Sudley, y luego medio se temieron que los sudistas hubieran fortificado un apeadero ferroviario sin terminar situado al otro lado de los vados, pero no tropezaron con la menor resistencia en su profunda penetración en la retaguardia rebelde. La sorpresa de su ataque parecía total, la ineptitud de los comandantes sudistas completa, y ahora todo lo que se alzaba entre las fuerzas federales y la victoria era aquella mísera línea de granjeros rebeldes apostados en el límite del bosque a lo largo de la cresta de una colina.

—¡Directos a Richmond, muchachos! —gritó un oficial cuando comenzó el asalto a la suave pendiente, y detrás de los uniformes azules de la infantería una banda regimental atacó la melodía de «John Brown Body», como si el fantasma de aquel irascible mártir antiguo estuviera presente en persona para presenciar cómo los dos regimientos de cabeza, ambos de Rhode Island, desbarataban la frágil resistencia rebelde.

Más tropas nordistas surgieron de los bosques detrás de los asaltantes de Rhode Island. Hombres de Nueva York y de Nueva Hampshire se unieron al ataque, mientras desde la artillería emplazada en los flancos se elevaban nubes de humo de un blanco grisáceo. Por debajo del humo de los disparos, los gases comprimidos quemaron la hierba alta en un área en forma de abanico delante de las bocas de las piezas, mientras las bombas sobrevolaban la ladera. Algunos proyectiles siguieron una trayectoria demasiado alta y fueron a estrellarse en las ramas de los árboles por encima de la línea confederada, provocando una lluvia de ramas rotas y de hojas que cayó sobre los músicos, los capellanes, los ordenanzas y los auxiliares médicos acurrucados en la retaguardia. Un regimiento de tropas regulares del ejército de la Unión surgió de entre los árboles, pasó de la formación en columna a desplegarse en línea, caló las bayonetas y avanzó ladera arriba junto a los regimientos de Nueva York y de Nueva Inglaterra.

El coronel Evans había vuelto al galope hasta el centro de la línea defensiva, donde los hombres de Carolina del Sur del coronel Sloan esperaban agazapados en el límite del bosque para ofrecer un blanco menor a la artillería enemiga. Algunos batidores rebeldes se habían adelantado más allá de la alambrada, y disparaban sus rifles contra los yanquis que avanzaban, pero Starbuck, que los observaba montado a caballo resguardado detrás de los primeros árboles, no vio que el tiroteo causara bajas. El enemigo siguió su poderoso avance, al ritmo de la música de las distantes bandas nordistas y del redoble de los tambores que avanzaban junto a las compañías, estimulados por la proximidad de la gloriosa victoria que les esperaba en lo alto de la colina, adonde había llegado ya el primero de los dos viejos cañones de Nathan Evans. El cañón fue apresuradamente desmontado de su cureña, colocado en posición, y disparado. El proyectil voló colina abajo, rebotó en la hierba, pasó por encima de las cabezas de los hombres de Rhode Island y se perdió sin causar daños entre los árboles de la parte baja de la ladera. Una granada nordista quedó corta. El ruido de la explosión fue sobrecogedor, como si el universo entero con la materia que lo compone se hubiera partido en dos. Hubo un torbellino de humo y fragmentos que zumbaban al salir despedidos. Starbuck se estremeció. El fuego de la artillería en el puente de piedra había sido atemorizador, pero éste era mucho peor. Estos artilleros apuntaban directamente a la Legión, y sus proyectiles silbaban como demonios al pasar sobre sus cabezas.

—¡Batidores! —llamó el mayor Bird con voz temblorosa. Volvió a intentarlo, y esta vez consiguió hablar en un tono más firme—. ¡Batidores! ¡Adelante!

Las compañías A y K, desplegadas en los dos flancos de la Legión, saltaron torpemente la alambrada y avanzaron hacia el prado. Los hombres corrían estorbados por los rifles, las bayonetas enfundadas, los cuchillos de caza, las mochilas, las cantimploras, y las bolsas de munición y de fulminantes que colgaban de sus cinturones. Se desplegaron en una línea irregular, unos cien pasos por delante de la Legión. Su tarea consistía en neutralizar primero a los batidores enemigos, y tirotear luego a la línea principal de asaltantes. Los fusileros abrieron fuego, y cada hombre apostado rodilla en tierra quedó envuelto en una pequeña nube de humo. El sargento Truslow iba de un hombre a otro, en tanto que el capitán Roswell Jenkins, a caballo, disparaba su revólver contra los aún distantes nordistas.

—¡Aseguraos de que vuestras armas están cargadas! —gritó el mayor Bird a las ocho compañías restantes. Un poco tarde llegaba semejante advertencia, pero aquella mañana nada parecía ajustarse a la lógica. ¿Thaddeus Bird, el maestro de escuela, al mando de un regimiento en una batalla? La idea le hizo soltar una risita que mereció una mirada de desaprobación del sargento mayor Proctor. Los yanquis se encontraban aún a unos quinientos pasos de distancia, pero ahora se acercaban más deprisa. Los oficiales nordistas habían desenvainado sus sables. Unos los mantenían en alto, en un

esfuerzo por mostrarse formalmente dignos, pero otros segaban con ellos los cardos y los dientes de león como si hubieran salido de paseo un domingo cualquiera por la tarde. Unos pocos iban montados en caballos nerviosos. Un caballo, espantado por el cañoneo, se desbocó y cruzó encabritado con su jinete por delante del frente asaltante nordista.

Starbuck, con la boca seca y lleno de aprensión, recordó que su pistola Savage, que a primera hora de la mañana había devuelto al coronel Faulconer y acababa de recuperar, aún estaba descargada. Sacó la pesada arma de su pistolera y soltó el cierre del tambor, dejando a la vista las cámaras vacías. Tomó seis cartuchos envueltos en papel de la bolsa de su cinturón. Cada cartucho contenía una bala cónica y su carga de pólvora. Mordió el primer cartucho para extraer la bala, y probó en su lengua el gusto acre y salado de la pólvora; luego vertió con cuidado la pólvora en una de las cámaras del tambor. *Pocahontas*, picada por un tábano, relinchó de pronto y se movió hacia un lado, haciendo que Starbuck derramara un poco de pólvora sobre su silla.

Maldijo a la yegua, y al hacerlo la bala que tenía sujeta entre los dientes se le escapó, rebotó en la silla de montar y cayó en la hierba. Volvió a maldecir, vació de pólvora la cámara del tambor y mordió otra bala. Esta vez, al empezar a verter la carga, se dio cuenta de que le temblaba la mano y le pareció que había dos cámaras en vez de una bajo el pico de papel rasgado. Lo veía todo borroso, y la mano se agitaba sin control.

Levantó la vista hacia el avance enemigo. Por encima de las tropas, extrañamente nítida en contraste con los contornos borrosos de todo lo demás, vio la bandera de las barras y estrellas, su propia bandera, y de pronto Starbuck supo que no había decisiones fáciles, ni encrucijadas de la vida que pudieran tomarse sin pensar. Miró la lejana bandera, y supo que no iba a poder disparar contra ella. Su bisabuelo MacPhail había perdido un ojo en Breed's Hill y más tarde, luchando a las órdenes de Paul Revere en Penobscot Bay, perdió también la mano derecha en defensa de aquella misma honrosa bandera, y al pensarlo se le formó a Starbuck un nudo en la garganta. «¡Dios —se dijo—, yo no tendría que estar aquí! ¡Ninguno de nosotros tendría que estar aquí!» De pronto comprendió todos los argumentos de Adam contra la guerra, toda la desazón de Adam porque aquel país glorioso se veía abocado a la guerra, y contempló con añoranza la bandera lejana sin darse cuenta de que las balas de los primeros batidores yanquis menudeaban ya sobre su cabeza, ni de la granada que acababa de estallar justo delante de la alambrada, ni de los gritos roncós de los sargentos de Rhode Island que conminaban a sus hombres a mantenerse en línea con sus compañeros al avanzar. Starbuck se desentendió de todo aquello sentado en la silla de montar, tan agitado que su mano temblorosa volcó de nuevo la pólvora en su muslo.

—¿Te encuentras bien? —Adam había aparecido a su lado.

—La verdad es que no.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Adam, severo.

—Sí.

Starbuck cerró el feo revólver aún descargado, con manos temblorosas. Toda su vida le parecía de repente trivial, malgastada, echada a perder. Había pensado aquella misma mañana que la guerra iba a ser una gran aventura, un desafío que arrojar a la cara de su padre y una historia que contar a Sally, pero resultaba ser algo mucho más terrible e inesperado, como si al levantarse el telón en una farsa teatral dejara ver de pronto un atisbo de los horrores de un infierno envuelto en llamas retorcidas. «Dios mío —pensó—, puede que hoy mismo esté muerto. Puede que me entierren en la linde de este bosque».

—Había una mujer —balbuceó.

—¿Mujer? —Adam frunció la frente sin comprender.

—En Richmond.

—Oh. —Adam se sintió incómodo por la confesión de Starbuck, pero también conmovido—. Padre lo adivinó enseguida —dijo—, pero no entiendo por qué lo arriesgas todo por...

Calló, quizá porque no podía encontrar las palabras adecuadas, o tal vez porque una bomba impactó de pronto en el tronco de un árbol, arrancando limpiamente un pedazo reluciente de madera viva del bosque, y manchando las sombras con su mugriento humo sulfuroso. Adam se pasó la lengua por los labios.

—Tengo sed.

—Y yo.

Starbuck se preguntó por qué razón había hecho aquella confesión. Los yanquis seguían avanzando, implacables. «Dentro de unos minutos —pensó—, minutos tan sólo, tendremos que luchar». Todos sus gestos de desafío habían venido a desembocar en esta pradera calurosa. Vio tambalearse a un oficial nordista, soltar de pronto su sable y dejarse caer de rodillas en la hierba. Un batidor enemigo dio cinco pasos a la carrera, hincó la rodilla para hacer puntería, se dio cuenta entonces de que se había dejado atrás la baqueta, y volvió a buscarla entre la hierba alta. Un caballo sin jinete correteaba por la ladera. El ritmo de los tambores se había hecho más sincopado, pero los nordistas seguían avanzando. Una bala silbó junto a la cabeza de Starbuck. Una de las bandas nordistas tocaba «The Star-Spangled Banner» y la música hizo asomar lágrimas a los ojos y a la conciencia de Starbuck.

—¿Tú no piensas en mujeres? —preguntó a Adam.

—No. —Adam no parecía atender a la conversación, y su mirada estaba clavada en la ladera—. Nunca. —Sus dedos estaban engarfiados en las riendas.

—¿Estáis seguros vosotros dos de que debéis permanecer montados a caballo? —El mayor Bird se acercó con largas zancadas a Adam y Starbuck—. Sentiría perderos.

¿Ya sabes que el joven Sparrow ha muerto? —Hizo la pregunta a Starbuck.

—Vi su cadáver, sí.

—Debería haberse quedado en casa con su madre —dijo el mayor Bird. Su mano derecha aferrada a la barba traicionaba sus nervios—. Blanche sobreprotegía a ese chico hasta un punto ridículo, lo descubrí cuando le dije que ya era capaz de asimilar los logaritmos. ¡Oh, Cristo! —La imprecación del mayor Bird se debió a una repentina descarga cerrada del regimiento vecino de Carolina del Sur, que disparaba por encima de las cabezas de sus propios batidores—. Lo cierto es que conseguí dominar los logaritmos con mucha rapidez —siguió diciendo Bird—, y era de lejos mi mejor alumno en griego. Un chico listo, aunque muy dado a las lágrimas. Demasiado emotivo, ¿sabéis? Pero una gran pérdida, una pérdida terrible. ¿Por qué no se lleva a la guerra en primer lugar a los que no saben leer?

Una nueva batería de artillería emplazada en el flanco derecho del enemigo había abierto fuego, y uno de sus proyectiles cayó en la ladera un centenar de pasos delante de la Legión y rebotó hacia los árboles. Starbuck oyó el desgajarse de ramas sobre su cabeza. Una segunda bomba se hundió en el suelo cerca de la línea de los batidores, y al estallar alzó en el aire la tierra roja junto a una repentina erupción de humo ocre. Algunos batidores empezaron a retirarse hacia los árboles.

—¡Quietos ahí! —rugió Truslow, y no sólo los batidores, sino las restantes ocho compañías de la Legión se inmovilizaron como conejos delante de un gato montés. Las ocho compañías desplegadas en la linde del bosque se alineaban en dos filas, la formación indicada según los libros de táctica que el mayor Pelham y el coronel Faulconer habían utilizado para la instrucción de la Legión. Los libros eran traducciones americanas de manuales franceses de infantería, y recomendaban que los fusileros abrieran fuego a larga distancia para luego rematar al enemigo a punta de bayoneta. El mayor Bird, que había estudiado con asiduidad aquellos manuales, pensaba que eso era una solemne tontería. En la práctica, la Legión había dado pruebas de una puntería mediocre siempre que disparaba sus rifles a más de cien pasos, y Bird no entendía cómo se suponía que iba a desbaratar las líneas enemigas si abría fuego al doble de esa distancia, y a continuación se lanzaba a una carga atolondrada en las fauces mismas de la artillería y el fuego de fusil enemigos. La evasiva respuesta del coronel siempre había sido que la natural belicosidad de sus hombres superaría las dificultades tácticas, pero al mayor Bird ese argumento le parecía problemático y demasiado optimista.

—¿Da su permiso para abrir fuego? —gritó el capitán Murphy de la compañía D.

—¡Esperad aún!

Bird tenía sus propias opiniones sobre el fuego de infantería. Estaba convencido de que la primera descarga era la más destructiva, y que debía esperarse a tener al enemigo al alcance de la mano. Aceptaba el hecho de que carecía de experiencias que

confirmaran esa opinión, contraria a la doctrina tradicional impartida en West Point y probada en la guerra contra México; pero el mayor Bird se negaba a creer que la milicia le exigiera suspender el ejercicio de su inteligencia, y por eso tenía esperanzas fundadas de comprobar lo justo de su teoría esa mañana. De hecho, mientras observaba el avance de las guerreras azules por entre las nubes de humo de pólvora suspendidas sobre los prados, deseó que el coronel Faulconer no reapareciera de pronto para hacerse cargo del mando de la Legión.

El mayor Bird, en contra de todas sus expectativas, estaba empezando a pasarlo bien.

—¿No es hora ya de abrir fuego, tío? —sugirió Adam.

—Prefiero esperar, y de hecho voy a esperar.

La línea de asalto de los yanquis iba perdiendo su orden porque los atacantes se detenían para disparar, cargaban de nuevo sus armas y luego se apresuraban a recuperar su puesto. Las balas minié de los batidores sudistas estaban causando bajas, y las bombas lanzadas por los dos pequeños cañones sudistas hacían por fin horribles estragos en las filas de los asaltantes, dejando sobre la hierba cuerpos destrozados y hombres heridos que gemían y se retorcían en su agonía. Los batidores yanquis tiroteaban a los confederados, pero aquella escaramuza entre batidores era un simple episodio, un trámite obligado según la teoría militar que insistía en que la infantería ligera desplegada delante de una línea de asalto debía debilitar a los defensores con un fuego graneado. El ataque nordista principal llegaba demasiado rápido, y con demasiada fuerza para necesitar la ayuda de la línea de batidores.

Buena parte de la artillería nordista ya no podía distinguir a sus propios hombres del enemigo, de modo que ya no disparaba, aunque los obuses seguían trazando sus parábolas por encima de las filas de los atacantes. Los dos cañones de Evans seguían disparando, pero Starbuck notó una diferencia en el sonido y se dio cuenta de que habían cambiado de munición y ahora disparaban metralla. La metralla consistía en un cilindro de latón relleno de balas de mosquete, que reventaba en la boca del cañón y rociaba las filas enemigas con las balas de plomo, y Starbuck pudo ver el efecto de aquellas latas por los grupos de heridos y muertos tendidos sobre la hierba detrás de la línea de atacantes.

Los tambores seguían marcando el ritmo, y los nordistas daban vítores entusiastas, casi gozosos, mientras avanzaban, como si se tratara de una competición deportiva. La bandera americana más próxima estaba adornada con flecos de oro, y era tan pesada que el abanderado braceaba al avanzar como si estuviera nadando en el mar. El regimiento de soldados regulares había dado alcance a la primera línea de atacantes, y ahora apresuró a su avance con las bayonetas caladas por el honor de ser los primeros soldados de la Unión en quebrar la defensa rebelde.

—¡Fuego! —gritó un oficial de Carolina del Sur, y la infantería de los uniformes

grises hizo una segunda descarga. Una baqueta voló por el aire cuando los mosquetes despidieron la nube de humo sucio. Los batidores de la Legión Faulconer iban retirándose hacia los flancos del regimiento. Las bayonetas de los hombres de Rhode Island brillaban con destellos malignos al sol que se filtraba entre la neblina del humo de la pólvora.

—¡Apunten! —gritó el mayor Bird, y los rifles de la Legión se afirmaron en los hombros.

—¡Apuntad bajo! ¡Abajo! —gritó el sargento Truslow desde el flanco izquierdo.

—¡Apuntad a los oficiales! —gritó el capitán Hinton, que se había retirado junto a los batidores.

Starbuck se limitaba a mirar. Oyó a un oficial nordista animar a sus hombres a gritos: «¡Arriba, arriba, arriba!»! Aquel hombre llevaba unas largas patillas pelirrojas y gafas con montura dorada. «¡Arriba, arriba!»! Ahora Starbuck podía distinguir la cara de cada soldado nordista. Los hombres tenían la mandíbula desencajada como si gritaran, y los ojos abiertos de par en par. Un hombre tropezó y casi dejó caer su rifle, pero consiguió mantener el equilibrio. Los asaltantes pasaron junto a los cuerpos de los batidores muertos. Un oficial de galones dorados montado en un caballo gris bajó su sable para apuntar con él a los rebeldes: «¡A la carga!», gritó, y la línea de asalto se lanzó a una carrera tambaleante. Los nordistas daban vivas como en éxtasis, y los tambores perdieron toda coordinación y se limitaban a batir sus instrumentos con los palillos en un esfuerzo frenético. Una bandera cayó al suelo y fue levantada de nuevo, y sus gloriosas barras de seda pusieron una cegadora nota de color en medio del humo gris. «¡A la carga!», gritó de nuevo el oficial, y su caballo se alzó de manos entre el humo de la pólvora.

—¡Fuego! —aulló el mayor Bird, y dio un alarido de júbilo cuando todo el frente de la Legión desapareció en una niebla de humo sucio.

La descarga sonó como un crujido fatal anunciador del Fin del Mundo. Fue una andanada repentina, violenta, horripilante a una distancia letalmente corta, y los vítores y los redobles de los asaltantes nordistas desaparecieron en un silencio instantáneo, que poco a poco se transmutó en gemidos y gritos. Starbuck pudo entrever al coronel Evans, que se había vuelto de pronto al oír la sincronizada descarga de la Legión.

—¡Carguen armas! —gritó Murphy.

Apenas era posible ver nada a través de la nube de humo de pólvora suspendida sobre la cerca de alambre. En medio del humo y la confusión silbaron algunas balas, pero demasiado altas. La Legión cargó sus fusiles, empujando con fuerza sus balas minié contra la pólvora y los tacos.

—¡Adelante! —gritó el mayor Bird—. ¡Adelante para recibirles! ¡A la alambrada, a la alambrada! —Saltaba lleno de excitación y agitaba su revólver descargado—.

¡Adelante, adelante!

Starbuck, perdido aún en su estupor, empezó de nuevo a cargar su revólver. No estaba seguro de por qué lo hacía, ni de si conseguiría utilizar alguna vez aquella arma; pero deseaba ocuparse en algo, de manera que colocó la pólvora y las balas en las seis cámaras del tambor del Savage, y luego untó los culotes de las balas con grasa para sellar las cámaras e impedir que la ignición de la pólvora al disparar se propagara de la cámara percutida a las vecinas. Las manos todavía le temblaban. En su mente seguía viendo aquella espléndida bandera, las barras rojas y blancas relucientes al alzarse de la hierba manchada de sangre para ondear de nuevo al sol.

—¡Fuego! —gritó desde el flanco el sargento Truslow.

—¡Muerte a esos bastardos! ¡Muerte a esos bastardos! —gritó el mayor Bird que, tan sólo una hora antes, había ridiculizado la idea de que él quisiera implicarse en la batalla.

—¡Apuntad bajo! ¡Apuntad a las tripas de esos bastardos! —gritó el capitán Murphy, que se había apeado de su caballo y disparaba un rifle junto a sus hombres. El humo de la primera descarga se desvaneció lo suficiente para permitir ver que el caballo gris del oficial yanqui estaba tendido en la hierba. Había también cuerpos tendidos aquí y allá, restos humeantes, grupos aislados de hombres.

Adam seguía resguardado en la línea de árboles junto a Starbuck. Jadeaba, como si acabara de disputar una carrera. Uno de los pequeños cañones de Evans disparó una rociada de metralla ladera abajo. Una granada nordista estalló, y sus fragmentos se dispersaron sobre la escuadra de abanderados de la Legión. Un hombre de la compañía G se echó atrás, con el hombro izquierdo de la guerrera empapado de sangre. Se recostó en un árbol, respirando con dificultad, y una bala fue a incrustarse en el tronco a pocos centímetros de su cabeza. El hombre soltó una maldición, se puso en pie de nuevo y corrió tambaleante a reincorporarse a la línea de fusileros. Adam, al ver la resolución de aquel hombre, sacó de su funda el revólver e hizo avanzar a su caballo.

—¡Adam! —le llamó Starbuck, que recordó la promesa hecha a Miriam Faulconer de cuidar de su hermano; pero era demasiado tarde. Adam hizo cruzar a su caballo la barrera de niebla de humo de pólvora y la alambrada caída, y ahora, al aire libre de humo en el que se encontraba, se puso a cargar su revólver haciendo caso omiso de las balas que zumbaban a su alrededor. Algunos hombres de la Legión le gritaron que se cubriese, porque un hombre a caballo ofrecía un blanco mucho más tentador que un soldado a pie, pero Adam les ignoró.

Apuntó el revólver con el brazo extendido y disparó todo su tambor contra el banco de niebla que envolvía al enemigo. Parecía casi feliz.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritó, a nadie en particular, pero una docena de hombres de la Legión respondieron a su llamada y avanzaron. Hincaron la rodilla en

tierra al lado del caballo de Adam, y dispararon a ciegas contra el enemigo disperso. La primera y decisiva descarga de la Legión había quebrado la línea de asaltantes hasta reducirla a pequeños grupos de hombres de uniforme azul que mantenían hasta cierto punto su posición e intercambiaban disparos con los sudistas de uniforme gris. Los labios de los soldados estaban manchados de pólvora negra por morder los cartuchos, y sus rostros aparecían encendidos por el miedo, la rabia o la excitación. Adam, después de vaciar su revólver, se echó a reír. Todo era caos, todo se reducía a una nube de humo cruzada por llamaradas repentinas y gritos de desafío entre los hombres. Una segunda línea de atacantes ascendió por la ladera hacia la maltrecha primera línea enemiga.

—¡Adelante! —gritó el mayor Bird, y varios grupos de hombres cubrieron a la carrera algunos pasos al frente, y los enemigos a su vez dieron algunos pasos atrás. Starbuck se había unido a Adam, y las cápsulas de fulminantes se le escurrían de entre las manos cuando intentaba cebar las seis cámaras del Savage. A su lado, un hombre se arrodilló y disparó, se puso en pie y cargó de nuevo. El hombre mascullaba juramentos contra los nordistas, maldecía a sus madres y a sus hijos, maldecía su pasado y su breve futuro. Un oficial de Rhode Island hizo revolear su sable y llamó a avanzar a sus hombres, y al instante una bala sudista le alcanzó en el vientre y le hizo doblarse sobre sí mismo. El sargento Truslow, hosco y silencioso, cargaba su rifle con bala y perdigones, una combinación que obtenía un efecto parecido al disparo de una bala de cañón. No disparaba a ciegas, sino que elegía con cuidado un blanco y disparaba con deliberación, asegurando la puntería.

—¡A casa! ¡Volveos a casa! —gritaba Adam a los nordistas, y el tono excitado de su voz convertía aquellas palabras aparentemente suaves en una burla humillante. De nuevo extendió el brazo y apretó el gatillo de su revólver, pero o bien lo había cargado mal o bien olvidó cebarlo con las cápsulas de fulminantes, porque nada ocurrió; pero siguió apretando el gatillo mientras gritaba a los invasores que se fueran a sus casas. Starbuck, al lado de su amigo, se sintió incapaz de disparar contra la bandera que había amparado toda su vida.

—¡Vamos, muchachos! ¡Adelante!

El grito venía del costado derecho de la línea confederada, y Starbuck vio por entre los jirones de humo los uniformes chillones de los zuavos, que cargaban a bayoneta calada contra el enemigo. Algunos de los hombres de Luisiana hacían voltear cuchillos de caza grandes como machetes. Avanzaron rabiosos, lanzando terribles aullidos agudos que helaron la sangre de Starbuck. «Dios mío —pensó—, van a hacer pedazos a esos zuavos en campo abierto». Pero en vez de disparar o defenderse, los nordistas se echaron atrás, y más atrás aún, y de pronto la infantería de Luisiana se encontró en medio de los uniformes azules de los batidores, y los nordistas huían a la desesperada para salvar sus vidas. Un cuchillo de caza trazó un

círculo en el aire y un hombre cayó con la cabeza chorreando sangre. Otro batidor nordista quedó clavado en el suelo por una bayoneta, y todo el centro de la línea de asalto federal se hundió ante la sangrienta carga de los zuavos, y el movimiento de retroceso se convirtió en pánico cuando los hombres echaron a correr para evitar ser acuchillados. Pero la infantería de Luisiana no era más que un puñado de hombres con los flancos desprotegidos contra el fuego enemigo, y una súbita descarga nordista diezmó sus filas. El coronel Wheat cayó, con su ablusada camisa roja empapada de sangre.

Los de Luisiana, en patente inferioridad, se detuvieron ante la lluvia de balas que caían sobre ellos. Sus cuerpos cubiertos de ropas chillonas se encogían golpeados por las balas, pero su carga enloquecida había hecho retroceder el centro de la línea de asalto yanqui un buen centenar de metros ladera abajo. Los zuavos se vieron obligados a retroceder, llevándose a su coronel herido hacia los árboles.

—¡Fuego! —gritó un artillero sudista, y uno de los anticuados cañones vomitó un buche de metralla sobre los nordistas.

—¡Fuego! —aulló el mayor Bird, y una veintena de rifles de la Legión escupieron llamas y humo. Un muchacho de la compañía D empujó con su baqueta una bala en un tubo ya atascado con tres cargas de pólvora y balas. Apretó el gatillo, no pareció darse cuenta de que el arma no había disparado y empezó a cargar de nuevo su mosquete.

—¡Fuego! —rugió Nathan Evans, y los de Carolina del Sur vomitaron una descarga cerrada a través de la cerca caída, y en la ladera los de Rhode Island se retiraron, dejando a sus muertos y heridos sangrando sobre la hierba.

—¡Fuego!

Un capellán de Luisiana, olvidado de su Biblia, vació su revólver disparando contra los yanquis, y siguió apretando el gatillo a pesar de que el martillo percutía ya en cámaras vacías, pero él siguió apretando frenético, con un rictus de exaltación en el rostro.

—¡Fuego! —gritó Truslow a sus hombres. Un muchacho de dieciséis años gritó cuando la carga de pólvora de un cartucho le estalló en la cara al verterla en la cámara demasiado caliente de su rifle. Robert Decker disparó hacia la nube de humo. En la hierba del prado, brillaban pequeños fuegos provocados por los tacos ardientes caídos de los cañones de los rifles. Un hombre herido retrocedió a rastras hacia la línea de árboles, intentó pasar sobre el revoltijo de alambres retorcidos de la cerca y se derrumbó allí. Su cuerpo se estremeció una vez, y luego quedó inerte. El caballo de un oficial yacía muerto, y su cuerpo temblaba por los impactos de las balas nordistas, pero el fuego yanqui era esporádico porque los de Rhode Island, demasiado asustados para quedarse quietos y cargar adecuadamente sus armas, retrocedían. Los rebeldes les gritaban desafiantes y escupían las balas desde su boca en los cañones

recalentados, atacaban con fuerza las cargas muy adentro con las baquetas, apretaban los gatillos y empezaban de nuevo el proceso. Starbuck observaba luchar a la Legión en su primera batalla, sorprendido al ver la atmósfera de júbilo, de puro gozo, de diversión carnavalesca. Los gritos de los soldados le recordaron a Starbuck los chillidos alocados de unos niños sobreexcitados. Varios grupos de hombres se lanzaron adelante, emulando la carga de los zuavos, y empujaron aún más atrás a los desmoralizados hombres de Rhode Island por la larga pendiente en la que la primera carga yanqui había sido frenada en seco.

Pero ya se estaba formando una segunda línea de asalto hacia la mitad de la pendiente, y más tropas nordistas aparecían en el camino de Sudley. Llegó un regimiento de la infantería de marina de los Estados Unidos, junto a otros tres de voluntarios de Nueva York. Apareció más artillería de campaña, y el primer regimiento de caballería yanqui galopó hasta colocarse en posición a la izquierda de su línea, mientras los recién llegados infantes nordistas marchaban estoicamente al paso por el terreno despejado para reforzar a los maltrechos restos del primer ataque, que habían retrocedido unos doscientos pasos desde el lugar donde los cadáveres amontonados y la hierba resbaladiza empapada de sangre o chamuscada marcaban la línea de la marea alta de su primer asalto fallido.

—¡Formad en línea! ¡Formad en línea!

El grito se inició en algún lugar del centro de la formación confederada, y los oficiales y sargentos ilesos que lo oyeron fueron repitiéndolo, hasta que poco a poco consiguieron hacer retroceder a los rebeldes, que gritaban enloquecidos, hasta la línea de la alambrada. Todos reían alegres, llenos de orgullo por lo que habían hecho. De vez en cuando, un hombre lanzaba un hurra sin razón aparente, o bien otro se volvía para disparar hacia las filas yanquis inmóviles. Los insultos rodaban por la larga pendiente de la ladera.

—¡Volved con vuestras mamás, yanquis!

—¡Traed a algún hombre de verdad la próxima vez!

—¿Os ha gustado la bienvenida de Virginia, bastardos?

—¡Silencio! —gritó el mayor Bird—. ¡Silencio!

Alguien se echó a reír, una risa histérica y descontrolada. Otro lanzó un hurra. Al pie de la pendiente, los cañones nordistas abrieron fuego de nuevo, y sus proyectiles ascendieron silbando hasta la cresta de la colina y estallaron en llamaradas oscuras y más humo. Los obuses de tubo corto del bando nordista nunca habían dejado de disparar, y las parábolas de sus proyectiles sobrevolaban a los soldados de Rhode Island y de Nueva York para estrellarse con rabia en la linde del bosque.

—¡Volved a los árboles! ¡Volved a los árboles!

La orden fue repitiéndose en la línea rebelde, y los sudistas se retiraron a las sombras. Frente a ellos, al elevarse poco a poco la neblina del humo de la pólvora

sobre la hierba quemada, aparecieron varios cuerpos tendidos a los dos lados de los restos de la cerca de alambre, y más allá, a la brillante luz del sol, cadáveres de nordistas dispersos por el prado. El oficial de las patillas rojas estaba tendido con la boca abierta y las gafas de montura dorada caídas junto a su rostro, aún colgando de una de sus orejas. Un cuervo aleteó y fue a posarse sobre el cuerpo de aquel hombre. Un nordista herido reptaba hacia los árboles pidiendo un poco de agua, pero en la Legión nadie tenía ya agua. Habían vaciado sus cantimploras y ahora el sol calentaba cada vez más y sus bocas estaban secas por el salitre de la pólvora, pero no había agua y frente a ellos se iban amontonando más y más yanquis que surgían de los bosques para reiniciar el ataque.

—¡Vamos a darles otra vez, muchachos! ¡Vamos a darles otra vez! —gritó el mayor Bird, y a pesar de que el caos del bautismo de fuego de la Legión no le dio ocasión de comprobar a fondo su teoría sobre la mosquetería, de pronto se dio cuenta de que había conseguido algo mucho más valioso: había descubierto una actividad de la que disfrutaba sin reservas. A lo largo de toda su vida adulta, Thaddeus Bird se había enfrentado al dilema clásico del pariente pobre, que consistía en mostrar una deferencia y una gratitud eterna o bien en dar prueba de independencia mediante el cultivo de una oposición puntillosa a cualquier ortodoxia impuesta. Esto último es lo que Bird había preferido hacer hasta que, en medio del humo y la agitación de la batalla, dejó de sentir la necesidad de mantener aquella postura. Ahora paseaba detrás de las filas de sus hombres y observaba los preparativos del nuevo ataque nordista con una extraña satisfacción.

—Cargad las armas —ordenó con voz firme—, pero no disparéis todavía.

—Apuntad a la tripa, muchachos —gritó Murphy—. Dadles duro y los demás se volverán a casa.

Adam, como su tío, sentía también que se había liberado de un peso enorme. El horroroso barullo de la lucha significaba la muerte de todo aquello por lo que había trabajado desde la elección de Lincoln, pero aquel caos terrible también anunciaba que Adam ya no tenía que preocuparse más por las grandes cuestiones de la guerra y la paz, la esclavitud y la emancipación, los derechos de los Estados y los principios cristianos, sino tan sólo por mostrarse como un buen vecino de los hombres que se habían presentado voluntarios para servir a su padre. Adam empezó incluso a comprender a su padre, que nunca había sentido escrúpulos morales ni se había parado a sopesar sus actos en la balanza de la equidad con la intención de obtener un veredicto favorable el día del Juicio. En una ocasión en que Adam preguntó a su padre por los principios que regían su vida, Washington Faulconer rechazó la pregunta con una carcajada.

—¿Sabes cuál es tu problema? Piensas demasiado. No he conocido a ningún hombre feliz que pensara mucho. Pensar sólo sirve para complicar las cosas. La vida

es como saltar un mal obstáculo con un buen caballo: cuanto más confíes en el caballo, mejor te irá, y cuanto más confíes en la vida, más feliz serás. Preocuparse por los principios no es más que palabrería de maestro de escuela. Descubrirás que duermes mejor si tratas a la gente con naturalidad. Y eso no es un principio, sino sólo práctica. Nunca he soportado una discusión sobre principios. ¡Basta con que seas tú mismo!

Y Adam, en medio del caos destructor de la batalla, por fin había dejado al caballo la iniciativa de saltar el obstáculo, y descubierto que todos sus remordimientos de conciencia se evaporaban en el placer sencillo de cumplir con su deber. Adam, en un prado batido por el fuego enemigo, se había portado bien. Podría perder la batalla por su país, pero había ganado la guerra de su alma.

—¡Cargad las armas! ¡No disparéis todavía! —El mayor Bird paseaba despacio detrás de las compañías de la Legión, mientras observaba la acumulación de fuerzas enemigas que se preparaban para un nuevo asalto—. Apuntad bajo cuando vengan, muchachos, ¡apuntad bajo! Y buen trabajo el que habéis hecho todos vosotros, buen trabajo.

En tan sólo cinco minutos, los hombres de la Legión se habían convertido en soldados.

* * *

—¡Eh, tú! —La voz llamaba a Ethan Ridley desde lo alto de la torre central de señales—. ¡Tú! ¡Sí, tú! ¿Eres un oficial de Estado Mayor?

Ridley, que se había perdido en su marcha al galope hacia el sur, tiró de las riendas. Supuso que ser uno de los ayudantes de Washington Faulconer no era lo que el oficial de señales llamaba un oficial de Estado Mayor, pero Ridley era lo bastante listo para darse cuenta de que necesitaba alguna excusa para galopar en solitario por la retaguardia del ejército confederado, de modo que contestó afirmativamente:

—¡Sí!

—¿Puedes buscar al general Beauregard? —Quien hablaba, un oficial que llevaba galones de capitán, bajó la escalera improvisada. Al pie de la escalera había un letrero escrito a mano que rezaba «SOLO señaleros», y otro decía en letras aún mayores «NO PASAR». El oficial corrió hacia Ridley y le tendió una hoja plegada y lacrada—. Beauregard tiene que leer esto enseguida.

—Pero...

Ridley estaba a punto de decir que no tenía idea de cómo encontrar al general Beauregard, pero decidió que esa declaración sonaría extraña en alguien que había asegurado ser un oficial de Estado Mayor. Además, Ridley se dijo que el coronel Faulconer debía de estar reunido con el general, de modo que si encontraba al coronel

también daría con Beauregard.

—Ya he enviado el mensaje a Beauregard con las señales, si es eso lo que ibas a decir —aclaró de mal humor el capitán—, pero quiero que tenga una confirmación escrita. Nunca puedes estar seguro de que te entiendan bien un mensaje de señales. No con los inútiles con los que tengo que trabajar. Necesito gente buena, gente preparada. Me gustaría que le insistieras a Beauregard en ese tema. Con mis respetos, desde luego. La mitad de los tarugos que me mandan no sabe silabear, y la otra mitad no tiene ni siquiera cerebro con el que empezar a aprender. ¡Ahora anda, sé un buen chico y llévale esto tan deprisa como puedas!

Ridley picó espuelas. Estaba en el área de almacenamiento del ejército, y las galeras, las cureñas, las fraguas portátiles, las ambulancias y los carruajes estaban aparcados tan apretados unos a otros que, con las varas vueltas hacia el cielo, parecían un bosque en invierno. Una mujer llamó a gritos a Ridley cuando pasaba al galope para saber qué estaba pasando, pero él se limitó a sacudir la cabeza y a cruzar por delante de las fogatas de las cocinas, de grupos de hombres que jugaban a las cartas, de un niño que jugaba con un gatito... «¿Qué hace aquí toda esta gente?», se preguntó.

Coronó una cuesta y vio el humo de la batalla posado como un tendal de niebla sobre el valle del Bull Run, a su izquierda. Esa niebla, en medio de la cual los cañones disparaban sus proyectiles de un lado a otro de la corriente, cubría el centro y el flanco izquierdo del ejército rebelde, mientras que delante de Ridley se extendía el laberinto de pequeños prados y bosques donde se asentaba el flanco derecho confederado, y donde el general Beauregard se proponía lanzar su propio ataque para sorprender a los nordistas. El coronel Faulconer se encontraba en algún lugar de aquel laberinto, y Ridley dio un descanso a su caballo mientras intentaba orientarse. Estaba tenso e irritado, y se removía en su silla consciente de la trascendencia de la jugada que estaba intentando; pero Ridley siempre estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo para saciar su ambición. Hacía ya varias semanas que Ethan Ridley jugaba fuerte y rápido con el dinero de Washington Faulconer, pero ahora, con la Legión dividida frontalmente entre los admiradores del coronel y las personas que le despreciaban, Ridley había tomado partido. Apoyaría sin reservas al coronel para derrotar a Starbuck y a Bird que, estimulados por la pusilanimidad de Adam, habían empujado a la Legión a desobedecer a Faulconer.

La recompensa a su lealtad se concretaría en dinero, y el dinero era el dios de Ridley. Había visto a su padre arruinar a la familia, y la compasión reflejada en la cara de sus vecinos. Había soportado la condescendencia de su hermanastro como también las atenciones empalagosas de Anna Faulconer, todo porque era pobre. Lo avalaba su destreza con el lápiz y el pincel, de modo que siempre le sería posible ganarse la vida pintando retratos o como ilustrador, pero no sentía más deseo de

medrar como pintor que como apaleador de carbón o como abogado. Lo que quería era ser como Faulconer, poseer muchos acres de terreno, caballos veloces, una querida en Richmond y una casa en el campo grande y lujosa. Últimamente, con el regreso de Adam, Ridley había llegado a temer que ni siquiera la posición de yerno de Faulconer bastara para asegurarle una porción suficiente de la riqueza de la familia, pero ahora el dios de la guerra jugaba a favor de Ridley. El coronel Faulconer había dado una orden taxativa, que la Legión debía ignorar a Nathan Evans, y los rivales de Ridley en la gratitud del coronel se habían puesto de acuerdo para desobedecer esa orden. Había llegado el momento de castigar la desobediencia.

Sin embargo, Ridley tenía que encontrar antes al coronel Faulconer, para lo cual debía buscar al general Beauregard, y picó espuelas para descender la colina en dirección al paisaje ondulado de bosques espesos y pequeños prados. Su caballo saltó dos vallas, tan animoso como cuando seguía a los perros en una cacería por las colinas en invierno. Giró a la izquierda para seguir un camino ancho bajo los árboles, a cuya sombra descansaba un regimiento de zuavos sudistas, inconfundibles con sus pantalones bombachos y sus camisas ablusadas.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó uno de los zuavos al pasar Ridley.

—¿Estamos zurrando a esos bastardos? —llamó un sargento.

—¿Nos buscas a nosotros? —corrió un oficial al encuentro de Ridley.

—Busco a Beauregard —se inclinó Ridley hacia el cuello de su caballo—. ¿Sabes dónde está?

—Sigue hasta el final del bosque, gira a la izquierda, verás una carretera ancha, y por ahí más o menos está. Por lo menos, allí estaba hace media hora. ¿Tienes noticias?

Ridley no tenía noticias, de modo que siguió su camino, y al girar a la izquierda, vio una multitud de soldados de infantería que descansaban a un lado del camino, en el extremo del claro. Los soldados llevaban guerreras azules y por un instante Ridley temió haber cabalgado directamente hasta las líneas yanquis, pero enseguida vio la bandera confederada de las tres barras sobre las tropas, y se dio cuenta de que eran sudistas camuflados con remedos del uniforme azul del Norte.

—¿Sabéis dónde está el general? —preguntó a un oficial de azul, pero el oficial se encogió de hombros y señaló vagamente hacia el norte y al este.

—Lo último que me han dicho es que había ido a una granja por ahí, pero ni idea de dónde diablos está.

—Estuvo aquí —explicó un sargento—, pero se ha ido. ¿Sabe lo que está ocurriendo, señor? ¿Estamos zurrando a esos cabrones?

—No lo sé, diablos, no lo sé.

Ridley continuó, y llegó a una batería de artillería cómodamente instalada en la orilla sur del Bull Run, detrás de un parapeto formado por cestas de junco llenas de

tierra.

—Estos son los vados de Balls —le dijo un teniente de artillería después de sacarse la pipa de la boca—, y el general pasó por aquí hace una hora. ¿Puede decirnos qué es lo que está pasando del lado de allá?

Señaló al oeste, donde se oía ruido de descargas y el estruendo del fuego de artillería.

—No.

—Están haciendo bastante ruido, ¿verdad? Yo creía que la guerra iba a decidirse aquí, y no allá abajo.

Ridley cruzó por los vados de Balls a la orilla enemiga del Bull Run. El agua le llegaba al vientre a su caballo, de modo que levantó las piernas para no mojar las botas y los estribos. Una compañía de infantería de Virginia esperaba órdenes sentada a la sombra, junto a la orilla.

—¿Sabe lo que está ocurriendo? —preguntó un capitán.

—No.

—Yo tampoco. Hace una hora nos dijeron que esperaríamos aquí, pero nadie nos explicó por qué. Supongo que se han olvidado de nosotros.

—¿Ha visto al general?

—No he visto a nadie de grado superior al de mayor desde hace ya tres horas. Pero un buhonero me ha dicho que estamos atacando, señor, así que a lo mejor los generales están por ahí.

El hombre señaló hacia el norte.

Ridley cabalgó hacia el norte bajo los árboles, despacio para que su caballo sudoroso no se rompiera una pata en alguno de los enormes baches que había dejado en el camino de tierra el paso de las ruedas de la artillería. Unos trescientos metros más allá del vado y en la linde de un maizal pisoteado, Ridley encontró una batería de cañones pesados de doce libras. Los cañones habían sido bajados de sus cureñas y sus tubos letales apuntaban al otro lado del maizal, pero el comandante de la batería no tenía ni idea de lo que había allí, ni de lo que se esperaba que apareciera por los bosques de color verde oscuro situados en el otro extremo del maizal.

—¿Sabe qué es todo ese condenado ruido? —dijo el mayor de artillería señalando al oeste.

—Al parecer se están tiroteando unos a otros con el río de por medio —dijo Ridley.

—Me gustaría tener algo sobre lo que disparar, porque no sé qué diablos estoy haciendo aquí. —Señaló el campo de maíz como si fuera las entrañas recónditas del África ecuatorial—. Está usted viendo el gran fraude de ataque de Beauregard, capitán. El problema es que ni el enemigo está aquí, ni tampoco hay nadie más. Excepto quizás unos chicos de Misisipí que han decidido seguir adelante por ese

camino, y que Dios sabe lo que andarán haciendo.

Ridley se secó el sudor de la cara, se echó atrás el sombrero flexible y picó espuelas a su cansado caballo para seguir camino adelante. Encontró a la infantería de Misisipí resguardada en un claro del bosque. Uno de los oficiales, un mayor con un acento tan marcado que Ridley casi no podía entenderle, le dijo que el avance confederado se había detenido allí, debajo de los cedros, y que no estaba del todo seguro del motivo, aunque sabía de cierto, por lo menos tan de cierto como podía estarlo un hombre de Rolling Forks, y eso quería decir que si no era absolutamente cierto poco le faltaba, que el general Beauregard había cruzado al otro lado del Bull Run, pero por un vado diferente. Un vado situado más al este. O puede que más al oeste.

—¿Y sabe usted lo que está ocurriendo? —preguntó el mayor antes de dar un mordisco a una manzana.

—No —confesó Ridley.

—¡Yo tampoco! —El mayor llevaba una airosa pluma en el sombrero, un sable curvo y un florido mostacho que se había untado de aceite para resultar más elegante—. Si encuentra a alguien que sepa qué es exactamente lo que estamos haciendo, dígame que Jeremiah Colby tiene ya ganas de acabar pronto y de una vez con esta guerra. ¡Buena suerte, señor! ¡Tienen ustedes aquí unas manzanas muy hermosas!

Ridley hizo dar la vuelta a su caballo, cruzó el río y empezó a cruzar en diagonal el terreno que se extendía entre el Bull Run y la línea férrea. Los cañones tronaban a lo lejos, y su tono bajo profundo punteaba el chisporroteo agudo de las descargas de fusilería. Aquel ruido subrayaba la urgencia de la búsqueda de Ridley, pero no tenía idea de dónde dirigir esa urgencia. El general, su Estado Mayor y su séquito parecían haber sido tragados por el inmenso y caluroso paisaje. Detuvo su caballo cansado en un cruce de caminos, junto a una pequeña cabaña de madera. Todas las verduras que había en el mísero huerto habían sido arrancadas, salvo una hilera de calabazas aún verdes. Una anciana negra que fumaba una pipa le dirigió una mirada cansina desde la puerta de la cabaña.

—No queda ná que robar, *massa*—dijo.

—¿Sabe dónde está el general? —preguntó Ridley.

—Ná que robar, *massa*, todo robado ya.

—Estúpida perra negra —murmuró Ridley en voz baja, y luego más alto y despacio, como si hablara a un niño—: ¿Sabe dónde está el general?

—Todo robado ya, *massa*.

—Anda y que te zurzan.

Un obús pasó silbando muy por encima de sus cabezas, girando sobre sí mismo y dejando un rastro de humo en el cielo despejado de agosto. Ridley volvió a insultar a la mujer, y luego tomó al azar uno de los caminos y dejó que su caballo exhausto

avanzara a su propio ritmo. El polvo levantado por los cascos de la yegua cayó sobre un soldado borracho que dormía junto al camino. Un poco más allá, el perro blanco y negro de una granja yacía en mitad del camino, muerto de un tiro en la cabeza por algún soldado probablemente molesto porque el perro espantaba a su caballo. Ridley pasó a su lado y empezó a inquietarse por la posibilidad de que Beauregard, y Faulconer con él, hubieran marchado en dirección noroeste, hacia donde sonaban los ecos de la lucha, porque sin duda ningún general se quedaría en aquel lugar soñoliento y poblado por el zumbido de las moscas, mientras sus hombres morían cinco kilómetros más allá. Y entonces, al rebasar su caballo la linde de un bosquecillo, vio otra de las extrañas torres de señales alzada junto a una granja, y bajo la torre un grupo de caballos atados a la valla de la granja, y en el porche de la granja a un grupo de hombres relucientes de charreteras doradas, de modo que Ridley picó decidido espuelas hacia allí, pero justo en el momento en que el caballo aceleraba el paso a regañadientes, un jinete montado en un caballo alto de pelaje negro salió de la granja y se dirigió a galope tendido hacia él. Era el coronel.

—¡Señor! ¡Coronel Faulconer! —Ridley hubo de gritar para que el coronel le prestara atención. De no hacerlo, Washington Faulconer habría pasado al galope delante de Ridley sin siquiera verle.

El coronel se volvió a mirar a aquel jinete cansado, reconoció a Ridley y se detuvo.

—¡Ethan! ¡Eres tú! ¡Ven conmigo! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡No importa! ¡Tengo buenas noticias, excelentes noticias!

El coronel había pasado una mañana frustrante. Encontró a Beauregard poco después de las seis, pero el general ni lo esperaba ni tenía tiempo para atenderle, de modo que Faulconer se vio obligado a esperar mientras las horas iban pasando. Pero ahora, milagrosamente, acababa de recibir las órdenes que ansiaba. Beauregard, en un intento desesperado de reavivar el ataque que tan misteriosamente había quedado paralizado en aquel sector desierto al otro lado del Run, reclamó tropas frescas, y Faulconer vio su oportunidad. Había ofrecido la Legión y recibido órdenes de hacer pasar a sus hombres al flanco derecho. Los hombres recién llegados del ejército del Shenandoah del general Johnston marcharían a reforzar el flanco izquierdo rebelde, y Beauregard infundiría nuevos ímpetus al derecho.

—Necesitamos un poco de entusiasmo —gruñó Beauregard a Faulconer—, más empuje. No es bueno andarse con arrumacos en un campo de batalla, tienes que usar el látigo y las espuelas.

Era precisamente lo que quería oír Faulconer: la oportunidad de ponerse al frente de la Legión en una carga victoriosa que escribiría otra página gloriosa de la historia de Virginia.

—¡Vamos, Ethan! —repitió ahora Washington Faulconer—. ¡Tenemos permiso

para atacar!

—¡Pero es que se han ido! —gritó Ridley. Su caballo cansado era mucho más lento que el corcel fresco del coronel, *Saratoga*.

El coronel retuvo a *Saratoga*, se volvió y se quedó mirando a Ridley.

—Se han ido, señor —dijo Ridley—. Eso es lo que he venido a decirle.

El coronel espantó una mosca con su fusta.

—¿Qué quieres decir con que se han ido?

Parecía muy tranquilo, como si no hubiese entendido la noticia que Ridley había venido a traerle cruzando todo el frente de batalla.

—Ha sido Starbuck —dijo Ridley—. Ha vuelto, señor.

—¿Ha vuelto? —preguntó el coronel, incrédulo.

—Dijo que traía órdenes de Evans.

—¡Evans!

Faulconer pronunció el nombre con un rencor venenoso.

—De modo que se han ido a Sudley, señor.

—¿Starbuck trajo órdenes? ¿Qué diablos hizo Pecker?

—Ordenó marchar a los hombres a Sudley, señor.

—¿Bajo el mando de ese mico de Evans? —gritó el coronel con tanta fuerza que su caballo, inquieto, relinchó suavemente.

—Sí, señor. —Ridley se sintió satisfecho al comunicar aquellas noticias acusadoras—. Por eso he venido a buscarle.

—¡Pero si no hay ninguna maldita batalla en Sudley! ¡Es una finta! ¡Un engaño! ¡El general está al corriente de todo! —El coronel estalló en una furia repentina e incandescente—. ¡La batalla va a disputarse aquí! ¡Cristo! ¡En esta parte del campo! ¡Aquí! —El coronel azotó el aire con su fusta, que silbó al rasgar el aire y asustó al ya nervioso *Saratoga*—, Pero ¿y Adam? Le dije que no permitiera que Pecker hiciera ninguna tontería irresponsable.

—Adam se dejó convencer por Starbuck, señor. —Rid— ley hizo una pausa y sacudió la cabeza con tristeza—. Me enfrenté a ellos, señor, pero sólo soy un capitán. Nada más.

—Ahora eres mayor, Ethan. Vas a ocupar el puesto de Pecker. ¡Maldito Pecker, y maldito Starbuck! ¡Maldito, maldito, maldito sea! ¡Lo mataré! ¡Echaré sus entrañas a los puercos! ¡Vamos, Ethan, vamos!

Y el coronel picó espuelas.

El mayor Ridley, que le seguía tan deprisa como le era posible, se acordó de pronto del mensaje del señalero para Beauregard. Sacó el papel lacrado de su bolsillo y se preguntó si debía mencionar su existencia al coronel, pero el coronel galopaba ya lejos y su caballo levantaba una nube de polvo del camino, y Ridley no quería quedarse demasiado atrás, sobre todo ahora que había sido ascendido a mayor y a

segundo del coronel en el mando, de modo que arrojó lejos el mensaje y galopó detrás del coronel en dirección al tronar de los cañones.

* * *

En la linde de los árboles de la cresta, donde la improvisada brigada de Evans había rechazado el primer asalto nordista, la batalla se había convertido en un duro bombardeo unilateral. Para los artilleros yanquis era poco más que una sesión de prácticas contra un objetivo inerte, porque los dos pequeños cañones confederados habían quedado destruidos: el tren de rodaje del primero resultó partido en dos por un impacto directo de una bomba de doce libras, y el segundo perdió una rueda debido a otro impacto y, unos minutos más tarde, otra bomba de doce libras había reducido a astillas los radios de la rueda de respeto. Los dos cañones averiados, cargados aún con metralla sin disparar, estaban abandonados en la linde del bosque.

El mayor Bird se preguntó si era posible intentar algo, pero no se le ocurrió nada. Intentó analizar la situación, y llegó a la sencilla conclusión de que las tropas sudistas estaban resistiendo frente a un número muy superior de nordistas, pero a cada momento que pasaban en la línea de árboles perdían más hombres de modo que, por un proceso tan ineluctable como una ecuación matemática, llegaría un momento en el que ya no quedarían sudistas supervivientes, y los nordistas pasarían por encima de los cadáveres rebeldes y ganarían la batalla y, presumiblemente, también la guerra. Bird no podía cambiar ese resultado porque no había nada inteligente que pudiera hacer; ningún ataque de flanco, emboscada ni trepa para sorprender al enemigo. Sencillamente, había llegado el momento de luchar y morir. El mayor Bird lamentaba aquella situación sin esperanza, pero no veía ningún modo elegante de salirse de ella, y por esa razón estaba decidido a quedarse donde estaba. Lo extraño era que no sentía miedo. Intentó analizar esa ausencia, y decidió que era el afortunado poseedor de un temperamento sanguíneo. Celebró aquella feliz constatación con una cariñosa mirada a hurtadillas al retrato de su esposa.

Tampoco Adam Faulconer sentía miedo. No podía decir que se estuviera divirtiendo aquella mañana, pero por lo menos la experiencia de la batalla había reducido el torbellino de la vida a unas pocas preguntas sencillas, y Adam se estaba encontrando a sí mismo en aquella libertad. Como todos los demás oficiales, había prescindido del caballo y lo había dejado atrás, al resguardo de los árboles. Los oficiales de la Legión se habían dado cuenta de que el fuego de fusil del enemigo era demasiado alto para poner en grave peligro a los hombres agazapados en el suelo, pero no tan alto como para marrar en quienes iban montados, de modo que desobedecieron las preciosas órdenes del coronel de seguir montados pasara lo que pasara, y se convirtieron en infantería.

Nathaniel Starbuck se fijó en que a algunos hombres, como Truslow y, de forma más sorprendente, el mayor Bird y Adam, no parecía costarles el menor esfuerzo mostrarse valerosos. Se dedicaban tranquilamente a su tarea, paseaban erguidos frente al enemigo y conservaban su buen humor. La mayoría de los hombres oscilaban bruscamente de la bravura a la timidez, pero en general respondían bien a las indicaciones de los valientes. Cada vez que Truslow se adelantaba para disparar a los nordistas, una docena de batidores lo acompañaban; y cuando el mayor Bird recorría la línea en la linde de los árboles, los hombres le sonreían, cobraban ánimos y estaban contentos de ver a aquel excéntrico maestro de escuela en apariencia impasible ante el peligro. Si se utilizaba adecuadamente a aquellos hombres medianos, meditó Starbuck, la Legión podría realizar milagros. También había una minoría, la de los cobardes, que se habían retirado muy atrás al resguardo de los árboles, y allí simulaban estar muy ocupados en cargar o reparar sus armas, pero de hecho sólo se estaban colocando a cubierto del silbido fantasmal de las balas minié y del zumbido y el estallido posterior de las granadas.

Las balas y las granadas habían dejado reducida la brigada confederada de Evans a una línea irregular de hombres acurrucados a la sombra en la linde de los árboles. De vez en cuando, un grupo de soldados osaba salir a terreno abierto, disparaba y se volvía atrás, pero los yanquis tenían ahora una horda de batidores en el prado y cada aparición de un rebelde provocaba una violenta ráfaga de disparos de fusil. Los oficiales rebeldes más valerosos paseaban por el margen del bosque, daban ánimos a los hombres e incluso hacían algún pequeño chiste a costa de los norteños, aunque Adam, decidido a que la Legión de su padre le viera, no caminaba a la sombra sino abiertamente a la luz del sol, y mientras caminaba avisaba en voz alta a los hombres para que no dispararan en el momento en que pasaba delante de sus fusiles. Los hombres le gritaban que se pusiera a cubierto, que retrocediera a la línea de los árboles, pero Adam se negaba a hacerlo. Se exponía, como si creyera que su vida estaba protegida por algún hechizo. Se decía a sí mismo que no temía al Mal.

El mayor Bird se colocó al lado de Starbuck y observó a Adam al sol.

—¿Se da cuenta de que las balas van altas? —dijo Bird.

—¿Altas?

—Le están apuntando, pero los disparos van altos. Lo he estado observando.

—Es verdad.

Starbuck probablemente no se habría dado cuenta aunque los yanquis estuvieran disparando a la Luna, pero ahora que Thaddeus Bird se lo hizo notar, vio que la mayor parte del fuego nordista se perdía entre las hojas de los árboles, por encima de la cabeza de Adam.

—¡Está loco! —dijo Starbuck furioso—. ¡Está buscando que le maten!

—Lo hace por su padre —explicó Bird—. Faulconer tendría que estar aquí, pero

como no está, Adam mantiene el honor de la familia como si su padre estuviera en su lugar. Es probable que Adam esté sufriendo un acceso de mala conciencia. He notado que, por lo general, Adam mejora en ausencia de Faulconer, ¿no le parece?

—Prometí a su madre que lo protegería.

Bird soltó una carcajada.

—Una tontería por su parte. ¿Cómo supone que va a hacerlo? ¿Le va a comprar una de esas ridículas corazas de hierro que anuncian en los periódicos? —Bird movió negativamente la cabeza—. Mi hermana sólo le cargó con esa responsabilidad, Starbuck, para rebajar la autoestima de Adam. Supongo que él estaba presente.

—Sí.

—Mi hermana, ¿comprende?, ingresó al casarse en una familia de serpientes, y desde entonces se ha dedicado a instruirse en los secretos del veneno. —Bird cacareó una risita—. Pero Adam es el mejor de todos ellos —concedió—, el mejor con mucho. Y valeroso —añadió.

—Mucho —dijo Starbuck, y se avergonzó de sí mismo porque no había hecho nada valeroso durante el combate de aquella mañana. La confianza que le invadió hasta tal extremo en la estación del ferrocarril de Rosskill se había evaporado a la vista de la bandera de su país. Todavía no había disparado su revólver, ni estaba seguro de poder disparar contra sus compatriotas, pero tampoco estaba dispuesto a abandonar a sus amigos de las filas de la Legión. De modo que paseaba impaciente por la linde del bosque y observaba las lejanas nubecillas de humo que escupían los cañones yanquis. Quería describir ese humo a Sally, y por esa razón lo había estado observando cuidadosamente, y vio que era blanco al principio y se oscurecía rápidamente hasta un color gris azulado. En una ocasión, al mirar con mucha atención la parte baja de la ladera, Starbuck juraría que había podido apreciar la estela azulada de un proyectil en el aire impregnado de humo, y unos segundos después oyó el crujido siniestro del estallido entre las ramas que se alzaban sobre su cabeza. Uno de los cañones nordistas estaba emplazado al lado de un almiar de la granja situada al pie de la ladera, y el fogonazo de los disparos había prendido fuego a la paja. Las llamas saltaban y se retorcían furiosas, y arrojaban un humo muy negro al aire, enrarecido por la pólvora quemada.

—¿Se ha enterado de que el pobre Jenkins nos ha dejado? —dijo el mayor Bird en el tono de voz que podía haber empleado para observar que la primavera se adelantaba ese año, o que las cosechas iban a ser abundantes.

—¿Dejado? —preguntó Starbuck, porque el término era lo bastante ambiguo para dar pie a la interpretación de que Roswell Jenkins se había ido sencillamente por su propio pie del campo de batalla.

—Volatilizado. Alcanzado por una granada. Lo que queda de él se parece a lo que se suele encontrar en el tajo de un carnicero.

Las palabras de Bird eran brutales, pero el tono de voz mostraba un sentimiento respetuoso.

—Pobre Jenkins. —Starbuck no sentía un aprecio especial por Rosswell Jenkins, que repartió botellas de whisky para asegurarse su elección como oficial y luego dejó el mando de la compañía en manos del sargento Truslow—. ¿En quién recaerá ahora el mando de la compañía A?

—En quien quiera mi cuñado, o más bien en quien quiera Truslow. —Bird se echó a reír, y luego convirtió el movimiento de pájaro carpintero de su cabeza en el de una sinuosa serpiente—. ¿Importa lo más mínimo quién asuma el mando? Porque es muy posible que de la Legión no quede nada. —Bird hizo una pausa—. Puede que no quede ni siquiera la Confederación. —Bird se agachó involuntariamente cuando un fragmento de proyectil pasó silbando sobre su cabeza y fue a incrustarse en un árbol, pocos centímetros por encima de la cabeza de Starbuck. Bird se irguió y sacó de la petaca uno de sus cigarros oscuros—. ¿Quiere uno?

—Por favor.

Desde la noche en que fue a ver a Belvedere Delaney en Richmond, Starbuck fumaba cada vez más asiduamente.

—¿Tiene un poco de agua? —preguntó Bird al tiempo que ofrecía un cigarro a Starbuck.

—No. Ya me gustaría.

—Parece que hemos agotado el agua. «Doc» Billy me ha pedido para los heridos, pero no nos queda ni una gota y no puedo prescindir de nadie para que vaya a buscar más. Hay tantas cosas que hemos descuidado...

Sonó una estrepitosa descarga de mosquetería hacia el norte, prueba de que más tropas confederadas entraban en acción. Starbuck había visto por lo menos dos regimientos sudistas más sumarse al flanco derecho de la improvisada línea defensiva de Nathan Evans, pero por cada hombre de refresco de Alabama o de Misisipí llegaban por lo menos tres nordistas, y los yanquis así reforzados enviaban cada vez más tropas ladera arriba para castigar con su fuego de fusil la tenue línea del frente rebelde.

—Ya no puede durar mucho —dijo tristemente el mayor Bird—, no puede durar mucho...

Un oficial de Carolina del Sur apareció a la carrera en la linde del bosque.

—¿Mayor Bird? ¿Mayor Bird?

—¡Aquí!

Bird se apartó de Starbuck para atender al recién llegado.

—El coronel Evans desea que avancen todos, mayor. —El hombre de Carolina del Sur tenía la cara ennegrecida por la pólvora, la guerrera rasgada y los ojos inyectados en sangre. La voz era ronca—. El coronel dará un toque de corneta y

desea que todos carguemos a una. —El hombre hizo una pausa, consciente de que estaba pidiendo lo imposible, y acabó por recurrir directamente al patriotismo—. Una última carga de verdad, mayor, por el Sur.

Por un instante, pareció que el mayor Bird se iba a echar a reír ante una llamada tan directa a su patriotismo, pero se contuvo y asintió.

—Muy bien.

Por el Sur, una última carga enloquecida, un último gesto de desafío.

Antes de perder definitivamente la batalla y la causa.

* * *

Las cuatro compañías que «Zancos» Evans había dejado guardando el puente de piedra se vieron forzadas a retirarse cuando los nordistas, mandados por un coronel llamado William Sherman, descubrieron un vado aguas arriba del puente y rodearon a sus débiles defensores. Éstos respondieron con una descarga rabiosa, y se retiraron apresuradamente cuando los hombres de Sherman cruzaban ya el Bull Run.

Una granada explotó por encima del puente abandonado, y luego apareció por el extremo de la otra parte un oficial de guerrera azul y señaló su captura con la espada alzada hacia las baterías de cañones del Norte.

—¡Alto el fuego! —gritó el comandante de la batería—. ¡Pasad la bayeta! ¡Traed los caballos! ¡Andad despiertos ahora!

Con el puente en su poder, el ejército nordista podía ahora cruzar el Bull Run y acabar de copar al ejército rebelde para destruirlo definitivamente.

—Ahora pueden ustedes avanzar con entera seguridad hasta la posición de la batería, caballeros —anunció el capitán James Starbuck a los periodistas, aunque su anuncio apenas era necesario porque ya grupos de paisanos excitados se dirigían a pie o a caballo hacia el puente de piedra capturado. Un congresista saludó a las tropas agitando su cigarro humeante, y se apartó luego a un lado para dejar paso a los caballos que tiraban de una de las piezas con un fuerte traqueteo y rechinar de metales.

—¡Derechos a Richmond, muchachos! ¡Derechos a Richmond! —gritó—. ¡Dadles una buena zurra a esos perros ladradores! ¡Adelante!

Un batallón de infantería nordista con uniformes grises seguía detrás de los caballos de la artillería. El 2.º Regimiento de Wisconsin vestía de gris porque no había encontrado paño azul suficiente para sus uniformes.

—Enarbolad bien alto la bandera, muchachos —les dijo su coronel—, y el Señor sabrá que no somos escoria rebelde.

Una vez cruzado el puente, los hombres de Wisconsin tomaron el camino del portazgo en dirección norte, hacia una lejana neblina de humo de pólvora que

indicaba que una tenaz línea defensiva confederada resistía aún frente al movimiento de flanco de los nordistas. El capitán James Starbuck dio por supuesto que las tropas uniformadas de gris de Wisconsin asaltarían el flanco desguarnecido de aquellos defensores rebeldes, los desbaratarían y los destruirían, completando de ese modo la victoria que Dios concedía al Norte. «Dios Todopoderoso —pensó el piadoso James— se ha complacido en bendecir a este país en el día del Señor. La venganza de Dios ha sido rápida, su justicia implacable y su victoria abrumadora». Incluso los impíos agregados militares extranjeros empezaron a felicitarle.

—Esto es exactamente lo que había planeado el brigadier general McDowell —dijo James, adjudicando lealmente los designios de Dios al general nordista—. Preveíamos una resistencia inicial, caballeros, seguida por un colapso súbito y la destrucción progresiva de las posiciones enemigas.

Sólo el francés, el coronel Lassan, pareció escéptico, y preguntó a qué se debía lo escaso del fuego artillero confederado.

—¿Es posible que estén reservando a su artillería? —sugirió a James.

—Yo sugeriría más bien, señor —respondió James, picado por el escepticismo del francés—, que los rebeldes carecen de la competencia profesional necesaria para desplegar de forma eficaz sus cañones.

—Ah, entonces será eso, capitán, desde luego...

—En realidad son granjeros, no soldados —insistió James—. Puede considerarlo, coronel, como una revuelta campesina.

James se preguntó si no estaba exagerando un poco, pero todo lo que significara denigrar a los rebeldes era música celestial para sus oídos, de modo que no sólo no retiró el insulto, sino que lo adornó más aún.

—Es un ejército de rústicos ignorantes mandado por inmorales propietarios de esclavos.

—Entonces, ¿la victoria es segura? —preguntó el desconfiado Lassan.

—¡Segura, garantizada!

James sintió el hormigueo feliz de un hombre que ve concluido con pleno éxito un trabajo difícil; y en efecto, los regimientos cruzaron el puente de piedra con la misma sensación de euforia. Tres divisiones nordistas estaban apretujadas en el camino a la espera de cruzar el río, una docena de bandas de música tocaban, las mujeres vitoreaban, ondeaban las banderas y Dios moraba en su cielo: el flanco de Beauregard había sido rodeado y la rebelión agonizaba hecha pedazos.

Y aún no era ni siquiera mediodía.

Capítulo 13

—¡Calad las bayonetas!

El mayor Bird gritó la orden, y comprobó cómo se iba repitiendo hacia los flancos de la Legión. Los hombres sacaron las pesadas espadas—bayonetas de empuñadura de bronce de sus fundas y las fijaron en las bocas ennegrecidas de sus armas. La mayoría de los hombres de la Legión nunca habían creído que utilizarían las bayonetas en una carga de infantería, y sí pensaban en cambio que, cuando la guerra terminara y los yanquis hubieran sido rechazados de vuelta al Norte, se llevarían la bayoneta a casa y la usarían para azuzar a los puercos o cortar heno. Pero ahora, detrás de la cortina deshilachada de humo que colgaba sobre los alambres rotos y retorcidos de la cerca, calaron la bayoneta en la boca rabiosamente ardiente de sus rifles, e intentaron no pensar en lo que les esperaba a la luz del sol.

Porque allá fuera estaba apostada una horda de yanquis: hombres de Rhode Island, de Nueva York y de Nueva Hampshire, con su ardor de voluntarios reforzado por los soldados profesionales del ejército y la infantería de marina de los Estados Unidos. Los atacantes nordistas superaban ahora a los hombres de Nathan Evans en una proporción de cuatro a uno, pero el avance yanqui se había atascado durante más de una hora debido a la tenaz defensa sudista. Los defensores se veían reducidos ahora a un número peligrosamente escaso, y por eso Evans pidió un último esfuerzo para sembrar el caos en el ataque nordista y ganar unos minutos más, a fin de dar tiempo a que el resto del ejército confederado modificara su despliegue y cubriera el flanco atacado. Evans se planteaba un último acto de desafío, antes de que su línea rebelde se desintegrara y el poderoso asalto nordista los arrollara.

El mayor Bird desenvainó su sable. Todavía no había cargado el revólver Le Mat. Probó a dar un tajo experimental con el sable y rogó a Dios no verse obligado a usarlo. Para la manera de pensar de Bird, las cargas a la bayoneta contra la última trinchera pertenecían a los libros de historia o a las novelas de aventuras, pero no a la realidad de nuestros días, aunque el mayor Bird tenía que admitir que el aspecto de las bayonetas de la Legión era asombrosamente realista: hojas de acero largas y delgadas, de punta malignamente curvada hacia arriba. En Faulconer County, el coronel había insistido en que los hombres practicasen con las bayonetas, e incluso había colgado un despiece de vaca de una rama baja para que dispusieran de un blanco realista, pero la carne se había podrido y no hubo forma de conseguir que los hombres la atacaran. Ahora que el sudor trazaba surcos blanquecinos en sus caras manchadas, aquellos mismos hombres parecían mejor dispuestos a un poco de práctica de bayoneta con blancos reales.

Los nordistas, animados por la pausa en el fuego de fusilería sudista, empezaron a avanzar de nuevo. Una batería de cañones sudistas de refresco acababa de

desplegarse en el flanco derecho de la línea de Evans, y los artilleros recién llegados lanzaron metralla y bombardas macizas contra el frente de ataque federal, convenciendo a los nordistas de que debían darse prisa. Las bandas de música de la Unión rivalizaban ahora en tocar sus marchas, y las banderas con sus pesadas orlas se adelantaron por entre la neblina suspendida sobre los prados tan batidos por obuses y proyectiles que el olor acre de la pólvora se mezclaba con el aroma más dulce del heno recién segado.

El mayor Bird consultó su anticuado reloj, parpadeó y miró de nuevo. Se llevó el reloj al oído pensando que se le había parado, pero pudo oír el pesado tictac. Por alguna razón pensaba que ya había pasado el mediodía, pero sólo eran las diez y media. Se pasó la lengua por los labios reseca, empuñó con fuerza el sable y se volvió a mirar al enemigo que avanzaba.

Sonó la corneta.

Una falsa nota, una pausa..., luego tres notas agudas y nítidas, tres notas más, una pausa imperceptible, y de pronto los gritos de los oficiales y los sargentos llamando a la línea sudista a ponerse en pie y atacar. Durante un segundo nadie se movió; luego, la línea gris agazapada en la linde del bosque destrozado por las bombas y las balas de los fusiles cobró vida de pronto.

—¡Adelante! —gritó el mayor Bird, y caminó hacia el espacio iluminado por el sol con la espada en alto y apuntando al frente. Estropeó un poco aquella pose heroica al tropezar en el momento de cruzar la alambrada, pero se rehízo y siguió adelante. Adam había asumido el mando de la compañía E debido a la muerte de su capitán, Elisha Burroughs. Burroughs había sido un alto cargo del banco de Faulconer County, y en realidad no deseaba presentarse voluntario a la Legión, pero temió verse postergado en su carrera por ganarse el favor de Washington Faulconer si se negaba. Ahora era un cadáver, con la tez oscurecida y poblada de moscas, y Adam había pasado a ocupar su puesto. El joven Faulconer caminaba cinco pasos por delante de la compañía E, con el revólver en la mano derecha y la vaina del sable sujeta con la izquierda. Tenía que sujetar la vaina porque, si no, se le enredaba en las piernas y le hacía tropezar. Starbuck, que avanzaba al lado de Bird, tenía el mismo problema con su propio sable.

—No estoy seguro de que sea de alguna utilidad empuñar una espada —comentó Bird—. Sabía que lo de los caballos era una mala idea, y tengo la sensación de que los sables también resultan un estorbo. ¡Qué decepción para mi cuñado! A veces creo que su sueño sería llevar una lanza en la batalla. —Bird rio con su cacareo característico al pensarlo—. Sir Washington Faulconer, conde de Seven Springs. Eso le gustaría. Nunca he comprendido por qué nuestros Padres Fundadores abolieron los títulos de nobleza. No cuestan nada, y proporcionan una satisfacción inmensa a los bobos. A mi hermana le encantaría ser la condesa de Faulconer. ¿Está cargado su

revólver, Starbuck?

—Sí—dijo Nate, aunque todavía no lo había disparado ni una sola vez.

—El mío no. Se me ha olvidado otra vez.

Bird segó un diente de león con un tajo de su sable. A su derecha, la compañía E avanzaba en buen orden. Por lo menos dos de los hombres de la compañía se habían colgado sus rifles al hombro y empuñaban en su lugar los cuchillos de caza. Cuchillos de carnicero, los llamaba Bird, pero las largas hojas desenvainadas parecían bastante apropiadas para aquella carga desesperada. Las balas nordistas cruzaban el aire recalentado con su extraño silbido. Las banderas de la Legión temblaron cuando las balas perforaron y desgarraron la seda.

—¿Se ha dado cuenta de que los yanquis siguen apuntando alto? —comentó Bird.

—Demos gracias a Dios por eso —respondió Starbuck.

Volvió a tocar la corneta, llamando a avanzar a la línea rebelde, y Bird agitó su sable para animar a la Legión a acelerar el paso. Los hombres corrían a medias y a medias caminaban. Starbuck pisó un área de tierra ennegrecida y humeante alfombrada con fragmentos de obús, en la que yacía muerto y mutilado un batidor. La bomba había destrozado el vientre del hombre y parte de la caja torácica, y lo que quedaba de él estaba cubierto de las inevitables moscas. Los dientes del cadáver parecían brillar en aquella cara que el calor iba ennegreciendo.

—Me parece que era George Musgrave —dijo Bird en tono coloquial.

—¿Cómo puede saberlo? —consiguió preguntar Starbuck.

—Esos dientes de roedor... El muchacho era un miserable, un matón. Me gustaría poder decir que lamento verle muerto, pero no es cierto. He deseado más de cien veces verle muerto en el pasado. Un espectáculo repugnante.

Un hombre de la compañía A, herido por una bala, empezó a gemir y a jadear. Dos compañeros corrieron a ayudarlo.

—¡Dejadlo! —rugió el sargento Truslow, y el herido quedó atrás, retorciéndose en la hierba. Los músicos de la banda de la Legión, a resguardo en la linde del bosque, ejercían de camilleros, y dos de ellos se adelantaron vacilantes a recoger al soldado herido.

Un obús cruzó zumbando el aire y fue a enterrarse en el prado. Estalló, y fue seguido de inmediato por otro. La infantería nordista había detenido su poderoso avance y recargaba sus rifles. Starbuck vio subir y bajar las baquetas, y pudo ver perfectamente sus caras sucias de pólvora, atentas detrás de la mira de sus armas al avance de la línea rebelde. ¡Parecían tan pocos los sudistas atacantes, y tantos los nordistas que les aguardaban! Starbuck se forzó a sí mismo a caminar con calma y a no mostrar miedo. Resultaba gracioso, pensó, que en ese mismo momento su familia debía de estar ocupando su banco en la alta y oscura iglesia de Boston; su padre estaría en la sacristía rezando, y los parroquianos irían llegando cegados por la luz del

sol del exterior, y las portezuelas de madera de los bancos alineados en la nave rechinarían al abrirse bajo los altos ventanales, abiertos para que la suave brisa veraniega refrescara a los congregados. El hedor a bosta de caballo de la calle penetraría en la iglesia en la que su madre fingiría leer la Biblia, aunque en realidad estaría pendiente de los parroquianos que iban llegando; quién venía y quién faltaba, quién presentaba buen aspecto y quién tenía un aire extraño. La mayor de las hermanas de Starbuck, Ellen Marjory, prometida a un ministro del culto, desplegaría con ostentación su piedad rezando o leyendo fragmentos de las Escrituras, en tanto que la quinceañera Martha atraería las miradas de los chicos Williams, al otro lado del pasillo central. Starbuck se preguntó si Sammy Williams sería uno de los enemigos uniformados de azul que esperaban a una distancia de trescientos metros en aquel prado de Virginia. Se preguntó dónde estaría James, y sintió un escalofrío repentino al ocurrírsele la posibilidad de que su pomposo pero amable hermano mayor hubiese muerto.

La corneta tocó por tercera vez, ahora con un timbre más urgente, y la línea rebelde avanzó a la carrera, tambaleante.

—¡Hurra! —gritó el mayor Bird—, ¡hurra!

Los hombres le imitaron, pero a Starbuck le pareció que gemían en lugar de vitorear. O más bien gritaban de dolor como el herido al que Truslow había dejado atrás, tendido en la hierba. Los hurras podían entenderse también como un alarido de terror, salvo por el hecho de que, al gritar al unísono, algo en aquel ruido helaba la sangre de quien lo oía; y los hombres al notarlo gritaron con más fuerza. Incluso el mayor Bird, que corría esgrimiendo con torpeza su sable, se sumó a aquel alarido fantasmal. El grito tenía algo de salvaje e indómito, algo que amenazaba con desplegar una espantosa violencia.

Y entonces los nordistas abrieron fuego.

Durante un segundo, todo el cielo de verano, todo el enorme firmamento incluso, se llenó del zumbido silbante de las balas, y el clamoreo rebelde se interrumpió un instante para recomenzar de nuevo, sólo que ahora los gemidos auténticos se mezclaban con el griterío. Algunos hombres caían, la fuerza del impacto los tiraba atrás como lo habría hecho la coxa de una muía. Otros hombres se tambaleaban y se esforzaban por continuar su avance. La hierba se manchó de sangre fresca. Starbuck oyó una especie de martilleo, y se dio cuenta de que era el ruido de las balas nordistas al impactar en las culatas de los rifles y en las hojas de los cuchillos de caza. La carga sudista se frenó, y los hombres parecían empujar hacia delante como si el aire se hubiera espesado hasta formar una melaza resistente, en la que las ordenadas líneas de los regimientos rebeldes se rompían primero para recomponerse luego en grupos dispersos. Los hombres se detuvieron, dispararon y avanzaron de nuevo, pero el avance era lento y dubitativo.

Llegó otra descarga de los federales, y más hombres desaparecieron de la línea de asalto rebelde. El mayor Bird gritaba a sus hombres que cargaran, que corrieran, que se batieran, pero la Legión había quedado paralizada por la ferocidad del fuego nordista y abrumada por el enorme volumen de fuego de fusilería que ahora restallaba y silbaba sobre ellos. Las granadas nordistas caían como rayos, y cada una escupía al aire una espesa palada de tierra roja.

Adam marchaba diez pasos por delante de la compañía E. Avanzaba despacio, al parecer impasible ante el peligro. Un sargento le llamó para que retrocediese, pero Adam, con el revólver apuntando al suelo con las dos manos en la culata, ignoró el aviso.

—¡Seguid avanzando! ¡Seguid avanzando! —gritaba el mayor Bird a sus hombres. Hasta el momento ningún cuchillo de caza ni bayoneta se había teñido de rojo, pero los hombres ya no podían avanzar más. En vez de eso, empezaron a retroceder en silencio; los federales lanzaron un grito triunfal, y aquel sonido agudo pareció precipitar la retirada de los rebeldes, que ascendieron la ladera a trompicones. Los confederados no se habían dejado arrastrar aún por el pánico, pero estaban muy cerca de caer en él.

—¡No!

El mayor Bird, lívido, intentaba aún forzar a avanzar a sus hombres por la simple fuerza de su personalidad.

—¡Mayor! —Starbuck hubo de gritar para que Bird le oyera—. ¡Mire a su izquierda! ¡A su izquierda!

Un regimiento nordista de refresco había aparecido a la izquierda de la Legión, y ahora amenazaba con envolver el flanco desguarnecido de los virginianos. El nuevo ataque no sólo empujó atrás el fallido asalto a la bayoneta, sino que amenazaba con invadir el bosque y tomarlo a la fuerza. Finalmente, los defensores de Evans habían sido rodeados y derrotados.

—¡Condenación! —Bird se quedó mirando la nueva amenaza. Su juramento sonó poco convincente, como el de un hombre poco acostumbrado a maldecir—. ¡Sargento mayor! ¡Atrás para poner a salvo las banderas!

Bird dio la orden, pero no se retiró aún.

—¡Retírese, señor, por favor! ¡Retírese! —Starbuck tiró de la manga del mayor Bird, y ahora el mayor empezó a retroceder. Las balas silbaban en el aire mientras Bird y Starbuck se retiraban a trompicones, resguardados de los fusileros nordistas por el humo de la batalla, que impedía apuntar con precisión.

Sólo Adam no se retiró. Gritaba a sus hombres que le siguieran, que no había peligro, que todo lo que tenían que hacer era empujar al enemigo hasta el extremo del prado, pero la compañía E había visto la retirada de toda la línea confederada y también sus hombres volvían las espaldas. Adam se detuvo y se giró hacia ellos

gritándoles que avanzaran, pero de pronto se tambaleó y casi se le escapó el revólver de la mano. Abrió la boca para hablar, pero no pronunció ningún sonido. De alguna forma consiguió conservar el equilibrio mientras, muy despacio y con mucho cuidado, como un borracho que pretendiera estar sobrio, colocaba el revólver en su funda. Luego, con una extraña mueca de desconcierto en la cara, se dejó caer de rodillas.

—Estúpido bastardo...

El sargento Truslow había visto caer a Adam, y corrió hacia él desafiando el avance nordista. El resto de la Legión se retiró hacia la seguridad de los árboles. La carga sudista había fracasado por completo, y los nordistas lanzaban ahora andanadas de vítores.

—Es la pierna, Truslow —dijo Adam en tono asombrado.

—Tendría que haber sido en tu maldita sesera. Dame el brazo. —Truslow, a pesar de haber corrido a rescatar a Adam, le hablaba en un tono huraño y hostil—. Vamos, chico. ¡Deprisa!

Adam estaba herido en el muslo izquierdo. El impacto de la bala había sido como el golpe de un martillo, pero de momento apenas le había dolido. Ahora de pronto el dolor le quemaba como un hierro al rojo desde la ingle hasta los dedos del pie. Exhaló un jadeo agónico, y no pudo reprimir un corto gemido.

—¡Déjame aquí! —balbuceó a Truslow.

—¡Cierra el pico, por el amor de Cristo!

Truslow tiró de Adam, medio a rastras y medio a cuestras, hacia los árboles.

Ni el mayor Bird ni Starbuck vieron lo sucedido a Adam. Retrocedían a toda prisa hacia el bosque, o mejor dicho Starbuck se apresuraba y Thaddeus Bird caminaba a paso tranquilo.

—¿Se ha dado cuenta de que la mayoría de las balas siguen yendo altas? —preguntó otra vez Bird.

—Sí.

Starbuck procuraba correr y agacharse al mismo tiempo.

—Tendremos que hacer algo al respecto —observó Bird en tono práctico—. Porque probablemente también nosotros hemos estado disparando alto, ¿no le parece?

—Sin duda..., sí.

Starbuck habría estado de acuerdo con cualquier cosa que dijera Bird, con tal de que el mayor apretara el paso.

—Me pregunto cuántos centenares de balas se han disparado en el prado esta mañana —siguió diciendo Bird, entusiasmado de pronto con aquel problema—, y cuántas bajas han causado. Estoy seguro de que han sido sorprendentemente pocas. —Señaló con su sable limpio de sangre la cincuentena más o menos de cuerpos tendidos en el lugar en el que se había detenido la carga de la Legión—. Podríamos

mirar los troncos de los árboles para ver a qué altura se sitúan los impactos de las balas, y le apuesto lo que quiera, Starbuck, a que la mayoría estarán entre los dos y los tres metros por encima del suelo.

—No me sorprendería, señor... No me sorprendería lo más mínimo.

Starbuck vio delante de él los restos de la alambrada. Tan sólo unos pasos más, y llegarían al resguardo de los árboles. La mayor parte de la Legión se encontraba ya a salvo en el interior del bosque, por lo menos tan a salvo como se podía estar acurrucado entre unos árboles bombardeados por una docena de bocas de fuego federales.

—¡Ahí, mire! ¿Lo ve? Dos metros veinte, dos metros cincuenta. Ahí hay otra, a dos metros justos, centímetro más o menos. ¿Lo ve? —El mayor Bird se paró en seco y señaló con su sable el interesante fenómeno de la altura de los impactos de las balas en los árboles—. Esa está un poco más baja, lo admito, pero ¿ve? ¿Ahí, en ese nogal, Starbuck? Ni una sola huella de bala por debajo de los dos metros, y fíjese en cuántas por encima de esa altura. ¡Cuatro, cinco, seis, y es sólo un tronco!

—¡Señor! —Starbuck empujó a Bird para hacerle avanzar.

—¡Tranquilo! —protestó Bird, pero empezó a caminar de nuevo y por fin Starbuck pudo resguardarse entre los árboles. Vio que la mayor parte de los hombres se habían retirado más lejos, buscando por instinto la seguridad entre los troncos más gruesos, pero unos pocos, los más bravos, tendidos en la linde del bosque, seguían disparando contra los yanquis que avanzaban.

—¡Atrás, muchachos! —El mayor Bird se dio cuenta de que la posición sudista era insostenible—. Dios sabe adónde —murmuró entre dientes—. ¡Sargento mayor Proctor!

—¡Señor!

—Asegúrese de poner a salvo las banderas.

Qué ridículo, pensó Bird, tener que pensar en tales cosas, porque las banderas no eran más que trapos de colores chillones, cosidos a partir de retales de seda en la alcoba de su hermana. Las balas nordistas llovían sobre ellos, mordiendo las hojas de las copas de los árboles.

—¡Starbuck!

—¿Señor?

—¿Le importa avisar a «Doc» Billy? Dígale que nos retiramos. Debe llevarse a todos los heridos que pueda y dejar aquí al resto. Espero que los yanquis les traten bien.

—Estoy seguro de que lo harán, señor.

—Vaya entonces.

Starbuck se adentró en el bosque. Una granada estalló a su izquierda y una gruesa rama se partió y cayó, después de tropezar con los árboles vecinos. Grupos de

hombres corrían entre los árboles sin esperar órdenes, simplemente en busca de la seguridad. Abandonaban los cuchillos de caza, las mantas, las mochilas, todo lo que podía entorpecer su huida. Starbuck encontró un nutrido grupo de hombres que se apretujaban en torno a los caballos atados; un cabo intentaba llevarse a *Pocahontas* en medio de aquel gentío presa del pánico.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Starbuck, y tiró de las riendas hacia sí.

Por un instante, pareció que el cabo iba a ofrecer resistencia, pero vio la cara feroz de Starbuck y echó a correr. El capitán Hinton pasó a su lado, reclamando a gritos su caballo, seguido por el teniente Moxey, cuya mano izquierda goteaba sangre. Starbuck subió de un salto a lomos de *Pocahontas* y volvió grupas hacia el claro en el que había visto antes al doctor Danson. Pasó otra oleada de gente, gritando algo ininteligible. De la linde del bosque llegó el crepitar de los fusiles. Starbuck hundió los talones en los flancos de *Pocahontas*. La yegua tenía las orejas echadas hacia atrás, señal de que estaba nerviosa. Nate se agachó para evitar una rama baja, y luego casi salió despedido de la silla al saltar el animal sobre un tronco caído. Galopó siguiendo el camino, con la intención de girar hacia el sur en dirección al puesto de socorro, pero de pronto una bala pasó cerca de su cabeza y vio brotar una llama y una nubecilla de humo en medio de una mancha azul de uniformes que asomaban por los bosques del lado contrario. Un hombre le gritó que se rindiera.

Starbuck tiró de las riendas, a punto de caer del caballo. La yegua se dio la vuelta, con un relincho de protesta, y Starbuck volvió a clavarle los talones. «¡Vamos!», le gritó, y se encogió mientras otra bala silbaba junto a su cabeza. Todavía conservaba su pesado revólver, y utilizó el cañón como fusta con la que golpear la grupa de *Pocahontas*. La yegua saltó adelante con un impulso tan repentino que, una vez más, estuvo a punto de desarzonar a Starbuck, pero éste consiguió mantenerse en la silla y volver al resguardo del bosque. Starbuck condujo de nuevo a su montura hasta la cresta de la loma. No parecía tener sentido organizar una retirada ordenada de los heridos; y en cambio tenía que encontrar a Bird para decirle que la Legión estaba rodeada.

—¡Mayor Bird! —gritó—. ¡Mayor Bird!

Thaddeus Bird había encontrado al sargento Truslow y le ayudaba a llevar a Adam a algún lugar más seguro. Los tres hombres y la escuadra de abanderados eran los únicos que aún permanecían en lo alto de la colina. El sargento mayor Proctor cargaba con una de las banderas, y un cabo de la compañía C con la otra, pero las pesadas enseñas con sus rígidos palos eran objetos difíciles de llevar en medio de aquel laberinto poblado de zarzas y maleza. El resto de la Legión, como también el resto de la brigada de Nathan Evans, parecía haberse esfumado, y Bird supuso que la batalla se había perdido definitivamente. Se preguntó cómo describirían los historiadores la revuelta del Sur. ¿Una locura de verano? ¿Una aberración en la

historia americana, equiparable a la rebelión del Whisky que George Washington había reprimido con tanto salvajismo? Una granada estalló entre las ramas altas de los árboles, e hizo caer una lluvia de hojas sobre las banderas.

—¡Mayor Bird! —gritó Starbuck. Galopaba enloquecido, a ciegas, entre los árboles. A su alrededor había fugitivos que gritaban, pero el mundo de Starbuck se limitaba a una mancha de luz solar y de sombra verde, un caballo que corría espantado, sudor y sed. Oyó tocar a una banda de música yanqui en la ladera, e hizo dar la vuelta a su montura para alejarse de aquel sonido. Llamó de nuevo al mayor Bird, pero la única respuesta fue el ruido seco de disparos en algún lugar a su izquierda. Las balas pasaron silbando cerca de él, pero los nordistas disparaban en medio de la espesura y no podían apuntar bien. Una granada vomitó humo y fragmentos metálicos a su derecha, y luego Starbuck salió a un claro y vio el destello rojo y blanco de las banderas de la Legión en el otro extremo de aquel espacio abierto, de modo que dirigió hacia allí a su montura. Creyó ver a Thaddeus Bird acompañado por una docena más o menos de hombres.

—¡Mayor Bird!

Pero Bird había desaparecido ya entre los árboles del lado opuesto. Starbuck corrió detrás de las banderas, por entre las nubes de humo suspendidas sobre el claro. Sonaban disparos, una corneta tocó llamada, y la banda yanqui seguía con su música, detrás. Nate se zambulló entre los árboles del otro extremo del claro y las ramas bajas le azotaron dolorosamente el rostro.

—¡Mayor Bird!

Bird se volvió por fin, y Starbuck vio que Adam estaba allí, con el muslo manchado de sangre oscura. Quiso gritar que había yanquis en el flanco derecho, pero era demasiado tarde. Un pelotón de hombres uniformados de azul corría ya entre los árboles, viniendo del camino, y pareció inevitable la caída de las banderas de la Legión y la captura de Bird, Adam, Truslow y el resto de los hombres que rodeaban las dos enseñas.

—¡Mirad allí! —gritó Starbuck, señalando.

La escuadra de abanderados huía corriendo a la desesperada entre los árboles, pero Bird y Truslow se movían más despacio debido a Adam. Los nordistas les gritaron que se detuvieran y levantaran las manos, y el mayor Bird gritó al sargento mayor Proctor que corriera. Adam, con la pierna herida encogida mientras lo llevaban por entre los árboles, gimió.

Starbuck oyó el gemido e hizo volverse a su caballo. Los nordistas chillaban y daban voces como niños jugando. Un rifle disparó, y la bala se perdió entre las hojas de los árboles. El mayor Bird y Truslow se tambaleaban bajo el peso de Adam. Los nordistas volvieron a gritarles que se rindieran, y Truslow dio media vuelta preparándose para pelear, frente a las bayonetas que apuntaban directamente a su

cuerpo.

Y entonces irrumpió Starbuck. Había conducido su yegua al galope hacia el grupo de perseguidores yanquis, y ahora les gritó que se echaran atrás y dejaran en paz a Adam. Los nordistas volvieron contra él sus rifles con las bayonetas caladas, pero Starbuck iba demasiado deprisa. Vociferó contra ellos, perdido todo control de sí mismo una vez tomada la decisión de luchar. Los yanquis no retrocedieron e intentaron apuntar sus armas hacia el enloquecido jinete, y Starbuck levantó el brazo derecho y apretó el gatillo inferior del revólver Savage, y luego el superior, y el retroceso del arma repercutió en todo su brazo hasta el hombro, y el humo lo cegó por un instante antes de desvanecerse. Oyó el disparo de un rifle, pero ninguna bala lo alcanzó, y lanzó un grito de desafío.

Había seis yanquis en el pelotón. Cinco de ellos se dispersaron para evitar la carga salvaje de Starbuck, pero el último intentó valientemente ensartar con su bayoneta a aquel jinete suicida. Starbuck tiró del gatillo inferior para hacer girar el tambor, y luego dirigió el largo cañón del arma contra el hombre que se le enfrentaba. Vio en un destello unas pobladas patillas negras y unos dientes ennegrecidos por el tabaco, y luego apretó el gatillo superior y la cara del hombre desapareció en una nube de humo manchado de sangre, fragmentos de hueso y piltrafas de carne escarlata. Starbuck lanzó un alarido terrible, un grito de victoria y de furia, mientras otro yanqui caía atropellado bajo los fuertes cascos de *Pocahontas*. El estruendo de un disparo muy próximo ensordeció su oído derecho, y la yegua empezó de pronto a piafar y a relinchar, pero Starbuck mantuvo el equilibrio y la espoleó. Intentó disparar a un hombre de uniforme azul, pero el revólver se atascó porque apretó al mismo tiempo los dos gatillos. Pero no importó. El mayor Bird, Adam y Truslow habían escapado, las banderas estaban a salvo en el refugio verde de los árboles, y Starbuck galopaba libre e ileso en el silencio del bosque.

Se echó a reír. Se sintió invadido por una felicidad milagrosa, y le pareció que había vivido el instante más excitante y hermoso de toda su vida. Quiso gritar su alegría a los cielos al recordar cómo estalló la cara del yanqui frente a la boca de su revólver. ¡Dios mío, le había dado una lección a aquel bastardo! Siguió riendo en voz alta.

Mientras, en el lejano Boston las motas de polvo bailaban y giraban en los rayos de sol que descendían desde los ventanales altos de la iglesia, e iluminaban al reverendo Elial Starbuck que, cerrados los ojos y tenso el fuerte rostro por la agonía de la pasión, rogaba a Dios Todopoderoso que protegiera y socorriera a las fuerzas de los Estados Unidos en su justa lucha, y les diera ánimos para superar todas las dificultades y fuerza para derrotar a las fuerzas oscuras del mal indecible que habían vomitado los Estados del Sur.

—¡Y si la causa del bien se ve abocada a una batalla, oh, Señor, concédele tu

victoria y deja que la sangre de tus enemigos empape la tierra, y que el orgullo de los impíos se vea pisoteado bajo los talones de los justos!

Fue una invocación intensa, una oración que despertó ecos porque su voz era fuerte como el granito de Nueva Hampshire con el que había sido construida la iglesia. Elial dejó que los ecos de su súplica se desvanecieran y abrió los ojos, pero los fieles, conscientes de alguna manera de que los furiosos ojos grises de su pastor recorrían los bancos en busca de algún descreído, mantuvieron las miradas bajas y los abanicos completamente inmóviles. Nadie rebulló; de hecho, apenas se atrevían a respirar. Elial bajó los brazos y aferró el atril.

—En tu santo nombre te imploramos. Amén.

—Amén —contestaron a coro los fieles. Ojos tímidos se alzaron, se cerraron los libros de himnos, y la señora Siffard insufló algo de aire húmedo en las tripas del armonio.

—Himno número doscientos sesenta y seis. —El reverendo Elial habló como un hombre privado de repente de su fuerza, virtuosamente exhausto—. Hay una fuente que mana sangre, sangre que brota de las venas de Emmanuel. Y los pecadores que se bañan en esa fuente se ven limpios de las manchas del pecado.

* * *

Un caballo sin jinete surgió al galope de la maleza y pasó a través de una hilera de soldados sudistas heridos, que habían quedado abandonados a la merced del avance de los yanquis. Un hombre gimió y se retorció cuando un casco le pisó la pierna. Otro lloraba llamando a su madre. Un tercero había perdido los ojos en la explosión de una granada y no podía llorar. Dos de los heridos de la fila habían muerto ya, y sus barbas apuntaban al cielo mientras las moscas se posaban en su piel. El bosque se llenaba poco a poco de tropas nordistas que se detenían a rebuscar en los bolsillos y las mochilas de los muertos. El fuego de la artillería había cesado, pero los incendios provocados por las explosiones aún devastaban el sotobosque.

Al este de aquel bosque, el 2.º Regimiento de Wisconsin, uniformado de gris, al avanzar hacia el regimiento de Georgia que formaba ahora el flanco derecho de la línea defensiva rota de los confederados, fue confundido con tropas de refuerzo sudistas. La bandera del Norte, que colgaba flácida por la ausencia de viento, se parecía mucho a la confederada, y los georgianos permitieron que los hombres de Wisconsin se acercaran tanto que todos los oficiales sudistas quedaron muertos o heridos en la primera descarga de los yanquis. Los supervivientes georgianos resistieron tan sólo un instante desesperado y luego huyeron, y así quedó definitivamente deshecha la improvisada línea defensiva que Nathan Evans había conseguido montar. Pero aquella línea había conseguido su objetivo. Había aguantado

frente a fuerzas abrumadoramente superiores el tiempo suficiente para que se formara una nueva línea defensiva en el altiplano situado en la cima de la colina en la que había acampado la noche anterior la Legión Faulconer.

Una batería de cañones de Virginia mandados por un abogado reconvertido en artillero esperaba en la cresta norte de aquel altiplano. Los cañones apuntaban hacia el valle, por donde los hombres de la maltrecha brigada de Evans huían ahora de los victoriosos yanquis. Detrás de los cañones del abogado, estaba formada una brigada virginiana venida del valle del Shenandoah y mandada por un hombre piadoso de opiniones excéntricas y temperamento huraño. Thomas Jackson había sido un impopular profesor del Instituto Militar de Virginia, y después un comandante de brigada de las milicias igualmente impopular, partidario fanático del entrenamiento y la instrucción, y más entrenamiento y más instrucción, hasta que los granjeros que tenía en sus filas se ponían enfermos sólo de oír hablar de entrenamiento e instrucción; pero ahora los granjeros de Thomas Jackson estaban apostados en un altiplano a la espera de que el victorioso ejército yanqui les atacara, y habían sido entrenados, instruidos y preparados para luchar. También estaban impacientes por hacerlo.

Una segunda batería de artillería confederada llegó a la cumbre de la colina y desplegó sus piezas junto al lugar donde estaba apilado el bagaje de la Legión Faulconer. El comandante de la batería era un ministro episcopaliano que ordenó a su segundo en el mando comprobar de forma exhaustiva el ajuste de todas las tuercas, las bayetas, los escobillones, las palancas y los atacadores, mientras él rezaba en voz alta a Dios para que se apiadara de las almas pecadoras de los yanquis, a los que iba a mandar a un mundo mejor con sus cuatro grandes cañones que había bautizado con los nombres de los cuatro evangelistas. Thomas Jackson, que esperaba una andanada enemiga en cualquier momento, ordenó a sus hombres tenderse en el suelo para no ofrecer un blanco fácil a los artilleros enemigos, pero él mismo siguió impertérrito en lo alto de su silla de montar, leyendo su Biblia. Preocupado porque sus hombres pudieran confundirse con el humo de la batalla, hizo que todos sus virginianos llevaran brazaletes de tela blanca y tiras blancas prendidas del sombrero, y les dio un santo y seña que habían de gritar en medio de la refriega. La frase escogida era «¡Por nuestros hogares!», y Jackson les ordenó que se golpearan el pecho con la mano izquierda al tiempo que la gritaban. El capitán Imboden, el abogado reconvertido en artillero, había decidido desde hacía mucho tiempo que Jackson estaba más loco que una liebre de marzo, pero de todos modos se alegraba de tener a Jackson de su lado para no tener que enfrentarse a aquel lunático en una batalla.

A una distancia de kilómetro y medio a la derecha de Imboden, en el puente de piedra por el que más y más tropas nordistas cruzaban el Bull Run para proseguir el demoledor ataque que ya había empezado a sembrar el caos en el ejército rebelde, el

general Irvin McDowell se había erguido sobre su caballo junto al camino del portazgo y daba ánimos a sus hombres:

—¡Victoria! ¡Directos a Richmond! ¡Buen trabajo, muchachos, buen trabajo!

McDowell estaba jubiloso, en éxtasis, tan feliz que incluso había olvidado la dispepsia que le había afligido desde que se sirvió imprudentemente una cantidad excesiva de empanada de ternera en la cena de la noche anterior. ¿Qué importancia tenía una indigestión? ¡Había ganado! Había dirigido el mayor ejército de la historia militar americana y alcanzado una brillante victoria, y tan pronto como concluyera la tarea de liquidar los reductos de resistencia rebeldes, enviaría a Washington un ramillete de banderas sudistas capturadas para colocarlas a los pies del presidente. No había visto aún ninguna bandera capturada, pero estaba seguro de que muy pronto empezarían a afluir en abundancia.

—¡Starbuck!

Vio a su *sous-adjutant* rodeado de agregados militares extranjeros enfundados en sus vistosos uniformes. McDowell había estudiado en una academia militar en Francia y estaba acostumbrado a las modas europeas, pero ahora, al ver aquellos coloridos uniformes mezclados con las sobrias guerreras de su propio ejército, pensó en lo ridículamente pomposos que parecían los extranjeros.

—¡Capitán Starbuck! —volvió a llamar.

—¿Señor?

El capitán James Starbuck había pasado un rato feliz siguiendo el ritmo de la música de una banda de regimiento, que interpretaba fragmentos de ópera para las tropas que avanzaban. Ahora espoleó a su caballo para acercarse al general victorioso.

—Supervise la situación al otro lado del puente, ¿de acuerdo? —ordenó McDowell de buen humor—, y diga a nuestros muchachos que me traigan directamente a mí todas las banderas que capturen. Asegúrese de que lo harán, ¿entendido? ¡Todas! Y no se preocupe por sus amigos extranjeros, yo mismo charlaré con ellos. —El general saludó a unos artilleros que pasaban—. ¡Victoria, muchachos, victoria! ¡Derechos a Richmond! ¡A Richmond!

Un congresista gordo y bebido de Nueva York se había subido en la cureña de un cañón, y el general saludó radiante al político. El congresista era un bribón, pero su opinión favorable le sería útil a un general victorioso cuando finalizara esta corta campaña.

—¡Un gran día, congresista! ¡Un gran día!

—¡Otro Yorktown, general! ¡Un auténtico Waterloo! —También un general victorioso podía resultar útil para la carrera de un congresista, de modo que el obeso político se quitó el sombrero como afable saludo al rechoncho McDowell—. ¡Directos a la gloria! —gritó el congresista, y con tanto vigor agitó el sombrero en el

aire que casi se cayó de su estrecho asiento en la cureña.

—¡Y Starbuck! —McDowell llamó de nuevo a su ayudante, que trataba ya de forzar el paso por el puente abarrotado—. No permita que se acumulen demasiados civiles en nuestra retaguardia. Ese tipo no importa, pero no quiero ver a ninguna dama herida por un tiro perdido, ¿de acuerdo?

—¡No, señor! —contestó James Starbuck, y partió a la caza de banderas.

El coronel Faulconer también andaba buscando banderas, las suyas, y las encontró en los pastos que se extendían al norte del portazgo. Al principio todo lo que pudo encontrar fueron los restos maltrechos de su preciosa Legión: pequeños grupos de hombres sucios de pólvora y agotados que aparecían entre los árboles arrastrando sus rifles por el suelo y que apenas eran capaces de reconocer a su coronel. Unos pocos conservaban un buen orden, guiados por sus oficiales o sargentos, pero la mayoría había abandonado su costoso equipo y no tenía idea de dónde se encontraban su compañía, sus oficiales e incluso sus amigos. Algunos se retiraban junto a los hombres de Carolina del Sur, otros con los de Luisiana, del mismo modo que hombres de esos regimientos se habían unido ahora a los virginianos. Eran una fuerza en derrota, exhausta y aturdida, y el coronel los observaba con un espanto incrédulo. Ethan Ridley, que por fin había conseguido alcanzar a Faulconer, no se atrevió a decir nada por miedo a desatar las iras del coronel.

—Esto ha sido obra de Starbuck —dijo por fin Washington Faulconer, y Ridley se limitó a asentir en muda confirmación—. ¿Habéis visto a Adam? —preguntó el coronel a los supervivientes de la Legión, y ellos se limitaron a sacudir las cabezas. Algunos alzaron la vista hacia el hermoso uniforme del coronel, tan elegantemente sentado sobre su caballo, y se volvieron para escupir con la boca seca en el prado.

—¿Señor? —Ridley miraba hacia su derecha, por donde había visto uniformes azules que avanzaban desde el puente de madera por el que el camino del portazgo cruzaba un pequeño afluente del Bull Run—. ¡Señor! —repitió en tono más apremiante.

Pero el coronel no le escuchaba, porque por fin había visto a la escuadra de abanderados salir del bosque, y se lanzó al galope hacia ellos. Estaba decidido a que, pasara lo que pasase en adelante en aquel día horrible, él no perdería las dos banderas. Aunque la Confederación se hundiera bajo el peso de una derrota aplastante, él llevaría las dos enseñas de vuelta a Seven Springs, y allí las colgaría de las paredes de la sala para recordar a sus descendientes que su familia había luchado por Virginia. Ridley siguió al coronel, silencioso por la enormidad de la derrota.

Al principio el coronel no vio a Adam, sostenido ahora por el sargento Truslow y el sargento mayor Proctor. El coronel sólo vio a Thaddeus Bird, que arrastraba por el polvo el blasón de los Faulconer.

—¿Qué diablos has hecho con mi Legión? —gritó Faulconer a su cuñado—.

¿Qué diablos habéis hecho?

Thaddeus Bird se detuvo a mirar al coronel furioso. Pareció tardar varios segundos en reconocer a Washington Faulconer, pero cuando lo hizo rompió a reír.

—¡Maldita sea, Pecker! ¡Maldita sea! —Faulconer apenas pudo contenerse para no cruzar con su fusta la cara risueña del maestro de escuela.

—Adam está herido. —Bird paró bruscamente de reír y habló ahora con una intensa amabilidad—. Pero se repondrá. Ha luchado bien. Todos han luchado bien... o casi todos. Tenemos que enseñarles a apuntar bajo, sin embargo, y hay otras muchas lecciones que habremos de aprender. Pero no lo hemos hecho tan mal para ser la primera vez.

—¡Tan mal! ¡Has deshecho la Legión! ¡Maldito seas! ¡La has triturado! —El coronel espoleó a *Saratoga* hacia el lugar donde Truslow y Proctor sostenían a Adam—. ¡Adam! —gritó el coronel, y se quedó boquiabierto al ver en el rostro de su hijo una sonrisa casi feliz.

—¡Tenga cuidado, Faulconer! —gruñó el sargento Truslow—. El bosque está lleno de condenados yanquis.

El coronel había tenido intención de abofetear a Adam y de reprocharle haber dejado que Bird desobedeciera sus órdenes, pero la pierna ensangrentada de su hijo frenó su ira. Luego alzó la vista y vio a otra figura que salía tambaleante de entre los árboles. Era Starbuck, y al verlo la ira de Washington Faulconer rebrotó con tanta intensidad que empezó a temblar sin control.

—Ahora vuelvo contigo, Adam —dijo, y picó espuelas a *Saratoga* para ir al encuentro de Starbuck.

Starbuck venía a pie, cojeando. Después de que *Pocahontas* lanzara aquel relincho, él la había hecho girar hacia la izquierda, había golpeado sus flancos en carne viva con los talones y se había alejado al galope de los yanquis aturridos y dispersos. Intentó seguir a los abanderados, pero notó que la yegua tropezaba, y fue entonces cuando vio aparecer gotas de sangre en su boca y en los ollares. El animal dio otra zancada fallida, aspiró una gran bocanada de aire, gorgoteó y cayó a medias sobre las manos dobladas. Aún intentó seguir adelante, pero la vida se le escapaba por los pulmones perforados y su cuerpo, tendido de lado, se deslizó ladera abajo sobre el musgo, las hojas caídas y las zarzas, de modo que Starbuck hubo de esforzarse en sacar los pies de los estribos y liberarse penosamente de la silla de montar, antes de que la yegua moribunda topara contra un árbol y se detuviera. Se estremeció, intentó levantar la cabeza, relinchó una vez y sus cascos patalearon débilmente el suelo.

—Oh, Dios.

Starbuck temblaba. Estaba acurrucado, magullado y asustado, y aspiraba el aire a grandes bocanadas para recuperar el resuello. El caballo se estremeció y un gran flujo

de sangre salió de su boca. La herida de bala en su pecho parecía muy pequeña. El zumbido de las moscas se hizo más fuerte, y empezaron a posarse sobre el caballo muerto.

El bosque se había quedado de pronto extrañamente silencioso. Las llamas y el fuego de mosquetería crepitaban muy lejos, pero Starbuck no oyó pasos cercanos. Afianzó los pies en el suelo, y sintió una punzada de dolor al apoyar el peso del cuerpo en el tobillo izquierdo. Su revólver había caído en la alfombra de hojas ensangrentadas. Lo recogió, lo empujó dentro de su funda, y ya había empezado a alejarse cojeando de aquel lugar cuando recordó que aquella misma mañana el coronel Faulconer había insistido en el precio de la silla de montar, y a Starbuck le asaltó la convicción ridícula de que se metería en graves problemas si volvía sin la silla, de modo que se arrodilló junto al vientre del caballo muerto y soltó la cincha. Luego, entre sollozos y jadeos tiró de la pesada silla hasta liberarla, y extrajo también los estribos y la cincha de debajo del cuerpo de la yegua.

Cruzó el bosque tambaleante, torpe por su tobillo hinchado, por el peso de la silla y por lo caluroso del día. Necesitaba las dos manos para cargar con ella, de modo que no podía impedir que el sable se le atravesara entre las piernas. Cuando, por tercera vez, le hizo tropezar, se detuvo, se desabrochó el tahalí y arrojó el sable con su vaina lo más lejos que pudo entre la maleza. La pequeña porción de su mente que mantenía aún la capacidad de razonar le dijo que era estúpido rescatar la silla de montar y arrojar el sable, pero por alguna razón la silla le parecía más importante. Oyó gritos lejanos en el interior del bosque, sonó una corneta, un hombre gritó un hurra triunfal y, temeroso de caer en una emboscada, Starbuck tiró del revólver, lo amartilló y luego sostuvo el arma en su mano derecha por debajo de la pesada silla. Siguió caminando a trompicones, y por fin salió del bosque a un espacioso prado salpicado por rebeldes en retirada. Frente a los sudistas estaba el camino del portazgo, y detrás una ladera empinada ascendía al altiplano en el que había empezado su jornada la Legión. Pudo ver la pequeña granja construida con troncos en lo alto de la colina y, junto a ella, algunos cañones. Se preguntó si pertenecerían al Norte o al Sur, a los enemigos o a los amigos.

—¡Tú, bastardo! —El grito despertó ecos en los prados, y Starbuck volvió sus ojos cegados a medias por el sudor y vio al coronel Faulconer que se acercaba montado a caballo. El coronel se detuvo junto a Starbuck y los cascos de su corcel arrancaron brotes de hierba del suelo—. En el nombre de Cristo, ¿qué has hecho con mi Legión? ¡Te dije que te fueras a casa! ¡Te dije que volvieras con tu maldito padre!

Y el coronel Faulconer, demasiado furioso para darse cuenta de lo que estaba haciendo, o de lo improbable de que un mero subteniente contara con poder suficiente para hacer lo que él estaba atribuyendo a Starbuck, alzó la mano que sostenía la fusta y golpeó con ella, de modo que la tralla cruzó la cara de Starbuck. El

joven Nate se tambaleó, tragó saliva por el dolor, y sintió un fuerte mareo. Sangre salada brotó de su nariz.

—Le he traído su silla de montar —balbuceó como pudo, antes de encontrarse a cuatro patas en el suelo, con la sangre goteando de su nariz, y el coronel levantó de nuevo su látigo.

—Has hecho el trabajo sucio de los nordistas, ¿verdad? ¡Has destruido mi Legión, bastardo! —Golpeó una segunda vez, luego una tercera—. ¡Bastardo! —aulló, y alzó el brazo para dar un cuarto latigazo.

Los primeros perseguidores yanquis habían aparecido en la linde del bosque. Uno de ellos, un cabo, había formado parte del grupo de hombres contra los que cargó Starbuck y ahora, al asomarse a los pastos, vio a un confederado a caballo a menos de cincuenta metros y se acordó de su camarada muerto. Hincó la rodilla derecha en tierra, se llevó el rifle al hombro y efectuó un disparo rápido. El humo que flotaba sobre el campo estorbaba la visión del yanqui, pero su puntería fue buena y la bala impactó en el brazo derecho levantado del coronel, astillando el hueso para luego rebotar, penetrar entre las costillas y alojarse en los músculos del vientre. La sangre brotó del brazo, echado atrás por la fuerza de la bala, y la fusta voló por los aires.

—Oh, Dios —dijo Washington Faulconer, más asombrado que dolorido. Pero enseguida sintió el aguijón del dolor y dio un gran grito mientras intentaba bajar el brazo y asimilar aquel caos repentino de paño desgarrado y manchado de sangre y de dolor agudo.

—¡Coronel!

Ethan Ridley llegó al galope al lado del coronel en el momento mismo en que una descarga nordista crepitó en la linde del bosque. Ridley agachó la cabeza y tiró de las riendas, mientras las balas minié zumbaban en sus oídos. El coronel dio media vuelta y picó espuelas aullando de dolor, y Ridley se quedó mirando fijamente a Starbuck, que había levantado su brazo derecho para protegerse de la fusta del coronel. En esa mano seguía el revólver Savage y Ridley, al verlo, pensó que el nortño había intentado matar al coronel.

—¡Tú le has disparado! —le acusó Ridley estupefacto, y sacó su propio revólver de la pistolera.

La sangre goteaba de la nariz de Starbuck. Seguía aún aturdido, demasiado mareado para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero vio la mueca de la cara de Ridley, y el humo que salía del revólver, y el impacto de la bala en la madera por debajo del cuero que forraba la silla de montar que Starbuck sostenía aún en la mano izquierda.

La sacudida de la bala al impactar en la silla despertó a Starbuck de su estupor. A su espalda, enjambres de nordistas salían de entre los árboles y Ridley se daba ya la vuelta, no por temor a Starbuck, sino para escapar de la embestida de los yanquis.

—¡Ridley! —gritó Starbuck, pero Ridley picó las espuelas ensangrentadas al tiempo que Starbuck alzaba su pesada arma. Tenía una promesa que cumplir, y tan sólo unos segundos para cumplirla, de modo que apuntó con el enorme revólver Savage y apretó el gatillo superior. Saltaron chispas de la cápsula del fulminante al caer el martillo del arma que Starbuck sostenía en la mano.

Ridley gritó y arqueó la espalda.

—¡Ridley! —volvió a gritar Starbuck, y en torno suyo tembló el aire por una nueva descarga de balas nordistas, y la yegua de Ridley dio un salto y un fuerte relincho. Ridley estaba herido, pero, de forma automática, liberó las botas de los estribos y se volvió a mirar a Starbuck—. ¡Esto es por Sally, bastardo! —gritó Starbuck histérico, fuera de sí—. ¡Por Sally!

Había prometido que su nombre sería la última cosa que oiría Ridley, y lo repitió de nuevo mientras oprimía otra vez, primero el gatillo inferior y luego el superior.

Ridley se estremeció al ser alcanzado por la segunda bala, y cayó al suelo. Tanto él como su caballo gemían ahora de dolor, pero el caballo intentaba escapar cojeando, en tanto que Ridley quedó tendido en la hierba.

—¡Ridley, maldito bastardo!

Starbuck se puso de pie y apuntó el revólver. Disparó de nuevo, pero su tercera bala sólo levantó pellas de tierra junto al caído Ridley, cuyo caballo se alejaba cojeando. El coronel se encontraba a unos cincuenta metros, y se había vuelto a mirar horrorizado a Starbuck.

—Esto es por Sally —dijo Starbuck, y disparó su última bala contra el cuerpo de su enemigo, justo en el momento en que todo el suelo se levantó ante ellos, en una erupción que hizo volar por el aire tierra y sangre; una granada confederada había estallado encima del cuerpo agonizante de Ridley, despedazado su carne temblorosa y levantado en el aire una cortina de piltrafas de carne ensangrentada que ocultó a Starbuck de los ojos de la Legión que se retiraba.

La explosión ardiente y sanguinolenta hizo caer de espaldas a Nate y empapó su guerrera gris con la sangre de Ridley. Más granadas cruzaron rugiendo el valle y sembraron de explosiones negras y rojas el prado por el que avanzaban los nordistas desde la línea de árboles. Sobre la cresta de la lejana colina, se había formado una nube baja que temblaba a medida que la artillería iba generando más humo. Starbuck estaba de nuevo de rodillas, en tanto que Ridley no era más que un despojo ensangrentado sobre la hierba. Delante de Nate los confederados vencidos se retiraban cruzando el camino del portazgo y ascendían la colina situada más allá, con su corona de humo grisáceo salpicado de llamaradas, pero Starbuck seguía arrodillado en el prado, contemplando el amasijo de carne y sangre, costillas blancas y tripas azuladas, consciente de que había cometido un asesinato. Oh, dulce Jesús querido, perdóname, quiso rezar, tembloroso a pesar del calor, pero de pronto una

oleada de nordistas pasó por su lado; un hombre arrancó el revólver de entre las manos inertes de Starbuck, y luego una culata forrada de bronce le golpeó en la nuca y él cayó hacia delante mientras una voz nortea le gritaba que se quedara bien quieto.

Quedó tendido boca abajo, aspirando el olor dulce de la hierba, y recordó la última mirada de desesperación de Ridley, mostrando el blanco de los ojos, el terror pintado en su rostro moribundo como regalo póstumo de la chica a la que había traicionado en Richmond. Le había costado sólo un segundo, menos de un segundo, cometer el asesinato. Oh, Dios, pensó Starbuck, pero fue incapaz de rezar porque no sentía ningún remordimiento. No tenía la sensación de haber pecado. Lo único que deseaba era echarse a reír por Sally, porque había cumplido la palabra que le dio y matado al hombre que la había traicionado. Había cumplido un encargo de amigo, y esa idea le hacía sentir ganas de reír.

—¡Boca arriba! —Un hombre hurgaba a Starbuck con su bayoneta—. ¡Date la vuelta, bastardo!

Starbuck se dio la vuelta. Dos hombres barbudos registraron sus bolsillos, pero no encontraron nada que valiera la pena robar a excepción de su caja de cartuchos, con un puñado de munición para el revólver Savage.

—Está más pelado que un perro muerto de hambre —dijo uno de los dos hombres, y luego señaló con una mueca el horrendo amasijo de sangre y tripas que había sido Ethan Ridley—. ¿Quieres buscar en ese montón de carne, Jack?

—Mierda, no. ¡Ponte de pie! —Empujó a Starbuck con la punta de la bayoneta—. Por aquí, rebelde.

Había una veintena de prisioneros reunidos en la linde de los árboles. La mitad de ellos eran de la Legión, y el resto de los regimientos de Carolina del Sur y de los zuavos de Luisiana. Los prisioneros confederados estaban sentados, cabizbajos, y miraban desconsolados cómo se acumulaban los efectivos nordistas en la parte baja de la ladera de la colina siguiente. Más y más regimientos cruzaban el Bull Run y marchaban a reforzar el ataque que se preparaba. Más y más cañones rodaban por el camino del portazgo y ocupaban posiciones apuntando a los defensores confederados.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó uno de los prisioneros de la Legión a Starbuck.

—No lo sé.

—A ti te irá bien —dijo el hombre en tono resentido—. Eres un oficial, te canjearán, pero a nosotros no. Nos tendrán encerrados por lo menos hasta después de la cosecha.

—No tendríais que haberos rebelado entonces, ¿no te parece? —intervino un sargento yanqui que había oído la conversación.

Hacia la una del mediodía, los prisioneros fueron conducidos a la casa de piedra

roja que se alzaba junto al cruce de caminos. Los soldados nordistas aún seguían preparándose para el ataque que había de quebrar los últimos vestigios de resistencia del Sur y, mientras se agrupaban, la artillería de ambos bandos tronaba por encima de las cabezas de los combatientes, porque disparaban batería contra batería desde lo alto de las colinas enfrentadas. Había un goteo constante de heridos que se acercaban cojeando, a trompicones, o bien eran traídos en parihuelas al puesto de socorro improvisado en el interior de la casa de piedra.

Starbuck, cojeando por la torcedura del tobillo y con el uniforme empapado de la sangre de Ridley, fue empujado hacia la puerta de la cocina de la casa.

—No estoy herido —protestó.

—Cierra el pico y entra ahí, haz lo que te dicen —gruñó el sargento, y ordenó a los prisioneros ilesos atender a la docena de heridos que habían sido acostados al aire libre después de ser intervenidos por el cirujano. Dentro de la casa, Starbuck encontró a más hombres de la Legión Faulconer; uno de la compañía K había perdido una pierna en la explosión de una granada; dos tenían los pulmones perforados por la metralla, uno había quedado ciego y otro tenía incrustada una bala minié en la mandíbula inferior, de la que ahora goteaba una mezcla de sangre y babas.

Un doctor de barba pelirroja trabajaba en una mesa que había sido arrastrada para que su superficie quedara iluminada directamente por la luz del sol, que entraba por la ventana de la cocina. Estaba amputando la pierna de un hombre, y su sierra de huesos chirriaba de una forma que produjo un escalofrío a Starbuck. El paciente, un nordista, aullaba de una forma horrible, y el ayudante del doctor vertió un poco más de cloroformo en el cojín que sujetaba contra la nariz y la boca del hombre. Tanto el doctor como su ayudante sudaban a goterones. Hacía un calor espantoso en aquella habitación, no sólo por la temperatura natural de aquel día de verano, sino por el fuego encendido en la cocina para hervir agua.

El doctor dejó a un lado la sierra y empuñó un escalpelo de hoja muy larga con el que completó la amputación. La pierna ensangrentada, todavía con su bota y su calcetín, cayó de golpe al suelo.

—Es un cambio después de tratar la sífilis —dijo el doctor de buen humor, mientras se secaba la frente con la manga—. Es todo lo que hemos hecho los tres últimos meses, ¡tratar la sífilis! Vosotros, sudistas, no teníais por qué haberos molestado en reclutar un ejército, bastaba con que enviaseis a todas vuestras putas al norte para matarnos a todos de sífilis, y os habríais evitado un montón de problemas. Todavía está con nosotros, ¿no? —Esta última pregunta iba dirigida al ayudante.

—Sí, señor.

—Hágale aspirar amoníaco, y luego le comunica que todavía no está llamando a las puertas del paraíso.

El cirujano de la barba roja buscaba con un fórceps las arterias que tenía que

suturar. Había limado el extremo del hueso aserrado hasta dejarlo liso y ahora, después de ligar las arterias, comprimíó la carne sobre el hueso limado y la recubrió con la piel colgante del muslo del paciente. Dio unas puntadas rápidas sobre el muñón así formado, y luego desató el torniquete que había comprimido el flujo de sangre del muslo durante la operación.

—Otro héroe —dijo en tono seco, para indicar que la operación había concluido.

—No vuelve en sí, señor.

El ayudante sostenía la botella de amoníaco abierta junto a la nariz del paciente.

—Páseme el cloroformo —ordenó el doctor, y luego tomó el escalpelo y rasgó la tela arrugada y manchada de sangre de los pantalones del paciente hasta dejar al descubierto sus genitales—. Va a presenciar un milagro —anunció el doctor, y vertió unas gotas de cloroformo sobre los testículos del hombre inconsciente. El hombre sufrió un espasmo inmediato, pero luego abrió los ojos, aulló de dolor e intentó incorporarse—. Pelotas heladas —dijo el doctor, risueño—, lo que en la profesión se conoce como «efecto Lazarus».

Taponó la botella de cloroformo, se apartó de la mesa y paseó su mirada por su reticente auditorio, en busca de alguna muestra de que apreciaban su ingenio. Vio entonces a Starbuck, cubierto de sangre de la cabeza a los pies.

—Cristo, ¿cómo es que no está muerto?

—Porque no estoy ni siquiera herido. Es sangre de otro.

—Si no está herido, salga inmediatamente de aquí. Váyase a rumiar sobre el fracaso de sus malditos sueños.

Starbuck salió al patio, y allí se recostó en la pared de piedra de la casa. El sol brillaba cruel sobre la escena desolada de la derrota rebelde. Hacia el norte, donde Evans había mandado a sus compañías perdidas a frenar el triunfal avance yanqui, no había nadie en los prados, a excepción de las decenas de cadáveres de hombres y de caballos que los alfombraban.

La batalla había soplado feroz sobre esos campos y, como una amplia ola empujada por la furia de la tormenta, trepaba ahora por la colina siguiente hacia la casa de Henry, donde el frente atacante acosaba a la segunda línea defensiva confederada. Nathan Evans había desplegado la primera barrera a partir de una delgada línea de hombres, que habían retrasado el ataque federal el tiempo suficiente para que Thomas Jackson dispusiera esta segunda línea, la misma que ahora los yanquis se disponían a dismantelar. Cañones nordistas recién llegados eran arrastrados hasta la cima de aquella altura, al tiempo que largas columnas de infantería azul marchaban por delante de los cañones a reforzar a sus camaradas, que ya habían empezado el asalto a la cresta de la siguiente colina. Los cañones rebeldes, alineados al principio en el borde de la cresta, se habían visto obligados a retrasar su posición debido al avance yanqui. Starbuck se dejó caer desconsolado junto al

escalón de la puerta de la cocina de la casa de piedra, y vio cómo un proyectil confederado aislado cruzaba sobre el altiplano dejando una estela de humo en el cielo. Disparos como ése eran la prueba de que el ejército rebelde aún luchaba, pero el camino del portazgo estaba ahora tan repleto de cañones nordistas y de infantería que a Starbuck le pareció imposible que la batalla durara mucho más.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —gritó a Starbuck el oficioso sargento.

—El doctor me ha dicho que saliera.

—No puedes quedarte aquí. Tienes que estar allá, con los demás prisioneros.

El sargento señaló el rincón más alejado del patio, donde un pequeño grupo de rebeldes ilesos se habían sentado vigilados por unos centinelas.

—El doctor me ha dicho que tenía que lavarme toda esta sangre —mintió Starbuck. Acababa de darse cuenta de que había un pozo junto al camino, y esperaba que su mentira le permitiera beber agua.

El sargento dudó, pero al fin asintió.

—Date prisa, entonces.

Starbuck cruzó el patio hasta el pozo y subió el cubo de madera. Había tenido la intención de lavarse la cara antes de beber, pero estaba demasiado sediento para esperar y, sujetando el cubo con las dos manos, se echó con avidez el contenido por la cara y bebió largos tragos de aquella agua fresca. El líquido se escurría por su cara, su guerrera y sus pantalones manchados, y él seguía bebiendo para apagar la sed acumulada durante las largas horas de humo, de pólvora y de sol.

Dejó el cubo en el brocal del pozo, jadeante, y se dio cuenta de que una cara bonita, de ojos azules, le observaba. Se volvió, asombrado. Una mujer. Debía de estar soñando. ¡Una mujer! Y una mujer hermosa, un ángel, una visión, una belleza limpia y pizpireta vestida de encaje blanco, tocada con un bonete orlado de rosa y empuñando un parasol blanco rayado. Starbuck la miró boquiabierto, preguntándose si se había vuelto loco, y de pronto la mujer, que estaba sentada en un carruaje parado en el camino, al otro lado de la valla del patio, rompió a reír.

—¡Deja en paz a la señora! —ladró el sargento—. ¡Vuelve aquí, rebelde!

—¡Déjele quedarse! —reclamó la mujer, imperiosa. Junto a ella se sentaba un hombre mucho mayor, en una calesa abierta tirada por dos caballos. Un cochero negro ocupaba el pescante, y un teniente de la Unión intentaba que el carruaje diera media vuelta. Habían ido demasiado lejos, explicó el joven oficial al acompañante de la mujer, había peligro en ese lugar, no tenían que haber cruzado el puente.

—¿Sabe usted quién soy?

El hombre era un caballero de edad mediana que vestía una levita de color oscuro, sombrero alto de copa negro y corbata de lazo de seda blanca. Llevaba un bastón de puño dorado, y una barba gris prominente y elegantemente recortada.

—Señor, no necesito saber quién es usted —dijo el oficial nordista—, no debería

haber cruzado el puente, y me veo en la obligación de insistir...

—¿Insistir, teniente? ¿Insistir? Soy el congresista Benjamín Matteson, del gran Estado de Nueva Jersey, y no insista más usted conmigo.

—Pero este lugar es peligroso, señor —protestó débilmente el teniente.

—Un congresista puede acudir a cualquier lugar en el que considere que la República corre peligro —respondió el congresista Matteson con desdén olímpico, aunque la verdad es que tanto él como tantos otros políticos de Washington se habían limitado a ir detrás del ejército para poder reclamar una porción del crédito de aquella victoria, y exhibir algún recuerdo del evento, como balas de fusil disparadas o la gorra manchada de sangre de un rebelde.

—Pero ¿y la señorita, señor? —intentó aún discutir el teniente.

—La señorita, teniente, es mi esposa, y la esposa de un congresista es capaz de compartir cualquier peligro.

La joven se echó a reír ante aquel cumplido absurdo de su esposo, y Starbuck, todavía aturdido por su presencia, se preguntó por qué razón una joven tan bella se habría casado con un hombre tan pomposo.

Los ojos de la señora Matteson, tan azules como el campo de estrellas de la bandera, estaban llenos de malicia.

—¿De verdad es usted un rebelde? —preguntó a Starbuck. Tenía el cabello rubio muy claro, la piel muy blanca y su vestido de encaje estaba ligeramente sucio del polvo rojo del camino.

—Sí, señora.

Starbuck la miraba como un hombre muerto de sed miraría un estanque de agua clara, fresca y sombreada. Era muy distinta a las muchachas amables, sencillas y obedientes que acudían a rezar a la iglesia de su padre. Por el contrario, la mujer del congresista era lo que el reverendo Elial Starbuck habría llamado una loba pintarrajeada, una Jezabel. Nate se dio cuenta de que era la viva imagen y modelo de lo que quería ser Sally Truslow, y de lo que él mismo deseaba que fuera una mujer, porque la austeridad bíblica de su padre había hecho inclinarse a Nathaniel Starbuck precisamente hacia esa particular especie de fruto prohibido.

—Sí, señora —repitió—. Soy un rebelde.

Intentó dar a sus palabras un tono desafiante.

—Confidencialmente —confesó la mujer a Starbuck en una voz que resonó nítida por encima de la cacofonía de bombas y mosquetería, y que pudo ser oída por todos los prisioneros del patio—, también yo soy una asesina de Lincoln.

Su marido se echó a reír con demasiado estrépito.

—¡No seas absurda, Lucy! ¡Si tú eres de Pennsylvania! —Dio a su esposa una palmadita de reprimenda en la rodilla con la mano enguantada—. Del gran Estado de Pennsylvania.

Lucy le apartó la mano.

—No seas tú desagradable, Ben. Soy una asesina de Lincoln de los pies a la cabeza. —Se volvió a mirar la espalda estólida del cochero—. ¿Soy o no soy una rebelde, Joseph?

—¡Vaya si lo *é*, *señá*, lo *é*! —rió el cochero.

—Y cuando venzamos te convertiré en mi esclavo, Joseph, ¿no es así?

—¡Así *é*, *señá*, así *é*! —volvió a reír.

Lucy Matteson se volvió a mirar a Starbuck.

—¿Está usted malherido?

—No, señora.

—¿Qué ocurrió?

—Mataron a mi caballo, señora. Caí al suelo y fui capturado.

—¿Usted...? —dijo, interrumpió la pregunta, se ruborizó ligeramente y luego una media sonrisa iluminó su rostro—. ¿Ha matado usted a alguien?

Starbuck se acordó de pronto de Ridley cayendo hacia atrás desde lo alto de su caballo.

—No lo sé, señora.

—Yo estoy deseando matar a alguien. Esta noche hemos dormido en la granja más incómoda de Centreville, y sólo el Señor sabe dónde dormiremos hoy. Si encontramos alguna cama libre, cosa que dudo. Son los rigores de la guerra. —Se echó a reír, mostrando unos dientes pequeños y muy blancos—. ¿Hay algún hotel en Manassas Junction?

—No he oído decir que haya ninguno, señora —dijo Starbuck.

—No habla usted como un sureño —le interrumpió el congresista con una nota agria en la voz. Starbuck, sin ganas de dar explicaciones, se limitó a encogerse de hombros.

—¡Es usted misterioso! —Lucy Matteson palmoteo con sus manos enguantadas, y luego le tendió una caja de cartón llena de objetos envueltos en papel de celofán—. Tome una.

Starbuck vio que se trataba de frutas escarchadas.

—¿Está segura, señora?

—¡Vamos! Coja todas las que quiera. —Sonrió cuando Starbuck tomó una fruta—. ¿Cree que lo mandarán a Washington?

—No sé qué planes tienen para los prisioneros, señora.

—Estoy segura de que lo harán. Celebrarán un grandioso desfile de la victoria, con muchas bandas de música berreando y montones de felicitaciones, y todos los prisioneros marcharán a punta de pistola antes de ser fusilados delante de la Casa Blanca.

—No seas absurda, Lucy. Te ruego que no seas absurda —la reprendió ceñudo el

honorable Benjamín Matteson.

—O bien puede que lo dejen en libertad condicional —sonrió Lucy Matteson a Starbuck—, y en ese caso tiene que venir a cenar a casa. No, Benjamín, no discutas, está decidido. ¡Dame una *carte de visite*, deprisa! —Mantuvo la mano tendida hasta que su marido, con patente desagrado, puso en ella una tarjeta de cartulina que Lucy entregó a Starbuck con una sonrisa—. Nosotros los rebeldes tenemos que contarnos nuestras aventuras bélicas, mientras estas frías gentes del Norte nos miran ceñudas. Y si necesita cualquier cosa en prisión, no tiene más que pedírmela. Desearía poder ofrecerle algo más que frutas escarchadas ahora, pero el congresista se ha comido todo el pollo frío porque ha dicho que se estropearía después de que se fundiera el hielo trizado.

Había tanta malicia en sus palabras que Starbuck se echó a reír.

El teniente que había intentado antes hacer dar media vuelta al carruaje del congresista reapareció acompañado por un mayor, cuya autoridad era considerablemente más importante. Al mayor no le habría importado que la mitad del Congreso de los Estados Unidos estuviese en la calesa, su tarea era impedir que el camino del portazgo quedara bloqueado a media batalla, de modo que se tocó el ala del sombrero delante de Lucy Matteson y luego insistió en que el cochero diera media vuelta y los llevara a la otra orilla del Bull Run.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó el congresista Matteson, pero enseguida se encogió porque una granada rebelde estalló a cien metros de distancia y un fragmento de metralla voló por encima de su cabeza y fue a estrellarse inofensivamente contra la pared de piedra de la casa.

—Como si es el emperador de Francia. ¡Lárguese de una condenada vez de aquí! ¡Ahora! ¡Muévase!

Lucy Matteson sonrió a Starbuck cuando la calesa se puso en movimiento.

—¡Venga a visitarnos a Washington!

Starbuck se echó a reír y volvió hacia la casa. Por encima de él, la colina humeaba como un volcán, las bombas estallaban y tableteaba el fuego de fusilería, y los heridos volvían cojeando hacia el cruce de caminos, donde los prisioneros esperaban la cárcel, los yanquis esperaban la victoria y los muertos esperaban ser sepultados. Starbuck, ignorado ahora por el sargento al que parecía haber dejado de preocupar que se reuniera o no con los demás prisioneros, se sentó con la espalda apoyada en la pared de piedra calentada por el sol, cerró los ojos y se preguntó qué le depararía el futuro. Daba por supuesto que toda la rebelión del Sur estaba agonizando en aquellos campos ardientes, y pensó en lo mucho que iba a lamentar aquel final prematuro de la guerra. Había visto el elefante, y deseaba ver más. No era el horror lo que le seducía; ni el recuerdo de la pierna amputada volando sobre el camino, ni la cara del hombre desapareciendo entre el humo de la pólvora y la sangre. Era el orden

nuevo que había sido impuesto a toda la creación lo que atraía la atención de Starbuck. La guerra, Nate lo había aprendido ese día, se apoderaba de todo lo existente, lo sacudía y lo arrojaba de nuevo, dejando caer al descuido los pedazos. La guerra era un gigantesco juego de azar, un inmenso juego, una negación tanto de la predestinación como de la prudencia. La guerra había salvado a Starbuck del destino de la respetabilidad familiar, mientras que la paz implicaba deberes. La guerra le había liberado de obligaciones, mientras que la paz sólo le ofrecía mediocridad. Y Nathaniel Starbuck era lo bastante joven y tenía suficiente confianza en sí mismo para odiar la mediocridad más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Pero ahora era un prisionero y, mientras la batalla seguía desplegando su fragor, Starbuck, calentado por el sol y cansado de las peripecias de la jornada, se quedó dormido.

Capítulo 14

Los restos de la Legión Faulconer consiguieron a duras penas retirarse a lo alto de la colina y allí, en el laberinto de bosquecillos y campos labrados situados detrás de la brigada de Virginia de Jackson, los supervivientes de la fuerza mandada por Nathan Evans pudieron por fin descansar. Los hombres estaban agotados. Evans insistió en que formaran un remedo de frente en línea de cara al Bull Run, pero ocupaban el flanco de la reconstituida defensa sudista, lo bastante lejos del camino del portazgo para sentirse a salvo de los renovados ataques federales. Los hombres se sentaron en la hierba, con los ojos turbios y sedientos, preguntándose si en alguna parte encontrarían comida y agua.

El doctor Danson extrajo la bala de la pierna de Adam Faulconer; fue un trabajo rápido y sin cloroformo.

—Tienes suerte, Adam. No hay vasos sanguíneos importantes afectados. Puede que tengas durante algún tiempo una ligera cojera atractiva para las jovencitas, pero nada más. Dentro de diez días, estarás bailando con las damas.

Vertió un poco de nitrato de plata en la herida, la vendó y pasó a ocuparse del coronel. Con la misma rapidez, extrajo la bala del vientre de Faulconer, cosió la herida abierta del brazo y se dispuso a entablillar el hueso roto.

—Tú no has tenido tanta suerte como tu hijo, Washington —el doctor aún no había conseguido acostumbrarse a tratar a su vecino como un oficial superior—, pero en seis semanas estarás como nuevo.

—¿Seis semanas?

El coronel Faulconer seguía aún furioso porque su preciosa Legión había quedado diezmada bajo el mando de Thaddeus Bird, y a instigación de Nathaniel Starbuck. Quería vengarse, no de Bird, del que siempre había sabido que era un inepto, sino de Starbuck, que a los ojos del coronel se había convertido en la personificación del fracaso de la Legión. En lugar de marchar hacia una gloriosa victoria bajo el mando personal de Washington Faulconer, el regimiento había sido borrado del mapa en alguna miserable escaramuza en el último rincón del campo de batalla. La Legión había perdido todo su bagaje y por lo menos setenta hombres. Nadie sabía el número exacto, pero el coronel dio por sentado que el propio Starbuck estaba entre los desaparecidos.

El doctor Danson dijo haber oído que Starbuck fue capturado por los yanquis que lo perseguían, o tal vez algo más grave.

—Un chico de la compañía B cree que Starbuck fue alcanzado por el estallido de una bomba.

—Tanto mejor —comentó el coronel con una saña excusable en un hombre atenazado por el dolor de un brazo recién partido.

—¡Padre! —protestó Adam, a pesar de todo.

—Si no lo matan los condenados yanquis, lo haremos nosotros. ¡Mató a Ridley! Lo vi con mis propios ojos.

—Padre, por favor —rogó Adam.

—Por el amor de Dios, Adam, ¿siempre vas a ponerte a favor de Starbuck y en mi contra? ¿No cuenta nada para ti la lealtad a la familia? —rugió el coronel, y su hijo, abrumado por la dolorosa acusación, no contestó. Faulconer se encogió para evitar las tablillas con las que Danson estaba tratando de inmovilizar su antebrazo—. Te digo, Adam —siguió diciendo Faulconer—, que tu maldito amigo no es más que un asesino. Cristo, yo tendría que haber sabido que estaba podrido hasta la médula cuando nos contó aquella historia de ladrones y putas, pero confié en él por ti. Me propuse ayudarle por ti, y ahora Ethan está muerto y, te lo prometo, yo mismo le retorceré el cuello a Starbuck si tiene agallas para volver aquí.

—No podrás hacerlo, con ese brazo —comentó en tono seco el doctor Danson.

—¡Maldito sea el brazo, Billy! ¡No puedo tener desamparada a la Legión seis semanas!

—Necesitas descansar —declaró el doctor tranquilamente—, necesitas curarte. Si te esfuerzas demasiado, Washington, favorecerás la aparición de la gangrena. Tres semanas de ejercicio y estarás muerto. Déjame entablillarte ese brazo.

Un estruendo de mosquetería anunció el recibimiento de los virginianos de Jackson al enemigo. Se luchaba ahora en el altiplano de la casa de Henry, y la cresta plana de la colina aparecía rodeada de llamas y fogonazos. Los cañones confederados abrían grandes huecos en las filas de los asaltantes federales, pero la infantería nordista rodeó las baterías y las atacó desde atrás, y cañones nordistas que fueron desmontados de sus cureñas tomaron de enfilada la batería rebelde. El capitán Imboden, el abogado reconvertido en artillero, tenía la sensación de que una horda de puercos hambrientos hozaba el suelo en busca de trufas alrededor de su único cañón aún en servicio, rodeado por todas partes. Las bombas nordistas se hundían profundamente antes de estallar, pero algunas encontraron objetivos más sólidos. Una de las cureñas de Imboden había recibido un impacto directo, y uno de sus artilleros exhaló unos cortos y extraños gemidos cuando el borde dentado de un fragmento de proyectil desgarró sus intestinos. Otros artilleros fueron abatidos por la puntería de los francotiradores nordistas. Imboden preparaba ahora su único cañón empujando hasta el fondo del tubo un bote de metralla encima de una bala maciza. En el momento de tirar del acollador se echaba atrás, y los letales proyectiles acribillaban al regimiento nordista que avanzaba en medio del humo y el hedor.

Las banderas eran recuadros brillantes de color en medio del gris. Las barras y las estrellas avanzaban, en tanto que las tres barras de la Confederación tendían a retroceder, pero se detuvieron donde Thomas Jackson, con su Biblia manoseada a

salvo en las alforjas de su silla de montar, ordenó que habían de detenerse. Los hombres de Jackson se mantuvieron firmes en medio de aquella humareda, y descubrieron que las odiadas horas de instrucción se habían transmutado en la batalla en movimientos eficaces realizados de forma automática, y que de alguna forma, a pesar del terror que embargaba a unos hombres rodeados por los lamentos de los heridos, los jadeos de los moribundos, los horrores de la carne desgarrada y de los amigos destripados, sus manos seguían empujando con la baqueta balas y cargas de pólvora, seguían alimentando con cápsulas de percusión las cámaras de sus fusiles, seguían apuntando, seguían disparando. Seguían luchando todavía. Estaban aterrorizados, pero habían sido entrenados y el hombre que los había entrenado les observaba ceñudo. Y por esa razón se mantuvieron firmes como un muro de piedra en lo alto de una colina.

Y el avance nordista se estrelló contra ese muro.

Los virginianos de Jackson deberían haber sido venados. Deberían haber sido barridos como una duna de arena batida por el mar, pero no sabían que la batalla está perdida y por eso siguieron luchando, e incluso avanzaron y los nordistas empezaron a preguntarse cómo se suponía que iban a vencer a aquellos bastardos, y el miedo germinó en los corazones nordistas, y los sudistas avanzaron un paso más sobre la hierba seca, chamuscada por los tacos ardiendo de los cartuchos. Los federales miraron atrás para pedir refuerzos.

Los refuerzos nordistas llegaron, pero también los sudistas se vieron reforzados cuando Beauregard se dio cuenta por fin de que todo su plan de batalla había sido un error monumental. Había fallado en casi todo lo que podía fallar un plan de batalla, pero ahora empezó a enmendar trasladando a toda prisa a los hombres de su inactivo flanco derecho hacia el altiplano situado junto a la casa de Henry. Por su parte, Irvin McDowell, irritado porque aquella tozuda defensa retrasaba el dulce momento de la victoria, envió a más y más hombres pendiente arriba, dentro del radio de acción del cañón del capitán Imboden y de la horrenda carnicería que causaba la metralla vomitada por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y también dentro del alcance de los rifles y mosquetes del general Thomas Jackson.

Así empezó la verdadera matanza de aquel día.

Empezó debido a que una batalla de movimiento, de desborde por el flanco, de avance y retirada, se convirtió en una lucha de posiciones. El altiplano de la colina estaba desnudo de arbolado y carecía de trincheras o de muro, era tan sólo un espacio abierto donde morir, y la muerte se ensañó en él con avidez. Los hombres cargaban y disparaban, caían y sangraban, maldecían y morían, y todavía más hombres subían al altiplano para aumentar la cosecha de la muerte. Dos líneas fijas de infantería se enfrentaban separadas por un centenar de pasos, y cada cual intentaba volarle las tripas a la otra. Hombres de Nueva York y de Nueva Hampshire, de Maine y de

Vermont, de Connecticut y de Massachusetts disparaban contra hombres de Misisipí y de Virginia, de Georgia y las Carolinas, de Maryland y de Tennessee. Los heridos se arrastraban hacia atrás para tenderse en la hierba, los muertos eran empujados a un lado, las filas volvían a cerrarse en el centro, los regimientos se reducían, y el tiroteo continuaba bajo las banderas resplandecientes. Los nordistas, al disparar una y otra vez contra las líneas confederadas, sabían que les bastaba aplastar a este reducido ejército y capturar Richmond para que toda la palabrería sobre una Confederación Sudista se desintegrara como una calabaza podrida, en tanto que los sudistas, al devolver bala por bala, sabían que el Norte, después de ver derramada su sangre, se lo pensaría dos veces antes de atreverse a invadir de nuevo el soberano y sagrado suelo del Sur.

Y así, por las dos causas confrontadas, los hombres lucharon bajo sus banderas, aunque lo cierto es que en el bochorno sin brisas de aquel día los verdaderos trofeos fueron los cañones, porque el bando que consiguiera silenciar la artillería enemiga era el que más probabilidades tenía de ganar la batalla. Ningún cañón estaba emplazado detrás de parapetos ni refugios de uno u otro tipo, porque ninguno de los generales había planeado luchar en aquel altiplano raso, y los artilleros eran vulnerables al fuego de la infantería porque no había espacio en la cresta de la colina para mantenerlos a una distancia prudente. Fue una reyerta tripa contra tripa, de golpes bajos al vientre del contrario.

Los hombres cargaban contra cañones desprotegidos, y los cañones, rellenos de metralla letal, segaban las filas atacantes delante de sus mismísimas bocas, y más y más hombres se lanzaban a la carga. Luego, cuando ya el sol había rebasado el cénit de su órbita cegadora, un regimiento de Virginia, vestido con uniformes azules porque eran los únicos que pudo conseguir su coronel, vino a reforzar la izquierda confederada y vio enfrente una batería nordista. Los hombres avanzaron hacia ella. Los artilleros les vieron y les saludaron creyendo que eran también nordistas, y en el aire sofocante y humeante las tres barras de la Confederación tenían los mismos colores rojo, blanco y azul de la bandera de las barras y estrellas. Los artilleros nordistas, desnudos hasta la cintura y con el sudor formando estrías blancas en los torsos manchados de negro por la pólvora, y maldiciendo porque se quemaban las manos al tocar los tubos al rojo vivo de sus cañones, no prestaron mayor atención a aquellos infantes de uniforme azul que venían a prestarles apoyo contra la infantería enemiga.

—¡Apunten!

Todo el batallón de infantería de Virginia se había acercado hasta el alcance de un tiro de pistola por el flanco de la batería nordista. Los mosquetes se afirmaron en los hombros uniformados de azul. No había tiempo para volver los cañones de campaña, de modo que los artilleros se tendieron en el suelo, acurrucados debajo de sus

cañones y cureñas, y se protegieron la cabeza con los brazos.

—¡Fuego!

Brotaron llamaradas en medio de la humareda gris, y los oficiales virginianos oyeron el tableteo de cientos de balas de mosquete al impactar en los tubos de hierro de los cañones o en las cajas de madera de las cureñas, y después los relinchos de cuarenta y nueve caballos moribundos, de los cincuenta de la batería. Los artilleros que sobrevivieron a la descarga dieron media vuelta y huyeron, mientras los virginianos cargaban con las bayonetas caladas y los cuchillos de caza. La batería fue capturada, y sus cañones quedaron salpicados de sangre.

—¡Volved los cañones! ¡Volved los cañones!

—¡A la carga!

Más sudistas avanzaron a la carrera, relucientes las bayonetas en la neblina gris de humo.

—¡Por nuestros hogares! ¡Por nuestros hogares! —gritaban, al tiempo que un estruendo de mosquetería les recibía; pero los nordistas estaban ahora en retirada. Una granada estalló en algún lugar entre las dos líneas, y la llamarada fulguró entre el humo—. ¡Por nuestros hogares!

Los nordistas contraatacaron. Un regimiento se precipitó sobre los cañones capturados y obligó a los virginianos a retroceder, pero la artillería recuperada era inservible para los federales porque los artilleros habían muerto a tiros o acuchillados por las bayonetas, y los caballos de tiro también estaban tendidos sin vida, de modo que ni siquiera les fue posible trasladar los cañones a otro lugar. Otros artilleros de otras baterías habían sido abatidos por francotiradores, y poco a poco los confederados avanzaban sus líneas y presionaban, y los nordistas oían aquel extraño grito plañidero, «¡Por nuestros hogares!», cada vez que atacaba la línea rebelde. Las sombras empezaban a alargarse y todavía más hombres trepaban por la ladera para sumarse a aquel terco horror.

James Starbuck llegó a lo alto de la colina. Ya no buscaba trofeos que su victorioso general pudiera poner a los pies del presidente. Había venido para averiguar qué era lo que iba mal en el altiplano envuelto en una nube de humo.

—Dígame qué es lo que está ocurriendo, Starbuck —había ordenado Irvin McDowell a su ayudante—. ¡Dese prisa!

McDowell había enviado a otros seis hombres con el mismo encargo, pero no se le pasó por la cabeza visitar el altiplano en persona. La verdad es que a McDowell le agobiaban el ruido y la incertidumbre, y lo único que esperaba era que algún ayudante volviera con la buena noticia de la victoria.

James apremió a su caballo a subir la ladera chamuscada por el bombardeo, y arriba encontró el infierno. Su caballo, sin guía adecuada, avanzó despacio hasta el lugar en el que un regimiento de Nueva York, recién desplegado en la ladera,

marchaba con las bayonetas caladas hacia el frente enemigo, y a James le pareció de pronto que todo el frente sudista se alzaba en llamas, en un gran muro de llamas coronado por una espesa columna de humo, y los neoyorquinos se detuvieron de golpe en un temblor sísmico, y entonces les llegó otra descarga desde el flanco, de modo que los neoyorquinos retrocedieron, dejando sobre la hierba sus muertos y malheridos, y James vio subir y bajar las baquetas cuando los hombres intentaron responder al fuego, pero no tenían la menor oportunidad frente al fuego enemigo frontal y de enfilada que los diezmaba. El capitán James intentó animarles a avanzar, pero tenía la boca demasiado seca para poder pronunciar palabra alguna.

Y entonces el mundo de James desapareció de pronto. Su caballo saltó literalmente bajo su cuerpo, y alzó la cabeza para relinchar, al tiempo que se derrumbaba. Una granada sudista había explotado debajo de su vientre y destripado al animal, y James, aturdido, ensordecido y pidiendo a gritos auxilio, intentó torpemente apartarse de aquella masa desparramada de tripas, sangre, carne y cascos. Se alejó gateando y vomitó de golpe todo el contenido de su vientre hinchado. Siguió a gatas, con unas violentas y repetidas arcadas, y poco a poco consiguió ponerse en pie. Resbaló en un charco de sangre y cayó al suelo, se puso de nuevo en pie y se acercó tambaleante a la casa de madera que se alzaba en el centro del frente de batalla de los federales, y que parecía poder ofrecerle algún refugio. Pero al acercarse vio que aquel pequeño edificio estaba astillado, perforado y destrozado por las balas y las bombas. James se acurrucó detrás del cobertizo del patio e intentó reordenar sus ideas, pero en lo único que pudo pensar fue en el amasijo sanguinolento de carne de caballo sobre el que había caído. Los oídos todavía le zumbaban por la explosión.

Un soldado de Wisconsin, con la cara convertida en una máscara blanca, estaba sentado a su lado, y James se dio cuenta al rato de que parte de la cabeza del hombre había sido rebanada por un fragmento de granada y los sesos estaban al descubierto.

—No... —dijo James—, ¡no!

En el interior de la casa una mujer lloraba, y en algún lugar lejano parecía que era todo un ejército de mujeres el que lloraba. James se alejó del cobertizo y caminó a tropezones hacia un regimiento de infantería. Eran hombres de Massachusetts, su propia gente, y se quedó junto a su bandera; vio el montón de muertos que habían sido retirados detrás de las banderas, y justo en el momento en que él lo miraba otro hombre fue abatido. Las banderas eran una referencia fácil para los tiradores enemigos, una resplandeciente invitación a la muerte, pero tan pronto como el abanderado caía, otro hombre enarbolaba el asta y mantenía la enseña en alto.

—¡Starbuck! —gritó una voz. Era un mayor conocido por James como un severo y encarnizado fiscal de Boston, pero por alguna razón, aunque James debía de haber visto a aquel hombre semana tras semana en el Colegio de Abogados, no consiguió recordar su nombre—. ¿Dónde está McDowell? —gritó el mayor.

—Abajo, en el portazgo —contestó James, con un esfuerzo para conseguir parecer sereno.

—¡Tendría que estar aquí! —Una granada pasó silbando por encima de sus cabezas. El mayor, un hombre delgado de pelo gris con una barba bien recortada, se estremeció cuando la granada estalló en algún lugar a su espalda—. ¡Malditos sean!

¿Malditos, quiénes?, se preguntó James, y se asombró de haber empleado él mismo aquel juramento, aunque fuera en el silencio de sus pensamientos.

—¡Estamos atacando al tuntún! —intentó explicar el fiscal de Boston—. ¡No va a funcionar!

—¿Qué quieres decir?

James tuvo que gritar para hacerse oír por encima del estampido continuo de la fusilería. ¿Cómo se llamaba aquel hombre? Recordó que el fiscal se comportaba como un sabueso en los interrogatorios, y nunca dejaba irse a un testigo hasta haberle forzado a soltar todo lo que sabía, y también recordó que, en una famosa ocasión, aquel hombre había perdido los estribos delante del juez Shaw y se había quejado delante del tribunal de que Shaw era, desde el punto de vista intelectual y judicial, un estreñido, por cuyo desacato Shaw le había impuesto primero una multa, y luego le había mandado a freír espárragos. ¿Cómo se llamaba aquel hombre?

—¡Los ataques deberían coincidir! Necesitamos aquí a un general que coordine el asunto.

El mayor se interrumpió bruscamente.

James, a quien siempre incomodaban las críticas a la autoridad constituida, intentó explicar que el general McDowell era consciente sin la menor duda de lo que estaba ocurriendo, pero calló al ver que el mayor se tambaleaba. James le tendió la mano; el mayor la aferró con una fuerza demoníaca, y abrió la boca, pero en lugar de hablar dejó escapar una gran bocanada de sangre sobre la pechera del capitán.

—Oh, no... —consiguió decir el mayor, y se derrumbó a los pies de James. James empezó a temblar sin control. Esto era una pesadilla, y se sintió dominado por el terror más terrible, abyecto y vergonzoso.

—Dile a mi querida Abigail... —balbuceó el mayor moribundo, y dirigió a James una mirada patética, y James seguía sin poder recordar el nombre de aquel hombre.

—Que le diga a Abigail, ¿qué? —preguntó estúpidamente, pero el mayor había muerto, y James se soltó de la mano del cadáver y sintió una terrible tristeza al pensar que iba a morir sin haber conocido nunca los placeres de este mundo. Iba a morir allí mismo y nadie le echaría de menos en realidad, nadie sentiría un auténtico pesar por su muerte, y James alzó la vista al cielo y exhaló un gemido de autocompasión, y luego sacó a trompicones su revólver de la rígida pistolera de cuero, apuntó con él en dirección al ejército confederado, y apretó el gatillo una y otra vez, y sus balas desaparecieron en la nube de humo. Cada disparo era una protesta y una venganza

por su propia naturaleza demasiado cautelosa.

El regimiento de Massachusetts avanzaba a sacudidas. Los hombres ya no mantenían la línea, sino que se juntaban en pequeños grupos que ahora zigzagueaban entre los muertos y los moribundos. Hablaban entre ellos mientras luchaban, se animaban unos a otros y se intercambiaban elogios y pequeñas bromas.

—¡Eh, rebeldes! ¡Ahí va una píldora de plomo para vuestros dolores de cabeza!
—gritó un hombre, y disparó.

—¿Estás bien, Billy?

—Estos fusiles se atascan.

Las balas minié se expandían en el cañón del fusil cuando sus culotes huecos se hinchaban debido a los gases de la pólvora, y de ese modo se agarraban mejor a las estrías del ánima y se conseguía una precisión letal en la trayectoria del proyectil. Se suponía que la fricción de la bala, expandida al salir disparada en el interior del cañón del fusil, limpiaba los restos de pólvora quemada que pudieran quedar adheridos a las estrías, pero la teoría no funcionaba y la acumulación de esos residuos hacía que la carga del fusil resultara terriblemente dura para un hombre cansado.

—¡Aquí, rebelde! ¡Tengo algo para ti!

—¡Cristo! Ésa ha pasado cerca.

—No vale la pena agacharse, Robby, cuando las oyes ya han pasado de largo.

—¿Alguien tiene una bala? ¿Podéis pasarme un cartucho?

A James le calmaron aquellas frases tranquilas, y se colocó cerca del grupo de hombres más próximo. El oficial que mandaba el regimiento de Massachusetts había empezado la jornada con el grado de teniente, y ahora gritaba a los supervivientes que avanzaran, y eso intentaron hacer, con gritos de desafío en las gargantas roncas, pero entonces dos cañones confederados de seis libras batieron el flanco abierto del regimiento con metralla, y las balas de mosquete llovieron sobre los supervivientes, diezmando los grupos de asaltantes y enrojando la hierba resbaladiza con más sangre todavía. Los hombres de Massachusetts retrocedieron. James volvió a cargar su revólver. Estaba lo bastante cerca para distinguir las caras sucias del enemigo, para ver el blanco de los ojos en medio de la tez manchada de pólvora, para darse cuenta de sus uniformes desabrochados y sus camisas sueltas. Vio caer a un rebelde sujetándose la rodilla, y luego echarse atrás a rastras. Vio a un oficial rebelde con un largo bigote rubio que daba gritos de ánimo a sus hombres. Llevaba la guerrera abierta y sus pantalones estaban sujetos con un pedazo de cuerda. James apuntó con cuidado a aquel hombre y disparó, pero el humo de su revólver ocultó el efecto de su disparo.

Los cañones rebeldes retrocedieron pasando una vez más sobre las rodadas hundidas en el suelo, que tembló bajo sus ruedas; sisearon al contacto del agua cuando las bayetas limpiaron los tubos de metal ardiente, e hicieron fuego de nuevo

agrandando la nube de humo que los envolvía, espesa como la niebla en Nantucket. Iban llegando más cañones desde el flanco derecho de Beauregard. El general rebelde se dio cuenta de que el desastre se había evitado, aunque no por nada que hubiera hecho él, sino sólo porque sus granjeros y estudiantes de universidad y dependientes de comercio habían resistido el asalto nordista, y ahora contraatacaban a lo largo de toda la línea establecida por Jackson. Dos ejércitos no profesionales habían chocado, y la suerte se había decantado del lado de Beauregard.

El general Johnston había traído a sus hombres desde el valle de Shenandoah, pero, ahora que estaban aquí, su única tarea consistía en verlos morir. Johnston poseía una graduación superior a la de Beauregard, pero Beauregard había planeado esta batalla y conocía el terreno, en tanto que Johnston era un forastero aquí; y por eso permitió que Beauregard dirigiera las operaciones hasta el final. Johnston estaba preparado para asumir el mando si Beauregard caía, pero hasta entonces se limitaba a guardar silencio y a tratar de comprender las alternativas de aquel enorme acontecimiento, que había llegado a su clímax en lo alto de la colina. El general se dio cuenta con toda claridad de que el Norte había hecho caer en una trampa a Beauregard y le había desbordado por el flanco, pero también vio que las fuerzas sudistas estaban luchando con encarnizamiento y aún podían alzarse con la victoria. Johnston también comprendió que había sido el coronel Nathan Evans, un hombre de mala fama de Carolina del Sur, quien probablemente había salvado a la Confederación al plantarse con las escasas fuerzas a su mando en el camino del ataque de flanco nordista. De modo que fue a buscar a Evans para darle las gracias y felicitarlo, y de vuelta hacia el sector oriental pasó por el lugar donde el herido Washington Faulconer estaba tendido en el suelo con la espalda apoyada en una silla de montar. Faulconer llevaba el torso desnudo; el pecho estaba envuelto en vendas y el brazo derecho entablillado y manchado de sangre.

El general tiró de las riendas y miró con simpatía desde lo alto al coronel herido.

—Usted es Faulconer, ¿verdad?

Washington Faulconer levantó la vista hacia el brillo dorado de las charreteras, pero el sol, turbio por la neblina, quedaba detrás del jinete y no pudo distinguir la cara del hombre que le hablaba.

—¿Señor? —dijo en tono cansado, y empezó a pensar en los argumentos con los que explicaría el fracaso de su Legión.

—Soy el general Joseph Johnston. Nos vimos en Richmond hace cuatro meses, y también tuve el placer de cenar con usted en la casa de Jethro Sanders, el año pasado.

—Desde luego, señor.

Faulconer había esperado una reprimenda, pero el tono del general era más que afable.

—Lo veo en mal estado, Faulconer. ¿Es grave esa herida?

—Un rasguño de seis semanas, señor, así de sencillo.

El instinto de Faulconer le hizo adoptar el apropiado tono modesto, al tiempo que hacía esfuerzos desesperados por alegrar el ánimo a la vista de la maravillosa constatación de que el general Johnston no venía a abroncarle. Washington Faulconer no era tonto, y sabía que se había comportado mal o, por lo menos, que se le podía acusar de imprudencia por haber abandonado a su Legión y, en consecuencia, estar ausente de su puesto e incapaz de impedir el desastre causado por la traición de Starbuck y la impetuosidad de Bird. Pero el tono amistoso de Johnston parecía indicar que tal vez nadie se había dado cuenta de aquella deserción de sus obligaciones.

—De no haber sido por su sacrificio —dijo Johnston, y sus palabras fueron un bálsamo de Galaad en la autoestima de Faulconer y sumergieron al coronel en una felicidad absoluta—, la batalla estaría perdida desde hace más de dos horas. A Dios gracias estaba usted junto a Evans, es todo lo que puedo decir.

Faulconer abrió la boca para responder, no encontró nada que decir, y volvió a cerrarla.

—Los federales engañaron por completo a Beauregard —siguió diciendo Johnston alegremente—. Pensó que la cosa se decidiría en el flanco derecho, y desde el principio esos bellacos tenían la intención de golpearnos en este lugar. Pero sus muchachos se comportaron, y gracias sean dadas a Dios de que lo hicieron porque ustedes han salvado sin duda a la Confederación. —Johnston era un hombre exigente, puntilloso, y un militar profesional de larga experiencia, y parecía genuinamente conmovido al rendir aquel tributo—. ¡Evans me ha hablado de su bravura, Faulconer, y es para mí un honor saludarle!

De hecho, «Zancos» Evans había alabado la bravura de la Legión Faulconer, y no había mencionado en absoluto el nombre del coronel Washington Faulconer, pero se trataba de un simple malentendido que el propio Washington Faulconer no consideró necesario aclarar en ese preciso momento.

—Nos limitamos a hacer lo que pudimos, señor —consiguió decir Faulconer, mientras reescribía en su mente toda la historia de aquel día: cómo, desde el primer momento, había advertido que el flanco izquierdo rebelde iba a quedar peligrosamente desguarnecido. ¿No había salido a hacer un reconocimiento de los vados de Sudley al romper el alba? ¿Y no había dejado a su regimiento bien colocado para taponar el ataque enemigo? ¿Y no había resultado herido en el combate posterior?—. Me satisface haber podido ser de alguna utilidad, señor —añadió en tono modesto.

A Johnston le agradó la humildad de Faulconer.

—Es usted un valiente, Faulconer, y me ocuparé personalmente de que en Richmond se sepa quiénes han sido los verdaderos héroes de Manassas.

—Mis hombres han sido los verdaderos héroes, señor.

Tan sólo diez minutos antes el coronel había estado maldiciendo a sus hombres, en especial a los músicos de la banda que habían perdido dos bombardinos carísimos y tres tambores en sus desesperados intentos de escapar a la persecución de los nordistas. Son todos buenos virginianos, señor —añadió, porque sabía que el propio Joseph Johnston era nativo del antiguo dominio.

—¡Mi saludo para todos ellos! —dijo Johnston, pero se quitó el sombrero sólo ante Faulconer, antes de seguir a caballo su camino.

Washington Faulconer volvió a tenderse, arrullado por aquellos elogios. ¡Un héroe de Manassas! Incluso el dolor le pareció más soportable, aunque puede que se debiera a la morfina que el doctor Danson había insistido en que tragara. Pero aun así, ¡un héroe! Era una hermosa palabra, ¡y qué bien le sentaba a Faulconer! Y tal vez seis semanas en la casa de Richmond no estarían de más, siempre en el caso, por supuesto, de que la batalla se ganase y la Confederación sobreviviese. Pero con esa salvedad, sin duda un héroe tendría mejores oportunidades de ascenso si cenaba asiduamente con los gobernantes de su país. ¡Y qué chasco para mequetrefes como Lee, con su actitud obtusa! ¡Ahora tendrían que tratarle como a un héroe! Con una sonrisa triunfal, Faulconer miró a su hijo:

—Creo que te has merecido un ascenso, Adam.

—Pero...

—¡Silencio! No protestes.

El coronel siempre se sentía bien cuando se comportaba con generosidad, y en ese momento se sentía aún mejor por las florecientes esperanzas que le brindaba su nueva condición de héroe de Manassas. ¿Tal vez podría alcanzar el rango de general? Y sin duda encontraría tiempo para perfeccionar su Legión, que llegaría entonces a convertirse en la joya y el corazón de su nueva brigada. La Brigada Faulconer. El nombre sonaba bien, e imaginó a la Brigada Faulconer encabezando la marcha sobre Washington, presentando armas en el exterior de la Casa Blanca y dando escolta a un conquistador a caballo en un país humillado. Sacó un cigarro de la caja que tenía a su lado, y apuntó con él a Adam para subrayar la importancia de lo que iba a decir:

—Necesito que te hagas cargo de la Legión mientras yo me repongo. Quiero que te asegures de que Pecker no volverá a hacer locuras, ¿eh? De que no comprometerá a la Legión en alguna escaramuza insignificante. Además, la Legión tiene que quedar en manos de la familia. Y tú te has portado bien hoy, hijo, muy bien.

—Yo no he hecho nada, padre —protestó Adam con calor—, y ni siquiera estoy seguro...

—¡Vamos, vamos! ¡Silencio! —Washington Faulconer había visto acercarse al mayor Bird y no quería que Thaddeus fuese testigo de los cabildeos con su hijo—. ¡Thaddeus! —El coronel saludó a su cuñado con un calor inusual—. El general me ha

pedido que te dé las gracias. ¡Te has portado bien!

El mayor Bird, que sabía muy bien que el coronel había estado furioso con él hasta hacía tan sólo un instante, detuvo en seco sus zancadas y miró a su alrededor con ostentación, como si buscara a algún otro hombre llamado Thaddeus que pudiera ser objeto de las alabanzas del coronel.

—¿Se está dirigiendo a mí, coronel?

—¡Lo has hecho maravillosamente bien! ¡Te felicito! Has hecho exactamente lo que esperaba de ti, eso es, ¡exactamente lo que quería que hicieras! Has hecho que la Legión cumpliera con su deber a la espera de mi llegada. Todos creían que la batalla se localizaría en el flanco derecho, pero nosotros vimos más lejos, ¿eh? Lo hemos hecho bien, muy bien. Si no tuviera el brazo roto, te daría un apretón de manos. ¡Bien hecho, Thaddeus, bien hecho!

Thaddeus Bird consiguió reprimir la risa, aunque su cabeza se movió nerviosa atrás y adelante como si estuviera a punto de prorrumpir en uno de sus malignos cacareos.

—¿Debo comprender que tú también mereces ser felicitado? —consiguió decir por fin, sin echarse a reír.

El coronel disimuló su ira por la desvergüenza de su cuñado.

—Creo que nos conocemos el uno al otro lo bastante bien para ahorrarnos elogios recíprocos, Thaddeus. Pero puedes estar seguro de que tu nombre saldrá a relucir cuando yo esté en Richmond.

—No he venido aquí para dispensarte mi admiración —dijo Thaddeus Bird con una sinceridad carente de tacto—, sino para sugerirte que enviemos a un grupo de hombres a buscar agua. Los hombres están resecos.

—¿Agua? Por supuesto, agua. Después, tú y yo tenemos que reunimos y decidir lo que necesitamos para el futuro. Little me dice que hemos perdido algunos instrumentos de música, y no podemos permitirnos perder tantos caballos de oficiales cada vez que entremos en batalla.

¿Instrumentos de música? ¿Caballos? Thaddeus Bird miró boquiabierto a su cuñado preguntándose si de alguna forma, por el conducto del hueso roto, no se le habría vaciado la sesera a Faulconer. Lo que necesitaba la Legión, decidió Thaddeus Bird mientras el coronel seguía divagando, era un manual McGuffey sobre los rudimentos de la milicia, una cartilla elemental sobre tiro con fusil e instrucción, pero sabía que no sería oportuno decirlo. Los elogios de algún bobo habían dado pábulo a la enorme autocomplacencia de Faulconer, que sin duda ya se veía a sí mismo como el conquistador de Nueva York. Bird intentó hacer descender a la tierra al coronel con una pequeña dosis de realidad.

—¿Quieres la lista del carnicero, Faulconer? —interrumpió al coronel—. ¿La lista de nuestros muertos y heridos?

De nuevo Washington Faulconer hubo de disimular su irritación.

—¿Es mala? —preguntó con cautela.

—No se me ocurre nada con lo que compararla, y por desgracia está incompleta. Hemos perdido la pista de muchos hombres en el curso de tu brillante victoria, pero sabemos de cierto que por lo menos una veintena de ellos han muerto. El capitán Jenkins nos ha dejado, y también el pobre Burroughs. Supongo que le escribirás unas letras a su viuda. —Bird hizo una pausa, pero no recibió respuesta alguna, de modo que se encogió de hombros y continuó—: Desde luego, puede que haya más muertos ahí fuera. Sabemos que hay veintidós hombres heridos, algunos de una gravedad atroz...

—Veintitrés —le interrumpió el coronel, y ofreció a Bird una sonrisa modesta—. Yo me cuento a mí mismo como miembro de la Legión, Thaddeus.

—Yo también, Faulconer, y ya te había contado entre nuestros héroes. Como he dicho, veintidós, algunos de ellos muy graves. Masterson no sobrevivirá, y Norton ha perdido las dos piernas, de modo...

—No necesito que me des todos los detalles —dijo Faulconer impaciente.

—Y tenemos a setenta y dos hombres desaparecidos —siguió Bird estoico con las malas noticias—. No necesariamente los hemos perdido para siempre; el chico de Turner Mac.

Lean apareció hace apenas cinco minutos después de pasar casi dos horas dando vueltas por el campo de batalla..., ese chico nunca ha tenido ni una pizca de sentido común. Otros probablemente han muerto y no volverán. Me han dicho que Ridley murió.

—Fue asesinado —corrigió el coronel.

—¿De verdad fue asesinado? —Bird ya había oído la historia, pero quiso provocar al coronel.

—Fue asesinado —corroboró el coronel—, y yo fui testigo, y lo harás constar así en los libros del regimiento.

—Si alguna vez los encontramos —señaló Bird, feliz—. Al parecer hemos perdido todo el bagaje.

—¡Fue asesinado! ¿Me oyes? —Faulconer voceó la acusación con tanto ímpetu que una punzada de dolor recorrió su pecho herido—. Eso es lo que escribirás. Que fue asesinado por Starbuck.

—Y Starbuck está entre los desaparecidos —continuó Bird, alegre—. Lamento mucho tener que decirlo.

—¿Lo lamentas? —Había algo muy peligroso en el tono de voz del coronel.

—Tú deberías lamentarlo también —dijo Bird, sin hacer caso del tono del coronel—. Starbuck probablemente salvó tus preciadas banderas, y es seguro que impidió que Adam fuera ejecutado o hecho prisionero. ¿No te lo ha contado Adam?

—He intentado decírtelo, padre —apuntó Adam.

—¡Starbuck se ha largado! —dijo el coronel sin ninguna inflexión en la voz—. Y de estar él aquí, te ordenaría que lo arrestaras por asesinato. Yo le vi matar a Ridley. ¡Le vi! ¿Me has oído, Thaddeus? —De hecho la mitad de la Legión pudo oír al coronel, que hervía de indignación al recordar la muerte del pobre Ridley. ¡Buen Dios!, pensó Faulconer, ¿es que ninguno de aquellos hombres le creía cuando les decía que había visto a Starbuck disparar los tiros que acabaron con la vida de Ridley? ¡El coronel se había vuelto en la silla de montar y le vio disparar su revólver! ¿Y ahora Pecker Bird quería presentar a aquel bostoniano como una especie de héroe? ¡Cristo, pensó el coronel, pero si él mismo era el héroe de Manassas! ¿No se lo había dicho el general Johnston?—. ¿Dices que hemos perdido al pobre Rosswell Jenkins? —preguntó, cambiando deliberadamente de tema.

—Quedó literalmente desintegrado por una granada —confirmó Bird, y luego volvió tercamente al tema anterior—. ¿De verdad me estás ordenando que arreste a Starbuck por asesinato?

—¡Si lo encuentras, sí! —gritó el coronel, y torció el gesto cuando una nueva punzada de dolor recorrió su brazo—. ¡Por el amor de Dios, Thaddeus!, ¿por qué siempre has de armar un condenado alboroto tan grande por todo?

—Porque alguien ha de hacerlo, coronel, alguien ha de hacerlo.

Bird sonrió y dio media vuelta mientras a su espalda, en un altiplano cercado por el fuego, la batalla llegaba por fin a su punto de inflexión.

* * *

James Starbuck nunca llegó a entender del todo por qué se quebró la línea nordista, sólo recordaba que de repente un pánico desesperado se apoderó de las tropas federales hasta que, desaparecida toda apariencia de orden, sólo quedó el pánico, y el ejército de McDowell se dio a la fuga.

Nada de lo que habían hecho consiguió desalojar a los regimientos sudistas del altiplano. Ningún asalto pudo ganar terreno suficiente para apuntalar el éxito posterior de nuevas tropas de refuerzo, y los ataques nordistas fueron rechazados una y otra vez, y cada rechazo engrosó el número de muertos y de moribundos tendidos en líneas irregulares, como algas que marcaran el límite alcanzado por la marea de cada asalto federal.

La munición acabó por escasear en algunos regimientos nordistas. Los sudistas, empujados hacia su propio bagaje, distribuían más y más cajas de cartuchos a sus tropas, y en cambio los suministros del Norte seguían aún al este del Bull Run y cada galera, o cureña, o tren de munición tenía que cruzar el tapón de tráfico que se había formado alrededor del puente de piedra, y con demasiada frecuencia, incluso cuando

la munición llegaba a lo alto de la colina, resultaba ser inadecuada, de modo que tropas armadas con rifles del 58 recibían munición de mosquete del 69, y al quedar sus rifles en silencio se retiraban y dejaban un hueco en la línea del frente nordista, que era ocupado de inmediato por los rebeldes uniformados de gris.

En ambos bandos, los rifles y los mosquetes se atascaron o se rompieron. Los conos a través de los cuales se transmitía la ignición de las cápsulas de percusión a la carga de pólvora se rompían con mucha frecuencia, pero a medida que los sudistas avanzaban pudieron recoger las armas de los muertos del Norte y seguir de ese modo la matanza. Sin embargo, los nordistas siguieron luchando. Los cañones de sus rifles y mosquetes estaban sucios de los residuos de la pólvora quemada, de modo que cada nuevo disparo significaba un gran esfuerzo para atacar la carga con la baqueta, y el día era caluroso y el aire estaba impregnado del humo acre de la pólvora, de modo que las bocas y las gargantas de aquellos hombres cansados estaban reseca, tenían los hombros magullados por el retroceso de sus pesadas armas de fuego, las voces roncadas de tanto gritar, los ojos enrojecidos por el humo, los oídos les zumbaban por el estruendo continuo de los grandes cañones, y los brazos les dolían por el esfuerzo de empujar las balas hasta el fondo de los cañones sucios de sus fusiles; pero siguieron luchando. Sangraban y luchaban, maldecían y luchaban, rezaban y luchaban. Algunos de aquellos hombres parecían aturcidos, se quedaban parados de pie, con la boca y los ojos abiertos, sin hacer caso de los gritos de sus oficiales ni del estruendo discordante de las balas, las bombas, las granadas y los alaridos.

James Starbuck había perdido totalmente el sentido del tiempo. Cargaba su revólver, disparaba y volvía a cargarlo. Apenas sabía lo que estaba haciendo, sólo que cada tiro suyo podía salvar a la Unión. Estaba aterrorizado, pero seguía luchando y, cosa extraña, se infundía a sí mismo valor pensando en su hermana pequeña. Había decidido que Martha era la única persona que lloraría por él, y no podía mostrarse indigno de su afecto, y esa resolución era lo que le mantenía en su puesto, luchando como un soldado raso, disparando y cargando, disparando y cargando, y repitiéndose continuamente el nombre de Martha en voz alta como un talismán que mantenía intacto su valor. Martha era la hermana que, por su carácter, más se parecía a Nathaniel, y allí de pie rodeado de muertos y heridos James se habría echado a llorar porque Dios le había negado a él el don de la osadía descarada de Martha y de Nathaniel.

Luego, en el momento en que introducía la última de sus pequeñas cápsulas de percusión en el cono de su revólver, se extendió un clamor a lo largo de la línea sudista y, al levantar los ojos, James vio que todo el frente enemigo saltaba adelante. Estiró su dolorido brazo magullado y apuntó con el revólver hacia lo que le pareció una numerosa horda de ratas grises, pintadas de negro por las quemaduras de la pólvora, que se le echaba encima.

Entonces, mientras murmuraba el nombre de su hermana y se encogía a medias al pensar en el ruido que iba a hacer su revólver, se dio cuenta de que estaba completamente solo.

Donde un momento antes había habido una batalla, ahora sólo había una huida desordenada.

El ejército federal había vuelto la espalda y corría.

Los hombres se empujaban unos a otros ladera abajo, perdida toda disciplina. Tiraban al suelo rifles y mosquetes, bayonetas y mochilas, y corrían. Unos corrían hacia el norte, en dirección a los vados de Sudley, y otros hacia el puente de piedra. Unos pocos intentaron enfrentarse a la carga, y gritaron a sus camaradas del Norte que formaran en línea y se mantuvieran firmes, pero esos pocos fueron barridos por los muchos. Presas del pánico, las tropas inundaban los campos situados a ambos lados del camino del portazgo por el que un cañón montado en su cureña, con los caballos que tiraban de él lanzados a un galope frenético, atropellaba a los hombres de a pie con sus ruedas forradas de hierro. Otros hombres utilizaban las astas de las banderas como lanzas con las que abrirse paso hacia el río.

La carga rebelde se detuvo en el límite del altiplano. Una última descarga de fuego de mosquete aceleró la retirada de los nordistas, pero en el bando rebelde nadie contaba con las fuerzas necesarias para continuar la persecución. En lugar de hacerlo, se solazaron en el pausado disfrute de su victoria y en la precipitada fuga de la horda a la que veían correr espantada debajo de ellos. Los artilleros rebeldes adelantaron su cañón superviviente hasta el borde del altiplano, y las granadas sudistas zumbaron en el aire de la tarde calurosa para estrellarse levantando columnas de polvo y humo tanto en el abarrotado camino del portazgo como en los bosques situados más allá. Una de las granadas estalló en el aire sobre el puente de madera por el que el camino cruzaba el afluente de aguas profundas del Run, en el momento en que pasaba una carreta. Los caballos del tiro, heridos y espantados, forcejearon para salir de allí, pero el proyectil había destrozado una de las ruedas delanteras y el pesado vehículo volcó, el eje roto se incrustó en el suelo de madera y la mole de la carreta cruzada se atascó sin remedio, ocupando todo el ancho del puente entre los dos parapetos de madera; de modo que la principal vía de escape del ejército nordista quedó bloqueada, y más granadas empezaron a estallar en medio de los federales en fuga. Los cañones, los carruajes, las cureñas y los carromatos que aún estaban en la orilla izquierda del Bull Run fueron abandonados, cuando sus conductores huyeron para ponerse a salvo. Un proyectil estalló en el lecho del río, y escupió toneladas de agua. Más granadas cruzaron silbando el aire, lo que provocó que la masa de hombres enloquecida por el pánico se aventurara en un revoltijo desordenado a bajar por la orilla escarpada y resbaladiza del río para cruzar la rápida corriente del Run. Muchos hombres se ahogaron en el intento, empujados por sus propios cantaradas desesperados. Otros

cruzaron como pudieron la profunda corriente, y consiguieron ponerse a salvo y correr después hacia Washington.

Nathaniel Starbuck había presenciado la desbandada que se inició en el borde del altiplano. Al principio no creyó lo que estaba viendo, luego la incredulidad se transformó en asombro. El sargento que vigilaba a los prisioneros echó una mirada a la ladera de la colina y se marchó corriendo. Un nordista herido que se estaba recuperando en el patio se fue también cojeando, apoyado en su mosquete a modo de muleta. El doctor de la barba roja se asomó a la puerta con su delantal salpicado de sangre, echó una ojeada incrédula a la escena, y volvió dentro a ocuparse de sus pacientes.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a Starbuck uno de los prisioneros rebeldes, como si un oficial debiera estar enterado de la etiqueta a seguir por una chusma de derrotados en el caso de una repentina victoria.

—Vamos a quedarnos aquí callados y a ser buenos chicos —fue el consejo de Starbuck. Había nordistas que pasaban por la casa en su huida, y algunos miraban furiosos a los prisioneros sudistas—. Seguid sentados, no os mováis, esperad.

Vio un cañón de campaña nordista que bajaba del altiplano. El capitán de la batería había conseguido reunir un tiro de cuatro caballos que, con las grupas rezumando sangre por los latigazos de sus aterrorizados conductores, galopaban sin tregua por la pendiente arrasada por las bombas, con los artilleros encaramados al estrecho asiento de la cureña y aferrados con todas sus fuerzas a las asas metálicas. Los caballos galopaban espantados, con los ojos en blanco. El cañón mismo, enganchado detrás de la cureña, dio un bote peligroso al atravesar un pequeño arroyo al pie de la colina; el conductor tiró de las riendas, los caballos giraron demasiado de prisa para tomar el camino del portazgo, y Starbuck vio horrorizado que primero el cañón y luego la cureña se alzaban de lado, volcaban y patinaban por el camino hasta estrellarse contra los árboles del otro lado del patio. Hubo un instante de silencio, y luego los gritos de dolor desgarraron el aire húmedo.

—Oh, Cristo.

Un herido se volvió espantado para no ver la carnicería. Un caballo, con las dos patas traseras rotas, forcejeaba por salir de debajo de aquella ruina ensangrentada. Uno de los artilleros había quedado atrapado debajo de la cureña e intentaba arrancar los leños astillados que le empalaban. Un sargento de infantería, sin hacer caso del herido, cortó las correas de un caballo ileso, desenganchó las cadenas y saltó sobre su lomo. Una bala de cañón cayó de la cureña partida y rodó por el camino, mientras los caballos heridos gemían a coro con el artillero moribundo.

—Oh, Dios, no.

Uno de los prisioneros acurrucados en el patio en sombra era un virginiano de la costa, que ahora recitaba una y otra vez el padrenuestro. Los terribles gemidos

siguieron hasta que un oficial nordista se acercó a los animales heridos y les disparó a uno detrás de otro en la cabeza. Le costó cinco disparos, pero los animales murieron y sólo quedó gimiendo, jadeando, retorciéndose, el artillero empalado por los radios astillados de la rueda de la cureña. El oficial aspiró hondo.

—¡Soldado!

El hombre debió de reconocer el tono de autoridad, porque calló sólo un segundo, y ese segundo fue todo lo que necesitó el oficial. Apuntó su revólver, apretó el gatillo y el artillero quedó tendido en silencio. El oficial nordista se estremeció, arrojó lejos el revólver vacío y se alejó llorando. El mundo pareció enmudecer de pronto. Olía a sangre, pero el silencio se mantuvo hasta que el chico de la costa recitó una vez más el padrenuestro, como si la repetición de aquellas palabras pudiera salvar su alma.

—¿Estáis bien, muchachos? —gritó un oficial de uniforme gris que se acercaba al galope al cruce de caminos.

—Estamos perfectamente —dijo Starbuck.

—¡Les hemos dado una zurra, chicos! ¡Una buena zurra! —alardeó el oficial.

—¿Quiere una manzana, señor? —Uno de los prisioneros ahora liberados, un chico de Carolina del Sur, se había puesto a revolver las mochilas caídas de la cureña del cañón estrellado, y sacó algunas manzanas de entre aquel amasijo de sangre, hierros torcidos y maderas astilladas. Tendió al oficial eufórico una brillante manzana roja—. ¡Vaya y zúrreles un poco más!

El oficial cogió la manzana. Detrás de él, las primeras tropas de infantería sudistas avanzaban hacia el Bull Run. Starbuck pasó un rato contemplándolas; luego se levantó y dio media vuelta. La lotería de la guerra había vuelto a favorecer a Starbuck, y todavía le quedaba una promesa por cumplir.

* * *

Hombres cansados recogían a hombres heridos, por lo menos a los que conseguían encontrar. Algunos de los heridos habían quedado tendidos en medio del bosque, olvidados entre la maleza y condenados a una muerte lenta. Hombres sedientos buscaban agua, mientras otros bebían el líquido asqueroso de los cubos en los que estaban aún sumergidas las bayetas de los cañones y se tragaban los restos de pólvora que flotaban en aquel líquido caliente y salado. La ligera brisa se hizo ahora más viva, y avivó las llamas de las fogatas que encendían los hombres con las culatas rotas de los mosquetes y los postes de las cercas.

Los rebeldes no estaban en condiciones de perseguir a las tropas federales, de modo que permanecieron en el campo de batalla contemplando con un pasmo aturdido el botín de la victoria: cañones, carros, trenes de munición, pilas de equipo y víveres capturados, y hordas de prisioneros. Entre éstos estaba un gordo congresista

de Rochester, Nueva York; lo encontraron intentando ocultar su enorme tripa detrás de un tierno arbolito, y fue conducido al cuartel general, donde despotricó sobre la importancia de su posición y exigió ser liberado. Un soldado de Georgia, flaco como un alambre, le dijo que cerrara su gorda boca antes de que le cortara su gorda lengua, la guisara y la sirviera con salsa de manzana; y el congresista calló de inmediato.

Al atardecer, los rebeldes cruzaron el Run y capturaron el cañón rayado de campaña Parrott de treinta libras que había dado la señal del comienzo de la contienda al amanecer. Los nordistas abandonaron veintiséis cañones más, y casi toda su impedimenta. Los soldados sudistas encontraron uniformes de gala cuidadosamente doblados y empaquetados para la entrada triunfal en Richmond, y un soldado de Carolina del Norte se paseó orgulloso exhibiendo toda la parafernalia de un general yanqui, incluidos el sable, las charreteras, el fajín y las espuelas. Se saquearon los bolsillos de los muertos en busca de un magro botín de peines, naipes, testamentos, navajas y monedas. Algunos afortunados encontraron cadáveres más ricos, uno de ellos con un pesado reloj de oro y su correspondiente cadena, también de oro, y otro que tenía en el dedo un anillo de boda con un rubí. Se desecharon los daguerrotipos de esposas y novias, padres e hijos, porque los vencedores no buscaban recuerdos de afectos rotos, sino sólo monedas y cigarros, plata y oro, buenas botas, camisas finas, cinturones, hebillas o armas. Se organizó rápidamente un cambalache con ese botín; se vendían gemelos de campaña de oficial por un dólar, sables por tres, y revólveres Colt de cincuenta dólares por cinco o seis. El precio mayor se pagó por las fotografías con posados que mostraban a damas de Nueva York y de Chicago desprovistas de ropa. Algunos hombres se negaron a mirarlas por temor al fuego del infierno, pero por regla general aquellas imágenes pasaron de mano en mano, y todos se maravillaban del botín que les correspondería si llegaban a invadir el Norte rico, bien alimentado y lujoso que criaba a tales mujeres y decoraba unas alcobas tan elegantes. Médicos del Norte y del Sur trabajaron juntos en hospitales de sangre improvisados en granjas próximas al chamuscado y destrozado campo de batalla. Los heridos se lamentaban, y las piernas, brazos, manos y pies amputados se amontonaban en los patios junto a los muertos, que eran apilados como haces de leña a la espera de unas fosas que habrían de esperar al día siguiente para cavarse.

Anocheecía ya, y James Starbuck aún no había sido apresado. Se había ocultado en un grupo de árboles, y ahora se arrastraba por el fondo de una zanja profunda hacia el Bull Run. Su mente era un caos. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo podía haberse producido la derrota? Era algo amargo, terrible, vergonzoso. ¿Tan poco le importaba a Dios la justicia como para permitir ese horrible castigo a los Estados Unidos? Nada tenía sentido.

—Yo de ti no daría ni un paso más, yanqui —dijo una voz alegre por encima de él—, porque eso que tienes delante es hiedra venenosa, y sin ella ya tienes bastantes

problemas.

James levantó la mirada y vio a dos jóvenes sonrientes que, sospechó, llevaban ya varios minutos observándole.

—Soy un oficial —consiguió decir.

—Encantados de conocerte, oficial. Yo soy Ned Potter y éste es Jake Spring, y ése de ahí nuestro perro *Abe*. —Potter señaló a un desastrado perro mestizo que llevaba sujeto por una cuerda—. Ninguno de los tres somos oficiales, pero tú eres nuestro prisionero.

James se puso en pie e intentó sacudirse las hojas muertas y el agua embarrada del uniforme.

—Mi nombre... —empezó a decir en su estilo oficinesco, pero se interrumpió. ¿Qué sería del hijo de Elial Starbuck en las tierras del Sur? ¿Lo lincharían? ¿Harían con él las cosas terribles que su padre decía que todos los sudistas hacían con los héroes y los emancipadores?

—No nos importa tu nombre, yanqui, sólo lo que llevas en los bolsillos. Jake, *Abe* y yo somos pobres en este momento. Hasta ahora sólo hemos capturado a dos chicos de Pennsylvania que no tenían nada más que unos bizcochos de maíz y tres centavos roñosos entre los dos. —El mosquete se alzó y la sonrisa se hizo más amplia—. Tú puedes darnos ese revólver para empezar.

—¡Buchanan! —soltó de pronto James el nombre—. ¡Miles Buchanan!

Ned Potter y Jake Spring miraban sin comprender a su prisionero.

* * *

—¡Un fiscal! —explicó James—. ¡Llevo todo el día intentando acordarme de su nombre! En una ocasión llamó estreñido al juez Shaw. Estreñido intelectualmente, es decir... —Su voz se fue apagando al darse cuenta de que el pobre Miles Buchanan estaba muerto ahora, Abigail Buchanan era viuda y él mismo había sido hecho prisionero.

—Danos ya el revólver, yanqui.

James le tendió el revólver ennegrecido y luego vació sus bolsillos. Llevaba encima dieciocho dólares en monedas, un Nuevo Testamento, un buen reloj con su cadena, un par de gemelos de ópera plegables, una caja de plumillas, dos cuadernos de notas y un pañuelo fino de lino con sus iniciales bordadas por su madre. Ned Potter y Jake Spring estaban encantados con la suerte que habían tenido, pero James sólo sentía una terrible humillación. Había caído en las manos de sus enemigos más acerbos, y lloraba la derrota de su país.

A kilómetro y medio del lugar donde James era víctima del pillaje, Nathaniel Starbuck buscaba un prado agujereado por los conos de las bombas y pisoteado por

los cascos de los caballos. Los yanquis se habían ido hacía mucho de aquel lugar y el prado estaba vacío, a excepción de los muertos. En aquellos pastos, Washington Faulconer le había golpeado con su fusta, y allí había muerto Ethan Ridley.

Encontró a Ridley más cerca de la línea de los árboles de lo que recordaba, pero supuso que todos sus recuerdos de la batalla eran confusos. El cadáver era un horrible deshecho de sangre y huesos, carne destrozada y piel ennegrecida. Los cuervos habían empezado ya su festín, pero se apartaron revoloteando a regañadientes cuando Starbuck llegó junto al cuerpo, que había empezado a heder. La cabeza de Ridley era aún reconocible, y su barbita puntiaguda estaba extrañamente limpia de sangre.

—Hijo de puta —dijo Starbuck en tono cansino y sin auténtica rabia, pero recordó la cicatriz en la cara de Sally y el hijo que perdió, y las violaciones y las palizas que había tenido que soportar sólo para que aquel hombre pudiera verse libre de ella, y el insulto le pareció adecuado para señalar aquel momento.

El hedor dulzón y nauseabundo de la muerte se acentuó cuando Starbuck se agachó junto al cadáver. Se revistió de coraje y alargó la mano hacia lo que quedaba de su enemigo. A Dios gracias, pensó, y tiró del cuello de la guerrera de Ridley para liberar los jirones de aquella prenda del cadáver sanguinolento. En ese momento, algo surgido de lo hondo del despojo sonó con una especie de gorgoteo que estuvo a punto de hacer vomitar a Starbuck. La guerrera no acababa de separarse del amasijo de carne y huesos, y Nate se dio cuenta de que tendría que desabrochar el cinturón de cuero que aún ceñía la cintura del cuerpo eviscerado. Hundió los dedos en aquella espantosa jalea fría, y encontró la hebilla. La desabrochó, dio un tirón y una porción del cadáver se desplazó hacia un lado dejando al descubierto el revólver que Ridley había disparado contra Starbuck.

Era la preciosa arma inglesa de empuñadura de marfil que Washington Faulconer mostró a Starbuck en su estudio de Seven Springs. Estaba empapada de la sangre de Ridley, pero Starbuck la limpió en la hierba, la frotó con la manga de su guerrera y colocó aquel hermoso revólver en su propia pistolera vacía. Luego sacó la caja de los fulminantes y la cartuchera del cinturón de Ridley. Había también una docena de dólares en monedas en la caja, y los metió en sus propios bolsillos empapados de sangre.

Pero no había ido hasta allí sólo para despojar el cuerpo de su enemigo, sino para recuperar un tesoro. Se limpió los dedos en la hierba, aspiró hondo y volvió a rebuscar entre los jirones ensangrentados de la guerrera gris. Encontró un portafolios de piel que, al parecer, guardaba un dibujo, pero el papel estaba ahora tan manchado de sangre que era imposible adivinar la imagen representada en él. Había otros tres dólares de plata en el bolsillo, y una bolsita de piel empapada de sangre, que Starbuck se apresuró a abrir.

El anillo estaba allí. Parecía de poco valor a la luz mortecina del crepúsculo, pero

era el anillo que buscaba, el anillo de plata francés que había pertenecido a la madre de Sally y que Starbuck guardó ahora en su propio bolsillo al tiempo que se incorporaba.

—Hijo de puta —repitió, y se alejó de allí. Algo más arriba pasó junto al caballo muerto de Ridley. Al otro lado del valle, el humo de las fogatas encendidas en lo alto de la colina cubría con un velo translúcido la puesta de sol.

Ya oscurecía cuando Starbuck ascendió la colina hacia el lugar donde vivaqueaba el exhausto ejército sudista. Algunos oficiales habían intentado sacar a sus hombres del altiplano para acampar en algún lugar de la ladera que no apestara a sangre, pero los hombres estaban demasiado cansados para moverse. Se sentaron alrededor de sus fogatas y comieron pan duro y tocino frío capturados al enemigo. Un hombre tocaba un violín, y sus notas teñían de melancolía el gris atardecer. Las colinas más lejanas se habían oscurecido ya, y las primeras estrellas titilaban pálidas y finas en el cielo despejado. Un regimiento de Georgia celebraba un servicio religioso, y las voces profundas de los hombres entonaban un himno de acción de gracias por la victoria.

A Starbuck le costó una hora encontrar a la Legión. Casi era ya noche cerrada entonces, pero vio la cara inconfundible de Pecker Bird a la luz de un fuego alimentado con una docena de postes de un cercado, que asomaban de entre las llamas dispuestos como los radios de una rueda. Cada uno de los hombres sentados alrededor del fuego era el responsable de un poste, e iba empujándolo hacia el fuego a medida que se consumía. Los hombres que rodeaban el fuego eran todos oficiales, y alzaron la vista asombrados al ver aparecer a Starbuck cojeando a la luz de las llamas. Murphy hizo un alegre gesto de saludo al bostoniano, y Bird sonrió:

—¿De modo que está vivo, Starbuck?

—Eso parece, mayor.

Bird encendió un cigarro y se lo pasó a Starbuck, que lo tomó, aspiró el humo y le dio las gracias.

—¿Es tuya toda esa sangre? —preguntó Murphy a Starbuck, cuyo uniforme estaba acartonado por la sangre seca de Ridley.

—No.

—Pues el resultado es espectacular —dijo Bird benévola y burlón, y luego se volvió hacia el otro lado—: ¡Coronel!

El coronel Faulconer, ahora con la camisa y la guerrera desabrochadas arrojando su brazo herido, estaba sentado fuera de su tienda. Había armado un enorme escándalo sobre el bagaje perdido de la Legión, y finalmente una patrulla enviada de mala gana a buscarlo encontró a Nelson, el ordenanza del coronel, vigilando aún el equipaje personal de Faulconer, que había conseguido esconder de los asaltantes yanquis. Buena parte del resto de la impedimenta había desaparecido, robada por oleadas sucesivas de nordistas y sudistas, pero la tienda del coronel se había salvado,

y en su interior había un catre de campaña y mantas. Adam estaba tendido ahora en el catre, y su padre sentado sobre un barril a la puerta de la tienda.

—¡Coronel! —llamó de nuevo Bird, y su insistencia hizo que por fin Washington Faulconer levantara la vista—. Buenas noticias, coronel. —Bird tenía que hacer esfuerzos para no soltar una carcajada al cometer aquella travesura—. Starbuck está vivo.

—¡Nate! —Adam aferró la muleta improvisada que le había cortado uno de los hombres de un bosquecillo próximo e intentó incorporarse, pero su padre se lo impidió.

Faulconer se puso en pie y se acercó al fuego. Un capitán de Estado Mayor a caballo eligió ese preciso momento para aproximarse al campamento desde la otra punta del altiplano, pero el capitán, que traía un mensaje para el coronel Faulconer, se dio cuenta de la tensión existente alrededor de aquella fogata y detuvo su caballo para observar lo que ocurría.

Faulconer atisbo a través de las llamas y se estremeció al ver el horrendo aspecto de Starbuck. El uniforme del norteño estaba tieso, manchado de sangre oscura que había empapado hasta la última costura o pliegue de la guerrera, que parecía negra a la luz del fuego. Starbuck tenía el aspecto de una criatura de pesadilla, pero saludó con bastante cortesía al tiempo que exhalaba una bocanada de humo al aire de la noche.

—Buenas noches, coronel.

Faulconer no contestó. Bird encendió otro cigarro para sí mismo, y miró a Starbuck.

—El coronel se preguntaba cómo murió Ridley, Starbuck.

—Fue alcanzado de lleno por una granada, coronel. No ha quedado nada de él, salvo un montón de huesos y sangre —dijo Starbuck en tono despreocupado.

—¿Es eso lo que desea que ponga en el libro, coronel? —preguntó Thaddeus Bird con fingida inocencia—. ¿Que Ridley causó baja por fuego de artillería?

Washington Faulconer miraba a Starbuck con una expresión que parecía de odio, pero tampoco ahora parecía dispuesto a contestar.

Bird se encogió de hombros.

—Antes, coronel, me ordenó usted arrestar a Starbuck por asesinato. ¿Quiere que lo haga ahora mismo? —Bird esperó la respuesta, pero como ésta no llegó, se volvió a Starbuck—. ¿Asesinó usted al capitán Ethan Ridley, Starbuck?

—No —dijo Starbuck, seco. Miró a Faulconer, desafiando al coronel a contradecirle. El coronel sabía que estaba mintiendo, pero no tuvo agallas para acusarle a la cara. Se habían acercado más hombres de la Legión desde otras fogatas, para presenciar la confrontación.

—Pero el coronel le vio cometer el asesinato —insistió Bird—. ¿Qué tiene que

decir a eso?

Starbuck se quitó el cigarro de la boca y escupió hacia el fuego.

—¿Debo suponer que esa expectoración implica una negativa? —preguntó Bird feliz, y paseó su mirada por los hombres agrupados alrededor del fuego—. ¿Alguien más de los presentes vio morir a Ridley? —Bird esperó alguna respuesta mientras volaban chispas de los postes que ardían en el fuego—. ¿Y bien?

—Yo vi a ese hijo de puta caer hecho trizas por una granada —gruñó Truslow desde las sombras.

—¿Y disparó Starbuck esa granada fatal, sargento? —preguntó Bird con un sonsonete pedante. Los hombres que rodeaban el fuego se echaron a reír en alta voz al oír la burla del mayor. El coronel Faulconer se removió, pero siguió callado—. Entonces, supongo, coronel, que se equivocó usted —siguió diciendo Bird—, y que el teniente Starbuck es inocente de asesinato. Y supongo además que está usted deseando darle las gracias por haber salvado las banderas de la Legión, ¿estoy en lo cierto?

Pero Faulconer no pudo soportar más humillaciones de aquellos hombres que habían luchado mientras él vagaba por el campo en busca de la fama. Se volvió sin decir palabra, y en ese momento vio al capitán de Estado Mayor que le observaba montado a caballo.

—¿Qué desea? —gritó furioso.

—Está usted invitado a cenar, coronel. —El capitán de Estado Mayor se había puesto comprensiblemente nervioso—. El presidente ha llegado de Richmond, señor, y los generales desean con impaciencia que usted les acompañe.

Faulconer parpadeó mientras intentaba hacerse cargo de la situación, y vio en ella una oportunidad de salvación.

—Por supuesto.

Se dirigió a la tienda, y llamó a su hijo. Adam se había incorporado con esfuerzo, y en ese momento se acercaba cojeando a abrazar a Starbuck, pero su padre reclamó su lealtad filial.

—¡Adam! Tú te vienes conmigo.

Adam vaciló, y luego cedió.

—Sí, padre.

Ayudaron a los dos hombres a montar a caballo, y apenas nadie abrió la boca mientras se alejaban. Los hombres de la Legión Faulconer se afanaron, en cambio, en atizar los fuegos, y siguieron con mirada abstraída las chispas que revoloteaban en el aire, pero apenas cruzaron alguna palabra hasta que los Faulconer cabalgaron mucho más allá del círculo de luz de las fogatas y fueron sólo dos sombras oscuras que desaparecían en el cielo del sur. En cualquier caso, ninguno de ellos esperaba ver volver a Washington Faulconer a toda prisa. Bird se volvió a mirar a Starbuck.

—Supongo que ahora soy yo quien está al mando. De modo que quiero darle las gracias por salvar las banderas y, lo que es más importante, por salvarme a mí. Y ahora, ¿qué debo hacer con usted?

—Lo que usted guste, mayor.

—En ese caso, creo que voy a castigarle por los numerosos pecados que sin duda ha cometido usted hoy. —Bird sonrió al decir esas palabras—. Le nombro para reemplazar al capitán Rosswell Jenkins, y le doy el mando de la compañía del sargento Truslow. Pero sólo en el caso de que el sargento Truslow no vea inconveniente en servir bajo un miserable hijo de predicador de Boston demasiado educado e imberbe, como es usted.

—Creo que servirá —dijo Truslow, lacónico.

—En ese caso, le corresponde a usted darle de cenar, sargento, no a mí —dijo Bird, y alzó la mano en señal de despedida.

Starbuck se alejó en compañía de Truslow. Cuando los dos hombres estuvieron fuera del alcance de los oídos de los soldados reunidos alrededor del fuego de los oficiales, el sargento escupió un salivazo de jugo de tabaco.

—¿Y qué es lo que se siente al matar a alguien? ¿Te acuerdas de que me lo preguntaste? Yo te dije que ya lo descubrirías por ti mismo, de modo que cuéntamelo ahora, capitán.

¿Capitán? Starbuck tomó nota, aunque por supuesto no lo mencionó, de aquel inesperado apelativo respetuoso.

—Se siente una enorme satisfacción, sargento.

Truslow asintió.

—Vi cómo disparabas a ese hijo de puta, y sigo preguntándome por qué lo hiciste.

—Por esto. —Starbuck sacó del bolsillo el anillo de plata y se lo tendió al pequeño y barbudo Truslow—. Sólo por esto —dijo, y dejó el anillo en la palma de la mano oscurecida por la pólvora. La plata destelló por un instante en la noche impregnada de sangre y turbia de humo, y luego la mano de Truslow se cerró a toda prisa. Su Emily estaba en el cielo, y el anillo había vuelto a las manos de aquel a quien pertenecía.

El sargento se paró en seco en la oscuridad. Durante un segundo, Starbuck pensó que estaba llorando, pero luego se dio cuenta de que el ruido que hacía Truslow era sólo un carraspeo para aclararse la garganta. El sargento empezó a caminar de nuevo sin decir nada, apretando en la mano el anillo de plata como si fuera un talismán para toda su vida futura. No habló hasta que estuvieron a pocos metros de las fogatas de la compañía A, y entonces puso una mano en la manga tesa de sangre seca de la guerrera de Starbuck. Su voz, cuando habló, fue inesperadamente dulce:

—¿Cómo está ella, capitán?

—Es feliz. Sorprendentemente feliz. La han tratado muy mal, pero lo ha superado

y es feliz. Ella quiso que tuvieras tú el anillo, y me pidió que yo se lo quitara a Ridley.

Truslow meditó unos segundos aquella respuesta, y frunció el ceño.

—Tendría que haber matado a ese bastardo yo mismo, ¿no es así?

—Sally quiso que lo hiciera yo —dijo Starbuck—, y yo lo he hecho. Con mucho placer.

No pudo evitar sonreír.

Truslow permaneció inmóvil durante lo que a Starbuck le parecieron unos instantes eternos, y luego guardó el anillo en un bolsillo.

—Va a llover mañana —dijo—. Lo huelo en el aire. La mayoría de estos bastardos han perdido sus esteras y sus mantas, de modo que supongo que por la mañana nos dejarás merodear un poco por aquí y allá, a ver lo que se pesca.

Condujo a Starbuck hacia la luz de las fogatas de la compañía.

—El nuevo capitán —fue la única presentación de Truslow—. ¿Robert? Tomaremos un poco de ese tocino. ¿John? Trae acá ese pan que escondes. ¿Pearce? El whisky que encontraste. Beberemos un poco. Siéntese, capitán, siéntese.

Starbuck tomó asiento y, tras tomar un largo de whisky de la petaca que le tendió Truslow, comió. Fue la comida más deliciosa que nunca había probado, y no podía haber deseado mejor compañía. Por encima de su cabeza, las estrellas titilaban en un cielo en el que el humo se disipaba poco a poco. Un zorro ladró en la lejanía, y un caballo herido relinchó. En algún lugar un hombre entonó una canción triste, y luego resonó un disparo en la oscuridad, y fue como el eco final de aquel día de batalla en el que el hijo de un predicador, lejos de su hogar, se convirtió en un rebelde.

Nota histórica

La primera batalla de Manassas (o de Bull Run, como la llaman los nordistas) transcurrió más o menos como se describe en *Rebelde*, aunque la novela omite algunas escaramuzas feroces, pero inconexas, ocurridas en el lapso entre la retirada de la media brigada de Nathan Evans y la entrada en acción de la Brigada de Virginia de Thomas Jackson, y también omite la presencia de la caballería de Jeb Stuart en el campo de batalla. Pero en esta acción, como en la mayoría de los posteriores grandes enfrentamientos de los ejércitos en la guerra de Secesión, la caballería no tuvo un papel decisivo en el resultado de la contienda. La primera batalla de Manassas fue ganada por la infantería, y la oportuna maniobra realizada por «Zancos» Evans, que realmente tenía un «barrelito» de whisky al que recurría una y otra vez, fue la que salvó a la Confederación, aunque la fama se la llevó casi en exclusiva Stonewall («Muro de piedra») Jackson, cuya estatua aún domina la cima de la colina en la que se ganó su sobrenombre. Aquel 21 de julio de 1861 murieron alrededor de novecientos hombres, y resultó herido un número por lo menos diez veces superior.

El National Park Service ha conservado maravillosamente el campo de batalla. El centro de visitantes instalado en la «casa de Henry» ofrece una espléndida introducción a un monumento bien señalado y explicado, y de fácil acceso en automóvil desde Washington D.C. No existe ningún Faulconer County en Virginia, ni hubo ninguna Legión Faulconer al servicio de ese Estado.

* * *



BERNARD CORNWELL (Londres, 23 de febrero de 1944). Es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras trabajar para la BBC, se trasladó a Estados Unidos donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente, solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

En junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

En España sus novelas han sido publicadas por Edhasa y Quinteto. Sus principales sagas son las dedicadas al fusilero Richard Sharpe en la época de la conquista de la India por el Imperio británico y las guerras napoleónicas. Editada bajo el epígrafe "El sable y el fusil", la saga fue adaptada para televisión por la BBC con Sean Bean como protagonista.

Hay otras tres series de Cornwell publicadas en castellano. Son la dedicada a las leyendas artúricas (compuesta por *El rey del invierno*, *El enemigo de Dios* y *Excalibur*); al arquero Thomas de Hookton (*Arqueros del rey*, *El sitio de Calais* y *La batalla del Grial*); y, por último, la ambientada en las invasiones vikingas de Gran

Bretaña durante el reinado de Alfredo el Grande (hasta el momento, *Northumbria, el último reino*, *Svein, el del caballo blanco*, *Los Señores del Norte*, *La canción de la espada*, *La tierra en llamas*, *Muerte de Reyes* y *The Pagan Lord*).

También se han publicado en castellano sus novelas *Stonehenge* y *El ladrón de la horca*. Quedarían al menos otras 6 novelas inéditas.

Además, en el año 2011 editaron el primero de sus libros de la saga de Nathaniel Starbuck, llamado en castellano *Rebelde*.

Notas

[1] Las dos citas pertenecen al prólogo del acto IV de *Enrique V* de William Shakespeare. La traducción es de Luis Astrana Marín, (*N. del T.*) <<